

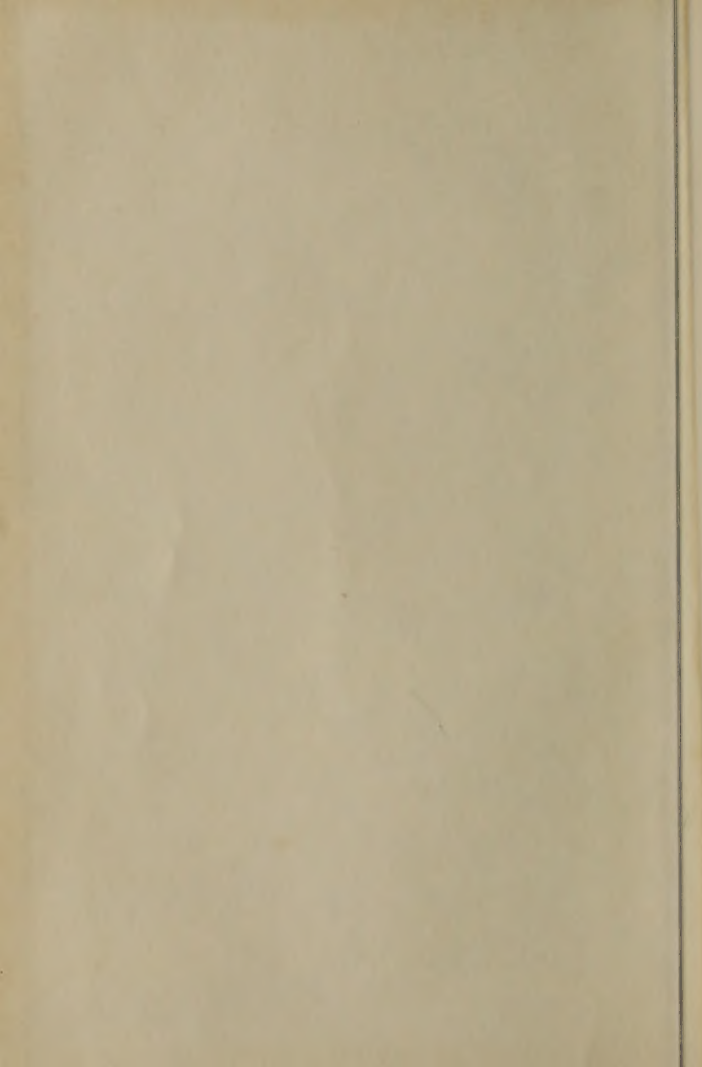
LIBRARY OF PRINCETON

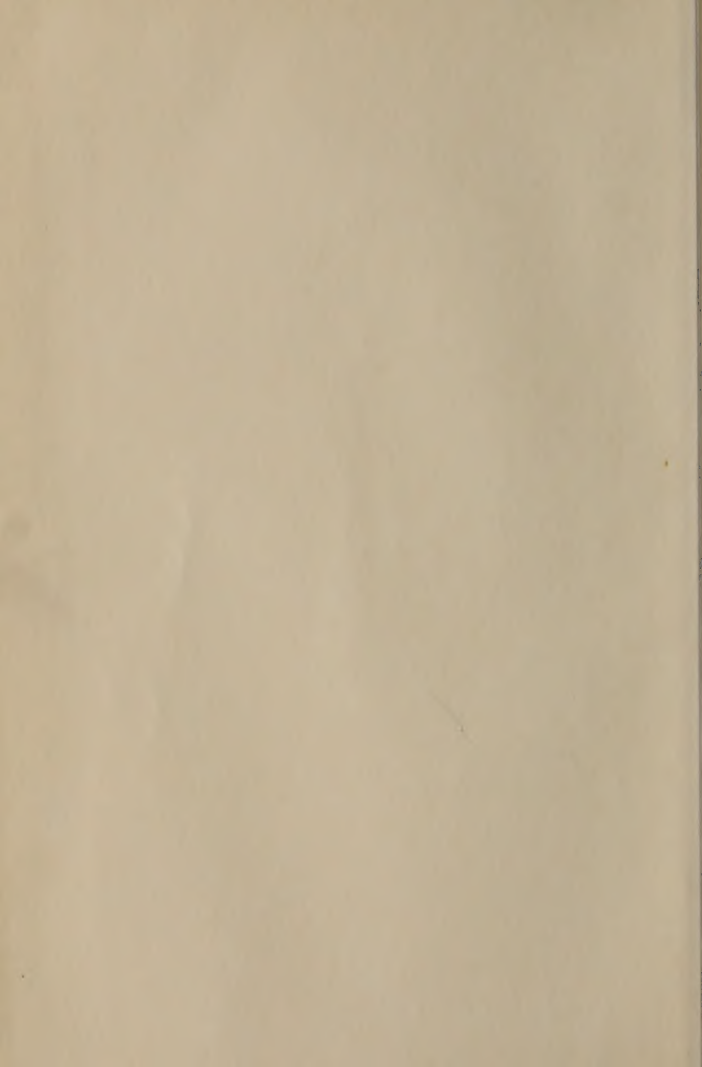
JAN 18 2012

THEOLOGICAL SEMINARY

PQ6639 .N3 1958 v.9
Unamuno, Miguel de,
1864-1936.
Obras completas.

Novela, II y Monodia logos







UNAMUNO
OBRAS COMPLETAS



LIAMUNO
OBRAS COMPLETAS



MIGUEL DE UNAMUNO

OBRAS
COMPLETAS

Tomo IX

NOVELA, II Y MONODIALOGOS

LIBRARY OF PRINCETON

JAN 18 2012

THEOLOGICAL SEMINARY



AFRODISIO AGUADO, S. A.

EDITORES - LIBREROS

TODOS LOS TEXTOS INCLUIDOS EN ESTE VOLUMEN, TITULADO "NOVELA, II Y MONODIÁLOGOS", SE PUBLICAN EN SEGUNDA EDICIÓN Y FORMAN EL TOMO IX DE LA NUEVA COLECCIÓN DE "OBRAS COMPLETAS DE DON MIGUEL DE UNAMUNO", DIRIGIDA POR DON MANUEL GARCÍA BLANCO, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. TANTO ÉSTE, COMO EL EDITOR Y LOS HEREDEROS DE UNAMUNO GARANTIZAN LA INTEGRIDAD DE LOS QUE AQUÍ SE REPRODUCEN.

PRÓLOGO, EDICIÓN Y NOTAS DE
MANUEL GARCÍA BLANCO

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

DEPÓSITO LEGAL: M. 298 — 1958.

Impreso en España

Printed in Spain

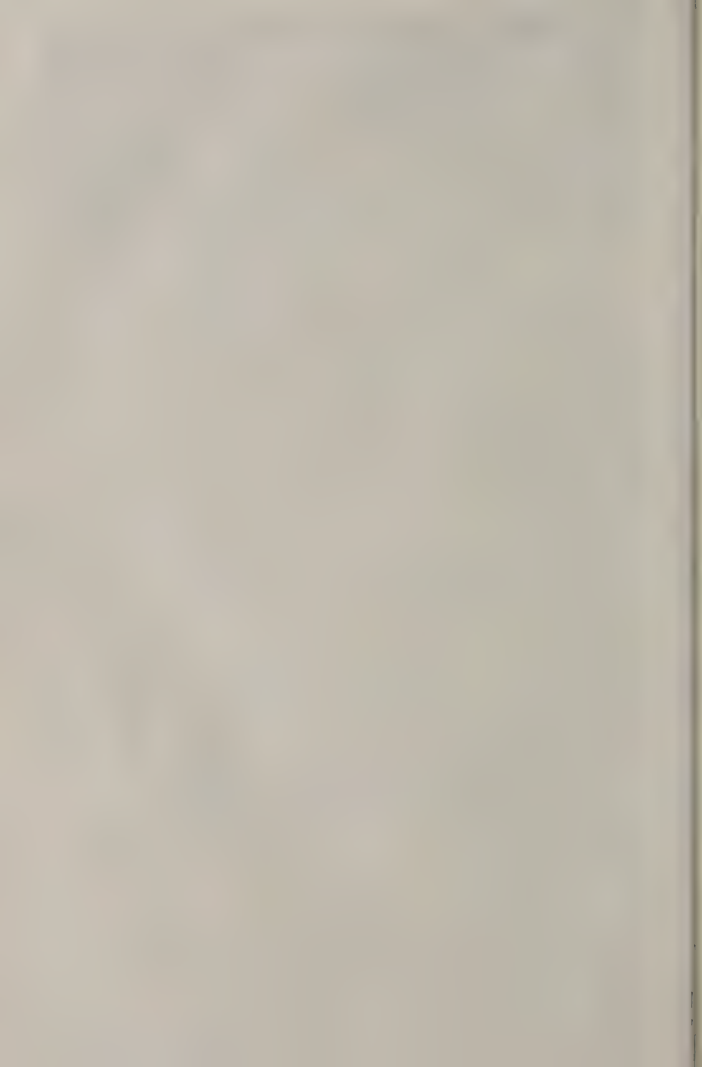
EDITA

VERGARA, S. A., DE BARCELONA

POR CONCESIÓN ESPECIAL DE AFRODISIO AGUADO, S. A.

© by AFRODISIO AGUADO, S. A. MADRID. ESPAÑA.

P R O L O G O



“Si quieres crear, lector, por el arte, personas, agonistas trágicos, cómicos o novelescos—, no acumules detalles, no te dediques a observar exterioridades de los que contigo conviven, sino trátalos, excítalos si puedes, quiérellos sobre todo y espera a que un día —acaso nunca— saquen a la luz y desnuda el alma de su alma, el que quieren ser, en un grito, en un acto, en una frase, y entonces toma ese momento, mételo en ti y deja que como un germen se te desarrolle en el personaje de verdad, en el que es de veras real.

Y de aquí, del choque de esos hombres reales, unos con otros, surgen la tragedia y la comedia y la novela y la nivola. Pero la realidad es la íntima. La realidad no la constituyen las bambalinas, ni las decoraciones, ni el traje, ni el paisaje, ni el mobiliario, ni las acotaciones, ni...”

(Unamuno. Del prólogo a *Tres novelas ejemplares*.)

“No soy hombre de monólogos; no sé hablar, y por lo tanto no sé pensar, pues ya te digo que mi pensamiento es verbal; no sé hablar si no veo unos ojos que me miran y no siento tras ellos un espíritu que me atiende.”

(Unamuno. “Desde la soledad”, 1904.)

Se incluyen en este volumen nuevas muestras del mundo novelesco unamuniano, que en otro de los anteriores —el II— iniciamos con Paz en la guerra, 1897. e interrumpimos con Abel Sánchez, 1917. Veinte años de fecundo novelar que en los cuatro que siguen se adensa con algunos títulos más y no de los menos representativos. Aunque las fechas en que

vieron la luz sea preciso hacerlas retroceder para alguno de ellos, según se detalla más adelante. Por eso, y para darles cabida en un lugar adecuado, hemos hecho preceder a los libros conocidos de nuestro autor una serie de relatos novelescos breves, de los que él mismo nos brindó una muestra en el titulado *El espejo de la muerte*. Detengámonos en ellos algunos momentos.

LOS RELATOS NOVELESCOS.

Cuando en 1950 reuní en volumen una treintena de ellos, en el tomo II de la colección *De esto y de aquello*, incorporados luego al tomo V de la anterior edición de *Obras Completas*, me permití llamar la atención hacia esta olvidada porción del quehacer novelesco de don Miguel. Parcela que hoy se acrece con las adiciones que en el índice señalamos al lector.

El más remoto de dichos relatos es de 1882, lleva por título "*Ver con los ojos*", y vió la luz en *El Noticiero Bilbaino*, firmado con el expresivo seudónimo de "*Yo mismo*". El último de esta serie apareció en el semanario argentino *Caras y Caretas*, en 1923, y es el titulado "*Una tragedia*".

No me es posible detenerme en el análisis de todo este caudal novelesco, ni establecer la necesaria y obligada relación, que un día habrá que trazar, con el resto de la producción unamuniana de este tipo. Pero sí me creo obligado a destacar ciertas observaciones sobre algunos de los escritos ahora reunidos.

"*Nerón tiple o el calvario de un inglés*", fechado en 1890, es una primera redacción del titulado "*¿Por qué ser así?*", ampliada ocho años después en las columnas de *Madrid Cómico*, y definitivamente incorporado al volumen *El espejo de la muerte*, en 1913. En cambio, el titulado "*La venda*" fué planeado como obra dramática, según nos descubre el siguiente pa-

saje de una carta de don Miguel a su amigo Jiménez Ilundain:

“Y ya me tiene usted haciendo otro: *La ciega*. La principal escena es cuando la ciega de nacimiento, que conocía la ciudad toda y con su bastón la recorría toda yendo sola, a los dos días de curada sabe que está muriéndose su padre. Se lanza a la calle; pero no conoce el camino, porque le estorba la visión, y tiene que vendarse los ojos y coger un palo para poder ir derecha a la casa paterna. Su mundo es el de las tinieblas, en él ve y en él vive.” (Carta de 16-VIII-1899.)

Este es, en resumen, el contenido de dicho relato novelesco, publicado pocos meses más tarde en Los Lunes de “El Imparcial”, y convertido en drama vió la luz en 1913, junto con la farsa La princesa doña Lambra, en una colección denominada El Libro Popular. En el prólogo que redacté para el Teatro completo de don Miguel —Madrid, Aguilar, 1959— encontrará el lector amplias consideraciones sobre todo ello.

Igualmente están relacionados con el teatro unamuniano otros relatos novelescos agrupados en este volumen, pero con la diferencia de que la versión dramática no llegó a prosperar y del tema sólo nos queda la traza novelada. Es el caso, por ejemplo, de los que llevan por título “El maestro de Carrasqueda”, “En manos de la cocinera”, “Los hijos espirituales” y “García, mártir de la ortografía fonética”. El primero de ellos iba a titularse “El maestro de escuela” y el último no llegó a tener título. A todo ello me he referido en el prólogo citado al volumen de Teatro completo, reproduciendo los guiones o bocetos de estas dramatizaciones.

Mención aparte en esta misma dualidad formal me-

rece el cuento titulado "El que se enterró", en el que mi amigo y compañero Luis S. Granjel, y luego Armando Zubizarreta, han visto un posible germen del drama *El otro*.

En otras ocasiones no es difícil descubrir ciertas semejanzas temáticas entre distintos relatos novelescos. Una de ellas se contiene en el que lleva por título "Don Martín o de la gloria", que las guarda con el que, incluido en el volumen *El espejo de la muerte*, se titula allí "Una visita al viejo poeta". Y otra se nos aparece entre "La redención del suicidio", que es de 1901, y "El hacha mística", quince años posterior. Y en "Artemio, heautontimoróumenos", aunque posterior a la novela *Abel Sánchez*, publicada en 1917, vuelve a abordar el tema de la envidia, que el autor promete ampliar, considerada ahora en el héroe del cuento, que es un autoenvidioso.

Temas por los que don Miguel sintió una innegable atracción, tienen albergue en algunos de estos relatos novelescos, y aunque estamos seguros de que a sus lectores les será fácil identificarlos o percibir sus resonancias, vayan algunas observaciones sueltas, meramente orientadoras. En el titulado "Don Catalino, hombre sabio", hay una burla de la Ciencia, escrita con mayúscula, que trae a nuestra memoria el clima de la novela *Amor y pedagogía*; lo mismo que el coprotagonista de "Don Bernardino y doña Etelevina", nos recuerda al don Avito Carrascal, y el matrimonio de ambos personajes el de don Fulgencio, de la misma novela. Incluso en "Batracófilos y batracófobos", aunque la división en bandos de sus personajes aparezca influida por la contienda europea de 1914-1918, que tuvo su repercusión en la vida española de entonces, suscita el recuerdo de otra polémica más trascendente: la de los poetas y los científicos. Y aquí de nuevo se hace inevitable considerar el clima de *Amor y pedagogía*, a cuyo don Fulgencio no deja de

parecerse el héroe del cuento "Don Silvestre Carrasco, hombre efectivo".

Apurando las resonancias, "Robleda, el actor", con su temor a ser aplaudido, con su aversión, que bordea a veces el odio, por el teatro, huye de su realidad íntima y humana, o si se quiere la encubre, sepultándose en los personajes de las obras que representa.

De todos estos relatos novelescos son muy pocos aquellos de los que podemos ofrecer noticias, suministradas por el propio don Miguel. Al caso de "La venda", al que anteriormente nos hemos referido, añadiremos esta parva información que encontramos en una carta dirigida a su amigo el escritor catalán Pedro Corominas, a quien el 17 de mayo de 1900 le dice: "Trabajo en otra novela corta, nouvelle y no roman", "Abuelo y nieto".

Lo mismo ocurre con una de las novedades de este volumen que el lector tiene en sus manos: el cuento para niños "El derecho del primer ocupante" corresponde a una preocupación unamuniana de la que se descubren bastantes ecos en su correspondencia con el poeta catalán Eduardo Marquina: la de escribir relatos acomodados a mentalidades infantiles. He aquí el pasaje de una de dichas cartas:

"Cierto es que hace años deseo hacer algo para niños, y así lo dije en mi discurso de Orense. [Lo encontrará el lector en el tomo VII de estas *Obras Completas*.] Tengo hechas, y publicadas, dos cosillas, un cuento —que le remitiré— "Las aventuras de Susín" y lo que no publicó la revista comercial de ésa, *Mercurio*. [Se refiere justamente a este relato que ahora sacamos del olvido.] La cosa no es fácil. Hay que valerse de un vocabulario restringido y preciso, excluyendo términos abstractos, y de una sintaxis algo monótona, de coordinación y no de subordinación,

al modo de la homérica y la bíblica. Siempre me ha chocado cuánto desconocen el lenguaje infantil los que escriben libros para niños. Esto lo intentaré en seguida.” (Carta de 11-VI-1904.)

Tales revelaciones son necesarias para la lectura de “El derecho del primer ocupante”.

Y éstas son las noticias directas de este quehacer unamuniano del relato novelesco breve, que como se habrá apreciado no son muy abundantes. En cambio, menudean, y algunas reproducimos en el tomo II de estas Obras Completas, las alusiones a tareas en proyecto, de las que apenas se nos ha conservado el título o un boceto del tema.

Es el caso de una carta de Unamuno a su íntimo amigo y paisano Juan Arzadun, al que en 1890 le hace saber esto:

“Te prometí un cuento, pero aún no le he dado fin. Tengo tres en tela; aquél, otro y un tercero para niños. El uno te expuse de prisa; el otro es uno que se casa, creyéndose muy enamorado, con una mujer hermosísima a los ojos de todos; la pasea en triunfo, la goza en delirio, y se extasia contemplando todas sus perfecciones (no falta ni una de las que pide el canon tradicional). Pero sucede que el cariño hacia su mujer se enfía, y se apaga, y se enamora perdidamente de la criada, una mocosuela con carucha de mico, feúcha a los ojos de los demás, que dicen de ella: “Es fea; pero tiene un no sé qué que atrae” y al cabo se separa de la mujer y va a vivir con la criada, con la que vive toda su vida. Y acaba con un diálogo entre el héroe y un amigo suyo en que vierto mi estética, mi inquina contra el ideal prescrito, contra la mujer descrita en libros; contra toda esa broza necia y estúpida de la boca fina y pequeña, la nariz recta, el cuello

mórbido, etc., etc., etc. Contra toda esa preceptiva imbécil que ha hecho tener por hermosas a esperpentos hueros y fofos como estas afamadas hermanas Castejón, rostros muertos, llenos de estupidez burguesa.” (Carta de 18-VII-1890.)

Uno de los proyectos de los que más informó Unamuno a sus amigos es el de una novela titulada En el campo, al que en 1900 se refiere en sus cartas al uruguayo Rodó, al catalán Pedro Corominas, a Bernardo G. de Candamo y a Carlos G. Amézaga, sin dejarnos transparentar nada de su contenido. Y en la misma carta a Candamo se refiere a otro proyecto de novela que se titularía Villafranca, a la que añade este esbozo temático: “historia de un municipio, empezando desde que no había más que selva bravía; el personaje será la villa misma”. No es improbable que el escenario, aunque bien conocida es la repugnancia unamuniana por las localizaciones topográficas, se lo brindase la villa salmantina de Ledesma, frecuentemente entonces visitada por nuestro autor.

Pocos años después, en 1903, reseñando en la revista madrileña La Lectura el libro Nuestra América, del escritor argentino Carlos Octavio Bunge, se lee esto que sigue:

“Merece leerse, por su exactitud y por la perspicacia que en el autor denota, lo que nos dice éste en la división XVIII acerca de que la arrogancia es el *orgullo de la pereza*, y de cómo el arrogante es de ordinario un pobre diablo que finge superioridad para defenderse así de sus enemigos, simulando órganos defensivos de que carece, “hinchándose como si erizase púas, abriendo sus desdentadas mandíbulas como si poseyese venenosos colmillos”. A este respecto recuerdo un cuento, titulado *Don Lucas, Moloch horridus*, que tengo hace tiempo escrito, y que versa sobre

el mismo fenómeno de quien finge una superioridad en que no cree para defenderse así de los que le tienen por majadero." (Véase el texto completo de esta reseña en el tomo VIII de estas *Obras Completas*.)

A un relato sin título se refiere el propio Unamuno en un escrito volandero de carácter autobiográfico, el titulado "Pepachu", que es de 1915, del que reproduce el pasaje que hace a nuestro objeto en el prólogo al tomo II de estas Obras Completas. Dicho relato remontaría, según allí se lee, a 1890. Y en el mismo lugar reproduce un extenso fragmento de la carta que don Miguel le dirigió al poeta andaluz Juan Ramón Jiménez, en el otoño de 1916, en la que, accediendo a una invitación que aquél le hacía para que colaborase en Revista española, le habla de una novela corta o cuento largo que por entonces planeó, de la que le da el título La gran celestina o La celestina de piedra, anticipándole un esbozo de su contenido. Como ambos textos los tiene el lector a mano, me considero relevado de insertarlos de nuevo ahora.

De todos estos proyectos unamunianos, y alguno más pudiera añadirse a esta relación, el único que ha sido analizado a fondo, aun siéndonos desconocida la traza original, es el de una novela, coetánea de Paz en la guerra, indudablemente autobiográfica, para lo que barajó todos estos títulos: Nueco Mundo y El reino del hombre. Conocemos también el nombre del protagonista: Eugenio Rodero, apellido que don Miguel utilizaría años más tarde para su drama El pasado que vuelve, en el que intervienen hasta cuatro generaciones alternantes de esta familia (1).

¹ Véase el estudio de Armando Zubizarreta "Desconocida novela de Unamuno: *Nuevo Mundo*", incluido en el libro *Tras las huellas de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1960, págs. 47-109.

Volviendo al aceruo novelesco reunido en este volumen, no quisiera omitir algo referente al relato titulado "Las peregrinaciones de Turismundo". Cuando reuní por vez primera estas muestras del quehacer de don Miguel, utilicé el texto dado a conocer en Los Lunes de "El Imparcial", de Madrid, correspondiente a los primeros días del año 1921, y respeté el subtítulo o ladillo que seguía al título, que era el de "La ciudad de Espeja". Una circunstancia fortuita ha puesto en mis manos el autógrafo de un III capítulo o parte de dichas peregrinaciones, el que bajo el título original de "Tumicoba, gupimboda y fafiloria", incluimos en el lugar pertinente de este volumen. Debo dicho autógrafo, y por ello me complazco en darle públicamente las gracias, a mi buen amigo el doctor Arnaldo Bascone, agregado cultural de la Embajada de Italia en Madrid y director del Instituto Italiano de Cultura en dicha capital, a quien se lo envió la viuda del hispanista Ettore de Zuani. Lo primero que traté de puntualizar es si dicho relato, incluso su segunda parte o capítulo habían sido publicados o no en España, pero la colección del diario El Imparcial que he consultado, la de la Hemeroteca Municipal madrileña, no me ha sacado de dudas, si bien es verdad que hay lagunas en ella. Acudí entonces al archivo epistolar del propio don Miguel, y allí he encontrado hasta cuatro cartas del propio Zuani, fechadas entre el 17-II-1920 y el 1-IX-1921. He aquí las noticias que estas fuentes me han brindado.

Según la primera de ellas, nuestro hispanista italiano había traducido ya por entonces "dos novelas de "Las Peregrinaciones de Turismundo", que en esos días —le hace saber— han aparecido en Il Mondo", refiriéndose a la revista milanese de este título. Posteriormente, el 15-XI-1920, le da cuenta del proyecto de la casa editorial "Il Primato" de publicar

una colección de las mejores novelas antiguas y modernas de todas las literaturas de Europa. “En el volumen de las novelas españolas —le puntualiza—, yo, que tengo el encargo de hacer la selección y la traducción, he incluido algunas de sus “Peregrinaciones de Turismundo”, ya editadas en la revista *Il Mondo*.” Las dos cartas restantes aluden a este título y nos concretan dos cosas: que la versión italiana apareció en 1919 o a lo más en 1920, y que bajo este título hay “una serie di novelle”, serie que por lo que hasta ahora sabemos hay que reducir a tres: las dos que aquí reproducimos y una II, acaso perdida en su versión original. De ella lo único que a ciencia cierta conocemos es lo que el propio Unamuno escribe al comienzo de la III parte: “Al poco de haber dejado las ruinas de la Cartuja del rosál encontráronse Turismundo y Quindoja en un páramo desolado y raso.” Según esto, tras de “La ciudad de Espeja”, título de la I parte, debió haber otra, acaso denominada “La cartuja del rosál”, y la III, que ahora se da a conocer utilizando el autógrafo indicado. Tampoco nos aclara más la reseña que el propio Zuani dedicó a la versión italiana de algunos cuentos y novelas cortas de *El espejo de la muerte*, titulada “Per ché esser così?” Tan sólo este juicio sobre las “Peregrinaciones”:

“... le quali, più che novelle, parvero ai critici delle bizarre divagazione filosofiche contenute nei limiti di brevi racconti fantastici. Paesaggi uniformi, intristiti da melanconici sfondi di conventi e di cimiteri, pianure aconfinare dentro le quali gli uomini si muovevano come figure di sogno in un mondo irreal; dialoghi che si svolgevano attraverso labirinti di paradossi e d’immagini stravaganti fino a dimostrare le più assurde proposizioni contro ogni logica tradizionale; e, da

per tutto, un desiderio inquieto e un'ansia tormentosa di sempre nuove avventure spirituali, che toglievano ogni determinatezza ai personaggi, i quali a poco a poco perdevano i loro caratteri umani per divenire fantastici viandanti di paesi ultraterreni."

Y más adelante, este pasaje parece referirse a esa II parte que no conocemos:

"Nelle *Peregrinazioni di Turismundo*, che abbiamo già ricordato, si racconta, per esempio, di un monaco certosino che, tutto preso nell'esaltazione del suo morboso misticismo, sentiva la morte sempre in aguato e non osava neppure pregare, perchè nella stessa orazione alla Madonna le parole "benedetto il frutto del tuo ventre" gli davano brividi di strana sofferenza." ("Miguel de Unamuno novelliere", en *Il Tempo*, sin fecha.)

En cuanto a la primera parte, la titulada "La ciudad de Espeja", quizá no esté de más recordar cierta semejanza que existe con otro relato de los aquí y ahora reunidos: el que lleva por título "Mecanópolis", dedicado a expresar el odio por las máquinas y el progreso, cuyo escenario es también el de una ciudad solitaria y mecanizada hasta límites inhumanos.

Como apéndice a estos relatos novelescos, y es una de las novedades de este volumen, incluimos hasta nueve cuentos, tal vez inéditos, y que proceden de un cuaderno con tapas de hule negro, de los que solía emplear don Miguel, trascritos de su mano en el mismo orden que los reproducimos, y cuya fecha no nos ha sido posible determinar. Solamente, y teniendo en cuenta que el último allí albergado es el que se titula "Las tribulaciones de Susín", apare-

cido en El Nervión, de Bilbao, en 1892, y reproducido luego en El Nacional, de Madrid, en 1896, tal vez sea la primera de dichas fechas la que mejor convenga a este conjunto, aunque los trazos de no pocos de ellos permitan asignarle una anterior, la de los primeros escarceos unamunianos en este campo de la novelística abreviada. Lo que desde luego debemos consignar es que careada la versión autógrafa de este relato, con la que figura en El espejo de la muerte, tiene aquélla todas las apariencias de una primera redacción en este relato.

UNA NOVELA CONVERTIDA EN DRAMA.

Nos referimos a la titulada Tulio Montalbán y Julio Macedo, que, formando parte de la colección La Novela Corta, vió la luz en Madrid a fines de 1920, y que su propio autor convirtió, andando el tiempo, en un drama en cuatro actos, con el mismo título —hacia 1926—, título que fué sustituido por el de Sombras de sueño, al ser estrenado, cuatro años después. Por esta dramatización de una novela anterior suya, creí conveniente reproducir ésta, pues no lo había sido desde la fecha de su aparición, en el volumen de Teatro Completo, Madrid, Aguilar, 1959, al que antes me he referido. Y del prólogo que para él redacté entonces, proceden las noticias que ahora puedo ofrecer.

“El ambiente es lo primordial en esta obra —le declaraba el autor a José Forns en Hendaya en 1928—. Este drama es la escenificación de un cuento que escribí hace ocho o diez años. Entonces surgió de las cosas que me contara un muchacho canario, muy inteligente, quien, por cierto, murió electrocutado al golpear, con un vicio nervioso en él habitual, un poste de

un camino. Aquel chico era de la Gomera; ambiente de isla, de esas islas que yo he recorrido luego, palmo a palmo, y dentro de cuyos caserones he comprendido por primera vez en mi vida la verdadera amplitud de la palabra "aislamiento" (1).

Hechas estas declaraciones en 1928, el "yo he recorrido luego" resulta extemporáneo, ya que las dos estancias de Unamuno en las Islas Canarias remontan a 1909, la primera, y a 1924, la segunda. Y el joven gomero en ellas mencionado es Manuel Macías Casanova, muerto trágicamente en el primero de dichos años, al que don Miguel llamó "el mozo trágico del islote soñando en el reino de lo infinito", y numerosas veces citado en sus escritos de aquellos años; el mismo que reseñó el estreno del drama unamuniano La Esfinge, en el teatro Pérez Galdós, de Las Palmas; el recordado en el prólogo que don Miguel puso al libro de un poeta coetáneo de aquél —Rafael Romero—, dado a conocer con el seudónimo de "Alonso Quesada" y bajo el título de El lino de los sueños (2).

En cuanto al contenido de esta novela, a cuya dramatización por el propio don Miguel, creo que no fué ajeno el lisonjero éxito logrado por la que Julio de Hoyos llevó a cabo de la titulada Nada menos que todo un hombre, no son muchas las noticias que podemos ofrecer. No así del drama, que suscitó varias reseñas al tiempo de ser estrenado. Dada la identidad

¹ José Fornis: "Los planes teatrales de don Miguel de Unamuno", entrevista fechada en Hendaya, en setiembre de 1928, que se destinaba al diario *Heraldo de Madrid*, pero que no llegó a autorizar la censura. He visto las galeradas en la biblioteca de don Miguel.

² Para las estancias de don Miguel en Canarias, véanse estos dos trabajos: Alfonso Armas Aayala, "Unamuno y Canarias", en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, X, 1960, páginas 66-99, y Sebastián de la Nuez Caballero, "Unamuno en Fuerteventura", en *Anuario de Estudios Atlánticos*, Madrid-Las Palmas, 1959, págs. 133-236.

del tema, elijo de aquéllas la que considero más amplia y autorizada, la que el poeta y crítico, Enrique Díez-Canedo, publicó en las columnas del diario madrileño El Sol. A ella pertenecen estos pasajes:

“Elvira vive junto a su padre, hundido en la historia, dedicado a registrar sus rincones, a revolver el polvo de su linaje; ella tiene también su alma en la historia, pero en la historia singular y concreta de un hombre contada en un libro; la historia de Tulio Montalbán, el libertador de una pequeña república de América, desaparecido en un combate a orillas del río sagrado de su patria. En el personaje misterioso arribado a la isla ven al punto Elvira y su padre a Tulio Montalbán (que tal es el nombre de dicho libertador). Pero él a Elvira no se le presenta sino como el matador de éste. Julio Macedo —tal es su nombre— es, en realidad, Tulio Montalbán, convertido de héroe, de personaje de la historia, en hombre, en ser de pasión. En hombre que, al hallarse otra vez con el héroe que dejó de ser, vivo en el amor de Elvira de Solórzano, sólo sabe morir ante el mar que le abrió el camino de la liberación para traerle de nuevo a combate sin salida. Otra Elvira, la hija del que fué su biógrafo más tarde, en el libro que cautivó el alma de la Solórzano, dió con su amor y su muerte prematura impulso a la vida heroica de Tulio Montalbán, en defensa de las libertades patrias. Si en la hora del triunfo desapareció dándosele por muerto, fué para no convertirse en el tirano que hubiera llegado a ser, porque “allí es así”. Y cuando ya se creía olvidado de todos, hombre a secas, su arribo fortuito a la isla y su

encuentro con otra Elvira, que ama en él, no al hombre, sino al héroe, decide su destino”.

“Como se ha apreciado comúnmente —escribí en otra ocasión— reaparece en la entraña de esta obra el planteamiento de un problema en torno a la personalidad. En este de ahora se enfrentan y luchan un hombre de carne y hueso con un ser de ficción, y, pirandelianamente, acaba por vencer éste, mientras que aquél, el que pudo y no quiso ser tirano, sucumbe ahora víctima de la tiranía del personaje.”

Estos son los personajes, “sombras de sueño”, como uno de ellos dice y don Miguel en el título definitivo de su versión dramática, personajes brotados de esa realidad íntima en la que aquél cifró su mundo novelesco. Y a la parva galería de ellos: Elvira y su padre, más el Tulio-Julio de la historia y de la vida, es preciso añadir otro, tan importante y decisivo que Unamuno le incluyó en el reparto de los que llevaron a las tablas su ficción novelesca. Me refiero a “la mar”, camino por el que llega el héroe y cinturón que rodea a la isla en la que la ficción se desarrolla; ese mismo mar que arrulló al propio don Miguel en sus meses de proscrito en una isla atlántica, y que tan presente está también en su libro De Fuerteventura a París, diario poético, en sonetos, de sus soledades.

LAS NOVELAS EJEMPLARES Y SU PRÓLOGO.

Creo que la primera mención pormenorizada de este nuevo propósito unamuniano es la que se contiene en una carta que le dirige al poeta portugués Teixeira da Pascoaes, poco después de mediado el mes de junio de 1920. HeLa aquí:

“Ahora preparo Cuatro novelas ejemplares. Una de las novelas será el Prólogo, tragedia

de conceptos. Un concepto (símbolo) es una persona cuando se le sabe hallar voluntad. La elipse *quiere* tener dos focos. Y un personaje, cuando no se le halla la voluntad —la voluntad de ser o la de no ser—, no pasa de concepto. El realismo es algo íntimo. No hay realidad más que en el querer. Querer ser o querer no ser. (Hay también: “no querer ser” y “no querer no ser”. Y son tres cosas. Como: “creer que hay Dios” — “no creer que hay Dios” — “no creer que no hay Dios”). Yo siento los conceptos trágica y volitivamente. Y hay quien nos describe personajes que no viven porque no quieren vivir, ni quieren no vivir”. (Carta de 19-VI-1920) (1).

El pasaje es revelador, y no sólo por lo que tiene de enunciación de un propósito —bien que con título distinto al que ha llegado a nosotros—, sino por la importancia que don Miguel concedió a su prólogo. Es más, los conceptos anticipados a su amigo portugués acababan de pasar, o pasarían a las páginas de éste, cuya fecha es la de publicación del volumen, 1920.

Las tres novelas en él albergadas son anteriores, y la única cuya fecha nos consta es la tercera, que es también la más conocida, la titulada Naaa menos que todo un hombre, firmada en Salamanca en abril de 1916, y dada a conocer en la colección La Novela. Corta en el mes de julio del mismo año. Las dos restantes, Dos madres y El marqués de Lumbría, contribuyen con aquélla a forjar esa que el crítico y poeta español Eugenio de Nora ha llamado la “trilogía de la voluntad”, sentimiento unánime que mueve

¹ Incluida en el volumen *Epistolario ibérico. Cartas de Pascoacs e Unamuno*, prefacios de Joaquin de Carvalho y Manuel Garcia Blanco, Nova Lisboa (Angola), 1957.

a los protagonistas de cada una de estas obras: Raquel, la viuda estéril sedienta de maternidad que a toda costa quiere satisfacerla en el hijo; Carolina, reivindicando los derechos a la nobleza de un título y de un linaje para su propio hijo a expensas del de su hermana y de las exigencias sociales, y Alejandro Gómez, cuyo querer ser —aquí de la terminología unamuniana— le lleva a vencer las trabas que pueda crearle la sociedad a la que tiene acceso por su dinero y por su matrimonio, desentendiéndose de un pasado mísero y oscuro.

A los tres años de ser publicada Nada menos que todo un hombre, en la edición suelta a que antes nos referimos, recibió su autor una carta de varios lectores suyos en la que le pedían les aclarase si Julia, la belleza oficial de Renada a la que rinde y domina Alejandro Gómez, el indiano enriquecido, le había guardado fidelidad a éste, a pesar de su coqueteo táctico con el conde de Bordaviella para ganar por celos a su marido. La contestación de don Miguel, que no hemos conocido hasta hace pocos años, merece ser reproducida, al menos en sus extremos esenciales, porque la estimamos básica para una recta comprensión y entendimiento de esta novela. Dice así:

“No debo negarles que me ha causado sorpresa, y a la vez gusto, su carta. Podría yo ahora contestarles, y sería lo más sencillo, que habiendo muerto los personajes de mi relato *Nada menos que todo un hombre*, y no teniendo yo ni cartas ni documentos de ellos más que los que me sirvieron para aquella relación, ni nadie que supiese de su vida íntima, no me hallo en situación de poder aclarar la duda. Pero prefiero contestarles en serio y maravillarme de que se discuta si en una ficción, en un relato

novelesco, pasaron las cosas que se callan de un modo o de otro. Es como si discutieran ustedes si Sancho Panza murió loco o cuerdo, de pulmonía o de cólico, o si don Quijote tuvo o no hermanos que murieran jóvenes. Ni el autor de una ficción, que no es historia, tiene más autoridad que otro cualquiera para fingir de un modo o de otro lo que no se le ocurrió al forjar aquélla.

Por mi parte, al idear aquella mi novela no pensé si Julia se entregó o no al conde de Bordaviella, ni eso me interesaba. Lo dejé así, en suspenso y sin declararlo, por creer que esa omisión le daba más interés —como en efecto veo que le da— al relato, pues si en la historia verdadera una puerta de misterio o de secreto añade valor en vez de quitárselo, en la ficción novelesca ha de pasar lo mismo. Ni es ello cuestión de cultura ni de profundidad filosófica. Es, a lo sumo, cosa de penetración psicológica que un hombre que ha vivido y observado y conoce a mujeres y hombres puede adivinar, por poca cultura que tenga y aun siendo analfabeto.

Si estuviese yo ahí lo que sí les explicaría es el caso de espíritu que quise revestir en mi Alejandro Gómez, el plebeyo lleno de cinismo, henchido de confianza propia, locamente enamorado de una mujer, pero, en el fondo, tímido y vergonzoso, y por timidez —que es orgullo—, no queriendo confesar, como si de una debilidad se tratase, toda la violencia de su pasión.

Como verán, no puedo menos de dejarles en la duda, ya que ella les espolea a bucear en un problema de conocimiento del corazón de la mujer. Sólo he de decirles que crean que por fuerte que sea el corazón del hombre, el de

una mujer lo es más aún, y que la perfidia y el engaño es tanto o más del hombre que de la mujer. Sentiría que tuviesen ustedes, y más siendo jóvenes, una pobre idea del corazón femenino". (Carta a Francisco Bermejo y compañeros, de 8-VII-1919) (1).

A esta carta se refirió el propio don Miguel en uno de sus escritos públicos olvidados, y que en otro volumen de estas Obras Completas encontrará el lector. He aquí el pasaje que ahora nos interesa:

"Cuando publiqué, primero en una publicación semanal, mi novela *Nada menos que todo un hombre*, que figura ahora en el tomo de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, recibí, entre otras cartas, una de un grupo de lectores ingenuos, obreros, pero no niños, que me preguntaban si la Julia de mi relato se había o no entregado al conde de Bordaviella. Admiré la ingenuidad de aquellos buenos lectores, pero su carta me produjo una gratísima impresión y no dejó de halagarme en mi amor propio de novelista. No así otra en que se me preguntaba qué es lo que me había propuesto al escribir aquella novela y qué lección moral o social—así, social— se había de sacar de ella. ¡Peste de sociología! Y a punto estuve de contestar al autor de esta carta que para él no había allí, que no podía haber, lección alguna, y que sería tiempo perdido el dárselas."

Y esto que sigue, y que se refiere a otra de las novelas contenidas en este volumen:

"Más recientemente, cuando he publicado mi

¹ Publicada en la revista *Valverde en fiestas*, Valverde del Camino, 1954.

otra novela: *La tía Tula*, no ha faltado botarate que me ha venido con una larga disertación —también sociológica o cosa así— para convencerme de que la Gertrudis de mi relato debió de haberse casado con su cuñado Ramiro apenas éste enviudó. A lo que no pude contestarle sino esto: “Resucítele usted a ella y convénzale de ello, porque es a ella, y no a mí, a quien tiene usted que convencerle.” (“¡Un público de niños!”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 6-VIII-1921.)

Lo que no es tan conocido es que esta famosa novela fué planeada primitivamente por su autor como obra dramática. Un breve texto público que ha solido pasar inadvertido nos lo descubre. Se titula “De pequeñeces literario-mercantiles”, y vió la luz en la revista España el 5 de mayo de 1923. Dice así:

“De unas notas que teníamos para hacer un drama, hicimos luego nuestra novela *Nada menos que todo un hombre*, y luego nos hemos encontrado con un escritor especialista que nos propuso adaptar ésta para el teatro. Y hasta parece que tenía ya cómico que se la representase, el cual, si le presentáramos nuestra versión dramática de ese argumento, ni siquiera se dignaría examinarla. ¡Como que no le permitiríamos intervenir en ella”!

Las notas a que don Miguel se refiere son —así al menos lo creemos— las que se conservan entre sus papeles bajo el título Una mujer. Drama. Hay en ellas escenas sin terminar correspondientes a actos distintos, y del diálogo se deducen ciertas semejanzas con el comienzo de la novela Nada menos que todo un hombre, aunque parece ser que en aquél iba a ser una mujer la heroína: Sofía, que como la Julia

de la novela se resiste a un matrimonio de conveniencia con un hombre rico para salvar a su propio padre de la ruina y del deshonor. Hasta en los apuntes para una escena del tercer acto, los términos en que el novio forzado se expresa, la seguridad con que el rico caballero se manifiesta en cuanto al logro del amor de quien se le entrega sin ser dueña de su voluntad, permiten descubrir en su brevedad una cierta semejanza con el modo en que el Alejandro Gómez de la novela se conduce.

Si mis conjeturas son acertadas —y a ello me referí más por extenso en el ya citado prólogo al volumen de Teatro completo unamuniano—, este primer esbozo teatral de la que luego sería famosa novela, remonta a 1905. Este origen dramático frustrado tal vez no estuviese ausente del ánimo de don Miguel, cuando veinte años más tarde Julio de Hoyos escenificó Nada menos que todo un hombre, de lo que encontrará el lector más noticias en el referido prólogo al que me tomo la libertad de encaminar sus pasos.

En cuanto al adjetivo “ejemplares”, de tan clara resonancia cervantina, que don Miguel utilizó para calificar a las novelas reunidas en este volumen, todo lo cual aclara él mismo en el prólogo, bastará reproducir este pasaje del mismo:

“De lo que se colige: primero, que Cervantes más buscó la ejemplaridad que hoy llamaríamos estética que no la moral de sus novelas, buscando dar con ellas horas de recreación donde el afligido espíritu descansa; y segundo, que lo de llamarlas ejemplares fué ocurrencia posterior a haberlas escrito. Lo que es mi caso.”

El más reciente estudio sobre este volumen de la obra novelesca de Unamuno del que tengo noticia es

el de mi amigo y colega Angel del Río, quien señala los motivos de unidad en los tres relatos que lo integran: "1) Un personaje central, un "agonista", como dice Unamuno, dotado de una voluntad férrea y destinado a someter o destruir a todo el que se oponga a su designios. 2) Estos "agonistas" son ajenos a todo convencionalismo, sea moral o social. 3) Carencia, casi completa, de ambiente en términos de tiempo y espacio, coordenadas tradicionales en toda la literatura narrativa".

Falto de espacio para detenerme como quisiera en este sugestivo y agudo estudio, no renuncio a transcribir lo que casi a su final nos dice el profesor Del Río:

"Por su fuerza tanto como por la absoluta desnudez de todo artificio literario sería difícil encontrar en la novela española de su tiempo nada comparable a estos tres breves relatos de Unamuno. De hecho, en estructura y ritmo de la acción están más cerca del drama que de cualquier forma narrativa (convendría quizá recordar que el titulado *Dos madres* está todo él escrito en forma dialogada), aunque tampoco en la literatura dramática española sea fácil encontrarles paralelo. Podría pensarse en la comedia bárbara de Valle Inclán o en la tragedia de Lorca; pero tanto en Valle Inclán como en Lorca, el elemento poético, lírico o, en cierto modo la localización, la atmósfera, nos trasportan a un diferente clima estético. No nos parece en cambio descaminado recordar los nombres de Strindberg o Eugenio O'Neill, ambos muy influídos por Ibsen como lo fué Unamuno en su juventud. La misma aspreza, el mismo ambiente sofocante de pasión. Hablamos, claro está, de afinidades; no de in-

flujos. Pero también las diferencias aquí son considerables, ya que, en otro sentido, nada más alejado del naturalismo del sueco y del norteamericano que el arte y los propósitos de Unamuno. Sus novelas ejemplares no son *estudios* de pasiones —odio, lujuria, soberbia, envidia— ni analizan nada. Son tragedia pura, con un *mínimum*, como hemos dicho, de ambientación, de realismo externo y con un fondo predominantemente filosófico y hasta religioso. Son, podría decirse extremando los términos, pura fenomenología de la pasión. No le interesa a Unamuno ni la comprensión de los motivos de la conducta, ni dar lección alguna, sea moral o social, sino, como él mismo diría, hacernos entrever “el profundo misterio del alma y del ser” donde se forjan las pasiones primordiales del hombre, tanto las sublimes y positivas como las más destructoras” (1).

LA FIGURA MATERNAL DE LA TÍA TULA.

Aunque esta novela, última de las incluídas en este volumen de Obras Completas, no vió la luz hasta 1921, su primitiva redacción, su germen inicial, remonta a muchos años atrás: los primeros de este siglo. Ha sido en la correspondencia de Unamuno con su gran amigo el poeta catalán Juan Maragall donde se nos ha ofrecido tal noticia. He aquí lo que, desde Salamanca le hace saber el 3 de noviembre de 1902:

“Ahora ando metido en una nueva novela, *La tía*, historia de una joven que rechazando novios se queda soltera para cuidar a unos so-

¹ Angel del Río, “Las “novelas ejemplares” de Unamuno”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, V, 1960, págs. 22-34.

brinos, hijos de una hermana que se le muere. Vive con el cuñado, a quien rechaza para marido, pues no quiere *manchar* con el débito conyugal el recinto en que respiran aire de castidad sus *hijos*. Satisfecho el instinto de maternidad, ¿para qué ha de perder su virginidad? Es virgen madre. Conozco el caso (1).

Casi tres años después, en carta fechada el 5 de mayo de 1905, le hace saber don Miguel a otro de sus amigos catalanes, el también poeta Eduardo Marquina, que continúa trabajando en su novela La tía. Este era entonces el título imaginado.

Y así aparece en un autógrafo conservado en el archivo de Don Miguel. Ocupa casi dieciséis folios de su letra clara y menuda, y es una primera redacción al capítulo VII. Por cierto que al comienzo del primero, de su mano también, pero en lápiz, puede leerse esta anotación: "Hay que empezar antes. Véase papel A". No hemos encontrado éste, pero en el último de aquellos folios hay una serie de notas esquemáticas y apresuradas a las que encabeza la palabra "Prólogo". He aquí lo que de ellas ahora nos interesa:

"Añado una novela más a la lista de mis desgraciadas. Nivolas y no novelas. No imaginación. Abstracciones. El hombre es idea, la idea hombre. Pasión. El de *Nivola*. Las notas de esta novela y trozo de ella, cap. hace años durmiendo, incubándose. Entre tanto, *Amor y pedagogía, Niebla Nada menos, etc., Abel Sánchez*. Por fin, en la Peña. La Peña de Francia, pecho de la gran Tía maternal, Tierra, entre rocas, bajo el padre Sol; escrito en

¹ Carta incluida en el volumen *Epistolario entre Miguel de Unamuno y Juan Maragall*. Barcelona, Edimar. S. A., 1951.

celda, aúlla viento. Santuario, fortaleza, Juan II, Virgen Madre, Simón Vela. Altura, silencio, no pájaros ni ladridos (los perros no ladran), ni mugidos, zumbiar moscardones, silencio, águilas. Abajo, mosaico en tapiz..."

Y prosigue una descripción en este tono del escenario, para don Miguel tan querido, de la Peña de Francia, en el límite meridional de la provincia de Salamanca con Cáceres; escenario en que redacta dichas notas y en el que acaso retoca y perfila su novela. Que es La tía Tula, sin duda. Repárese la lista de las que da y repárese en la visión de la tierra como la gran Tía maternal. Lo que viene a coincidir con lo antes dicho, a saber, que había comenzado a trabajar en ella en 1902. Antes que en Amor y pedagogía, la primera de sus novelas citadas.

Hacia 1920 debía hallarse en estado casi definitivo el manuscrito de esta novela, y debió leérselo don Miguel a algunos de sus amigos —José María de Cossío, desde luego—, ya que en carta que dirige al hermano de éste, Francisco, le hace saber esto que sigue:

“Dígale también que he empezado a corregir las pruebas de mi novela *La tía Tula* muy ampliada, corregida, enriquecida e intensificada desde que él la leyó, casi en boceto. (Carta de 15-I-1921.)

Otra de las personas que casi seguramente conoció esta novela, al menos en sus líneas generales, antes de ser publicada, es la novelista gallega Emilia Pardo Bazán. Nos autoriza a suponerlo el testimonio que sigue, extraído de un artículo que don Miguel le dedicó al tiempo de fallecer aquélla. Lleva por título “Recuerdos personales de doña Emilia”, está fechado en mayo de 1921 y a él pertenece este pasaje:

“A ella, que en el abanico de una paisana mía, casada con un buen hombre, pero algo casquivano, y sin hijos, escribió esto: “Tres cosas le deseo: un marido discreto, muchos hijos y mucha leche para criarlos”, le presentaba yo siempre el problema por el lado de la maternidad y hasta de la maternidad virginal o de la virginidad maternal, a lo que ella me contestaba que se sentía un poco pagana. A cuyo propósito *recuerdo cuando hace ya años le hablé del asunto y argumento que he desarrollado luego* en mi última novela [el subrayado es nuestro] *La tía Tula* y lo que de ello me dijo y la discusión de etnología feminista o de feminismo etnológico en que con tal motivo nos enzarzamos. Claro está que doña Emilia no cayó en la sandez de decirme —ni podía caer en ella— que esa tía Tula de mi novela está al margen de la vida, y no podía caer en eso porque sabía bien todo lo que es la vida y cómo la corriente arrebatada del centro, con sus cascadas y sus crecidas y sus turbias y los remansos de las orillas, y hasta sabía que es en el agua quieta de los remansos y no en el caudal más corriente y más corrido donde florecen las ovas, y sabía que es tan vida la de un Espinosa que la de un Napoleón, y... sabía, además, que nadie, en rigor, inventa nada, aunque acaso no llegase a saber que hay un realismo más real, mucho más real, de más cosa, de más *res*, que el que ella defendió en *La cuestión palpitante*” (1).

Esto es cuanto me ha sido posible allegar en torno

¹ Encontrará el lector este escrito en mi edición de escritos de Unamuno titulada *Mi vida y otros recuerdos personales*. Buenos Aires, Losada, 1959, tomo II, págs. 68-70.

a esta novela, que la casa Renacimiento, de Madrid, lanzó al público en 1921, precedida de un prólogo de su autor, fechado en Salamanca el año anterior para el que no utilizó las notas que antes hemos transcrito.

Esta interpretación del sentimiento maternal, que don Miguel adensó y simbolizó en su heroína Gertrudis, "toda maternidad, pero maternidad de espíritu", como él mismo escribió en sus páginas, no alcanzó resonancia en España. De ello se le quejaba al profesor puertorriqueño José A. Balseiro, en carta que le dirigió desde Hendaya el 18 de enero de 1928, cuando ya había sido traducida y celebrada en Alemania, Holanda y Suecia.

Pero hoy, la crítica contemporánea ha valorado esta y otras heroínas de Unamuno ordenando con ellas una teoría de figuras extraordinarias. Como un reflejo, un solo reflejo, pero de calidad, de esta sensibilidad actual, he aquí unos pasajes del reciente libro de mi amigo y compañero Carlos Blanco Aguinaga:

"Madres violentas o tiernas, mujeres frustradas en su deseo de maternidad, esposas o tías que podían haber sido madres, que no lo son y que luchan aún por serlo: la presencia de la mujer-madre (lograda, en potencia, o frustrada) es una de las constantes básicas de la obra de Unamuno, en la trama y el ambiente de sus novelas, en los cuentos, en el teatro y hasta en los ensayos, desde las primeras obras hasta las últimas. La "furiosa hambre de maternidad" es, generalmente el rasgo que une a todas estas mujeres, y corresponde, en la sensibilidad y el pensamiento de Unamuno, al "hambre de inmortalidad" que tenía él mismo y de que hacen gala tantos de sus personajes masculinos. En

toda la obra de Unamuno, tal vez sea el caso más extremo de esta hambre de maternidad el de Raquel, la viuda estéril de *Dos madres...* En su furor maternal no le van mucho a la zaga, aunque griten menos y no demuestren tan malsana inteligencia, la mayorazga de Lumbría (de *El marqués de Lumbría*) o la bondadosa y tierna tía Tula” (1).

Leáanse también estas palabras de otro amigo y compañero mío Fernando Lázara, en las que al referirse al tema de la maternidad insatisfecha, aun limitando su pesquisa al teatro de don Miguel, no puede menos de recordar la figura tierna y humana de la tía Tula:

“La más noble, la más generosa forma de realizarse, de sustantivarse en el mundo, piensa Unamuno, es dejar en él algo de nosotros mismos, de nuestra sangre y espíritu, mediante los hijos. Estos no es que nos den la ilusión de pervivir, no es que nos creen el espejismo de perdurar: es que perduramos y pervivimos realmente en ellos. De ahí que, como el amor, el instinto paternal o maternal sea también de necesidad ontológica, sea imprescindible para constituir ese todo sustancial que llamamos hombre o mujer. En la memoria de todos está el extraordinario papel que este problema juega en la obra unamuniana. Recuérdese, si no, una de sus más admirables novelas: *La tía Tula*. En el teatro aparece en dos obras nacidas casi gemelamente, hacia 1920: *Soledad* y *Raquel encadenada*. Las dos no son sino dos variaciones sobre el tema de la maternidad” (2).

¹ Carlos Blanco Aguinaga, *El Unamuno contemplativo*, México, El Colegio de México, 1959, págs. 123-124.

² Fernando Lázara, “El teatro de Unamuno”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, VII, 1956, págs. 5-29.

EL MONODIÁLOGO. CREACIÓN
UNAMUNIANA.

Cuando en 1954 ofrecí reunidos por primera vez en volumen una cincuentena larga de escritos —en el tomo IV de la edición argentina De esto y de aquello— al ordenarlos para ser publicados resumí en mi título, largo quizá en exceso, las denominaciones que don Miguel les había dado a medida que salían a luz: “Meditaciones, soliloquios, diálogos y monodialogos”. Hoy he elegido para titularlos la última de dichas designaciones. Y he logrado incrementar su caudal con una veintena larga de ellos.

Señalé también entonces la pasión unamunesca por el diálogo, su búsqueda insaciable de interlocutor, que tantas veces le llevó —léase el segundo de los textos que encabezan este prólogo— a encontrar unos ojos que le mirasen y espíritus que le atendiesen. Y para saciar tal anhelo vital, nada mejor que crear los personajes que su incesante afán de coloquio requiriese. Esos dialogantes aparecen, en ocasiones, bajo el disfraz de una letra —diálogos entre A y B, o entre P y R— o encarnados en un pronombre personal —conversaciones entre Yo y El—; si es que no prefiere convocar a sus propios personajes, a sus criaturas de ficción, como esos coloquios con Augusto Pérez, el héroe de su novela Niebla, o con don Fulgencio, el filósofo de Amor y pedagogía. Y hay ocasiones en que sin acudir a estos recursos prefiere don Miguel volver a modalidades tan queridas como el soliloquio, la conversación o meditación en voz alta, y, claro es, al monodialogo, término feliz que creo que los resume a todos.

Porque, naturalmente, parece que huelga advertirlo, toda esta galería de dialogantes más o menos entreverados, son el mismo Unamuno de carne y

hueso. Ya lo dejó escrito de un modo certero e inimitable su gran amigo el poeta Antonio Machado, don Miguel "conversa con el hombre que siempre va conmigo", y como él también, hablando solo, "espera hablar a Dios un día". Tal diversidad de interlocutores cubre, ampara y diferencia al propio autor, ya que en el hombre que escribe, y nunca mejor que en este tipo de escritos —llamémoslos "hablados"— se nos brinda y alienta todo el hombre. Un hombre entero y verdadero, que, en un plano dialéctico, hace decir a los dos seres que dialogan lo que él piensa, dividiendo entre ellos las actitudes opuestas y aun contradictorias que los problemas de su tiempo, su propia e irrefrenable actividad de pensador, le obligan a adoptar. Monodílogo pues, y, como tal, una creación unamuniana.

No había sido otro el esquema adoptado para alguno de sus libros, como el titulado Soliloquios y conversaciones, aparecido en 1911, del que podemos considerar antecedente y continuación los escritos reunidos en este volumen, cuyas fechas extremas son las de 1892 y 1936. Casi desde su llegada a Salamanca hasta su muerte en ella. Son, pues, cuarenta y cuatro años de monodílogo los que van a desfilar ante los ojos del lector.

Y ha sido la forma, su apariencia exterior, la que ha facilitado nuestra tarea de seleccionarlos, puesto que su temática es tan amplia, variada y numerosa, que hubiera resultado difícil tratar de establecer agrupaciones siempre falaces. Baste anticipar que a lo largo de estas páginas viven y pululan todo género imaginable de temas, todos los que herían e impresionaban su sensibilidad siempre tan despierta.

No es mi propósito, no debe serlo, anticipar un examen de un contenido tan vario como el ordenado en estas páginas, y por eso debo limitarme a señalar la importancia de algunos de ellos. Sean, por ejem-

plo, los cinco agrupados bajo el epígrafe "Diálogos del escritor y el político", que datan de 1908. En el segundo de ellos, el titulado "El guía que perdió el camino", nos parece descubrir un anticipo de la idea dorsal de su novela San Manuel Bueno, mártir, aparecida veinticinco años después. Léase este pasaje: "Si el apóstol pierde su fe en sí mismo, su fe en sus ideas, esa fe de tantos otros que en sagrado depósito guarda, ¿le es lícito declararlo? ¿Tiene derecho a sumir a miles de almas en la desesperación espiritual, aunque él pueda vivir de la rebusca de la verdad ya que no de su posesión?"

Si tratásemos de subrayar alguna característica común a estos escritos elegiríamos sin vacilar estas dos: su pasión por la verdad y el valor autobiográfico de casi todos ellos. "Acaso la verdad —se lee en uno— es algo pavoroso e inhumano, y presintiéndolo, jugamos para que no nos agarre y haga presa. —¿Y qué quieres a cambio de la verdad? —¡Poesía, consuelo de la vida!". Ya dice él mismo en otro de ellos que si el filósofo hace trivial lo sublime, el poeta, en cambio, hace sublime lo trivial.

Y rara es la página en la que no sale a nuestro encuentro el yo unamuniano. "Pero tú deja que te busquen —puede leerse en una de ellas— y que no te encuentren, porque el día en que te encontrasen no eres ya tú. Sé siempre una esperanza, o lo que es igual, sé siempre un desengaño. El día en que seas recuerdo serás engaño". Y en las que integran el titulado "Oración", que es de 1916, late una íntima y musitada congoja que se expresa en estos términos:

"No me dejes descansar ni detenerme para tomar un ligerísimo huelgo en mi senda, Señor. No me dejes descansar. Visitame de continuo con los apretones de tu diestra y estruja en ella

a mi corazón hasta que suelte sangre. Porque yo sé, Señor, que cuando la conciencia descansa, que cuando la congoja nos deja, cuando no nos angustiamos, mirando a lo lejos donde se pierde, en lontananza y bajo tu cielo, entre tinieblas, nuestro sendero, caemos en cobardía y mendiguez”.

Y transfiriendo su congoja íntima al dolor por España, en ese mismo escrito pueden leerse también expresiones como las que siguen:

Mira, Señor, que ésta tu España, nuestra España está dejada de manos de los hombres, de tus hombres; está dejada de tu mano, Señor, y la van llevando—sólo Tú sabes a dónde— las fuerzas ciegas de las cosas. Y mira, Señor, que hasta tus hombres, cuando se ponen a querer dirigirla, se convierten en cosas. Y Tú sabes que las cosas son de la materia tenebrosa y que se ahoga la libertad en ellas”.

Esta preocupación por España, de la que don Miguel llegó a decir que le dolía, a la que quiere porque le irrita y le irrita porque la quiere; esta España, a la que llegó a considerar más como hija que como madre, está en estos monodialogos con una presencia obsesionante. Acaso se exagera más en los años de su destierro en Hendaya, cuando llegó a sentirla “tantálicamente” según decía, y reaparece en los últimos de su vida, a medida que la realidad nacional iba dejando su poso de desilusión y de amargura. Pero está siempre en el primer plano de su atención, en lo más agudo de su dolorido sentir.

Por esto y por otros motivos que el lector irá descubriendo por sí mismo, estos monodialogos unamunianos han de ser pieza esencial para la tarea de

sus biógrafos. No les brindarán el pormenor recordado de un dato, pero sí el latido humano, la imponderable noticia de cuáles fueron sus inquietudes, sus atrozadores problemas, sus temores, sus dudas, sus confesiones, sus angustias, y también sus esperanzas.

Para expresar tantos y tan variados sentimientos el cauce ideal era éste que hemos llamado del monodiálogo, los eslabones de un inacabable y constante monólogo consigo mismo, de los que hizo una defensa en 1930. La encontrará quien nos lea en el prólogo de la edición española de su Agonía del Cristianismo. Y con tales palabras queremos poner fin al nuestro.

“Así han dado en decir mis... los llamaré críticos, que no escribo sino monólogos. Aca-so podría llamarlos monodiálogos; pero será mejor autodiálogos, o sea diálogos consigo mismo. Y un autodiálogo no es un monólogo. El que dialoga, el que conversa consigo mismo repartiéndose en dos, o en tres, o en más, o en todo un pueblo, no monologa. Los dogmáticos son los que monologan, y hasta cuando parecen dialogar, como los catecismos, por preguntas y respuestas Pero los escépticos, los agónicos, los polémicos, no monologamos. Llevo muy en lo dentro de mis entrañas espirituales la agonía, la lucha, la lucha religiosa y la lucha civil para poder vivir de monólogos”.

MANUEL GARCÍA BLANCO.

Salamanca, junio de 1961.

1. EDICIONES.

Relatos novelescos.

Humorismo internacional, Barcelona, "Colección Ideal", 1931. (Contiene relatos de más de una treintena de autores españoles y extranjeros. Uno de ellos, *Don Catalino, hombre sabio*, de Unamuno).

Miguel de Unamuno: *De esto y de aquello*, tomo II. Ordenación, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951. (Primera edición en volumen. "Relatos novelescos" (1886-1923), págs. 383-545. Contiene treinta y dos; todos los que en esta edición de *Obras Completas* no llevan asterisco.)

Idem. *Obras Completas*, tomo V. *De esto y de aquello*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1951. Prefacio de M. Sanmiguel. Prólogo de Manuel García Blanco. (VIII. "Relatos novelescos", págs. 963-1.124. Contiene los mismos de la edición anterior. Segunda edición.)

Idem. *Cuentos*. Edición al cuidado de Eleanor Krane Paucker, Madrid, Minotauro, 1961. Colección "Biblioteca Vasca", tomo IX, 1 y 2, 208 y 214 páginas. (Contiene, entre otros, los mismos treinta y dos de las dos ediciones anteriores.)

Tulio Montalbán y Julio Macedo.

Idem. *Tulio Montalbán y Julio Macedo*. Novela inédita, Madrid, *La Novela Corta*, año V, núm. 260, 11 diciembre 1920, 16 págs.

(No incluida en ningún volumen ni en la primera edición de sus *Obras Completas*.)

Idem. *Teatro completo*. Edición, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Madrid. Aguilar, 1959 páginas.

Tres novelas ejemplares y un prólogo.

Idem. *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid. Imprenta Artística, 1920, 164 págs. Colección Contemporánea Calpe. (Contiene: Prólogo. "Dos madres". "El marqués de Lumbria". "Nada menos que todo un hombre".)

Idem. *Nada menos que todo un hombre*. Novela inédita. *La Novela Corta*, año I, número 28. Madrid, 15 julio 1916, 34 págs.

Idem. *Nada menos que todo un hombre* (Novela). en *Hebe*, revista mensual de Literatura y Arte. Buenos Aires, núm. X, 1920, págs. 219-257. (Reproducción facsímil de la firma del autor y una breve nota, sin firma, sobre éste y su obra, al final del texto.)

Idem. *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Buenos Aires. Espasa-Calpe, S. A., 1939, 156 págs. "Colección Austral", número 70.

Reimpresiones en 1941, 1943, etc.

Idem. *Id., id.*, Santiago de Chile, Editorial "Cultura", S. A., 111 págs. Biblioteca "Cultura", número 3.

Idem. *Cuatro narraciones*, Barcelona, Ediciones Tarsessos, 1943, 178 págs. (Dos de ellas son *El mar-*

qués de Lumbría y Nada menos que todo un hombre. Las restantes, "Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida" y "San Manuel Bueno, mártir".)

Idem. *El marqués de Lumbría*, con notas de Baltasar Isaza Calderón. Biblioteca Selecta, s. a.

Idem. *Obras Completas*, con un prefacio titulado "Unamuno, novelista", de M[anuel] S[anmiguel], tomo II, "Novelas", Madrid, Afrodisio Aguado, 1951, págs. 977-1.071.

Idem. *San Manuel Bueno. Nada menos que todo un hombre*, New York. Las Américas, 1960. 158 páginas.

La tía Tula.

Idem. *La tía Tula.* Novela, Madrid, Renacimiento, 1921, 207 págs.

Idem. *La tía Tula.* Novela, Buenos Aires, Espasa-Calpe, S. A., 1940, 151 págs. "Colección Austral", núm. 122.

Reediciones en 1942, 1944, 1946, 1952, 1956 y 1959.

Idem. *Obras Completas.* Prefacio titulado "Unamuno, novelista", de M[anuel] S[anmiguel], otmo II. Madrid, Afridisio Aguado, 1951, págs. 1.073-1.177.

Monodialogos.

Idem. *De esto y de aquello*, tomo IV, ordenación, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954, páginas 27-294, apartado XI: "Meditaciones, soliloquios, diálogos y monodialogos" (1892-1935). (Contiene sesenta y un escritos.)

2. TRADUCCIONES.

- Al alemán: *Drei exemplarische Novellen und ein Prolog*, München. Mever und Jessen, 1925, 238 páginas. *Gesammelte Werke*, III, bajo el título *Der Spiegel des Todes*. Contiene: Prolog. Zwei Mütter. Der Marquis von Lumbría. Ein ganzen Mann. Traducción del Dr. Otto Buek.
- Segunda edición Leipzig, Phaidon Verlag, 1933.
- *Tante Tula*, traducción del Dr. Otto Buek, München. Mever und Jessen, 1928, 194 páginas. *Gesammelte Werke*, tomo VI. (Primera edición.)
- *Tante Tula*. *Abel Sánchez*, traducción del Dr. Otto Buek, Leipzig, Phaidon Verlag, 1933, 194 págs. (Segunda edición.)
- Al checo: *Cely Muz...*, traducción de *Nada menos que todo un hombre*, por A. Synek, Praga, A. Synek, 1933, 44 págs.
- Al francés: *Deux mères*, traduction de Mlle. Mathilde Pomès, autorisée par l'auteur, *La Vie des Peuples*, année VI, num. 24. Paris, 10-IV-1922, págs. 641-864. (Con una introducción de la traductora.)
- *Le marquis de Lumbría*, traduction de Jean Cassou, Paris, Simon Kra, 1924, 51 págs. "Les Cahiers Nouveaux". Aux Editions du Sagittaire. Setenta y cinco ejemplares numerados, con una reproducción en facsimil del final de una carta del autor fechada en Salamanca, 20-VI-1923.
- *Trois nouvelles exemplaires et un prologue*, traduction de J. Cassou y M. Pomès, précédé d'une introduction de Valery Larbaud, Paris, Simon Kra, 1925. Collection de la *Revue Européenne*.

— *La tante Tula*, traduction de J. Bellon, Paris, Stock, 1937.

Al holandés: *De Markies van Lumbria*, uit het Spaansch, door Dr. G. J. Geers, Amsterdam, Sloterdijk, 1925. (En un volumen titulado *Zes Verhalen*, págs. 31-53, que contiene otros relatos de Pirandello, Kalmen, Mikszath, Pavlos Nirvanas, J. L. Perets y Kin Koe Kh'y Kwan; precedido aquél de una introducción del traductor. El título exacto del volumen es *Zes Verhalen* uit: italiaansch, spaansch, hongaarsch, nieuwgrieksch, jiddisch en chineesch. Verelddbibliotheek. Amsterdam, Maatschappij voor goede en Goedkoope Lectuur te Amsterdam-Sloterdijk.

— *Een kerel uit Eén Stuk*, vertaling van G. J. Geers. Arnhem, Maatschappij N. V. van Loghum Slaterus Uitgevers, 1926, 57 págs. (Esta versión fué anticipada en la revista *De Stem*, cuader no 6.º, Arnhem, 1-VI-1926, pp. 337 y ss. y 425-452. (Versión holandesa de *Nada menos que todo un hombre*.)

— *Tante Trui*, vertaald door G. J. Geers, Anhem, Maatschappij N. V. van Loghum Slaterus'Uitgevers, 1926, 168 págs.

Al inglés: *Nothing less than every inch a man*. En *The best continental stories of 1924-25*, edited by Richard Eaton, Boston, Small Maynard, 1925, páginas 425-494. (Versión inglesa de *Nada menos que todo un hombre*.)

— *Three exemplary novels and a prologue*, translated by A. Flores, New York, Albert and Charles Boni, 1930, 288 págs. (Contiene: Prologue. "The Marquis of Lumbria". "Two Mother". "A He Man".)

— *Three Exemplary Novels*, by Miguel de Unamuno. With an Introduction by Angel del Río. Translated by Angel Flores. New York, Grove

Press, 1956, 228 págs. Colección "Evergreen Books". (Contiene: "The Marquis of Lumbia". "Two Mothers". "Nothing less that a Man". Es la versión de la edición anterior.)

Al italiano: *Questo é veramente un uomo!*, romanzo, traducción de Mario Puccini, en *Romantica*, periodico quindicinale, año I, núm. 17, 15-X-1921, 40 págs.

— *Las peregrinaciones de Turismundo*, traducción de Ettore de Zuani, en la revista *Il Mondo*. Milano, n. 1920 ó 1921.

— *Tre romanzi esemplari*, traducción e introducción de Mario Puccini, Milano, La Celerissima, 1924.

— *Un uomo tutto uomo*, traducción de Bianca Ugo, Milano, Bompiani, 1941. En el volumen *Narratori Spagnoli*, raccolta di romanzi e racconti delle origini ai nostri giorni, a cura di Carlo Bo, págs. 697-737.

— *Tutto un uomo*, traducción de Mario Puccini, Roma, De Carlo, 1949, 116 págs. (Contiene, además, dos relatos de *El espejo de la muerte*: los titulados "El diamante de Villasola" y "El mistero d'iniquità".)

— *Tre romanzi esemplari y u nprologo*, traducción e introducción de Flaviarosa Rossini, en el volumen *Miguel de Unamuno. Romanzi e drammi*, Roma, Gherardo Casini, 1955, págs. 337-414. (Contiene: Prologo. "Due madri". "Il marchese di Lumbria". "Niente meno che un vero uomo".)

— *Due madri*, reproducción del texto anterior, en *La Fiera Letteraria*, núm. 21, Roma, 22-V-1955.

— *La zia Tula*, traducción de Flaviarosa Rossini, en el volumen *Romanzi e drammi*. Roma, Gherardo Casini, 1955, XIX + 582 págs. Serie: I Grandi Maestri, volumen 20.

Al polaco: *Trzy nowe przykladne*, Varsovia. (No

tengo otra noticia que el haber visto anunciada esta versión en el volumen que contiene la de *Niebla*.)

Al ruso: *Due matere*, traducción de *Dos madres*, por C. Ignatov, Moscú, Podpiska na Biblioteku Oronek, núm. 242, 1927, 36 págs.

Al servio-croata: *Magla i tri uzorite novele*, traducción de Bogdan Raditsa, Zagreb, Naklada Zaklade Tiskare Narodnih Novina, 1929, 278 págs. Zabavna Biblioteka. Introducción del traductor, firmada en Hendaya-París (1928) y Split (1929). (Reproduce en facsímil una carta de Unamuno a aquél, fechada en Hendaya, el 6-VI-1929.)

Al sueco: *Moster Tula*, traducción de Reigin Fridholm, introducción de John Landquist, Stockholm, Wahlström and Widstrand, 1927, 192 págs.

3. RESEÑAS Y ESTUDIOS.

Anónimo: "Unamuno. De la colección de escritos no recogidos en sus libros", en suplemento dominical del diario *España*, Tánger, 1-VI-1952. (Por el tomo V de *Obras Completas*.)

X.: Reseña de *La tante Tula*, en *Larousse Mensuel illustré*, París, junio 1937.

Basdekis, Demetrios: Reseña la edición de *Nada menos que todo un hombre*, hecha por la Editorial "Las Américas", en 1960, en *La Voz*, New York, febrero 1961, pág. 20.

Boselli, Carlo: "Traduzioni", en *Libri del Giorno*, Milano, noviembre 1924, pág. 601. (Por la versión italiana de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*.)

Brion, Marcel: "Trois livres de Miguel de Unamuno", en *Les Cahiers du Sud*, diciembre 1925, páginas 862-867. (Se refiere a *De Fuerteventura*

- a París, y a las versiones francesas de *Agonie du Christianisme* y *Trois nouvelles exemplaires*.)
- C. L.: "Unamuno en l'autodiàleg", en el volumen *Ortega, Unamuno, D'Ors, Camus*. Barcelona-Sarrià, 1960, págs. 64-70. Colección *Criterion*, número 5.
- C. M.: "Unamunos *Tante Tula*", en *Vossische Zeitung*, Literarische Umschau, Berlín, 20-XI-1927.
- Cano, José Luis: "Los libros del mes", en *Insula*, número 70, Madrid, 15-VI-1952. (Por el tomo V de *Obras Completas*.)
- C[arranza], C[arlos]: Reseña *De esto y de aquello*, en *Cuadernos*, París, núm. 4, enero-febrero 1954, páginas 103-104.
- Casares, Julio: "Tres novelas ejemplares y un prólogo", en el libro *Crítica efímera*, II, Madrid, Calleja, 1919, págs. 75 y ss. (Apareció antes en el diario madrileño *ABC*.)
- Cassou, Jean: "Lettres espagnoles. Miguel de Unamuno: *Tres novelas ejemplares y un prólogo*", en *Mercure de France*, París, 15-VI-1921, páginas 819-821.
- Cerutti, F.: "Unamuno: *Romanzi e drammi*", en *Belfagor*, Messina-Firenze, XI-1956, núm. 2. (Reseña de las versiones italianas contenidas en este volumen.)
- Cobos, Alfredo de los: Reseña *De esto y de aquello*, I-III, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, IV, 1953, Madrid, págs. 379-382.
- Colón, A.: Reseña el tomo V de *Obras Completas*, en *España*, Tànger, 3-II-1953.
- Denis, Frederic: "Trois nouvelles exemplaires et un prologue", en *Le Peuple*, Bruselas, 17-IV-1925.
- Fernández Almagro, Melchor: "Crítica y glosa", en el diario *ABC*, Madrid, 3-IV-1952. (Por *De esto y de aquello*, II.)
- García Blanco, Manuel: "Versiones italianas de las

- obras de Unamuno", en *Quaderni Iberoamericani*, vol. II, núm. 13, Torino, febrero 1953, págs. 269-273.
- Gottfurcht, Fritz: "Miguel de Unamuno: *Tante Tula*", en *Die Literarische Welt*, Berlín, 16-XII-1927.
- Legendre, Murice: Sobre "Trois nouvelles exemplaires", en *Journal des Débats*, XXXII, 1925, París, págs. 350-352.
- Marichal, R. A.: "Una novela de Unamuno. Glosas sobre el estilo unamunesco", en *Isla*, II, 1940, núm. 6, San Juan. Puerto Rico, págs. 11-13.
- Miró, Rodrigo: Reseña *El marqués de Lumbría*, con notas de Isaza Calderón, en *Revista Universidad*, Panamá, núm. 24, enero 1946, pág. 319.
- O. K.: "Bedeutsame Neueausgaben", en *Arbeiterzeitung*, Viena, 1-IV-1933. (Por la segunda edición de la versión alemana de Phaidon Verlag, Viena, 1933.)
- Onís, Federico: Reseña *Obras Completas*, tomos I-IV, en *Revista Hispánica Moderna*, New York, XIX, 1953, págs. 108-109.
- Pfandl, Ludwig: Reseña la edición de *Obras Completas* en alemán, *Literaturblatt für Germanische und Romanische Philologie*, XLVII, 1926, páginas 111-113.
- Papst, W.: Reseña la traducción alemana de 1933, en *Literatur*, 1933, núm. 9, págs. 545-546.
- Paucker, Eleanor K.: "Unamuno's *La venda*: short story and drama", en *Hispania*, Baltimore, XXXIX, 1956, págs. 309-312.
- Pitollet, Camille: Sobre *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, en *Hispania*, París, IV, 1921, páginas 186-189.
- Puccini, Mario: "Unamuno saggista", en *Il Giornale*, Nápoles, 11-XI-1952. (Por *De esto y de aquello*, I-II.)

- R. G. C.: Reseña *Cuatro narraciones*, en *Arte y Letras*, I, núm. 4, Madrid, 15-V-1943, pág. 22.
- Río, Angel del: "Las novelas ejemplares de Unamuno", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, V, 1960, págs. 22-34.
- R[ivas] C[herif], C[ipriano]: "Miguel de Unamuno. Tres novelas ejemplares y un prólogo. El Cristo de Velázquez", en *La Pluma*, II, núm. 14, Madrid, julio 1921, págs. 56-58.
- Rüegg, August: Reseña *De esto y de aquello*, I-III, en *Erasmus*, V, 1952, págs. 701-705.
- Sánchez Trincado, José Luis: "Criaturas de Unamuno: Elvira", en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 11-VI-1938. (La heroína de *Tulio Montalbán y Julio Macedo*.)
- Sarmiento, Edward: "Considerations towards a Revaluation of Unamuno", en *Bulletin of Spanish Studies*, Liverpool, XIX, 1942, págs. 201-209, y XX, 1943, págs. 35-48 y 84-105.
- Schuster, Edward, J.: "Influences of Psychological and Psychiatric Studies on Unamuno", papel leído en el LXXI Congreso de Modern Language Association, reunido en Washington, del 27 al 29-XII-1956.
- Sedwick, Frank: "Unamuno, the Third self, and *Lucha*", en *Studies in Philology*, LIV, 1957, número 3, julio, págs. 464-479.
- Tallendeau, J.: "Les livres qu'on lit", en *Le Populaire*, Nantes, 17-IV-1925. (Por la versión francesa de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*.)
- Titta Rosa, G.: "Il libro del giorno. Due moralisti", en *L'Ambrosiano*, 7-X-1924. (Por la versión italiana de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*.)
- Tomasso, Vincenzo de: "La personalità di Unamuno", en *L'Italia che scrive*, XLIII, núm. 12, Roma, diciembre 1960, págs. 252-253.
- Trend, J. B.: "Unamuno as Novelist", en *The Na-*

tion and *The Athacneum*, Londres, 19-XI-1921. (Por *La tía Tula y Tres novelas ejemplares y un prólogo.*)

- Valverde, José María: "Sobre la crisis del "género" en nuestra literatura. Un nuevo concepto. Unamuno y las obras de Baroja", en *Indice de Artes y Letras*, VIII, núm. 60, Madrid, febrero-marzo 1953, pág. 9. (Se refiere a *La tía Tula* y a *Niebla.*)
- Zuani, Ettore de: "Miguel de Unamuno, novelliere", en *Il tempo*, s. p.
- Zuazagoitia, Joaquín de: "Tres entes de ficción: Papet, Alejandro Gómez y Tigre Juan", en *El Sol*, Madrid, 9-V-1926. (De Galdós, Unamuno y Pérez de Ayala. El del segundo es el protagonista de *Nada menos que todo un hombre.*)
- Zubizarreta, Armando F.: "Desconocida novela de Unamuno: *Nuevo Mundo*". (Datos para la historia y el sentido de la "novela personal", en el libro *Tras las huellas de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1960, págs. 47-109. Colección Ser y Tiempo, núm. 26.)

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA NOVELA DE UNAMUNO EN GENERAL.

Al igual que hicimos en el tomo II de estas *Obras Completas*, nos permitimos incluir aquí la noticia de algunas reseñas y estudios complementarios sobre la novelística unamuniana en general. No se incluyen los que se refieren a *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más* (1933), que irán en el volumen en que se incluye esta obra. En cambio se incorporan algunos trabajos sobre obras del autor incluídas ya en el citado tomo II de esta edición.

"Andrenio": "Letras e ideas. Unamuno y su Caín", en un diario madrileño, 1917.

- Aranguren, José Luis: "La littérature espagnole à l'époque du roman", en *La Vie Intellectuelle*, París, XXVI, 1955, págs. 27-39.
- El mismo: "¿Por qué no hay novela religiosa en España?", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, XXII, 1955, págs. 193-214. (Estudia a P. A. de Alarcón, el P. Coloma, Galdós, Unamuno y Sánchez Mazas.)
- Bertrán, Fernando: "Libros. *Paz en la guerra*, de don Miguel de Unamuno", en una revista que no he podido determinar, 31-VII-1923.
- Brooks, Barbara: *Character Portrayal in the Works of Miguel de Unamuno*, tesis para el grado de Master of Arts de la Universidad de New Mexico, EE. UU., 1951.
- Catalán Menéndez-Pidal, Diego: "Personalidad y sinceridad en un monodialogo de Unamuno", en *Studia Philologica*, Homenaje a Dámaso Alonso, Madrid, Gredos, tomo I, págs. 333-347. (Se refiere al mantenido por el autor con su personaje Augusto Pérez, héroe de la novela *Niebla*.)
- Ferrer Soto, R.: "El tragicismo de Unamuno", en *Humanidades*, revista de la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1959, núm. 2, abril-junio, págs. 219-221. (Se refiere a *Abel Sánchez* y al tema de la envidia.)
- Livingstone, L.: "Interior duplication and the problem of the form in the modern spanish Novel", en *Publications of the modern Language Association of America*, Baltimore, LXXII, 1958, páginas 393-406. (Se refiere especialmente a Galdós, Unamuno y Pérez de Ayala.)
- Mariás, Julián: "Guerra en la paz", en *ABC*, Madrid, 8-V-1953. (Establece la relación de *Los cipreses creen en Dios*, novela de José María Gironella, con *Paz en la guerra*, "la prodigiosa novela de Unamuno, la primera de las suyas, escrita hace cincuenta y seis años".)

- Moloney, Raymond Lawrence: *Unamuno, Creator and Recreator of Books*, tesis doctoral de la Universidad de Colorado, EE. UU., 1945. 121 folios a máquina. (Hay ejemplar en la Biblioteca de Unamuno. El capítulo VI se titula: "The Author and his Creatures".)
- Putnam, S.: "Unamuno y el problema de la personalidad", en *Revista Hispánica Moderna*, New York, XV, 1949, págs. 107-114.
- Ribbans, Geoffrey: "The Development of Unamuno's Novels *Amor y pedagogía* and *Niebla*", en *Hispanic Studies in Honour of I. González Llubera*. Oxford, The Dolphin Book, 1959, 17 págs.
- Rossi, Giuseppe Carlo: "Unamuno narratore", en *Idea*, II, núm. 14, 2-IV-1950.
- Schürr, Friedrich: "Miguel de Unamuno, romancier et dramaturge existentialiste", en *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*, Sezione Romanza, II, 1960, Nápoles, julio, págs. 17-29.
- Smith, T.: *Unamuno; a Study in Strife*, tesis de Master of Arts de la Universidad de Princeton, Estados Unidos, 1943.
- Stevens, Harriet S.: "Las novelitas intercaladas en *Niebla*", en *Insula*, núm. 170, Madrid, enero 1961.
- Valery-Larbaud: "Unamuno", en *La Revue Européenne*, núm. 26, París, 1-IV-1926, págs. 220-27. (Notas para una traducción al francés de *Niebla*.)

LETRAS EXTRANJERAS
(1914-1925)

“Era Isaac de cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel, arameo, de Padan-Aram, hermana de Labán, arameo. Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril, y aceptóle Jehová y concibió Rebeca, su mujer. Y los hijos se combatían dentro de ella. Y dijo: Si ha de ser así, ¿para qué vivo yo? Y fué a consultar a Jehová. Y respondió Jehová: Dos gentes hay en tu seno y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas, y el un pueblo será más fuerte que el otro y el mayor servirá al menor. Y como se cumplieron sus días para parir, he aquí mellizos en su vientre. Y salió el primero rubio y todo él velludo como una pelliza, y llamaron su nombre Esaú. Y después salió su hermano, trabada su mano al calcañar de Esaú, Y fué llamado su nombre Jacob.”

Esto nos cuenta el Génesis en su capítulo vigésimoquinto, después de habernos contado en el anterior cómo Abraham envió al más viejo de sus criados a la Mesopotamia para que le trajese de allí una mujer para su hijo Isaac, y cómo la encontró en la ciudad de Nacor, junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, cuando salen las mozas a por agua, y al decirle: “Baja el cántaro, te lo ruego, para que beba”, Rebeca, hija de Betuel, hijo de Mica, mujer de Nacor, hermano de Abraham, le contestó: “Bebe.

señor mío”, y luego dió de beber a los camellos. Y el viejo criado se la llevó a Abraham, su señor, para Isaac, su hijo.

Y Ernesto Renan, ex-futuro sacerdote católico, en el estudio que dedicó a Lamennais, el encendido ex-sacerdote católico —bretones ambos, aunque Renan con sangre gascona—, escribió diciendo: “El apologista que se hace apóstata, el sacerdote que deja por su testamento una sangrienta injuria al dogma que ha servido, he aquí fenómenos en que los misterios de la creencia aparecen, por así decirlo, al desnudo. No sé si desde Tertuliano ha visto el mundo una señal de este género tan relevante como la que Lamennais reservaba a nuestra edad. Jamás pasiones mayores excitaron en un alma más grande más violentas tempestades; jamás el parto laborioso de un mundo nuevo arrancó gritos de dolor más elocuentes. Como la mujer de la Biblia en cuyo seno dos pueblos, uno de elegidos, otro de reprobados, chocaban entre sí, sintió en su ardiente pecho la lucha de siglos enteros. Cada convulsión de estos hombres heroicos que llevan en el corazón la herida de su tiempo, cada uno de sus gritos, cada uno de sus dolores, debe notarse, porque son síntomas de lo que se agita en la Humanidad. Las secretas inquietudes que la mediocridad atenúa y los cálculos del interés disimulan, aparecen en ellos en su ruda y franca verdad.”

Renan, el bretón con sangre gascona, de la que corrió por las venas de Montaigne; Renan, el espectador de la tragicomedia de la vida, el que dijo que todo cuanto presenciamos y experimentamos es un espectáculo que se prepara el gran Corego del Universo y que debemos contribuir a su más fiel cumplimiento, Renan, ¿se dió acaso clara cuenta de todo lo que dijo en esas líneas dedicadas al trágico

sacerdote bretón, que sintió pelear en su alma ideas mellizas, pero enemigas entre sí, que pedían nacimiento y vida?

Figurémonos una nación que como Rebeca sienta en su seno la lucha de hermanos; pero esto no es nada junto a una conciencia individual que, reflejando la conciencia colectiva junto al seno espiritual de un hombre que, concretando el alma de su pueblo, sienta en sí la pelea pre-natal, uterina, de Esaú y de Jacob, y salir éste a luz trabado del calcañar de su hermano y como dispuesto a suplantarle más tarde, con engaño primero, con violencia después.

Y si luego hubiese podido presenciar Rebeca la solemne lucha de Jacob con el ángel del Señor desde la puesta del Sol hasta el rayar del alba, cuando ahogándose de congoja le decía: ¡dime tu nombre!, ¿cómo la pobre madre, la que siendo virgen iba al pozo a por agua y daba de beber a los peregrinos y a sus camellos, habría podido explicarse entonces la terrible lucha entrañada, el combate de los mellizos en su seno?

¿Por qué combatían? ¿Por quién saldría antes, visto que no podían, sin absurda contradicción, salir a un tiempo? Salió Esaú el primero, el rubio y velludo, y detrás de él y como a él supeditado su hermano, trabada su mano al calcañar de aquél, pero, al cabo, vendió el mayorazgo al segundón su primogenitura por un plato de lentejas, y luego bendijo el viejo Isaac, ya ciego, a Jacob tomándole por Esaú. Y esto se repite con las ideas.

Ideas primogénitas, rubias y velludas, trabadas a las cuales salen las otras, las que luchan en la noche con el ángel del Señor preguntándole su nombre, y luego esas ideas primogénitas, cazadoras y fuertes, desiallecen un día y ¡se venden por un plato de lentejas!

Pero la tragedia no está en ellas, está en Rebeca. La tragedia está en el alma que las concibe.

¡Qué fácilmente hablan de contradicciones los que nunca han parido gemelos enemigos o acaso no han parido nada y tal vez no pueden parir!

Manzoni, en su inmortal oda al cinco de mayo, al día en que murió Napoleón el Unico, nos canta cómo dos siglos, armado el uno contra el otro, se sometieron a él como esperando el hado, y él, Napoleón, hizo silencio y se sentó árbitro en medio de ellos.

Due secoli

l'un contro l'altro armato
 somessi a lui si volsero
 come aspettando il fato;
 ei fé silenzio ed, arbitro
 s'assise in mezzo a lor.

¿Pero qué si aquellos dos siglos armados el uno contra el otro, en vez de someterse a Napoleón, se le hubieran metido en el alma, poniéndose a pelear en ella? Mas no, las almas napoleónicas tienen poco, muy poco, no tienen casi nada de Rebecas. No son campo de batalla, sino que lo dominan. Y por eso su acción es siempre, por muy extensa que parezca, poco intensa, poco profunda.

Pasan los Napoleones con aire de vencedores, devastando pueblos, y van a perderse, después de la derrota, en cualquier islote perdido en las vastas soledades del Océano, y pasan con aire de vencidos los Tertulianos y van también a perderse... ¿Dónde? Y pasan los siglos y cuando un alma humana quiere hallarse, quiere tocarse, quiere sentirse, quiere serse, no va a mirarse en el espejo del águila que se cernió sobre el campo de batalla, sino en el espejo del campo mismo de la batalla, de aquella otra alma

que fué campo de batalla, que fué seno de Rebeca, portador de gemelos en lucha.

Esaú, el primogénito, concibió odio a Jacob, su hermano, y pensó en matarlo; pero Rebeca, la madre, que se lo oyó, llamó a Jacob, su hijo menor, y le dijo que huyera hasta que se le pasase al mayor su encono. Y decía la pobre madre: “¿Por qué he de verme privada de vosotros ambos en un día?” Y sentía hastío de la vida a causa de las mujeres, hijas de Heth, que Esaú tomara. ¡Pobre Rebeca! ¡Pobre Rebeca, que tiembla ante la visión del fratricidio de uno cualquiera de sus hijos! ¡Tendrá un hijo muerto y el otro asesino! El alma maternal, la que concibe ideas gemelas y contradictorias, quiere que vivan sus hijas todas, las quiere vivas, y no muertas las unas y fraticidas las otras. ¡Que luchen, que luchen como antes de nacer luchaban en su seno; pero que no se maten! ¡Que vivan todas!

Y ahora es cosa de leer aquellos clamores de salmo del profeta bretón en su *Palabras de un creyente*. ¿Creyente? Hay que oír lo que al agudo ex-seminarista se le ocurre respecto a las creencias de su paisano. Ese estudio de Renan sobre Lamennais, con no ser de los trabajos mejores suyos, es una de las cosas más instructivas que conozco. Hay que oír a Sara cuando compadece, y compadece de veras, a Rebeca.

[Los Lunes de “El Imparcial”, Madrid, 2-III-1914.]

HERACLITO, DEMOCRITO Y JEREMIAS

¿De dónde ha salido eso de que Heráclito lloraba mientras Demócrito se reía? Y aun hay quien dice más, y es que Heráclito lloraba porque Demócrito se reía de sus lloros, y éste se reía de que aquél llorase por sus risas. Nuestro Campoamor, en su dolosa "La comedia del saber", decía:

Gime, Heráclito, y a poco
sale Demócrito y mira,
y al ver que el otro suspira,
se echa a reír como un loco.

Y más adelante concluye:

Y así, pensando en pensar
si ha de llorar o reír,
ve el hombre su vida huir
entre reír y llorar.

Lo sabido es que Heráclito, patriarca de idealismo, fué el que dijo aquello de "todo fluye", que es como decir que todo pasa, y lo de "no metes dos veces el pie en la misma agua". Su sentido era el de lo continuo y fluyente, el de una vena de agua, el de una verdadera línea de movimiento. Y Demócrito, patriarca de materialismo, fué el de los áto-

mos. Los cuales ni fluyen ni pasan; acaso porque no son nada. Su sentido era el de lo discontinuo y quieto, el de un collar de perlas, de una serie de puntos quietos. Y ahora, ¿por qué a la primera concepción se la supone triste y alegre a la segunda? ¿Por qué es triste la ola que pasa y alegre el canto rodado que bajo de ella queda?

¿Qué dulce es pasarse las horas muertas a la orilla del mar contemplando venir a las olas, que mueren espumantes contra la arena! Y más si se piensa que la ola no es sino pura forma, que no la hace la misma agua en dos momentos, que el agua no va ni viene, sino ondula. ¿Y por qué, repito, ha de ser Heráclito triste?

Entre Heráclito y Demócrito, a manera de dos sufetes, gobiernan al mundo. Los dos quieren explicarnos el porqué de lo que hay, la consistidura de la realidad, y cada uno de ellos no ve sino una cara. El uno mira las cosas desde dentro, y llora; el otro las mira desde fuera y se ríe. O al revés, porque es igual. Pues ¿qué es el fuera y qué el dentro? Mirar desde dentro de casa es mirar desde fuera de la calle, y mirar desde fuera de casa es mirar desde dentro de la calle. Y estos tan divertidos juegos de conceptos los aprendí hace ya la friolera de más de cuarenta años, cuando siendo un mozo estudiaba el alemán... en la *Lógica* de Hegel. ¡Qué heroísmo!

Al lado de Heráclito, como llorón o plañidero, se nos da a Jeremías, hijo de Hilcias, de los sacerdotes de Anatot, en tierra de Benjamín, y que floreció en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá. El cual Jeremías fué, según Ernesto Renan, un profeta anarquista. Por lo menos, se dedicaba a disputar con Jehová, su Dios. Bien es cierto que le decía: "Tú eres justo, Jehová, aunque yo dispute contigo." (Cap. XII, vers. I de su Profecía.) Por donde se ve

que era cortés en sus polémicas. Y luego le preguntaba por qué permite que prosperen los malos.

He conocido varios Jeremías más o menos heraclíticos —es mejor llamarlos así que no Heráclitos jeremiacos—. Se dedican a murmurar y maldecir y blasfemar del pueblo en que viven. “¡Esta cochina ciudad (o villa) de...!” Y repiten aquello de “¿Sociedad? ¡Suciedad!” Son los incomprensidos, los que no llegaron. ¿Adónde? ¡Qué sé yo!... Ni ellos tampoco. Son los ex-futuros, son los que si hubieran salido... O los ex-fracasados; esta terrible palabra que empleó Eugenio Silvela una vez, que yo recuerdo. Inactuales, inventó Pompeyo Gener, o quien fuese; pero lo repitió éste. Inactuales, y también inadaptados o inadaptables. ¿Y por qué?

Aquel sibilítico e intrincadísimo poeta que fué Roberto Browning, en aquella deliciosa pieza de filosofía poética —mejor que filosófica, poética—, que es la *Apología del obispo Blougram*, dice, entre otras cosas igualmente sustanciosas: “El problema común, vuestro, mío, de cada uno, es no el imaginarse qué sería lo hermoso en la vida siempre que pudiese ser, sino más bien hallando primero lo que puede ser, buscar luego la manera de hacerlo hermoso para nuestros fines; lo que es muy diferente” (1). Y mi amigo Kierkegaard —muerto en 1855, nueve años antes de yo nacer— escribía en sus *Actos de amor* que la cuestión no es hallar el pueblo o la mujer que a uno le gusten, sino encontrar gusto en el pueblo o la mujer que le haya tocado en suerte.

Atribuyen a Cánovas del Castillo aquella feroz humorada de que sólo es español el que no ha podido ser otra cosa. Digamos aquí con Bartrina, detestable

¹ *Bishop Blougram's Apology* (versos 87-91). (N. del E.)

poeta —era su espíritu un abismo de prosaísmo ramplón—, aquello de:

¡Que si quieres pasar días felices
no analices, muchacho, no analices!

Vale más, pues, no analizar la sentencia canoviana porque como sentido tendremos que convenir en que carece de él. Y, sin embargo, es muy frecuente oír discurrir —¿discurrir?— sobre el presupuesto de solemne vaciedad de que nadie elige ni madre ni patria. ¡No, ni esencia! Es como si a uno le preguntase otro: “Usted, de no ser usted, ¿quién querría ser?” A lo que sólo cabe una respuesta, y es la cállada, o en todo caso, y puesto a hablar, ésta: “Seguramente que no usted, el que me pregunta tal cosa.”

No cabe dudar que la dialéctica hegeliana sirve de mucho y desde luego de gran consuelo para la vida. Ella me enseñó que uno es otro, que el otro y el otro es otro que uno, y que uno y otro son en el fondo uno y el mismo, pero siempre en movimiento. Y dándole vueltas por este camino y devanándose los sesos en el argandillo de mi cabeza he dado en pensar que Jeremías, Heráclito y yo tuvimos una conversación con el amigo Kierkegaard, allá en una calle de Copenhague, hace unos sesenta años. Y que discutíamos de las cosas que sucederían en España en 1960, de aquí a cuarenta y cinco años.

Todo el punto estriba en sacudirnos del tiempo y del espacio —que con la lógica, tengo el honor y el gusto de repetirlo una vez más, son los tres tiranos del espíritu— y verlo todo *sub specie æterni*. Es de lo que hay que convencer a nuestros Jeremías heraclíticos. Cuando contemplen la ciudad, villa o aldea en que les tocó vivir desde la vía láctea —o camino de

Santiago— se les curará la morriña de su inactua-
lidad.

Y no se me venga diciendo que no es posible mirar nuestra ciudad, villa o aldea desde el camino de Santiago —o vía láctea—, porque resulta que nuestra tierra, con todo el sistema planetario del sol de que forma parte, está en ese camino, dentro de él, formando también de él parte. Es, pues, como ver mi casa desde la Tierra, o ver un árbol desde el bosque en que está.

Todo el problema de la mística está en ver el mundo y verse uno a sí mismo desde Dios, en quien vivimos y nos movemos y somos, como dicen que dijo el Apóstol de los gentiles (*Hechos*, XVII, 28), citando a un filósofo pagano y gentil. Y por lo que hace a nuestro pequeño problema, el nacional, yo me daría por contento con que nuestros Jeremías heraclíticos, en vez de mirar a España desde su ciudad, villa o aldea, mirasen a su aldea, villa o ciudad desde España.

“¡Todo pasa!”, dicen que exclamaba Heráclito gimiendo y llorando. Pero eso de que todo pasa es al fin y al cabo un consuelo. Lo peor es cuando no pasa nada. Y los que aquí, haciendo de Heráclitos jermiácos, nos desesperamos es precisamente porque no pasa nada. No pasa nada, ¡ay!, y todo queda. Pero todo queda como se quedan los átomos, como se quedan las arenas del desierto. Y eso, aunque el simún las encrespe.

¿Será verdad, Dios mío, que, como cierto feroz humorista supone, nuestra sociedad española se compone de almas atómicas o de átomos anímicos incapaces de formar una verdadera línea de movimiento? En tal caso deberíamos ser un pueblo democritiano, alegre, que se riera de que otros lloren. Pero el caso es que nos pasamos la vida entre hipos y pucheritos.

contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando. Aunque no sea la vida la que pasa, sino nosotros por ella, como corren las olas sobre el mar; pero el mar queda.

Y ved cómo eso de si pasamos por el tiempo o pasa el tiempo por nosotros; si el punto es el límite de la línea o el lugar de la intersección de dos de ellas o si la línea es una serie de puntos; si somos un río del que puede sacarse gotas de agua o un arenal de granitos de roca, no son tan sólo problemas de pura curiosidad o juegos de conceptos, si es que no de palabras, sino algo cuyo escudriñamiento puede contribuir a que nuestros jeremías lugareños vean su lugar desde el camino de Santiago, en el que estamos. Y es lo que dice un amigo mío: "En España no nos hace falta más que una cosa: ¡filosofía!"

Y eso, ¿con qué se come? —pregunta nuestro vulgo—. "Comerás el pan con el sudor de tu rostro hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste sacado", le dijo Dios a Adán (*Génesis*, III, 9). Y a nosotros nos dice que comeremos nuestro pensamiento con sangre de nuestro corazón. Y el que no quiera pensar en ciertas cosas se morirá de hambre espiritual, y sin saberlo, que es lo peor.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 26-IV-1915.]

Leído en el libro de Scipio Slataper, un italiano del Carso, sobre *Ibsen* —así se titula el libro—, lo que dice acerca del *Brand*, de aquella terrible tragedia de Brand. Brand, que a la vez quiere decir espada y llama. Vuelta a la mente y al corazón de Brand, de aquel Brand ibseniano, mejor kierkegaardiano. Vuelve su recuerdo, su visión, su reproche, como la espada ardiente del ángel que el Señor puso a las puertas del paraíso terrenal para guardarlo. Y otra vez el árbol de la vida y otra vez el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Escribe de *Brand* Slataper: “Fuera de la Humanidad, fuera de toda posibilidad humana está la terrible consecuencia de su ley. Toda la vida ha luchado contra el compromiso porque es la muerte. Y muerte es, sin embargo, la implacable victoria contra él. En el terreno humano, entre los dos adversos polos humanos, ni en ellos mismos, no hay salvación para el hombre. Nada es suficiente. Y Brand se derrumba; entonces, finalmente, el hombre queda desesperado y vencido, y la congoja empedernida se funde, y él se queja y plañe de estar sin gracia” (página 101).

Y así es. El compromiso es muerte; pero es muerte también vencerlo. La transigencia es muerte; pero lo es también la intransigencia. Y no hay más

que una vida y es vivir, esto es, morir poco a poco, luchando contra la muerte, luchando contra la vida, luchando siempre. ¿Por qué? Por la lucha.

El 20 de diciembre de 1870 escribía Ibsen a Brand, su amigo, estas palabras: "Nos han robado, al fin, Roma a nosotros los hombres y la han puesto en manos de los políticos. ¿Adónde iremos ahora? Roma era la única ciudad tranquila de Europa, la única donde se gozase de verdadera libertad, la libertad de la tiranía libertadora de los politicastos. Creo que no podré volver a verla en la nueva condición. Todo su carácter exquisito, la falta de obstáculos, la porquería, desaparecerán ahora; por cada estadista que nazca desaparecerá un artista. Y después, el magnífico ímpetu de la libertad —; salve! Sí, al menos por mi cuenta debo decir— la única cosa que amo de la libertad es la lucha por conquistarla; de su posesión no sé qué hacerme."

Sí, hay un uso que hacer de la libertad, y es servirse de ella para conquistar más libertad todavía, para libertarnos de las libertades conquistadas. Y así, sin fin.

Brand, como Ibsen, como Kierkegaard, llevaba dentro de sí a su enemigo. Llevaba dentro de sí a Eynar, llevaba dentro de sí al filisteo, y al beocio, y al sibarita.

¿Que alguien gruñe acre y venenosamente contra otro? Es que se está combatiendo a sí mismo; es que está refutando a otro yo suyo. La violencia en la polémica no es de los convencidos; es de los que tratan de convencerse a sí mismos. Y es inútil que se conviertan, porque entonces tienen que convencer al otro, al que creyeron haber convertido. Todo hombre es, como Job, hijo de contradicción.

"¡O todo o nada!" Tal era la empresa de Brand. Y Brand, sin embargo, vivió de todo y de nada, de

la lucha del todo contra la nada y de la nada contra el todo. Y en rigor su empresa fué esta otra: todo y nada. Lo sintió al fin cuando moribundo, entre los hielos de las montañas, aquel su corazón, que era un volcán helado, encontróse anonadado ante la todeidad del Dios del amor.

Creía Ibsen que donde hay opresión hay amor a la libertad, y en 1869 escribía en una poesía: "Así que no te importe dar una gota de sangre para mudar la forma del Estado; si es caso, toda la sangre para destruirlo por sus cimientos. ¡Pero no la acostumbra inútil revolución! Si ocurre un nuevo diluvio, amigo mío, orador revolucionario, encárgate tú del agua y yo veré cómo poner un pequeño torpedo bajo el arca de Noé." Y hablando de la fuerza estatal de Prusia escribía que se ha pagado "con la absorción del individuo en el concepto político y geográfico". Añadiendo: "El camarero es el mejor soldado."

Ibsen, el anarquista luterano, odió de todo corazón el prusianismo. "La fría matemática de Bismark y Moltke —escribe Slataper— le espantaba y le movía a hastío. Aquellos no eran hechos de hombres que los poetas pudiesen cantar y la Historia gozar; en la 'Carta por pelota' (dic. 70), en que establece un sarcástico parangón entre la glacial inmovilidad de las pirámides egipcias y las obras de los alemanes modernos, y en muchas cartas de la época, se desahoga contra esa guerra cifresca que destruye 'toda poesía heroica', contra esta victoria que al último se revuelve contra sí misma" (pág. 136).

Y sin embargo... Sí, Ibsen, como Brand, como Kierkegaard, era un luchador. Sólo que le repugnaba el regodeo de la victoria. Y le repugnaba porque sabía que la victoria es una mentira más, es la mayor de las mentiras, la suprema vanidad. ¿Y ser

vencido? Si uno se regodea con ello, como en otra más íntima victoria, es también vanidad, es también mentira. ¿Y qué, no?

La verdad es luchar. Es luchar por cobrar la verdad. Y creer haberla cobrado es ya vencimiento y no victoria.

La muerte en cordura de Don Quijote —y Brand, ¿qué fué sino una especie de Don Quijote kantiano?—, ¿fué victoria o fué vencimiento? Fué las dos cosas: victoria y vencimiento; fué todo y nada en uno. Y no sabemos qué es el todo y qué la nada, si la victoria o el vencimiento. O más bien, la victoria es todo y nada y el vencimiento es también nada y todo. Y todo uno y lo mismo.

Y en cada cual de nosotros, cuando se exalta Don Quijote, es para convencer y vencer al Alonso Quijano el Bueno que lleva en sí, y cuando reposa serenamente en casa nuestro Alonso Quijano el Bueno y ejerce cuerdamente sus bondades, hay un Don Quijote dentro de él que le reprocha el sosiego egoísta de la cordura de sus bondades. Y al fin se mueren a la vez los dos y del mismo golpe.

Cuando estás en escena, lector, te arguye el otro, el hombre de casa, el espectador, el que quiere borrarse, y cuando te quedas en casa te arguye el actor. Y eres teatro de ti mismo y vas por dondequiera representándote a ti mismo. Y si eres hombre y no buey en dos patas, tu pensar no es sino un disputar contigo mismo. Y si no disputas contigo mismo, entonces...

Ese trágico Brand nos ha quitado muchas veces el sueño. Pero es para dárnoslo, para darnos otro sueño.

¿E Inés? ¡Pobre Inés! Inés es el rayo del sol en las tinieblas de fuego y hielo de Brand, la espada que quema como quema el hielo. ¡Pobre Inés!

Inés es la verdad porque no se desdobra sino se dobla a Brand. Inés no aspira ni a todo ni a nada, sino a parte de Brand, a ser su corazón. Inés se da y se da toda. Y se sacrifica. Pero no a sí misma. Porque Brand, a fin de cuentas, se sacrifica a sí mismo. Sólo que al morir descubre que el íntimo mismo de sí mismo es la nada que se pierde en el todo de Dios. Vivió toda su vida engañado. Y así tuvo que ser. Si no hubiera vivido engañado no habría vivido. La vida no es sino un engaño que trata de desengañarse. Y el desengaño es la muerte.

“No sé bien lo que quería Brand”, me dijo un amigo después de haber leído la tragedia ibseniana. Y yo le dije: “Quería querer.” “¿Y qué es querer?”, él. Y yo: “Crear a Dios. Y Brand, al morir, conoció que le había creado Dios, el Dios que él quiso crear, el Dios que le mataba como le dió la vida.”

Brand sintió al final de su vida cómo toda vida es, al cabo y a la postre, un fracaso. Y la más fracasada de las vidas es la de aquel que sólo se preocupó de no fracasar, y para conseguirlo no luchó. “Si no lucho —se dice el necio en su corazón—, no venceré; pero tampoco seré vencido.” Y el muy necio se equivoca, y su vida toda es un continuo vencimiento, es algo peor: es un anonadamiento. Y un anonadamiento es una nada que no lleva al todo. Mejor no haber nacido. Y mejor no haber nacido es el colmo del absurdo, de la contradicción.

Hay que ir resuelta y valerosamente al fracaso. Y tal vez en el fracaso esté la única salvación posible.

Brand vivió y murió buscando dentro de sí a Dios, y el pueblo que le seguía le buscaba fuera. Para Brand, Dios es la busca de Dios... Y el pueblo acabó apedreándole en las heladas cimas. El pueblo no quiere caudillos como Brand, caudillos que saben

por dónde marchan, pero no a dónde llegarán; caudillos que saben que el camino es la vida, y que la parada del camino, el alto en que ésta acaba, es la muerte. Los pueblos, cansados de vagar, han hecho viviendas estadzizas, y ya ni quieren andar por los caminos, sino que les lleven por ellos. Y el espíritu de Brand es el espíritu eternamente vagabundo, es el espíritu del judío errante.

¡Hermosas cumbres de nieve helada aquellas en que murió Brand cara a cara al cielo descubierto!

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 5-II-1917.]

El poeta irlandés W. B. Yeats, en un ensayo de su último libro *Per Amica Silentia Lunæ*, sostiene que el artista no se expresa a sí mismo, sino a un anti-yo o anti-mismo (mejor, contra-mismo) —*anti-self*— en su arte; que su arte es el elogio de una virtud o belleza de que se encuentra excluido en su vida diaria. Yeats está convencido de que el Dante “celebró a la más hermosa dama que jamás cantó poeta alguno, y a la divina Justicia... a causa de que tuvo que luchar en su corazón con una injusta cólera y con su concupiscencia (*lust*)”. Cita otros ejemplos de poetas, William Morris y Landor, que cantaron lo que más les faltaba.

Esta teoría, que no deja de tener algún parentesco con aquella otra de los sueños de Freud, nos parece bastante acertada para los más de los casos. El lírico más cínicamente lírico, de menos pudoroso a más impudente lirismo —tal verbigracia, Walt Whitman, el bardo con el alma en cueros—, no se canta al que es, sino al que quiere ser. Y el que uno quiera ser no es el que es, como no se trate de un mentecato o de un loco. Y el poeta jamás es loco. Más aún: el poeta es el anti-loco, el cuerdo por excelencia.

Así cuando Walt Whitman, en el poema que lleva su propio nombre, empieza diciendo que se celebra a sí mismo y que lo que él asume debemos

asumir todos, pero que cada átomo que le pertenece nos pertenece tanto a nosotros,

I celebrate myself;
and what I assume you shall assume;
for every atom belonging to me, as good belongs to you.

[vs. 1-3.]

y luego nos convida con su alma, es claro que no cantaba al Walt Whitman que a su pesar era, sino al que quería ser, al modelo que en sí mismo se forjaba, a su yo ideal. Y de hecho nadie, poeta o no, se salvará por el que es, sino por el que quiera ser. La maldición o la bendición de cada uno es el que quiere ser. Y acaso la más pura justicia divina consistiría en hacerle a cada uno que sea por toda la eternidad, después de su muerte, aquel que quiso ser, aquello a que aspiró como a suprema meta. ¡Cuántos condenados entonces! ¡Y qué infierno la tal eternidad! Confíemos, sin embargo, en la misericordia de Dios.

Que el poeta lírico cante lo que no es y quiere ser, su anti-mismo o contra-mismo, nos parece muy natural. Cada uno busca su complemento. Un hombre que lo sea de verdad, con ansias de eternidad y de infinitud, vive en perpetua y encarnizada lucha contra sí mismo. Y cuando veáis que alguien combate ruda e implacablemente a un tipo humano cualquiera, creed que lo lleva dentro de sí y que está bregando desesperadamente por arrancárselo de sus propias entrañas.

Tiene cada uno de nosotros sobre todo un terrible enemigo, y es el tipo de la profesión que nos tocó en la vida, y de la que tenemos que vivir. Y no forméis buena idea del hombre satisfecho de su profesión.

Penetrados en esta convicción, ya antigua y cada

vez más arraigada en nosotros, leíamos hace poco en el segundo volumen de la obra *La Nation contre la Race*, de nuestro amigo André Suarès, lo que de Renan dice, cuando llegamos a un pasaje que dice así: “Y aquellas constantes gracias de profesor demasiado fieles, ¡ay!: en la oración sobre la Acrópolis no acaban nunca con Minerva. Profesor de griego, que es lo peor: ¡Ah, por el amor al griego! La oración sobre la Acrópolis está en el gran estilo, y puede ser hasta a Chateaubriand lo que la Ifigenia de Goethe es a Sófocles: un tema escolar de Oxford, un ejercicio de doctor. No; por mucho que haga Oecolampadio, no es nunca más que Hans Hausschein, de Weinsberg.” Debemos aquí advertir a los lectores que Oecolampadio no es sino la traducción al griego del nombre suyo, alemán, del reformador Hausschein, como sucede con Melanchthon y otros nombres así de aquel tiempo.

“*Professeur de grec, qui pis est!* (¡Profesor de griego, que es lo peor!) Así nos dijimos. Porque quien ahora se hace aquí estas reflexiones, y que tan hipócrita y artificiosamente evita hablar de sí mismo en primera persona del singular, en yo, es también, ¡ay!, como algún tiempo lo fué Renan, profesor de griego. Y como lo fué Nietzsche, profesor de griego en Basilea. Lo que se cuida muy bien de recordarnos André Suarès, que las trama con el pobre Anticristo loco e inventor del Zaratustra, que no era él. Pues Zaratustra es el contra-mismo, el *anti-self* del desdichado Nietzsche, hombre débil y nada de presa. El infeliz, enfermo de cuerpo y de espíritu toda su vida, soñó lo que no era, lo que no podía ser.

Pero... ¡profesor de griego, que es lo peor! El que esto escribe —sigamos con el estilo hipócritamente tercio-personal— lleva años cumpliendo lo más

escrupulosamente posible con los deberes de su cargo —y aunque esa escrupulosidad le valga algún que otro empujón de los beocios—, pero los lleva también luchando contra el pliegue profesional. Y esto le hace esforzarse para ser en su vida civil ordinaria, extraacadémica y, sobre todo, en su labor de publicista, lo más anti-profesor y lo más anti-helénico que pueda. La literatura griega es una cosa excelente, provechosa y altamente educadora, pero es cuando no hay que vivir de ella. Lo mismo le pasa a la política, que es una actividad profundamente helénica. Pero no la política de oficio, no la carrera política, por supuesto, que está lejos de ser helénica, es más bien cabileña, y aun algo peor, algo que debió de haberse engendrado en algún presidio.

El país que más profesores de griego da, y más profesoraes, es, sin duda, Alemania, y hay que ver lo que es el profesionalismo helenizante en esa patria de la pedantería profesional, y donde el funcionario ahoga, deforma y deshumaniza al hombre. Hay que ver, por ejemplo, a un U. von Wilamowitz-Moellendorf, ponemos por caso de pedantesco helenista tudesco —y lo es eminente como helenista y como tudesco—, y sus grotescas pretensiones de haberse asimilado el meollo de la sustancia estética helénica. Cuando quiere elevarse parece un oso, un oso muy sabio, sapientísimo, pero oso al fin y al cabo, bailando una danza griega al son de un himno de Baquílides. ¡Qué cabriolas! Porque no hay nada más divertido que un tudesco haciendo el ateniense. Y les gusta ponerse a ello. ¡Claro! ¡Es su contramismo! Parécenos muy acertada la observación del mismo André Suarès de que Goethe tenía poco o nada de griego, y que de lo que tenía era de romano. Y en cuanto a Nietzsche... ¡Ay, pobre juicio de los antiguos sofistas!

Pero ellos buscan lo que les falta, y desprenderse del que llevan dentro. Lo que no está mal, sino muy bien.

Decimos, pues —y siga la farsa casi episcopal del *nos*—, que la más ruda pelea de un hombre es consigo mismo y luego con la profesión que le ha sido impuesta. Porque todas las profesiones nos han sido impuestas, aun aquellas que creemos haber más libremente abrazado y ejercerlas más libremente. Toda profesión es una esclavitud. Y el que no busque al hombre bajo el profesional y lo rescate de éste, se encuentra perdido...

Y ahora, al oído, una confesión dolorosa. De todas las heridas que ha sufrido mi pobre amor propio —y a las veces le tengo en carne viva—, ninguna mayor que aquella que sufrió cuando al recibirme, por primera y única vez, una altísima persona me preguntó si la *Iliada* está escrita en hexámetros. Es natural: allá en tierras tudescas nadie es más que funcionario, y jamás se admite al hombre, sino al profesor, a ciertos supuestos honores. Y como los osos carecen de orgullo...

[*El Sol*, Madrid, 10-III-1918.]

F E C U N D I D A D D E L A I S L A M I E N T O

"I and this mystery, here we stand."
WALT WHITMAN: *Walt Whitman*, v. 43.

En la Introducción a su obra sobre *El valor de la ciencia*, el filósofo matemático H. Poincaré nos dice que para buscar la verdad hay que ser independiente, mientras que si, por el contrario, queremos obrar, si queremos ser fuertes, es menester que estemos unidos. A lo que sólo hay que añadir que buscar la verdad, y buscarla desesperadamente, con *heroico furor*, como la buscaba Bruno, es un modo de obrar —*agir*— acaso el más intenso. ¿O es que esos grandes solitarios, buscadores de la verdad, como un Descartes, un Spinoza, un Kant, no obraron?

Pero es que los llamados hombres de acción buscan en la acción la dicha. Y en la verdad no hay que buscarla. "Si se tiene miedo de la ciencia —dice poco después H. Poincaré—, es, sobre todo, porque no nos puede dar la dicha. Evidentemente que no; no puede dárnosla, y cabe preguntar si la bestia no sufre menos que el hombre. Pero, ¿podemos añorar aquel paraíso terrestre en que el hombre, semejante al bruto, era verdaderamente inmortal, puesto que no sabía que tenía que morir? Cuando se ha probado la manzana, ningún sufrimiento puede hacernos olvidar su sabor y se vuelve a ella siempre."

Sólo es inmortal quien no sabe que tiene que morir. Así les dice el pastor Addí a sus ovejas en el poema de Pascoli (*La buona novella*): "Tú sola vives, que jamás viste a la Muerte plantada en las encrucijadas de tus senderos. Veo algún astro desvanecido que cae; muere también el astro. Pero tú, pagado el corazón, estás rumiando bajo los rocíos. Ay, oveja, sólo el que no sabe, no muere."

O greggia, solo chi non sa, non muore!

Sólo son inmortales, o el que no sabe aún que tiene que morir, el niño, o el que lo ha olvidado ya, el imposible y verdadero sabio.

¿Se ha de dejar de buscar la verdad y de obrar por eso? El mismo Pascoli (*Il poeta degli iloti*) nos enseña que hace bien quien hace, y sólo el que no hace, hace mal.

Ben fa, chi fa. Sol chi non fa, fa male.

Cuando se ha probado el fruto más ambriagador, el de hacer o descubrir una verdad nueva, el de hacerse —que es hacer un hombre—, se vuelve, a pesar de todos los dolores, a él siempre. Dice el Génesis (III, 16) que Jehová condenó a la mujer, por haber probado el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, a parir con dolor los hijos, y el Cristo dijo (Juan, XVI, 21) que la mujer, cuando pare, tiene dolor porque es venida su hora; mas después que ha parido un niño, ya no se acuerda de la apretura por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. Y el sabio solitario, sobre todo el perfecto, que es el verdadero e imposible sabio, con el gozo de que haya nacido en él una nueva verdad y que pueda darla a luz a los demás, olvida todos los dolores de la rebusca.

¿Y cuál es la más íntima y fecunda verdad que un solitario puede descubrir? La más íntima y fecunda verdad que puede descubrir un solitario es su propia alma. “¡Creo en ti, mi alma!” —*I believe in you, my Soul*— (1), exclama Walt Whitman, el enorme poeta —un profeta yanqui—. Y creyendo en su alma, creía en la de todos los demás; pues sólo quien descubre la propia, descubre y ve en ella reflejadas, como en un espejo, las demás almas. Y con ellas la Historia, que es un cinematógrafo que sólo en la pantalla del alma propia civil se desarrolla. A un médico que me decía no haber encontrado el alma con el escalpelo, le repliqué: “Sólo encuentra el alma, y no en muertos, el que la tiene, es decir, el que la ha encontrado en sí.” Si no nos doliera, no sabríamos que le duele al que se queja de dolor.

Walt Whitman, en su poema *Walt Whitman*, se celebraba a sí mismo asumiendo lo que debemos asumir todos, pues que cada átomo perteneciente a él nos pertenece a todos, y se iba a la ribera, en el bosque, a desenmascararse y desnudarse, porque enloquecía por estar en contacto consigo mismo.

I am mad for it to be in contact with me [I, 12]

Se ponía en contacto consigo mismo, se abrazaba a sí mismo, y así descubría su alma y, en ella, la de todos los demás y la Historia, hasta en el ajeteo de las calles —*in the rush of the streets*—, pero mejor en la material soledad.

En el aislamiento encuentra uno en sí, no al hombre primitivo, prehistórico o troglodítico, pues éste surge de la masa y es él mismo masa, sino al hombre nuevo, al hombre propio.

El naturalista alemán Moritz —o sea Mauricio—

¹ Poema titulado “Walt Whitman”, estrofa 5, verso I (74 del poema). (N. del E.)

Wagner sostuvo ya desde 1868 —el año de nuestra revolucioncilla setembrina— que la separación en el espacio, la segregación geográfica, el aislamiento, produce más que la selección natural darwiniana nuevas especies. En islas se han encontrado peregrinas especies propias de ellas, y sabida es la singularidad de las faunas de Australia, Nueva Zelandia y Madagascar. Un cierto número de individuos, semejantes por lo demás a los otros, al encontrarse separados del resto de la especie por una barrera geográfica, han producido, por el hecho mismo de su aislamiento, caracteres nuevos. (Véase Ives Delage: *Les Théories de l'Evolution*, capítulo XVIII.)

Y lo mismo en lo espiritual. Nuestras grandes sociedades macizas producen el hombre de término medio, el *average man* de los ingleses, el *Durchschnittsmensch* de los alemanes, un cualquiera, un pobre diablo, un Juan Soldado, un Juan Lanás, un Vicente que va donde va la gente, un Don Nadie, un contribuyente —que no por eso ciudadano siempre—, en fin, sujeto a la ramplonería vecinal. La ramplonería vecinal es la ortodoxia civil y política. Y el hombre nuevo y propio, el que se encuentra a sí mismo en el aislamiento de la soledad, es heterodoxo. Pero con la verdadera heterodoxia. *Hétéros* significa otro, y en cuanto su doctrina es la de otro, ya no es otra que la de este otro. No cabe, pues, comunión en la heterodoxia. Y hasta si el hombre nuevo, el aislado, abraza la doctrina de otro, es otra que en este otro. Si veinte solitarios miran al mismo árbol, ven veinte árboles diferentes, cada uno el suyo. Y por eso, al llamarle cada uno con su nombre, se entienden entre sí. Porque nadie se entiende mejor que se entienden los solitarios unos con otros. La coronación de una buena inteligencia es un verdadero monasterio. Y ello es porque su unidad nace de ellos

mismos y es una hermandad y no le une, como a los hombres de término medio, un poder externo. Y no hay a la vez nada más terrible que un monasterio ficticio y sólo aparente, un congregamiento, un careo duradero de Vicentes llevado a cabo, no ya por un pastor, sino por el mastín del pastor. Que son mastines, y no pastores, los que suelen acarrear a los hombres.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 4-X 1918.]

"Mi pena es como un castillo roquero, que, cual nido de águila, se eleva en la cumbre de una montaña, entre nubes, y que nadie puede asaltar. Desde él me lanzo a la realidad y cojo mi presa; pero no me quedo abajo, sino que me llevo mi presa a mi hogar, y esta presa es una imagen que entretejo en los tapices de mi castillo."

S. KIERKEGAARD, "O... o..."
Diapsalmtata.

Este mismo trágico Kierkegaard nos dijo de la araña que, suspendida sobre el abismo, tantea el vacío de su alderedor. Y el enorme poeta yanqui Walt Whitman volvió sobre esta imagen tan preñada de sentido simbólico. Y sobre ella queremos volver aquí.

Decía Kierkegaard en 1843: "¿Qué va a venir? ¿Qué nos va a traer el porvenir? No lo sé; no siento nada. Cuando una araña desde un punto fijo se precipita hacia abajo, a sus consecuencias, ve constantemente ante sí un espacio vacío en que no puede sentar pie firme por mucho que lo tante..."

Decía Walt Whitman en 1870: "Observé una silenciosa y paciente araña que estaba aislada en un pequeño promontorio; observé cómo, para explorar el vasto vacío ámbito, lanzaba, sacándolo de sí misma, filamento, filamento, filamento, devanándolo sin cesar, hilándolo con incansable presteza. Y tú, ¡oh,

mi Alma!, donde tú estás, rodeada, rodeada en inmensos océanos de espacio, incesantemente meditando, aventurando, lanzando —buscando las esferas para anudarlas; hasta que se forme el puente que has de necesitar— hasta que prenda la flexible ancla; hasta que el hilo que lanzas coja en alguna parte, ¡oh, mi Alma!” (1).

Y ahora, al ir a entrar en la primavera de 1919, cuando los que se asustan del porvenir, que es peor que temblar ante la Muerte y ante la Vida; cuando los que quieren que el sueño de la vida civil, que es la Historia, sea una comedia conforme al libro y al programa; cuando éstos se preguntan despavoridos: “¿qué nos va a traer el día de mañana?, ¿qué sucederá mañana, Dios mío?, ¿cuál va a ser nuestra suerte?, ¿qué nos espera?, cuando dicen esto los que se estremecen ante el salto en las tinieblas, nos acordamos de la araña de Kierkegaard y de la de Walt Whitman. Que era una misma araña.

¿El salto en las tinieblas? Lo teme el que no lleva cuerda de salvación consigo. Cuando se va a descender a una sima inexplorada, se lleva una lámpara; pero antes que lámpara, una cuerda, una cuerda de salvamento. Cuando Don Quijote fué a descolgarse a la maravillosa Cueva de Montesinos, llevó “casi cien brazas de sogá”, con la que “le ataron luego fortísimamente”, y a la que él habría querido juntar “algún esquilón pequeño”, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo”; mas aun sin esquilón, “dándole sogá el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa”. (Parte II, cap. XXII.)

Pero para el descendimiento —¿por qué no ascensión?— a la cueva maravillosa del Porvenir te-

¹ “A noiseless, patient Spider”, versión íntegra de los diez versos de que consta. (N. del E.)

nebroso, para el salto en las tinieblas que se nos vienen espesando encima de la cabeza y debajo de los pies, no sirve sogá alguna de fuera, ni aunque sea de "casi cien brazas". Como la araña, tiene nuestra alma que sacar la sogá, el hilo de Ariadna, de sí misma, de sus propias entrañas. Hay que sacar, cada uno, de sí mismo el hilo conductor y salvador de sus propias entrañas. Tiene cada cual, si quiere salvarse, que hilar y retorcer las propias entrañas, palpitantes de vida, de ansiedad, de desesperanza y de fe.

Lo más trágico de la araña de Kierkegaard y de la de Walt Whitman, no era que tuviesen en torno de sí el vacío, sin un punto en que sentar pie, sino que era que el hilo de que pendían se formaba en sus propias entrañas, y que era parte de estas entrañas y no una sogá que hubiese cogido fuera de sí.

¡ Pobres hombres que para descolgarse a la cueva maravillosa del Porvenir, del mundo nuevo, de lo desconocido del mañana, necesitan sogá, programa! "¿Y quién nos va a gobernar —preguntan aterrados, ¿y con qué leyes?, ¿y con qué clase de gobierno?; ¿cuál es el programa de esos revolucionarios?, ¿cómo van a organizar la sociedad futura?; ¿con qué sustituirán a la propiedad privada?; ¿con qué a la herencia?; ¿qué van a hacer de mi empleo?" Y así sin cesar. Todo se les vuelve pedir sogá y un esquilón para llamar cuando sienten ahogo y terror de muerte, y una lámpara para ver las tinieblas. Y no saben que la lámpara no sirve cuando uno no sabe ver en sí mismo. Y que en todo caso, hay que ser como la luciérnaga, que saca de sus propias entrañas la lucecilla con que, más que alumbrar su camino, se alumbra para que su compañera le vea.

Pobre amigo mío, aterrado ante el salto en las tinieblas del mañana; ante el caos social que pre

sientes, ante un porvenir sin programa político: ¡hazte luciérnaga y hazte araña! Golpea en tus entrañas, y fuerte y sin duelo, hasta sacarle chispas de luz, e hílalas y retuércelas, también sin duelo. Sólo el que, habiendo sido duro e implacable consigo mismo, se hiló y retorció las entrañas en hilo de exploración en el vacío; sólo el que se laminó y se ahusó el alma en busca de su para qué, en busca del Alma del Universo, sólo éste puede lanzarse sin temor en la sima del porvenir tenebroso. ¿Qué es lo peor que puede pasarle? Que las hiladas entrañas se le quiebren. ¡Y aun así!

Mira, amigo, venga lo que viniere. ¡Más vacío que el pasado no ha de ser!... “¿Qué nos traerá el porvenir?”, dices. ¿Y qué nos lleva el pasado? ¿Qué sentido tiene la historia toda que hasta hoy ha sido? ¿Le tiene alguno? ¡Vaciedad de vaciedades y todo vaciedad! ¡Pero ya conocemos la vaciedad de ayer; venga la de mañana! Pasado mañana será ya cosa vieja. Dentro de un siglo, mucho antes, esa sociedad que nos preparan los de la nueva era social se verá que resulta tan estúpida, tan vacía, tan absurda como la de ayer. ¿Para todos? ¡Para todos, no! Menos para el que descende a ella cogido al hilo de sus entrañas. Porque para éste no hay otro mundo que su hilo. La verdadera senda de la vida de la araña simbólica es el hilo de sus entrañas.

¡Hílate, pues, las entrañas, alma mía, y venga lo que viniere! Más vacío...

Hace unos meses recibí, y leí un libro de un francés, M. Lucas Dubreton, sobre el que él llamaba “el rey salvaje” —*Le roi sauvage* se llama el libro—, o sea nuestro Enrique IV, el Impotente, el hermano de Isabel la Católica, el que vivió hosco y retraído en Segovia y fué destronado en efigie en las afueras de Avila. Es un libro henchido de amplia y firme visión de Castilla y de un fino conocimiento de su historia del siglo xv y es un libro del que quiero hablaros alguna vez con algún detenimiento. Lo que me permitirá no hablaros directamente de la España de hoy, de esta historia que estamos viviendo, y a la vez hablaros de ella. Pero hoy es otro libro, esta vez de un belga, y sobre España, el que solicita mi atención.

Titúlase “El Clavel de Sevilla: impresiones de España” (*L'ocillet de Seville: impressions d'Espagne*) y es de un belga, M. E. Joly, que vino en piadosa romería artística a esta España, donde tantas semillas del arte flamenco florecieron. Del arte y del espíritu. Las constantes afinidades que emparentan Bélgica con España “en ninguna parte aparecen más imperiosas que en el aproximamiento de sus místicos del siglo xv con los del gran siglo español”. Y M. Joly cita a Teresa de Jesús y a Juan de la Cruz que habían bebido, directa o indirectamente, en la fuente de Ruysbroeck o como se le llamaba aquí en

el siglo xvi, en que era conocido de los lectores piadosos, Ruisbroquio. Y como en la mística, en el arte.

Sólo que el arte flamenco borgoñón tomó aquí, en España o en Castilla, más bien, un carácter propio, como lo han hecho notar muchos, y ahora M. Joly. Dió nuestro barroco, ese barroco al que fué de moda tacharle de mal gusto. Moda que ahora parece que se convierte en contrario. ¿Mal gusto? “¿Qué expresivas son de ordinario las cosas cuyo mal gusto se afirma y cómo hay que quererlas!”, exclama monsieur Joly. Y añade: “Este mal gusto casi siempre no es más que la traducción de un estado transitorio en un país, una época; el estado ese pasó tan pronto que ni los mismos que lo expresaron se dieron cuenta de ello...” Y en otro pasaje de su libro, hablándonos del transparente de la catedral de Toledo, obra de Narciso Tomé “conocida por su mal gusto”, añade: “Una vez más señalemos, como lo hemos hecho en Burgos, lo que puede tener a las veces de apasionante una obra que falta a la belleza estricta! La que tenemos ante los ojos se acusa llena de énfasis; el estilo barroco se exaspera todavía en su fervor.”

¡El énfasis! ¡Ya salió aquello! Y siempre recordaré a este respecto lo que le dije una vez a uno de mis buenos amigos franceses cuando al entrar en la iglesia de San Esteban, la de los dominicos, de esta ciudad de Salamanca y encontrarse ante el espléndido retablo dorado de Churriguera —que a ciertas horas y cierta luz es una puerta de llamas— exclamó: *voilà l'enphase espagnol* (“¡he ahí el énfasis español”). Y yo: *oui, mais dans les esprits de nature emphatique l'emphase est naturel* (“¡sí, pero en los espíritus de naturaleza enfática el énfasis es natural!”) Y emprendí la defensa de Churriguera y

luego de Góngora y después la de Víctor Hugo, otro enfático a la española.

Alguien ha sostenido, y últimamente también José Ortega y Gasset, que aquí hasta el paisaje es barroco. Y M. Joly, que habla de las formas y los colores de las rocas tales como lo hacen “tan sólo la quemadura del aire y el desgaste de las aguas”, ha de haber comprendido la barroquiz de nuestros paisajes, sobre todo de los serranos. ¡Esas rocosas montañas negras cuando las cubre el manto de la nieve! ¡Enormes monjes de hábito negro y capa blanca! Lo contrario de los dominicos.

M. Joly titula a los capítulos de su obra: “Burgos y el heroísmo español”, “Toledo y el misticismo español”, “Granada y el sentido de la vida”, “El Escorial y el sentido de la muerte”, “Sevilla y la cultura española”, “Madrid y la pintura española”, pero no nos habla de otros santuarios de España. Al hablarnos, a propósito de Toledo, del misticismo español nos trae —¿y cómo no?— a Avila, que “os envuelve en una hora del siglo XIII castellano” y de sus murallas. Y acaso para hablar de la escultura española, de la más genuina escultura española, de la talla en madera y policromada, habría que detenerse en Valladolid y en su maravilloso Museo. Que el Cristo de Hernández bien vale el de Montañés.

Estos ensayos o estudios —que así son— de Joly sobre el alma de España van precedidos de una especie de prólogo sobre el arte del viaje que no tengo sino decir que en él se sustenta la misma doctrina que he sustentado en el prólogo de mi último libro: *Andanzas y visiones españolas* en que he recogido mis impresiones de viajes por España, publicadas antes muchas de ellas, no todas, en estas mismas columnas. Edmundo Joly sostiene que el paisaje literario, la descripción —y meditación, añadido yo— de

los paisajes es un género por sí y no un accesorio de la novela. "Flaubert —nos recuerda— no admitía que sus cuadros deslumbradores pudiesen valer por sí mismos, animarse con una vida y un sentido propios." Lo declara de una manera curiosa: "El viaje no debe ir más que a enfurtir una novela." Y añade Joly que hay que llegar a Adriano Mothonard "para que el viaje inspire, en fin, una forma literaria exenta de toda sujeción extraña a su objeto, de todo interés de aventura o de confrontación lírica con el autor, encontrando en sí mismo así su fin como sus medios de expresión."

Yo de mí sé decir que cuando en una novela que como tal, como novela, me interesa, sobre todo si tiene valor dramático, resisto mal las descripciones de paisajes y las salto; las mismas descripciones que acaso leyera con deleite separadas del resto del relato. Y por esto en mis últimas novelas —*Abel Sánchez, La tía Tula, Tres novelas ejemplares*— he cuidado de no entorpecer y distraer la narración dramática con descripciones de lugares o de otra clase. Evitando a la vez el colorido local y temporal, la geografía y la cronología.

El libro de Joly es un libro de viajes, es un libro de impresiones de un viajero, de un romero en España, pero no es meramente descriptivo, no es una guía para los turistas. Las guías para los turistas suelen carecer de arte. Verdad es que los turistas también suelen carecer de él. El turista viaja, es cosa muy sabida, no para ver algo, sino para poder contar que lo ha visto. Joly medita y hasta filosofa a su manera. Aunque es claro que a su manera ha de ser. A la manera de un belga que se ha encariñado con España.

¡ Ah, y lo que es que voces de fuera, de la heroica Bélgica de 1914, nos hablen del heroísmo español!

Joly cree que España encarnó el heroísmo, “el de pensamiento como el de la acción, el de la belleza como el del deber”. Y agrega: “Por esto es por lo que el mundo le debe tanto, desde el Occidente dos veces libertado por ella, los moros rechazados, los turcos deshechos en Lepanto, hasta las realizaciones de pensamiento y de arte que son tan graves y fecundas como el brillo de la más hermosa sangre derramada por la más hermosa de las causas.” ¡Gracias, gracias! Pero habían quedado no pocos españoles en que el heroísmo español se derritió en la risa amarga del *Quijote*, se disolvió en el quijotismo. Aunque ya ni quijotismo...

Y ahora, mientras pasan estos días preñados de las tinieblas de un porvenir, de un porvenir oscuroísimo, voy a seguir leyendo este libro de M. E. Joly, que espero me ha de sugerir nuevos comentarios. Si es que en tanto no estalla este insostenible estado de cosas. Que el viejo heroísmo español, el quijotismo, se está enfangando las alas.

Salamanca, diciembre de 1922.

[*La Nación*, Buenos Aires, 24-I-1923.]

UNA VIDA SIN HISTORIA : A . . . M . . . I . . . E . . . L

A principios de este año se publicó en la “Collection Helvétique”, que se edita en Ginebra, una nueva y muy aumentada edición de los *Fragmentos de un diario íntimo* (*Fragments d'un journal intime*) de Enrique Federico Amiel. No más que mil seiscientos cincuenta y ocho ejemplares. Esta nueva edición, en tres gruesos volúmenes —335, 342 y 463 páginas—, ha sido dirigida por Bernard Bouvier, que le ha puesto una introducción, así como la primera la llevaba de Edmond Scherer. La selección de los fragmentos para aquella primera la hizo la señorita Fanny Mercier, que heredó los papeles literarios e íntimos de Amiel. Cuando éste murió, el 11 de mayo de 1881, cuando le faltaban poco más de cuatro meses para cumplir la sesentena, la señorita Fanny Mercier tenía cuarenta y cinco, quince menos que su maestro. Murió en 1918, a sus ochenta y dos años. Amiel le llamaba su “querida calvinista”, la “santita”, la “cristiana”, “Sensitiva”, “Seriosa”, “Fida”, “Estoica”, pero a juzgar por los fragmentos que seleccionó hacia fuera, que segregó, y por los retoques y abreviaciones que hizo en otros, era una especie de gazmoña calvinista o puritana —y la gazmoñería calvinista es mucho más terrible e inhumana que la católica— que se asustaba de las desnude-

ces que Amiel muestra en su diario íntimo. La nueva edición de Bouvier no nos da otro Amiel, pero nos da más entero Amiel y un Amiel de carne y huesos. Hay pasajes, como aquel en que habla de su propia virginidad a los veintiocho años y aquellos otros en que cuenta su terrible agonía, la última de su último mes con la dolencia que le iba arruinando el cuerpo, que nos muestran un Amiel menos etéreo y mucho más terreno, más humano.

Ese tremendo diario íntimo, del que vivió preso el pobre Amiel, ese largo y torturado monólogo, que es un diálogo con Dios y con la posteridad —lo escribía pensando que habría de publicarse muerto él—, recuerda no poco las *Confesiones* de otro ginebrino, del gran Juan Jacobo Rousseau, a quien tanto había estudiado Amiel y de quien nos dice cosas tan justas y tan finas. Hasta los admirables juicios críticos que Amiel hace de otros escritores son íntimos, son autobiográficos. Antes de juzgar a otro se le apropia, se mete en él y ve en sí mismo las deficiencias que en otros advierte.

Hay quien hace una obra como la de Amiel, pero públicamente, dando al viento de cada día las hojas de la confesión íntima de su vida. No sin peligro. Porque así como a aquel don Pablo del poema *El Diablo Mundo* de nuestro Espronceda, cuando rejuvenecido y hecho Adán salió corriendo desnudo por las calles de Madrid, la gente le persiguió a pedradas gritando: “¡al loco!”, y le metieron en la cárcel, pues no hay locura más peligrosa que la de mostrarse desnudo, así al que muestra en público la desnudez de su alma le va mal. Y Amiel, aunque recatándose, sufrió de la incomprensión y de la insensibilidad ajenas, como él nos lo dice con acento de resignado pesar. Sus juicios sobre Ginebra y la sociedad ginebrina son bien característicos

Mas como nos proponemos volver en otros ensayos sobre este nuevo aspecto de Amiel, sobre las facetas de él que se nos han descubierto, hemos de limitarnos ahora a una parte de esta autobiografía sin aparente historia. Y decimos sin historia porque con fecha 28 de noviembre de 1872 escribía: “No noto en mí ni marcha, ni progreso, ni crecimiento, ni acontecimientos. Me siento ‘ser’ con más o menos intensidad, tristeza o gozo, salud o lucidez, pero no ocurre nada en mi vida y no recorro una carrera alejándome de un punto fijo y aproximándome a un término deseado.” Y este punto de conciencia de una vida sin historia, de una conciencia pura y quieta, de un lago y no de un río espiritual, vuelve, como un *leit motiv*, como un estribillo, en las páginas íntimas de Amiel. Su vida era más la del lago Lemán, el lago de su Ginebra, que no la del río Ródano que de él sale impetuoso. El diario era su lago y en él se disolvía su conciencia. El Diario le mató la historia. O por no ser capaz de tenerla se ahogó en su Diario, se suicidó en él para resucitar inmortal. El 19 de abril de 1876 escribía: “El diario íntimo me despersonaliza de tal manera que soy para mí otro y tengo que rehacer el conocimiento biográfico y moral de este otro. Este poder de objetivación se hace una causa de olvido.”

Amiel era, no se hacía; vivía, no tenía historia. (Y obsérvese, de paso, toda la intensidad de nuestra expresión vulgar de: ¿qué se hace usted ahora? ¡Hacerse!) Y esto explica en su lucha íntima por la perduración, en su hambre de inmortalidad, cómo llegó a su doctrina de la “reimplicación” psicológica después de haber pasado por la de la inmortalidad facultativa, o sea para los que la deseen. El 27 de febrero de 1874 escribía: “... el ardiente deseo de sobrevivir haría sobrevivir: el ardiente deseo de

anonadamiento sería igualmente atendido. A cada cual según sus votos. Así la divinidad dejaría a cada uno hacerse su suerte, castigarse o recompensarse por su elección misma..." Pero seis años después...

El 31 de octubre de 1880, después de decir que su vida le parece vacía, que la categoría del tiempo no existe para su conciencia, que vuelve a entrar en lo informe y lo flúido, en la existencia virtual, como el ave en el huevo o el organismo en el germen, escribe:

"Esta 'reimplicación' psicológica es una anticipación de la muerte; representa la vida de ultratumba, la vuelta al *schóol*, el desvanecimiento entre los fantasmas, la caída en la región de las 'Madres' (Fausto) o más bien la simplificación del individuo que, dejando evaporarse todos sus accidentes, no existe ya más que en estado de tipo, de idea platónica, en otros términos, el estado indivisible y puntual, el estado de potencia, el cero fecundo. ¿No es ésta la definición del espíritu? El espíritu arrebatado al espacio y al tiempo, ¿no es esto? Su desarrollo pasado o futuro está en él como una curva, está en su fórmula algébrica. Esta nada es un todo. Este *punctum* sin dimensión es un *punctum saliens*. ¿Qué es la bellota sino el roble que ha perdido sus ramas, sus hojas, su tronco y sus raíces, es decir, todos sus aparejos, sus formas, sus particularidades, pero que se ha concentrado en su esencia, en la forma figurativa que puede reconquistar todo?

"Este empobrecimiento no es, pues, más que una reducción superficial. Un hombre puede perder los cuatro miembros y cuatro de sus cinco sentidos; es todavía un hombre mientras tenga corazón y cabeza, menos que esto: mientras sea una conciencia. Volver a entrar en su eternidad es, pues, sin duda, mo-

rir, pero no ser aniquilado; es volver a hacerse virtual.”

¡Pobre Amiel! En la vida sin historia de este solitario, virgen hasta los treinta y nueve años —nos lo dice él—, soltero toda su vida, sin hijos, rodeado y atendido por mujeres —por una especie de monjitas calvinistas—, de alma femenina, tímido y susceptible, preocupado de lo que de él pensarían los demás y de lo que de su espíritu habría de dejar a la posteridad, en la vida sin historia de este solitario ginebrino, que tanto tiene de común con el otro gran solitario ginebrino, con J. J. Rousseau, esa doctrina de la reimplicación psicológica y de la existencia virtual adquiere todo su trágico sentido. Tiene mucha más intensidad que aquella otra de aquel otro gran solitario, de Nietzsche, sobre el retorno eterno. Esto es más épico pero más externo; lo de Amiel es más lírico y más íntimo por lo tanto.

¡Vida sin historia! El 29 de agosto de 1880 —este pasaje figura ya en la primera edición— decía: “La más bella existencia sería la de un río en que los rápidos y las cascadas no se atravesarían más que cerca de la cuna y cuyo curso, engrosando, se formaría de una sucesión de ricos valles resumidos cada uno en un lago de aspecto igual y diversamente pintorescos, para acabar, a través de las llanuras de la vejez, en el océano en que todo lo que se fatiga viene a pedir el reposo.” Esto escribía, a orillas del lago Lemán, del lago de Ginebra, el hombre del lago espiritual, el de la vida sin historia. Pero los lagos no suelen ser tanto la tumba de los grandes ríos como la cuna de ellos. Salen de los lagos, no van a morir a ellos por lo general los grandes ríos. Del lago Lemán nace el Ródano.

¿Sin historia? No, la vida de Amiel no fué sin historia. Su historia fué su *Diario íntimo*, a que

tantas almas han ido a abrevarse, de que tantos ríos de espíritu han brotado. Y ahora que nos han alumbrado nuevas aguas del lago de Amiel brotarán de ellas nuevos ríos. Y nuevos solitarios irán a abrevarse en ellos. Porque los solitarios son legión. Sólo no son solitarios los esclavos del sentido común, los del rebaño, los que se duermen si les dejan a solas, los que si no se afilian en una iglesia o capilla o en un partido político o apolítico no existen ni real ni virtualmente.

Salamanca, julio de 1923.

[*La Nación*, Buenos Aires, 2-IX-1923]

Estoy leyendo la nueva edición del *Diario íntimo* de Enrique Federico Amiel, que acaba de editar en Ginebra M. Bernard Bouvier —no más de 1.658 ejemplares—, y en que tanto nuevo se ha añadido a la otra edición, la que fué prologada por Edmundo Scherer y se debió a la piedad de Fanny Mercier, heredera del manuscrito y que ha muerto en 1918, a los ochenta y dos años. El criterio de *pruderie*, de gazmoñería calvinista que presidió a la selección de la señorita Mercier nos había impedido conocer fragmentos que nos dan un Amiel más de carne y hueso, menos etéreo, y por lo tanto más íntimo.

¡Qué formidable paisajista! El 2 de abril de 1866 describía el fundirse de la nieve y la bruma húmeda que revestía todo el campo. La primera edición suprimió esto: "*Jupiter pluvius* acaricia de cerca a Cibeles; no hay ya espacio siquiera entre sus amores que abriga el discreto manto de las nubes cuyos pliegues se arrastran sobre el suelo." Luego dice: "El horizonte se toca con la mano y las tres leguas cúbicas de lluvia que se veían ayer hanse convertido en una cortina opaca, o mejor en una caverna flotante, de que ocupa mi observatorio el centro, pero de la que no puede la mirada penetrar

ni en la bóveda ni en los muros grisáceos.” Este pasaje fué torpemente abreviado en la primera edición. Entre otras cosas se quitó lo de cúbicas aplicado a las leguas de lluvia, dejando así: “las tres leguas que se veían ayer”, etc.

¡Qué formidable paisajista! “¿Y por qué no pondría esto en verso?”, se pregunta uno. Pero luego en detalles como ese mismo de las leguas *cúbicas* de lluvia se ve una intromisión de elementos científicos, técnicos, que acaso explique la endeblez relativa de las poesías de Amiel.

¿Es que la ciencia daña a la poesía? ¿Es que un botánico no puede cantar a las flores? ¿Es que Enrique Fabre, el Homero de los insectos, no pudo haber escrito unas nuevas *Geórgicas*, un poema cantando a la cigarra? ¡Eterno problema éste!

Hay al principio del espléndido poema que Carducci dedicó “A la ciudad de Ferrara en el XXV abril de MDCCCXCV” unos versos magníficos que, traducidos literalmente a prosa castellana —ya que no tengo tiempo de ponerlos en verso—, dicen así: “Como en las ascendentes espirales de la concha un eco de antiguos llantos, un son de largo suspiro profundo del grande océano de donde ella fué arrancada, permanece; así por tus plazas queridas del sol, oh Ferrara, el nuevo peregrino tiende las orejas y oye desde los marmóreos palacios sobre el Po descender lenta procesión y canto de una fantástica epopeya...” [vs. 9-16].

Y viene un científico y dice: “No, en las conchas marinas no queda el eco del océano en que se criaron, como cree el vulgo; y ese rumor, como de mar lejano, que se siente acercándolas al oído no es más que la repercusión, como en un resonador, del ruido que hace la sangre al circular por el pa-

bellón de la oreja.” Lo que sabía, sin duda, Carducci, pero como era un poeta...

Se puede, sin embargo, aprovechar poéticamente también esta nueva interpretación, la científica, y llamar a la concha un espejo acústico de la vida íntima de nuestro ser y decir que en ella oímos cantar a nuestras entrañas, oímos el ritmo de nuestro corazón. “No, no se oye el pulso; no es el pulso...” —nos dirán—. Pero cualquiera hace caso a un hombre que se pone en científico... Los cuales suelen refugiarse en la música por ser arte inmediato, que no necesita interpretación. Porque en la música, digan lo que quieran ciertos embrollones de estética, no hay metáforas. Ni caben centauros como en pintura y escultura.

En la anterior traducción, al pie de la letra —“¿pero es que la letra tiene pie?”, se dirá— del pasaje de Carducci, hemos dicho que el nuevo peregrino tiende las orejas... Así dice el texto: “... *il nuovo peregrino tende le orecchie*...” En español diríamos que tiende los oídos, porque con las orejas no es con lo que se oye, dicen los científicos. En italiano apenas se emplearía en un caso así *udito*. Ni nosotros podríamos decir: “tiende los oídos...” No, no se oye con las orejas sino con los oídos, aunque las orejas ayuden a oír y aunque se oiga a las orejas. ¿Pero está tan bien lo de tender las orejas...?

Es una superioridad estética de ciertos animales lo de que puedan mover las orejas. Observad a un gato que dormita ronroneando preso de una inquieta inquietud interior. Al menor rumorcillo le veréis mover, con ligero esguince, una oreja. Se le ve escuchar como se le ve mirar a un hombre. Aunque al hombre se le ve escuchar también, escuchar con los ojos.

Por eso he dicho de la muerte de Hamlet:

¡Con los abiertos ojos ya sin vida,
como queriendo oír miraba al cielo
(de la mano de Dios la palma abierta)
y caía el silencio! (1)

Volvamos a Amiel. Y hagamos notar que más estrago aún que la gazmoñería puritana o calvinista hizo en la primera selección de los fragmentos de su *Diario íntimo* lo que podríamos llamar la gazmoñería científica, la sequedad de la supuesta precisión técnica. ¡Oh, aquellos antiguos divinos a quienes, como dijo Leopardi, la Naturaleza les habló sin quitarse el velo!

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 17-XI-1923.]

¹ Poesía fechada en Salamanca el 31 de mayo de 1922, que se publicó en la revista *España*, Madrid, el 18-XI-1922, núm. 344, con el título de "La última palabra de Hamlet". La incluí en la antología final de mi libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, 1954. (N. del E.)

L A S L A G R I M A S D E V A I N A I M O I N E N

En el *runo* o canto XL del *Kalevala*, la epopeya finlandesa (que es a modo de un romancero mitológico) se nos cuenta, o mejor, se nos canta, cómo de la mandíbula de un sollo hizo el héroe “Viejo y resuelto” Väinämöinen un arpa de huesos de pez. De los dientes del sollo hizo sus clavijas y le puso por cuerdas cerdas del caballo capón de Hiisi, el Genio del Mal, algo como la Loki escandinava. Niños y niñas, mozos y mozas, adultos y ancianos, fueron a ver el instrumento. Väinämöinen les invitaba a que tocaran en el arpa de huesos del pez; lo hacían y no sacaban de ella sonido alguno; no sacaban música del arpa hecha con el pez mudo. Y eso que los peces hablan y hasta cantan en el *Kalevala*. Y los antiguos griegos hacían liras con la concha de la tortuga.

El alegre Lemmirkainen, otro de los místicos héroes fineses, quiso tocar en el arpa de sollo y tampoco la hizo sonar. La llevaron a Pohjola, la tierra enemiga, y en esta tierra y tocada por sus hijos, las cerdas del caballo de Hiisi plañían tristemente. Un ciego, al oír aquellos discordantes sonos, pidió que la echaran al agua, pero el arpa habló y dijo con su lengua que no quería hundirse en el agua.

sino que la llevaran a que la tocase el que la había hecho. Y la llevaron a Väinämöinen.

En el *runo* XLI se nos canta cómo este héroe, el viejo encantador, se lavó los dedos, tomó el arpa, se sentó en la piedra de la alegría, en la piedra del cantor, en una colina brillante de plata, y se puso a tocar aquélla. Del aire, de la tierra, del agua, acudieron a oírle lobos, osos, ardillas, armiños, lince, águilas, halcones, patos, cisnes, los hijos de la Creación, los sollos, desde luego, y niños, hombres y mujeres. El Orfeo finés reunió en torno de su arpa de sollo con cerdas de caballo de Hiisi a los seres animados y hasta a los inanimados. Tocó un día y otro y no hubo persona humana que no rompiera a llorar. Se les fundían los corazones. Lloraban los jóvenes y los casados y las casadas y los ancianos y los niños pequeños. ¿De qué lloraban? ¿De dolor o de placer? Lloraban de lloro puro, de llanto universal, podríamos decir.

El mismo viejo Väinämöinen sintió que rodaban sus lágrimas de sus ojos a sus mejillas, de éstas a la barba, de la barba al seno palpitante, del seno a las fuertes rodillas, de las rodillas a los pies, de los pies al suelo y de allí, llegando a la margen del lago azul iban a sumergirse en sus aguas. Väinämöinen pidió a los jóvenes que recogieran de bajo del agua sus lágrimas y no osaron; se lo pidió a un cuervo, que lo rehusó, y luego fué a un pato azul, el que buscó bajo el agua rutilante las lágrimas del encantador y encontró en el lago las gotas de lágrimas transformadas en perlas, en las perlas azules de la concha.

La leyenda es hermosísima y podemos poner en ella símbolo que no pusieron los que la forjaron.

¿De qué lloraban los que oían el arpa de Väinämöinen? ¿De dolor universal? ¿De alegría? Cuan-

do la tocó en Pohjola, los héroes de esta tierra, enemiga de la tierra Kalevala, sintieron deleite y maravilla, las bocas de las mujeres comenzaron a reír y de los ojos de los héroes brotaron lágrimas y al último se les fué la fuerza; cayeron amodorrados y Väinämöinen les sumió en el sueño. Les domó con la música del arpa de sollo.

Las lágrimas del encantador, del mago, del poeta, no eran como las lágrimas de los demás héroes y de los demás mortales; eran lágrimas que en el fondo del agua del lago azul (hecho acaso de lágrimas de las cosas y de los hombres) se convertían en perlas. Las lágrimas del poeta se hacen perlas y brillan como diamantes. Y acaso, como los diamantes son duras. Son lágrimas cristalizadas. Pero lágrimas que brotaron ante el universo.

El canto es en el *Kalevala* el arma más poderosa. Está llena la epopeya fina de encantamientos y de sortilegios. En aquellas soledades lindantes con Laponia, en los campos de nieve helada, el canto debe de resonar con una pureza que no conocemos los que vivimos en tierra de niebla suelta. Y allí, donde el agua sólida, el agua cristalizada, las perlas de agua, abundan tanto como el agua fluyente y líquida, allí deben de comprender lo que es una lágrima cristalizada, lo que es un cantar cristalizado.

En un libro de Anatolio Le Braz, el admirable cantor de Bretaña, hemos leído lo que es el silencio en los mares de Islandia y cómo resuenan en aquellas soledades marinas casi polares los cantos de los pescadores bretones. Debe de ser como el eco de un cantar en la cima de una montaña en un día de cielo desnudo y como de acero, mientras acaso la bruma vela a los valles. ¡Y hay que oír esos cantares que se destacan del silencio ambiente!

Las lágrimas de Väinämöinen eran sus cantares mismos, el canto de Väinämöinen, el encantador, era el que moldeaba sus lágrimas que al rodar de los ojos a las mejillas y a la barba y al seno y a las rodillas y a los pies y al suelo y al lago azul se llevaban la música en su sal; la sal de las lágrimas de Väinämöinen era melodiosa. Y esa sal melodiosa, esa sal brotada de sangre de hombre, formaba las perlas. Perlas brillantes y duras, perlas que no hay molino que pueda moler.

¡El calor que ha hecho falta para producir los diamantes! Y los diamantes suelen ser fríos y son secos y duros. Y hay diamantes de palabras, poemas secos y duros que han brotado de un horno de pasiones humanas.

¿Y cómo es que el arpa misteriosa que hizo brotar esas perlas de lágrimas estaba hecha con la mandíbula de un sollo y con las cerdas del caballo de Hiisi? Aquí tendríamos que detenernos a ver lo que los peces son en el *Kalevala* y qué especie de sirenas, muy otras que las de la *Odisea*, aparecen en esa epopeya de Finlandia. Los peces de las soledades del silencio ártico no son enteramente silenciosos.

[*Caras y Carcotas*, Buenos Aires, 28 VI 1924.]

Os hablaba de la alegría flamenca, de la alegría de Bruselas, y os decía cómo ella ha de parecer algo infantil a un castellano. Algo poco serio, siendo como es, sin embargo, lo más serio que cabe. Porque el niño, chico o grande, es el que toma en serio la diversión, es el que tiene conciencia de que el fin de la vida es el juego y acaso sabe o presente que Dios hizo el mundo en juego y para divertirse.

Aquí, en Francia, hay un dicho que dice: *le portugais, toujours gai*, el portugués siempre alegre. Esto se dice no más que por la fuerza del consonante —“... a lo que obligas; hasta a hacer elefantes las hormigas...”— y sin más sentido. Pero es corriente el creer que en los pueblos de mucha luz, de mucho sol, de cielo abierto, donde se puede vivir al aire libre, la gente es alegre. Y no suele ser así. El sol desnudo aplana y entristece. El color que alegra es el que viene de dentro y no el que viene de fuera. El lagarto que sesteaba al sol no juega.

Me he traído de Bélgica una obra que pasa allí entre la gente culta por ser el libro más hondamente nacional. Compáranlo algunos con el *Quijote* y le llaman el “*Quijote belga*”. Es “la leyenda y las aventuras heroicas, gozosas y gloriosas de Ulens-

piegel y de Lamme Goedzak en el país de Flandes y en otras partes". Su autor, Carlos de Coster, que murió hace ya una treintena de años y cuya gloria, más bien póstuma, no deja de crecer.

En el libro éste, de una maravillosa exuberancia de colorido, que se apoya en otro viejo libro picaresco alemán y flamenco, vemos el mismo Flandes que vemos en sus antiguos pintores: el Flandes de Brueghel, de Rubens, de Jordaens, de Teniers, de tantos otros. Muchas páginas del libro de Coster están, como me decía el profesor Wilmotte, inspiradas en las obras heroicas, gozosas y gloriosas de la pintura flamenca.

Como el libro, el *Quijote* de Flandes, pinta el estado de este país bajo la dominación austriaca de Carlos V —primero de España— y su hijo Felipe II, dos Habsburgos, dos Austrias más que dos Aragones o Castillas, no ahorra rechiflas y hasta sarcasmos a los españoles. "Llámame español..." —*Appelle-moi Espagnol*—, dice una vez más Ulenspiegel como si nosotros dijéramos: "Llámame perro judío..." Pero esto no puede impedir el que un español, y sobre todo un español que tenga conciencia de lo que bajo los Austrias sufrió la españolidad, aprecie todo el valor estético y moral del libro. Nuestras características quisquillosidad y recelosidad, nuestra manía persecutoria, nos ha llevado hartas veces a no apreciar la grandeza de aquellos que juzgaron con severidad las culpas de nuestra historia. Ni hemos sabido ver todo lo que de hondo respeto, de admiración y a veces de cariño, hay bajo esas censuras a nuestro pasado de una tradición advenediza. Tal en Sarmiento.

Pues bien, en este libro de la leyenda de Ulenspiegel hay un pasaje muy significativo que explica

la alegría flamenca. Es en el capítulo XLIII de la primera parte, y dice:

“Mientras que Ulenspiegel comía, Lamme le echaba el diente también a una tajada:

”—¿Sabes —le dijo— dónde habita nuestra alma?

”—No, Lamme —dijo Ulenspiegel.

”—Es en nuestro estómago —contestó Lamme— para ahondarlo sin cesar y renovando siempre en nuestro cuerpo la fuerza de la vida. ¿Y cuáles son los mejores compañeros? Son todos los buenos y finos manjares y el vino del Mosa encima.”

Y poco después Lamme, pensativo, dice:

“—Cuando me muera, mi vientre se morirá conmigo y allí abajo, en el Purgatorio, se me dejará ayunando, paseando mi bandullo flojo y vacío.”

Véase qué sentimiento de la muerte, qué sentimiento de la inmortalidad, y qué sentimiento de la alegría de vivir. De alegría de comer y beber, diríamos mejor.

El libro de Coster, el *Quijote* de Flandes, nació de un libro picaresco germánico, de las aventuras de Ulenspiegel, como acaso no fueron nuestros libros picarescos, no fué nuestro Lazarillo, del todo extraños a la inspiración de Cervantes. Pero nuestros pícaros ayunaban demasiado y el sentimiento del hambre, con el de la envidia —que es hambre espiritual—, fueron dos trágicas músicas de nuestra literatura clásica. Recuérdese a Quevedo, que tan hondamente comprendió y sintió el hambre y la envidia de los demás. Y del hambre y de la envidia nació la Inquisición.

“Cuando me muera, mi vientre se morirá conmigo...”, dice Lamme Goedzak, al que algunos llaman el Sancho Panza flamenco. Y ahora se me argüirá con Sancho Panza y con las bodas de Camacho. Pero es que Flandes había pasado por Cervantes.

¡Alegría del vientre! ¡Alegría del vientre! Del vientre satisfecho, por supuesto. Como hay alegría de la inteligencia: de la inteligencia satisfecha.

Todo esto me trae por una larga y dolorosa asociación de ideas a la memoria aquellos tremendos versos de nuestro gran poeta español, de Antonio Machado, aquellos versos que dicen: "un trozo de planeta — por el que pasa errante la sombra de Caín..."

Y basta de cosas lúgubres.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, agosto 1925.]

RELATOS NOVELESCOS

(1886-1932)

Era un domingo de verano: domingo tras una semana laboriosa, verano como corona de un invierno duro.

El campo estaba sobre fondo verde vestido de florecillas rojas, y el día convidando a tenderse en mangas de camisa a la sombra de alguna encina y besar al cielo cerrando los ojos. Los muchachos reían y cuchicheaban bajo los árboles, y sobre éstos reían y cuchicheaban también los pájaros. La gente iba a misa mayor y al encontrarse los unos saludaban a los otros como se saludan las gentes honradas. Iban a dar a Dios gracias porque les dió en la pasada semana brazos y alegría para el trabajo y a pedirle favor para la venidera. No había más novedad en el pueblo que la sentida muerte del buen Mateo, a los noventa y dos años largos de edad, y de quien decían sus convecinos: “¡Angelito! Dios se le ha llevado al cielo. ¡Era un infeliz el pobre...!” ¿Quién no sabe que ser un infeliz es de mucha cuenta para gozar felicidad?

Si todos estaban alegres, si por ser domingo bailoteaba en el pecho de las muchachas el corazón con más gana y alborozo, si cantaban los pájaros y estaba azul el cielo y verde el campo, ¿por qué sólo

¹ Este cuento, firmado con el seudónimo “Yo mismo”, se publicó en la hoja literaria de *El Noticiero Bilbaino*, el 25 de octubre de 1886, teniendo su autor veintidós años. (N. del E.)

el pobre Juan estaba triste? Porque Juan había sido alegre, bullicioso e iniatigable juguétón; porque a Juan nadie le conocía desgracia y sí abundantes dones del buen Dios, ¿no tenía acaso padres de que enorgullecerse, hermanos de que regocijarse, no escasa fortuna y deseos cumplidos?

Desde que había vuelto de la capital en que cursó sus estudios mayores, Juan vivía taciturno, huía todo comercio con los hombres y hasta con los animales, buscaba la soledad y evitaba el trato.

Por el pueblo rondaban de boca en boca sus extraños dichos, o mejor dicharachos, amargos y sombríos, pensamientos teñidos no con el verde de los campos de su aldea, sino con el triste color de las callejuelas de la capital. Lo menos veinte veces diarias en otros tantos días habíanle oído decir: "La vida, ¿merece la pena de que se la viva?" Sólo hablaba del dolor y de la pena, eran sus relatos tristes y sus conversaciones amargas. Aumentaba la extrañeza de los cándidos aldeanos cada día, porque era bien extraño un joven que hacía alarde de sentimientos hostiles a las creencias de sus convecinos, y a renglón seguido de negar todo más allá del más allá, les enjaretaba una larga homilía a cuenta de la vanidad de las cosas humanas.

Su padre empezó preocupándose y acabó por dejar perder su buen humor, y la madre empezó perdiéndolo y acabó escaldándose los ojos a puro llorar. Porque Juan a sus solícitas preguntas sólo contestaba: "¡Es manía! Si no tengo nada... si estoy triste será porque así nací... unos ven en claro, otros en negro." Consultaron al médico, respetable viejecito que sabía mucho más de lo que creía saber, y contestó: "¡Bah! Eso no es nada, déjenle y ya vendrá a su tiempo el remedio. Este muchacho se ha empeñado en no levantar la vista del suelo... casualmente aquí... aquí donde hay un cielo tan azul. Y

sobre todo..., ¿dónde habrá unos ojos como los que por acá menudean?... ¡Bah, bah, bah! Déjenle que tope con sus ojos... ¡Vaya!, ¡vaya, ojos necesita, ojos!... ¡No quiere ver con los suyos!”

No era pequeña la ojeriza que mi buen Juan había tomado al médico, implacable socarrón, hombre vulgar y despiadado que jamás topó con el aburrido estudiante sin pincharle con alguna irónica observación. Era realmente cargante y molesto aquel vulgarote de médico de aldea, que se reía de la honda tristeza de un alma infeliz y no comprendida. “¡Tristezas teóricas, Juanito!, tristezas teóricas..., ¡ojos...! ¡ooooojos!, te faltan ojos para mirar al cielo!” Y Juanito pasaba bufando y añadiendo al terrible torcedor de un espíritu que se carcomía a sí mismo los sarcasmos de un mundo imbécil que aguza el dolor y embota la sombra de la escasa dicha. Aquel médico era el mundo, no cabe duda, la encarnación del mundo.

Juan se encerraba a solas larguísimas horas y leía y releía y volvía a releer. ¿Qué leía? Sus padres nunca lo supieron; vieron sí unos librotos en enrevesado gringo, con títulos enmarañados, muchas *sch* y *pf* y otras letras igualmente armoniosas y algún que otro tomo de versos. En uno de ellos se representaba en una viñeta un hombre llorando al pie de un sauce llorón, y otras cosas de tan pésimo gusto.

A la caída de la tarde, cuando el sol se acostaba en la montaña y los viejos salían con sus nietos a jugar ante las puertas, Juan salía también a pasear sus tristezas por el pueblo alegre, como un mendigo pasea sus harapos por las calles. “¡Adiós, Juanito!”, le decían éstos: “¡Adiós, don Juan!”, decíanle aquéllos: unos y otros con la sonrisa en la boca y la compasión en el alma. “¡Adiós!”, contestaba secamente el desdichado.

Había a la salida del pueblo y al borde del camino una casita con emparrado delantero y bajo el emparrado un banco de nogal. Allí Magdalena servía un refrigerio a los paseantes y a los viajeros.

Como a Magdalena se le había muerto el padre quedó su madre viuda, y lo que es peor que quedar viuda, siéndolo ya, enfermó y quedó paralítica, dejando a su hija sin amparo. Era joven ésta cuando murió su padre, lo era menos cuando enfermó su madre, y se encontró con el cielo azul por techo, y por suelo y cama el campo verde. Los amigos de su padre le tendieron sus callosas manos y le pusieron aquella cantina, con cuyos escasos recursos atendía a su madre y se atendía.

¡Cuidado si era alegre la muchacha! Cuentan que nació la chica bajo aquel mismo emparrado; cuentan que era en un día de cielo azul y campo verde, y cuentan, además, que el viento tibio agitaba los racimos al compás que la niña sus manecitas. Añaden que su primer llanto fué un llanto que parecía risa; cuentan que en aquella alma puso Dios todos los colores bellos, todos los perfumes suaves.

Juan venía a sentarse en aquel banco, y allí refrescaba su garganta, ya que no la sequedad de su alma. Era para el triste un verdadero misterio aquella muchacha alegre en una vida trabajosa, siempre sonriendo a la suerte que le ponía cara seria.

—Buenas tardes, don Juan. ¿Quiere usted algo?

—Trae lo de ayer.

—Ya van acortando los días y alargando las noches.

—Es natural.

—¡Si usted viera cuánto siento que se vaya el verano!

—Pues tiene que irse. A mí me aburre tanto sol; calienta los cascos y no deja hacer nada.

—¡Si usted viera cómo juegan los mosquitos con

ese rayo de luz que suele pasar por la ventana! ;Hasta el polvo se ve!

—Mejor es el día nublado.

—A mí me gustan las nubes cuando se rompen y se ve un cachito de cielo, tan azul..., tan azul...

—¡Ilusión óptica...!

—¿Ilusión... qué? ¿Qué ha dicho usted? ¿Cómo ha sido eso? Yo también quiero saber, don Juan.

—¿Y para qué? No he dicho nada, muchacha.

—Pero..., ¿qué le pasa a usted, don Juan?

—¡Mira! Llámame Juan o Juanito, o como quieras; pero don Juan no... el don es feo.

Y oyó una voz:

“Vamos, Juanito, vamos... ¡a ver si encuentras los ojos, vamos, hombre!”, mira qué hermosas están las uvas... ¡bah, bah, bah! ;Si el mundo es detestable!”

Era el implacable médico que pasaba.

—Ese hombre me revienta.

—¿Por qué, don Juan? Si es muy bueno... y tan alegre. A mí me gustan los viejos alegres...

—¡Pues a mí no! Alegre porque no discurre.

—¿Pues no decía usted ayer que es mejor no discurrir?

—A poder ser, sí.

Y etc., etc., etc. Juan apuraba su vaso, pagaba y se marchaba diciéndose para sus adentros: “¡Pobre muchacha! Debe sufrir mucho aunque lo oculta.” Y la pobre Magdalena se quedaba cabizbaja y meditando: “Cuando está tan triste, ¿qué tendrá?”

Juan al siguiente día volvía y tornaba a volver, y se hizo ya asiduo parroquiano al banco de nogal.

Un día de tantos estuvo revolviendo papelotes, que se llevó en los bolsillos, leyéndolos y corrigiéndolos, y al recogerlos para pagar y marcharse cayóse uno.

Cuando ya se hubo alejado, Magdalena notó en el

suelo y recogió el olvidado papel. Era mujer y lo leyó:

“La vida es un monstruo que se devora; sufre al sentirse devorada y goza al devorar. Los placeres se olvidan luego, persisten los dolores amargando la vida. Mañana, cuando esté más sereno el día, más claro el cielo y más tibio el aire, se extinguirá la lámpara, y perdidos en nuevas combinaciones rodarán los elementos de la conciencia. Dices, ¡ya viene!, ¡ya viene!; y cuando extiendes los brazos vuelves la frente mustia y exclamarás: ¡es tarde, ya pasó! Da vueltas el mundo y al año vuelve al punto de que partió, siempre en torno del sol sin alcanzarle nunca, que si acaso le alcanzara nos reduciríamos a polvo. ¿Por qué será el mundo como es? ¡Libertad, libertad! ¡Ah, necios! ¿Quién os libertará de nosotros mismos? Sombra de sombra es todo, y la luz que la proyecta, luz fría y fuego fatuo. Ver todos los días salir el sol para hundirse, y hundirse para volver a salir. Yo pagaré con minutos como horas mis pasadas horas como minutos; el tiempo no perdona. Nací, vi el mundo, no me gustó, ¿es esto tan extraño? ¡Triste del alma que camina sola! Y ¿dónde encontrar un alma hermana? Comer para vivir y vivir para comer, horrible círculo vicioso, ¡quién pudiera vegetar! Como un parásito que se agarra a un árbol para nutrirse, así se han agarrado a las últimas telas de mi cerebro estas ideas para atormentarme. No hay cosa más hermosa que dormir, cerrar los ojos y perderse. Hay más bocas que pan, hay más deseos que dichas. Tú sufrirás, y cuando hayas acabado de sufrir volverás a sufrir de nuevo. Consuelos y no ciencia me hacen falta. Yo soy mi mayor enemigo, yo amargo mis alegrías, yo aguzo mis pesares. ¿Dónde están el cielo de mi aldea, los pájaros que anidaban en mi casa? Tú que tienes en

tu mano el sueño, déjalo caer sobre mí y no me lo quites nunca, dame un sueño sin despertar...”

Magdalena no siguió leyendo, inclinó su cabeza hermosa y secó en vano con el extremo del delantal sus ojos, porque tuvo que volverlos muchas veces a secar. Ella apenas comprendía lo que estaba leyendo, pero lo sentía, y sintió también un nudo en la garganta y como una bola caliente que por su interior chocara contra el pecho y se hiciera polvo derramándose en escalofríos por el cuerpo.

No hubo ya buen humor para la muchacha, y al través de sus lágrimas mal curadas vió descomponerse la luz como nunca había visto.

Por la tarde murió el sol, y Juan llegó como siempre a sentarse en el banco de nogal. Magdalena no estaba allí como otros días.

—¡Magdalena!

—¡Señorito...!

La muchacha apareció más triste, más taciturna, llevando con incierto pulso el diario fresco, que colocó sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? Hoy tienes algo.

—Tome, señor.

Y alargó a Juan el pícaro papel, origen de la pena.

Más fuerte que ella fué su dolor, más fuerte el sombrío espíritu del parroquiano, que se infiltró en aquella alma de azul celeste; inclinó su cabeza y corrieron sus lágrimas por sus mejillas rojas, mientras el hipo la ahogaba.

Juan tomó el papel, vió lo que era, lo estrujó, miró entre sombrío y avergonzado a la joven y dejó descansar su fatigada cabeza en sus ociosas manos. Todos los vientos de tempestad se desencadenaron sobre aquel pobre espíritu perdido en las tinieblas; vaciló, cayó, se alzó, para volver a caer, a tornar a levantarse; pasaron en revuelto maridaje los pájaros que anidaban en su casa y los murciélagos de

la callejuela, el sol del mediodía y la oscuridad de la noche; toda la angustia le llenó el alma; sintió el único verdadero dolor que en años no había sentido, y sus lágrimas acrecieron el contenido del vaso.

A través de ellas vió pasar por el camino como una flecha un ágil viejecillo. Juan se secó los ojos con la manga, se levantó, arrugó el ceño para ponerse sereno, pagó y se marchó, sin probar el olvidado refrigerio, diciendo: "¡Hasta mañana!"

Cuando quedó sola Magdalena, secó también sus ojos; y como tenía ardiente y seca la garganta, apuró de un trago aquel refresco bañado con las primeras lágrimas de un pesimista. En su alma renació la luz y la alegría; esperó y se serenó.

A la entrada del pueblo encontró Juan al médico, al implacable médico, que esta vez le pareció más amable, más simpático y dulce.

—¡Olé, Juanito, olé! ¿Qué tienes, hombre, qué tienes, que traes tan encendidos los ojos? ¡Ya los has encontrado...! Mira, mira al cielo; mañana estará muy claro...; mañana es domingo...; irás a misa..., y luego al banco de nogal..

Y acercándosele al oído, añadió:

—¡Tienes que secarle las lágrimas, bárbaro, bárbaro, más que bárbaro! ¿Dónde has aprendido a hacer daño al prójimo? ¡Conque es malo el mundo, y tú quieres hacerle peor...! Ya estás salvo..., esto se cura llorando... Mañana mirarás al cielo con sus ojos, pero hoy, a la noche, quemarás todas esas imbecilidades que has ido ensartando. ¡Anda, ton-tuelo, dame la mano... y a dormir!

La mano temblorosa y débil del joven oprimió la fuerte y tranquila del anciano.

—¡A dormir se ha dicho!

—Para despertar mañana.

Al día siguiente Juan llegó muy temprano al banco de nogal y volvió más tarde; al mes sus padres

habían recobrado la calma y la alegría, y el pesimista era el más alegre, enredador y campechano de toda la comarca. Le saludaban con más amabilidad, se detenía en todas partes, y tenía la debilidad de creer que bajo aquel emparrado se veía mejor el cielo, y que los ojos de Magdalena habían convertido el detestable mundo en un paraíso y ahogado al monstruo de la vida que le devoraba. No eran los ojos, yo lo sé, era el alma de la muchacha, en que Dios había puesto su santa alegría, los colores más claros y los perfumes más suaves.

Lo que debía seguir vino de reata; era obligado.

Juan aprendió a esperar, y esperando unió lo venidero a lo presente, la dicha del perenne mañana de este mundo a la dulzura del dejarse vivir y el dejarse querer.

Cuando en adelante tuvo penas, y penas reales, no las ocultó, que dando el placer de que le consolaran recibió el de ser consolado. La verdadera abnegación no es guardarse las penas, es saberlas compartir.

[*El Noticiero Bilbaino*, Bilbao, 25-X-1886.]

NERON TIPLE O EL CALVARIO DE UN INGLÉS (1)

El pobre primo había pasado una noche horrosa; se encontraba mal, muy mal, no tenía con qué responder a ciertas cuentecillas; es decir, como tener, sí, tenía; pero repartido entre deudores.

El pobre cordero se armó de valor, se encasquetó el sombrero, soltó un terno y salió a por lo suyo.

Iba componiendo la tremenda filípica que endilgaría a cada deudor, cuando vió a lo lejos a uno de los más mansos. Lo mismo que el viento al humo, esta visión disipó sus ímpetus, hizo latir su corazón, le puso rojo y le desvió por una calleja murmurando: "Pero, señor, ¿por qué soy así?"

Entonces se acordó de sus hijos y de su esposa venerable, de sus menos cien duros derramados, y lleno de valor subió a casa de otro de sus deudores. Subía despacito, contando las escaleras, en cada tramo las palpitaciones le obligaban a descansar, miró tres o cuatro veces al reloj, llegó a la puerta, oyó pasos hacia adentro, y sin llamar, pálido, bajó la escalera más que de prisa.

Iba midiendo el santo suelo, y diciéndose: "Nada, está visto, yo soy así", cuando le heló una voz que decía a sus espaldas: "¡Hola, José!"

El más manso de sus deudores le alargaba la mano

¹ Primera redacción del relato titulado "¿Por qué ser así?", publicado en *Madrid Cómico*, 20-VIII-1898, que su autor incorporó más tarde al libro *El espejo de la muerte* (1913). (N del E.)

vacía, que José estrechó enternecido de vergüenza. Hablaron de mil cosas indiferentes, de la plenitud de los tiempos y de la proximidad del cataclismo, habló el manso de aquella dichosa letra, que siempre que él topaba a José estaba ella por llegar, preguntó al primo si por casualidad llevaba encima cinco duros, contestó éste que por providencia no los tenía a mano, se la alargó el otro vacía y le despidió diciéndole:

—De lo otro no me olvido.

—¡Que no se olvida! ¡Habrás visto!

Entonces pasaba José junto al café en que tomaba su tacita en los tiempos dichosos en que disponía de una pesetilla propia, ganada con su sudor. Allí, allí lo solía tomar con sus amigos. “¿Si estará alguno?”, se dijo, y entró. Allí estaba Ricardo, tan orondo, tomando su café con copa.

—Con mi dinero —murmuró José—; me privo yo de tomarlo para que él lo tome, ¡habrás visto...! nada, nada, yo soy así.

Se acercó a Ricardo, y éste con mil zalemas exclamó:

—Dichosos ojos... ¡cualquiera te ve! Anda, hombre, toma algo, yo te convidó, ¿qué tomas?

—Oh, gracias, nada, gracias, muchas gracias... no acostumbro... ya sabes que no...

—Anda, hombre, toma...

—No, no, gracias...

Le daba pena que Ricardo le gastara el dinero; por él, ¡oh, no! Y el pobre, encogido, avergonzado, miraba a la taza de Ricardo por no topar con la inquisidora mirada del mozo.

Al rato de charla, pretextando un asuntillo se levantó, y ya iba a salir cuando Ricardo le dijo:

—Tenemos pendiente aquello..., no lo olvido, un día de estos pasaré por tu casa.

Ya no podía más; corrió a casa, y al entrar en

ella, corrieron a él sus hijos pidiéndole los prometidos juguetes.

—Otro día, queridos, otro día, hoy estoy malo, otro día, cuando Ricardo o Eustaquio pasen por aquí...

—¿Te duele algo, papaíto?

La venerable esposa le trajo la cuenta del sastre. José la tomó, se encerró en su cuarto, se sentó, y mirando a la cuenta, lloró por dentro.

“Soy un *inglés*, un héroe desconocido; pero ¡qué buen amigo soy! Pasará por casa, dice que pasará por casa... pero qué chirigotero es... En el número próximo de *El Mundo Cómico* no dejará de hacer algún chiste a cuenta de mí. Los maridos buenos, las suegras, los *ingleses* y los maestros de escuela divertimos al mundo como los perros a los chiquillos. ¡Tírale, tírale del rabo, verás cómo chilla!, ¡no tengas miedo, anda!, que no muerde, ni siquiera ladra.

”Pero el muy chirigotero con qué gracia me dice: ¡qué bueno eres, José!, mientras así, como por caricia, me da un golpecito en el bolsillo a ver si suena.

”Nerón, Nerón es mi ideal, ¡qué hombre! Satanás, Lucifer, Mefistófeles, todos quedan chiquitos a su lado, ¡oh, Nerón! Sólo se le olvidó meter a un deudor en una garrafa, y hacer de él carámbano. ¡Y aún le parecía a Dickens sensible la prisión por deudas de Londres!

”Nerón, ¡oh, Nerón!, era el destilado exquisito, la quintaesencia de una familia de monstruos, genios de audacia, de astucia, de crueldad, de glotonería, de barbarie, hasta de imbecilidad. ¡Nerón!, ¡qué artista perdió el mundo! Y, ¡cómo unía a la concepción ardorosa y vasta de la crueldad, la frialdad serena de su ejecución!, ¡qué consorcio entre la forma y el fondo!

”Pero yo... yo. Yo me consumo en imaginar atro-

ciudades y no sé hacer más que caricias humildes. Pero soy bueno, muy bueno, y Nerón era malo, muy malo. Era grande en la maldad, y, ¿no hay, acaso, grandeza en mi mansedumbre?

"Todos celebran al león, hasta al tigre, y se burlan de la liebre. Dios, el mismo Dios que dió garras y pico al águila, dió alas veloces a la golondrina. Él, que dió uñas al tigre, dió patas a la liebre, tinta al jibión, pequeñez al mosquito, aguijón a la abeja, veneno a la víbora, mansedumbre al cordero y al *inglés*. Ya quisiera yo haberle visto a Nerón sin dinero, con mujer y chiquillos y de inglés; ya quisiera haberle visto... hubiera reventado de fijo. Y yo me estoy aquí, en medio de todo, sereno, confiado como las avecillas del cielo y los lirios del campo.

"Mientras yo me he oído por dentro, me he creído un tigre dormido..., ¡ay, si despierto!, decía. Desperté, grité, mi voz chocó y volvió el eco, me oí desde fuera, ¡qué vocecita!, ¡vaya un tiplón! Es en lo único en que me parezco a Nerón, en la voz de tiple.

"Y ahora, ¿qué hago con esta cuenta del sastre y con mis menos cien duros? ¡Dios mío, Dios mío! Sólo falta para que apure el cáliz que me persigan ingleses, a mí, inglés modelo; ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿por qué me abandonas?

"Vamos a cuentas, José, admirador de Nerón, ¿qué acto de energía has cumplido? Nada, nada más que un día en que estabas malhumorado contestar con voz ronca y breve a un mendigo que te pedía por amor de Dios, contestarle: "¡Adaptarse!" Él tradujo la palabra a su modo, la tradujo bien, y me llenó de insultos, ¡tuve que huir! Tenía razón el mendigo, Dios me castiga.

"¡Adaptarse, adaptarse! Ellos son los que se adaptan a mí, como el muérdago a la encina, el liquen

al árbol... Si no hubiera parásitos, ¿qué sería del exceso de vida? ¡Oh, mis menos cien duros!

”Y luego chistecitos al canto. Si yo fuera Nerón, a todo el que hiciera drama con adulterio, chiste con suegra, inglés o marido, cuadro con sangre o chulos... ¡oh!, le hacía limonada.

”Si pudiera fundir conmigo uno de esos hombres bestia que no tienen idea, pero tienen voluntad, lo que me falta..., ¡un hombre toro! ¡Quiá! O le corroía yo o me aplastaba él; podríamos mezclarnos, pero confundirnos jamás.

”Vaya, vaya, no quiero pensar, no hay peor que pensar..., venga el último número de *El Mundo Cósmico*, aquel en que he publicado un articulillo cínico y brutal, que asustó a los papás e hizo reír a los que me conocen, aquel en que me exhibí como monstruo... ¡ay, pobre Nerón tiple! En este mismo número mi buen Enrique está felicísimo en un cuento en que figura un *inglés*...”

Iba en esto el pobre Hamlet de los primos, cuando entró una criada anunciándole a don Enrique.

—Don Enrique, Enrique..., vendrá a pagarme, meterá la mano en el bolsillo..., yo no soy un tigre, soy Nerón cuando estoy solo y de noche, nada más..., le tengo que decir: “¡Oh!, no, no hay prisa, Enrique, no corre prisa, por un día más o menos...”

“Mi buen Enrique sacará entonces la mano del bolsillo y dirá: “Bueno, prefiero pagarte mañana...”

—¿Qué le digo, señorito?

—¡Ah, sí!, ¡espera!, ¡oye...! Sacará la mano del bolsillo... sí, la sacará..., me la alargará y dirá: “Pues que no te corre prisa, dame cuatro duros más y serán veinte, y en cuanto cobre una cuentilla te lo pagaré todo junto...”

—¿Qué le digo, señorito?, que está esperando...

—Es verdad, habrá oído mi voz de tiple; ¡pobre Enrique!, dile que pase

La criada se fué. Una lágrima cayó en la cuenta del sastre, y en seguida, desahogada la angustia, una sonrisa serena iluminó el rostro plácido de Nerón tiple.

Madrid, 1890.

[*El Noticiero Bilbaino*, almanaque para 1891.]

Los mendrugos y el pucherito de limosna que Justina arrancaba a la piedad pública, los comían sus padres mascando con ellos el aire nauseabundo del covacho en que vivían. La cama estaba siempre rota y sucia, el hogar siempre apagado y sobre él la botella de aguardiente.

Madre e hija se dormían abrazadas de brazos y piernas para darse calor. Cuando les despertaba del frío el quejido de la puerta al sentir la patada del hombre, iba la mujer a abrirle. Entraba aquél, y se acostaba al lado de su mujer y su hija, que recibían en el rostro aliento de vino.

Justina se perdía por las calles, pidiendo por amor de Dios. Su fantasía, libre de la carne por la anemia, volaba bajo la capa azul con que el sol hace techo a la calle, tras de los angelitos de que le hablaban los hijos del arroyo.

En casa se distraía a menudo mirando el polvo que jugaba en el rayo del sol, hasta que su padre la volvía al mundo de un puñetazo.

Un día se le cayó el pucherito y anduvo errante antes de volver a casa. Cuando entró en ella, y su padre, que estaba acostado con fiebre, vió lo que pasaba, le dijo: “¡Ven acá, perra, perdida!”, y le golpeó la cabeza contra el suelo, mientras la mujer temblaba. Desde entonces apretaba Justina el pucherito contra su corazón.

Otro día, al entrar, encontró a su madre senta-

da en el suelo, junto a un hombre, mirándole con ojos secos y muy grandes. La cara del padre estaba blanca. Había muerto en él todo movimiento, pero sus ojos seguían a su hija. Aquella noche hizo temblar a Justina bajo el guiñapo el frío del cuerpo del hombre, frío como una culebra y con olor a vino.

A unos señores que entraron al siguiente día, el aire podrido les sacó lágrimas y se enjugaron los ojos con pañuelos que olían a flores, se taparon el aliento, les dijeron muchas cosas, muchas cosas que hacían llorar a su madre, y les dieron dinero blanco.

Después que llevaron al muerto estaba sola Justina, resintiendo el frío del cuerpo del hombre, cuando entró su madre que volvía de la calle, y le dijo:

—Vas a ir a servir a tu tío, ¡sé buena!

La metieron en casa de su tío. Como éste trabajaba casi todo el día fuera de casa, Justina vivía con la tía, que la puso de niñera de un pequeñuelo. La tía se pasaba el día gruñendo y ponderando lo caro de la vida; hallaba en todo motivo de disgusto, y daba contra la niña.

¡Cuánto recordó Justina la penuria del covacho paterno en la parsimoniosa mezquindad de su tía! Por su poco apetito solía dejar algunos platos.

—¿Por qué lo dejas? —le gritaba su tía—. Mientras no comas eso no comes otra cosa... Lo que quieres son postres, golosinas... ¡habráse visto la chiquilla! ¡Cualquiera diría que te han criado con colinetas y huevo mol! ¿Qué comías en tu casa? Hambre porretera. ¡Vaya la chiquilla!

Justina tenía que mascullar, quieras o no, las sobras del puchero.

—Tu padre era un borracho que murió de una perra... ¿y tu madre? Más vale callar. Si no fuera por mí, andarías todavía por la calle pidiendo li-

mosna, dormirías en el pilón de la plaza cuando hie-la, y comerías mondaduras de la basura...

La hacía servir la mesa, traer y llevar los platos. Un día, porque se le cayeron y se hicieron añicos, la hartó de insultos y la dió de cachetes hasta que la vió sangrar por los dientes.

—Para que otra vez tengas cuidado, ¡condenada! Me cuestas más de lo que vales.

Daba rabia a la tía que el inútil de su marido mostrara alguna afección pasiva a la sobrinilla y saliera a las veces a su defensa, diciendo:

—Déjala, no haces más que aturdira y marearla; la vas a volver loca.

—Sí, ayúdale; hago todo lo que puedo para educarla, y vienes tú y lo echas todo a perder.

Cuando se iba el pobre hombre, descargaba sobre la inocente toda su sorda irritación contra aquél, que no hacía más que trabajar y dormir.

Los días en que Justina gustaba algún placer era cuando salían de paseo y pisaban sobre yerba. Sucedia esto algunos domingos. La tía le sacaba un traje nuevo, y se lo vestía; se vestía ella misma, dejando el grasiento pingo casero, con un vestido sin arrugas y unas botas que cantaban, ponía al niño los trapitos de cristianar, y los tres salían a la calle. El niño palmoteaba al ver árboles, pedía los pájaros y se volvía dormido de empacho de aire libre y rendido por la procesión de la naturaleza.

Justina resucitaba al verse bajo el techo de la calle, la capa azul del sol; abría sus narices y sus ojos para beber aire y luz, le entraban ganas de rodar sobre el césped y reifrescar sus mejillas contra la yerba fresca. Volvía a casa con ahorro de vida, y se acostaba para dormir el sueño bueno. La tía tornaba sonriendo a la blandura de la cama de aquella noche, y en cuanto entraban se dejaba caer en una silla suspirando.

Eran también días plácidos aquellos en que el tío llevaba el jornal a su mujer. Esta se dulcificaba al decir a la chica:

—Todo lo hago por tu bien, para hacerte mujer, pero vosotras no sabéis agradecer... te viene de casta. Cánsese usted. ¡Para el pago que la han de dar! Si volvieras al camarote del borracho de tu padre, ¡cómo suspirarías por mí!

La caritativa mujer sólo veía desagrado en su protegida, porque lo deseaba para que junto a la negrura de la ingratitud su caridad gris resaltara como la nieve. Merced al beneficio gratuito podía desahogar su humor contra la pobre niña, verter sobre ella la desdeñosa hiel que le producía la ineptitud de su marido, y podía hablar con las comadres de lo menguado del corazón.

El primito era el único pan que apacentaba el espíritu de la niña.

—¡Marmota! Le dejas al chico y en vez de hacerle jugar juegas tú con él... así, ¿cómo te ha de querer?

Así le quería. Cuando las dos almas niñas se miraban por las ventanas serenas de los ojos, sonreían al verse y reían como locas, la una porque veía la otra y las dos porque se sentían una.

—Pégale, hijo mío, pégale... ¡Eh, mala! —decía la madre, mientras el niño pegaba a Justina en la boca que reía.

El miedo a las palizas aumentó la debilidad de Justina, que rompía platos con sobrada frecuencia. El terror le arrancaba un:

—Yo no he sido... ¡ha sido sin querer!

—¿Que no has sido y te lo he visto?, ¡si mientes con un descaró...! Ya te daré yo por mentirosa...

La mentira del miedo se le hizo connatural.

—Yo no he sido... ¡ha sido sin querer!

—¿ Sin querer? El infierno está empedrado de buenas intenciones.

La niña no entendía esta blasfemia triste, pero prefería ser golpeada sin riña, a que la caritativa tía le riñera sin pegarle, porque sus palabras, al razonar a su modo las palizas, eran vinagre con sal vertido a las heridas abiertas en el alma de la niña. El dolor del cuerpo lo soportaba como se soporta una enfermedad crónica.

Tenía un día al primito en brazos y estaba mirando cómo jugaban unas palomas en el tejado fronterizo, cuando oyó un grito:

—¡ Sí, déjale caer!

El estallido de la voz temida le sobrecogió como un disparo al oído, alargó los brazos para coger al niño y quedó fría, con el alma muerta en los ojos petrificados.

En el vapor de la sangre que vomitaba se le fué la vida al niño.

Oyó Justina chillidos sin lágrimas como de un alma desgarrada a tiras, ayes agudísimos que iban a hacer acerico de su corazoncito. Y luego:

—¡ Quitadme esa chiquilla de delante que si no la mato!

* * *

—¿ Qué has hecho, condenada? —le dijo su madre al recogerla.

La muerte pesaba sobre el alma de Justina. Pasó días de mucho oscuro y frío en el alma, días en que sentía el frío del cuerpo del borracho con el vaho de la humeante sangre del niño. Muy a menudo el corazón le quitaba el sentido.

Entró de criada, pero como rompía muchos cacharros, tuvo que cambiar muchas casas.

Un día, en la calle, unos ojos francos se fijaron

en sus ojos muertos; volvió a encontrarlos, se dejó acompañar más tarde del cortejo, y resolvieron casarse. El día de su liberación llegaba.

Se casó. El buen marido le entregaba los ahorros; reía cuando se rompía un plato, porque conocía la vida de su mujer.

Quedó encinta y fué atroz el embarazo. Su cabeza se llenaba de fantasmas y de sobresaltos su corazón, le subía a aquélla el ardor de la sangre derramada y le penetraba en éste el frío del cuerpo del borracho.

Dió a luz. Temblaba al coger en brazos las carnicillas flácidas del hijo de sus entrañas, al amantarlo y creía oír mezcladas en una voz el “Sí, dejalo caer” de su tía, y el “¿qué has hecho, condenada?”, de su madre.

Un día hizo trizas un cazo, y el marido, displicente a causa de una jaqueca, exclamó:

—¡Ni para platos ganamos!

Aquella noche, al ir a acostarlo, se le cayó el hijo y rodó por el suelo.

—¡Yo no he sido... ha sido sin querer! —gritó, sin conciencia y con los ojos fijos en el niño que, ileso, sonreía.

El corazón le quitó el sentido.

Desde entonces lloró mucho el pobre obrero al verse solo con aquella sombra que parecía la muerte que habitara su casa, y desde entonces los ojos de Justina miraron inmóviles el vacío, mientras que sus labios sólo se abrían para decir, presa de pavor, a la sonrisa de su hijo:

—¡Yo no he sido..., ha sido sin querer!

Salamanca, mayo 1892.

EL GRAN DUQUE-PASTOR

NARRACIONES SIDERIANAS

Era gran día en "El Arca", de Sideria. Se celebraba la gran fiesta apocalíptica, el cumplimiento de abracadabrantas profecías.

Se trataba nada menos que de coronar al gran Duque de Monchinia, al ínclito don Tiberio.

Conviene que sepa el lector que la ciudad ducal de Sideria pertenecía al antiquísimo país monchino, cuyos orígenes se difuminaban en el misterio de las edades genesíacas. Una venerable leyenda enseñaba que los monchinos eran autóctonos o indígenas, es decir, nacidos de su misma tierra, y que un Deucalion monchino los había producido, convirtiendo los robles en hombres, que resultaron recios y duros como los robles.

Mas dejando el campo encantado de la leyenda, la historia presentaba a los monchinos en remotísimas edades trabajando sus campos, comiéndose en paz y gracia de Dios su pan y gozando de sabias leyes.

Se habían puesto desde muy antiguo al amparo de los grandes duques de Monchinia, y cuando moría cada uno de éstos iba su sucesor a rendir acatamiento a las sabias leyes de los monchinos a un islote, situado dos leguas mar adentro. Después que el gran duque ofrecía sacrificios en el altar de la ley monchinesca y mientras el vapor de aquellos su-

bía al cielo, las aclamaciones del pueblo se mezclaban al bramido del mar.

Pero, ¡ay!, hacía ya algún tiempo un desaforado terremoto había conmovido o Monchinia y el mar, sacudido en su asiento, se había tragado al islote y con él al altar de la ley y al gran duque, que estaba a su pie implorando clemencia al cielo.

* * *

Hacía ya tiempo que Monchinia toda dirigía de cuando en cuando miradas tristes al punto del mar en que se alzaba un día el islote, cuando los socios de "El Arca" de Sideria resolvieron hacer la felicidad de los pobres *filisteos* y ramplones burgueses de Monchinia coronando gran duque a don Tiberio, elevando "El Arca" a islote de la Ley y encendiendo en ella el altar de los sacrificios.

Don Tiberio era un gran ganadero. En el trato con el ganado había adquirido singularísimas dotes de gobierno y extraordinaria energía. Los pobres de espíritu de Monchinia, murmurando de él, decían que, de haber nacido hijo de alguno de sus muleros, nunca habría pasado de mulero... y gracias, y aunque es cierto que no le faltaban condiciones ni lengua para tal, no es menos cierto que tales murmuraciones eran espumarajos de impotente envidia.

Don Tiberio sintió que el dilatado pecho se le henchía como gigantesco fuelle al sentir en sus sienes el cosquilleo precursor del peso dulce de la ducal corona; se fué a ver sus graneros atestados de cebada para el ganado y sus campos henchidos de verde heno, y sonriendo modestamente, exclamó en su corazón:

—Señor, haz de mí lo que te plazca, y pues lo quieres, sea.

Los socios de "El Arca" estaban fuera de sí de

regocijo. Iban a dar el gran golpe apocalíptico; iban a dejar turulatos a los infelices *filisteos*, no sólo de Sideria sino de toda Monchinia; iban a matar de una vez el monstruo de la ramplonería burguesa, iban a enseñar al mundo lo que es el mundo.

Los pobres monchinos se resistieron en un principio, desconociendo sus intereses. Víctimas de ridículas preocupaciones, los unos creían incompatible la dignidad de gran duque con el oficio de ganadero, sin comprender, ¡incautos!, que es ésta la mejor escuela para aquélla; los otros aducían nimios escrúpulos fundados en el funestísimo prejuicio de la herencia de las supremas dignidades, como si no fuera cada hijo de sus obras todo hijo de vecino, y otros, por fin, los pusilánimes, temían se encendiera el país en cruenta guerra civil y germinaran bandos sosteniendo cada cual su pretendiente a gran duque. Pero si esto último se verificara, ¿durará la reyerta más que la vida del heno,

a la mañana verde
seco a la tarde?

¿Quién tan generoso en su opulencia como don Tiberio y dispuesto como él a conceder cebada y heno a todo pasto al pueblo monchino, hambriento de libertad y de reposo?

Don Tiberio alfombró de heno las calles de Sideria y sembró los campos con cebada de sus graneros. Así poco a poco fueron entrando en razón los monchinos y todo estuvo maduro para celebrar en "El Arca" la apocalíptica fiesta de la coronación del gran duque a favor de don Tiberio.

* * *

¡Qué fiesta! ¡Qué esplendor! Imagínese el lector la tal fiesta, porque siempre será preferible a que se la describamos.

Se sacrificaron para ella tantas reses y pellejos como convidados.

Y mientras, después de verificada la ceremonia, se prolongaba la solemnidad, los pacíficos burgueses siderianos contemplaban apiñados en la calle los iluminados balcones de "El Arca" y comentaban las voces que hasta ellos llegaban.

Los brindis fueron todos dignos de don Tiberio y de su coronación, sobresaliendo entre ellos el del oráculo de "El Arca", quien tenía en el cuerpo más de una cuba de inspiración.

"Vamos a hacer la felicidad de estos borregos —decía—, vamos a ahorrarles el trabajo de que se den quebraderos de cabeza."

—¡Bravo, bravo! —exclamaban unos.

—¡Que se repita! ¡Que baile! —gritaban otros desde debajo de la mesa.

"Vamos a convertir a este piadosísimo país en un país librepensador..." —prosiguió el orador.

Gran asombro en los que no roncaban todavía.

"¿Cómo? Reduciéndole a la verdadera libertad de pensamiento, libertándole de pensar..."

Entusiasmo loco. En el delirio de éste algunos se desinspiran.

—¡Y serán capaces de no agradecérselo! —exclamó Anastasio.

"Desde mañana —siguió diciendo el oráculo— será Monchinia un pacífico rebaño en que reinará la paz y la ventura, un rebaño que nadará en la abundancia. Las camas serán de hierro y todos andaremos hundiéndonos hasta las rodillas en cebada."

—Os nombraré mastines del rebaño —gritó don Tiberio.

"Alto honor, señores, altísimo honor que debemos agradecer al gran duque. ¡Viva el duque-pastor!"

—¡Que baile! —gritaron de debajo de la mesa.

Los brindis se siguieron hasta que llegó la vez de

hablar a don Tiberio. Se levantó éste, se aseguró con ambas manos la corona que le tambaleaba en la cabeza, se puso como la grana, abrió la boca... y volvió a sentarse.

Un formidable aplauso se siguió a este brindis mudo, aplauso que hizo exclamar a los pobres burgueses que atisbaban desde la calle los rumores de la fiesta: Estará hablando el gran duque.

Poco después, al rayar el alba, vieron que llevaban a su casa al gran duque, en triunfo.

Cuando el oráculo se retiraba a su morada iba diciéndose: "Mañana firmará el gran duque el decreto nombrándonos mastines del rebaño."

Y después de acostado, arrebujándose en las sábanas, se dijo a sí mismo:

—"¡Qué hermosa transformación! ¡Ah, quién fuera cordero o cabrito o carnero o...! Es la primera vez que envidio a estas pobres gentes. Desde mañana librepensadores, libres del tormento de pensar...

"¡Qué vida tan feliz la del cordero, el cabrito y sus parientes todos! No tienen que pensar más que en el pienso y la cama... El pastor se encarga de guiarles.

"¡Y aun se quejarán los animalitos de que de vez en cuando sacrifique a alguno de ellos el pastor para su sustento... ¿Qué significa uno de más o de menos? De algo ha de vivir el pastor y debe perdonársele el que se meriende a alguno que otro cordero en gracia a su solicitud por el rebaño.

"*Dura lex, sed lex.* La Naturaleza no mira al individuo, lo sacrifica en aras de la especie... ¡Qué bien vamos a vivir los mastines del gran duque-pastor!

"Nos dará los huesos de los corderos que deseche, y además lo que podamos morder por nuestra cuenta. Nosotros, felices con los huesos, y el rebaño, felicísimo refocilándose en yerba fresca, grasa y verde."

Se durmió y en sueños creyó oír el rechasquido

del látigo del gran duque-pastor sobre las cabezas del rebaño.

Desde entonces la jaqueca huyó de Monchinia y los monchinos se dejaron guiar sacrificando gustosos los individuos al bien de la especie. Y ¡cuidado si era tragón del gran duque-pastor!

Dicen que cansado éste de corderos piensa retirarse a la vida privada cediendo el gran ducado a su perro, para demostrar de esa manera que no fué Calígula tan loco como se cree al nombrar cónsul a su caballo.

Salamanca, febrero 1893.

[*El Nervión*, Bilbao, 12-III-1893.]

Cuando conocí a don Hilario no era ya nadie ni hacía nada, resultando un sujeto de los más borrosos y comunes a pesar de su fama de raro. Mas aun así y todo tuve la fortuna de presenciar una de sus explosiones, una erupción de sus honduras espirituales, y oírle contar sus desventuras con aquella voz gangosa y lenta y aquel modo doloroso que en casos tales, y hasta volver a caer en su habitual huronería, le dominaba por completo.

Ciego de mozo por la lectura y el estudio creía a pies juntillas haber sido tal vicio la fuente de sus males. Con hidrópica sed de saber misterios había devorado de todo, ciencias, letras, humanidades, con encarnizamiento insaciable. El misterio se le iba agrandando a la par que descubría nuevas caras por que abordarle y sentía desazón e impaciencia al encontrarse cientos de veces con las mismas cosas en cientos de libros diversos. Anhelando novedades, ideas nuevas o renovadas que le refrescaran la mente, encontrábase con insoportables repeticiones. Todos los libros que tratan una materia contienen un fondo común y este fondo le daba ya sueño, a puro machaqueo. El que consigue descubrir una verdad en química no se conforma con menos que con escribir un tratado completo de química, y gracias, si no pretende que esa verdad modifique todas las restantes y sea piedra sillar de un nuevo sistema.

Al acostarse dejaba sobre la mesilla de noche tres

o cuatro libros, solicitado a la vez por todos ellos; tras breve vacilación cogía uno, lo hojeaba, leía trozos salteados, empezaba un capítulo, inatento, distraído por el deseo de los restantes libros de la mesilla; y así lo dejaba para tomar otro y a su vez dejarlo en cuanto se convertía en lo que decían el sugestivo lo que dirían. Muchas veces tocaba a uno y otro y se quedaba sin ninguno, y acabó por ni tocarlos siquiera, optando por dormir al sentimiento de la vecindad de sus queridos libros.

Pasó a leer monografías, notas bibliográficas, referencias, extractos, y sobre todo revistas. De las revistas se fué a las revistas de revistas. Pero aquí todo era esqueleto sin carne ni alma, planos esquemáticos. Y lo peor que los extractos le resultaban más palabreros y vacíos que las obras mismas extractadas. Y ¡qué desilusión al ver estropeados los más hermosos títulos!

Buscó por fin las obras atiborradas de referencias y notas para leer éstas; sobre el andamiaje que el autor levantara para construir su obra, fantaseaba él otra. Y acabó en leer catálogos.

¡Los catálogos! Pocas cosas más sugestivas que un catálogo. Sobre un título, ¡qué de fantasías nebulosas, imprecisas!, ¡qué de imaginar sin concepto alguno! Se acostaba con un catálogo y lo iba hojeando. Su conocimiento de idiomas vivos le ayudaba mucho.

Wiezzieski: "El problema del mal", ¡qué campo tan vasto!, y vagaba sin idea alguna por oscuros vislumbres de esa proclama; Wadsworth: "El porvenir de la India", séptima edición, en cuarto, seis chelines, ¡qué cosas dirá! y pasaban por su mente Warren Hastings, Lord Clive, el budismo, el espíritu inglés, mil otras imágenes; Bonnet-Ferriere: "El arte en la vida", nueva evocación de inarticulada sinfonía de larvas ideas; Schmaushauser: "El dere-

cho asirio"... decididamente, aún se ha hecho poco de derecho histórico, ¡qué campo!; Hembrani: "La filosofía de la química", ¡¡décima quinta edición!!; ¡¡20 liras!!; y durante un rato veía ordenados rigodones de átomos llenos de personalidad y de vida; López Martínez: "Comentarios al Derecho procesal", ¡que lata tan soberana! Y quedábase dormido.

A la par iba cobrando desenfrenado amor al sueño. Pasábase el día, mientras revolvía libros u hojeaba catálogos, esperando la hora de acostarse y acariciando la imagen del sueño, y una vez acostado se arrebuja en las sábanas a gozar en la espera del momento de sumersión en la inconsciencia. Daba a las veces en ponerse a espiar el momento preciso en que entraba en el sueño, momento que se le escapaba siempre, pues siempre se distraía en la coyuntura propicia. Otras veces se revolvía preso de ardiente agitación pensando en la nada, que le aterraba más que el infierno. ¡La nada!, estar cayendo, cayendo por el vacío inmenso... no, no estar cayendo siquiera...

Se levantaba tarde, se vestía, lavaba y almorzaba con toda calma, leía el periódico hasta los anuncios, repasaba algún catálogo, miraba con cariño a sus libros tocándolos, cambiándolos de lugar, hojeando algunos, y así le llegaba la hora de comer. Después café, rato de sentada en el casino viendo jugar al tresillo, que no entendía poco ni nada, paseo lento, gradual invasión de sueño, frugalísima cena y a la cama temprano.

El día en que estalló me decía:

—¡Qué enfermedad más terrible el... pero no, bien mirado, ni es enfermedad ni es terrible! Paso el día esperando la hora de acostarme, acariciándolo en mi imaginación, y me acuesto deleitándome en la idea de que voy a dormir para resucitar con el nuevo día, lleno de frescura espiritual. ¡El sueño! Es la *vis*

medicatrix naturae y la digestión mental... Durante el sueño bajan digeridas las ideas al fondo del olvido donde se hacen carne de nuestra alma... Lo que mejor sabemos es lo olvidado. Todo eso de corrientes nuevas, de crisis espiritual, de degeneración, de fin de siglo, de neurosis y neurastenia, de misticismo y anarquismo, todo eso es sueño social y nada más. ¡Claro está!, tanta revista de revistas, tanta bibliografía y tanto catálogo... sueño, sueño, no es más que sueño. ¿Los agitadores, los revolucionarios dice usted? Aspirantes a sonámbulos.

Vuelvan las tinieblas medievales y a dormir...

—Pero eso es negar el progreso.

—¿El progreso? ¿Pero usted cree que no hay más progreso que la vigilia? Hay que digerir el progreso, y el hartazgo da sueño. ¡A dormir!, a dormir para hacer la digestión espiritual del progreso y despertar en otro siglo con la cabeza fresca, de buen humor y enriqueciendo el vivífico y fecundante fondo del olvido, que es algo positivo, muy positivo, créamelo usted.

[*El Fomento*, Salamanca, 11-I-1897.]

Eran tan extrañas las penitencias que se contaban de aquel pobre lego, y tan penetrantes las palabras de mansedumbre que dirigía al pueblo cuando iba mendigando de puerta en puerta, que ardíamos en deseos de conocer algo de su vida pasada, sobre la que corrían mil consejas entre las comadres.

“No hay que irritar al colérico —repetía cuando, con frecuencia, se metía a apaciguar riñas—, no hay que irritarlo... Cuando el prójimo se encolerice contra nosotros, huir, huir, correr al templo y pedir a Dios por él.”

Por fin llegamos a conocer lo sustancial de su vida.

El lego aquel había ansiado, desde muy niño, conquistar la gloria con una vida de austeridades y aun de martirio; mas azares de la suerte le llevaron a servir a un señor, de quien su padre había recibido sustanciosas mercedes. Era el tal señor, su amo, hombre de vida algo relajada, despreciador de toda piedad, y de natural colérico y fácilmente irritable, si bien le creyó siempre, su criado, dotado de buen fondo; y sin cesar pidió a Dios que le convirtiese. Apreciaba el señor, por su parte, la lealtad y diligente obediencia de su criado; pero irritándole la que llamaba su estúpida gazmoñería y sin poder resistir aquella inalterable mansedumbre, que le hería como un silencioso reproche.

—¿A que vienes de comerte los santos, Juan? Pero hombre, ¿por qué has de ser tan bolonio?...

Juan bajaba los ojos, poniéndose a rezar por su amo, mientras se decía muy por lo bajito: “¡Vaya todo por ti, Señor, todo lo sufro por ti..., llévamelo en cuenta!”

—Vamos, vamos: levanta esa vista y no te me vengas mormojeando simplezas...

Juan pedía a Dios por su amo, mas sin poder, a la vez, por menos de regocijarse de tenerlo tal que, haciéndole sufrir afrentas y llenándole de impropiedades, le diese ocasión de ejercitar la mansedumbre y la paciencia, y de atesorar así los bienes imperecederos. Convertíase, por tal manera, su vida en un callado sacrificio, en martirio de cada instante. ¡Pobre amo; pobre señor! ¡Que Dios se apiadase de aquel desdichado instrumento de sus misericordias para con el pobre Juan, su siervo! Tenía buen fondo, sí; tenía excelente fondo aquel pobre señor, y tenía, además, quien rogase por él sin descanso.

* * *

Algo grave debió ocurrir, cierto día, en el amo de Juan, que se encerró en su cuarto con aire de preocupación suprema.

Cuando a la mañana siguiente volvió Juan de misa de alba, hallóse a su señor levantado ya y presa de agitación anormal.

—¡Juan! ¡Juan!

—¡Señor!

—¡Imbécil, pedazo de animal! ¡Te estoy llamando hace lo menos una hora, y tú nada!...

—Señor, acabo de llegar de misa...

—¡De misa..., de misa..., majadero! ¡Donde debes estar es en tu obligación! ¡Anda, trae agua en ese jarro!

Bajó Juan los ojos poniéndose a rezar; cogió el

jarro, tropezó con su amo, que se paseaba por el cuarto, y cayéndose el jarro se le hizo añicos.

—¡Animal!

—Por Dios, señor; no se ponga así...

Fué tal, entonces, la expresión de cólera del amo, que aterrado, más que contristado, Juan cayó de rodillas ante él. Este acto exasperó aún más al colérico señor; tomólo cual una bofetada, y yendo sobre su criado le descargó una.

—¡Sea por Dios! —dijo Juan.

—¡Por Dios, por Dios has dicho..., hipócrita!

Algo súbito pasó entonces por la conciencia del criado, que, levantándose, huyó de la casa. Huyó de la casa y fué a los pies de un confesor a preguntarle si era cristiano tomar al prójimo de escalera para subir al cielo, cultivar las flaquezas ajenas para acrecentar con ello supuestos méritos nuestros, si es que no hay falsos martirios en que se peca excitando al pecado al verdugo, y en que de nada atestigua el mártir, si no es acaso nefanda doctrina la tácita creencia de que hace falta que haya malos para que se ejerciten los buenos, ofensas para dar lugar al perdón, pobres para la limosna e iniquidades para fomentar la masedumbre.

—No has concebido el reino de Dios —le dijo el confesor.

Lloró Juan su falaz virtud, y cuando supo que su amo había muerto a consecuencia de un desafío tenido aquel mismo día del bofetón, ingresó de lego en el convento, donde día tras día lloró sus culpas, expió su egoísta masedumbre de otros tiempos y pidió sin descanso a Dios por el alma del que fué su amo.

Conocida esta historia, comprendíamos lo que un día el pobre lego dijo al separar a un muchacho de

otro que le maltrataba, mientras aquél nada hacía por evitarlo:

—Anda, corre, escapa —le dijo, añadiendo como para sí—, no cultives la cólera de tu hermano.

[*El Progreso*, Madrid, 9-I-1898.]

Uníanse en don Eleuterio a una honda filantropía trascendental, un clarísimo concepto de la función de la beneficencia en la sociedad; y así, encauzados sus sentimientos altruistas por una severa disciplina racional, ganaban en intensidad lo que en extensión parecieran perder. Cuanto más ahondaba don Eleuterio, menos veía la diferencia radical entre la caridad y la justicia, como tampoco la veía entre la libertad y el orden. Guiado de estas razones, reputaba pura licencia el dar limosna a ojos ciegos al primer por-diosero con quien se tope, dándosela por mera satisfacción irracional de un sentimiento ciego.

La verdadera limosna, la que Cristo pide, no era la material donación de dinero o bienes, sino la compasión, la piedad. Y ésta la cumplía pidiendo a Dios por los necesitados todos, y ofreciendo sus obras de piedad en favor de ellos.

Pertenecía don Eleuterio a diversas sociedades benéficas, y poseía una regular biblioteca de obras acerca del ramo de beneficencia pública y privada, obras atestadas de instructivas tablas estadísticas. Profesaba el principio de que los pobres deben recibir en los hospicios y asilos más que medios de vida, disciplina social, y que tales institutos son un derivativo humanitario a las funestas consecuencias de la ley de Malthus, en que creía a pies juntillas.

Cuando le tocaba en las entrañas el espectáculo de alguna repugnante miseria callejera, consolábase imaginando que no era el dolor de que era testigo tan grande como parecía, porque, embotado el paciente por su penuria y endurecido merced a los rigores de la suerte, saturaríase pronto de dolor, quedándole pocas más afinidades libres para éste. Y pensaba además don Eleuterio que muchas quejas eran cuando no comedia y fingimiento, puros fenómenos reflejos, a los que no acompañaba estado de conciencia adecuado a ellos. Por donde se ve que no carecía don Eleuterio de alguna cultura y de cierta tinturilla de psicología, que le venía a las mil maravillas.

Paseábase una noche el reflexivo señor, en compañía de sus sesudas opiniones, meditando en cierta reforma del hospicio de huérfanos, de cuya junta era presidente, y absorto en tal tarea prolongaba su paseo por las afueras de la ciudad, cuando vino a interrumpir intempestivamente el curso de sus meditaciones una voz que le dijo melosamente:

—Una limosnita por amor de Dios, caballero...

—Perdone, hermano —contestó don Eleuterio, confesando inconscientemente su pecado al pedir perdón de él.

—Señorito, por favor, que no he comido...

—Pero habrás bebido... —replicó amostazado al importuno que le hacía perder el hilo de sus reflexiones.

Acercándosele entonces el pordiosero, vió don Eleuterio que le miraban unos ojos mortecinos, que recorrían luego éstos el contorno, y vió en seguida brillar una hoja de navaja o de algo parecido, a la vez que la voz, haciéndose seca y dura, le decía:

—¡Ea, vengan los cuartos y me los beberé!

Sintió el sociológico filántropo que se le desmadejaba el cuerpo, le oprimía el corazón, la garganta y

se le turbaba la vista; y balbuciendo: “Espere, espere... por Dios, ¡qué barbaridad!”, fué sacando cuanto llevaba.

—¡ Buenas noches, y que usted descanse! —le dijo el pedigüeño, una vez cobrado el salario de su trabajo, desapareciendo en la oscuridad.

Repuesto don Eleuterio al poco rato, y olvidado ya de la reforma del hospicio de huérfanos, de que era presidente, se decía:

—¡ Dios mío, de buena me he librado...! ¿Cuál no será el miserable estado de estos infelices cuando les pone así a dos pasos del crimen? He evitado un crimen mayor... ¿Cuál no será su necesidad? Es preferible que sean mendigos y vagos a no que den en ladrones, en asesinos tal vez. Hombres hay de éstos, que siendo por naturaleza mendigos y desordenados, moriríanse en el asilo, o se escaparían, o corromperían a los demás; y si en la calle no los dejamos vivir de su natural, acabarán en cualquier cosa mucho peor... Aman la vagancia; hay que tener caridad con ellos... Y el pobre, ¡qué cortésmente me ha despedido! Tal vez no tengan qué cenar sus hijos, si es que los tiene.

Siguiendo don Eleuterio en el curso de estas reflexiones, fructificó en él el instintivo y casi reflejo “¡perdone, hermano!”, con que respondiera de primeras al mendigo, y acabó por cambiar sinceramente de sentido. El providencial encuentro de aquella noche le ha abierto nuevos horizontes, proporcionándole convicciones nuevas.

De tal modo ha cambiado de opiniones don Eleuterio, y tanto se le han arraigado las nuevas, a favor de variadísimas razones, que han ido presentándosele enredadas, como las cerezas, las unas en las otras, que cuando ahora encuentra a algún mendigo no deja de darle limosna, sobre todo si es de noche

o en las afueras de la ciudad, circunstancias que al avivar el recuerdo del golpe de gracia que decidió de su conversión racional, le traen algo así como el brillo en el espacio de algo decisivo.

Esto es lo que se llama caridad bien ordenada.

[*Vida Nueva*, Madrid, 28-VIII-1898.]

Y vió de pronto nuestro hombre venir una mujer despavorida, como un pájaro herido, tropezando a cada paso, con los grandes ojos preñados de espanto que parecían mirar al vacío y con los brazos extendidos. Se detenía, miraba a todas partes aterrada, como un náufrago en medio del Océano, daba unos pasos y se volvía, tornaba a andar, desorientada de seguro. Y llorando exclamaba:

—Mi padre, que se muere mi padre.

De pronto se detuvo junto al hombre, le miró de una manera misteriosa, como quien por primera vez mira, y sacando el pañuelo le preguntó:

—¿Lleva usted bastón?

—¿Pues no lo ve usted? —dijo él mostrándoselo.

—¡Ah! Es cierto.

—¿Es usted acaso ciega?

—No, no lo soy. Ahora, por desgracia. Déme el bastón.

Y diciendo esto empezó a vendarse los ojos con el pañuelo.

Cuando hubo acabado de vendarse repitió:

—Déme el bastón, por Dios, el bastón, el lazarillo.

Y al decirlo le tocaba. El hombre la detuvo por un brazo.

—Pero ¿qué es lo que va usted a hacer, buena mujer? ¿Qué le pasa?

—Déjeme, que se muere mi padre

—Pero ¿adónde va usted así?

—Déjeme, déjeme, por Santa Lucía bendita, déjeme, me estorba la vista, no veo mi camino con ella.

—Debe de ser loca —dijo el hombre por lo bajo a otro a quien había detenido lo extraño de la escena.

Y ella, que lo oyó:

—No, no estoy loca; pero lo estaré si esto sigue; déjeme, que se muere.

—Es la ciega —dijo una mujer que llegaba.

—¿La ciega? —replicó el hombre del bastón—. Entonces, ¿para qué se venda los ojos?

—Para volver a serlo —exclamó ella.

Y tanteando con el bastón el suelo, las paredes de las casas, febril y ansiosa, parecía buscar en el mar de las tinieblas una tabla de que asirse, un resto cualquiera del barco en que había hasta entonces navegado.

De pronto dió una voz, una voz de alivio, y como una paloma que elevándose en los aires revolotea un momento buscando oriente y luego como una flecha parte, partió resuelta, tanteando con su bastón el suelo, la mujer vendada.

Quedáronse en la calle los espectadores de semejante escena, comentándola.

La pobre mujer había nacido ciega, y en las tinieblas nutrió de dulce alegría su espíritu y de amores su corazón. Y ciega creció.

Su tacto era, aun entre los ciegos, maravilloso, y era maravillosa la seguridad con que recorría la ciudad toda sin más lazarillo que su palo. Era frecuente que alguno que la conocía le dijese: dígame, María, ¿en qué calle estamos? Y ella respondía sin equivocarse jamás.

Así, ciega, encontró quien de ella se prendase y para mujer la tomara, y se casó ciega, abrazando a su hombre con abrazos que eran una contemplación. Lo único que sentía era tener que separarse de su anciano padre: pero casi todos los días, bastón en

mano, iba a tocarle y a oírle y acariciarle. Y si por acaso le acompañaba su marido, rehusaba su brazo diciéndole con dulzura: no necesito tus ojos.

Por entonces se presentó, rodeado de prestigiosa aureola, cierto doctor especialista, que después de reconocer a la ciega, a la que había visto en la calle, aseguró que le daría la vista. Se difirió la operación hasta que hubiese dado a luz y se hubiese repuesto del parto.

Y un día, más de terrible expectación que de júbilo para la pobre ciega, se obró el portento. El doctor y sus compañeros tomaban notas de aquel caso curiosísimo, recogían con ansia datos para la ciencia psicológica, asaeteándola a preguntas. Ella no hacía más que palpar los objetos aturdida y llevárselos a los ojos y sufrir, sufrir una extraña opresión de espíritu, un torrente de punzadas, la lenta invasión de un nuevo mundo en sus tinieblas.

—¡Oh! ¿Eras tú? —exclamó al oír junto a sí la voz de su marido.

Y abrazándole y llorando, cerró los ojos para apoyar en la de él su mejilla.

Y cuando la llevaron al niño y lo tomó en brazos, creyeron que se volvía loca. Ni una voz ni un gesto; una palidez mortal tan solo. Frotó luego las tiernas carnicitas del niño contra sus cerrados ojos y quedó postrada, rendida, sin querer ver más.

—¿Cuándo podré ir a ver a mi padre? —preguntó.

—¡Oh! No, todavía no —dijo el doctor—. No es prudente que usted salga hasta haberse familiarizado algo con el mundo visual.

Y al día siguiente, precisamente al día siguiente de la portentosa cura, cuando empezaba María a gozar de una nueva infancia y a bañarse en la ver-
dura de un nuevo mundo, vino un mensajero torpe, torpísimo, y con los peores rodeos le dijo que su

padre, baldado desde hacía algún tiempo, se estaba muriendo de un nuevo ataque.

El golpe fué espantoso. La luz le quemaba el alma y las tinieblas no le bastaban ya. Se puso como loca, se fué a su cuarto, cogió su Crucifijo, cerró los ojos y palpándolo, rompió a llorar, exclamando:

—Mi vista, mi vista por su vida. ¿Para qué la quiero?

Y levantándose de pronto, se lanzó a la calle. Iba a ver a su padre, a verle por primera y por última vez acaso.

Entonces fué cuando la encontró el hombre del bastón, perdida en un mundo extraño, sin estrellas porque guiarse como en sus años de noche se había guiado, casi loca. Y entonces fué cuando, una vez vendados sus ojos, volvió a su mundo, a sus familiares tinieblas, y partió segura, como paloma que a su nido vuelve, a ver a su padre.

Cuando entró en el paterno hogar, se fué derecha, sin bastón, a través de corredores, hasta la estancia en que yacía su padre moribundo y echándose a sus pies le rodeó el cuello con sus brazos, le palpó todo, le contempló con sus manos y sólo pudo articular entre sollozos desgarradores:

—¡Padre, padre, padre!

El pobre anciano, atontado, sin conocimiento casi, miraba con estupor aquella venda y trató de quitársela.

—No, no, no me la quites... no quiero verte; ¡padre, mi padre, el mío, el mío!

—Pero, hija, hija mía —murmuraba el anciano.

—¿Estás loca? —le dijo su hermano—. Quítatela, María, no hagas comedias, que la cosa va seria...

—¿Comedias? ¿Comedias? ¿Qué sabéis de eso vosotros?

—Pero, ¿es que no quieres ver a tu padre? Por primera, por última vez acaso...

—Porque quiero verlo... pero a mi padre... al mío..., al que nutrió de besos mis tinieblas, porque quiero verle, no me quito de los ojos la venda...

Y le contemplaba ansiosa con sus manos cubriéndole de besos.

—Pero, hija, hija mía —repetía como una máquina el viejo.

—Sea usted razonable —insinuó el sacerdote separándola—, sea usted razonable.

—¿Razonable? ¿Razonable? Mi razón está en las tinieblas, en ellas veo.

—*Et vita erat lux hominum... et lux in tenebris lucet...* —murmuró el sacerdote como hablando consigo mismo.

Entonces se acercó a María su hermano, y de un golpe rápido le arrebató la venda. Todos se alarmaron entonces, porque la pobre mujer miró en torno de sí despavorida, como buscando algo a que asirse. Y luego de reponerse murmurando ¡qué brutos son los hombres!, cayó de hinojos ante su padre preguntando:

—¿Es éste?

—Sí, ése es —dijo el sacerdote señalándoselo—, ya no conoce.

—Tampoco yo conozco.

—Dios es misericordioso, hija mía; ha permitido que pueda usted ver a su padre antes de que se muera...

—Sí, cuando ya él no me conoce, por lo visto...

—La divina misericordia...

—Está en la oscuridad —concluyó María que, sentada sobre sus talones, pálida, con los brazos caídos, miraba al través de su padre, al vacío.

Levantándose al cabo, se acercó a su padre, y al tocarlo, retrocedió aterrada, exclamando:

—Frío, frío como la luz, muerto.

Y cayó al suelo presa de un síncope.

Cuando volvió en sí se abrazó al cadáver, y cubriéndole de besos, repetía:

—¡Padre, padre! ¡No te he visto morir!

—Hay que cerrarle los ojos—dijo a María su hermano.

—Sí, sí, hay que cerrarle los ojos... que no vea ya... que no vea ya... ¡Padre, padre! Ya está en las tinieblas... en el reino de la misericordia...

—Ahora se baña en la luz del Señor —dijo el sacerdote.

—María —le dijo su hermano con voz trémula tocándole en un hombro—, eres madre, aquí te traen a tu niño, que olvidaste en casa al venirte; viene llorando...

—¡Ah! Sí. ¡Angelito! ¡Quiere pecho! ¡Que le traigan!

Y exclamó en seguida:

—¡La venda! ¡La venda! ¡Tráeme pronto la venda, no quiero verle!

—Pero María...

—Si no me vendáis los ojos, no le doy de mamar.

—Sé razonable, María...

—Os he dicho ya que mi razón está en las tinieblas...

La vendaron, tomó al niño, lo palpó, se descubrió el pecho, y poniéndoselo a él, le apretaba contra su seno murmurando:

—¡Pobre padre! ¡Pobre padre!

[*Los Lunes de "El Imparcial"*. Madrid, 22-I-1900.]

¡Pobre don Martín! Jamás olvidaré la última conversación que con él tuve. ¡Pobre don Martín, el antiguo y glorioso escritor, clásico ya en vida! Y éste es su testamento: asistir a su propia inmortalización. Se mira en su fantasma y tiembla; su nombre inmortalizado le sume en desaliento.

¡Pobre don Martín! ¡Qué triste caso el suyo! Está el pobre hecho todo un mortal, todo un miserable mortal, así en lo bueno como en lo malo.

La idea de que su nombre durará acaso siglos le hace considerar con mayor amargura la muerte, que no puede estar lejos.

Había oído hablar de la tristeza de don Martín, del pesar con que echa de menos sus tiempos de resonancia, de su hipocondría, y hasta me habían asegurado que ofrecía síntomas premonitorios de delirio de las persecuciones. Y lo que he podido barruntar en él es que, a semejanza de Calipso, en su dolor por no promover ya aquel ruido que antaño metía en nuestra patria, no puede consolarse de ser inmortal. Ha descendido al fondo de la memoria de sus compatriotas, y quisiera estar a flor de ella.

Porque don Martín, ¿quién lo duda?, ha entrado ya entre nuestros inmortales, es un clásico de nuestra literatura. Y es el pesar que el pobre hombre siente, sin darse de ello clara cuenta; es que la mortalidad se le escapa. Está visto que no somos más que un poco de barro soplado.

Hubo un tiempo en que la publicación de un libro de don Martín era un acontecimiento patrio, arrebatava el público de manos de los libreros en pocos días copiosas tiradas de él, discutíanse sus doctrinas, poníaseles en los cuernos de la luna o por debajo de las piedras, y el hombre gozaba y sufría a un tiempo, oscilaba entre esperanzas sin medida y desesperaciones sin fondo, soñaba con la gloria arrullado por los aplausos. Hoy tiene ya la gloria, pero no la oye; hoy sus libros gotean de las oficinas de los libreros, uno a uno, lentamente, en venta regularizada ya, como de autor clásico, gotean como lluvia dulce y continua, y el pobre don Martín, que no la siente, suspira por los días en que desataba chaparrones sobre el público. Porque entonces leía lo que de él y sus obras se escribía, y oía los aplausos y las alabanzas, mientras que ahora no oye cómo se precipita el latir de los corazones de los mozos cuando al trasponer su bachillerato cogen en mano las obras clásicas de don Martín. Hoy que ha vencido suspira por la batalla. La gloria vale poco, lo hermoso es el esfuerzo por lograrla.

—No se acuerdan de mí —me decía con lágrimas en los ojos—; ya no se habla de mis obras...

—Tampoco se habla de las coplas de Jorge Manrique —le dije—, ni se comenta en los cafés los dramas de nuestro antiguo teatro... Y usted, don Martín, es ya un antiguo...

—Un antiguo... un antiguo... No, no, la juventud no me quiere...

—¿Es que quiere usted que estén hablando de usted de continuo, y que se aprendan de memoria sus obras y que las vayan por ahí recitando...?

—¡Oh, no, no!, no es eso; pero...

—Mire usted, hace poco releí *El fantasma del bosque*...

—*¡El fantasma del bosque!* —me interrumpió vivamente—; no me recuerde eso, no me lo recuerde... no lo resisto. He intentado volver a leerlo varias veces, y me ha sido imposible. Eso no lo hice yo, no pude hacerlo...

—Sin embargo, el público...

—Sí, el público es lo que prefiere entre mis obras. Es natural; es lo suyo; porque eso no lo hice yo, lo hizo mi público.

—Pues es la obra que ha de inmortalizarle —añadí con algo de aviesa intención.

—¿Inmortalizarme? Una noche me senté en un banco junto a la estatua de uno de nuestros más grandes hombres, de un inmortal, y sentí que él era de bronce y de memoria, y yo de carne y de espíritu. Si no le miran y le conocen, ¿qué alma tiene?, es decir, ¿qué memoria reside en él? ¡Qué martirio más horrible, pensaba para mí mismo, qué martirio más horrible si condenase Dios a mi pobre alma a que encarnara en una estatua así y se estuviese presa ella, viendo pasar a los hombres a sus pies, casi todos indiferentes! Y me puse a pensar que una pena así me reservaría el Juez Supremo en castigo de mi loca sed de vanagloria.

—¿Pero y su memoria de usted en los corazones, que es más que en los cerebros, en los corazones de los que han de venir?

—¿Mi memoria? ¿Y qué es eso?

—Su fama de usted se ha hecho habitual, forman las concepciones que a usted debemos, parte de la concepción general de nuestro pueblo y por eso no necesitamos recordarle expresamente a cada paso. Usted es un hábito...

—Un hábito... un hábito... Lo que se hace habitual se hace inconsciente... Mi espíritu se desparra-
ma y difunde en el de mi pueblo, tal vez tenga usted razón, pero es perdiéndole yo. Yo no soy mío.

—¿Y el sobrevivir así?

—No, no sobreviviré yo..., sino mis obras. Mis obras me sobrevivirán...

—Es un consuelo perpetuarse en los hijos...

—¿Perpetuarse? ¡Cuánta vaciedad inspira la desilusión de vivir! Y diga usted, ¿yo no soy hijo? ¿No soy yo hijo mío?

Callóse y en su actitud de pesadumbre adiviné que hacía de él presa la congoja de pensar que sus obras han de sobrevivirle, que ha traspasado a ellas su vida. Daría el pobre un poco de fe en la otra vida, en la ultraterrena, por todo cuanto de él han de decir los manuales de literatura del siglo xxx. De pronto levantó la abrumada cabeza y dijo:

—¡Oh, fe! ¡Santa fe la de aquellos que han dado al mundo obras anónimas! Ahí está la *Imitación de Cristo*, su autor no vendió su alma por su nombre. Es que creía en otra inmortalidad y trabajaba para la eternidad, no para la historia. Pero ahora estamos tristes porque sabemos que hay que morir... que hay que morir de veras... ¡Qué hombres! Animales en su vida de austeridades, de heroísmos, de abnegaciones, de increíbles hazañas, o indecibles martirios, una sed inextinguible, loca de inmortalidad; ¡pero con fe! Hoy esa misma sed lanza a tantos y tantos en el camino de la gloria; pero como la que perseguimos no es más que sombra de inmortalidad, y en el fondo positivo engaño, todo nuestro heroísmo no es más que sombra de tal. Ya no caben héroes, las estatuas los ahogan. Para acabar en estatua y figura histórica no merece la pena de ser heroico.

—Pero, ¿y la satisfacción de haber cumplido con la vida? ¿Y el bien por el bien mismo? ¿La belleza por la misma belleza? ¿La verdad por la verdad? ¿La vida por la vida?

—Qué, ¿también usted me trae esas estúpidas

monsergas? Estos muchachos se han propuesto libertar a los cuerpos de la gravitación. La belleza por la belleza misma es lo más feo que conozco; el bien por el bien lo más inmoral; la verdad por la verdad lo más ilógico. En cuanto veo un altruista me pongo en guardia; no quiero más que seres naturales. Si viese usted un peñasco cerniéndose sobre su cabeza, como un aerolito, como un meteoro, sin sostén, huiría usted, huiría usted más que de prisa hasta ponerse a salvo. Huya de igual modo de todo hombre sin egoísmo, porque si cae lo aplasta a usted. Y el egoísmo culmina en querer sobrevivir de verdad, en aspirar a ser inmortales de sustancia, y no de mentirijillas. Estos muchachos... estos muchachos... ahí está don Esteban Pobedaño, el autor de ese drama tan sonado que titulan *La vida*.

Calló. Pocas cosas le entristecen a don Martín tanto como el ver a los mozos trepar la escarpada montaña de la gloria. Nuevos aspirantes a entrar en el panteón —piensa—, ¡entre tantos nos tocará a menos! Y siente al pensarlo la tristeza que sienten no pocos *justos* al imaginarse que pueda no haber infierno. ¡Pobre don Martín, el inmortal condenado a muerte! ¡El clásico de la vida! ¡Pobrecito don Martín, que no ha comprendido que la gloria se da toda entera a cada uno y es mayor cuanto entre más se reparte! ¡Pobre don Martín, que ignora que cada nuevo dios que en el panteón ingresa refleja sobre los demás su gloria y la recibe reflejada de éstos! ¡Pobre don Martín, hecho de tierra y soplo, ya que no de bronce y noticia! ¡Pobre don Martín! ¡Qué bien le vendría la muerte, la muerte que le abriese la intuición de la verdad, o que por lo menos le cerrase la de la mentira y la ilusión! Pero jamás olvidaré una cosa terrible que le oí cierta noche, una cosa cuyo recuerdo me da escalofríos, una cosa que me

hizo penetrar hasta el hondón de su fantástico espíritu.

—¿A que no sabe usted —me dijo— una de las cosas que más terrible me hacen la visión de la nada de ultratumba? Pues es el pensar que ni siquiera he de saber el secreto, si es que fuera ese; que si muero y no hay más allá nada, no he de tener el consuelo de saberlo; que en la nada no hay ni conciencia de ella... Morirse, morirse para no saber el secreto de la muerte... entonces, ¿para qué morir? ¡Esto es terrible, joven! ¡No sólo no existir fijese, sino no saber que se existe...!

“¡Qué embolismo! —me dije—, este hombre está loco perdido”, y por el pronto no me di cuenta de todo el estado de conciencia que sus palabras revelaban, pero me sobrecogí instintivamente, como si hubiese tocado una visión impalpable, hecha de frío, un fantasma, un espíritu sapo.

Porque es el caso que siempre ha tenido don Martín para mí algo de lúgubramente fascinador, sobre todo desde aquel día en que me dijo, poniéndome su mano sobre el hombro y con una sonrisa amarga:

—Joven, intente usted una noche, estando acostado, concebirse como no existiendo, y verá usted, verá usted, qué hormigueo le da en el alma y cómo se cura de esa pestilente salud de los que no han llegado al hastío de haber vivido, de haber vivido, joven, no de vivir.

Cuando recuerdo estas y otras cosas del pobre don Martín bórraseme todo afecto de caridad hacia él, y si fuese Juez Supremo le condenaría a prisión eterna en una estatua.

DE AGUILA A PATO

APÓLOGO

Hubo allá en remotos tiempos una soberbia águila, reina de las alturas. Tenía su trono sobre un inaccesible peñón, y al pie de éste su nido. Cuando al salir el sol alzaba el vuelo, desafiando con su mirada al padre de la luz, cantaban sobre ella su himno matutino las alondras, y las aves todas le rendían vasallaje. Los cuervos la seguían para aprovechar los despojos de sus presas.

Nunca se vió águila cuyo aéreo reino se extendiese más. Elevándose por mucho más arriba que la región de las nubes, apenas abarcaba con su penetrante mirada la extensión toda de sus dominios.

Cuando cuajaba la tormenta y al chocar de las nubes retumbaba el trueno al resplandor del relámpago, levantábase el águila por encima de los nubarrones paridores del rayo y dejaba bramar a la tempestad bajo sus plantas, bañándose en tanto en luz plena y libre.

Era una hermosura verla cernerse casi inmóvil en el espacio azul, con sus extendidas alas a modo de acción de dominio o gesto de supremo poder. Con un ligero movimiento, como de juego, elevábase aún más, desarrollando sin aparente esfuerzo **una enorme fuerza.**

Al pie del peñón en que anidaban sus aguiluchos y se entronizaba ella, extendíase un arenal sembrado acá y allá de algunas matas, y en ese arenal reinaba un león como soberano

Más de una vez se paró el león a contemplar el vuelo majestuoso del águila, y más de una vez el águila, cerniéndose en el aire, contempló los saltos del león al caer sobre su presa. Al rugido del rey del arenal contestaba no pocas veces el grito del rey de los aéreos espacios.

Al verle saltar al león, se dijo más de una vez el águila con lástima: “¡Pobrecillo, acaso es que intenta volar...! Salta, salta, pobre rey de las arenas, a ver si te brotan alas.”

Había entre los cortesanos del águila un grajo, cuyas lisonjas sonaban siempre gratas a los oídos de aquélla. Y empezó el grajo a hablarle del león y de sus proezas y a ponderar su valor, su arrojo y su majestad. “Dice que si te cogiera en tierra, con las alas cortadas —le decía—, habrías de ver de cuán poco te servían tu bravura, tu pico y tus garras.” “¿Eso dice...?” —exclamó el águila—. “Sí, eso dice —contestó el grajo—, pero no debes hacerle caso, porque su poderío le ha envanecido y no sabe bien lo que se dice el pobrecillo. Cegado por su soberbia, ignora que él no puede volar y que tú puedes posarte en tierra y defenderte en ella.” “¡Y vencerle en tierra, en su elemento!”, añadió el águila. “No lo dudo”, contestó con sorna el grajo marrullero.

Entonces empezó a trabajarle al águila en el margen la idea de hacerse león y disputar su realeza al rey del arenal.

—¿Sabes lo que he pensado? —le dijo un día el águila al grajo.

—Lo que hayas pensado —contestóle éste— será inspiración del mismo sol, de seguro.

—Pues he pensado que una vez que nadie me disputa el imperio del aire, debo bajar mi trono al pie del peñón y disputar al león su imperio. Y para más obligarme y no poder recurrir al arbitrio de

levantar el vuelo, voy a recortarme las alas: quiero que luchemos a iguales armas.

—¡Sublime propósito! —exclamó el grajo—. ¡Hazña nunca vista ni aun intentada antes de ahora! Bien dije que el mismo sol te la ha inspirado.

Recortóse, en efecto, el águila sus alas, e hizo que a los de su familia se las recortaran, y bajó al arenal. Andando, y no con mucha soltura, salióle al camino al león y le provocó a singular combate.

—Déjate de bromas, y vete a tus nubes —le contestó el león—; cada cual a lo suyo.

—No hay campo vedado para el heroico esfuerzo —contestó el águila—, y voy a probarte que con sólo saber querer, ha de ser todo mío. Aquí, en tierra, en tus dominios, has de medir tus garras con mis garras y tus fauces con mi pico.

—No gasto bromas —replicó el león, volviéndole grupas y azotándose los lomos con el rabo.

Pero el águila se abalanzó a él y le dió un picotazo. Al sentirse el león herido, volviése furioso sobre el águila y de un par de zarpazos la dejó malparada. El pobre rey de los aires no hacía más que aletear con sus recortadas alas. Corriendo como pudo, fué a refugiarse a unos juncales a orillas de un lago, y allí permaneció oculta y allí la dejó el león compadecido.

No se atrevió ya a salir de la orilla del lago, y allí tuvo que aprender a nadar para defenderse de los fieras que bajaban a abrevarse y que no la dejaban en paz. Y así andando el tiempo, se le modificó el pico, saliéronle palmas en las garras y se convirtió en pato.

Tal es la historia del águila que, por querer hacerse león, se vió convertida en pato.

¿Cómo será la muerte? —se preguntaba—. ¿Qué sensación dará el morir? Y ¿qué será lo que haya realmente detrás de ella? ¿Detrás?, quiero decir después. La verdad es que, aun cuando no fuese más que por saberlo, era cosa de procurársela. ¡Bah! ¡bah!, ¡bah!, ¡a mi tarea! Pero era inútil; la obsesión de la muerte no le abandonaba un solo día; y no era una obsesión dolorosa, nada de eso; era curiosidad de investigador celoso. ¿No hay quien se inocular tal o cual enfermedad pasajera y curable para estudiar sus efectos? ¿No hay quien fuma opio para ver qué le pasa con ello? ¿Pues por qué no había él de darse muerte?

La lástima era que no podía volver luego a contar lo que hubiese sucedido. ¿A contarlo? Y ¿a quién le importaba eso? Podrá interesarle a uno cómo ha de morirse él, pero ¿cómo murió el prójimo?, ¡quiá! Había un término medio, y era echarse al agua, ordenando que le sacasen medio ahogado; pero eso no es más que una engañifa, una seudomuerte. Para eso le bastaba con dormirse.

Más de una noche se quedó esperando al momento en que el sueño le sorprendiera, para estudiar cómo se pasa de la vigilia a él; pero era todo inútil: jamás pudo atraparlo. El condenado sueño es un traidor, os viene cautelosamente, por la espalda, cuando más descuidados estáis, sin el menor ruido, y ¡zas!,

os echa la garra sin daros tiempo a volveros y verle la cara.

Sus vecinos le diputaban por triste, hasta por tético; pero él, que lo sabía, no acertaba a darsé cuenta de tal juicio. Nunca llegó a comprender la diferencia entre la alegría y la tristeza, como un ciego de nacimiento no comprenderá nunca la que hay entre la claridad del día y las tinieblas de la noche. El mismo efecto le hacía ver reír o llorar, que a un sordo-mudo ver tocar el violín; ¡cosa más rara!, ¡lo que no han de inventar los hombres!

No era misántropo, no, aunque muchos así lo creyesen. Si no trataba con nadie, era tan sólo porque nada tenían que decirle los hombres. Las pocas cosas sustanciosas y dignas de atención que se les ocurre las consignan por escrito. Con leerlas le bastaba. Además, se le antojaba que cuantos mostraban deseos de dirigirle la palabra era nada más que por ser él rico. Sí bien sabía él que eran sus riquezas lo que envidiaban sus convecinos, y no otra cosa.

La vida tenía bien poco chiste; visto un día, vistos los demás. Su única novedad es la muerte, ya que de esta sensación no puede disfrutarse más que una vez sola. La muerte es *única* en la vida; cada vida no tiene más que una muerte, una sola. En ésta, pues, se concentra todo el interés de aquélla. Además, se ha nacido para morir, digan lo que quieran esas personas que hablan unas con otras sin aburrirse y que distinguen la tristeza de la alegría.

Hacia tiempo que la idea fija se fijara más aún; echó raíces, empezó a dar brotes, apuntaban hojas. Brotábale como las vides en primavera. Las raicillas iban penetrándole en el subsuelo del alma, en eso que han dado en llamar subconciencia.

“Y luego, cuando se encuentre mi cadáver, ¡qué de cosazas no inventarán mis convecinos! y ¡cómo ha de preocuparles adónde habrán de ir a parar mis

fincas y caudales! ¡Si pudiera destruirlos también! Morir entre las ruinas de la propia fortuna es una muerte grandiosa, como la de Sansón muriendo en el templo con los filisteos. Así quisiera morir, con mis deudores todos.”

La idea fija fué cubriéndose de follaje, y nuestro hombre se paseaba a la caída de la tarde, casi todos los días, en la alameda del río. ¡Qué agua tan limpia, tan dulce, tan mansa, tan sosegada! Pero no, era mejor un tiro.

Varias tardes salió con su revólver cargado; pero se volvió a casa, de noche ya, sin haber consumado su propósito. Había que pensarlo mejor, había que gozar un día más, pensando en lo que pensarían los convecinos cuando se encontrase el cadáver. Y, sobre todo, había que vivir para entretenerse acariciando la idea del suicidio. Era una distracción como otra cualquiera. Y poco que gozaba el hombre con salir de casa acariciando en el bolsillo su arma, mientras se decía: “No, de hoy no pasa; esta noche sabré a qué atenerme respecto a lo único interesante que la vida nos ofrece, y con volver luego a ella diciéndose: “Dejémoslo para mañana, a ver si atrapo hoy al sueño antes de que me atrape él!”

Una noche, cerrada ya, iba como de costumbre por la alameda del río, solitaria entonces, cuando al revolver de una esquina, en cierto extraviado sendero, se encontró con dos hombres que le echaron el alto. Apretó al punto en su mano el revólver que acariciaba.

—Ea, no perdamos tiempo —le dijo uno de los hombres—; saque cuanto lleve.

—¡Bien sabía yo que lo único mío en que los demás piensan son mis riquezas! —respondió con calma.

—¡Pocas palabras y a vaciar los bolsillos!

—Eso sí que no.

—Mire que si no lo hace a buenas se los limpiaremos a malas.

—¿A ver cómo?

Hizo el que hablaba una seña al otro y avanzaron ambos, al mismo tiempo que, arredrado nuestro hombre, sacó su revólver y apuntó con él.

—¡A él! ¡Sujétale! —gritó uno de los hombres al otro.

—¡Al que se mueva le mato! —respondió con calma el enamorado del suicidio.

—¡Es comedia, no le tiene cargado!

Avanzó uno de los hombres, sonó el tiro y cayó aquél a tierra. El otro se detuvo un momento, y al ver que el revólver volvía a apuntarlo, echó a correr.

Nuestro hombre se bajó, y a la pobrísima luz de las estrellas y de una delgadísima hoz de luna examinó al caído. Parecía vivir todavía. “Ahora, ahora debe de estar llegando su momento *único*; dentro de poco sabrá a qué atenerse... Al demonio se le ocurre salir así, de noche, a robar en los caminos a un hombre que iba a suicidarse. ¿Pues qué se creían?... ¡Que me mate yo, pase; pero eso de que me mate otro, no! ¡Lo que es por ahí no paso!”

Y volvió a examinar al caído; estaba muerto.

“Ahora habrá que dar parte a la justicia y demás pasatiempos, porque esos pobres hombres, como no saben sino aburrirse, no hacen más que discurrir fruslerías... Y vaya usted a declarar y a sufrir interrogatorios y a firmar aquí y allí... ¡qué ganas de fastidiar al prójimo!”

Emprendió la vuelta a casa, y, ¡cosa singular! sentía que el follaje de la idea fija iba sacándosele, que el viento se llevaba las hojas, que empezó a pudrirse el tronco mismo, que se disolvían sus raíces.

Tampoco aquella noche pudo atrapar el sueño antes de que le atrapase éste, y al despertar por la

mañana se encontró con que la idea del suicidio había volado, y que no le quedaban ya malditas las ganas de saber cómo era la muerte. “Mi vida ha costado otra —se decía—; la he comprado ya; no es cosa de perderla. ¿Pues qué se creían, que me iba yo a dejar matar como un cordero? ¡Quiá, ni me dejo matar ni me mato ya! ¡A ver quién es el guapo que me suicida!...”

Parecíale ya que era su vida algo precioso, no don gratuito como hasta entonces; que se la había comprado al destino al precio de otra vida. Y cuando leía de algún suicidio decíase: “A este pobre diablo no intentaron matarle”. Llegó a comprender que un hombre se deje matar o se muera, pero que se mate...; eso de ninguna manera!

Volvió a repasar los muchos libros que referentes al suicidio tenía, repitiéndose: “Todos estos señores hablan de memoria, de lo que no saben, y o en un insoportable tono patético, o en un no menos insoportable tono doctoral... ¡Que si es lícito; que si no es lícito..., lilailas! ¡Qué saben ellos! ¡Lo han probado acaso? ¡Como si fuese una cuestión de derecho! ¡No, no es más que de hecho!”

Sus convecinos continuaron creyéndole loco, y él, que lo sabía, continuó encogiéndose de hombros ante tal creencia. ¿No vivía él lo mismo que ellos? Pues entonces, ¿qué significa eso de loco? En su opinión, no había más división racional de los hombres que en tres categorías: los que ya murieron; los que viven; los que aún no han nacido. Todo lo demás es monserga y ganas de perder el tiempo.

Por supuesto, aunque se curó de la idea fija del suicidio, no por eso se congració con sus prójimos ni buscó su compañía, porque, aunque excelentes sujetos, continuaban sin tener nada que decirle. ¿Los vivos? ¡Bah! ¡Si pudieran hablar los que ya han

muerto o los que no han nacido aún!... ¡Esos sí que tienen que decir!...

Murió nuestro hombre de más de ochenta años y sin poder atrapar a la muerte, porque le atrapó ella antes, sin darle tiempo a volverse ni aun para verle la cara. Una vez muerto, se registraron sus papeles todos, y buena parte de ellos vino a mi poder. Es de donde he sacado este relato. Y aseguro formalmente que era todo un filósofo nuestro fracasado suicida. Se pasó la vida riendo y llorando por dentro, y al mismo tiempo ambas cosas, anegada el alma en una fusión de alegría y tristeza, y sin llegar a comprender que llorasen o riesen por fuera y alternativamente las gentes, o que estuviesen ya alegres, vá tristes. Estoy seguro que si algún dramaturgo hallase modo de sacarle a tablas —dificilillo empuño— habría que declarar al punto al respetable público que era un hombre perfecta y absolutamente inverosímil, lo cual prueba, es sabido, la profunda realidad del personaje. Porque es cosa probada que cuanto menos real resulta un carácter para el concurso que a un teatro acude, tanto más honda es su verdad.

[*La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15-VII-1901.]

Volvían al pueblo desde la labor, silenciosos los dos, padre e hijo, como de costumbre, cuando de pronto dijo aquél a éste:

—Oye, Pedro.

—¿Qué quiere, padre?

—Tiempo hace que me anda una idea dando vueltas y más vueltas en la cabeza, y mucho será que no se te haya también a ti ocurrido alguna vez...

—Si no lo dice...

—¿En qué piensas?

—No; sino, ¿en qué piensa usted?

—Pues yo pienso... mira, pienso que estamos mal así...

—¿Cómo así?

—Vamos... así... solos... —y como el hijo no contestase, tras una pausa, prosiguió—: ¿no crees que estamos mal así?

—Puesto que usted lo dice...

—¿No crees que nos falta algo?

—Sí, padre; nos falta madre.

—Pues ya lo sabes.

Siguieron un gran trecho silenciosos, perdidas sus miradas en el largo camino polvoriento que tocaba el cielo allá lejos, donde bajo la franja de una nube cenicienta iba derritiéndose la última luz del sol ya muerto. De pronto dejó caer el padre en el silencio esta palabra: "Tomasa...", como principio de una

frase en suspenso, y cual un eco, respondió el hijo: "¿Tomasa...?" Y no volyieron a hablar de ello.

No conseguía acertar Pedro el por qué su padre se hubiera fijado en Tomasa de preferencia a todas las demás mozas del lugar, para elegirla por nuera. Porque era ella ceñuda y arisca, callandrona y reconcentrada como si guardase un secreto. Bailaba en los bailes de la plaza como de compromiso, y más de una vez pagó con un bofetón los requiebros que de raya pasaran. Pero era verdad; algo tenía Tomasa, algo que ninguno sabía explicarse, pero que hacía la deseasen muchos para mujer propia. Algo indecible decían aquellos ojos negros bajo el ceño fruncido; algo había de robusto en su porte. Era la seriedad hecha moza, y moza, a pesar de su adustez, fresca y garrida; ¡toda una mujer!

Empezó Pedro a revolver en su magín la idea de su padre, y tanto y tanto rumió aquello de: "¿por qué la querrá de nuera?", que acabó por pedir a Tomasa cortejo. Y ella, no sin sorpresa del mozo, se lo concedió.

Y empezaron las largas entrevistas; las conversaciones lánguidas y arrastradas mientras ella mordía una hoja de cualquier planta; el murmurar, a modo de arrullo, de todos los demás novios del lugar. Los decires de Tomasa apuntaban casi siempre a la futura vida doméstica, a lo que habrían de hacer una vez casados; eran observaciones henchidas de una sensatez abrumadora. Con frecuencia repetía: "¡ah, si yo fuese hombre!", sin que en ello parase mientes Pedro, que nunca pensó en si él fuese mujer. Lo único que el mozo se decía era: ella siempre está con "si yo fuese hombre" y mi padre siempre con "¡si yo fuese joven!"

Cuando Pedro anunció a su padre que le llevaría a Tomasa de nuera, exclamó el anciano:

—¡Gracias a Dios! Ya te lo decía... Es lo que nos

hace falta en casa... mujer... y una mujer así, de cuerpo entero, de temple, sana y laboriosa... —y tras un momento de pausa añadió: ¡Ah! ¡si yo fuese joven como tú...!

—Si, que es usted quien me la habría traído de madrastra, en vez de traérsela yo a usted de nuera... ¿no es eso?

—Te equivocas, hijo... pero... ¿quién sabe?

Entró Tomasa en el hogar del anciano y desde el primer día empezó a llamarle abuelo. Y el pobre Pedro no oía más que: “Si yo fuese hombre como tú...”, de un lado, y de otro: “¡Si yo fuese como tú, joven...”, él que era hombre y joven.

“No piensa más que en los hijos”, pensaba el abuelo, y era verdad, no pensaba Tomasa más que en los hijos que hubiera de tener. Ya que no hombre, sería madre de hombres, nodriza de hombres, criadora de ellos. Era una mujer hacendosa y dura, incansable en el trabajo, de pocas palabras.

Pedro no acertaba a darse de ello clara cuenta, pero el caso que aun el más torpe podía barruntar cierta sorda malquerencia entre la nuera y el suegro, nacida en ellos no bien convivieron cuatro días. Ella no hacía más que reprochar al viejo su creciente inutilidad, y él parecía molestarse de que trabajara tan duro ella.

—Para hacer así las cosas, mejor es que las deje, abuelo; es más lo que echa a perder que lo que abona —decía al anciano la joven con acrimonia.

—Ni un momento de reposo, hija, ni un momento... piensa bien cómo estás, en tu estado, y no sea que por querer hacerlo todo comprometas tu salud, y lo que es peor, la vida del que va a venir —le decía el viejo con amargura.

Una tarde encontró el padre al hijo junto al abre-vadero, cuando aquél se retiraba a casa y llevaba éste el ganado a beber, y sin preámbulo alguno:

—¡Ay, Pedro.....! —le dijo.

—¿Qué le pasa, padre?

—Que el abuelo es ya viejo y le empujan los que aún no han venido..., pero déjate, déjate, que el mundo da muchas vueltas y quiera Dios que no te afrente un día tu mujer con tus propios hijos...

—¿Por qué lo dice, padre?

—Me equivoqué, hijo, me equivoqué... Me gustaba por seria, por trabajadora..., pero son demasiada seriedad y demasiada laboriosidad las tuyas; no lo dudes. Parece como que se esconde en el trabajo... Y sueña demasiado en el hijo... demasiado... Mira, como duermo poco, me paso las noches dándoles a las cosas muchas vueltas en la cabeza...

—No hay como una mujer trabajadora, padre...

—¡Trabajar... trabajar... siempre trabajar! ¡Pobres viejos...! ¿Te acuerdas cuando bailaba en la plaza? Lo hacía como quien cumple una penitencia...

Llegó por fin el niño, el anhelado, y aquel día y el del bautizo fueron de negros augurios para el pobre viejo. Tomó al nieto en brazos, le miró fijamente y lloró al besarle. “¡Que no llegues a viejo!”, le dijo en silencio.

En pocos días se restableció la madre y mientras salía a la labor Pedro, estábanse ella dando el pecho al niño, y el abuelo contemplándolo desde un rincón. Pensaba el viejo: “Ahora le está diciendo callandito, muy callandito, casi sin hablar: tú serás lo que yo habría sido si hubiese nacido hombre... irás a la ciudad... serás más que todos nosotros.”

—¡Será todo un hombre! —acababa el viejo con voz alta su pensar.

Y Tomasa, al ver sorprendido su pensamiento, miraba al abuelo con los ojos extraños, diciéndole lo indecible con la mirada aquella que partía de bajo el ceño fruncido.

Y empezó a ser todo lo mejor para el niño; para

él la nata de la leche, y no para el viejo ya; para él el rinconcito mejor junto a la lumbre; todo cuidado para él.

—Deje al niño eso, abuelo, que usted lo ha gozado ya muchos años...

—Y él lo gozará, cuando yo me muera, otros tantos...

—Cuando usted muera, eso...

—El llegará a viejo... si vive...

—Si vive, ¡claro es!, también usted fué niño...

* * *

Cuando conocí al abuelo pedía limosna por los lugares y alquerías.

—¿No tiene usted hijos? —le pregunté.

—Sí, señor, los tengo —me respondió—; pero me han echado de casa... les estorbaba...

—¿Estorbarles?

—¡Sí, señor... Sí tengo un hijo: pero él también lo tiene... y llegará a viejo como yo... el mundo da muchas vueltas, señor... También yo fuí hijo... A nadie he de dar que hacer, nadie me reprochará el pan que coma... me moriré solito, en un rincón, solito, como los animales, como las criaturitas de Dios, sin comedias... me moriré... ¡cuando Dios quiera! ¡Han visto nacer a su hijo; sólo Dios sabe si tendrán el consuelo de que su hijo les vea morir...!

Y después de haber besado la moneda que de limosna le di y de un "Dios se lo pague, señor, y le dé salud para criar a los suyos", perdióse el anciano allá, en la polvorienta carretera, renqueando, su cabeza sobre el crepúsculo, aureolada por el polvillo de oro del sol poniente.

Pero un día no pudo ya, y esclavo del corazón, con lágrimas de tristeza y de despecho en los ojos,

pero con rescoldo de amor, llamó con el cayado a la puerta de su casa, de la casa en que naciera.

—¿Quién es? —preguntó desde adentro la voz seca y dura de la mujer.

—¿Hay un poco de sitio, hija, para un pobre viejo que quiere morir?

Siguióse un momento de silencio; la mano del abuelo temblaba sobre el cayado; no le corrían ya las lágrimas.

—Entre, padre —dijo con empañada voz Pedro.

—Dios te lo pague, hijo —exclamó el anciano al franquear la puerta, y fué a sentarse junto al fogón, sin mirar a los suyos, renqueando.

—El caso es que no debíamos recibirlo... —empezó Tomasa— ¿por qué se nos escapó? Y luego andan diciendo por el pueblo que si le echamos de casa..., que si le tratábamos de este modo o del otro... ¿Tan mal le tratábamos, diga?

—No, ni bien ni mal... Yo era como un perro viejo a quien por compasión no se le pega un tiro... se le echan los mendrugos, y se le despacha a que tome el sol y no estorbe... ¡para lo que va a vivir! Y cada mañana se dice: ¿todavía vive...? No; ni mal ni bien.

—Cállese, padre, cállese...

—Me callaré... en mi casa...

—¿Su casa? —replicó la nuera—; la casa es de quien la sostiene.

—¡Qué vida! —exclamó el viejo golpeando con su cayado el suelo mientras se le saltaban las lágrimas de nuevo.

—No haga ruido, abuelo, que está el niño enfermo...

—¿El niño? —exclamó el viejo al punto.

—¡Sí, el niño!

—¡Quiera Dios, hijo, que no te veas como tú me ves hoy!

—¡Fuerte le da al abuelo...!

—Vaya, hijos, voy a retirarme... ¿a dónde...?

—¡Allá! —le contestó la nuera, señalándole una puerta con el brazo extendido, rígido, cuya sombra proyectaba en el muro, agorera, la roja lumbre del hogar.

—Al cuarto en que nació... Pero antes quiero ver al niño..., darle un beso...

—¿Un beso? —exclamó, sin poder contenerse la madre.

—¡Un beso, sí! —agregó con firmeza el anciano mirando a los ojos a su nuera, que le sostuvo la mirada con la suya adusta, casi acosadora.

Entró el anciano en el cuarto del niño, entonces enfermo; besóle en la frente, que de fiebre ardía, y murmurando entre dientes: “aquí sobra uno”, fué a recogerse.

A la mañana siguiente salió la madre del cuarto como una loca, despavorida, gritando: “El, él nos ha matado al hijo..., sí, él, él con su beso... le ha hecho mal de ojo... él... tu padre...¡el abuelo!”

Cuando entraron en el cuarto del anciano halláronle también muerto, muerto en la cama misma en que había nacido.

[*Los Lunes de “El Imparcial”*, Madrid, octubre de 1902.]

—Discurrid con el corazón, hijos míos, que ve muy claro, aunque no muy lejos. Te llaman a atajar una riña de un pueblo, a evitarle un montón de sangre, y oyes en el camino las voces de angustia de un niño caído en un pozo: ¿le dejarás que se ahogue? ¿Le dirás: “no puedo pararme, pobre niño; me espera todo un pueblo al que he de salvar?” ¡No! Obedece al corazón: párate, apéate del caballo y salva al niño. ¡El pueblo... que espere! Tal vez sea el niño un futuro salvador o guía, no ya de un pueblo, sino de muchos.

Esto solía decir don Casiano, el maestro de Carrasqueda de Abajo, a unos cuantos mozalbetes que, en la escuela, mientras se lo decía, le miraban con ojos que parecían oírsele. ¿Le entendían acaso? He aquí una cosa de que, a fuer de buen maestro, jamás se cuidó don Casiano cuando ante ellos se vaciaba el corazón. “Tal vez no entiendan del todo la letra —pensaba—; pero lo que es la música...” Había, sin embargo, entre aquellos chicuelos uno para entenderlo: nuestro Quejana.

¡Toda un alma aquel pobre maestro de escuela de Carrasqueda de Abajo! Los que le hemos conocido en este último tercio del siglo XX, anciano, achacoso, resignado y humilde, a duras penas lograremos figurarnos aquel joven fogoso, henchido de ambiciones y de ensueños, que llegó hacia 1920 al entonces pobre lugarejo en que acaba de morir, a ese Ca-

rrasqueda de Abajo, célebre hoy por haber en él nacido nuestro don Ramón Quejana, a quienes muchos llaman el Rehacedor.

Cuando el año 20 llegó don Casiano a Carrasqueda, lo encontró muy chico, e incapaces de sacramentos a los carrasquedeños. ¡Buen pelo iba a echar raspándoles el de la dehesa! Lo primero enseñarles a que se lavaran: suciedad por dondequiera; suciedad e ignorancia. Había que mondarles el cuerpo y la mente; quitar, más que poner, tanto en ésta como en aquél.

Con los mayores no se podía, pues a todo paraban el golpe con un ¡eso no pinta aquí! “Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena”, era su refrán favorito. Que se cubrieran los estercoleros de abono; que no los dejaran en montoncitos sobre las tierras; que... ¡bah!, ¡bah!, ¡bah! ¡Quer- rer enseñarles labranza, a ellos, labradores desde siempre...! “Señor maestro, enseñe el Catecismo a los niños, y luego, si hay tiempo, a leer y escribir, y déjese de andróminas!”

Cada visita del concejo a la escuela costaba una sofoquina al pobre maestro. Quiso suprimir el discursito de rigor cuando se anunció la visita del inspector, pero el cura:

—Amigo don Casiano —le dijo—, no se nos venga con pedagogías y cosas de ayer por la mañana, que los tíos son tíos, aunque no lo quieran, y es menester que el hijo del alcalde eche su discursito, como es costumbre en casos parecidos, y mejor si es verso... y que no lo entiendan, sobre todo...

Tuvo el maestro una idea. Llamó a Ramonete, hijo del tío Quejana, el alcalde, para que conven- ciese a su padre de que no hacía al caso el dis- curso. “El chico tendrá mejor sentido que el padre, pues no le ha sobrado tanto tiempo de echarlo a perder”, pensó. Y, en efecto, se prendó del mocito:

¡vaya un chicuelo! Y en adelante le brindó lecciones, y por él hablaba a los demás. Cuando ni aun Ramonete le entendía, exclamaba malhumorado: “¿es como si hablara a la pared!”, pensando al punto: “Las paredes oyen... y entienden acaso...”

Dios no le dió hijos de su mujer; pero tenía a Ramonete, y en él al pueblo, a Carrasqueda todo. “Yo te haré hombre —le decía—; tú déjate querer.” Y el chico no sólo se dejaba, se hacía querer. Y fué el maestro traspasándole las ambiciones y altos anhelos, que, sin saber cómo, iban adormeciéndose en el corazón.

Era en el campo, entre los sembrados, bajo el infinito tornavoz del cielo, donde, rodeado de los chicuelos, Ramonete allí juntito, a su vera, le brotaban las parábolas del corazón. Aún recuerda Quejana —se lo hemos oído más de una vez— cuando les decía que Jesucristo fué un artesano lugareño a quien mataron en la ciudad, o cuando frente a un barbecho exclamaba: “¿Creéis que esta tierra no hace más que descansar? ¡Pues no! El aire manso y silencioso la está renovando, mientras que el ventarrón no hace sino meter ruido y derribar...”

Y cuando aquellos niños se hicieron hombres y padres, don Casiano les hacía leer los domingos, comentándoles lo que leían, y les mondó cuerpos y mentes, y les enseñó a cubrir el estiércol y a aprovecharlo, y, sobre todo, a conservar en el fondo del corazón una niñez perpetua.

Mas su preocupación era Ramonete; Ramonete, que se fué a la ciudad a estudiar carrera. Los veranos, en vacaciones, ¡qué paseos por campos sin fin, entre barbechos!

Todos conocemos la brillante carrera de don Ramón, aquellos sus primeros triunfos, su encumbramiento, su victoria final; todos sabemos sus desalientos también, sus dudas y sus desazones. Cuan-

do, después de la famosa ruptura de la Liga, en 1950, se retiró don Ramón a su pueblo despechado y descorazonado, fué su primer maestro quien le curó, enseñándole a querer a la patria y hablándole de su ensueño de una España celeste. Cuando después de su victoria definitiva fué a su pueblo a recoger el último suspiro de su madre, ¡qué abrazo el que se dieron él y don Casiano, en el ejido del lugar, ante los lugareños conmovidos!

Don Casiano se ha hecho célebre por el célebre estribillo de don Ramón, estribillo que apenas falta en ninguno de los discursos;; aquello que “Decía una vez mi maestro...” Al principio provocaba a risa el inciso; pero muy pronto empezó a provocar a mayor atención y recogimiento en los oyentes.

Don Ramón intentó cierta vez condecorarle, y cuentan que le contestó: “Mi condecoración eres tú, Ramonete.” Y no insistió éste.

—Si usted hubiera salido, don Casiano...

—¿Salir? ¿A dónde?

—Hoy tendría posición, nombre, gloria...

—¡ Posición!, ¡ nombre!, ¡ gloria! ¿ Y Carrasqueda de Abajo? ¿ Y tú, Ramonete, y tú? No, yo no soy de los que se guardan las perrillas para amasarse un caudalejo, agarrarse a la usura y legar a los hijos una rentita; lo que he ganado un día lo he dado al siguiente, en calderilla, como lo gané. La gloria es una usura. He derramado mi espíritu en Carrasqueda, en calderilla también, y esto vale más que recogerse un nombre de oro en el mundo, un nombre que me dé renta de elogios. Carrasqueda es mi mundo, y el mundo entero, esta pobre tierra donde querías que dejase un nombre, nada más que un Carrasqueda algo mayor. Levanta de noche tu vista a las estrellas, Ramonete; recuerda lo que te he enseñado, y te convencerás. ¿ Qué prefieres, que tu nombre trasponga el Pirineo y ande en bocas de

extraños, o que tu alma se derrame en silencio por España, entre los que piensan con la lengua en que piensas tú?

—Una y otra cosa, don Casiano...

—¿Es posible? No tomes a la patria de pedestal de tu fama ni de campo de tus hazañas, ni hagas como esos que la maldicen o desprecian porque no siendo oída en la junta de las naciones, no se les escucha a ellos. No digas: “¿Qué culpa tengo de haber nacido español?”, no vaya a creerse, al oírte-lo, que pareces grande tan sólo porque es ella chica. Ponte a sus pies, de escabel de su gloria y de su dicha, escondido entre los sillares de sus cimientos...

—Pero en un lugarejo...

—Sí, sé lo que vas a decirme: se embrutece, se envilece y se empobrece. Pero ¿no era mi deber trabajar por que se humanizaran, ennoblecieran y enriquecieran tus hermanos los carrasquedños?

—¿Por qué no escribe usted, don Casiano?

—¿Escribir yo? ¡Obra tú, Ramonete! Me he enterrado en vosotros, en mis discípulos.

Todos recordarán aquel viaje precipitado de don Ramón a su pueblo, cuando, dejando colgados graves asuntos políticos, fué a ver morir a su maestro, ochentón ya.

Hizo éste que le llevaran a morir a la escuela, junto al encerado, frente a aquella ventana que da a la alameda del río, apacentando sus ojos en la visión de las montañas de lontananza, que retenían las semillas de los ensueños todos que, contemplándolas, le habían florecido al maestro en el huerto del espíritu. En el encerado había hecho escribir estas palabras del cuarto Evangelio: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él sólo queda; mas si muriere, lleva mucho fruto.” Al acercársele la piadosa Muerte, le levantó a flor de alma las raíces de

los pensamientos como en el mar levanta, al acercársele la Luna las raíces de las aguas. Y su espíritu, cuando sólo le ataba al cuerpo un hilo, sobre el que blandía la Muerte, piadosa, su segur, henchido de inspiración postrera, habló así:

—Mira, Ramonete: se me ha dicho mil veces que mi voz ha sido de las que han clamado en el desierto... ¡sermón perdido! Yo mismo os repetía en la escuela, cuando tú no me entendías: “¡es como si hablase a la pared!” Pero, hijo mío, las paredes oyen; oye todo, y todo empieza, ahora que me muero, a hablarme a los oídos. Mira, Ramonete: nada muere, todo baja del río del tiempo al mar de la eternidad y allí queda... el universo es un vasto fonógrafo y una vasta placa en que queda todo sonido que murió y toda figura que pasó; sólo hace falta la conmoción que los vuelva un día... Las voces perdidas y muertas resucitarán un día y formarán coro, un coro inmenso que llene el infinito... Me voy de esta España, de la terrestre, de la que fluye, a la otra España, a la España celestial... Ya sabes que el cielo envuelve a la tierra... ¡Habla y enseña aunque no te oigan...! Soy una voz que se apaga en el desierto... ¡Adiós, hijo mío!

Y calló para siempre. Y Quejana besó aquella boca, sellada para siempre por el supremo silencio, y al besarla cayeron de los ojos vivos del discípulo dos lágrimas a los muertos ojos del maestro, fijos en la eternidad.

[*La Lectura*, Madrid, julio 1903.]

EL DERECHO DEL PRIMER OCUPANTE

CUENTO PARA NIÑOS

Cuando nacisteis, os encontrasteis con padres que os daban todo lo que os hacía falta: comida, vestido, casa y todas las demás cosas necesarias, y hasta las no necesarias, como juguetes y diversiones de pago. No habéis tenido que ganaros nada por vosotros mismos y con vuestro trabajo, y por esto no sabéis lo que es ganaros la vida. Os habéis encontrado con que unas cosas son de unos y otras cosas son de otros, y no sabéis por qué son las cosas de uno y no son de otro. Todo lo que tenéis os lo han dado hecho, o vuestros padres, o vuestros amigos, o se lo habéis trocado a estos amigos por otras cosas, y si algo habéis hecho vosotros con vuestras manos, es con materiales que os dieron. Y lo que compráis es con dinero que os han dado, y no con dinero que hayáis ganado.

Me figuro que al leer esto alguno de vosotros me saltará diciendo: "No, yo tengo una cosa que es mía y no me la ha dado nadie, sino que yo me la encontré en la calle, la cogí y como no era de nadie, ahora es mía." Claro está que lo que uno encuentra y no era de nadie, o lo tiró su dueño, es del que lo encuentra. De esas cosas se dice que no son de nadie, y del que las encuentra se dice que se hace dueño de ellas por el derecho del primer ocupante.

Cuando yo era niño, como vosotros, siempre que encontrábamos algún juguete u otra cosa que podía

habérsele perdido a algún chico, la cogíamos y cantábamos esto:

Una cosa me he encontrado
Cuatro veces lo diré,
Si su dueño no parece
Con ella me quedaré.

Y si no parecía el dueño, nos quedábamos con ella. Otros, ni siquiera cantaban eso ni hacían nada porque pareciese el dueño, sino que se callaban, algunos sabiendo a quién se le había perdido lo que ellos encontraron. Y esto, claro está, es un robo.

Pero es que hay muchos actos, amiguitos, que no parecen robos y sin embargo lo son, así como también hay muchas cosas que nos encontramos y decimos que no son de nadie y son de todos.

Las flores que hay en un jardín público, por ejemplo, son de todos porque el jardín se cuida y cultiva con dinero que sale de los bolsillos de todos los del pueblo y de todos los que por él pasan, y esas flores están para recreo de todos. Y si va uno y corta una y se la lleva, hace un robo. Y si oís decir que lo que es de todos no es de ninguno, ésa es una barbaridad muy grande que han inventado los ladrones para robar más a su gusto.

Os digo, pues, que hay muchas cosas que los que las cogen dicen que no son de nadie, y esto no es verdad, sino que son de todos. Y el derecho del primer ocupante suele ser algunas veces una cosa muy fea y que está muy mal hecha.

Figuraos que llega un chico a un paseo y se encuentra con un banco a la sombra de una acacia, y que en el banco caben tres chicos. Pero él va, y como está solo y le gusta la comodidad, en vez de sentarse se recuesta a todo lo largo en el banco y se estira bien. Entonces viene otro chico y le dice que le haga sitio y se siente bien, porque también él quiere sen-

tarse. Y entonces va el primero y le contesta: "No me da la gana: haber llegado antes; yo he venido primero y el banco es mío. Si quieres sentarte, allí tienes aquel otro." Y el otro le dice: "Pero aquél está al sol, y yo quiero sentarme a la sombra." Y el del banco le dice: "Entonces, siéntate en el suelo." Y el otro dice: "¡Clarito!, ¡habiendo banco, voy a sentarme en el suelo!... Anda, siéntate bien y hazme sitio." Y el del banco le contesta: "Ya te he dicho que no me da la gana; si quieres que te haga sitio, dame una de esas naranjas que llevas; si no, no me encojo." Esto lo hacía el chico del banco porque creía que le podría al otro si se pusieran a reñir. Y el otro pobre iba a marcharse cuando vió venir al guarda del jardín y le amenazó al del banco con decírselo, y entonces el del banco, que no era muy amigo del guarda, se levantó y se fué.

Pues bien: hay muchos así, que dicen que es suyo lo que ocupan por la fuerza, porque llegaron antes.

Una cosa es ocupar con el trabajo, como uno tiene una tierra y la labra, o un violín y lo toca, y otra cosa es ocupar algo con la fuerza.

Y aquí voy a contaros un sucedido. Y fué que una vez iban navegando diez familias, y naufragaron y fueron a dar a una isla desierta, muy rica y muy hermosa. Era una isla que producía toda clase de frutos, y que sin mucho trabajo podía alimentar lo menos a mil familias. Cuando vieron esto los náufragos, les pesó menos su desgracia, y hasta algunos se alegraron de ella. Con lo que pudieron sacar del barco, que encalló entre las peñas, se establecieron allí, empezaron a hacerse chozas y a cultivar el suelo. Lo cultivaban todos juntos y a ninguno se le ocurrió dividir la isla en diez pedazos, porque estaban mejor todos juntos, y les sobraba tierra. Si vais un día seis amigos a comer melones y os encontráis con cien melones, nos os repartiréis éstos, sino que comeréis todos de

uno o dos, de los que os parezcan mejores, dejando los demás para otro día, si antes no se pasan. Y así hicieron los náufragos: como no estaban más que ellos, cultivaban todos el suelo que podían entre todos y dejaban lo demás. Pero uno de ellos, que era más listo que los otros, les dijo un día: “Y si naufragan aquí otros, y cojen otra parte y se ponen a cultivarla, ¿qué haremos?” Y le contestaron: “Dejarles, porque aquí se pueden mantener lo menos mil familias.” Pero él les dijo: “¡No, dejarles no!, porque nosotros hemos llegado antes y la isla es nuestra por el derecho del primer ocupante. Lo mejor es que, haciendo en ella diez porciones, nos las repartamos entre las diez familias, aunque luego cultivemos todos juntos una parte de una sola porción, pues cada una de éstas basta para mantener a cien familias.” Así hicieron, y siguieron trabajando todos juntos un cachito de la isla, pero después de haberla dividido en diez partes, que se repartieron. Y ya veréis cómo el que les aconsejó esto era el más listo de todos ellos, o sea el más malo.

Pasado algún tiempo, una vez vino a naufragar en otra parte de la isla otro barco que traía cuatro familias, y éstas se pusieron a vivir en aquella parte de la isla donde habían ido a dar. Y en cuanto lo supieron los otros, los que estaban de antes, fueron allá y les dijeron: “Esta isla es nuestra y no vuestra, porque hemos llegado a ella antes que vosotros y nos la hemos repartido, y ese suelo que trabajáis no es vuestro sino de una de nuestras familias.” Y los otros pobres, al ver que eran más que ellos, les contestaron con buenos modos: “¡Pero si hay sitio para todos y podemos vivir muy bien las catorce familias, las diez vuestras y las cuatro nuestras, y hasta mil si las hubiera! Iremos con vosotros y trabajaremos todos juntos.” Y aquel que era más listo que los demás, el que les había aconsejado lo del reparto, les dijo: “No

puede ser, nosotros hemos llegado antes y por eso esta isla es nuestra y nos la hemos repartido; si queréis vivir aquí, trabajaréis para nosotros y os daremos casa, vestido y comida, y si no queréis esto, ahí está el mar de donde habéis venido, podéis volver a él. ¡ Haber llegado antes! ” Y como eran menos y los otros les podían, no tuvieron más remedio que aguantarse y ponerse las cuatro familias a trabajar para las otras diez. Y como en aquella isla con muy poco trabajo se sacaba mucho, esas cuatro familias de los que naufragaron más tarde trabajaban para las catorce, y después de vestirse y comer con lo que sacaban, vestían y daban de comer a los otros. Y éstos, los que habían llegado primero, no hacían nada más que obligar a los otros a que trabajasen y cuidarles para que no se les escaparan y tuvieran que andarles buscando por unos montes que había en la isla. Ya habréis comprendido que estas cuatro familias que llegaron después eran esclavas de las que habían llegado primero.

Porque esclavo es eso: uno a quien no le dejan ir a trabajar adondequiera, sino que tiene que trabajar por la fuerza en la tierra de su amo. Es algo parecido a una caballería a la que se le ata para que no se salga de un prado.

Que aquellos diez que llegaron primero quisieran para sí solos la parte que habían cultivado, se comprende, aunque ya os explicaré otro día que tampoco eso les convenía mucho; pero lo que no es más que una barbaridad es que no les dejasen trabajar a las otras pobres familias en ninguna otra parte de la isla, porque decían que era toda de ellos, como el chico aquel que se tendió en el banco del jardín decía que era suyo todo el banco. Y aquí, en la isla, no había, como en el jardín, ningún guarda que obligase a las diez primeras familias a que no abusaran de su fuerza y de ser más.

Y ahora, ¿qué os parece de lo que hicieron los que habían llegado antes a la isla con los que llegaron después? Y la isla, ¿qué os parece?; antes de que llegara ningún hombre a ella, ¿no era de nadie o era de todos los que llegaran, mientras pudiese mantenerlos?

Pero todo esto no es ni tan fácil de responder, ni tan claro como pueda pareceros, y es mejor que lo dejemos ahora para otro día. Ahora hablar de esto con vuestros padres y preguntadles qué piensan de ello, porque es muy fácil que a vuestros padres se les ocurran otras cosas que a vosotros. Yo también tengo hijos, como los tienen vuestros padres, y a mí hasta me gusta que piensen mis hijos de diferente manera que yo y que les parezcan mal muchas cosas que a mí me parecen bien, porque si pensarán siempre los hijos lo mismo que sus padres, estaríamos hoy como en tiempo de Adán y Eva.

Vosotros debéis pensar de dónde os vienen las cosas que vuestros padres os dan y de dónde las sacan ellos y cómo gana su dinero vuestro padre, pues por no acostumbrarnos a pensar en eso desde muy jóvenes, nos vienen luego muchos males. Y sobre todo debéis tener en cuenta que acaso algún día, por ricos que vuestros padres sean, tendréis que ganaros la vida trabajando. Y ahora os voy a decir, para acabar, una cosa que otro día os explicaré más despacio, y lo que voy a deciros es que es mejor que os vivan vuestros padres hasta que hayáis acabado de aprender vuestro oficio o carrera y os dejen en el mundo sin un cuarto, pero sabiendo trabajar y con conocimientos y carrera, a no que se mueran ahora, cuando sois pequeños, y os dejen mucho dinero.

De estas cosas hablaremos otro día. Hasta entonces se os despide

MIGUEL DE UNAMUNO.

Era extraordinario el cambio de carácter que sufrió mi amigo. El joven jovial, dicharachero y descuidado, habíase convertido en un hombre tristón, taciturno y escrupuloso. Sus momentos de abstracción eran frecuentes y durante ellos parecía como si su espíritu viajase por caminos de otro mundo. Uno de nuestros amigos, lector y descifrador asiduo de Browning, recordando la extraña composición en que éste nos habla de la vida de Lázaro después de resucitado, solía decir que el pobre Emilio había visitado la muerte. Y cuantas inquisiciones emprendimos para averiguar la causa de aquel misterioso cambio de carácter fueron inquisiciones infructuosas.

Pero tanto y tanto le apreté y con tal insistencia cada vez, que por fin un día, dejando transparentar el esfuerzo que cuesta una resolución costosa y muy combatida, me dijo de pronto: "Bueno, vas a saber lo que me ha pasado, pero te exijo, por lo que te sea más santo, que no se lo cuentes a nadie mientras yo no vuelva a morirme." Se lo prometí con toda solemnidad y me llevó a su cuarto de estudio, donde nos encerramos.

Desde antes de su cambio no había yo entrado en aquel su cuarto de estudio. No se había modificado en nada, pero ahora me pareció más en consonancia con su dueño. Pensé por un momento que era su estancia más habitual y favorita la que le había cambiado de modo tan sorprendente. Su antiguo

asiento, aquel ancho sillón frailer, de vaqueta, con sus grandes brazos, me pareció adquirir nuevo sentido. Estaba examinándolo cuando Emilio, luego de haber cerrado cuidadosamente la puerta, me dijo, señalándomelo:

—Ahí sucedió la cosa.

Le miré sin comprenderle.

Me hizo sentar frente a él, en una silla que estaba al otro lado de su mesita de trabajo, se arrellanó en su sillón y empezó a temblar. Yo no sabía qué hacer.

Dos o tres veces intentó empezar a hablar y otras tantas tuvo que dejarlo. Estuve a punto de rogarle que dejase su confesión, pero la curiosidad pudo en mí más que la piedad, y es sabido que la curiosidad es una de las cosas que más hacen al hombre cruel. Se quedó un momento con la cabeza entre las manos y la vista baja; se sacudió luego como quien adopta una súbita resolución, me miró fijamente y con unos ojos que no le conocía antes, y empezó:

—Bueno; tú no vas a creerme ni palabra de lo que te voy a contar, pero eso no importa. Contándotelo me libentaré de un grave peso, y me basta.

No recuerdo qué le contesté, y prosiguió:

—Hace cosa de año y medio, meses antes del misterio, caí enfermo de terror. La enfermedad no se me conocía en nada ni tenía manifestación externa alguna, pero me hacía sufrir horribilmente. Todo me infundía miedo, y parecía envolverme una atmósfera de espanto. Presentía peligros vagos. Sentía a todas horas la presencia invisible de la muerte, pero de la verdadera muerte, es decir, del anonadamiento. Despierto, ansiaba porque llegase la hora de acostarme a dormir, y una vez en la cama me sobrecojía la congoja de que el sueño se adueñara de mí para siempre. Era una vida insoportable, terriblemente insoportable. Y no me sentía ni siquiera con resolución para suicidarme, lo cual pensaba yo en-

tonces que sería un remedio. Llegué a temer por mi razón...

—¿Y cómo no consultaste con un especialista? —le dije por decirle algo.

—Tenía miedo, como lo tenía de todo. Y este miedo fué creciendo de tal modo, que llegué a pasarme los días enteros en este cuarto y en este sillón mismo en que ahora estoy sentado, con la puerta cerrada, y volviendo a cada momento la vista atrás. Estaba seguro de que aquello no podía prolongarse y de que se acercaba la catástrofe o lo que fuese. Y en efecto llegó.

Aquí se detuvo un momento y pareció vacilar.

—No te sorprenda el que vacile —prosiguió—, porque lo que vas a oír no me lo he dicho todavía ni a mí mismo. El miedo era ya una cosa que me oprimía por todas partes, que me ponía un dogal al cuello y amenazaba hacerme estallar el corazón y la cabeza. Llegó un día, el 7 de setiembre, en que me desperté en el paroxismo del terror; sentía acorchados cuerpo y espíritu. Me preparé a morir de miedo. Me encerré como todos los días aquí, me senté donde ahora estoy sentado, y empecé a invocar a la muerte. Y es natural, llegó—. Advirtiéndome la mirada, añadió tristemente:

—Sí, ya sé lo que piensas, pero no me importa.

Y prosiguió:

—A la hora de estar aquí sentado, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en un punto vago más allá de la superficie de esta mesa, sentí que se abría la puerta y que entraba cautelosamente un hombre. No quise levantar la mirada. Oía los golpes del corazón y apenas podía respirar. El hombre se detuvo y se quedó ahí, detrás de esa silla que ocupas, de pie, y sin duda mirándome. Cuando pasó un breve rato me decidí a levantar los ojos y mirarlo. Lo que entonces pasó por mí fué indecible; no hay

para expresarlo palabra alguna en el lenguaje de los hombres que no se mueren sino una sola vez. El que estaba ahí, de pie, delante mío, era yo mismo, por lo menos en imagen. Figúrate que estando delante de un espejo, la imagen que de ti se refleja en el cristal se desprende de éste, toma cuerpo y se te viene encima...

—Sí, una alucinación... —murmuré.

—De eso ya hablaremos —dijo, y siguió:

—Pero la imagen del espejo ocupa la postura que ocupas y sigue tus movimientos, mientras que aquel mi yo de fuera estaba de pie, y yo, el yo de dentro de mí, estaba sentado. Por fin el otro se sentó también, se sentó donde tú estás sentado ahora, puso los codos sobre la mesa como tú los tienes, se cogió la cabeza, como tú la tienes, y se quedó mirándome como me estás ahora mirando.

Temblé sin poder remediarlo al oír esto, y él, tristemente, me dijo:

—No, no tengas también tú miedo; soy pacífico. Y siguió:

—Así estuvimos un momento, mirándonos a los ojos el otro y yo, es decir, así estuve un rato mirándome a los ojos. El terror se había transformado en otra cosa muy extraña y que no soy capaz de definirte; era el colmo de la desesperación resignada. Al poco rato sentí que el suelo se me iba de debajo de los pies, que el sillón se me desvanecía, que el aire iba enrareciéndose, las cosas todas que tenía a la vista, incluso mi otro yo, se iban esfumando, y al oír al otro murmurar muy bajito y con los labios cerrados: ¡Emilio!, sentí la muerte. Y me morí.

Yo no sabía qué hacer al oírle esto. Me dieron tentaciones de huir, pero la curiosidad venció en mí al miedo. Y él continuó:

—Cuando al poco rato volví en mí, es decir, cuando al poco rato volví al otro, o sea, resucité, me en-

contré sentado ahí, donde tú te encuentras ahora sentado y donde el otro se había sentado antes, de codos en la mesa y cabeza entre las palmas contemplándome a mí mismo, que estaba donde ahora estoy. Mi conciencia, mi espíritu, había pasado del uno al otro, del cuerpo primitivo a su exacta reproducción. Y me vi, o vi mi anterior cuerpo, lívido y rígido, es decir, muerto. Había asistido a mi propia muerte. Y se me había limpiado el alma de aquel extraño terror. Me encontraba triste, muy triste, abismáticamente triste, pero sereno y sin temor a nada. Comprendí que tenía que hacer algo; no podía quedar así y aquí el cadáver de mi pasado. Con toda tranquilidad reflexioné lo que me convenía hacer. Me levanté de esa silla, y tomándome el pulso, quiero decir, tomando el pulso al otro, me convencí de que ya no vivía. Salí del cuarto dejándolo aquí encerrado, bajé a la huerta, y con un pretexto me puse a abrir una gran zanja. Ya sabes que siempre me ha gustado hacer ejercicio en la huerta. Despaché a los criados y esperé la noche. Y cuando la noche llegó cargué con mi cadáver a costas y lo enterré en la zanja. El pobre perro me miraba con ojos de terror, pero de terror humano; era, pues, su mirada una mirada humana. Le acaricié diciéndole: no comprendemos nada de lo que pasa, amigo, y en el fondo no es esto más misterioso que cualquier otra cosa...

—Me parece una reflexión demasiado filosófica para ser dirigida a un perro —le dije.

—¿Y por qué? —replicó—. ¿O es que crees que la filosofía humana es más profunda que la perruna?

—Lo que creo es que no te entendería.

—Ni tú tampoco, y eso que no eres perro.

—Hombre, sí, yo te entiendo.

—¡Claro, y me crees loco!...

Y como yo callara, añadió:

—Te agradezco ese silencio. Nada odio más que

la hipocresía. Y en cuanto a eso de las alucinaciones, he de decirte que todo cuanto percibimos no es otra cosa, y que no son sino alucinaciones nuestras impresiones todas. La diferencia es de orden práctico. Si vas por un desierto consumiéndote de sed y de pronto oyes el murmurar del agua de una fuente y ves el agua, todo esto no pasa de alucinación. Pero si arrimas a ella tu boca y bebes y la sed se te apaga, llamas a esta alucinación una impresión verdadera, de realidad. Lo cual quiere decir que el valor de nuestras percepciones se estima por su efecto práctico. Y por su efecto práctico, efecto que has podido observar por ti mismo, es por lo que estimo lo que aquí me sucedió y acabo de contarte. Porque tú ves bien que yo, siendo el mismo, soy, sin embargo, otro.

—Esto es evidente...

—Desde entonces las cosas siguen siendo para mí las mismas, pero las veo con otro sentimiento. Es como si hubiese cambiado el tono, el timbre de todo. Vosotros creéis que soy yo el que he cambiado y a mí me parece que lo que ha cambiado es todo lo demás.

—Como caso de psicología... —murmuré.

—¿De psicología? ¡Y de metafísica experimental!

—¿Experimental? —exclamé.

—Ya lo creo. Pero aún falta algo. Ven conmigo.

Salimos de su cuarto y me llevó a un rincón de la huerta. Empecé a temblar como un azogado, y él, que me observó, dijo:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡También tú! ¡Ten valor, racionalista!

Me percaté entonces de que llevaba un azadón consigo. Empezó a cavar con él mientras yo seguía clavado al suelo por un extraño sentimiento, mezcla de terror y de curiosidad. Al cabo de un rato se descubrió la cabeza y parte de los hombros de un ca-

dáver humano, hecho ya casi esqueleto. Me lo señaló con el dedo diciéndome:

—¡Mírame!

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Volvió a cubrir el hueco. Yo no me movía.

—¿Pero qué te pasa, hombre? —dijo sacudiéndome el brazo.

Creí despertar de una pesadilla. Lo miré con una mirada que debió de ser el colmo del espanto.

—Sí —me dijo—, ahora piensas en un crimen: es natural. ¿Pero has oído tú de alguien que haya desaparecido sin que se sepa su paradero? ¿Crees posible un crimen así sin que se descubra al cabo? ¿Me crees criminal?

—Yo no creo nada —le contesté.

—Ahora has dicho la verdad; tú no crees en nada y por no creer en nada no te puedes explicar cosa alguna, empezando por las más sencillas. Vosotros, los que os tenéis por cuerdos, no disponéis de más instrumentos que la lógica, y así vivís a oscuras...

—Bueno —le interrumpí—, ¿y todo esto qué significa?

—¡Ya salió aquello! Ya estás buscando la solución o la moraleja. ¡Pobres locos! Se os figura que el mundo es una charada o un jeroglífico cuya solución hay que hallar. No, hombre, no; esto no tiene solución alguna, esto no es ningún acertijo ni se trata aquí de simbolismo alguno. Esto sucedió tal cual te lo he contado, y si no me lo quieres creer, allá tú.

* * *

Después que Emilio me contó esto y hasta su muerte, volví a verle muy pocas veces, porque rehuía su presencia. Me daba miedo. Continuó con su carácter mudado, pero haciendo una vida regular y sin dar el menor motivo a que se le creyese loco. Lo úni-

co que hacía era burlarse de la lógica y de la realidad. Se murió tranquilamente, de pulmonía, y con gran valor. Entre sus papeles dejó un relato circunstanciado de cuanto me había contado y un tratado sobre la alucinación. Para nosotros fué siempre un misterio la existencia de aquel cadáver en el rincón de la huerta, existencia que se pudo comprobar.

En el tratado a que hago referencia sostenía, según me dijeron, que a muchas, muchísimas personas les ocurren durante la vida sucesos trascendentales, misteriosos, inexplicables, pero que no se atreven a revelar por miedo a que se les tenga por locos.

“La lógica —dice— es una institución social y la que se llama locura una cosa completamente privada. Si pudiéramos leer en las almas de los que nos rodean, veríamos que vivimos envueltos en un mundo de misterios tenebrosos, pero palpables.”

[*La Nación*, Buenos Aires, 1 I-1908.]

EN MANOS DE LA COCINERA

CUENTOS DEL AZAR

¡Gracias a Dios que iba, por fin, a concluirse aquella vacua existencia de soltero y a entrar en una nueva vida, o más bien a entrar en vida de veras! Porque el pobre Vicente no podía ya tolerar más tiempo su soledad. Desde que se le murió la madre vivía solo, solo con su criada. Esta, la criada, le cuidaba bien; era lista, discreta, solícita y, sin ser precisamente guapa, tenía unos ojillos que alegraban la cara, pero... No, no era aquello; así no se podía vivir.

Y la novia, Rosaura, era un encanto. Alta, recia, rubia, pisando como una diosa, con la frente cara a cara al cielo siempre. Tenía una boca que daba ganas de vivir el mirarla. Su hermosura toda era el esplendor de la salud.

Eso sí, una cosa encontró en ella Vicente, que, aunque ayudaba a encenderle el deseo, lo enfriaba por otra parte el amor, y era la reserva de Rosaura. Jamás logró de ella ciertas familiaridades, en el fondo inocentes, que se permiten los novios. Jamás consiguió que le diese un beso.

“Después, después que nos casemos, todos los que quieras”, le decía. Y Vicente para sí: “¡todos los que quieras!... ¿No es éste un modo de desdeñarlos? ¿No es como quien dice: para lo que me han de costar?...” Vicente presentía que sólo valen las caricias que cuestan.

¿Le quería Rosaura? ¿Es que de veras le quería? ¡Era tan terriblemente discreta! ¡Estaba tan sobre sí! Toda su preocupación parecía no ser otra que la de hacerse valer, la de hacerse respetar. Y a ello parece le movían más aún los consejos de su madre, de la futura suegra de Vicente, una matrona insoportable, con sus pretensiones aristocráticas. Delante de la buena señora no se podía hablar de las dos terceras partes de las cosas de que merece hablarse; delante de ella no se les podía llamar a las enfermedades por su nombre. Y era ella, sin duda; era aquella madre profesional la que decía a Rosaura: “Hija mía, hazte respetar.” Ella, por su parte, pareció no haber conocido sino el respeto de su marido, el padre de Rosaura, que se murió de aburrimiento.

¿Le quería Rosaura? Pero... ¡era tan hermosa! Con brillar tanto sus ojos, brillaban más aún sus labios, aquellos labios de color encendido y frescos que daban ganas de respirar más fuerte y más hondo a quien los miraba.

Estaba ya encima el día de la boda. Ignacia, la criada, le había dicho a Vicente:

—Señorito: aunque usted se case, yo seguiré en la casa...

—¡Pues no faltaba más, Ignacia!

—Pero ¿y si la señorita quiere traer otra?...

—No, no lo querrá.

—Qué sé yo...

Y lo pobre chica se quedó pensando que no habría de ser compatible con aquella señorita tan aseñoritada.

Todo estaba dispuesto para el día de la boda, cuando he aquí que la víspera se cae Vicente del caballo y se rompe una pierna. El médico dijo que no podría levantarse por lo menos en un mes.

En casa de la novia el accidente causó irritación.

¡Ahora que estaba dispuesto ya todo, hecho todo el gasto! —exclamaba la señora.

—La cosa es bien sencilla —dijo el padrino de Vicente—; va la novia a casa del novio y se casan allí...

—¿Cómo? —exclamó la señora—. ¿Estando él en cama?

—Naturalmente; no veo dificultad alguna en que se verifique una boda hallándose acostado uno de los contrayentes. Pueden muy bien darse las manos y los votos. Y como la muchacha ha de quedarse luego allí...

—Mi hija no va a casarse a casa del novio y menos hallándose él en cama y con la pierna rota...

Rosaura pensaba en tanto que acaso su novio se quedase cojo para siempre.

El pobre Vicente sufrió más aún que con la rotura de su pierna con la conducta de su prometida. Fué a visitarle, sí, pero como por compromiso. Esperaba que hubiese accedido a que se casaran desde luego, o que, por lo mismo, hubiese ido a servirle de enfermera. Y así se lo insinuó.

—¡De enfermera! —exclamó la señora madre—, ¡pero este hombre está loco! ¿Qué idea tendrá de mi hija? Ir una muchacha soltera a cuidar a un soltero, aunque sea su novio formal y en las condiciones de éste, que se ha roto una pierna. ¡Qué indelicadeza de sentimientos!... En fin, hay cosas que si no se maman...

No le quedó al pobre Vicente otro recurso y otro consuelo que la pobre Ignacia. La chica redoblaba de solicitud y de cariño. Haciale las curas —y se las hacía con una casta serenidad, como una sacerdotisa. Vicente procuraba no quejarse. Y de hecho, cuando la pobre criada le renovaba los vendajes o le arreglaba la postura de la pierna, no parecían

sus manos ni aun manos de mujer, sino alas de ángel por lo suaves.

—Qué largo va esto, Ignacia...

—Tenga paciencia, señorito, que dice el médico que ha de quedar como de nuevo, sin cojera alguna y la señorita Rosaura le espera...

—Me espera... me espera...

—Ayer la volví a encontrar y me estuvo preguntando con mucha solicitud por usted...

—Preguntando... preguntando...

La curación fué más rápida de lo que los médicos habían supuesto. Muy pronto pudo levantarse Vicente, apoyado en un fuerte bastón, y dar algunos pasos por la casa. Y mandó a decir que estaba dispuesto a acudir así a la iglesia, a casarse. La futura suegra le contestó que no había prisa, que era mejor esperar a que estuviese repuesto del todo.

Por fin, se fijó para un nuevo plazo la boda. Los médicos aseguraban que para entonces Vicente andaría solo, sin bastón y como antes del accidente. Pero el pobre hombre se sentía triste. Aparecíasele la boda como un sacrificio. Era hombre de palabra.

Tres días antes del nuevo señalado para el sacrificio se le presentó Ignacia, y toda confusa, rugorosa, como nunca la había visto, le dijo:

—Señorito, siento tener que decirle...

—¿Qué?

—Que yo me voy de la casa —y se echó a llorar.

—¿Cómo que te vas?

—Si; como el señorito va a casarse...

—¿Pero no quedamos en que te quedarías tú de criada nuestra?

—Quedamos, sí, en eso usted y yo; pero no ella, no la señorita...

—¿Qué? ¿Te ha dicho algo?

—No, no me ha dicho nada; pero sé de fijo que no podremos estar mucho tiempo juntas...

—¿Y por qué?

—Porque le he cuidado yo al señorito en su enfermedad, yo y no ella...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sí, tiene que ver. Yo sé lo que me digo. Ella, una señorita, y una señorita que se iba a casar con usted, de quien usted está enamorado, ella no podía... no debía venir a cuidarle, mientras que yo...

—Sí, tú eres la criada.

—Eso.

Bajó la cabeza, ensombreciéndosele, Vicente, y al poco rato la levantó, fijó sus claros ojos en los ojos claros de su criada, y lentamente le dijo:

—Tienes razón, Ignacia; comprendo tus razones, o mejor, tus sentimientos, y participo de tus temores. Mi novia, mi futura esposa y tú seréis incompatibles en esta casa. Aunque no fuese más te echaría su señora madre, la de la delicadeza de sentimientos. Y tienes razón; ella, la que se hizo respetar, no pudo, no debió venir a cuidarme; eso era menester tuyo, de la criada. Y tú lo has cumplido con una devoción que no sé si encontraré en ella cuando... sea mi mujer. Sois incompatibles, y como yo no quiero separarme de mi enfermera, renuncio a ella, a Rosaura, y me caso, pero... contigo... ¿Lo quieres?

La pobre chica se echó a llorar.

Y se casó Vicente; pero se casó con su enfermera, con la que nunca soñó hacerse respetar. Y no soñó en ello por respeto al amor, al grande y callado amor a su amo, a aquel amor sencillo y recogido, que hizo de sus manos de fregadora alas de ángel para manejar como con plumas la pierna rota de su amo.

Y la señora madre de Rosaura, la ex futura sue-

gra de Vicente, se quedó diciendo a su hija por vía de consuelo:

—No has perdido nada hija mía; siempre sospeché de la ordinariez de sentimientos y de gustos de ese sujeto...

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 23-IX-1912.]

REDONDO, EL CONTERTULIO

A mis compatriotas de tertulia.

Más de veinte años hacía que faltaba Redondo de su patria, es decir, de la tertulia en que transcurrieron las mejores horas, las únicas que de veras vivió, de su juventud larga. Porque para Redondo la patria no era ni la nación, ni la región, ni la provincia, ni aun la ciudad en que había nacido, criándose y vivido; la patria era para Redondo aquel par de mesitas de mármol blanco del café de la Unión, en la rinconera del fondo de la izquierda, según se entra, en torno a las cuales se había reunido día a día, durante más de veinte años, con sus amigos, para pasar en revista y crítica todo lo divino y lo humano y aun algo más.

Al llegar Redondo a los cuarenta y cuatro años encontróse con que su banquero le arruinó, y le fué forzoso ponerse a trabajar. Para lo cual tuvo que ir a América, al lado de un tío poseedor allí de una vasta hacienda. Y a la América se fué añorando su patria, la tertulia de la rinconera del café de la Unión, suspirando por poder un día volver a ella, casi llorando. Evitó el despedirse de sus contertulios, y una vez en América hasta rompió toda comunicación con ellos. Ya que no podía oírlos, verlos, convivir con ellos, tampoco quiso saber de su suerte. Rompió toda comunicación con su patria, recreándose en la idea de encontrarla de

nuevo un día, más o menos cambiada, pero la misma siempre. Y repasando en su memoria a sus compatriotas, es decir, a sus contertulios, se decía: ¿qué nuevo colmo habrá inventado Romualdo? ¿Qué fantasía nueva el Patriarca? ¿Qué poesía festiva habrá leído Ortiz el día del cumpleaños de Henestrosa? ¿Qué mentira, más gorda que todas las anteriores, habrá llevado Manolito? Y así lo demás.

Vivió en América pensando siempre en la tertulia ausente, suspirando por ella, alimentando su deseo con la voluntaria ignorancia de la suerte que corriera. Y pasaron años y más años, y su tío no le dejaba volver. Y suspiraba silenciosa e íntimamente. No logró hacerse allí una patria nueva, es decir, no encontró una nueva tertulia que le compensase de la otra. Y siguieron pasando años hasta que su tío murió, dejándole la mayor parte de su cuantiosa fortuna y lo que valía más que ella, libertad de volverse a su patria, pues en aquellos veinte años no le permitió un solo viaje. Encontróse, pues, Redondo libre, realizó su fortuna y henchido de ansias volvió a su tierra natal.

¡Con qué conmoción de las entrañas se dirigió por primera vez, al cabo de más de veinte años, a la rinconera del café de la Unión, a la izquierda del fondo, según se entra, donde estuvo su patria! Al entrar en el café el corazón le golpeaba el pecho, flaqueábanle las piernas. Los mozos o eran o se habían vuelto otros; ni los conoció ni le conocieron. El encargado del despacho era otro. Se acercó al grupo de la rinconera; ni Romualdo, el de los colmos, ni el Patriarca, ni Henestrosa, ni Ortiz el poeta festivo, ni el embustero de Manolito, ni don Moisés, ni... ¡ni uno sólo siquiera de los suyos! ¡todos otros, todos nuevos, todos más jóvenes que él, todos desconocidos! Su patria se había hundido

o se había trasladado a otro suelo. Y se sintió sólo, desoladamente solo, sin patria, sin hogar, sin consuelo de haber nacido. ¡Haber soñado y anhelado y suspirado más de veinte años, en el destierro para esto! Volvióse a casa, a un hogar frío de alquiler, sintiendo el peso de sus sesenta y ocho años, sintiéndose viejo. Por primera vez miró hacia adelante y sintió helársele el corazón al prever lo poco que le quedaba ya de vida. ¡Y de qué vida! Y fué para él la noche de aquel día noche insomne, una noche trágica, en que sintió silbar a sus oídos el viento del valle de Josafat.

Mas a los dos días, cabizbajo, alicaído de corazón, como sombra de amarilla hoja de otoño que arranca del árbol el cierzo, se acercó a la rinconera del café de la Unión y se sentó en la tercera de las mesitas de mármol, junto al suelo de la que fué su patria. Y prestó oído a lo que conversaban aquellos hombres nuevos, aquellos bárbaros invasores. Eran casi todos jóvenes; el que más tendría cincuenta y tantos años.

De pronto, uno de ellos exclamó: "Esto me recuerda uno de los colmos del gran don Romualdo." Al oírlo, Redondo, empujado por una fuerza íntima, se levantó, acercóse al grupo, y dijo:

—Dispensen, señores míos, la impertinencia de un desconocido, pero he oído a ustedes mentar el nombre de don Romualdo, el de los colmos, y deseo saber si se refieren a don Romualdo Zabala, que fué mi mayor amigo de la niñez.

—El mismo —le contestaron.

—¿Y qué se hizo de él?

—Murió hace ya cuatro años.

—¿Conocieron ustedes a Ortiz, el poeta festivo?

—Pues no habíamos de conocerle si era de esta tertulia.

—¿Y él?

—Murió también.

—¿Y el Patriarca?

—Se marchó y no ha vuelto a saberse de él cosa alguna.

—¿Y Henestrosa?

—Murió.

—¿Y don Moisés?

—No sale ya de casa; ¡está paralítico!

—¿Y Manolito el embustero?

—Murió también...

—Murió... murió... se marchó y no se sabe de él... está en casa paralítico... y yo vivo todavía... ¡Dios mío! ¡Dios mío! —y se sentó entre ellos llorando.

Hubo un trágico silencio, que rompió uno de los nuevos contertulios, de los invasores, preguntándole:

—Y usted, señor nuestro, ¿se puede saber...?

—Yo soy Redondo...

—¡Redondo! —exclamaron casi todos a coro—.

¿El que se fué a América arruinado por su banquero? ¿Redondo de quién no volvió a saberse nada? ¿Redondo, que llamaba a esta tertulia su patria? ¿Redondo, que era la alegría de los banquetes? ¿Redondo, el que cocinaba, el que tocaba la guitarra, el especialista en contar cuentos verdes?

El pobre Redondo levantó la cabeza, miró en derredor, se le resucitaron los ojos, empezó a vislumbrar que la patria renacía, y con lágrimas aún, pero con otras lágrimas, exclamó:

—¡Sí, el mismo, el mismo Redondo!

Le rodearon, le aclamaron, le nombraron padre de la patria y sintió entrar en su corazón desfallecido los ímpetus de aquellas sangres juveniles. El, el viejo, invadía a su vez a los invasores.

Y siguió asistiendo a la tertulia, y se persuadió de que era la misma, exactamente la misma, y que aún vivían en ella, con los recuerdos, los espíritus

de sus fundadores. Y Redondo fué la conciencia histórica de la patria. Cuando decía: "Esto me recuerda un colmo de nuestro gran Romualdo...", todos a una: "¡Venga! ¡Venga!" Otras veces: "Ortiz, con su habitual gracejo, decía una vez..." Otras veces: "Para mentira, aquella de Manolito." Y todo era celebradísimo.

Y aprendió a conocer a los nuevos contertulios y a quererlos. Y cuando él, Redondo, colocaba alguno de los cuentos verdes de su repertorio, sentíase reverdecer, y cocinó en el primer banquete, y tocó a sus sesenta y nueve años, la guitarra, y cantó. Y fué un canto a la patria eterna, eternamente renovada.

A uno de los nuevos contertulios, a Ramonete, que podría ser casi su nieto, cobró singular afecto Redondo. Y se sentaba junto a él, y le daba golpecitos en la rodilla y celebraba sus ocurrencias. Y solía decirle: "¡Tú, tú eres, Ramonete, el principal ornato de la patria!" Porque tuteaba a todos. Y como el bolsillo de Redondo estaba abierto para todos los compatriotas, los contertulios, a él acudió Ramonete en no pocas apreturas.

Ingresó en la tertulia un nuevo parroquiano, sobrino de uno de los habituales, un mozalbete decididor y algo indiscreto, pero bueno y noble; mas al viejo Redondo le desplazó aquel ingreso: la patria debía estar cerrada. Y le llamaba, cuando él no le oyera, el Intruso. Y no ocultaba su recelo al intruso, que en cambio veneraba, como a un patriarca, al viejo Redondo.

Un día faltó Ramonete, y Redondo, inquieto como ante una falta, preguntó por él. Dijéronle que estaba malo. A los dos días, que había muerto. Y Redondo le lloró; le lloró tanto como habría llorado a un nieto. Y llamando al Intruso, le hizo sentar a su lado y le dijo:

—Mira, Pepe, yo, cuando ingresaste en esta tertulia, en esta patria, te llamé el Intruso, pareciéndome tu entrada una intrusión, algo que alteraba la armonía. No comprendí que venías a sustituir al pobre Ramonete, que antes que uno muera y no después nace muchas veces el que ha de hacer sus veces; que no vienen unos a llenar el hueco de otros, sino que nacen unos para echar a los otros. Y que hace tiempo nació y vive el que haya de llenar mi puesto. Ven acá, siéntate a mi lado; nosotros dos somos el principio y el fin de la patria.

Todos aclamaron a Redondo.

Un día prepararon, como hacían tres o cuatro veces al año, una comida en común, un ágape, como le llamaban. Presidía Redondo, que había preparado uno de los platos en que era especialista. La fiesta fué singularmente animada, y durante ella se citaron colmos del gran Romualdo, se recitó una poesía festiva de Ortiz, se contaron embustes de Manolito, se dedicó un recuerdo a Ramonete. Cuando al cabo fueron a despertar a Redondo, que parecía haber caído presa de sueño —cosa que le ocurría a menudo—, encontráronle muerto. Murió en su patria, en fiesta patriótica.

Su fortuna se la legó a la tertulia, repartiéndola entre los contertulios todos, con la obligación de celebrar un cierto número de banquetes al año y rogando se dedicara un recuerdo a los gloriosos fundadores de la patria. En el testamento ológrafo, curiosísimo documento, acababa diciendo: “Y despedido a los que me han hecho viviera la vida, emplazándoles para la patria celestial, donde en un rincón del café de la Gloria, según se entra a mano izquierda, les espero.”

EL SECRETO DE UN SINO

APÓLOGO

Difícil es que haya nacido hombre más bueno que nació Noguera. Pero, desde muy joven, una al parecer misteriosa fatalidad empezó a envenenarle el corazón. De nada servía que él se mostrase confiado, abierto, cariñoso; todos le rechazaban, todos huían de su lado. Observó que, con uno u otro pretexto, evitaban todos su trato. Y como él no tenía conciencia de faltar en nada a los demás, empezó a cavilar en ello y a ver en la sociedad humana un poder pavoroso que, cuando da en perseguir a uno sin motivo, no reconoce piedad ni tregua. Enfermó Noguera de manía persecutoria y acabó en misántropo y pesimista.

Tan sólo una compañía y un consuelo fraternales halló en su soledad, ¡pero qué compañía y qué consuelo! Y fué que topó con un tal Perálvarez, escéptico y nihilista casi de profesión. Para Perálvarez nada valía nada; era inútil todo esfuerzo; lo mismo le daba hacer una cosa que dejar de hacerla; todo se convertía en comedia, farándula y farsa; los hombres eran, en sí, y para sí, irremediables y necesariamente egoístas y cómicos; la cuestión es aparentar que se es más bien que ser, y todo ello fatalmente y sin que pueda ser de otro modo. Y Noguera encontró un amargo consuelo en esta filosofía desoladora, que siendo la explicación de su

desgracia en sociedad, era a la vez el medio de justificarse, condenando a los otros.

“Pero, ¿por qué la sociedad me persigue a mí y no a otros, buscando y festejando y aplaudiendo a éstos, mientras a mí me rechaza y me condena?”, preguntaba Noguera. Y Perálvarez le respondía: “Precisamente, porque tú eres bueno, sencillo, sincero, sin doblez, una oveja en un mundo de lobos y de raposos. Y porque otros, aun siendo así rechazados, saben ocultarlo.”

Viajaba una vez el pobre Noguera con toda su misantropía, cuando acertó a encontrarse con un compañero de viaje que le pareció más humano, es decir, menos parecido a la totalidad de los hombres, que cuantos hasta entonces encontrara. Empezó a espontanearse con él y observó que le trataba más bien con compasión amante que con repugnancia. Poco a poco llegó hasta a confesarse con él, y el otro, entonces, tomando un tono de triste exhortación, le dijo:

—Todo eso le ha pasado a usted, señor mío, por no haberse encontrado con un alma sincera y franca que le hubiese dicho a tiempo la verdad, toda la verdad de por qué huyen de usted los hombres.

—Créame que no me remuerde la conciencia de haberles faltado en nada.

—A sabiendas, no, ¡claro está!

—Es que...

—No, faltarles no; pero uno puede llegar al triste estado de desesperación misantrópica en que usted está, sin culpa propia, mas no por eso por culpa de los demás.

—No, no; es que esta sociedad... —y le recitó las enseñanzas todas de Perálvarez.

—Todo eso son lecciones de algún...

—De mi único amigo, del único hombre que he encontrado que ame la verdad sobre todo y odie la

farándula y la farsa sociales. Pero, en fin, dígame, ¿qué es eso que hace que huyan todos de mí?

—Pues se lo diré. Lo que hace que huyan todos de usted y que le hayan hecho un alma de leproso, que es peor que un cuerpo de tal, es que huele usted, por la nariz, que apesta. Si a tiempo se lo hubiesen dicho, habríase puesto en cura y acaso curado. Y, de todos modos, no se le habría apestado de misantropía el corazón, haciéndole ver el mundo como no es.

—¡No, no puede ser eso; no puede ser!

—¿Por qué? ¿Porque no se huele usted a sí mismo? Esperaba esto. Nadie huele su propio aliento.

—¿Pero y Perálvarez, cómo no me lo ha dicho Perálvarez?

—Qué sé yo...

—Si eso fuese cierto, si yo me convenciera de que la sociedad no es lo que creo, entonces...

—Entonces estaba usted salvado.

—No; si no pudiera yo odiarla con motivo, entonces estoy perdido. Porque este odio es incurable.

Separáronse. Noguera pasó unos días tormentosos, en que sufrió en el tejido mismo de las entrañas espirituales y dudó hasta del hecho brutal de que existiese; la trama misma del pensamiento se le disolvía.

Así que encontró a Perálvarez, encerrose con él, y con ojos de sombra, como un ser que viene de la nada, le anunció una suprema confesión. En el rostro de Perálvarez se congeló una sonrisa y dijo:

—¡Habla!

Noguera le contó su encuentro y la explicación que del fatídico enigma de su vida le había dado el viajero. Y al concluir de oírle, tras un breve silencio, agregó Perálvarez:

—¡Bah!, esa es una explicación ridícula, por lo insignificante, para un caso como el tuyo. ¿Cómo vas

a creer que porque le huela a uno mal la nariz, o el aliento más bien, le acorrale así la sociedad? No, esa es una salida hipócrita.

—Pero habla claro, dime la verdad, mi único amigo, el único hombre sincero y leal que he encontrado, dime la verdad, ¿me huele o no el aliento?

—No sé decírtelo —le respondió Perálvarez—, porque ignoro qué es eso que los hombres llaman olfato y hasta sospecho sea una de tantas ficciones hipócritas como tienen por fuerza que inventar para defenderse. No distingo entre el olor del incienso y el del asa fétida; no sé si huelen. No tengo eso que llaman olfato, si ello es algo, ni maldita la falta que me hace tenerlo. ¡Para lo que sirve!...

Y así era verdad que no lo tenía, como que su filosofía no pasaba de ser la de un hombre sin olfato y producto de la falta de éste.

Sobre el alma de Noguera se desencadenó una tempestad de dudas y de desengaños, de recelos y de terrores. Ahora lo veía todo claro, y a la nueva luz se le aclaraban mil pequeños incidentes que antes le parecían enigmáticos. Y, sobre todo, aquello de que hubiese sido sobre él, precisamente sobre él, sobre quien la sociedad hizo pesar sus rigores. Y se le aclaró el origen de la filosofía peralvarezca.

A los pocos días el pobre Noguera, loco de desesperación, convencido de que su alma, y no su cuerpo, era ya incurable, se mataba pegándose un tiro por las narices arriba, sin haber antes averiguado por qué Perálvarez, que fué quien más le suicidó, carecía de olfato.

Leyendo en *Erewhon*, de Samuel Butler, lo que nos dice de aquel erewhoniano que escribió el "Libro de las máquinas", consiguiendo con él que se destruyesen casi todas de su país, hame venido a la memoria el relato del viaje que hizo un amigo mío a Mecnópolis, la ciudad de las máquinas. Cuando me lo contó temblaba todavía del recuerdo, y tal impresión le produjo, que se retiró luego durante años a un apartado lugarejo en el que hubiese el menor número posible de máquinas.

Voy a tratar de reproducir aquí el relato de mi amigo, y con sus mismas palabras, a poder ser.

Llegó un momento en que me vi perdido en medio del desierto; mis compañeros, o habían retrocedido, buscando salvarse, como si supiéramos hacia dónde estaba la salvación, o habían perecido de sed y de fatiga. Me encontré solo y casi agonizando de sed. Me puse a chupar la sangre negrísima que de los dedos me brotaba, pues los tenía en carne viva por haber estado escarbando con las manos desnudas el árido suelo, con la loca esperanza de alumbrar alguna agua en él. Cuando ya me disponía a acostarme en el suelo y cerrar los ojos al cielo, implacablemente azul, para morir cuanto antes y hasta procurarme la muerte conteniendo la respiración o enterrándome en aquella tierra terrible, levanté los desmayados ojos y me pareció ver alguna verdura a

lo lejos: "Será un ensueño de espejismo", pensé; pero fuí arrastrándome.

Fueron horas de agonía; mas cuando llegué encontréme, en efecto, en un oasis. Una fuente restauró mis fuerzas, y después de beber comí algunas sabrosas y suculentas frutas que los árboles brindaban libremente. Luego me quedé dormido.

No sé cuántas horas estaría durmiendo, y si fueron horas, o días, o meses, o años. Lo que sé es que me levanté otro, enteramente otro. Los últimos y horribos padecimientos habíanse borrado de la memoria o poco menos. "¡Pobrecillos!", me dije al recordar a mis compañeros de exploración muertos en la empresa. Me levanté, volví a comer fruta y beber agua, y me dispuse a reconocer el oasis. Y he aquí que a los pocos pasos me encuentro con una estación de ferrocarril, pero enteramente desierta. No se veía un alma en ella. Un tren, también desierto, sin maquinista ni fogonero, estaba humeando. Ocurrióseme subir, por curiosidad, a uno de sus vagones. Me senté en él; cerré, no sé por qué, la portezuela, y el tren se puso en marcha. Experimenté un loco terror y me entraron ganas de arrojarme por la ventanilla. Pero diciéndome: "Veamos en qué para esto", me contuve.

Era tal la velocidad del tren, que ni podía darme cuenta del paisaje circunstante. Tuve que cerrar las ventanillas. Era un vértigo horrible. Y cuando el tren al cabo se paró, encontréme en una magnífica estación muy superior a cuantas por acá conocemos. Me apeé y salí.

Renuncio a describirte la ciudad. No podemos ni soñar todo lo que de magnificencia, de suntuosidad, de comodidad y de higiene estaba allí acumulado. Por cierto que no me daba cuenta para qué todo aquel aparato de higiene, pues no se veía ser vivo alguno.

Ni hombres, ni animales. Ni un perro cruzaba la calle; ni una golondrina, el cielo.

Vi en un soberbio edificio un rótulo que decía: *Hotel*, escrito así, como lo escribimos nosotros, y allí me metí. Completamente desierto. Llegué al comedor. Había en él dispuesta una muy sólida comida. Una lista sobre la mesa, y cada manjar que en ella figuraba con su número, y luego un vasto tablero con botones numerados. No había sino tocar un botón y surgía del fondo de la mesa el plato que se deseara.

Después de haber comido salí a la calle. Cruzábanla tranvías y automóviles, todos vacíos. No había sino acercarse, hacerles una seña y paraban. Tomé un automóvil y me dejé llevar. Fuí a un magnífico parque geológico, en que se mostraban los distintos terrenos, todo con sus explicaciones en cartelitos. La explicación estaba en español, sólo que con ortografía fonética. Salí del parque: vi que pasaba un tranvía con este rótulo: "Al Museo de Pintura", y lo tomé. Había allí todos los cuadros más famosos y en sus verdaderos originales. Me convencí de que cuantos tenemos por acá, en nuestros museos, no son sino reproducciones muy hábilmente hechas. Al pie de cada cuadro una doctísima explicación de su valor histórico y estético, hecha con la más exquisita sobriedad. En media hora de visita allí aprendí sobre pintura más que en doce años de estudio por aquí. Por una explicación que leí en un cartel de la entrada vi que en Mecnópolis se consideraba al Museo de Pintura como parte del Museo Paleontológico. Era para estudiar los productos de la raza humana que había poblado aquella tierra antes que las máquinas la suplantaran. Parte de la cultura paleontológica de los mecnopolitas —¿quiénes?— eran también la sala de música y las más de las bibliotecas, de que estaba llena la ciudad.

¿A qué he de molestarte más? Visité la gran sala de conciertos, donde los instrumentos tocaban solos. Estuve en el Gran Teatro. Era un cine acompañado de fonógrafo, pero de tal modo, que la ilusión era completa. Pero me heló el alma el que era yo el único espectador. ¿Dónde estaban los mecanopolitas?

Cuando a la mañana siguiente me desperté en el cuarto de mi hotel, me encontré, en la mesilla de noche, *El Eco de Mecnópolis*, con noticias de todo el mundo recibidas en la estación de telegrafía sin hilos. Allá, al final, traía esta noticia: "Ayer tarde arribó a nuestra ciudad, no sabemos cómo, un pobre hombre de los que aún quedaban por ahí. Le auguramos malos días."

Mis días, en efecto, empezaron a hacérseme torturantes. Y es que empecé a poblar mi soledad de fantasmas. Es lo más terrible de la soledad, que se puebla al punto. Di en creer que todas aquellas máquinas, aquellos edificios, aquellas fábricas, aquellos artefactos, eran regidos por almas invisibles, intangibles y silenciosas. Di en creer que aquella gran ciudad estaba poblada de hombres como yo, pero que iban y venían sin que los viese ni los oyese ni tropezara con ellos. Me creía víctima de una terrible enfermedad, de una locura. El mundo invisible con que poblé la soledad humana de Mecnópolis se me convirtió en una martirizadora pesadilla. Empecé a dar voces, a increpar a las máquinas, a suplicarlas. Llegué hasta caer de rodillas delante de un automóvil implorando de él misericordia. Estuve a punto de arrojarme en una caldera de acero hirviente de una magnífica fundición de hierro.

Una mañana, al despertarme, aterrado, cogí el periódico, a ver lo que pasaba en el mundo de los hombres, y me encontré con esta noticia: "Como preveíamos, el pobre hombre que vino a dar, no

sabemos cómo, a esta incomparable ciudad de Mecanópolis, se está volviendo loco. Su espíritu, lleno de preocupaciones ancestrales y de supersticiones respecto al mundo invisible, no puede hacerse al espectáculo del progreso. Le compadecemos.”

No pude ya resistir esto de verme compadecido por aquellos misteriosos seres invisibles, ángeles o demonios —que es lo mismo—, que yo creía habitaban Mecanópolis. Pero de pronto me asaltó una idea terrible, y era la de que las máquinas aquellas tuviesen su alma, un alma mecánica, y que eran las máquinas mismas las que me compadecían. Esta idea me hizo temblar. Creí encontrarme ante la raza que ha de dominar la tierra deshumanizada.

Salí como loco y fuí a echarme delante del primer tranvía eléctrico que pasó. Cuando desperté del golpe me encontraba de nuevo en el oasis de donde partí. Eché a andar, llegé a la tienda de unos beduinos, y al encontrarme con uno de ellos, le abracé llorando. ¡Y qué bien nos entendimos aun sin entendernos! Me dieron de comer, me agasajaron, y a la noche salí con ellos, y tendidos en el suelo, mirando al cielo estrellado, oramos juntos. No había máquina alguna en derredor nuestro.

Y desde entonces he concebido un verdadero odio a eso que llamamos progreso, y hasta a la cultura, y ando buscando un rincón donde encuentre un semejante, un hombre como yo, que lllore y ría como yo río y lloro, y donde no haya una sola máquina y fluyan los días con la dulce mansedumbre cristalina de un arroyo perdido en el bosque virgen.

Al año de haber llegado Federico al pueblo de su nueva residencia escribía así a su amigo:

“Querido Antonio: Tú sabes que huí, aunque con pesar, de nuestra común ciudad natal, de nuestro adorado Bache, por no poder resistir, entre otras cosas, a la Mazorca. Me asqueaba e indignaba el espectáculo de aquel nefando contubernio y concubinato de todas las más ferozmente egoístas concupiscencias. Aquel apiñamiento de intereses y de grandes negocios bajo una razón o firma política me ponía fuera de mí. El espectáculo del servilismo y la cuquería ambientes me sacaba de quicio.

Pero aquí... Aquí, amigo, no hay ni cuquería. Esto ni hiede. Esto es peor que la corrupción; esto es el vacío. Allí era la Mazorca; aquí es el redondismo. ¿Y qué es esto?, me dirás. Vas a verlo.

Don Fabián Redondo dicen aquí que es un excelente sujeto, natural de esta villa, que salió de ella siendo muy mozo y se fué a la América, donde ha hecho una excelente fortuna. De vuelta de América se estableció en la Corte, según dicen, y allí añaderí que vive y recibe las cartas de sus electores y les atiende cuando lo hace. Porque don Fabián es desde hace varias legislaturas el diputado indiscutible e indiscutido por esta villa y su distrito, adonde nunca viene. Yo que llevo aquí cosa de un año no le he visto, y otros que llevan cerca de veinte tampoco le han visto aquí. Los que van a Madrid dicen que le

han visto y le conocen. Pero somos no pocos los que dudamos de que tal don Fabián Redondo exista. Yo, por mi parte, estoy perfectamente convencido de que no existe, de que el don Fabián no es más que un ente de ficción. No existe más que para justificar un puesto en el Parlamento, para simular un voto allí y para que aquí haya redondismo. Porque aunque Redondo no existe, existe el redondismo. Verás.

El redondismo, al que pertenecen aquí casi todos, pues son redondistas desde los radicales hasta los ultramontanos, el redondismo es... el redondismo. Algo así como el nihilismo, pero sin dinamita. El redondismo es la política de la no existencia. Su principal principio teórico es ahorcar, si se puede, al seis doble después de tomar el café en el Casino. Imposible parangonar al redondismo con la Mazorca. Porque hay que ser justo; en el redondismo no hay negocios sucios, ni grandes matutes, ni defensa de monstruosos privilegios; en el redondismo todo es puro, purísimo, la pureza misma. Como que el redondismo es... pura tontería.

El redondismo es la natural alianza de la mediocridad con la inercia. Su dogma es no hacer nada y que nos dejen sestear; es no pensar. No exige sacrificio alguno mental de los que en él ingresan. Su única manifestación pública es de vez en cuando algún banquete en que se lee algún telegrama del misterioso y supuesto don Fabián y se brinda a la salud de este glorioso hijo de esta heroica villa, que tantos días de gloria le ha dado y tantos más le dará. Y aquí hay un diario que todos los meses, invariablemente, hace constar que gracias a las gestiones de don Fabián han cobrado puntualmente los funcionarios públicos de esta región. Esto es, claro está, para mantener viva la creencia en el mito y el culto a él.

Hace unos cuatro años, según he oído, algunos descontentos del redondismo levantaron bandera frente a él, proclamando caudillo y epónimo a un don Rufo Cuadrado, a quien tampoco nadie conoce y de quien se ha sabido luego, por confesión de los mismos cuadradistas, que fué una pura invención. Como cuando al fin tengan que inventar que ha muerto don Fabián se sabrá que éste nunca ha existido. Pero el caso fué que cuadradistas y redondistas se entendieron, mediante no sé qué arreglos y algún banquete, y volvieron a unirse bajo la ya tan acreditada denominación de redondistas. Y ocurrió entonces una cosa altamente significativa.

Fué ello que al tratar del arreglo lo que más resistían los cuadradistas es aceptar el viejo mote de redondistas. Cuando no existen cosas ni ideas, los hombres, es decir, los entes de ficción que se creen y se llaman a sí mismos hombres sin serlo, se aferran a los nombres como a sustancias. A alguien, para dirimir las diferencias, se le ocurrió, teniendo en cuenta que todos admitían el mito del gran don Fabián Redondo, que el remozado partido se llamase fabianista. Pero un agudísimo guasón que anda por aquí, casi el único hombre de realidad y sustancia que aquí conozco, y que vive merced a su humorismo, les hizo notar que hay en Inglaterra una sociedad política con tendencias socialistas moderadas y de evolución que se llama fabiana, y que no fuera les confundiesen con ella. Y al enterarse de que ese nuevo mote de fabianismo podía conducir a error y confundirles con algo que en el orden de las ideas algo significa, renunciaron a él. Porque lo esencial es eso: no significar nada ni real ni ideal, ni comprometerse a nada. Y después de haber respirado fuerte al salir del peligro de caer bajo una denominación que pudiese inducir al error de atribuirles algún contenido doctrinal, se fué cada uno de ellos a

ver si ahorcaba el seis doble o le daba codillo al otro.

Y así, con su redondismo, hacen elecciones votando a don Fabián y haciendo creer que éste existe. Se dice que el cadáver del Cid ganó una batalla, pero era un cadáver, es decir, algo que había vivido y que por haber vivido murió, y era del Cid; pero lo que no había yo visto ni esperado ver es que ganase batallas algo que no es el cadáver, ni el feto, no ya del Cid, pero siquiera del señor Redondo, algo que no es nada más que un nombre, porque no ha existido. Pues te repito que don Fabián no existe. Y el más genuino representante suyo aquí, el que pasa por su lugarteniente y cabeza visible, el jefe local del redondismo, un día que le cogí desprevenido, esto es, con seis o siete copas más de aguardiente que las que acostumbra llevar dentro —y no son pocas—, me confesó que, en efecto, nunca había visto a don Fabián.

Ahora dime, ¿qué es mejor, la Mazorca o el redondismo?

¿Y cómo —me preguntarás—, siendo así, puedes vivir ahí y resistir eso? En parte porque todo esto me divierte, pero además porque la memez redondista tiene otra cara que hasta cierto punto la ablanda y la redime. En el fondo, estos redondistas no tienen buenas pasiones, y eso les hace ser, aunque traten de reprimirlo y contenerlo, rústicos y mal educados. Y ya sabes aquella mi vieja debilidad que tantas veces me has recriminado: me gusta la mala educación.

No te habrás olvidado de aquel nuestro amigo Fidel que fué cónsul en un pueblo del Extremo Oriente. Sus aficiones de artista y hombre observador y curioso le llevaron una vez a un fumadero de opio, se aficionó al espectáculo y sin llegar a dar nunca una chupada se habituó a frecuentar el fumadero. Aquella atmósfera acre y pesada llegó a serle familiar y

no resistía la del aire puro y libre. Conozco otro que no puede probar las guindillas, pero le gusta olerlas cuando las comen los demás. Y sé que hay la voluptuosidad del pringue y quien por nada del mundo quiere desprenderse de un traje viejo grisiento con el que se ha encariñado. Pues a mí, aunque vuelvas a reprenderme por ello, me gusta lo acre en costumbres. Perdónamelo, pero la buena educación, y sobre todo la cortesía, me sabe a memez; por mucha que sea la inteligencia que al hombre cortés se le suponga. Cortés equivale a cortesano, hombre de Corte, y los hombres de Corte —que suelen serlo de corte con minúscula— me aburren. Me aburren como a aquel borracho le apeataba el agua clara.

Sí, sí, ya lo sé, no me digas nada. Sé de sobra cuanto me puedes decir. No te canses, pues, en decírmelo. Como tú mismo me has dicho cien veces, yo no he nacido para político, sino para teólogo. Y un robusto argumento teológico, contundente, de los de *anathema sit*, nada pierde, antes bien gana con venir envuelto en regüeldo de refectorio. Me gusta ver discutir a coces un cierre al dominó. La muerte más horrible para mí sería morirme de una indigestión de caramelos del Congreso o ahogado en agua de azahar.

Hete, pues, que si el redondismo no me apesta como según lo que de él te digo debía apestar-me, es por su rusticidad. Por una parte, me divierte lo de que don Fabián sea la categoría metafísica de la inexistencia y por otra parte, ya sabes que yo tengo más de teólogo, esto es, de artista trágico, que no de político, o sea de artista cómico. En el orden estético un auto de fe o una excomunión mayor me parecen muy superiores a una crisis ministerial o unas elecciones generales. Y si en la acritud no demasiado encubierta por la simplicidad del redondismo veo pro-

mesas de una cierta resurrección teológica o anti-teológica, me es igual.

Treitschke dice al principio de sus prelecciones de *Política* que la nobleza de una nación se conoce en que el arte precedió en ella al *confort*. Ahora bien, la cortesía es *confort*, y no arte, en las maneras y los modales. Hay más arte, mucho más arte y más intenso, en una refriega aristofanesca de dos raba-leras despeluzadas que no en un cambio de finas obsequiosidades entre dos corteses caballeros. La contención me carga y me apesta.

Espero que un día la rusticidad latente dentro de la actual memez del redondismo se dé cuenta de sí misma, se haga conciente y, por lo tanto, cínica. Aquel día el redondismo, gracias al cinismo, se habrá salvado y, adquiriendo contenido doctrinal, podrá pasarse sin el mito de don Fabián, por haberlo superado.”

* * *

Ahora nos falta saber lo que Antonio contestó a esta carta, bien extraña, de su amigo Federico.

[*El Heraldo de Cuba*, La Habana, 11-VII-1914.]

Fuí a ver a don Catalino. Recordarán ustedes que don Catalino es todo un sabio; esto es, un tonto. Tan sabio que no ha sabido nunca divertirse y no más que por incapacidad de ello. Lo que no quiere decir que don Catalino no se ría; don Catalino se ríe y a mandíbula batiente, pero hay que ver de qué cosas se ríe don Catalino. ¡La risa de don Catalino es digna de un héroe de una novela de Julio Verne! Y no diría yo que don Catalino no le encuentre divertido y hasta jocoso, amén de instructivo, ¡por supuesto!, a tal Julio Verne, delicia de cuando teníamos trece años. Don Catalino es, como ven ustedes, un niño grande, pero sabio, esto es, tonto.

Don Catalino cree, naturalmente, en la superioridad de la filosofía sobre la poesía, sin habérsele ocurrido la duda —don Catalino no duda sino profesionalmente, por método— de si la filosofía no será más que poesía echada a perder, y cree en la superioridad de la ciencia sobre el arte. De las artes prefiere la música, pero es porque dice que es una rama de la acústica, y que la armonía, el contrapunto y la orquestación tienen una base matemática. Inútil decir que don Catalino estima que el juego del ajedrez es el más noble de los juegos, porque

¹ Este cuento, publicado en *La Esfera*, de Madrid, fué incluido en un volumen que bajo el título de *Humorismo internacional*, Barcelona, 1931, publicó la "Colección ideal", en el que hay relatos de más de una treintena de autores españoles y extranjeros

desarrolla altas funciones intelectuales. También le gusta el billar, por los problemas de mecánica que en él se ofrecen.

Un amigo mío y suyo, dice que don Catalino es anestético y anestésico. Pero anestésicos son casi todos los sabios. Al cuarto de hora de estar uno hablando con ellos se queda como acorchado y en disposición de que le arranquen, sin dolor alguno, el corazón.

Don Catalino cree en la organización, en la disciplina y en la técnica, y es feliz. Tan feliz como un perro de aguas que le acompaña en sus excursiones científicas. Al cual perro de aguas le ha enseñado, para divertirse, a andar en dos patas y a saltar por un aro. Por donde se ve que no estuve del todo justo al decir que don Catalino no sabe divertirse. Aunque hay quien dice que no es por diversión sino por experimentación por lo que don Catalino, perfecto mamífero vertical —que es la mejor definición del *homo sapiens* de Linneo—, ha enseñado a su perro a verticalizarse, es decir, a humanizarse.

Además, don Catalino le ha enseñado a un loro que tiene a decir: “dos más tres, cinco”, y si no le ha enseñado $(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, o el principio de Arquímedes —“todo cuerpo sumergido en un líquido”, etc.—, es porque esto resultaba demasiado largo para un loro. Y don Catalino se empeña en que es mejor para el loro el que aprenda eso de “dos más tres, cinco”, que no “lorito real, para España y para Portugal”, u otra vaciedad por el estilo. Vaciedad, así la llamaba él. Y no pude convencerle de que en boca del loro tal vaciedad es el “dos más tres, cinco”, o un axioma cualquiera.

—No —me decía don Catalino—, ya que los loros hablan, que enuncien verdades científicas.

—Pero, venga usted acá, don Catalino de mis pe-

cados —le dije—; dejando a un lado eso de verdades científicas, como si no bastase que fueran verdades a secas, ¿usted cree que un axioma o el principio más comprobado es, en boca del loro, verdad? Ni es verdad, ni es nada más que una frase.

—La verdad es algo objetivo, independiente de la intención y el estado de conciencia de quien la enuncia.

Y don Catalino se disponía a desarrollar este luminoso apotegma y a demostrármelo por *a* más *b*, cuando me puse en salvo. Porque don Catalino, sabio anestético y anestésico, es más objetivo todavía que las verdades científicas que enuncia. Y no hay nada que me desespere más que un hombre objetivo.

Inútil decir que a don Catalino se le conoce mucho más y mejor en Alemania que en esta su ingrata patria. Como que yo creo que aquí se empezará a conocerle cuando se traduzca su gran obra de la última traducción alemana. Don Catalino está en correspondencia con los grandes espadas extranjeros de la especialidad que cultiva, con los don Catalinos de Europa. De Europa como unidad intelectual, por supuesto.

Don Catalino se lamenta de nuestra ligereza, de nuestro exceso de imaginación. Esto del exceso de imaginación, que es una manía de don Catalino, es una manera de decir, porque nuestro sabio, hablando de imaginación, es como un buey mugiendo amor. Un día le encontré apenadísimo y casi indignado. Yendo de viaje, en un momento de distracción tentadora, se le ocurrió leer una crónica de Julio Camba, y luego me decía: “¡esto no es serio..., esto no es serio!”

—¿Y qué es lo serio, don Catalino? —le pregunté.

—Bueno, dejémonos de paradojas —me contestó—. Esto que yo le digo a usted, amigo don Miguel, es que, a título de humorismo y por hacer reír a las

gentes, se produce un lamentable espíritu de irreverencia hacia la Ciencia...

No se descubrió al pronunciar la palabra Ciencia —y la pronunció así, con letra mayúscula—, pero es porque estaba ya descubierto. Yo volví a ponerme en salvo, de miedo de que intentara demostrarme que es pernicioso para un pueblo el espíritu de irreverencia para con la Ciencia y sus abnegados cultivadores.

Como se ve, cada vez que me pongo a tiro de don Catalino acabo por escaparme, buscando ponerme en salvo. Y es que temo que acabe por vencerme de algo que sería para mí lo más terrible que pudiera sucederme.

Fuí, pues, como dije, a ver a don Catalino. Quería conocer su opinión respecto a esta guerra. Es decir, respecto a la guerra precisamente, no, sino respecto a los zeppelines, a los submarinos, a los morteros del 42 y a los gases asfixiantes. Esperaba oírle cosas regocijantes y peregrinas sobre esos grandes inventos de la ciencia aplicada. Pero apenas me tuvo don Catalino a tiro me espetó a boca de jarro este epifonema:

—Hombre, me alegra verle a usted para decirle que cada vez le comprendo a usted menos.

—¡ Tanto honor!... —exclamé.

—¿ Cómo honor?

—Honor, sí. El no ser comprendido por un sabio, y por un sabio como usted, don Catalino, es uno de los más grandes honores.

—Pues no lo comprendo...

—Yo sí comprendo que usted no lo comprenda. Porque ustedes los sabios estudian las cosas, pero no los hombres...

—Hombre, hombre, amigo don Miguel... Hay antropólogos, es decir, sabios que se dedican a estudiar al hombre.,,

—Sí, pero como cosa, no como hombre.

—Y psicólogos...

—Sí, que estudian también el alma objetivamente, como una cosa.

—¡ Ah! —exclamó—, ¡ usted es partidario, sin duda, de la introspección! Pues verá usted...

—No, no veré nada —le dije, aterrado—, me acuerdo de repente que tengo una cita. Volveré otro día...

Y me escapé una vez más. Fuíme a casa a leer un poeta cualquiera, el menos científico, forzosamente convencido de aquella verdad de que si el poeta es loco, el sabio, en cambio, es tonto de capirote. Y entre oír los graciosos embustes de un loco o las ramplonas verdades científicas de un tonto, no cabe duda alguna. Me divierten más las aventuras de Belerofonte o la leyenda de Edipo, que no el binomio de Newton. Y en cuanto a utilidad, como al fin y al cabo se ha de morir uno... La cuestión es pasar la vida divertido. Y aunque me divierto con don Catalino, puedo asegurarles a ustedes que don Catalino no me divierte. No pasa de ser para mí una rana estética; quiero decir, un sujeto para bromas de mal género, como con esta semblanza pretendo darle. ¡ Porque cuando la lea!...

[*La Esfera*, Madrid, 24-VII-1915.]

¿Qué drama íntimo de amor había vivido Antonio en su mocedad? No aludía a ello nunca aquel cincuentón casamentero que, mientras aconsejaba a los muchachos y muchachas que se casaran, repetía que él, por su parte, no había sido hecho por Dios para casado. “Nací demasiado tarde”, era su explicación a su estado. Sólo un par de veces le oyeron decir para mayor esclarecimiento: “Si hubiese nacido diez años antes...” “Tendría usted ahora sesenta”, le replicó uno, y él: “Ah, sí, pero... los tendría!”

En cambio, teorizando se clareaba más, como sucede. “La materia trágica, la tragedia real, dolida, sale de las entrañas del tiempo —decía—, es el tiempo mismo. ¡El tiempo es lo trágico! Pero lo eternizamos por el arte, destruimos el tiempo y tenemos la tragedia contemplada y gozada. Si cupiera repetir aquel dolor, aquel mismo y no otro, aquel dolor de aquel minuto y repetirlo a voluntad, haríase el más puro placer. El tiempo que pasa y no vuelve es la tragedia. ¡Toda la tragedia dolida es llegar antes o después del momento del sino!”

—Las grandes tragedias de amor —decía otra vez— ocurren cuando coincidiendo el lugar y el tiempo alguna otra piedra de escándalo se interpone entre los amantes. Dios hizo nacer a Romeo y Julieta, a Diego e Isabel, a Pablo y Francisca, uno para otra, siendo así que de ordinario aquéllos que se completan mueren sin haberse conocido o por tiempo o por

espacio, pero los hombres interpusieron entre ellos sus diabólicas invenciones.

—¿Y cuando los dos que se completan —le dijeron— nacen a tiempo y en lugar de coincidir y se conocen y se aman y se unen sin obstáculos?

—Eso es lo más terrible —contestó—, por ser lo menos trágico. Llevan la vida más oscura y en el fondo la más abyecta. Enfangados en dicha animal, en un hábito temporal, sin eternidad y, por lo tanto, sin pureza alguna, crían, como criarían las bestias, una prole. Y conocen el más terrible desengaño. ¡Desengañense ustedes, lo trágico es el tiempo!

Antonio solía irse solo, de tiempo en tiempo, a una iglesiuca perdida en los arrabales a pasarse largos ratos delante del altar de una Piedad, bebiendo con los ojos las lágrimas de aquella cara macilenta y lustrosa. Iluminábala una lámpara, una lámpara temblorosa de aceite y las sombras proyectadas desde abajo le daban una expresión de más misteriosa angustia. Era como cuando el dulce resplandor de un hogar que arde en el suelo alumbra la cara de la mujer que prepara el alimento para su hombre.

Antonio cultivaba el trato de los jóvenes a quienes impulsaba al trabajo y al matrimonio, jactándose de haber preparado más de uno de éstos. Interesábase por las parejas de enamorados conocidos y cuando sabía que al fin se cumplieron los deseos de ellos sentía una honda sensación, una sensación trágica, diciéndose: “¡Al fin!” Y aquella noche le acometía una ligera fiebre en su fría cama de solterón.

Por el tiempo de ir a cumplir sus cincuenta años toda su pasión de solitario se concentraba en Pidita, su ahijada, hija de un antiguo amigo suyo y de aquella Piedad, la madre, ambos mayores que él y muertos ya ambos. Cuando Pidita, la huérfana, le tuteaba llamándole a cada momento *padrino* y otras

veces *padrino* Antonio, aquel tuteo érale como miel derretida en los oídos del alma.

Por entonces conoció a Enrique, un mozo cariñoso y despierto, aunque algo atolondrado, que le ganó el corazón. “Hay que hacerle a este chico”, se decía. Y Enrique se dejaba guiar. Observando la inquietud flotante del muchacho, se decía Antonio: “Anclará esa inquietud cuando encuentre su media naranja.” Y se propuso darle a conocer a Pidita. ¿Pero por qué Enrique, a pesar de los requerimientos de su mentor, se resistía a conocer a la ahijada de éste?

—Mire usted, don Antonio, que voy a caer...

—Mejor, hombre, así parará usted de una vez. El que cae ya no se agita de ese modo.

Por fin se conocieron y el efecto fué tan súbito como profundo. El mismo Antonio se asustó de ello. “Aquí —se dijo—, o tenemos tragedia como la de Teruel, o un caso de terrible y abyecta dicha animal para mañana.” Y ya no solía decir como antaño que había nacido demasiado tarde, sino que fué demasiado temprano. “Ah, si hubiese nacido siquiera diez años después...”, dijo una vez. Y al contestarle: “No tendría usted ahora más que cuarenta”, replicó: “Sí, pero los tendría, porque no los he tenido nunca; me han tenido ellos a mí.”

—Ay, padrino —le decía Pidita—, cuánto te quiero por haberme traído a Enrique. ¡Qué contenta estoy! ¡Me voy a morir de contento!

—No, hija mía, no: no se debe morir de nada y menos de contento.

—Sí, sí, padrino, te lo debo todo.

Y le besaba mientras Antonio temblaba. Y dormía febril, con agitados sueños.

—¿Y Pidita? —le preguntó a Enrique.

—¡Ay don Antonio, Dios le perdone lo que ha he-

cho al llevarme a ese ángel, pero va a ser mi perdición, mi ángel malo...!

—¿Tragedia tenemos?

—Quién sabe...

—Bueno, bueno, eso lo dices por darte importancia —le tuteaba ya.

—¡Darme yo importancia, don Antonio! ¡Ojalá la tuviese! Ojalá pudiese llevar a Pidita conmigo al cielo, que es donde debía estar...

—¡Ay, ay, ay! ¡Trascendencias! ¡Sacarla del espacio! Sólo falta que quieras sacarla del tiempo, eternizarla.

—Si pudiese...

—¡Bah, bah! Si yo tuviese siquiera diez años menos me ponía a hacerte la competencia.

—Para...

—Para curarte de esas cosas...

—Yo me tengo que confesar un día con usted, don Antonio...

—Cuando quieras, pues para eso siempre hay tiempo.

—¿Siempre?

—Tienes razón. También ahí entra la tragedia. Puede uno confesarse antes de tiempo o después de él.

“A este chico le pasa algo grave y hondo”, se dijo Antonio al separarse de él.

—¿Qué es de Enrique, padrino —le preguntó al siguiente día Pidita—, que en todo el día no le he visto? ¿Qué le pasa?

—Sí, sí, le he encontrado muy preocupado...

—¡Nos amaga alguna gran desgracia, padrino, pero muy grande! —y se echó a llorar.

—No será tanto, chiquilla...

—¡Muy grande, padrino, muy grande..., pero muy grande!

Y la desgracia vino. A los cuatro días Enrique se

quitó la vida de un tiro dejando escrita una carta para Antonio. En ella le pedía perdón y le perdonaba.

Le perdonaba por haberle llevado a Pidita cuando ya estaba en amores y comprometido con otra. Y ahora era Pidita la que quedaba comprometida, gravemente comprometida. ¿Qué iba a hacer él? ¿Cómo resolver aquel conflicto? “Ya que no puedo partirme entre las dos a que pertenezco, pues soy de las dos y las dos son mías, me quito de en medio.” “¡La tragedia!”, se dijo Antonio. Y luego: “¡Ah, si yo hubiese nacido o diez años antes o diez años después... maldito tiempo!”

Cuando Antonio se presentó ante Pidita, ésta se le echó al cuello sollozando. Daba congoja verla. En un momento de respiro el padrino recordó a la Piedad eternizada en el altar, y sintió remozarse.

—Ay, padrino, sálveme... máteme... Estoy comprometida... me deja comprometida...

—Lo sé... lo sé...

—Pero comprometida, comprende, ¡comprometida...!

—Sí, sí, lo comprendo... lo sé...

Antonio temblaba febrilmente; faltábale el suelo. Y sostenía a la pobre Pidita a punto de desmayarse.

—¿Qué hago, padrino, qué hago? Yo me mato. Voy a matarme sobre la tumba de Enrique... ¡no puedo más!

—¡No, no! Esas son cosas que has leído en los papeles. Si no hubiera papeles, no habría suicidios de esos. ¡No, no!

—¿Pero qué hago, padrino, qué hago? Me moriré de vergüenza si no me mato; me moriré de vergüenza. Estoy comprometida, ¿lo oyes? ¿Cómo voy poder vivir así?

—¡Pues... casándote conmigo! —dijo con voz fantasmática Antonio.

Estaba blanco de cera y frío. “¿Cómo he podido decir esto?”, se dijo. Y al oírlo Pidita se apartó de él, le miró de cabeza a pies, y tembló.

—Sí, es la única solución posible al problema; no veo otra —pronunció Antonio, como quien habla desde otro mundo, desde un mundo teórico.

Volvióle a la realidad un largo beso húmedo, candente y prieto, y no ya en la mano.

—Veo que te enseñó a vivir antes de quitarse la vida —dijo Antonio.

—Y yo veo —le contestó con toda su voz Pidita— que es a ti, padrino, a ti y no a él a quien yo quería. ¡Te lo juro por mi madre!

—¡Piedad, Pidita, piedad! —y el padrino Antonio rompió a llorar como un niño.

Al día siguiente llevó a su ahijada y ya novia a aquella iglesiuca perdida en los arrabales e hizo que allí, delante de la Piedad de cara macilenta y lustrosa, mezclase con él una avemaría.

—Te juro por ella, Pidita —le dijo—, que te he de hacer feliz en lo que de mí depende, ya que yo te llevé a la desgracia. ¡Sólo siento no tener diez años menos!

—¿Para qué, padrino, para qué? Antes solías decir que debías haber nacido diez años antes...

—¡Diez años antes! —suspiró Antonio mirando a la imagen—. ¡Entonces no sé qué habría sido de ti!

—¡Antonio!

Y se abrazaron allí, en la iglesia, ante la mirada eterna de la trágica Piedad del arte.

—Ya conozco tu tragedia, Antonio —le decía Pidita al salir del templo y apoyándose fuertemente en su brazo.

—Te lo ha enseñado...

—El amor, padrino.

—No, sino la maternidad, ahijada.

—No hablemos de eso...

—¿Y por qué no? Sí, de eso tenemos que hablar. Tu padrino es ya padre.

—Eres un santo, padrino, un santo, y habrá que ponerte un día en un altar, como está mi madre... al lado suyo...

Pidita sintió temblar el brazo en que se apoyaba y luego oyó la voz fantasmática que le decía:

—¿Pues no estoy al lado tuyo, sosteniéndote?

Y después de una larga pausa:

—Eres como ella, Pidita, lo mismo que ella. Me parece verla hace treinta años, cuando yo debía haber tenido treinta.

—¡Entonces tendrías hoy sesenta!

—Y hoy debía tener para ti diez menos, ¡siquiera diez menos de los que tengo!

—¿Y para qué, Antonio, para qué? No te quiero más joven.

—Ay Pidita, a este mundo se viene siempre o antes o después de lo debido. Y con tal que uno no se vaya de él ni antes ni después de lo debido...

—¡Cállate!

—Tienes razón.

Muy poco después se casaron y en el altar aquel de la Piedad. A los seis meses tuvieron su primer hijo, el del suicida. Luego les vino otro que se les murió en seguida y como para que no se repartiera entre los dos el amor de los padres. Y fué la tragedia cimienta de un amor hondo y robusto y el amor cimienta de un hogar cerrado. El hijo de Enrique adoró a su padre, al padrino Antonio, y éste no vivió más que para su hijo y la madre.

—Cada vez me convenzo más de que era a ti a quien yo quería entonces, Antonio —solía decirle su mujer.

—Es la tragedia del tiempo, hija mía, es la tragedia del tiempo.

—¡Siempre andas con eso!

—; Pero la hemos vencido, Pidita, la hemos eternizado. Este nuestro Enrique —así le habían llamado al hijo a deseo y casi imposición de Antonio— es algo más que un hijo como los otros; es una obra de espíritu! ¡Es mi hijo!

—; Y quién lo duda, padrino?

—; No, nadie; ni tú ni yo! Yo te lo di.

—; Sí, tú me lo diste!

De tiempo en tiempo visitaban marido y mujer a la macilenta y lustrosa Piedad de la iglesiuca del arrabal y allí mezclaban, con sus almas, sus avemarías.

Madrid, 8-XII-1915.

[*Summa*, Madrid, 1-I-1916.]

Era lo que se llama un investigador. Buscaba el misterio de la vida, que lo es el de la muerte, ya que ese misterio no es sino la linde misma en que ambas se unen, acabando aquélla, la vida, para empezar ésta, la muerte. Y buscaba ese misterio por el camino de la Ciencia, como si ésta resolviese misterios, cuando más bien los suscita. De cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver, se ha dicho. Y también que el océano de lo desconocido crece a nuestra vista según escalamos la montaña del conocimiento.

Dedicóse a disecar células armado de los más potentes microscopios, y el misterio de la vida, que no es sino la vida misma conocida, no aparecía por parte alguna. Quiso, con la química, llegar a la entraña del átomo, del último elemento material, y se sorprendió haciendo geometría fantástica. Y acabó por dedicarse a la paleontología y a la exploración de las cavernas en busca de los más antiguos restos del hombre. Es decir, restos del hombre más antiguo, del que ya no sería hombre.

Descubrió un día una nueva caverna a orillas del mar; penetró en la cueva y escarbando dió con una hacha sílice sujeta, como a mango, a un hueso de animal antediluviano, y allí grabado una suástica.

Del cual creía que ha salido la cruz. "Es un símbolo del sol", se dijo. El hacha aquella, lejos de pensarle, parecía como si le alzase, le exaltara, le empujara al cielo. Era como un imán que tendía a lo

alto, al reino del sol de mediodía. Un pastor, a quien al encontrarle cuando salió de la caverna le mostró el hacha, le dijo: "¡Es una piedra de rayo!" Los pastores y las gentes de campo creen que esas hachas de sílice que se recogen para guardarlas en nuestros museos como objetos prehistóricos, son piedras que caen con el rayo. "¡Supersticiones!", pensó nuestro investigador; pero al sentir que el hacha seguía atrayéndole a lo alto, empujándole hacia arriba, se dijo: "Quién sabe... acaso tira hacia lá matriz del rayo con que vino..." Y es que ya no sabía ni lo que se pensaba.

Movido ya de un misterioso empuje, fuera ya de sí y como loco, echó a andar siempre hacia lo más' alto, cuesta arriba. Y así llegó al pie de Gredos.

Era en invierno. Las cumbres del espinazo central de España, de sus vértebras sobre el corazón, estaban sepultadas bajo la nieve. Y aquella nieve parecía tirar del hacha de sílice, de la piedra de rayo. ¿No era más bien el cielo?

Emprendió la ascensión. El viento le cortaba la cara y le atenazaba el corazón. La subida era terrible. Más de una vez, desalentado, resollando, sintió el abatimiento del vencido y pensó en volverse y renunciar a aquella suprema investigación. Pero la piedra de rayo tiraba de él. Quería tentar el último experimento, ir hasta donde aquel misterioso impulso le llevara.

Vió que iba dejando una huella de sangre en la nieve. Y donde la gota de sangre caía horadaba la nieve, calando hasta la roca. Falto de aire, ahogándose, miraba al cielo, océano de aire libre y azul. El corazón le martillaba la cabeza como si fuera un yunque; cada latido lo sentía en las sienes como un martillazo de crucifixión. Y miraba de cuando en cuando, en los breves descansos, la suástica como a una empresa. ¿Qué querría decir allí, en aquella pre-

histórica hacha de sílice, aquel símbolo del Sol del que le habían enseñado que salió la cruz? ¿Era un signo de la muerte? ¿Lo era de la vida?

El pobre caía a cada paso, resbalándose en la nieve, y se hería contra las esquinas y los picos de las rocas. Algún ave de presa se cernía a las veces sobre él y como presintiendo un botín. “Dentro de poco me comerán los buitres —pensaba— si es que no me preserva el manto de la nieve.” Y luego: “¡Qué pura sepultura!”. Pero cuando más le ahogaba la congoja, el tiro de la piedra de rayo parecía levantarle y como si le aligerase el corazón. Arriba, pues. Y así llegó, aunque medio muerto, a la pingorota del picacho del Aimanzor. No se podía subir más.

Se tendió allí, cara al cielo, y se puso a resollar. Era como si el aire le penetrase por entero, como si se cerniera en medio de él, como si su corazón fuese un misterioso meteoro que lo mantuviera en el cielo. Sentía un sueño tremendo, un sueño que le daba miedo, miedo de no despertar de él. Pero se durmió. No soñó nada. Y al despertar encontróse con mucho más sueño, con un sueño que era como hambre y sed de reposo, pero de un reposo inacabable. Era como la fatiga de todos los siglos que habían pasado, como si sobre él pesara el cansancio del trabajo todo de la creación. “No hay futuro bastante para mi descanso —pensaba—; la eternidad es corta para mi hambre de sueño”...

Sintió de pronto una punzada y un sobresalto en el corazón. Allí tenía, junto a él, la piedra de rayo, que seguía empujándole hacia arriba. Pero, ¿cómo iba a subir más? ¿No era posible! ¿Si pudiese elevarse como los buitres y las águilas por encima de las crestas de la montaña! “Me moriré aquí —pensó— rendido por este sueño enorme, y los buitres me devorarán y me llevarán así más alto”. Y luego se dijo: “¡Ya desvarío!”

La piedra de rayo seguía empujándole hacia arriba. Se puso en pie. Cogió la piedra en una mano y dió un salto. Es que pensó, ¡desgraciado!, si la piedra le levantaría por los aires, si acaso fuese un talismán para poder volar sin alas sobre las cumbres de las montañas y perderse por encima de las nubes. No fué más que locura. El salto le hizo caer sobre el picacho y quedar maltrecho. Y la piedra seguía empujándole al cielo.

De pronto le entró como una revelación; empuñó la piedra y con la fuerza toda que le quedaba lanzóla al cielo. Y le hirió la vista un rayo, un rayo que brotó del cielo azul, el rayo de la piedra. Era que sangraba el cielo. Porque era sangre, verdadera sangre, sangre luminosa, divina, que, cayéndole en los ojos, le cegó. Y es que vió crecer el Sol hasta cubrir el firmamento entero y cuanto había bajo de él hasta envolverle. Y al ver que el Sol lo llenaba todo y que no había sino luz, pura luz, encontróse en las tinieblas. Ya ciego vió las tinieblas de Dios.

Cayó del picacho a un montón de nieve. Y sintió que la nieve se derretía bajo de él, de su fiebre, y que iba ahogándole con su cuerpo ensangrentado. Y que el sueño le ganaba las entrañas. A la vez se le derretía el miedo a la muerte. Sólo echaba de menos quien le cunara, quien brizase aquel su último sueño. Recordaba las monótonas canciones con que tantas veces su madre le brizara los sueños de la inocencia. O cuando se dormía con una oración cantada en la boca.

Entonces del poso de la infancia de su alma brotó el Padrenuestro, canturreado como se lo hacían cantar en la escuela, y al acabar el "venga a nos el tu reino", sólo, sepultado en la nieve de la cumbre pelada, entregó su aliento al Señor. Al lado suyo yacía la piedra de rayo.

DON BERNARDINO Y DOÑA ETELVINA

Era don Bernardino, aunque soltero, un eminente sociólogo, ya con lo cual queda dicho todo cuanto esencial respecto a él se puede decir. Mas dentro de la sociología la especialidad de nuestro soltero era el feminismo, y es claro, merced a ello, no tenía partido alguno entre las muchachas casaderas. Huían todas de aquel hombre que no iba sino a hablarles de sus derechos. Está visto que un feminista no sirve para conquistador porque cuando una mujer le oye a un hombre hablarle de la emancipación femenina, se dice al punto: “¡Aquí hay trampa!, ¿para qué querrá éste emanciparnos?”

Así es que el pobre don Bernardino, a pesar de su sociología —presunta fuente de resignación—, se desesperaba; mas sin perder su fe en la mujer o más bien en el feminismo. Y lo que más le dolía era no poder lograr siquiera que las muchachas le llamasen Bernardino a secas. ¡No, había de ser don!, suponíale el don la sociología, ciencia grave si las hay. Era autor de varias obras de varia doctrina y en el membrete de los pliegos de papel para sus cartas hizo grabar esto:

Bernardino Bernárdez,
abogado y sociólogo

autor de “La emancipación de la mujer”.

Lo sustantífico del membrete estaba en la conjunción y: no “abogado sociólogo” o “sociólogo abo-

gado” —o si se quiere “abogado sociológico” o “sociológico abogadesco”—, sino abogado y sociólogo.

Y en pliegos con ese tan bien estudiado membrete escribía sus declaraciones amorosas, invitando a alguna doncella, sobre todo si era rica heredera, a que se desemancipara haciéndose de él. Pero el pobrecito no lograba que le hiciesen caso aquellas a quienes se dirigía con tan honestos fines sociológicos, como no fuese para hacerle blanco de sus burlas. “Tan pésima educación le hemos dado —se decía— que la mujer es, como el niño, un ser esencialmente burlón.” Ciertamente es que puso en él ojos de codicia una joven feminista, y por lo tanto, socióloga, pero resultó ser ella, la pobrecita, pobre, fea y tonta. Y no era bastante la comunión de ideales para unirlos en más estrecho nudo, según don Bernardino creía. Aparte de que el sociólogo prefería para mujer propia una no feminista, a la que tuviese que convertir a su doctrina, pues así no se les acabarían tan pronto los motivos de conversación y hasta de discordia conyugales, tan necesaria esta segunda para preparar dulces reconciliaciones en el matrimonio.

Y era lo más triste que con estos desengaños y desventuras corría grave riesgo la fe de don Bernardino en la futura emancipación de la mujer. Aquel desdén que las muchachas casaderas le dedicaban habría bastado para quebrantar las convicciones feministas de otro que no fuese don Bernardino. Pero él sabía bien que la emancipación de la mujer hay que hacerla contra las preocupaciones de las mujeres mismas y que todo redentor ha de salir crucificado por aquellos mismos a quienes acude a redimir. “Además —se decía sociológicamente don Bernardino— la mujer es ingrata, pero no por naturaleza, sino por arte, en vicio de la detestable educación que le ha impreso nuestra cultura masculina, y hay que

desavezarla de esa ingratitud. ¡Y acaso la soltería sea el principio de mi labor rescatadora!”

Mas he aquí que empezó a servirle de consuelo y de distracción a nuestro sociólogo feminista, en medio de las amarguras de su apostolado, el conocimiento de los escritos de una singular dama futurista, doña Etelvina López. La cual defendía ardientemente el masculinismo, tronando contra la mujer, cuya inferioridad le parecía evidente. Contra la mujer ordinaria y común, de tipo medio, por supuesto, que en cuanto a ella misma no le cabía duda de estar fuera de la órbita de su propio sexo. “Soy mujer por equivocación —solía decir— y reniego de serlo.”

Don Bernardino empezó escandalizándose de las doctrinas de la futurista y masculinista doña Etelvina, pero acabó sospechando que hubiese un último consorcio oculto entre el feminismo masculino y el masculinismo femenino, y creyó adivinar bajo las invectivas de aquella escritora contra su propio sexo el dejo de una amargura melliza de aquella otra que celaban sus propias defensas de la igualdad, si es que no superioridad, del ingrato sexo femenino sobre el masculino. Y por su parte doña Etelvina, la masculinista, admiraba a don Bernardino, cuyas doctrinas rebatía de continuo, citando, entre ardorosos encomios, pasajes de las obras de nuestro desconsolado soltero. “Mi eminente adversario”: es como solía llamarle. “Si el sexo fuera yo —solía decir doña Etelvina—, si todas las demás mujeres fuesen como yo, la mujer que por equivocación soy, acaso las generosas y nobles, aunque equivocadas doctrinas de don Bernardino estuviesen en su punto de verdad, pero siendo como soy, por desgracia y hado, en el mujerío lo único acertado es mi masculinismo; las mujeres no merecen emancipación.”

Y se puso a escribir doña Etelvina un libro titulado *La emancipación del hombre* —contraprueba de

otro de don Bernardino titulado *La emancipación de la mujer*—, en el que sostenía la dama futurista y masculinista que el hombre no se emanciparía mientras no se sacudiera de las cadenas de su culto a la mujer. “Si las demás mujeres quieren ser ídolos —decía en su libro—, buena pro les haga. El hombre convierte los arados en ídolos en vez de hacer de los ídolos arados. Yo quiero ser arado y que no se me rinda culto, sino que se me maneje para arar bien la tierra común.”

Cuando don Bernardino leyó la obra de doña Etelvina sintió que una súbita lumbre le alumbraba los senos más recónditos de su conciencia feminista. Empezaron discutiéndose uno a otro las doctrinas en medio de grandes elogios recíprocos, siguieron entablando una larga y tirada correspondencia epistolar mutua, cambiáronse luego los retratos, se dedicaron uno a otro sendas obras y al cabo acordaron tener una entrevista personal cuerpo a cuerpo. A todo lo cual él fríasaba en los cincuenta y en los cuarenta ella, y sin esperanza alguna de rejuvenecimiento.

Celebraron la entrevista, pero no nació de ella, contra lo que acaso deseaban y aun esperaban, sentimiento otro que el de un mayor respeto mutuo a sus sendos y contrapuestos ideales sociológicos. Salió don Bernardino admirando aún más el saber y la audacia intelectual de la masculinista doña Etelvina y salió ésta más asombrada aún de la ciencia sociológica del gran feminista, pero ni uno ni otro sintieron otra más honda inclinación, de esas en que toma la carne precedera su parte. Acaso al ir a entrevistarse mantuvieron el presentimiento de que aquello acabaría en matrimonio, pero luego sintiéronse muy fríos a tal respecto.

Mas como quiera que los discípulos y discípulas, admiradores y admiradoras de uno y de otra, y con

ellas sus adversarios y adversarias, despreciadores y despreciadoras, contaran como cosa segura que aquella entrevista que pronto se hizo pública acabaría en boda, encontráronse ambos sociólogos, macho y hembra, en singularísima situación frente a la conciencia pública. ¿Cómo resolver, pues, este conflicto que sin duda lo era? Mediante un matrimonio intelectual, castísimo y purísimo, y muy fecundo a la vez para la sociología, mediante una colaboración en una obra común, que aparecería bajo el nombre de ambos, y en que se trataría de hacer la síntesis de los opuestas doctrinas, del feminismo masculino de don Bernardino y el masculinismo femenino de doña Etelvina, pues habían descubierto que había una región sublime, asexual, en que ambos ideales se reducían a uno solo.

Llegó la colaboración a ser tan estrecha y a exigir una tal convivencia entre ellos que acordaron irse a vivir juntos, mas sin casarse y manteniéndose carnalmente apartado el uno del otro, conservando doña Etelvina, la masculinista, su inmaculada virginidad corporal, pero conviviendo ambos para poder colaborar y consumir mejor, mediante diarios coloquios, sus respectivos esfuerzos mentales. Fué, pues, una especie de boda de ideales, un matrimonio intelectual entre el feminismo masculino que don Bernardino profesaba y el masculinismo femenino profesado por doña Etelvina, ayudando al espiritual conubio la misma aparente oposición de las respectivas doctrinas que trataban de fundir en una síntesis superior.

El gentío intelectual murmuraba de aquélla, a su malicia, sospechosa convivencia, pero don Bernardino como doña Etelvina ponían sus corazones muy por encima del fango de la maledicencia intelectualística y sabían afrontar impávidos el qué dirán. No sin que éste influyese, como gran galeoto en

ellos, pero muy de otra manera que lo hubiesen sospechado. Porque el caso fué que tanto el uno como la otra empezaron, por virtud de aquella convivencia, a sentirse desasosegados y como si a él le hiciese falta mujer y a ella hombre, pero, por otra parte, repeliéndose mutuamente. El común trabajo intelectual yacía abandonado y como en barbecho, pasándoseles días y hasta semanas y meses en que ni ponían en él atención ni hablaban de él siquiera. Las ausencias del hogar común, del hogar intelectual, eran cada vez más frecuentes y largas. Y a la par se iba cumpliendo, no la obra de síntesis, sino la de disolución de sus respectivos ideales, pues cada vez se sentía menos feminista don Bernardino y menos masculinista doña Etelvina. Reconocía ya ésta que la idolatría del hombre por la mujer tiene su fundamento y que no es tan molesto el papel de ídolo como antaño le pareciera, y reconocía don Bernardino que la mujer no es tan ingrata como él supusiera y que no hace falta emanciparla, pues ya se da ella maña para dominar al hombre, su dominador.

Algo extraño, muy extraño, ocurría en el hogar intelectual de aquel extraño connubio. Hasta que un día no supieron ni uno ni la otra cómo, pero ello fué que llegaron a una confesión mutua. Y resultó que ambos estaban seriamente comprometidos, pero no el uno con la otra, ni ésta con él. Los dos habían buscado sus sendos complementos afectivos, y aun algo más que afectivos, fuera de la colaboración intelectual. Se abrieron mutuamente los corazones, se hizo cada uno de ellos confidente del otro y se consolaron mutuamente.

—¿Y ahora qué hacemos, Etelvina? —le dijo don Bernardino—. ¿Separarnos e ir cada cual a vivir con quien el providente Azar le ha deparado?

—No, de ninguna manera, Bernardino: ¡eso no es posible: eso daría que hablar! Todo menos eso.

—¿Pues entonces, mujer?

—Hombre, te diré. La solución no puede ser más que una, y es que nuestros respectivos complementos se sacrifiquen a esta nuestra unión intelectual, que por lo que he oído decir de tu compañera de azar y por lo que yo sé de mi aleatorio compañero no les será difícil, y que aparezcamos a los ojos del maligno gentío intelectual como una pareja perfecta. La solución es que nos casemos como quien lo hace *a posteriori* y como por consagración y que aparezca lo que venga como hijo común nuestro.

—¡Es una ingeniosa solución sociológica! —exclamó el ex feminista.

Y así fué que pocos días después se enteraban las gentes de que don Bernardino y doña Etelvina habían formalizado sociológicamente, esto es, por contrato y sacramento, su unión. “Si no podía ser de otra manera”, se decían.

Algún tiempo después, a los tres o cuatro meses, se supo que doña Etelvina había dado a luz dos robustos gemelos, niño y niña. “¡Tenía que ser así —decían los humoristas—, es la síntesis en que trabajaban!” Pero lo curioso fué que el niño y la niña no se parecían en nada, según los que lograron verlos. Y no faltó quien añadiese que allí había algún misterio y que la nodriza que tomaron para uno de ellos, para el niño, se arrogaba demasiadas atribuciones en la casa. Y decíase que andaba por la casa un grandísimo bausán, acaso el novio de la nodriza, que también se movía por ella como si estuviese en propio terreno. Pero nunca se llegó a sospechar la verdad y cómo en la casa hubo dos alumbramientos en un mismo día, y casi a la misma hora, ni el género de extraña mellicidad de aquellos dos pobrecitos inocentes. Los cuales aparecieron como hermanos y como tales fueron educados.

Creemos que huelga decir que la obra de la sín-

tesis entre el feminismo de don Bernardino y el masculinismo de doña Etelvina quedó en eterno barbecho, y que la nodriza del niño y el bausán aquél acabaron por casarse e instalándose en el hogar del matrimonio intelectual lo explotaron de lo lindo.

—¡Extraña combinación! —solía decir doña Etelvina.

—¡Di más bien concuaternación! —le agregaba don Bernardino.

[*Mercurio*, Nueva Orleáns, marzo 1916.]

LOS HIJOS ESPIRITUALES

¡Con qué mezcla de amargor y de dulzura recordaba Federico los comienzos de su vida de escritor, cuando vivía con su madre, los dos solos! ¡Pobre madre! ¡Con qué emoción, con qué fe seguía la carrera literaria de su hijo! Tenía en el triunfo de éste mucha más confianza que él mismo. “Llegarás, hijo, llegarás”, le decía empleando ese término de la jerga literatesca. Y le rodeaba de toda clase de prevenciones y cariños.

El trabajo de Federico era sagrado para su madre. Las criadas tenían que andar con zapatillas o alpargatas y hasta de puntillas. A una que le dijo no haber llevado más que zapatos, la obligó a andar descalza hasta adquirir calzado silencioso. No les permitía berrear las cancioncillas en moda. “¡Está trabajando el señorito!” Tal era la consigna del silencio. No permitía que entrase nadie sino ella en el despacho de Federico a arreglarle los papeles. Arreglo que consistía en dejárselos exactamente donde estaban y como estaban. Ni que antes de limpiar la mesa de trabajo hubiese señalado, como quien acota, la posición de cada libro, de cada cuartilla, de cada objeto. No, las criadas no podían entrar allí, las criadas tienen la monomanía de la simetría, y por querer arreglarlo todo lo desarreglan.

¡Qué tiempos aquellos en que Federico vivía solo con su madre! Después se casó con Eulalia, bien que no a gusto de aquélla. “Pero si es un ángel.

madre" —le decía él—. "Sí, hijo, sí, todas las novias son ángeles, pero ya verás cuando tenga que quitarse las alas en casa... Porque con las alas no se puede andar por casa, ni se cabe por la puerta de la alcoba, ni es posible acostarse con ellas... estorban mucho en la cama. No se sabe dónde ponerlas. Los ángeles, como los pájaros, vuelan o se están de pie, pero no se acuestan." Y así fué, que no aparecieron las alas del ángel en el hogar.

Al principio Eulalia fué una mujercita discreta y tímida, como en espera de algo y en constante actitud de espionaje. Un íntimo espionaje doméstico. "Te está estudiando, hijo mío", le decía a Federico su madre. Y otras veces: "Está buscando tu flaco, porque no piensa sino en dominarte." Y Eulalia, en efecto, no hacía sino escudriñarlo y avizorarlo todo y como si para algo se preparase. "Madre —le dijo una vez Federico a la suya—, parece en espera de algo." "Claro, hijo mío, claro: es natural —le contestó ella—, está en espera del hijo." Federico se quedó pensativo. Con aquello de su trabajo literario, con sus ansias de gloria y renombre, no había pensado que su mujer viviese de aquella espera.

Seguía la madre entrando en el despacho a arreglar los papeles de su hijo. La mujer apenas pisaba aquel cuarto de estudio y de trabajo; parecía tenerle aborrecimiento. Y rehuía de las aficiones y de la vocación literaria de su marido. Jamás le vieron leer ninguno de los escritos de Federico, aunque leyese otras cosas, sobre todo novelas de matar el tiempo de espera. Una vez que le oyó a su suegra que le decía a su hijo: "Llegarás, hijo mío, llegarás", preguntó la mujercita con displicencia: "Llegar... ¿a dónde?" Y cuando se lo explicó la madre, hizo un mohín de desdén y agregó:

“Adonde hay que llegar es a otra parte... Total, para lo que todo eso vale...”

Pasaron los días y los meses, y la mujercita se iba poniendo más huraña y más recelosa. Se le habían caído del todo las alas y pisaba fuerte; a las veces parecía patear el suelo. Hasta que un día estalló. Y fué que estando la madre en el despacho de su hijo, arreglándole los papeles, quitándole el polvo con la recogida devoción con que se limpia el altar de un templo, entró Eulalia, y, de repente, como en un acceso, le dijo: “¡Deje usted eso, madre!” “Pero hija...” “¡Yo lo arreglaré!” Y tomando unas cuartillas escritas que había sobre el pupitre, las rasgó diciendo: “Así, así; para lo que valen...” La madre estuvo al pronto por lanzarse sobre su nuera y arrebatarle de las manos los sagrados papelillos, mas luego se contuvo, la miró con lástima, y asomándole a los ojos las lágrimas, le dijo: “Vamos, sí, Eulalia, que tienes celos.” “¿De quién? ¿De usted?” “De mí no, hija mía, de mí no... de la literatura, de la vocación de tu marido.” “¿Celos? Celos... ¡no! Que escriba lo que quiera, pero...” “Pero, ¿qué, hija, qué?” “¡Nada!” Y se separaron.

Y seguían corriendo los meses, y habían pasado ya tres años que Federico y Eulalia se casaran. Y la pobre madre observaba que se cernía sobre la casa una muerte; algo peor que una muerte, pues ésta supone que se ha nacido. Eulalia se pasaba las horas muertas encerrada en su alcoba y Federico en su despacho, leyendo y escribiendo como un desesperado. Una vez que por descuido madre e hijo, en la mesa, hablaron de literatura —se llegó al convenio tácito de no hablar de ella, ni casi de otra cosa—, la mujercita estalló, diciendo: “¿Y para qué escribes, si con las rentas que tenemos nos sobra para los tres?” Madre e hijo se miraron acongojados. “¡Para los tres nos sobra! —añadió ella con

recogida furia y como silbando—. ¡Nos sobra para los tres!” Y como los otros dos se callaran, agregó: “¡Ahora para los tres... muy pronto para los dos!” “¿Quieres matarme, hija?” —preguntó la suegra—. “No; pero a su edad y con sus achaques se morirá usted pronto, y quedaremos los dos solos, ¡sólo los dos! ¡Y para eso no vale hacer literatura!”

Desde aquel día los achaques de la pobre madre se recrudecieron y murió a los pocos meses. “Ahora escribe una elegía a la muerte de tu madre —le dijo Eulalia a su marido—, ya que no puedes escribir una oda triunfante al natalicio de tu primer hijo.” Federico hundió la cabeza sobre el pecho y rompió a llorar. Es que había oído, de voz viva de su mujer, el secreto que ya había adivinado. “Tú crees —agregó ella— que no leo tus cosas... Pues bien, he leído algunas y he visto que a esos poemas, a esos cuentos, a esas fantasías, a todas esas necedades que se lleva el viento, las llamas tus hijos... espirituales. ¡Espirituales! ¡Espirituales! ¿Y qué es eso del espíritu? ¿Crees que voy yo a vivir de espíritu?”

Y estalló la guerra, una guerra terrible. Federico tenía que ir a estudiar y a escribir fuera de su casa, porque su mujer perseguía con saña todo lo que fuese escritura suya. Le rompía los manuscritos y las cuartillas y hasta las cartas que recibía. “Mejor si te quedases tonto —le dijo una vez, agregando—, con tal de que...” “¿Qué?” —preguntó él—. Y ella se limitó a añadir: “Conque espirituales, ¿eh? Espirituales... ¡Buen espíritu nos dé Dios!”

La mujercita, convertida ya en una diablesa, perseguía a su marido por dondequiera. Una vez se atrevió a ir a buscarle a la redacción de un periódico y al encontrarle escribiendo le pidió las cuartillas, y allí, delante de los otros redactores, se las hizo añicos diciendo: “Es lo que hay que hacer con los hijos... espirituales.” Federico lloraba, Y aca-

bó por encerrarse en casa, a no escribir, a no leer, a hacer penitencia, a constituirse prisionero de su mujer. A la que empezaban a brotar alas, pero alas de diablesa. Y él, a todas horas, temblaba creyendo oír el zumbar de aquellas alas negras en el silencio.

Un día apareció Eulalia trayendo una gran muñeca, una pepona que había comprado. La acariciaba y besaba como una loca. Se la presentó a su marido y le chilló: “¡Anda, hombre, bésala, bésala!” Federico se quedó lívido; sentía que las alas negras de la diablesa le abanicaban la frente helada, y tembló. “¡Bésala, te he dicho, bésala!” El pobre hombre, aterrado, puso sus labios secos y fríos en aquella carita de porcelana. “Así, hombre, así; es mi hija... ¡espiritual! Me ha costado diez duros... No es cara, ¿eh?” Y como él callase, ella agregó: “¿Te parece cara?” “¡No!” —dijo el pobre—. “Pues bien —continuó la mujercita, estremeciéndosele las invisibles alas negras—, ahora puedes escribir y dedicaremos lo que ganes con la pluma a comprar hijos de éstos, ¡también espirituales!” Federico fué aquella tarde a visitar la tumba de su madre y a pensar allí en el suicidio. Pero una voz silenciosa que salía de bajo tierra, le dijo: “¡Aguarda y sufre, hijo mío, que ya llegarás!”

Cuando volvió a su casa, su mujer le llevó al despacho, y allí, en uno de los estantes de la librería, le enseñó la muñeca acostada en una camita. “¿Y los libros que aquí había? —preguntó como alelado Federico, y comprendiendo que la pregunta era una inocentada de sainete en aquel lúgubre drama—. “¿Los libros? —dijo ella—. ¿Los libros? Pero habla bajito, que no se despierte... Los he echado a la calle, y no les he dado fuego porque el humo habría de molestar a la pobrecilla... no la despiertes...”

A los quince días volvió a entrar en casa la mujercita con otro muñeco. “Mira, Federico, mira qué

pronto ha venido otro... no ha hecho falta diez meses: ha bastado con quince días. Y eso que tú no has querido escribir nada en este tiempo. Y debes escribir, sí, debes escribir, hay que hacerles ropita, hay que cuidarles... Gracias que nada gastarán en escuela... Aunque, ¿quién sabe? ¿A éste qué le haremos? ¿Qué será? ¿Llegará? ¿Crees tú que llegará? ¡Vamos, dale un beso!" El pobre esclavo besó al nuevo muñeco. Y la mujercita arrojó a la calle otros cuantos libros para instalar la cunita de su nuevo hijo espiritual. Es como les llamaba. Y cada mañana, al levantarse, y cada noche, le obligaba a su marido a besar a los muñecos. "Son mis hijos... espirituales", le decía. Y llegó a más y es a acostar un día a uno de ellos entre ella y su marido. Pasó éste la noche toda en una fiebre de locura, delirando. Y a la mañana le dijo su mujer: "Te has pasado la noche llamando a tu madre... Es decir, supongo que sería a ella, porque decías: ¡madre!, ¡madre! ¡Y a mí no podías referirte...! Aunque sí, soy madre, madre espiritual de mis muñecos, como tú padre espiritual de tus escritos." Y se echó a reír exclamando: "¡Padre espiritual! ¡Padre espiritual!" Y en adelante le llamaba así: el padre espiritual.

Y un día estalló la tragedia y dieron marido y mujer un terrible espectáculo. Y fué que él entró en el despacho y empezó a coger muñecos —había ya varios— y a echarlos por el balcón a la calle, mientras ella, furiosa, echaba a la calle libros y más libros. Y cuando no quedó en el despacho nada, y los vecinos, alarmados, acudían, dijo la mujercita con terrible calma: "Así, así, ni unos ni otros; ni los tuyos ni los míos. Y ahora hagamos las paces y vamos a rezar juntos al sepulcro de tu madre, que ya llegaremos, Federico, ¡ya llegaremos!" Federico

huyó de su casa. Y vino la separación, y desde entonces vaga solo por el mundo, sin querer leer nada, sin escribir una letra, odiando toda literatura. Y ella se encerró donde no viera un niño.

[*La Esfera*, Madrid, 14-X-16.]

UN CASO DE LONGEVIDAD

Amigo lector: Habrás oído alguna vez decir, y si no lo oyes ahora, aquello de: "Es como Gómez Cid, que ganaba su sueldo después de muerto." Pues bien, voy a contarte el origen de este dicho decidero.

Don Atanasio Gómez Cid fué durante muchos años catedrático de Psicología, Lógica y Etica en el Instituto de Renada. Había sido condiscípulo de Aquiles Zurita, cuya melancólica historia y habilidad para conocer el pescado fresco sabemos todos los españoles gracias al inolvidable "Clarín".

Don Atanasio Gómez Cid tenía un tan fino sentimiento ingénito de la verdadera nobleza, que huyó siempre, como de la acción de peor gusto, de distraer sobre sí la atención de sus conciudadanos. Sabía, no sabemos si gracias a su psicología y ética académicas, que la verdadera distinción consiste en no pretender distinguirse. Cumplía estrictamente su deber; pero sin jactancia ni ostentación algunas, y muy de tarde en tarde, de años a brevas, publicaba en *El Cronista*, de Renada, algún articulito sobre antigüedades de la ciudad ilustre y siempre noble y fiel. Como en su ética enseñaba que el hombre debe cultivar asiduamente sus sentimientos de sociabilidad, iba, para predicar con el ejemplo, todas las tardes al Centro de Ganaderos y Labradores a echar su partida de tute.

No pareció irle muy bien a don Atanasio en su vida privada, por lo menos a juicio de sus convecinos.

Quedóse viudo muy joven, y de una mujercita que le salió algo casquivana, y le dejó una hija paralítica y un hijo haragán de nacimiento.

Víctor, el hijo de don Atanasio, era de una asombrosa y fertilísima inteligencia para no trabajar. “Tú—solía decirle su padre— con tal de no trabajar eres capaz de pasar toda clase de trabajos.” A lo que contestaba el mozo: “Puede ser; pero es peor lo que te he oído decir muchas veces y es que hay quienes por adquirir honores pierden el honor.” “Yo no sé, yo no sé —acababa siempre diciéndole el padre— lo que va a ser de vosotros dos cuando yo me muera; ella, la pobre Angela, paralítica de cuerpo, y tú de alma...” “No tengas cuidado, padre, que ya me arreglaré yo para que no te mueras, si quiera por hacer honor a tu nombre.”

Pasaban los años, iba don Atanasio envejeciendo sin que nadie, ni él mismo, lo notara, pues parecía un hombre plantado en lo que se llama cierta edad, y Víctor, su hijo, sin haber querido seguir carrera alguna. No era más que miembro del Comité del partido progresista, y cuando había elecciones, notabilísimo muñidor electoral y hombre de un ingenio fertilísimo para tales lides. Todos los que aspiraban a diputados por el distrito de Renada y todos los que lo habían sido le consideraban grandemente. Por su habilidad técnica electorera en primer lugar, y por su haraganería también, que admiraban sin reserva.

Un día el pobre don Atanasio sufrió un ataque de apoplejía que le tuvo a las puertas de la muerte. Salió de él, pero completamente incapaz, no ya para todo ejercicio, mas ni aun para explicar psicología, lógica y ética. “¿Lo ves? ¿Lo ves?”, le decía balbuciendo y con lengua estropajosa a su hijo. “No, si no veo nada —le contestó Víctor—; le he dicho que no le dejaré morir mientras yo viva y cumpliré mi

palabra. Es palabra de vocal del Comité progresista.”

En cuanto Víctor vió que su padre se quedaba inútil para todo trabajo y a la vez para su cátedra, le trasladó, con toda la familia, a una casita de campo de extramuros de Renada, donde tenían un pequeño jardín en que alguna vez se entretenía en cavar el haragán, ya que ese esfuerzo no lo reputara trabajo. La familia se componía de don Atanasio, su hija Angela, la paralítica, Víctor y una criada de servicio con la que éste andaba enredado en torpes tratos. Allí apenas entraba nadie, sino muy raras veces un médico, compañero de corrobilas de Víctor, y miembro, como él, del Comité progresista. A don Atanasio no le veían más que los de casa. Pasábase casi todo el día en la cama, aletado, excepto a las horas de sol, en que le bajaban un rato al jardincillo. Y al cabo de un año, ni esto.

Víctor se arregló, gracias a sus relaciones políticas, para que su padre cobrara todo el sueldo sin ganarlo. El procedimiento fué de una sencillez admirable, y consistió en incoar el expediente de jubilación del inválido don Atanasio y hacer luego que lo detuvieran, dándole carpetazo en el ministerio. Las nóminas las firmaba el mismo Víctor con el nombre de su padre —no a nombre de él, pues decían ser ilegal—, al principio tratando de imitar la letra, pero muy pronto sin tomarse este trabajo. Aunque para nuestro haragán electorero no era trabajo lo de ponerse a contrahacer letras ajenas. Cuando le preguntaban por la salud de su padre contestaba: “Mal, mal, cada vez peor; eso es incurable, pero va a durar mucho... mucho... mucho...”

Un día hizo llevar Víctor a su casita una buena provisión de madera. Le había dado por la carpintería. Proponíase construir muebles para su propio uso, que si fuese para ganarse la vida con ellos no

lo habría hecho. Y una noche se entretuvo en enterrar en un gran foso que cavó en un rincón del jardincillo una gran caja. Dentro de ella iba el cadáver de su padre, que se extinguió el día antes. No pudo su hijo, a pesar de sus buenos deseos, alargarle más la vida.

Con una habilidad tan grande como la que desplegaba en las luchas electorales, logró Víctor mantener oculta la muerte del psicólogo, lógico y ético oficial de Renada. Verdad es que los únicos que podían ser cómplices de la piadosa superchería eran una pobre paralítica, una criada de todo servicio con aspiraciones a ama legal de la casa, y el médico progresista compañero de corrobilas de Víctor. Y éste, cuando le preguntaban por su padre, respondía invariablemente: "Ahora está menos mal, no sufre; pero incurable del todo. ¡Y así va a durar mucho, pero mucho!" E invariablemente firmaba, con el nombre de su padre, la nómina.

Y duraba, duraba el pobre don Atanasio. Cumplió en el padrón municipal y en el escalafón de Institutos los noventa años, y su ya casi olvidado expediente de jubilación se había perdido real y definitivamente en el ministerio... Es lo que ocurre con lo que se deja dormir, y es que al fin se muere de veras.

Los convecinos del difundo don Atanasio, aunque casi tan difuntos como él, sorprendíanse de su longevidad, y cuando le hablaban de ella a su hijo, respondía éste: "En rigor no vive ya hace años; existe. Lo único que hace es firmar." "¿Pero firma?", le preguntaban. Y él, muy serio: "Sí, llevándole yo de la mano." Y cuando su amigote el médico progresista, sabedor del embuste, le manifestaba terrores de que se descubriese al cabo la superchería: "Quítate, hombre —le contestaba—; aquí no se descubre nada, y además, si fuese mi padre el único difunto que

cobra... Y a mí, que he hecho votar a tantos difuntos para sacar adelante a los candidatos del gobierno, no tiene éste derecho a privarme de mi difunto padre." Y llevaba razón.

Como el don Atanasio oficial, el del escalafón, se iba acercando a los cien años, los renatenses, y, sobre todo, los que habían sido discípulos del consecuente psicólogo, lógico y ético, se propusieron celebrar su centenario. Desfilarán ante el lecho del anciano, aunque éste no se enterara de ello. Víctor lo aceptó. Pensaba hacer un muñeco, de rostro y manos de cera, darle el mayor parecido posible con su padre y tenderlo en la cama. Sería un golpe maestro de audacia y de habilidad, algo que coronaría su fama de diestrísimo agente político. Llegó a entusiasmarse con la idea. Y él mismo, así como construyera antaño la caja en que enterró a su padre, se puso a modelar en cera y a pintar luego el rostro y las manos de él. Para ahorrarse trabajo le puso calvo del todo y afeitado, resolviendo así el problema del pelo, que podía haberle llevado a abrir los ojos de sus convecinos. Y conforme avanzaba en su trabajo él, el haragán, se entusiasmaba con las aptitudes de retratista modelador, casi de escultor, que descubría en sí. "Tendré que dedicarme a la escultura si al fin tengo que dar a mi padre por muerto", pensó. Porque lo de la política no andaba ya muy bien.

Mas he aquí que cuando apenas faltaban cuatro meses para el día del centenario de don Atanasio y Víctor tenía terminada la efigie de la ceremonia, una pulmonía se llevó al piadoso hijo, fiel guardador de la memoria y de los sueldos de su padre. Y entonces, al saberse la superchería estalló primero una colectiva exclamación de admirativo asombro, celebraron todos la talentuda travesura y la genial osadía del gran Víctor Gómez, y dieron luego todos

en decir que habían estado en el secreto y que no fueron engañados. Había un pobre mozo que aspiraba a la cátedra de don Atanasio y que también se creyó obligado a fingir que estuvo en el secreto, y cuando le argüían de cómo se callara, decía: "Era mi maestro y le debía respeto; le debía respeto aún más después de muerto... Por otra parte, aspiro yo también a llegar y si puedo pasar de los cien años, y hoy por ti y mañana por mí." "Pero ¿y si no tienes un hijo que te defienda así?...", le objetaban. "¡Es verdad... es verdad!..."

En Renada produjo hondísima admiración el caso, pero en el ministerio no la produjo. El expediente de jubilación fué imposible hallarlo. Y ya, ¿para qué?

He aquí, amigo lector, el suceso que originó la frase desde entonces famosa en Renada, y que acaso haya llegado a tus oídos, de "Es como Gómez Cid, que ganaba su sueldo después de muerto." Y si eres, lector, tan cándido que crees que este relato, no sólo no es verdadero, sino inverosímil, te digo que no sabes una jota de nuestras castizas costumbres administrativas.

[*Los Luncs de "El Imparcial"*, Madrid, 22-I-1917.]

BATRACÓFILOS Y BATRACÓFOBOS

Lo más hermoso de la ciudad de Ciamaña —nombre que los eruditos locales interpretaban como contracción de *Ciudad magna*—, lo primero que de ella se mostraba al visitante forastero era el Casino; y lo más hermoso del Casino, el jardín; y lo más hermoso del jardín, aquel estanque de su centro, rodeado de árboles tranquilos —no los sacudían ni aun mecían los vientos—, que se miraban en las quietas aguas. Para los poetas casineros ciamañeses el mayor regalo era sentarse en las tardes serenas del otoño junto al estanque, a ver en el cristal terso de su sobrehaz reflejarse el follaje ya enrojecido de los árboles sobre el reflejo del azul limpidísimo del cielo. Sólo por gozar de tal delicia valía vivir en Ciamaña.

No había más que una cosa que perturbara tan apacible manera de vivir. Eran los mosquitos, que en el estío y aun en la otoñada molestaban a los socios del Casino de Ciamaña. El gabinete de lectura tenía que mantenerse cerrado durante esa época del año. Los que iban al delicioso jardín tenían que irse provistos de un abanico, y no para darse aire, sino para espantar mosquitos. Hubo quien propuso que en el gabinete de lectura se proveyese a cada pupitre con un mosquitero, y que así los lectores leyesen dentro de una especie de jaula de tul. Hasta que llegó uno con el remedio, y fué que se poblase el estanque de ranas.

—No hay como las ranas —decía— para acabar con los mosquitos. Estos ponen sus huevecillos en el agua estancada y en ésta nacen, crecen y se crían las larvas de los mosquitos. Y como las ranas se alimentan de esas larvas, acaban con los mosquitos. En otras partes mantienen camaleones a ese efecto. Y desengañense ustedes, para combatir el paludismo, la malaria, mejor que plantar eucaliptos —; como si se fuese a coger los mosquitos con liga!— es poblar las charcas y los estanques y los remansos de los ríos con ranas que se coman las larvas del anofele, mosquito portador de la malaria.

Y así es como se criaron ranas en el hermoso estanque del hermoso jardín del hermoso Casino de la hermosa ciudad de Ciamaña. Con gran encanto y regocijo de los poetas y sus similares. Porque los poetas casineros ciamañenses eran batracófilos, amantes de las ranas. No que les gustase comérselas, sino verlas estarse posadas a la orilla del estanque o sobre una boya flotante o saltar y oírlas croar. El más inspirado de esos poetas aseguraba que nunca componía mejor sus odas y elegías y madrigales que haciéndolo, de día, al pie de un olivo y al arrullo —así le llamaba él, arrullo— de los chirridos de las cigarras, y de noche, junto al estanque del Casino y al arrullo —arrullo también éste— de los croídos de las ranas. Como que compuso un libro titulado: *Chirridos diurnos y croídos nocturnos*. Lo de croído, de croar, como silbido y chirrido de silbar y chirriar, era palabra que él inventó. Y seguían al poeta todos los espíritus de naturaleza soñadora y romántica. Los soñadores soñaban mejor oyendo croar a las ranas, y por eso eran batracófilos.

Pero frente a los soñadores estaban los dormidores, los que querían dormir y no soñar, los espíritus prácticos, y a éstos les molestaba el croar de las ranas mucho más que el zumbir de los mosquitos y

aun las picaduras de éstos. Y como eran espíritus científicos no se dejaban convencer, a falta de suficiente prueba estadística y comparativa, de que las ranas acabasen con los mosquitos. Que si éstos faltaban desde que había ranas podía ser otra causa intercurrente. Así es que los dormidores o espíritus científicos se declararon batracóforos. Había además los ajedrecistas a quienes las ranas molestaban más que los mosquitos, al revés de los lectores, a quienes éstos molestaban más que aquéllas. Los ajedrecistas eran, pues, batracóforos y los lectores batracófilos.

—Además —exclamaba don Restituto, caudillo de los batracóforos—, el croar de la rana es un ruido ordinario, campesino, rústico, impropio y hasta indigno de una ciudad. Y de una ciudad como Ciamaña. ¡Que nos moleste y no nos deje dormir el ruido de los tranvías eléctricos o el del ferrocarril, pase! ¡Pero el de las ranas!... ¡Es un ruido rural, rural!, ¡y no civil! ¡La rana es un animal rústico!

—¡Un animal elegantísimo! —gritaba don Hermínio, el poeta de los croídos—. Los dibujantes japoneses, que no son ranas, le han tomado no pocas veces de modelo. Y aquí tiene usted a don Ceferino, que a pesar de ser un hombre de ciencia, tiene un cubo con ranas en el balcón de su alcoba.

—Las tengo como barómetro —dijo don Ceferino para sincerarse—. Como me dedico a la meteorología, las tengo con una escalerita que sale del agua y así me pronostican el tiempo.

—¡Si es así... pase! —dijo don Restituto—, pero...

Cada día se tramaban disputas de éstas entre batracófilos y batracóforos. Y las disputas degeneraron en vías de hecho. Los batracóforos perseguían a las ranas y los batracófilos se ponían a defenderlas. Una vez que aquéllos persiguiendo a una rana por el jardín le dieron caza y luego muerte, los otros,

los batracófilos que eran los más, la hicieron embalsamar y la colocaron como trofeo en el salón de sesiones. En cuanto entrada ya la noche empezaban las ranas a croar, gritaban los unos: ¡que se callen!, y los otros: ¡que canten! Y alguna vez vinieron unos y otros a las manos.

Y había los que sin importarles un comino de la discordia se dedicaban a enzarzarlos. Uno de ellos imitaba a maravilla el croído de la rana y se complacía en lanzarlo en toda ocasión. Los batracófilos se dedicaron a aprender a croar.

Las sesiones de las juntas generales eran frecuentes y tumultuosas, versando siempre sobre el problema batracófilo. Algunas veces acabaron a los gritos de: “¡Viva la ciencia! ¡Abajo el arte!”, de un lado, y “¡Viva el arte! ¡Abajo la ciencia!”, del otro. Pues se llegó, ¡oh ironía de la lógica de las pasiones!, a identificar la batracofilia con el sentido artístico y la batracofobia con el científico y a hacerlos incompatibles uno con otro.

En una de las sesiones se levantó, por fin, un ecléctico, un conciliador, y dijo:

—Señores socios: todo puede conciliarse. La rana tiene un valor científico. Sirve para experiencias de fisiología. Traigamos microscopios y otros aparatos técnicos y déjesenos sacrificar un número de ranas a la ciencia a cambio de que las otras croen libremente.

—¡Jamás, jamás, jamás! —exclamó don Herminio el poeta—. ¡Rebajar las ranas a servir de elemento de investigaciones! ¡Como si fueran cochinos conejillos de Indias!... ¡Jamás! ¡Ranas experimentales! ¡Nunca! Antes consentiríamos en matarlas para comernos sus ancas.

—Es decir —dijo don Restituto con ironía—, ¿que las ranas puede uno comerlas, pero no dedicarlas a que colaboren en la ciencia?

—Sí —replicó el otro—, ¡es más noble ser comido que no servir de *anima vilis* para la investigación científica! Prefiero que me hagan picadillo y me engullan unos caníbales a no caer en manos de antropólogos que me hagan cisco para estudiarme. ¡Abajo la ciencia!

—¡Abajo la ciencia!— gritaron los batracófilos. Y algunos de ellos se pusieron a imitar el croído.

Las elecciones de junta directiva solían ser reñidísimas. Había, como es natural, la candidatura batracófila y la batracófoba y una de conciliación, amén de no pocas combinaciones entre ellas. Unos y otros se dedicaban a buscar socios por toda la ciudad, a reclutarlos. Y acabó toda Ciamaña por dividirse en dos grandes bandos. Y cada uno tuvo sus dos órganos en la prensa, uno serio y otro satírico. Los serios se llamaban *El batracio* y *El antibatracio* y los satíricos *La rana* y *El mosquito*. Cuando un grupo de batracófilos se encontraba con uno de batracófobos imitaba el croído diciendo: ¡*cro, cro cro!* y éstos le contestaban imitando el zumbar del mosquito con un: ¡*iiii!* Y se venían a las manos. Cada batracófilo tenía en el balcón de su casa un cubo con ranas. Los otros, en cambio, más sesudos, no criaban en las suyas mosquitos.

Llegó, por fin, aquella histórica sesión de la junta general en que se resolvió la discordia. Duraba ya tres horas y don Herminio, el poeta de los croídos de una parte, y don Restituto, el científico de las estadísticas de la otra, no cejaban en sus respectivos campos.

—Antes que sin ranas prefiero que desaparezca el estanque —exclamó por fin el poeta—. ¡O con ranas o nada!

Y no hubo quien se escandalizase de esta terrible perspectiva de la desaparición del estanque, orgullo del jardín que era el orgullo del Casino, orgu-

llo de Ciamaña. A tal punto de exasperación habían llegado los ánimos.

—Y yo —afirmó don Restituto resueltamente— prefiero que desaparezca el estanque a no verlo con ranas. ¡O sin ranas o nada!

Y entonces don Sócrates, el filósofo —acaso se dedicó a la filosofía para honrar su nombre—, que hasta entonces se había mantenido neutral, se levantó y dijo así:

—Ha llegado la hora, señores socios, de que intervenga la filosofía, que sintetiza el arte y la ciencia. Estamos ya de acuerdo todos, batracófilos, batracófobos y neutrales. ¡O con ranas o nada!, han dicho los unos: ¡o sin ranas o nada!, han replicado los otros. Y estos dos dilemas tienen, señores, un término común. Ese término común es: ¡nada! Estamos todos de acuerdo en la nada dilemática. Es el triunfo de la dialéctica. ¡Suprimamos, pues, el estanque!— y se sentó.

—¡A suprimirlo! —gritaron los unos.

—¡A suprimirlo! —contestaron los otros a gritos.

Y así es como se quitó del hermoso jardín del hermoso Casino de la hermosa ciudad de Ciamaña el estanque que lo hermozeaba.

Pero desde entonces andan los casineros ciamañenses tristes y cariacontecidos; la vida parece haber huido del Casino; su jardín es un cementerio de recuerdos; todos suspiran por los tiempos heroicos de las luchas entre batracófilos y batracófobos. Ahora es cuando de veras les molestan los mosquitos y eso que no hay estanque. Pero volverán a ponerlo, ¡alabado sea Dios! Y volverán las luchas batrácicas.

Salamanca, 1917.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 24-II-1917.]

DON SILVESTRE CARRASCO, HOMBRE EFECTIVO

SEMBLANZA EN ARABESCO

Don Silvestre Carrasco, natural de Carvajal del Monte, es un hombre efectivo. Quiero decir que no es causativo. O más claro —si es que no más oscuro—: que no se preocupa de las causas, sino de los efectos. Ante todo fenómeno natural o histórico, material o espiritual, no busca sus causas, sino que quiere sus efectos.

Hay filósofos, sin embargo, que atendiendo a que don Silvestre Carrasco ante el fenómeno “a” busca sus efectos —aquellos efectos de que “a” es causa— y no sus causas —las causas de que “a” es efecto—, consideran que don Silvestre ve en “a” una causa y no un efecto, y por lo mismo le llaman al señor Carrasco un hombre causativo, y no como yo le llamo efectivo. De donde resulta que lo mismo se le puede llamar de un modo que de otro. Y de igual manera, o sea, procediendo por análoga dialéctica psicológica, lo mismo da decir de don Silvestre Carrasco que es tradicionalista y optimista e individualista, que decir de él que es progresista y pesimista y socialista.

En rigor, don Silvestre está más acá de esas diferencias. Es la suya un alma diferencial. Pero la tiene, como cada quisque, en su almarío. Y cabe decir que la suya es más almarío que alma. Los es-

píritus malignos dicen que es alma de cántaro o de cañón. Y es hombre nuestro don Silvestre que se vacía en unos cuantos aforismos. Es decir, se vacía no, sino que se llena. Su almario no puede vaciarse.

Cuando alguno de esos desgraciados que sufren al ver al prójimo en un error o una ignorancia, intenta discutir con don Silvestre... Es decir, intenta discutir con él, ¡no!, sino que intenta sacarle de su error o de su ignorancia. Pero a esto llama el señor Carrasco discutir con él. Todo el que se empeña en enseñarle algo que no sabía es que quiere discutir con él, o mejor, es que trata de discutirle. Y cuando alguien trata de discutirle, don Silvestre le sale al paso diciéndole: "Usted, señor mío, tendrá sus ideas, pero yo tengo las mías." Lo cual no es verdad.

Primero, porque don Silvestre Carrasco no tiene sus ideas, sino que eso que llama sus ideas le tienen a él; segundo, porque no son suyas, sino, como expósitas que son, de todos y de ninguno; y, últimamente, porque no son ideas. Son una especie de cuerpos extraños que le tienen ocupado el almario o el seso y que a las veces le producen extraños flemones intelectuales. Y cuando le supura el flemón, don Silvestre da gritos que aúlla. Es el momento culminante de la discusión, al cabo del cual el señor Carrasco, dando en la mesa un puñetazo con la mano cerrada —que se llama puño—, grita: "¡Porque cuando me pongo, a mí a bruto no me gana nadie!" Y punto redondo, que dijo Blas, como pudo haberlo dicho Perogrullo.

Cuando don Silvestre Carrasco topa con alguien que en vez de discutirle se limita a interrogarle, pretendiendo ejercer con él de partero de ideas al modo de Sócrates, nuestro hombre efectivo —o causativo, según los autores— empieza por sonreírse y decir: "Hombre, hombre, usted quiere saber más que yo..."

Porque para don Silvestre tratar de averiguar cómo piensa sobre algo es pretender saber más que él. Y, por fin, si se le aprieta, acaba diciendo con misterio: "Permítame usted que me reserve; yo me entiendo y bailó solo."

Otro de los aforismos de don Silvestre es éste: "Cuanto menos bulto más claridad." Lo que no han logrado poner en claro los psicólogos que hasta hoy han estudiado a este hombre representativo es qué es lo que a fin de cuentas quiere decir con eso el señor Carrasco. Y no falta quien opine que don Silvestre no quiere decir nada ni con ese ni con otro dicho cualquiera. Don Silvestre no trata más que de defenderse.

Porque don Silvestre Carrasco es ante todo y sobre todo un hombre defensivo. Y al modo de aquel animalito llamado por los naturalistas *moloch horridus*, que siendo perfectamente inofensivo, cuando le atacan hincha la gola y toma un aspecto amenazador y feroz, remedando a otros dañinos, y con su miedo trata de amedrentar, así don Silvestre Carrasco, cuando le discuten, como él dice siempre que se trata de extraerle alguno de aquellos cuerpos extraños, hace como que está convencido y como que tiene ideas, mas en el fondo, bien sabedor de que no las tiene, y convencido, además, de que maldita la falta que le hacen para nada.

"¡Bueno, bueno, esos son embolismos... la cuestión es vivir!", repite don Silvestre. Respecto a qué quiera decir para nuestro hombre eso de embolismos aún no han podido ponerse de acuerdo los autores. Porque cuando se le ha preguntado qué es eso de embolismos ha dicho que... "pues... pues... embolismos son, mire usted, algo así como andróminas". Y cuando se le ha interrogado por las andróminas ha dicho que son caracolitos en el aire. Y respecto a lo de que la cuestión es vivir no se sabe aún a

ciencia cierta qué sea esta cuestión, ni qué sea vivir para don Silvestre.

Al cual nada le saca más de quicio que los humoristas, “esos hombres —dice él— que nunca se sabe qué es lo que se proponen”. Aunque el mismo don Silvestre, por su parte, jamás se propone cosa alguna, como no sea defenderse, lo que no es proponerse nada. Para el señor Carrasco el humor no es nada positivo. “¿Y eso adónde va?”, suele preguntar. Porque no le cabe en la cabeza que haya gentes que no vayan a alguna parte y sólo se propongan andar y pasearse. Y no que don Silvestre crea que se debe ir a alguna parte, ¡no! Don Silvestre comprende muy bien, y siente mejor —¡pues no ha de comprenderlo y sentirlo!—, que un hombre no tenga malditas las ganas de ir a parte alguna; pero en ese caso cree que debe estar quieto y sin moverse. De no ir a un punto conocido y determinado ya de antemano, lo único positivo es no partir de donde se está. Y por esto insisto, en contra de los autores que opinan lo contrario, que don Silvestre es un hombre efectivo y no causativo, práctico y no especulativo.

Don Silvestre se ha dado cuenta de que se le estudia y se ha puesto con ello, a la vez que por de fuera muy orondo, por de dentro muy desasosegado y quisquilloso. Porque empieza a temer que cuando hincha la gola y aúlla sus opiniones —las que él llama así—, le conozcan lo que le pasa por dentro. Aunque hay quien cree que a don Silvestre le tiene esto sin cuidado.

Hay, en efecto, autores hipercríticos que opinan que don Silvestre, como el *moloch horridus*, sabe perfectamente cuando trata de amedrentar con su miedo que su enemigo no se amedrenta y que si parece amedrentarse es que lo finge por cumplir, por su parte, con su papel. Es decir, que el señor Carras-

co está en el secreto de la comedia, como lo estamos todos los demás, y cada cual recita su parte. Y luego, entre bastidores, nos sentimos todos compañeros de farándula y de infortunio. ¡Doctrina disolvente!

Pero soy de los que creen que don Silvestre ha llegado a tomar completamente en serio su papel, y no por otra cosa, sino por su incapacidad para ver que no es más que papel. Y la prueba de ello es el cómo le sacan de quicio los humoristas, y no comprende la trágica seriedad de éstos y la pasión con que viven su vida.

Así, don Silvestre, atento siempre a los efectos y no a las causas de lo que va pasando, carece de sentido histórico y no puede llegar a la conclusión consoladora de que en cualquier momento que la historia de la Humanidad se interrumpiera —sea ahora mismo—, viniendo la fin del mundo, se había realizado y completado ya la vida, que esto es un cuento de nunca acabar, pero que lo es por ser un cuento siempre acabado y sin que tenga argumento de desenlace. Porque si alguna vez se le ocurre a don Silvestre leer una novela, apenas ha entrado en lo que se llama el argumento, se va al final, a ver en qué para todo aquello y luego no lee más la novela. Y por tal arte ha llegado a creerse que la historia humana es también una novela de argumento y desenlace, y que todo gran suceso humano, todo gran acontecimiento histórico tiene, como una charada, un acertijo, o un logogrifo, su solución. Y de esta su situación intelectual, o más bien inintelectual, ante todo lo que ocurre, es de donde proceden sus demás modalidades. Siempre está esperando a lo que sucederá mañana, en vez de gozarse en lo que se ha hecho hoy.

Lo que ha contribuído más a trastornar y confundir el almarío de nuestro hombre y a hacerle desconfiar de todo intelectual es que tropezó con uno

que quiso meterle en la mollera eso del progreso indefinido y de que el contenido del espíritu jamás se agota ni se realiza nunca el ideal, en vez de enseñarle que siempre está terminada la obra y que el ideal se está realizando siempre y que en cada momento se cierra la eternidad. Lo cual, claro está, le habría resultado a don Silvestre aún más embolístico que lo otro.

Don Silvestre Carrasco acostumbraba a ir todas las tardes a una tertulia de café donde se pasaba dos o tres horas discutiendo siempre los mismos temas con los mismos argumentos y con los mismos contendientes; pero desde hace poco suele quedarse muchos días en casa si hace frío y por causa de un catarro crónico. ¿Y qué hace en casa? Los autores dicen que hace solitarios con la baraja. Ello es muy creíble, por ser esa una ocupación muy efectiva.

No es difícil que tengamos pronto ocasión de poder estudiar otras modalidades del almario de don Silvestre Carrasco.

[*El Día*, Madrid, 27-11-1917.]

LA REVOLUCION DE LA BIBLIOTECA DE CIUDÁMUERTA

Había en la biblioteca pública de Ciudámuerta dos bibliotecarios que como apenas tenían nada que hacer, se pasaban el tiempo discutiendo si los libros debían estar ordenados por las materias de que tratasen o por las lenguas en que estuviesen escritos. Y al cabo de mucho bregar vinieron a ponerse de acuerdo en ordenarlos según materias, y dentro de éstas, según lenguas, en vez de ordenarlos según lenguas y dentro de éstas según materias. Venció, pues, el materialista al lingüista. Pero luego se acomodaron ambos a la rutina, aprendieron el lugar que cada volumen ocupaba entre los demás, y nada les molestaba ya sino que el público se los hiciera servir. Echaban las grandes siestas, rendían culto al balduque y remoloneaban cuando había que catalogar nuevas adquisiciones.

Y hete aquí que, no se sabe cómo, viene a meterse entre ellos un tercer bibliotecario, joven, entusiasta, innovador y, según los dos viejos, revolucionario. ¿Pues no les salió con la andrómida de que los libros no deben estar ordenados ni por materias ni por las lenguas en que están escritos, sino por tamaños? ¡Habrás oído disparate mayor! ¡Estos jóvenes utópicos y modernistas...!

Pero el joven bibliotecario no se rindió, y prevaleciendo de que su charla divertía a los dos viejos ordenancistas y sesteadores, al materialista y al lin-

güista, emprendió la tarea de demostrarles que, artificio por artificio, el de ordenar los libros según tamaños era el más cómodo y el que mayor economía de espacio procuraba, aprovechando estantes de todas alturas. Era como quedaban menos huecos desaprovechados. Y a la vez les convenció de otras reformas que había que introducir en la catalogación. Mas para esto era preciso ponerse a trabajar, y aquellos dos respetables funcionarios no estaban por el trabajo excesivo. Se contentaban con lo que se llama cumplir con la obligación, que, como es sabido, suele consistir en no hacer nada.

No se oponían, no —¡qué iban a oponerse!—, a las reformas que el joven revolucionario propugnaba; lo que hacían es ir las siempre difiriendo. Y más que por otra cosa, por haraganería. Faltábales tiempo, que lo necesitaban para hacer cálculos y más cálculos sobre el escalafón del Cuerpo, para leer los periódicos y para pedir recomendaciones para sus hijos, yernos y nietos. Y para jugar al dominó o al tute además. La haraganería y la rutina eran allí, como en todas partes, el mayor obstáculo a todo progreso.

Harto el joven de que le oyeran y le diesen la razón sin hacerle más caso, amenazóles un día con echar abajo todos los volúmenes, para obligarles así a reordenarlos debidamente.

—¡Ah, eso sí que no! —exclamó indignado el materialista—. Con amenazas, ¿eh, mocito? ¡Pues ahora sí que no se les toca a los libros!

—¡Pues no faltaba más! —agregó el lingüista!—. A buenas se logra todo con nosotros; pero lo que es a malas...

—Pero es que voy perdiendo la paciencia... —arguyó el joven.

—Pues no perderla —le contestó el materialista—. ¿Qué se ha creído usted, que eso era cosa de co-

ser y cantar? Hay que meditar mucho las cosas antes de hacerlas...

—¿Meditar? —dijo el revolucionario—. Será ses-tear...

Y la discusión acabó de mala manera y muy satisfechos los dos viejos de tener un pretexto para seguir no haciendo nada. Porque eso de “a mí no se me viene con imposiciones y malos modos” es el recurso a que apelan los que jamás atienden a razones moderadas ni están nunca dispuestos sino a no hacer caso.

Y un día sucedió una cosa pavorosa, y fué que el joven bibliotecario, harto de la senil tozudez de aquellos dos megaterios humanos, aburrido de su indomable voluntad de no salirse de la rutina y del balduque, fué y empezó a echar todos los libros por el suelo. ¡La que se armó, cielo santo! Iban rodando por el suelo, en medio de una gran polvareda, mamotreto tras mamotreto; los incunables se mezclaban con los miserables folletos en rústica; aquello era una confusión espantosa. Un tomo de una obra yacía por acá, y tres metros más allá otro tomo de la misma obra. Los dos viejos quedaron aterrados. Y tuvo el joven que comparecer ante el Consejo superior del Cuerpo de bibliotecarios a dar cuenta de su acto.

Y habló así:

“Se me acusa, señores bibliotecarios, de haber introducido el desorden, de haber turbado la normalidad, de haber armado una verdadera revolución en la biblioteca de la Ciudadmuerta. Pero vamos a ver: ¿a que llaman mis dos colegas orden? ¿Al que ellos habían establecido, el de materias y lenguas, o al que iba a establecer yo, el de tamaños? ¿Qué es orden? ¿Qué es desorden?

”Yo quise, señores, pasar de un orden a otro gradualmente, poco a poco, por secciones; pero estos

dos sujetos, aunque me daban buenas palabras no estaban dispuestos a renunciar a sus siestas, a sus cálculos cabalísticos sobre el escalafón, a las intrigas para colocar a sus hijos, yernos y nietos, que tanto tiempo les ocupaban; a sus partidas de dominó o de tute, a sus tertulias. Son rutinarios, son haraganes y, además, presuntuosos. Y hasta sospecho que si se oponían a la nueva ordenación es para que no se descubriese los volúmenes que faltan y que ellos han dejado perder por desidia o por soborno."

Al decir el joven esto prodújose en la concurrencia eso que en la innoble jerga parlamentaria se conoce con el nombre técnico de *sensación*. Los dos viejos acusadores protestaron airadamente.

"Sí, señores —prosiguió el joven con más energía—, a favor de esa ordenada desidia, de esa normal haraganería, aquí han podido hacer los bibliómanos lo que les ha dado la gana. Los más preciosos códices de nuestra biblioteca han desaparecido de ella. Figuran hoy en las librerías privadas de distinguidos próceres. Aquí ha ocurrido caso como aquel del ejemplar de uno de los libros de caballerías que figuran en el escrutinio del *Quijote* que faltaba para la colección que de ellos hizo el marqués de Salamanca, que se hallaba en la Biblioteca Municipal de Oporto, y que un embajador de España en Portugal logró sacarlo de allí para trasladarlo, y se dijo por entonces que no desinteresadamente, a la librería del dicho marqués."

Nueva *sensación* en el concurso al oír, acaso por vez primera, esta tan conocida anécdota histórica, y que se la cuentan a cualquier visitante de la Biblioteca Municipal de Oporto.

Y así continuó el joven bibliotecario contando todas las pequeñas cosas —¡y tan pequeñas!— que aquellos dos testarudos haraganes, sólo cuidadosos de cobrar su sueldo, arrellanarse en sus poltronas y

colocar a los suyos, habían dejado pasar. Y probó, de la manera más clara, que aquel orden no había sido orden, sino estancamiento y rutina y ociosidad. Y luego probó que el balduque puede llegar a ser un cordel de horca y un dogal para entorpecer todo progreso, y que el reglamento del Cuerpo era un conjunto de tonterías mayores que las que forman las ordenanzas esas de Carlos III. El escándalo que se armó fué indescriptible.

Y entonces, exaltándose el joven bibliotecario, pasó a sostener que la tontería más que la mala intención, que la ineptia y la incapacidad, son la fuente del enorme montón de menudas injusticias —como una montaña de granos de arena— que produce el general descontento público. Y habló del partido de los imbéciles, que, manejados por cuatro pícaros, actúa en nuestra patria. Y, exaltándose cada vez más, divagó, divagó y divagó. Hasta que le atajaron diciéndole: “Bueno, ¿y qué tiene que ver todo esto con los libros?” A lo que contestó: “Todo tiene que ver con todo.”

Y ahora, mis queridos lectores, Dios nos libre de que a cualquier loco se le ocurra ordenarnos por tamaños.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 28-IX-1917.]

ARTEMIO, HEAUTONTIMOROUMENOS

El veneno de la víbora, ¿lo es para ella misma? Es decir, si una víbora se picase a sí misma, ¿se envenenaría? Es indudable que hay secreciones externas que si se vierten en el organismo mismo que las segrega, le dañan y hasta le envenenan. Y basta sólo para que le emponzoñen el que no puedan ser vertidas afuera. Hay humores que, retenidos, atosigan a quien los retiene. ¿No ocurrirá algo así con la envidia? ¿No cabrá que un hombre llegue a envidiarse a sí mismo, o a una parte de él, uno de sus yos, a otra de sus partes, a su otro yo? ¿No podrá un hombre emponzoñarse mordiéndose a sí mismo, en un ataque de rabia, a falta de otro hombre a mano en quien poder ensañarse desahogando su mordaz rabia?

Estas terribles cuestiones nos planteábamos escarbando en los más bajos fondos del alma, debajo de su légamo, cuando conocimos, en las lóbregas postrimerías de su vida, al pobre Artemio A. Silva. un vencido. Decíamos que era un fracasado, un *raté*, y acabamos por descubrir que era un autoenvidioso.

Artemio A. Silva se lanzó a su vida pública, a su carrera social, llevando en sí, como todo hijo de hombre y mujer, por lo menos dos yos, acaso más, pero reunidos en torno de estos dos que le acaudilaban. Llevaba su ángel bueno y su ángel malo, o, como habría dicho Pascal, su ángel y su bestia.

Eran como el doctor Jekyll y el Mr. Hyde del maravilloso relato de Stevenson, relato que nadie que quiera saber algo de los abismos del alma humana debe ignorar.

El un yo de Artemio A. Silva, el que podríamos llamar más externo o público, el más cínico, era un yo sin escrúpulos, arribista o eficazista; su mira, lo que en el siglo se llama medrar y triunfar y fuera como fuese. Su divisa, la del eficazismo, esto es, que el fin justifica los medios. Y su fin, gozar de la vida; lo que se llama así.

Pero por más dentro tenía Artemio A. Silva otro yo, que diríamos más interno, un yo privado, un yo hipócrita, lleno de escrúpulos y con la preocupación moral. Era el yo del mandamiento moral; era la fuente del remordimiento. Y era su yo pesimista, así como el otro era el optimista. Artemio le llamaba a ese yo su conciencia, como si el otro también no lo fuera.

Las luchas íntimas de Artemio eran entre su hombre de eficacia y su hombre de moralidad, entre el egoísta y el deísta. Cuando se iba a meter en una acción de esas que los puros políticos —la pura política es la suprema impureza moral— llaman eficaces, de esas en que todo se pospone a la consecución del llamado triunfo, del inmediato, su yo cínico le empujaba a los actos más implacables y a las convenciones y los conchabamientos más perversos; pero su otro yo, el que llamaremos hipócrita, le retenía. Y su acción era siempre incierta y vacilante. Y concluía por encerrarse y decirse a sí mismo: “¡soy imposible!, ¡jamás llegaré a ser nada en este mundo!, ¡estos escrúpulos de monja...!, ¡estos remordimientos...! ¿Y para qué me sirve ser honrado, si nadie me lo ha de agradecer?; ¿para qué si he de morir, de seguir así, pobre y despreciado?” Por donde se ve que ninguno de sus dos

yos, ni su ángel ni su demonio, habían vencido, sino que, en rigor, ambos eran vencidos, cada uno del otro, y vencedor ninguno.

Si el demonio de Artemio —o el Artemio demonio— hubiese vencido al ángel de Artemio —o al Artemio ángel—, habríase dado a medrar y a gozar de la vida del siglo y del encanto del poder y de la fortuna sin rastro alguno de remordimiento; y si, por el contrario, hubiese en él vencido el ángel, habríase contentado con la satisfacción de su propia virtud, con el sentimiento de su propia humanidad vencedora. Pero no le ocurrió ni lo uno ni lo otro, y acabó Artemio siendo mucho peor que un pícaro redomado, mucho peor que uno de esos bandoleros de alto copete que han dejado la conciencia moral al borde del camino y campan y medran a sus anchas en el rodeo del mundo del siglo, sin dársele de otra cosa, y menos de lo eterno, un ardite. Acabó Artemio odiándose a sí mismo y despreciándose. Y este odio y este desprecio eran, en mucha parte, envidia. El que empezó siendo el ángel de Artemio, concluyó odiando a su demonio y siendo, por lo tanto, tan malo como él; y el que empezó siendo su demonio, concluyó despreciando al otro.

El escondido yo mortal de Artemio admiraba ocultamente —pues quería ocultárselo a sí mismo— a su yo eficazista o inmoral. En los diálogos que Artemio mantenía entre sus dos yos, el angélico decíale al demoníaco: “¡si yo hubiera podido ser como tú!, ¡si yo hubiera tenido para hacer el bien la osadía que tuviste tú para buscar tu provecho!, ¡si yo hubiera tenido tu coraje!” Y el yo demoníaco le respondía: “¡El caso es, mellizo mío, que con tus eternos reproches no me has dejado ser como debí haber sido, no me has dejado cumplir mi provecho, y tampoco has hecho el tuyo, cobarde, cobarde, cobarde!” Y luego el yo ex-angélico de Artemio tenía que callar-

se, porque había buscado su provecho moral, y la moralidad no es provecho: había querido un premio para su virtud, y no supo que el premio es la virtud. Y es que el ángel de Artemio había sido corrompido por el fracaso de su demonio.

El pobre Artemio, cuando le conocimos, no se consolaba del fracaso de sus ambiciones mundanas, de no haber hecho una carrera brillante, según el siglo; pero tampoco estaba satisfecho de la aparente austeridad y limpieza de su vida. Nadie le agradecía ni le imputaba a bien su justicia. “No tuvo valor para ser malo” —se decían de él las gentes. Y él lo sabía.

No conocimos en Renada alma más complicada y torturada que la del pobre Artemio A. Silva, un nuevo heautontimoroumenos, el que se atormentaba a sí mismo. Y si Dios nos da salud, humor y tiempo, hemos de contar detalladamente su historia, haciendo que hablen solamente los hechos. Artemio era, en rigor, un envidioso de sí mismo. Porque cuando se revolvía alguno que hubiese medrado en el siglo, decíase: “¡así pude haber sido yo si no me hubiese contenido este maldito ángel, preocupado de la justicia y del deber!” Y cuando se revolvía contra alguno que mantuviese la entereza de un corazón recto y justo y, con ella, el respeto de los mejores, decíase Artemio: “¡así pude haber sido yo si no me hubiese empujado, y sin eficacia, este maldito demonio, que jamás pensó más que en su provecho”. Y así Artemio, al envidiar al que medraba y triunfaba —lo que así llaman los eficacistas o arribistas— su medro y triunfo, y al envidiar al que se mantenía entero y respetado su entereza y respeto, no hacía sino envidiarse a sí mismo. Ninguno de sus dos yos consiguió dominar del todo al otro, y acabaron por fundirse en un solo yo, en que lo angélico se perdió en lo demoníaco. Fué cobarde para

el bien y cobarde para el mal. La lucha entre su ambición y su orgullo se resolvió en la destrucción de ambos, uno por otro.

Como ve el lector, le damos aquí al orgullo un papel angélico. Nos queda por explicar cómo fué por orgullo por lo que los ángeles buenos permanecieron fieles al Señor. Porque el orgullo es el respeto a Dios, a quien se lleva dentro, y la resolución de no venderlo al mundo,

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 29-III-1918.]

Aquel actor, Octavio Robleda, desconcertaba al público. No había podido aprendérselo. En cada nuevo papel se esperaba una sorpresa de su parte. “Llena la escena —había escrito un crítico—, y, sin embargo, parece que está ausente de ella, que está fuera del teatro.” Veíasele —en efecto— profundamente absorto en los personajes que representaba y se adivinaba, sin embargo, que allí quedaba otro, que él, Octavio Robleda, representa entre tanto otra tragedia más profunda. Cuando hacía *La vida es sueño*, de Calderón, sentíase que la iba creando y que él, Octavio Robleda, soñaba a Segismundo.

Los autores gustaban poco de Octavio. Decían, y no les faltaba razón en ello, que sin quitar ni poner una palabra de lo que ellos, los autores, habían escrito, Octavio les cambiaba el personaje y le hacía ser otro que el por ellos concebido. Y que luego de creado un sujeto así, de escena, por Octavio, no había ningún otro actor que se atreviese a representarlo. Porque Octavio hacía llorar con personajes que el autor concibió cómicos y hacía reír con los que concibió trágicos.

De su vida privada no se sabía casi nada. Vivía solo y solitario, sin amigos, y en las horas que no pasaba en el teatro era casi imposible el poderle ver. En sus temporadas de descanso, de vacaciones, íbase a una casita de un pueblecillo de sierra y se pasaba casi todo el día en un bosque, lejos de toda

sociedad humana, estudiando las costumbres de los insectos. Y cuando le preguntaban por qué no estudiaba a los hombres, respondía: “¿Y para qué? No somos nosotros, los actores, los que imitamos y representamos sus gestos, sus acciones y sus palabras, sino que son ellos los que nos imitan. Es el teatro el que hace la vida. ¡Y estoy harto de teatro!”

—¿Y de vida por lo tanto? —le dije una vez que se lo oí.

—¡Y de vida, sí! —me respondió Octavio.

No sé cómo, pero llegamos a intimar, y aquel hombre tosco y huraño, insociable, llegó a confiarme parte del secreto de su vida. No lo esencial de él, pero sí lo formal de ese secreto.

—Vivo torturado —me dijo— por el horror a la exhibición. Me molesta ser el blanco de las miradas de tanta gente y quisiera poder hacerme invisible, hundirme bajo la tierra. Mi mayor preocupación cuando salgo a escena, es que el público me vea a mí, Octavio Robleda, que sepan que estoy allí yo y por eso pongo tanto cuidado en caracterizarme de modo que mi propia personalidad se borre.

—Y por eso —le dije—, por ese empeño se le ve siempre a usted. Ahora me explico lo que le ocurre al público con usted y esa indefinible sensación de desasosiego y de desconcierto que usted provoca en él. Y es que sentimos bajo la tragedia que usted representa la otra tragedia...

—Que también represento... —me interrumpió con tristeza.

—La tragedia de una personalidad que quiere borrarse, anularse, y no lo consigue...

—No —exclamó—, no es que quiera anularme; es que no quiero darme en espectáculo; es que no quiero que me vean; es que no quiero que sepan que yo, que Octavio Robleda está allí; es que me quiero para mí y nada más que para mí. Y cuando

voy por la calle sufro, sufro lo indecible. Quisiera pasar inadvertido, que no sepan que soy yo. Cada vez que se me quedan mirando, que miran a Octavio, al actor favorito, sufro. Ya desde pequeñito, desde niño, me producía una gran intranquilidad el que los demás repararan en mi presencia. Habría querido ser invisible...

—¡Y, sin embargo, escogió usted esa profesión, la de exhibirse!

—Primero, no la escogí. Fué azar de la suerte. Soy hijo de actores; puedo decir que nací en el teatro y en él me crié. Y luego si la acepté fué precisamente buscando borrarame, desaparecer en los personajes que representara y que nadie me viera ni me mirara sino a ellos. Habría querido no tener nombre ni estado civil y que el público no supiese quién era el que hacía el papel..

—¡Ahora me explico el aire de suprema angustia con que sale usted a saludar al público cuando le aclama!

—Sí; me molestan los aplausos porque son a mí. Que aplaudan a Hamlet, o a Segismundo, o a Don Juan, o a Juan Gabriel, o a Don Alvaro, ¿pero a mí? ¿Para qué me hacen salir a saludarles? ¿Por qué no me dejan en paz? Si yo he querido morirme en esas criaturas de ficción, sepultarme en ellas, ocultarme, ¿por qué me buscan? ¿Por qué buscan a Octavio Robleda? Y mi nativa timidez padece. Porque yo sé cómo debe presentarse Hamlet, o Segismundo, o Don Juan, o Don Alvaro, que son hombres de exhibición, de espectáculo, de representación, ¿pero yo? Yo no sé cómo presentarme. Y tiemblo siempre de hacer el ridículo. Nada me repugna más que el histrión. ¡Que me dejen solo!

—Es extraño... —murmuré.

—¡Odio el teatro; le odio con toda el alma! Me he refugiado en el teatro del arte, en el tablado de

la escena, huyendo del otro teatro, del más grande. En cualquier otra profesión que hubiese adoptado, a no ser pastor de la sierra o cartujo, habría tenido un público que acudiese a mí, a Octavio Robleda, y creí que en ésta de actor lograría escapar a las miradas de las gentes. Quise poner a Hamlet, a Segismundo, a Don Alvaro, a tantos otros entre las gentes, entre el mundo y yo, cubrirme y encubrirme con ellos y no lo consigo! ¿Qué les importo yo? ¿Qué importo yo a mí mismo?

—¡Por eso le culpan a usted de soberbio!

—¿Soberbio? ¿Soberbio yo? Toda mi aparente soberbia no es más que un broquel para ocultar mi timidez, mi nativa e incurable timidez. Por timidez me aventuro a las tablas. Es el horror a que se me vea, a que reparen en mí, a que me miren a la mirada y me roben así el secreto de mi soledad, es eso lo que me hace meterme en los personajes que represento. Y no me sirve, ¡siempre están buscando a Octavio Robleda! ¡Siempre van a ver a Octavio Robleda! Y yo no quiero que me vean: yo no quiero que me miren; no quiero que sepan que existo. Si es que existo...

Dijo esto último con un tono que me infundió frío en el tuétano de los huesos. Y empecé a columbrar el fondo del secreto de la soledad de Octavio Robleda.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 4-XII-1920.]

LAS PEREGRINACIONES DE TURISMUNDO¹

II

LA CIUDAD DE ESPEJA

Cuando ya el pobre Turismundo se creía en el páramo inacabable, a morir de hambre, de sed y de sueño al pie de un berrueco, al tropezar en un tocón vió a lo lejos, derretidas en el horizonte, las torres de una ciudad. Brotó sobre ellas, como una inmensa peonía que revienta, el sol, y la ciudad centelleaba. Recogió Turismundo lo que de vida le quedaba y fué hacia la ciudad que, según él, se le acercaba, y el sol subía en el cielo, engrandeciéndose ella. Mas cuando ya estaba a su entrada, el aire parecía espesarse y oponerle un muro.

Era, en efecto, un muro transparente e invisible. Siguió a lo largo de él, bordeando la ciudad, hasta que entró en ésta por una que parecía puerta en el muro invisible.

Las calles, espaciosas y soleadas, estaban desiertas, aunque de vez en cuando pasaban por ellas vehículos vacíos y que marchaban solos, sin nadie que los llevase ni guiase. Las casas, todas de un piso, tenían así como fisonomía humana; con sus ventanas y puertas y balcones, todo ello abierto de par en par, parecían observar al peregrino y a las veces sonreírle. Turismundo había olvidado su hambre, su sed y su sueño.

Desde la calle podía verse el interior de las casas, abiertas a toda luz y todo aire. En casi todas ellas, junto a muebles relucientes, al lado de camas que convidaban al descanso, grandes cuadros con retratos de los dueños, acaso, o de sus antepasados. Y ni una sola persona viva. De algunas casas salían tocatas como de armonio. Y llegó a ver por una ventana de un piso bajo el armonio que sonaba. Sonaba solo; nadie lo tocaba.

Detrás de las tapias de los sendos jardinillos de las casas alzábanse cipreses en que piaban y chillaban bandadas de gorriones. Y de todo como que rezumaba una quietud apacible y luminosa.

Fué a dar Turismundo a una larga calle con soportales. Se asomó a una de las abiertas casas y descubrió una gran biblioteca. Los libros estaban todos al alcance de su mano. Pero siguió calle adelante, por los soportales, hasta ir a dar en una plaza espaciosísima, toda poblada de estatuas y cruces y obeliscos. Era un gran cementerio, el cementerio, sin duda, de la ciudad desierta. Hallándose en el cual oyó sacudir el cielo los toques de una campana, y entonces se le despertaron, con fuerza devoradora, el hambre, la sed y el sueño.

Entró por la primera calleja, luego en la primera casa —todas estaban abiertas—, y llegó a un comedor, en medio del cual y en mesa limpia había de comer y de beber en abundancia y a escoger.

Comió y bebió no mucho, pero hasta satisfacerse, y luego procuróse la cama y cayó rendido de sueño sobre ella antes de poder desnudarse.

Cuando se despertó al día siguiente, Turismundo sentíase otro. Un indecible gozo de paz corría por sus entrañas. Fuése al comedor, desayunó un desayuno con aromoso y caliente café —¿hecho por quién?— y salió a la calle a descubrir mejor la ciudad. De cuando en cuando cruzaba algún vehículo

vacío y un caballo solo y en pelo. Al pasar junto a la casa de la biblioteca entróse en ella, buscó un libro, el más a mano —y eso que estaba allí el catálogo y era facilísimo por él dar con cualquier otro—, y se puso a leerlo.

Cuando volvió a salir a las calles de la ciudad, invadióle un extraño y misterioso sentimiento. Era como si una espesísima, pero invisible, intangible e inoíble muchedumbre humana le rodease. Sentíase entre un tropel de prójimos y como si se clavasen en él miles de miradas invisibles. Y hasta sintió, en las entrañas y no en los oídos, el eco de risas silenciosas. Apretó el paso y la muchedumbre aquella no cesaba. Y no era, no, que le siguiesen; era que las calles y cantones y plazuelas y corrillos estaban todos atestados de aquella gente, a la que ni veía, ni oía, ni tocaba. Aunque a ratos sentía como voces misteriosas y el apretamiento de la muchedumbre.

Buscando encontrarse solo, alzó la voz para increpar a la turba invisible, silenciosa e impalpable, y la sangre se le paró, helada de terror, en las venas, porque no se oyó a sí mismo. Parecía que el ámbito saturado de hombres, hecho de ellos, humanado —no humanizado—, ahogaba su voz y con ella le ahogaba a él. Y sintió hambre y sed y sueño de soledad; ansió con ansias mortales encontrarse solo, enteramente solo, viendo miradas y oyendo voces de hombres y mujeres, tocando a prójimos. Y comprendió que la soledad, la verdadera soledad, la que le pone a uno cara a cara de Dios y lejos de sí mismo, es la que se logra en medio del tráfigo y tumulto de la gente.

Quiso salir de la ciudad y no pudo. Ceñíale aquel muro invisible, aquella faja de aire hecho como acero. Y desesperado se volvió por entre aquella muchedumbre invisible, silenciosa e intangible, al cementerio central, a la gran plaza. Y paseándose, henchi-

do de congoja, por entre las tumbas y las estatuas, en cuyo mármol cantaba el sol, vió que una hermosa laude se entreabría como la valva de una ostra. Al acercarse él cerróse. Se detuvo Turismundo, buscó luego una tranca y aguardó junto a la tumba. Y cuando el laude volvió a empezar a entreabrirse, metió la tranca por la rendija e hizo fuerza como con una palanca.

—¡No, por fuerza, no! —dijo una voz que salía de la tumba.

Al poco rato salía a luz un enano huesudo y ce-trino.

—¿Y tú, quién eres? —le preguntó Turismundo.

—¿Yo? Yo soy Quindofa, y tú, Turismundo, desde hoy mi amo.

—¿Qué hacías ahí?

—¿Yo? ¿Qué hacía yo aquí? Pues yo hacía aquí, dormir.

—Pues que me llamaste tu amo, ¿me enseñarás a salir de la ciudad?

—¿De esta ciudad de Espeja? Sí, te enseñaré a salir de ella. Saldremos, y juntos correremos mundo.

—¿Y esa muchedumbre invisible, silenciosa e im-palpable que llena esta ciudad y no me deja solo un solo momento?

—¿No te viste nunca en un cuarto cuyas cuatro paredes y el techo y el suelo fuesen seis espejos? ¡La de gente que te rodearía allí! ¡Pues esto y no otra cosa es lo que aquí te ocurre! Aquí todo es espejo.

—Y cuando quise hablarles no me oí.

—¡Es natural! El que habla solo y para sí solo, no se oye.

—Pues ahora, al hablarte, me oigo.

—Sí, porque yo, Quindofa, tu criado, te sirvo de eco. Si no repercutieran en mí y desde mí a ti tus

palabras, no te oirías. Pero ahora vamos. Dame la mano.

Le dió Turismundo la mano a Quindofa, el enano huesudo y cetrino, y sintió al punto que toda aquella muchedumbre invisible, silenciosa e intangible que llenara la ciudad se había recogido a sus moradas, y por las calles desiertas fueron hasta la misma puerta invisible por donde el peregrino había entrado. Y pronto se encontraron en el páramo.

—¿Y ahora? —preguntó Turismundo.

—¿Ahora? —contestó Quindofa—. ¿No ves allí, lejos, muy lejos, aquello que parece nube? Pues aquello es la montaña Queda. Vamos a subir a ella y me agradecerás la visita. Es una de las cosas más maravillosas que en este nuestro mundo —el tuyo y el mío— pueden verse. ¡Y aquella águila! ¡Y aquellas abejas!

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 9-I-1921.]

LAS PEREGRINACIONES DE TURISMUNDO¹

III

TUMICOPA, GUPIMBODA Y FAFILORIA

Al poco de haber dejado las ruinas de la Cartuja del rosal encontráronse Turismundo y Quindofa en un páramo desolado y raso. El aire les pesaba como vapor de plomo frío y una inmensa tristeza parecía llover desde un cielo de acero. No se veía otra línea que la del horizonte ni había más individuos en la tierra que ellos dos, los peregrinos, y en el cielo el Sol, otro peregrino. Turismundo caminaba mirando a su sombra, que iba delante de él, y Quindofa comiéndose unas naranjas que había cojido en la huerta de la Cartuja. E iba partiendo en pedacitos las cáscaras de las naranjas y luego las iba echando por el camino.

—¿Para qué haces eso? —le preguntó Turismundo al percatarse de ello.

—Por si nos perdemos, para que por ese rastro nos encuentren.

—¿Y no es acaso mejor perderse, Quindofa?

¹ Debo el autógrafo de este relato, continuación del anterior, al doctor Arnaldo Bascone, Agregado Cultural de la Embajada de Italia en Madrid, quien lo recibió de la viuda del Ettore Zuani, a quien se lo envió Unamuno. No tengo noticias de que fuese publicado en España, como tampoco la segunda parte, que no he visto. Véase lo que sobre el particular indico en el prólogo de este volumen. (N. del E.)

—O para que volviendo sobre nuestros pasos podamos retornar adonde hemos salido.

—¿Puede el arroyo volver a su fuente, a su manantial?

—Pero va al mar que es lo mismo, pues que es manantial.

—¿Y a dónde vamos con todo esto?

—Pregunte más bien, mi amo dónde estamos.

—¿Y dónde estamos, Quindofa?

—En el centro de la circunferencia infinita.

—¿Pero marchamos?

—No, sino que estamos quietos. Es el camino el que marcha bajo nuestros pies y con él cuanto nos rodea.

—¿Y Galileo? ¿Y Colón?

—¿Qué? Colón?

—Cristóbal, el que descubrió la América.

—Pero Cristóbal Colón no descubrió la América, sino que fué América la que descubrió a Cristóbal Colón y le inventó. La América la descubrió Américo Vespucci y por eso se llama América.

—Pues yo creía que lo que hizo Vespucci fué escribir el primer libro sobre América que se hizo popular en Europa...

—¿Lo ve, mi amo? Describirla, que eso y no otra cosa es descubrirla. No, no descubrieron la América ni Colón, ni los vikingos escandinavos que antes de él dejaron allí sus inscripciones rúnicas.

—¿Y qué me dices, Quindofa, de eso que salen ahora diciendo algunos eruditos... —¡no, no tuerzas así el gesto!— de que Cristóbal Colón no fué genovés, sino un judío gallego de Pontevedra?

—No fué ni lo uno ni lo otro. Cristóbal Colón fué un indio caribe de la costa firme de Venezuela. Llegó a este Viejo Mundo, para él nuevo, siendo muy niño, en una grandísima canoa, traída a remo —¡a remo!— por unos cuantos de su tierra que venían

a descubrir Europa. Y la descubrieron para ellos y se establecieron en Pontevedra y luego salió Colón de Palos de Moguer a descubrir Europa a los americanos. Esta y no otra es la verdad de la historia.

—¿Y de qué documentos has sacado eso, Quindofa?

—¿Pero se cree, mi amo, que yo trato a la historia como esos escarabajos peloteros de la investigación erudita? ¡Yo *hago* historia! ¡Ellos la *escriben* cuando más! Aunque la verdad verdadera es que esa historia de Colón la he sacado de un costal de *quipos* antiquísimos que pertenecieron a un *curaca* del Cuzco y que fueron a parar, no sé cómo, al fondo de mi tumba en la ciudad de Espeja.

—¿Es que hay también tesoros bibliográficos en ella?

—¡Y no pequeños! ¿Conoce mi amo la *Historia profana de los indios de allende mar*, por el P. Maestro Fray Domingo López de Avendaño, jerónimo, impresa en Medina del Campo, en casa de Juan Rengel en 1575? Pues en esa obra se le refuta a Castelar cuando escribió: “Decidme, americanos, que me oís; creílo un tiempo...”, demostrando con potísimas razones de la Escuela —Fray Domingo López de Avendaño pensaba en latín— que no habiendo entonces todavía teléfonos interoceánicos, mal pudieron oírle a Castelar desde América. ¡Y es así como se escribe la historia!

—Pero todo esto, Quindofa, no son más que...

—¡Arabescos, mi amo, arabescos!

—¿Y pierdes el tiempo en ellos?

—Mire, mi amo, el arabesco es el modo de pensar que mejor corresponde a la realidad, la cual no es sino un cinematógrafo caleidoscópico o un caleidoscopio cinematográfico...

—¡Paradojas, Quindofa, paradojas!

—¡Ya saltó la palabra de los imbéciles!

—¡Quindofa!

—No, si yo no he querido llamarle imbécil. Lo que he querido decir es que mi amo emplea esa palabra, como todos los que la emplean, sin saber lo que quiere decir...

—¿Y qué más da si es la palabra la que crea su significado? Tú inventa un vocablo cualquiera por absurdo que sea, juntando unas sílabas al azar, por ejemplo *tumicoba*, échalo a rodar y acabará significando algo.

—Sobre todo si lo pone en un grito así: “¡Viva la tumicoba!” o “¡abajo la tumicoba!”. Y mejor si se inventan tres así: ¡*tumicoba*, *gupimboda* y *fafiloria*! Porque esto, como “Dios, Patria y Rey”, o “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, o “Fe, Esperanza y Caridad”, o “Agricultura, Industria y Comercio”, o “Padre, Hijo y Espíritu Santo”. Lo que hay que inventar son ¡palabras, palabras, palabras! Con palabras construimos nuestro mundo, ¡el nuestro! Y por eso creó la América el que dió origen a su nombre Américo. Nuestro mundo no lo creó Dios, sino que lo creó Adán al dar nombres a las cosas que Dios le puso delante.

—¿No hizo más bien Adán a Dios?

—Sí, mi amo, para que nos soñara el mundo. Porque este mundo es un sueño de Dios, y Dios nos está soñando...

—¿Y cuando se despierte?

Al decir esto, sintió Turismundo que su sombra, que iba delante de él y como guiándole por la desolación del páramo, se derretía en la claridad luminosísima del suelo, que parecía un espejo del cielo. Siguió con la vista el suelo y no dió con la línea del horizonte. Cielo y tierra se juntaban en uno. Sintió luego que la tierra se le iba debajo los pies, al poco rato se apagó el Sol y empezaron a brillar en derredor de él, arriba y abajo, las estrellas. Empezó luego a clarear, sin oriente, iluminóse el cielo

todo y se hizo un día clarísimo pero sin sol. La luz venía de todas partes, nada hacía sombra y se encontró girando al derredor de Quindofa —o Quindofa al derredor de él, pues no era posible determinarlo— y de modo que siempre se daban cara.

—¿Y esto qué es, Quindofa?

—Esto es la apocalipsis de la apoteosis. Como si dijéramos la abominación de la desolación o el paroxismo de la cataplegia. ¡Tumicoba, gupimboda y fafiloria! ¡Viva el Ser! (¡Eviva l'Essere!).

Levantó Turismundo un brazo y Quindofa el correspondiente; levantó luego una pierna y la que le correspondía Quindofa. Sacó Turismundo la lengua y Quindofa la suya. Luego se puso aquél a palpase y mirarse y pudo observar, con el rabillo del ojo, que Quindofa también se palpaba y se miraba.

—¿Pero soy yo, Quindofa? —preguntó angustiado Turismundo.

—No; ¡soy yo!

—¿Eres tú?

—¡Yo, tú y él! Tumicoba, gupimboda y fafiloria! ¡Viva el Ser! ¡Pregúnteme ahora de filosofía, mi amo!

—¡Oh, no, no, no, nada de filosofía! No puedo con sus escuelas...

—¿Sus escuelas? La una dice que todo consiste en la consistidura, la otra que en la consistencia, ésta que en el consistimiento, aquélla que en el consisti... ¡Viva el Ser!

—¿Eres un imbécil, Quindofa!

—¡No!

—¡Sí!

Y empezaron como los niños el juego del no-sí-no-sí (bis), hasta que Turismundo cambió el sí por un no, y entonces Quindofa el no por un sí, y pasaron a otro juego, el del sí-no-sí-no (bil). Y era como

mirar en un tablero de ajedrez si las casillas negras se destacan sobre las blancas o éstas sobre aquéllas.

Perdió al fin Turismundo su paciencia y levantó el puño para pegarle a Quindofa en el mismo momento en que éste hacía lo mismo, lo que le irritó más aún. Pero no se alcanzaban con los puños, y Turismundo, loco ya de furor irracional, empezó a cachetes con el espacio mientras Quindofa, pero riéndose, hacía lo mismo. En un momento acertó Turismundo a darse un puñetazo a sí mismo, en las sienes, y de pronto encontróse otra vez en medio del páramo, de camino, al lado de su compañero, y su sombra, aún más larga, delante de él.

—¿Qué ha sido esto, Quindofa?

—Nada, que Dios sigue soñando y sin despertar.

—¡Pero qué solos estamos!

—La soledad nos apuña en uno y nos junta.

—¿Y decías?...

—Digo que tunicoba, gupimboda y fafloria.

—¡Arabescos, Quindofa, arabescos!

—Todo es arabesco desde que el punto se puso a danzar haciendo líneas.

—Pero el punto, ¿no es el límite de la tierra?

—No, mi amo, sino la línea misma mirada a lo largo de ella. Cójase una varita, una regla de hierro y, cerrando un ojo, mírela con el otro a lo largo de ella y no verá si no su extremo, su punta.

—Y cuanto más larga sea la línea así mirada...

—Más intenso es el punto.

—Pero ya te he dicho, Quindofa, que no quiero más filosofía.

—Pues qué, ¿quiere cuentos? ¿Y si yo le contara las aventuras de tunicoba, gupimboda y fafloria, y cómo son, al igual de todas las palabras humanas, quieran decir algo o no quieran decir nada, hombres y mujeres, de carne y hueso? ¿Si yo le contara las aventuras de las tres hermanas Libertad, Igualdad y

Fraternidad, desde que se encontraron solas y hambrientas en medio de un bosque, donde las dejaron sus padres, y lo que es peor, desnudas, mientras helaba, y cómo se vistieron con cortezas de árboles y cómo...?

—¿Pero tú sabes la historia de esas tres hermanas?

—Y cómo fueron en busca de sus novios sin saber que estaban condenadas a virginidad perpetua y cómo...

—Cuéntamelo.

—No, dejémosle a Dios que duerma y sueñe.

[Inédito.]

LA SOMBRA SIN CUERPO

FRAGMENTO DE UNA NOVELA EN PREPARACIÓN

El misterio del suicidio de mi padre me atormentaba, como os he dicho, de continuo. En él se encerraba para mí el misterio de mi propia vida y hasta de mi existencia. “¿Por qué y para qué había venido yo al mundo?” Tal era la pregunta que me dirigía a mí mismo de continuo. Y si no acabé con mi vida, si no me la quité a propia mano armada, fué porque esperaba arrancar de mi madre, a escondidas del otro, la solución del misterio de mi vida.

Habríame, en efecto, juzgado y sentenciado a mí mismo y ejecutado luego por mí propio la sentencia, haciendo así de reo, juez y verdugo, si hubiera podido procesarme. Pero mi proceso tenía que empezar por la inquisición del suicidio de mi padre, que habría de ser el que justificase el mío. Y no había manera de arrancar una palabra a mi pobre madre sometida al otro que había hecho desaparecer de casa todo rastro que pudiese recordar a su antiguo dueño.

Por este tiempo vino a dar a mis manos aquella estupenda novelita de Adalberto Chamisso que se llama *La maravillosa historia de Pedro Schlemihl*, o sea el hombre sin sombra, el hombre a quien le quita su sombra, a cambio de la bolsa de Fortunato, el hombre del traje gris, o sea, el Diablo. Al pobre Schlemihl, como se sabe, de nada le sirvió su bolsa, pues que todos huían de él al verle sin sombra y

tenía que huir de la luz, de lo que se aprovechó el Diablo para proponerle la devolución de la sombra por el alma, a cambio de ésta, trato que rechazó Schlemihl con todo lo que en la maravillosa novelita de Chamisso se sigue.

La lectura de esta obra verdaderamente clásica me produjo una impresión inexplicable. Pero lo que me preocupaba no era la suerte de Pedro Schlemihl, sino la de su sombra. Cuando este desgraciado aceptó el primer trato con el hombre del traje gris, éste se arrodilló ante él y con maravillosa destreza le arrancó su sombra, de la cabeza a los pies, de la yerba, la levantó, la arrolló y plegó y se la guardó. Y yo me preguntaba qué es lo que hizo después con esa sombra. Di en pensar que no se la guardó en el bolsillo esperando a que Schlemihl, al sentir las consecuencias de tener que vivir sin ella, volviera a pedirle deshacer el trato, ofreciendo devolverle la bolsa, y entonces le propusiera comprarle el alma, sino que el Diablo soltó la sombra a que fuese a errar por el mundo. Y me imaginaba que si encontramos a un hombre sin sombra nos ha de producir no ya extrañeza, como a los condenados del Purgatorio del Dante les causaba verle a éste con ella, sino espanto, verdadero espanto, mucho más habría de producirnos encontrarnos en los caminos de la vida con la sombra de un hombre sin su cuerpo. En la novelita misma de Chamisso hay un pasaje en que Schlemihl se encuentra con la sombra de un hombre invisible y lucha con éste para quitársela, pero no es lo mismo esto que lo que yo me imaginaba.

Figurábame ver venir por carreteras, calles y plazas la sombra misteriosa, ya alargada, luego del alba y al ocaso, ya recogida, al mediodía, ver que se prolongaba de ella un brazo o que se recogía, verla elevarse por un muro, cruzarse con otras sombras,

pero de objetos inanimados... Porque hasta los animales habrían de huir de ella llenos de espanto. Figurábame que hasta la más intrépida fiera huiría aterrada al ver acercarse a ella la sombra de un hombre sin hombre. Como si de pronto nos sobrecogiera la sombra de una nube sin nube visible en el cielo sino éste sereno y radiante de plenitud de azul. Y me imaginaba una escena trágica y es que en una calle se encontraran, a pleno sol, un ciego que avanzaba a tientas por ella y la sombra humana sin cuerpo y los espectadores esperaran aterrados el encuentro de sus dos sombras, y que éstas se mezclaran y confundieran y el ciego pasase sin haber sentido nada.

Y pensaba que las gentes se preguntarían si era, en efecto, de hombre la sombra, si era una sombra humana, y se pondrían —¡desde lejos, claro!— a estudiarla y luego a estudiar sus propias sombras y a ver si así determinaban cómo sería el hombre invisible que proyectaba aquella sombra. Sin que faltasen pedantes que quisieran aplicar al estudio de aquel pavoroso misterio la geometría proyectiva.

Y luego di en pensar que la sombra de Pedro Schlemihl recorriera el mundo en busca de su cuerpo, del cuerpo de Schlemihl, y éste lo recorriera a su vez en busca de aquélla. Y acabé por pensar si no somos todos sombras a la busca de sus cuerpos y si no hay otro mundo en que nuestros cuerpos nos están buscando. Y entonces di en pensar que aquella comezón del suicidio que me atormentaba no era sino el deseo de encontrar a mi padre, que era el cuerpo de que era yo la sombra.

Pero entonces se me ocurrió que como el mundo en que vivía mi padre era un mundo todo él de sombra, un mundo que no era más que sombra, dejaría de ser yo en él lo que era, una sombra, y no encontraría a nadie. Porque ¿cómo va a encontrar

nada el que se vuelve nada? En aquellos días no salía de casa y aun en ésta huía de la luz. Me aterraba la idea de poder ver mi propia sombra, sombra de sombra. Una tarde en que, sin poder evitarlo, vi la sombra de mi cabeza proyectada en la pared, de donde el otro había quitado un retrato de mi padre, creía que se me vaciaba la cabeza. Y entonces supe lo que es el terror en las raíces del alma.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 16-VII-1921.]

EL ALCALDE DE ORBAJOSA

ETOPEYA

Nos llevó a Orbajosa el ansia de conocer a su famoso alcalde, que se decía ser el primer tocador de ocarina, el primer criador de gansos y el primer jugador de tángano de la muy esforzada, muy hazañosa y muy rendida ciudad real. Pretendía ser, desde luego, el primer orbajosano, y era profesional del optimismo, por lo menos de pico. Al hablar de él, los orbajosanos se guiñaban el ojo. Y esto porque la primacía histriónica del famoso alcalde era un valor entendido, y todos querían estar a bien con él, pues era quien condonaba las multas.

De vez en cuando el alcalde se iba a la plaza pública de Orbajosa con sus compinches y amigotes —los que le reían las gracias y le celebraban los chistes— a jugar allí al tángano, delante de los papanatas de la ciudad para que éstos le aplaudiesen las jugadas. Que es, por ejemplo, como si un soberano que se cree ágil de piernas se pone a saltar en público para que sus súbditos le admiren como saltarín y aún haya quienes le aplaudan por ello.

Habíamos sido previamente presentados al singular alcalde, y éste, al vernos que nos detuvimos un momento a verle jugar al tángano, se dirigió hacia nosotros y con su característica llaneza —el alcalde se precia de campechano— nos dijo: “Eh, ¿qué tal?”

—Que esto de ponerse a jugar así al tángano, en público, nos parece neroniano, señor —le dijimos.

—¿Neroniano? ¿Pero me cree usted un Nerón?

—Lo característico de Nerón, señor, no fué la

crueldad. A sus actos de crueldad le llevó el histrionismo, su manía teatral, el empeño de ser el primero en una porción de cosas, entre ellas el cantar, que no era de su oficio. Nerón debió contentarse con ser un buen emperador de Roma, cumplidor de las leyes, y Vuestra Ilustrísima...

—¡Excelencia, amigo, excelencia!

—Bien. Vuestra Excelencia, o Eminencia, o Sobresalencia, o como quiera, debía contentarse con ser un buen alcalde de Orbajosa, un buen presidente de su Concejo.

—¡Yo no soy sólo presidente del Concejo!

—Lo sé, señor, lo sé; Vuestra Excelencia es, en rigor, el Concejo todo, su alma, su primer motor inmóvil, que diría Aristóteles...

—¡Bromitas a mí, no!

Y volviéndose a uno de sus amigotes, le dijo: "Este gachó está chalao." Y luego a nosotros:

—De modo que usted cree que esto de jugar al tángano es pecaminoso...

—¡No, señor, no! Ni jugar al tángano, ni tocar la ocarina, ni criar gansos son cosas en sí pecaminosas; pero que todo un alcalde de la muy esforzada, muy hazañosa y muy rendida ciudad real de Orbajosa ponga en ello su hipo y haga ostentación de esas habilidades, es pecaminoso.

—¿De qué pecado, señor moralista?

—De pecado de frivolidad.

Al oír esto el alcalde torció el gesto. Esta palabra, "frivolidad", le llegaba al alma. Hubo quien en cierta ocasión le hizo llorar diciéndole que era de lo que se le culpaba en la ciudad.

—Tenemos que hablar —nos dijo el alcalde, y nos volvió la cara.

Nos procuraron una entrevista con el primer jugador de tángano, primer tocador de ocarina y primer criador de gansos de Orbajosa. El pobre hom-

bre se nos presentó con el alma en pelota. Y no que no tratara de ocultarla, pero es que como se llevaba la hoja de parra a la cara, con el fin de taparse ésta, dejaba al descubierto las vergüenzas.

El famoso alcalde se esforzó en hacernos creer que la alcaldía le daba mucho cuidado y que le quitaba el sueño y que el tângano, la ocarina y los gansos no eran sino honestos esparcimientos y diversiones de los gravísimos empeños de su cargo. Y sacamos la convicción de que la alcaldía era para él otro tângano, otra ocarina u otro rebaño de gansos. Nunca nos resultó más frívolo que cuando quiso hablar en serio. La verdadera seriedad le era inaccesible.

Al final de la entrevista se le quebró la voz, se le empañaron los ojos y casi se nos echa a llorar. Culpaba a los orbajosanos de ingratos. ¡Y qué cosas nos dijo de los concejales! Que estaba harto de los concejales, que no le ayudaban en sus grandes iniciativas, que eran unos tales y unos cuales.

—Mire usted —nos decía—; les he propuesto la construcción de un gran puente, de ocho kilómetros de largo y de un solo arco, ¡fíjese!, y todo él de aluminio, para que pese menos, y entretenidos en sus personalismos no me hacen caso. ¡No se puede regir a un pueblo así! ¡Y luego le echan a uno la culpa! Y hasta le censuran porque juegue al tângano, toque la ocarina y críe gansos!

Nos dió tanta pena el pobre alcalde que no supimos qué responderle. ¡Además, como siempre estaba en escena...! Para él no había verdadera vida privada. El hombre había sido ahogado por el alcalde.

Al salir de Orbajosa un conspicuo orbajosano nos preguntó qué nos parecía el alcalde, y le dijimos que nos parecía el primer botarate de la ciudad.

GÁRCIA, MÁRTIR DE LA ORTOGRAFÍA FONÉTICA

Gárcia —con acento en la primera *a* y bisílabo, y no García— era maestro de escuela y decidido partidario de la ortografía fonética. Para cada sonido un solo signo y para cada signo un solo sonido. Suprimía la *c* y la *qu*, escribiendo *ka, ke, ki, ko, ku* y *za, ze, zi, zo, zu*. Así, *kerer, kinto* y *zera, zinturón*. Su grito de guerra —que él escribía *gerra*— era: “¡Muera la *qu*!”

Gárcia —no García— sostenía que las más hondas revoluciones vienen de lo que creemos más accesorio, que en cuanto se forme una generación que escriba su lengua con ortografía fonética, esto sólo le cambiará todo el resto de la manera de pensar. Aunque Gárcia no había leído a Spengler, el último gran paradojista germánico, presentía que lo sustancial es el estilo, y que lo que llamamos forma es lo más fundamental. Y por eso no se conformaba con la ortografía académica u oficial.

Pero, además, él era Gárcia y no García, y defendía la prosodia de su apellido con una tozudez heroica. Era menester que no le devorasen los Garcías, los vulgares Garcías. Un García cualquiera podía conformarse con la ortografía oficial y transigir con la *qu* y con la hache; pero él, Gárcia, él era un rebelde que iba a revolucionar por la ortografía fonética el pensamiento todo de las generaciones futuras. Su mujer, de apellido Martín, era de un linaje que se había sometido, que había abdicado de su personalidad. Porque el bisabuelo de su mujer, un es-

cocés. Mac Hartin, escribía su apellido como es frecuente en estos que empiezan con un Mac, así: M'Hartin, y firmándolo de tal modo vino a establecerse en España; su hijo, el abuelo de esa mujer, firmaba MHartin, sin apóstrofo y con dos mayúsculas iniciales; su padre se quedó con el Mhartin, con hache minúscula, y ya los hijos de éste, y entre ellos la mujer de Gárcia, quitando la hache, se quedaron en Martines cualquiera, ¡un desastre!, y Gárcia decía a su mujer: "Yo restableceré para nuestros hijos la hache de tu apellido, el resto de la aspiración primitiva del Mac Hartin originario, y nuestros hijos firmarán Gárcia Mhartin, resucitando su doble personalidad". Sin que le importase a Gárcia que eso de escribir Mhartin para leer lo mismo que Martin era poco fonético. "En los apellidos es otra cosa —decía—; en los apellidos hay que mantener la tradición, la originalidad, la personalidad, y yo soy Gárcia, con acento en la primera *a*, y mi mujer Mhártin, con hache y acento en la *a* también".

Pero si al pobre Gárcia le costaba inculcar en sus convecinos el odio a la *qu* y a la hache, le costaba más que le llamasen Gárcia y no García. Sobre todo los Garcías, que eran abundantes en el pueblo en que ejercía su magisterio Gárcia, se burlaban de éste y de sus pretensiones, que ellos suponían nobiliarias. "Es un García como nosotros —decían—, ni más ni menos que un García, y si aspira a distinguirse, que se distinga de otro modo el muy botarate."

Para defender su apellido, que era su personalidad, se le ocurrió que se deben acentuar todas las palabras, sean llanas, agudas o esdrújulas y terminen como terminaren, y así firmaba Gárcia, y a sus hijos les hacía firmar Gárcia Mhártin. No podía derogar. El no despreciaba a los Garcías, no, y hasta les reconocía excelentes condiciones de hijos, hermanos, maridos, padres y ciudadanos, pero se conformaban con

la *qu* y con la hache, eran Garcías de conformidad; y él, no; él, García el rebelde.

Pero el pueblo se alarmó, y creyó que aquel hombre heroico y abnegado estaba trastornando los entendimientos de los niños puestos a su cuidado, que a estos niños les convenía aprender la ortografía oficial y no otra, que si escribían *azer* en vez de *hacer*, *zikatero* en vez de *cicatero* y *keso* por *queso*, no harían carrera, y empezó una campaña contra el pobre maestro. “Él que escriba sus cartas como quiera —decían los vecinos—; pero a nuestros hijos que les enseña a escribir como Dios manda.” Dios era la Real Academia Española de la Lengua. Y querían que les enseñase a escribir hasta *septiembre* y *oscuro* y *subscriber*, como yo no escribo nunca. (Aunque aparezca así por obra y gracia de los correctores y regentes de imprenta en mis escritos públicos.) La mujer de García, la pobre Petra Mhártin, una mártir, emprendió doblegar a su marido “Mira, García, que van a quitarte la escuela y no te van a querer admitir en ninguna otra parte y nos vamos a quedar sin tener qué comer. ¿Y qué harán tus hijos, Garcías Mhártines, cuando tengan hambre? Vale más tener que comer llamándose García Martín que no morir de ayuno siendo García Mhártin”. Era la voz de la sabiduría popular, pero la voz de la claudicación, de la mansedumbre. Al fin llegó el desenlace de la tragedia, la catástrofe. El pobre García sucumbió. Enseñaría a escribir como la Academia manda, enseñaría a escribir *oscuro*, con la *b*, y enseñaría la *qu* y la hache y la *ce*. Pero antes se haría García. O sea, la muerte civil, el suicidio intelectual. Y desde que se convirtió en García y enseñaba ortografía académica, el pobre hombre fué como un cadáver ambulante. Y sobrevivió poco. La pena le mató.

Procopio abrigaba lo que se podría llamar la superstición de las supersticiones, o sea la de no tenerlas. El mundo le parecía un misterio, aunque de insignificancia. Es decir, que nada quiere decir nada. El sentido de las cosas es una invención del hombre, supersticioso por naturaleza. Toda la filosofía —y para Procopio la religión era filosofía en niñez o en vejez, antes o después de su virilidad mental— se reducía al arte de hacer charadas, en que el todo precede a las partes, a mi primera, mi segunda, mi tercera, etc. El supremo aforismo filosófico de Procopio, el *a* y el *zeda* de su sabiduría, era éste: “Eso no quiere decir nada.” No hay cosa que quiera decir nada, aunque diga algo; lo dice sin querer. En rigor el hombre no piensa más que para hablar, para comunicarse con sus semejantes y asegurarse así de que es hombre.

Un día Procopio, al ir a cortarse las uñas —operación que llevaba a cabo muy a menudo—, observó que en la base de la uña del dedo gordo de la mano derecha, y hacia la izquierda, se le había aparecido una manchita blanca, como una peca. Cosa orgánica, no pegadiza; cosa del tejido. “¡Bah! —se dijo—, irá subiendo según crece la uña y acabará por desaparecer; un día la cortaré con el borde de la uña misma.” Y se propuso no volver a pensar en ello. Pero como el hombre propone y Dios dispo-

ne, dispuso Dios que Procopio no pudiese quitarse del espíritu la manchita blanca de la uña.

Cuando se puso una vez, al poco del descubrimiento, a escribir Procopio, la manchita no le dejaba llevar la pluma por donde él quería. “¡Pero esto es una estupidez! —se decía, irritado contra sí mismo—; ¡si esto no quiere decir nada!, ¡degradantes supersticiones!” Recordaba que cuando niño se le había dicho que esas pintitas blancas en las uñas son mentiras y que les salen a los niños mentirosos; pero él ni era ya niño —ni viejo todavía— ni recordaba haber dicho, ni haberse dicho, recientemente mentira alguna de consideración. Además, aquello no quería decir nada. Y salió de paseo al campo, a ver si con el aire libre y soleado se le quitaba la pintita aquella del magín.

¡Que si quieres! Más fácil le habría sido quitársela de la uña. “¿Pero qué puede querer decir una cosa así? —se decía, sin querer decirse—. ¿Qué puede querer decir? ¡Claro está que nada! Alguna causa tendrá, ¡claro!, porque no hay efecto sin causa, y esto es indudablemente efecto, efecto de algo; por algo me ha salido esta manchita en la uña y precisamente en la del dedo gordo de la mano derecha y no en ninguna otra de las diez. ¿A ver?” Y se puso a examinar las demás uñas. Y luego se dijo: “No hay efecto sin causa, como no hay causa sin efecto; pero ¿para qué me ha salido esta manchita?... ¿Manchita?” Y se puso a cavilar si era o no mancha. Porque las manchas le parecía que han de tirar a negro. “Sin embargo, sin embargo —se añadió—, blanco sobre negro es tan mancha como negro sobre blanco; en una levita negra mancha la leche como en una pechera de camisa blanca la tinta.” Creía con estas cavilaciones trascendentales poder desechar de su magín la manchita; pero ¡quía!, ¡ni por ésas! Ya la cuestión no era lo que

aquella pintita significaría, sino si significaba o no algo. Y en rigor, si hay algo que signifique cosa alguna.

Procopio creía no creer en “agüeros”, hechicerías y cosas supersticiosas —creencia que, según le habían enseñado en el P. Astete, es pecaminosa—; pero la superstición de Procopio era que nada quiere decir nada, que ninguna cosa tiene significación. “Y si no, vamos a ver —se decía—: ¿qué quiere decir esto de que yo me llame Procopio?, ¿por qué me hizo bautizar con ese nombre mi padre, que, por su parte, se llamaba Wilibrordo?, y tenía, por cierto, un hermano, tío mío, Burgundóforo... Mas ni aun así... No, no lograba con estas digresiones apartar su obsesión de la manchita. La pequita estaba allí, en la uña, sonriéndose, sí, sonriéndose irónicamente y diciéndole: “Adivina, adivinanza, ¿qué hace el huevo en la paja? Y yo, ¿qué hago aquí?” Y era un huevo, un huevecillo —un ovillo— de pesares trascendentales. Conque no quería decir nada, ¿eh? Pues, por lo menos, decía querer. ¿Y decir querer no es acaso el colmo del querer decir? La pequita decía querer amargarle el poso de las aguas del espíritu, el sedimento de las supersticiones.

Empezó la cosa —ya le llamaba, hablando consigo mismo, “la cosa”— a causarle un íntimo desasosiego, algo como un cosquilleo del cauce del alma. ¡Dolor, no! Dolor no era; no llegaba a dolor. Pero algo que no le dejaba descansar, como cuando no se acuerda uno del nombre de su padre o de su hijo o del propio nombre. Y recordaba cómo, siendo niño, tuvo que salir de la iglesia dejando de oír una misa, a que devotísimamente asistía, porque no podía dominar los cosquilleos a despabilar los mocos de las velas del altar. Y se le reprodujo aquella congoja infantil.

¿Se pintaría la uña? ¿Se la rasparía? ¿Se la cor-

taría? Mejor era dejarla crecer. Y acaso con su deseo de que desapareciese la misteriosa —sí, ¡misterio, misterio!— manchita fuera creciendo más deprisa la uña. Porque... ¿no influye acaso la voluntad en el crecimiento, más o menos lento, de las uñas?

“Dicen que a Newton —se decía Procopio— se le ocurrió lo de la gravitación viendo caer una manzana... Cuentos, ¡claro! Pero ¿no será la aparición de esta manchita en mi uña algo así como la caída de una manzana newtoniana? Y ahora, ¿qué descubro yo? Y se puso a pensar qué es lo que descubriría. Porque necesitaba descubrir algo; el ánimo le pedía un descubrimiento. Sólo que como nada significaba nada... ¿Descubriría esto: que nada significa nada? Creía tenerlo descubierto, mas para sí solo; y cuando no logra uno descubrir a los otros lo que cree tener descubierto, empieza a sospechar que ni a sí mismo se lo descubrió.

“¿Y si yo pudiese demostrar —se añadió— que la *cosa* no significa nada?” Empezó a asustarse. La obsesión de la manchita no le dejaba pensar en otras cosas más serias. ¿Más serias? ¿Y por qué más serias?

Procopio se volvió a su casa con la mente henchida de intenciones de pensamientos. La manchita de la uña se le había convertido en una nebulosa cósmica de la razón. Y no quería dormirse, no fuera que la manchita se le convirtiese en sueño... Procopio tenía un supersticioso horror a las supersticiones.

¿Recordáis los que hayáis leído las Memorias de Goethe, aquel profesor Plessing de que nos habla el autor del *Werther*? Fué un joven misántropo y preocupado que quiso ponerse en relaciones con él, que le dirigió como a un director laico de conciencia, unas largas cartas a que aquél no respondió, que se quejaba de esto y que al fin se puso a habla con él sin lograr interesarle en sus fantásticas cuitas. Pues vamos a contaros una historia algo parecida a la de Plessing, pero que acaba en tragedia.

Era un escritor, llamémosle Ibarrondo, que ejercía grande influencia sobre su pueblo con sus escritos y a quien oían con atención, y algunos con recogimiento, muchos de los jóvenes de su país y aun de otros países. Y eran no pocos los que se imaginaban que Ibarrondo estaba para atender privadamente a lo que ellos le preguntaran y a que les dijese —por carta, y a su nombre— lo que estaba diciendo arreo al público todo. Hasta hubo quien le preguntó qué es lo que debía leer, sin más que este indicio: “soy un joven de dieciocho años hambriento de cultura”. Y lo que más le atosigaba a Ibarrondo era la gran porción de locos, chiflados, ensimismados y hasta mentecatos que le iban con sus locuras, chifladuras, ensimismaduras y mentecatadas.

Era un joven, llamémosle Pérez, de esos que creen ingenuamente que se les ha ocurrido lo que habían leído, que toman por ideas originales las reminiscen-

cias de lecturas y que se imaginan que van a romper moldes viejos cuando se disponen a hacerlo con otros más viejos todavía.

Pérez, que leía a Ibarrodo, le escribió unas largas cartas inflamadas y entusiastas llenas de todos los lugares comunes —¡y tan comunes!— que de ordinario suelen escribirse a los dieciocho años; Ibarrodo, que no podía distribuir su tiempo entre tantos jóvenes *entusiastas* como a él se dirigían, descuidó contestarle, pero Pérez insistió, y fué tal su insistencia, que al cabo, Ibarrodo, creyendo así quitárselo de encima, le contestó en una carta defensiva. Pérez arreció en su persecución, mas al cabo desistió de ella.

Pasaron unos cinco o seis años cuando he aquí que Ibarrodo se encuentra con el original manuscrito de una obra de Pérez y con la pretensión de que éste le ponga un prólogo. Ibarrodo, después de hojearla y leer acá y allá algunos pasajes, se la devolvió diciéndole que sus ocupaciones no le permitían escribir el pedido prólogo. Y he aquí que a los pocos días de esto se le presenta el propio Pérez en persona, con su manuscrito en la mano, a saber por qué se le rehusaba el prólogo.

—No importa —dijo Pérez— que usted, señor Ibarrodo, rebata mis doctrinas...

—¿Qué doctrinas, señor Pérez?

—Las de mi libro. Me es igual. Aprobativo o vituperativo, su prólogo hará correr mi obra, el público la juzgará y usted habrá hecho un servicio al público y no a mí.

—Pero es el caso, señor Pérez, que yo no puedo ni aprobar ni desaprobador sus doctrinas y no puedo hacerlo porque no las conozco. O mejor, porque sé que esas que usted llama sus doctrinas, ni son de usted ni apenas sus doctrinas. He hojeado su libro, he leído acá y allá pasajes de él y he visto que no hace usted

sino repetir lo que todo el mundo dice, y lo que es peor, como lo dice todo el mundo. Ni una expresión, ni un grito, ni una metáfora, ni un acento personal. Y cuando cree usted ir contra la corriente general es cuando más ramplonerías escribe, pues se hace usted eco de la contracorriente también general. La heterodoxia de usted es tan vulgar como la ortodoxia a que combate. Porque usted reconocerá conmigo que hay un ateísmo, un anarquismo tan vulgares y ramplones, tan poco originales, tan rebañegos, como el teísmo y el arquismo oficiales.

El pobre Pérez quiso defenderse y aun atacar, pero entonces creyó Ibarrondo que con unas fuertes duchas podría curar a aquel desgraciado y reducirle a que se dedicase a cualquier otra actividad que no fuese la de escribir para el público, y emprendió la tarea de convencerle de que todo lo que contenía aquel manuscrito no era más que el eco de sobadísimos lugares comunes de contracorriente.

—Si aún hubiera aquí disparates, amigo Pérez; disparates gratuitos... ¡Pero ni eso!

Sorprendióle a Ibarrondo la facilidad con que parecía dejarse convencer Pérez y le alarmó la actitud de abatimiento que tomó. Parecía que dentro de él se agitaba una terrible conmoción. Estaba pálido; no hablaba.

—Vamos, amigo Pérez —le dijo—, no se amilane así. En este mundo hay muy otros oficios que el de escritor público y tan honrosos, si es que no más, que él. Déjese de escribir y dedíquese a otra cosa.

—¿Y a qué, señor Ibarrondo? En otra cosa será igual. Si usted me hubiera escrito el prólogo yo habría lanzado el libro y me habría importado poco que me dijeran de él lo que usted me ha dicho. No lo habría creído. Habría atribuido a la envidia; habría luchado. Pero usted, convenciéndome me ha matado. ¡Sí, me ha matado!

—¿Convenciéndole, de qué?

—De que soy un pobre mentecato.

Y Pérez se echó a llorar. Quiso Ibarrondo consolarle y no pudo. Hasta le prometió el prólogo. Fué en vano.

Días después Pérez se pegaba un tiro, después de escribir a Ibarrondo una carta en que le decía que le había puesto ante los ojos un espejo en que vió su inutilidad. Ibarrondo se aquietó pensando que los suicidas lo son de nacimiento.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 21-VII-1923.]

A P E N D I C E

(Nueve cuentos inéditos sin fecha)

Juan era un joven reflexivo y estudioso, dado a convertirlo todo en lógica y a buscar la explicación de todo en leyes mecánicas. Quería explicar el amor por leyes fisiológicas y aquello de que $y = K \logaritmo B/b$, y amaba, sin darse cuenta de cómo, a María.

María era una joven como lo son casi todas, devota por instinto, por instinto tímida y pudorosa e instintivamente amante. Era dulce y tierna como las fresas cuando el sol las ha acariciado después de la rociada. Se dejaba vivir y sin creer que soñaba, soñaba que vivía. Como el cisne se deja arrastrar por la corriente se dejaba ella por las corrientes nerviosas de la periferia al cerebro y del cerebro a la periferia (1).

Juan se pasaba las horas muertas discurriendo en cómo, de dónde, por qué y para qué había nacido su amor; meditaba con terca tenacidad acerca de la dicha que según él consistía en creerse dichoso y se aburría porque le salía todo a medida de su deseo.

—¡ Ah! —se decía—, yo quisiera tener hambre, encontrarme con un obstáculo en el camino de la vida, saltar, romperme las narices; así me calentaría y me harían vivir los excitantes.

María, la dulce María, el animal femenino humano,

¹ Léanse a Luys, Wundt, Hitzig y otros fisiólogos; es muy curioso.

como él la llamaba, oía silenciosamente estos monólogos de su amante y le decía: “¡Valiente tonto! ¿No es mejor vivir sin contrariedades ni disgustos?”

* * *

“Parece imposible cómo María me llena el pecho, se decía Juan; si la hablo, calla y sólo contesta sí o no, o se sonríe; ni se le anima el semblante cuando me ve, ni llora cuando me voy, y como un animal que acecha se está las horas mirándome sin mirar... ¿Me querrá?, ¿no me querrá? Dudo si tiene conciencia, pero me obedece en todo.”

Iba en estas reflexiones cuando llegó adonde ella estaba. María levantó la vista y le miró dulcemente, sin reír ni llorar, sin hablar ni callar; estaba cortando un vestido. Juan se estremeció involuntariamente al ver las tijeras en mano de su amada y se dijo: “¡Lo inconciente, oh, lo inconciente!”

—Dame las tijeras.

Dejó María de cortar y se las dió maquinalmente, con calma, sentóse y empezó a coser. Juan inclinó la cabeza y quedó pensativo. “¡Ea!, se dijo, voy a probar una experiencia, me estaré callando aunque sea una hora, ella reventará a hablar.” Pasó así un cuarto de hora, María callaba y cosía. Levantó ella la cabeza y dijo:

—¿No dices nada?

—¡Pshé! ¿Qué quieres que diga?

—Di algo.

—Algo —contestó Juan, y María sonrió.

Estaba el lógico observando el vaivén acompasado del pecho, producido por los movimientos del diafragma en la respiración. Mientras pensaba en esto le ardía en las venas la sangre.

Al cabo de diez minutos volvió María a alzar su cabeza:

—¿En qué piensas?

—¿Y tú?

—Las mujeres no pensamos.

El filósofo cría e impertinente despertó en el hombre y replicó con viveza:

—¡Es imposible!, ¡absolutamente imposible! La vida es la continuidad del pensamiento, vivir es pensar...

Por este tenor se despachó en su pedantesco discurso, que María apenas entendió, ni falta que le hacía.

Cuando acabó, le contestó calmosa su amada:

—Pues mira, Juan, muchas veces se me va el tiempo sin pensar en nada.

—¡Oh!, no puede ser, no puede ser.

—No puede ser..., pero es.

Miró Juan al reló:

—¡Adiós!

Y se fué murmurando: “¡Extraño hechizo!”

* * *

Algún tiempo después del suceso recién narrado me escribió Juan una carta en que, entre otras cosas, me decía:

“Ella ante mí calla, se convierte en autómeta. Una mañana salimos de paseo en dirección a B. y yo, como no conocía el camino, le dije: “¡Guía tú!” Echamos juntos a andar hablando de mil cosas indiferentes y más del prójimo que de nosotros mismos. Llegamos a un crucero y señalando a la izquierda la dije: “¿Por aquí?” “Sí”, me contestó maquinalmente, y seguimos andando. En otro crucero volví a preguntarla: “¿Por aquí?” Y me dió idéntica contestación. Ya habíamos andado más de una hora cuando la pregunté: “Di, María, ¿cuánto dijiste que había a B., ¿media hora?, pues ya hemos andado una.” “¡Ah!,

es verdad, hemos equivocado todo el camino y vamos al revés... (a todo esto se reía), lo mismo da, sigue, que ya llegaremos, y sobre todo la cuestión es andar, ¿qué importa a dónde?"

"Aquella noche me retiré a casa con toda la cabeza llena de ideas que bailaban una mágica danza, acompañadas de alaridos y extraños cánticos, en torno de la hoguera de mi amor, que me abrasaba las venas y me iluminaba con el resplandor rojizo de su llama."

Hasta aquí la carta.

* * *

La dijo un día:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Ya lo sabes.

Entonces por vez primera creyó Juan ver en el brillo de sus ojos el fondo de la vida.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras.

* * *

Era el tiempo de los nidos cuando se casaron. No volví a verles, pero supe de ellos por cartas de Juan. En una de ellas me decía:

"¿Por qué me gustaba tanto María?, ¿para qué? Era callada como una noche de otoño, casi vegetativa y sabe Dios sólo si soñaba. Ella sólo deseaba vivir, vivir mucho y nada más que vivir. ¡Qué extraño carácter el suyo! ¡Qué momento, amigo, qué momento! Se animó el animal, el instinto se transformó en fuego vivo, los nervios vibraron como vibran las olas en los días de tormenta, quemaban sus mejillas y en la oscuridad lucían sus ojos. Yo sentí un nudo apretadísimo en el cuello... ya no me acuerdo. ¡Qué genio! ¿Era lógica o no lo era? Donde buscaba yo razona-

miento, hallé vida. Después de haber yo preparado las apretadas filas de mis inducciones, las falanges de mis silogismos, con sus besos las echaba a rodar como un soplo los castillos de naipes.

”He quedado como empecé, un pobre abogadillo con aficiones filosofescas; me ha hecho sentir lo dulce que es vegetar y la delicia que experimenta la sensitiva cuando el aire la besa. ¿En qué piensan las flores? A ella tampoco la creí yo capaz de pensar, me había dicho que se pasaba las horas largas sin pensar en nada, pero ella pensaba sin saberlo. Una mañana la pregunté: “¿Por qué me quieres, María?”, y abrazándome fuertemente me contestó: “¡No seas tonto!”

Este trozo es de cuando Juan quedó viudo. Vuelvo un poco hacia atrás.

* * *

Al año de haberse casado María dió a luz un mocetón, coloradote, fresco y rubio, de naturaleza sanguíneo-nerviosa y aficionado a mamar.

Juan publicó una *Psicogenia* que llamó mucho la atención hacia él y puso entre los primeros su nombre. Es fama que María tuvo la paciencia de leer aquel librote erizado de fórmulas y terminachos, ganglios cerebrales, nervios, etc., y que al acabar cada capítulo tomaba a su hijo en brazos y dándole un beso le decía:

—¡Qué cosas hace tu padre!

También Juan, al terminar de escribir cada uno de sus estudios, dejaba aquel hervor de ideas, tomaba en brazos a su hijo y se ponía a cantarle para que se durmiera. “¡Me has hecho feliz, decía a su mujer, haciéndome animal y padre!”

Al niño pusieron por nombre Juan-María.

Aquí debía empezar el cuento, pero a mí me place que aquí concluya. Recomiendo al lector que sobre esta base se entretenga, cuando otra cosa no tenga que hacer, en construirlo o en soñarlo.

El mayor favor que puedes hacerme, amigo lector, es no olvidar a Juan-María.

Mateo de Zalbidea y Pérez era un hombre como los demás, y no es poco ser.

Digo que este Mateo se había enamorado a los quince años y dos meses cumplidos de Luz de Sagastietia y Urquijo, una excelente muchacha como pocas, buena, bonita y barata. He sabido de buena tinta que la chica sintió en su pecho el cosquilleo correspondiente, mezclado de algún tantico de agradecimiento a quien primero puso los ojos en perla escondida entre tantas y tan buenas como las hay.

No hay que decir lo mucho que se querían, baste saber que jamás andaban a la greña por quítame allá esas pajas, como suelen algunos presuntos enamorados. La verdad es que tal arte de quererse que no se puede pasar sin riñas, morros y rabieta es una ridícula comedia que arguye en ella tontería y mayor tontería en él.

Al cuento me vuelvo.

En éstas y las otras, pian pianito, llegaron a los veinte años. Una noche de luna llena, del mes de diciembre, el 19, a las ocho y dieciséis minutos, con un frío de chuparse los dedos, a dos bajo cero del termómetro centígrado, estaban mis dos tortolillos pelando la pava en un banco de piedra que hay en las afueras del pueblo. En aquella noche memorable y a la luz de la luna que les miraba sonriendo con sus grandes ojos juró Mateo a Luz serla fiel mientras viviese y le dió promesa solemne y formal de casar

con ella en cuanto pudiese hacerlo. Heme aquí llegado al tuétano del hueso de mi historia, que su miga tiene.

Separáronse, Mateo gozoso y resuelto firmemente a sostener su promesa contra viento y marea, y Luz esperanzada, conteniendo con su manecita los furiosos asaltos de su alborotado corazón.

No quiero detenerme en lo superfluo y paso sobre ello lo mismo que pasó un año y otro tras él, de aquellos amores; Luz desesperada de esperar y Mateo en sus trece. Pero ¡tenía tanta fe y tan ciega en su amante!, ¡era éste tan constante amador!

Atados en el corazón de Luz a estos tres primeros años vinieron otros tres de aquel largo esperar. Tras los seis primeros años corrieron mansa y sosegadamente otros seis sin que saliera a superficie la corriente, ya Luz resignada a la eterna esperanza que sostiene la vida y ni al borde de ella se cierra, y Mateo más que nunca resuelto a dar fin y cima a su promesa. Luz había desechado por su Mateo más de una buena proporción que se le había ofrecido y él sólo en ella ponía su afecto. Se le iba todo arreglando de manera que pronto arribarían a las costas del paraíso desde tan enfadoso purgatorio.

Había a esta sazón Luz alcanzado la edad de jama y se hallaba como la luna llena, en la plenitud de su creciente, robusta y sólida. Pero sucede como todos sabemos que el fin del creciente es el principio del menguante. Acortaré los hechos y diré que así fué pasando el tiempo, como pasa cuando no hace más que pasar.

Empezó doña Luz, que ya la cuadraba el doña, de pronto a adelgazar, perdió los frescos colores que la habían adornado y fué de día en día decayendo. Término fatal y último de esta decadencia fué su muerte. Y no se crea que murió de amor ni cansada de esperar, ¡quía!, tenía más correa que todo eso

y era su amor purísima esperanza sin mezcla de otro cualquier afecto desarreglado; murió de una afección al pecho que había tenido origen en un pasmo que pescó cierta noche en el balcón esperando ver pasar a su Mateo. Se satisfacía con verle pasar, cierto es que a buen hambre no hay pan duro.

Mateo se encontró desconsolado y sólo consolable por el prudente tiempo, que porque calla sin cargar-nos con palabras vanas nos consuela. Juró e hizo solemne promesa Mateo de vivir célibe dedicando sus facultades todas, memoria, entendimiento y voluntad, a la que fué luz y esperanza de su vida. "Ahora qué iba yo a cumplir en ella mi promesa se la ocurre morir", solía decir, y le sobraba razón que es peor que si le faltara.

Otras veces, acometido de mortal angustia, exclamaba parodiando al Cristo: "¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?"

Vivía nuestro Zalbidea solo, disfrutando una no menuda renta, con una muchachuela su criada, vivaracha y lista, hermosa pieza de ojos garzos y labios bermejos que servía lo mismo para un fregado que para un barrido, y alegraba la vecindad con sus canciones. Que si quiero, que si no quiero, por fas o por nefas, tuvieron amo y criada sus trapicheos y el pobre Mateo hizo tales diabluras que salió la chica mal librada, pues esto no se oponía en la elástica conciencia de mi hombre a su promesa de celibato. Llegó el remordimiento y la fama pública, Mateo no pudo resistir a uno y otra, cedió a su deber el sostenimiento de su palabra y como buen caballero sacrificó su promesa y suspirando a la memoria de su Luz casó con la criada. No hizo poco.

Pocos años llevaban de matrimonio cuando Mateo enfermó y cada vez más delgado acabó por dejar aquí su cuerpo para ir a unirse con su Luz en el cielo de las eternas esperanzas. No murió de pesar por ha-

ber tenido que ceder en su promesa, sino que murió de un padecimiento del hígado.

Tal es la historia de Mateo Zalbidea y Pérez, que dejó a su viuda un hijo, una buena renta y libertad para volver a casar si le apetecía, y de Luz Sagastieta y Urquijo. Esta es la verdad del cuento, sin quitarla ni ponerla una tilde; aviso a quien corresponda... y no digo más.

El pobre Serafín tenía maceradas las rodillas de tantas horas como se pasaba sobre ellas. Pensaba entrar jesuíta cuando tuviera edad para ello, y sus modelos eran Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka y el beato Berchmans, todos tres S. J. ¡Qué sueños de ventura sus ensueños! Viviría en un mundo aéreo, espiritual, donde la carne fuese tan sólo sutilísima vestidura terrena de la criatura divina. Indiferente al gozo y al dolor, dejaría a Dios posesionarse del yo satánico y conforme con la voluntad de El, fuente viva de vivísimo amor; desfilaría a sus ojos el panorama del mundo como desfilan por el cielo azul las nubes de formas caprichosas; y dentro de su alma, en el más recóndito y callado rinconcillo, a solas, se solazaría en dulcísimos coloquios con el corazón ardiente de Jesús. Allí le contaría sus cuitas, desahogaría en lágrimas dulcísimas el dolor de tener que vivir en la cárcel oscura y triste de este cuerpo mortal, allí sentiría el exquisito goce de sufrir por El este martirio.

¡Cuándo llegaría la hora en que se descñera de este vestido impuro y libre de él volara a apagar la abrasadora sed de su amor al infinito Amor! ¡Oh! ¡De amar, amar a un amante que nos dé amor infinito, amar al Amor que nunca acaba y se renueva siempre...! E inclinando el pobre sobre el pecho su cabeza, quedaba en éxtasis para acabar por dormirse.

Hacíanle ir a las noches a casa de unos amigos a

jugar a la lotería un rato, y aunque desligado de estas mundanas ocupaciones, iba sólo por obedecer a su madre, que se lo mandaba para curar sus ocultas tristezas. Allí callado, melancólico y con la vista baja colocaba con gravedad mística las alubias sobre los números del cartón.

Juanita (ya apareció aquello...) , que era una muchacha vivarachita y francota, tenía decidido empeño en cantar siempre los números: ¡el ocho!, ¡la edad de Cristo!, ¡los anteojos de Quevedo!, ¡el pollito!...

—¡Terno! —decía Serafín.

—Bueno, di los números.

—Ocho...

—Habla más alto, hombre, siempre hablas para el cuello de tu camisa.

“Esta chica, se decía Serafín, es un manojo de nervios..., pero tiene un fondo excelente, es muy buena...”; y luego, meditando más, añadía para sí: “¿Y a mí qué?” Mira, Serafín, no haya en esto complacencias mundanas... algo de afecto desarreglado... San Luis ni siquiera miraba a las mujeres...” Y colocaba la alubia.

—Ahora canta tú, Serafín, y hazlo más claro que otras veces.

Una noche, mientras jugaba, dióle a Serafín el éxtasis, como si dijéramos el hipo, y se desmayó. Acudieron a él todos, acudió también solícita Juanita, y cuando el muchacho volvió en sí, la joven le humedecía los ardientes labios con agua fresca.

—¿Qué tal?, ¿qué tal te sientes?

Y con inefable sonrisa contestaba el santito mirando al techo:

—Bien, Juana; he recibido grande alivio...

—¡Qué Juana ni qué ocho cuartos! ¡Juanita!

—Como gustes, Juanita.

El lector supone el resto del cuento, pero no basta. Juanita andaba todavía de corto, y como Serafín

usaba la vista baja por no querer ver las caras, veía las pantorrillas. A fe que las tales pantorrillas le costaban pellizcos y maceraciones.

Había que oír al acercarse ella cómo él se ponía a recitar oracioncillas y a decir muy bajito: “¡Madre de misericordia, ayudadme!”, y en tanto, sin querer, seguía mirando lo que no quería. Por las pantorrillas le agarró el demonio.

Retirado en un rinconcillo del templo, se daba a pensar en todo aquello de la mística unión con Dios, y es el caso que así pasaba las horas. Había visto los grabados con que Gustavo Doré ilustró la *Divina Comedia*, y le parecía este mundo aquel infierno con sus hombres sombras, su nublado cielo y aquellas cortadas asperezas y revueltos vericuetos. Cerraba los ojos, inclinaba la cabeza sobre el pecho y allí era el meditar en el tristísimo paso de la muerte y ver después como un mundo negro, muy negro, sin cielo ni suelo, sin calor ni frío, sin aire ni agua, y allí se veía a sí mismo, solo, perdido en la inmensa y solitaria oscuridad. Pasaban mil ensueños agujereando su frente y veía con embeleso aquellos corredores del convento, tan limpios y tan oreados, tan solitarios y pacíficos, dormidos en la luz del crepúsculo, alumbrados a trechos por la luz tenue que filtraba al través de las ventanas de cristales pintarrajeados. Luego veía abiertos los cielos de luz cuajada, y se despepitaba en imaginar la visión beatífica. ¿Quién sabe los remolinos que formarían en su espíritu aquellas anticipaciones de la esencia y los atributos y las personas de Dios? Y revuelto con todo ello pasaba de vez en cuando la vivaracha chicuela de ojos hermosos y cuerpo bien torneado. El pobrecillo entonces se pellizcaba y hacía mil esfuerzos de espasmódica contracción. Pasaba con las rodillas pegadas a tierra el tiempo hasta que salía. Salía a la calle y aspiraba con delicia bocanadas de aire fresco.

A lo lejos, muy lejos, venía Juanita, su tentación, y Serafín se formó el propósito de pasar por su lado sin mirarla. Desvió la vista cuando ella pasó, riéndose de él a carcajada limpia. El pobrete se pellizcó y con tal turbación marchaba, que hubo de tropezar con lo que quería evitar.

—¡Tú habías de ser! ¡Mira dónde pisas, hombre!
—dijo Juanita.

Sin querer alzó Serafín la vista, y sus ojos se encontraron. ¡Aquí te quiero ver, escopeta! ¡Oh, aquella no era sombra del Dante seguramente!

—Perdona —contestó Serafín, y siguió su camino.

En él le siguió la sombra de aquella realidad.

“La verdad es, se decía Serafín, que a Dios se puede servir de mil modos y que hay placeres lícitos.” Volvió entonces, no en sí, sino en el *otro*, y se pellizcó.

Tenía por las noches en la cama, antes de plegar sus párpados al sueño, terribles asaltos de tentadoras imaginaciones. Recreábase, *sin querer*, en mil fantasías enervantes y sólo interrumpía el curso de tales pensamientos para dolerse amargamente de lo que él juzgaba su desenfrenada concupiscencia, y se aquietaba luego diciéndose: “Es involuntario, es involuntario, yo peleo, pero soy vencido. ¡Señor! ¡Señor!, el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.” Dábase unos pellizcos, poníase a pensar en cualquier paso divino y volviéndose al otro lado se aquietaba.

Como moscas en tropel que espantadas huyen de la colmena, pero vuelven pronto, así volvían a su cabeza aquellas imágenes demoníacas vestidas de carne y exhalando fuego. ¡Cuánto sufría el pobre Serafín!

Mas he aquí que dió Serafín en un remedio singular y eficacísimo. Había observado que cuando pensaba en la Juanita no era para deleites sucios, sino que siempre se imaginaba escenas de encanto idílico y de inocentísima ventura. Lo más, lo más... ¡pshé!.

eso... ¿qué importa? "No es pecado, se decía Serafín, imaginarse escenas en circunstancias lícitas." Este escape casuístico vale un mundo y sirve para aliviar de escrúpulos las conciencias más meticulosas.

Juanita fué el antídoto a su concupiscencia, el ángel de su guarda. ¡Con qué ansia esperaba que la noche viniese, para acurrucarse bien, y cuando tenía calentitos los pies, echarse a imaginar escenas en circunstancias lícitas!

Hízose la reflexión de que Dios le llamaba por otro camino, que hay en el cielo lugar para todos, y lo que sigue se lo figura cualquiera. Años más tarde Serafín y Juana se casaron. En un principio vivieron felicísimos y nada alteró la calma tranquila del encantado hogar. Pero luego el cielo se nubló, los relámpagos le cruzaron y tras los relámpagos los truenos nuncios de tempestad. La pobre Juana se ha tornado triste, preocupada y melancólica, come poco, cavila demasiado y se pasa largas horas en la iglesia pidiendo a Dios por el masonazo de su marido, que es un hereje de los mayores y un incrédulo de tomo y lomo. Cuándo mucho, cuándo nada. *Ab inimico malo, libera nos, Domine!*

I

Jorge y Juana se querían mucho y se querían desde muy niños. Yo no me precie de saber describir el amor y así me bastará decir al lector de este verosímil cuento que se querían Jorge y Juana tanto y tan bien como se quieren un joven y una joven rayanos en los veinte años, cuando bien se quieren.

Era Juana una muchacha sencilla y natural, positivamente idealista, que se levantaba a las seis, tomaba chocolate, iba a misa, volvía de misa, hacía la cama y se ponía a trabajar. Leía el Año Cristiano y creía a pies juntillas todo cuanto enseña y cree nuestra santa madre la Iglesia Católica, Apostólica Romana, aunque es lo cierto que ella ignoraba la mitad de lo que enseña, y creía también otras muchas cosas que nuestra santa madre la Iglesia Católica, Apostólica Romana no enseña, como son que de los matrimonios entre parientes nacen hijos sordos, que los judíos son feos y tantas otras cosas más. Tenía sus puntas y ribetes de idealismo y sus trencillas de misticismo bordando un fondo positivista a carta cabal. Rezaba mucho y dormía más, creía querer a Dios sobre todas las cosas y al novio como a sí misma y quería en realidad a sí misma sobre todas las cosas y a su novio como a Dios.

Basta de datos psicológicos, que con los que preceden tendrá bastante todo lector de buena voluntad.

Jorge era otro que tal, genio alegre y sombrío, fantástico y franco, idealista y práctico, que vivía en prosa y soñaba en verso. Cuando el sol más vigoroso cosquilleaba a la madre Tierra, se estaba él metidito en su casa pasándose el tiempo; y cuando la lluvia más torrencial inundaba los campos recorría a pie y solo los montes envuelto en su ancho impermeable. Todo lector discreto conoce ya a mi Jorge.

Jorge y Juana se querían mucho y porque sí.

Aseguro a mis lectoras, si alguna tiene este cuento, que se querían tanto por lo menos como cada una de ellas quiere a su novio.

Jorge enfermó del pecho y el médico anunció la tempestad en cuanto vió los relámpagos y oyó los truenos. Jorge se moría como si tal cosa.

Días antes de su muerte tuvo la extraña ocurrencia, a despecho de su familia y contra sus consejos, de pasarse escribiendo las horas muertas, y escribió más que ciento veintitrés escribamos en cuatro años. Y se murió sin que su muerte tuviera nada de diferente de las demás muertes.

II

Cuando Juana supo la muerte de Jorge creyó que se moría también, pero no murió; "la tenía el Señor reservada para nuevos destinos". No murió, pero sí pasó en la cama unos días en los brazos ardientes de la fiebre. El doctor Tiempo la curó admirablemente sin emplastos ni potingues.

Juana sanó y fué poquito a poco recobrando sus colores.

... ..

Quieren decir estos puntos suspensivos que han pasado ya dos años. Juana tiene un nuevo novio, Emi-

lio. Juana y Emilio se querían mucho, se querían tanto como se habían querido Jorge y Juana. Jorge quiso a Juana y fué por ella amado, y ésta quería ahora a Emilio, que la quería. Este argumento se llama *sorites*.

Pero Emilio no murió, ni Juana tampoco; Jorge ya estaba muerto.

Pidió Emilio a la familia de Juana la mano de ésta, y de común acuerdo se concertó la boda para el día 5 de junio del año de 1...

Llegó el 5 de junio jadeante, pisando los talones al 4. La víspera de la boda, es decir, el 4, Juana se hartó de rezar y en el hermoso horizonte de sus venideros goces veía de tiempo en tiempo la sombra negra de sus memorias viejas. ¡Pobre Jorge!, murmuraba, y era la verdad, ¡pobrecillo! Les casó el cura en la iglesia y se fueron con los parientes y convidados, que sólo deseaban zambullir a la salud de los novios, como si la felicidad futura (como quien dice lo absoluto relativo) de éstos consistiera en la panza de sus parientes y allegados.

III

Llegaban a los postres cuando llegó como postre una carta para Juana. La que fué novia de Jorge y era mujer ya de Emilio se sobrecogió de espanto y quedó lívida. Los rasgos de la letra de aquel sobre eran los rasgos de la letra del difunto, aquellos palos de las eles, las haches y las ges, sus palos, aquellos puntos de las íes, sus puntos.

Todo el cuerpo le sacudió y se le fué la cabeza creyendo ver la huesosa mano del difunto que trazaba aquellos renglones. Volvió en sí y más muerta que viva rompió el sobre. Los convidados esperaban como

palominos atontados el fin del suceso, pero sin dejar de comer.

Y leyó Juana esta

Carta.

Desde la tumba, 4 de junio de 1...

“Cuando leas esta carta creerás ver la mano descarnada y huesosa de mi cadáver trazando sus muertas líneas. ¡Dadas vida con tu mirada! ¡Quién lo hubiera dicho! Yo me morí y tú vives, yo te quise y tú quieres, no a la sombra de tu Jorge sino a otro... no sé a quién. ¿Conque te casas? Haces bien y que sea enhorabuena. Pero te escribo no para reprocharte, ni para burlarme de ti, ni para pedir tus oraciones, sino para aconsejarte. Si llegas a ser feliz, como espero, piensa que conmigo lo hubieras sido más; si alguna vez tu marido te falta, piensa que yo no te hubiera faltado, y si le faltas tú y lo comprendes y te arrepientes, piensa y cree que a mí no me hubieras faltado y piensa siempre en mí para compararme con tu marido.

Aunque nazca alguno de tus hijos, si es que los tienes, el día de San Jorge, no le pongas por nombre el mío, renuncio a la parte (espiritual se entiende) que en el angelito pueda yo tener.

No reces por mí, estoy bien y nada deseo; otros, vivos, habrá que necesiten más de tus oraciones.

Cuando algo te eche en cara tu marido, replícale: ¡Ay, Fulano, otra cosa hubiera sido mi Jorge! Verás cómo le escuece.

Piensa también a menudo que como mueren los amantes pueden morir los maridos. Por lo demás, mis consejos en otras menudencias nada tienen de nuevo: lee la *Higiene del matrimonio*, el *Arte de ser bueno*s

y felices, el *Arte de hacer maridos*, el de cocina, la *Guía de los casados* y la *Imitación de Cristo* y asiste de cuando en cuando al oficio de difuntos.

Cuando te halles en las horas de mayor deleite, no olvides que duerme lleno de frío y con la cabeza de hueso apoyada en almohada de piedra, solo y en un nicho estrecho, húmedo y oscuro, sin sentir el cosquilleo de los gusanos, tu

JORGE.”

Juana inclinó la cabeza sobre el pecho, perdió la color y cayó desplomada al suelo presa de un terror pánico estrujando en sus manos convulsas la carta maldita. Los convidados la acostaron, se fueron a sus casas cariacontecidos, aunque no sin haber llenado antes sus bolsillos de yemas, bizcochos, hojaldres y otras golosinas.

IV

Juana pasó los primeros días de recién casada horribles; en el delirio de la fiebre veía ante su cama la imagen viva de Jorge el muerto, y a las veces daba un grito y quería saltar de la cama viendo en ella el esqueleto blanco y helado de su antiguo novio. No prosigo en esto porque no trato de hacer un cuento terrorífico.

Sanó del accidente, pero es lo cierto que toda la vida vivió presa de horribles pesadillas y de manías tristes. Ni la solicitud de su marido, ni las mil diversiones que la procuraba daban juego. A las noches en el silencio solemne daba a las veces un grito agudo y se abrazaba a su marido diciéndole:

—¡Emilio! ¡Emilio! ¡Guárdame! Mírale cómo se ríe.

No podía ver ni pintados la *Higiene del matrimo-*

nio, el *Arte de ser buenos y felices*, el de hacer maridos y el de cocina, la *Guía del matrimonio* y la *Imitación de Cristo*. Le parecían libros escritos por el mismísimo demonio, siendo así que son lecturas sanas y alguna de ellas insuperable.

V

Jorge había tenido un solo amigo, Perico, con quien hablaba, paseaba, reía y lloraba.

Dos días antes de morir le llamó y entregándole una carta le dijo:

—Júrame cumplir lo que te encargo.

Perico juró.

—Toma esta carta abierta; si algún día sabes que Juana se casa, ábrela, llena los huecos de la fecha poniendo el día y el año de la víspera de la boda y ese mismo día echa al correo la carta, pero sin mirar antes ni una jota de su contenido.

Perico juró cumplirlo y lo cumplió tan fielmente como suele un buen amigo y debe un buen cristiano.

CAPÍTULO I

EN ÉL SE DA PRINCIPIO CON UN MONÓLOGO

“¿Tengo yo razón de ser?”, se preguntaba el maestro mientras mascullaba maquinalmente un bocado de pan.

“Razón de ser... razón de ser... ón de ser... de ser... ser... er”, repetía sin darse cuenta de ello.

“¿Si tendré razón de ser?”, se volvió a preguntar, y deglutió el bolo alimenticio.

“¿Por qué como?”, y seguía comiendo... “porque tengo apetito. Y ¿por qué tengo apetito? Porque tengo necesidad; y ¿por qué tengo necesidad?, porque no he comido hace unas horas... es decir, que como porque no he comido... ¡comer por no haber comido!, ¡ah, caramba!, ¡psché!, ¡psché!”, y se puso a silbar mirando al techo.

Cojió una tajadita de carne caliente y mientras la soplabla volvió al tema: “¿Para qué como?, para vivir, y ¿para qué vivo?, sí, ¿para qué vivo?, ¿para qué vi-vo?, ¡ah!, ¡ah!, aquí está el clavo...

Mi corazón a tus pies
lo ves y no lo levantas,
¡zamba! ¡que le da!
¡que le da! ¡que le da! ¡que le da!

Esta es música... ¿de qué zarzuela es?...; en fin, ¿para qué vivo?...; para muchas cosas..., ¡oh!, ¡oh!,

yo descubriré el problema...” Y se acomodó mejor en la silla.

—¡Juanita!, ¡Juanita!

—¡Señorito!

—Tráeme tintero con tinta, pluma de escribir y papel... rayado o sin rayar. Anda lista

La criada, que era fea, se lo trajo. Tomó la pluma, mojóla en tinta y se quedó pensando.

“Vivo para muchas cosas, para andar y pasear, para comer y beber, para divertirme, para rabiarse con esos malditos hijos del prójimo, para hacer el coco a mi novia, para enseñar... ¡oh!, ¡para enseñar!, ¡para dormir!, esto me lleva media vida, para... conjunción... digo, ¡no!, preposición que rige dativo..., pero en resumen, en resumen, ¿para qué vivo?; todo esto, ¿qué constituye? la vida..., es decir, que vivo para vivir.”

Escribió en el papel rayado: “Como para vivir y vivo para vivir también; círculo vicioso.”

—Mañana seguiré, ahora voy a dar un paseíto.

Dobló cuidadosamente el papel, se lo guardó en el bolsillo y salió a la calle.

CAPÍTULO II

SIGUE CON UN DIÁLOGO

En la calle dió de narices con José Juan de Gámbara e Ibáñez, hijo de don Antonio de Gámbara y Oteiza y de doña Josefa Ibáñez y Borreguero.

—¡Hola, maestro!; de paseo, ¿eh?

—Sí, de paseo.

—¿Cómo va eso?, ¿cómo va eso?

—¿Eso?...; ¿qué es eso?

—¡Pues hombre...! Que cómo está usted.

—¡Ah!, bien... ¿y usted?

—Bueno. ¿Se trabaja?

—¡Sí, ya se trabaja!

—Bien, bien.

—Un poquillo... un po-qui-llo...

—Pero, hombre de Dios, ¿y piensa usted estarse toda la vida sepultado en este rincón; usted, con sus facultades e ilustración...?

—¿Qué quiere usted, don José Juan?

—Usted necesita más mundo.

—Sí, pero el mundo no necesita más de mí.

—Ya es verdad, ya, que como me decía un amigo, muy listo por cierto, a los maestros les falta mundo y al mundo le sobran maestros.

—¡Ay, ay, ay!

—¡Pero hombre! Usted debe salir de aquí, usted aquí no tiene razón de ser...

—¿Que no tengo razón de ser?

El pobre maestro quedó aturullado.

—Usted debe salir, debe buscar campo, ¡más campo!

—Eso pienso..., ir a Madrid, y allí, en ratos libres, dedicarme a escribir... Tengo varias obras en proyecto.

—¡Hola, hola! Y ¿sobre qué?

—Una... sobre el origen del lenguaje...

—¡Ahá!

—Otra..., sobre el fatalismo; otra..., sobre los medios de mejorar la educación...; otra..., sobre economía doméstica, para las muchachas casaderas, y otras varias...

—¡Ah! Usted vale mucho, pero mucho.

—Sí, señor, sí...; pero me pagan poco.

—Eso es que cuesta usted menos de lo que vale... ¿Qué quiere usted?, la oferta excede a la demanda... todavía no he olvidado la economía política.

—Bien se ve.

Así siguieron conversando, de modo y manera que José Juan de Gámbara Ibáñez Oteiza y Borreguero

le puso al pobre maestro en la cabeza que aquel reducido pueblecito no era suficiente campo para él. Estaba la cabeza del pobre maestro en mareas vivas.

CAPÍTULO III

ANGUSTIAS Y AMARGURAS

Acaso vaya fastidiando al lector el cuento. Si no le gusta, puede dejarlo; pero una vez empezado le ruego que lo concluya de leer.

—¡Dios mío —se decía el pobre maestro—, no me puedo casar..., no puedo..., ¡ay! ¡Angela, Angela mía..., no!, ¡mía no!, es de sí misma... Tengo que vivir célibe... vivir para vivir y comer... ser o no ser, que decía Hamlet..., el solterón es el hombre que reduce la vida a comer... Yo quiero mujer, sí, la quiero..., pero no puedo tenerla... querer y no poder..., la voluntad y la potencia en lucha y yo cogido en medio soy aplastado como entre dos peñascos que chocan un pobre sapo... “y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. Y el espíritu de Dios incubaba sobre las aguas”, que otros traducen: “y un viento fortísimo era llevado sobre las aguas.” ¡Cuántos sentidos encierra el Génesis!..., ¡no!, no puedo casarme, no puedo mantenerla, no puedo tener hijos legítimos, de *lex legis*, la ley...; no puedo hacer hombres animales, yo que hago hombres racionales a los hijos del prójimo... ¡Dios mío! ¡Dios Dío!, ¿para qué no has hecho de modo que el hombre se propague por brotes o vivisección? ¡La generación sexual...! ¡El eterno dualismo! Uno por uno siempre es uno, uno más uno, dos. ¡Yo por mí siempre yo! ¡El instinto y la razón que luchan! Ormuz y Arhiman. Un Dios uno se aburriría..., ¡es un absurdo! Dios padre, Dios hijo, Dios Espíritu Santo... El amor, el

amante y el amado..., enredos..., ¡nada más que enredos! ¡Angela, Angela mía!

De los ojos del pobre maestro corrió una lágrima a borrar una cifra de un papel que, lleno de columnas, tenía ante los ojos. Apretándose las sienes, se decía:

—¡Dios mío! Yo no puedo casarme y sin embargo puedo querer a una mujer... y soy demasiado honrado para no querer perderla... Tú, Dios, Diabolo, Naturaleza, casualidad, educación o lo que seas, ¿por qué habéis puesto este sentimiento en mí?... ¡Juanita! ¡Juanaaaa!

Apareció la criada.

—¿Qué quiere, señorito?

—Tráeme la pluma, el papel y el tintero.

—¿Qué tiene usted, señorito?, ¿qué le pasa?

—Nada.

La criada se fué tarareando:

Cuatro camaroncitos
me dieron de cenar
una sardina arenque..., etc.

—¡No puedo casarme! No puedo. La dificultad no es tener mujer e hijos, sino poder mantenerlos... Mujer..., con jota por venir del latín *mulier*, como ajeno de *alienus*... ¡Mujer! ¡Dios mío!, ¿por qué la puse ante mis ojos?, ¿por qué la quiero?, ¿por qué vivo?, ¿por qué nací?, ¿tengo razón de ser?

El maestro hundió en el pecho la cabeza y siguió en su mudo monólogo:

—Esto..., esta figura de mujer que se me aparece en la imaginación..., me quiere..., ¡me quiere! ¿Qué significa este me quiere? Que en ella, en su interior, como en el mío la suya, mi imagen es el centro de mil imágenes de ventura y dicha, que quiere tenerme junto a sí, identificarme con ella, que soy la sombra de la sombra de su sueño... ¿Me conoce?, ¿puede

conocerme? Tan sólo mi exterior, mis hechos, lo que de ahí pasa le está cerrado, finge mis intenciones, no las conoce. ¿Es algo más que una forma rica en color y en líneas, que se mueve y habla y engarza pensamientos? ¿Soy yo algo más? Pero... ¿qué es una forma? ¿Dios, no es acaso la forma de las formas? Qué sé yo..., ¡ni me importa!

Algo más tranquilo, se puso a escribir y escribió:

“¡Qué extraña impresión se siente al pensar en el hecho desnudo, en ella tal como se presenta a mis sentidos, libre del alma que la he forjado! Su alma está en mi idea, yo sólo la conozco por sus hechos y atribuyendo a éstos mis intenciones he forjado su alma... ¿Qué es su alma sino una idea mía? Y ¿qué no es idea?”

“¡Yo te quiero mucho...! Es cosa de analizarlo: te quiero mucho..., querer, ¿y qué es querer? Aquí tropiezan todos y se dan de hocicos contra el suelo. Querer, dice Schopenhauer, es el hecho primitivo, la sustancia universal, el fondo, Dios... Querer es inclinarse a aquello que se juzga bueno... ¡no!, es bueno aquello que se quiere. ¡Ah! ¡Cuánto se habla de amor y dicha y qué poco se reflexiona! Dirán que se siente y no se explica el amor..., ¿qué cosa más dulce que analizarlo? Todo el que quiere, para algo quiere, hace del prójimo alimento de su vida. ¿Qué busca en la mujer el hombre y en el hombre la mujer? Se buscan a sí mismo, la quiere él para sí, para sí ella. Si se dice la verdad, huye espantado el hombre culto y os cae encima la maldición del tonto y del hipócrita. Las aves se unen y construyen el nido... ¡El nido! Aquí concluye todo.”

El maestro levantó la pluma y murmuró: “No hay ave más infeliz que la que empolla huevos ajenos.” Y prosiguió escribiendo.

“Tras de todo esto queda el hartazgo del instinto, el desencanto del sueño, la forma se evapora. Y más

tarde dejamos el nido vacío y vamos a transformarnos en berzas y luego acaso en la cola de un boricario."

El pobre maestro dejó la pluma y quedó pensativo, tomó un libro y empezó a hojearlo, pero siempre zumbaban sobre su cabeza aquellos pensamientos incoherentes. Abrió el balcón; era de noche y estaba el cielo sereno... Miróle, a la tierra luego y murmurando: ¡bah! ¡bah! se retiró.

CAPÍTULO IV

Cuentan del río Guadiana que en cierto lugar oculta su curso bajo la arena y sólo a trechos se le ve aparecer mezclado a ella. Así la vida del maestro... ¿se casó?, ¿no se casó? Como el lector guste, a mí me es indiferente. Así pasaron un año, y dos, y tres, y cuatro, y seis..., y hasta n-1 años.

CAPÍTULO V

FINIS CORONAT OPUS

Era un viejecito, arrugadito el pobre, encorvado y apoyándose en un bastón. A la caída de la tarde salió con el fresco y fué a sentarse en un banco de madera colocado al pie de un árbol que se alzaba sobre una eminencia que domina al pueblo.

—¡Je, je! Aquí leeré estos papelotes mugrientos que he encontrado entre los restos del naufragio de mi juventud... ¡qué hermosa tarde!, ¡qué doradito está el cielo! Lo mismo, lo mismito morían las tardes cuando yo era un muchacho, pero entonces no hacía tanto frío; estos últimos inviernos han sido atroces... ¡Cuando yo era muchacho!..., ¡yo hubiera

podido ser algo... hubiera podido! ¿Estaría acaso a estas horas tan tranquilo? A lo hecho, pecho... ¡pobre don José Juan de Gámbara!, pronto iré a visitarle... ¡Caracoles en salsa! Ya bajan por la alameda los hombres del día, ¿se acordarán de mí? Verdad es que yo no soy del día... ¡El maestro!, a, be, ce, de, etc..., ¿cuántos dioses hay?... Aquí viene Tomasi López... Este sí que era travieso..., la mismísima piel del demonio, ¡qué arte tenía para cojer moscas y ponerlas un rabito de papel!, ¡je, je! Ahora es todo un señor abogado..., ¡caramba!, ¡caramba! Allí viene aquel otro chisgaravís, ¡qué palmetazos me tiene llevados!, ése siempre camorrista... no sé lo que hace..., y aquél, y el otro..., y el otro..., ¡cuántos retoños que regó el maestro y el sol se ha encargado de madurar o de secar! Aquél..., aquél es el hijo de Angela...

Los ojos del maestro se mojaron de lágrimas.

—El pobre maestro no deja su sangre en este mundo.

El viejecito bajó la cabeza y vió una hormiga que arrastraba un pedacito de pan, se bajó, cogió una hoja, hízola subir y se la llevó con su pan a su agujero, ahorrándola camino.

—Voy a leer estas locuras.

De una cartera vieja, muy vieja, sacó un papel mugriento, y desdoblándolo leyó: “¿Tengo yo razón de ser? ¿Para qué vivo? Vivo para vivir, horrible círculo vicioso. El apetito me hace devorar y el hartazgo me abre el apetito. ¡Vida, vida mía! Cómo corres y corres sin descanso..., ¡qué alegre es la salida del sol!, ¡qué melancólica la puesta!, ¡qué triste la noche! Las hojas caen en el otoño, se pudren en el invierno al pie del árbol y alimentan las nuevas hojas de primavera. Todo circula, todo corre, hasta el dinero..., pero no pasa por mi mano. ¡Alma mía! ¡Tú no sabes más que soñar! Mira, mira cuántas

gentes, ricos y pobres, tontos y listos, honrados y viles..., ¡cuánta gente! Todos pasan y todos se atropellan. ¿Tengo razón de ser? ¡Cuántas cosas enseño! Los padres no pueden educar a sus hijos, ¡pobrecillos!, que los eduque el maestro. Tampoco las madres pueden criarlos, ¡ya se ve!, perderían tiempo..., ¡que los críe una cabra! Y ¿mis hijos?”

—¡Je, je!, mis hijos..., por ahí andan recorriendo los espacios imaginarios, traviesillos y aéreos..., ¡qué romántico el maestro!, ¡pues no tenía novia! ¡Vaya un ejemplo! El maestro novia... La verdad sea dicha, soy un genio agostado en flor..., éstos..., todos éstos..., ¡tontos! Jamás llegarán a su maestro. ¿Tengo o no razón de ser?

Se caló el viejo sombrero de *in illo tempore*, cojió el bastón, y aplastando de un pisotón siete u ocho hormigas, se fué mormojeando para sus adentros: “¡Vaya si tengo razón de ser!”

Il solo principio motore dell'uomo è il dolore.

VERRI.

—Yo quiero vivir, no quiero más que vivir; ¡por Dios!, señor..., déme aunque sólo sean unos días más de vida...

—¿Y para qué? —respondió brutalmente el médico.

—¡Señor, por Dios!, yo quiero vivir... si usted viera qué alegre me pongo cuando llega hasta la cama el rayo de sol de la mañana... y en él andan jugando una porción de bichillos...

—Eso es polvo, sólo polvo...

—Lo que usted quiera, señor, pero yo quiero vivir...

—¿Para sufrir?

—Sí, para sufrir aunque sea.

El médico dió media vuelta y se fué murmurando: "¡Pobre chica!"

* * *

Al siguiente día el médico, después de visitar a las demás enfermas, fué a la que quería vivir. Estaba dormitando.

—¡Ya viene!, ¡ya viene! —decía entre dientes.

—¿Quién viene?

La enferma despertó sobresaltada.

—¿Es usted?, ¡señor!

—Sí, yo soy; a ver el pulso.

—Tómelo, señor.

La enferma sacó un brazo gastado por la fiebre que parecía de marfil torneado.

—¿Qué tal? —preguntó el médico.

—Me siento algo más aliviada... ¿Moriré, señor?

—Indudablemente, más tarde o más temprano...

—Yo no quiero morir..., ¿y usted?

El médico la miró sorprendido.

—¿Yo? No lo sé.

—¡Por Dios, señor! No me abandone..., no quiero morir. ¡Soy tan joven!, aún no he visto el mundo...

—¡Oh!, tiene mucho que ver...

—Para ustedes..., los señoritos cansados de vivir..., ustedes, los ricos, tienen cuanto se les antoja...

—Más de lo que se nos antoja... ¡los ricos!

—¿Me moriré, señor?

—Por Dios, joven, yo no lo sé...

El médico se fué malhumorado después de haberla vuelto a pulsar.

“Es brusco, pero buen señor, no me dajará morir”, murmuró la enferma arrebujiándose en las sábanas.

* * *

A eso de las once llegó Sor Ana con la taza de caldo. Se decía que era Sor Ana la virtud encarnada, toda caridad y dulzura. Era una monja colorada y fresca.

—¿Qué tal, hija mía?

(A todos llamaba hijos.)

—Mal, madre, mal en este momento..., siento agudísimos dolores... ¿me moriré?

—¡Ca, hija mía! No piense en eso. Estos dolores son sólo pruebas que Dios le envía para ejercitar su

paciencia, recíbalos con resignación, súfralos, que ellos le llevarán a la gloria...

(Género cursi.)

—¡Ay, madre!, tengo unas ganas de ver el cielo...

—Confíe en Dios, El es bueno...

—No, no digo ese cielo, digo el cielo azul que es el techo de la tierra... ¡tantos días en la cama!

—Ese cielo no es más que reflejo y suelo del otro.

—Mire, madre, ¿sabe lo que decía un día don Sebastián? Pues decía que el cielo es azul mirado desde aquí, pero que cuanto más se sube es menos azul, que al fin de él se ve todo negro como si fuera de noche, y las estrellas y el sol brillando en lo negro...

—¡Cosas de don Sebastián!

—¡Dicen que es judío...!

—No, hija mía, no, es un señor excelente —dijo Sor Ana—, él te curará...

—Está siempre tan triste..., de tan mal humor...

—Es que está enfermo.

* * *

Don Sebastián anunció un día a la pobre enferma que al siguiente podría levantar e ir hasta el jardín a ver el cielo.

—¿Cuándo?

—Mañana, cuando yo venga...

—¿Cuando usted venga?

—¡¡ Sí!!

* * *

Al siguiente día vino don Sebastián como de costumbre.

—¿Se ha levantado esa muchacha? —preguntó a Sor Ana.

—No, señor, ahora la levantaremos y será menester que vaya apoyada en mi brazo, la pobrecilla no podrá tenerse...

—No, yo la llevaré, quiero ver la impresión que en ella hace la luz..., es una curiosidad.

—Como usted quiera —y Sor Ana le miró con indagadora mirada.

—Aquí espero.

El médico esperó a que saliera la enferma, que se arrastraba trabajosamente apoyada en el brazo de Sor Ana.

—¡Ah, usted por aquí, don Sebastián!

—Sí, yo; déme el brazo.

La muchacha le miró sorprendida.

—¡Señor...!

—¡Vaya, vaya, vamos a ver el cielo!

La chica acabó por reírse... ¡era tan gracioso que el hurón de don Sebastián la diera el brazo!

Llevóla a la ventana. El día estaba limpio, una tarde clara y tibia de primavera. La enferma respiraba con todos sus pulmones y tal fué la impresión que el gozo, la luz y el aire la produjeron, que se desmayó en brazos de don Sebastián. Cuando volvió en sí, vió a éste que la miraba atentamente.

—¡Qué hermoso está el día...! ¡Nunca lo ha estado tanto! Mientras he estado enferma, el cielo se ha puesto más azul.

—Efectivamente —contestó pensativo el médico.

—Sí, parece que se puede tocar el cielo con las manos...

—Y el suelo con los pies.

—Mire, señor, lo que son las cosas. Ahora no me importaría tanto morir..., tengo un sueño...

—Y yo.

—¿Usted? Pues váyase, señor, vaya a descansar... ya se ve, habrá usted estado toda la noche auxiliando a algún enfermo... ¡Qué bueno es usted!, por mí no lo deje... ¿Conque tiene usted sueño?

—Sí, de no despertar.

—¡Qué cosas dice usted, don Sebastián...!

—¿Cuántos años tienes?

La muchacha le miró, sorprendida de la pregunta y del tuteo.

—¿Yo, señor?, diecinueve.

—¿Diecinueve años!... Si te curas del todo, y curarás, aún te quedan muchos años de vida. Yo soy viejo.

—¿Viejo?, ¿usted viejo? No diga despropósitos, señor. Si usted aparenta...

—Los años y la apariencia importan poco.

—¿Qué cosas tiene usted, don Sebastián!

—Vaya, siéntate, muchacha, y dentro de un rato —añadió volviéndose a Sor Ana, que pasaba—, a la cama; por hoy basta, necesita reposo.

El médico se fué.

* * *

La enferma sanó porque toda dolencia acaba en salud o en muerte, y en poco tiempo se repuso, volviéndole el color de la sangre a las mejillas y el calor de la vida al alma. Con algunos ahorrillos compró una hermosa gallina de bien suculentas mantecas, y atándola las patitas con una cintilla azul, fuése a casa de don Sebastián para dársela de regalo.

Pasaron a la muchacha a una sala adornada de extraños cuadros, donde vió con asombro hombres descuartizados y otros inconcebibles horrores. “¿Qué cosas tiene don Sebastián!”

Una puerta abierta dejaba ver un gabinete en el que, con la cabeza sobre los brazos, dormía o parecía dormir don Sebastián, apoyado en una mesa, aunque al anuncio de la visita respondió con un sordo: “¡Allá voy!”

La cándida mozuela se aventuró a penetrar en el gabinete y se quedó contemplando al médico con la gallina en una mano. Apenas se oía más que la res-

piración fatigosa del doctor. Sobre la mesa había un vaso con algún potingue de botica y un libro abierto. Por instintiva curiosidad giró la chica su vista por el aposento. Al tropezar su vista con un esqueleto, serio, grave y clavado en un rincón, se le escapó un grito. El médico alzó la vista, frotóse los ojos soñolientos, púsose pálido y luego rojo como la grana.

—¡Ah!, eres tú...

—Sí, señor.

La chica no quitaba ojo del esqueleto.

—¿Te asusta ese señor?

Y el médico le cubrió con una cortina.

—Venía, señor...

—¡Al fin! Me lo esperaba.

—Venía a traer a usted este regalillo...

—¿Vienes a traerme un regalo?

Don Sebastián bajó la vista y se nublaron sus ojos. Entonces vientos y corrientes encontradas chocaban alzando remolinos bajo las huesosas paredes de aquel cráneo recubierto de carne. La joven lo conoció con mujeril instinto, y con la gallina en la mano miraba sin comprender.

Cuando el médico alzó sus ojos, los tenía húmedos. Tomó el vaso, arrojó su contenido a la escupidera y volviendo a la muchacha la pidió distraído el pulso.

—¿Quieres vivir todavía?

—¡Oh, sí! Sí, señor.

—¿Tienes novio?

La pobre chica sintió toda la sangre que se le subía a la cara y que el alma se le recogía en el pecho.

—¿Le tienes?...

—Hasta ahora no...

El médico dió una vuelta por el gabinete con la vista baja, encaróse con la muchacha y le espetó a boca de jarro esta descomunal pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo...?

La chica vió ante sus ojos unas rayitas blancas

que bailaban y sintió que una bola de sangre fría le corría por el cuerpo.

—Señor... —murmuró,

El médico volvió a cojerla el pulso.

—Yo también quiero vivir —le dijo—; pero di, ¿nos casaremos?

—¡ Señor!, dicen que es usted judío.

—¡ Judío yo!... —exclamó don Sebastián; y luego, más tranquilo— no lo creas, soy español.

—¿ Oye usted misa?

El médico vaciló:

—La oiré —contestó como forzado a contestar.

—¿ Cree usted en Dios?

—¿ En Dios? ¡ Ah!, sí..., creo en Dios... ¡ Pues no he de creer... si Dios es la vida...!

—¿ Es usted cristiano?

—¿ Cristiano... yo? Sí, por la gracia de Dios —contestó con jovialidad.

—Entonces...

La muchacha se puso de mil colores y siguió:

—Yo...

—¡ Sí, tú!

—¡ Qué cosas tiene usted, don Sebastián!

—¡ Ea!, Mariquilla, ¿ nos casamos? Sí o no.

—¡ Vaya! Tome usted la gallina y déjese de bromas.

Bien sabía la chica que don Sebastián siempre hablaba en serio.

—Te hablo formal, ¿ quieres casarte conmigo? Tú me gustas, no es deber tuyo el aceptar, haz lo que quieras...

—Si usted se empeña, don Sebastián, por mí... Usted me ha salvado la vida.

La chica se echó a llorar.

—Tú sí que me has salvado la vida —contestó el médico paseándose y sin mirarla.

—Yo no soy bastante para usted... —murmuró la chica entre sollozos y limpiándose las lágrimas.

—Bastante, no; demasiado.

—¡No se burle usted de mí, don Sebastián!

—Yo no me burlo de nadie.

Dejando el tono un tanto displicente que gustaba, volvió a tomarla el pulso y la dijo nuevamente:

—En definitiva... ¿sí o no?

—Sí.

Don Sebastián no dió las muestras de contento que eran de esperar y son de rigor en tales casos, ¡era tan raro!

—Vaya, hasta mañana, esta es tu casa... Si te asusta, quitaré el esqueleto... Desde mañana procuraré arreglarlo todo, y cuanto antes sea posible, nos casaremos. Iré a ver a tu tía... todo se hará. Ahora necesito hacer.

Mariquilla iba a salir.

—¿Y la gallina, señor?

—¡Ah!, es verdad. Tráela. La guardaré para el día de la boda.

Cuando la chica salió a la calle brillaba el cielo más azul que nunca. Y ella se fué calle abajo, rezando un avemaría y diciéndose entre tanto: “¡Qué bueno es don Sebastián!”

El médico salió poco después, y viendo por el noroeste una nube que salía, murmuró: “¡Bah!, a que llueve también mañana!”

UN CUENTECILLO SIN ARGUMENTO

Escribir un cuento con argumento no es cosa difícil, lo hace cualquiera, un jarro sin asa, según dicen; la cuestión es escribirlo sin argumento. La vida humana tampoco tiene argumento, ¿quién sabe lo que será mañana? Las cosas vienen sin que sepamos cómo y se van del mismo modo.

* * *

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer a su marido.

—¿Que qué quiero? ¿Lo sé yo acaso...?

La mujer hizo un gesto de resignación y dejó escapar una lágrima. Indudablemente no estaba en su sano juicio el hombre que así hablaba y sí lo estaba la mujer que así lloraba.

—Pero, hijo, la cosa no es para ponerse así.

Llamaba hijo a su marido, y esto no era una pura metáfora, hay de todo en la viña del Señor. Era la mujer que así hablaba una mujer joven y hermosa, de carne y hueso, no de alabastro, coral, marfil y todos esos materiales de que suelen ser las mujeres de los libros (de los libros cursis). Su marido era más de hueso que de carne.

—Josefa, yo me voy a volver loco si esto sigue así.

—No digas esas cosas, hombre, confía en Dios.

—En Dios que no abandona a los pajarillos aunque éstos se mueran de frío cuando hay helada...

—No digas esas cosas que Dios puede castigarnos.

—Por ti ha apartado hasta hoy la diestra de sobre nuestras cabezas, por ti que le quieres tanto y a quien El tanto quiere se ha limitado hasta hoy con dejarnos en la miseria.

—¡Calla, calla! Yo confío en El.

Así se pasó un día y detrás de éste pasó otro, en los cuales días no vino el cuervo de Eliseo a visitar al matrimonio de mi cuento en su tribulación.

—¡Pan, papá, pan!

Erase un chiquillo enteco, flacucho, negro, los ojos en aureola de azul y amarillo, brillante y sudorosa la nariz, entreabierta la boca, engendrado en el seno de la miseria con vislumbres de vicio y oliendo a estercolero en putrefacción.

—Pan, papá, pan, ¡yo quiero pan!

—Y yo también.

No le dió una piedra, pero tampoco le dió pan. Nadie da lo que no tiene. La pobre madre, en cambio, más tierna y más madre que el *papá*, se abalanzó al colchón, inclinó sobre la fea cabecita de su hijo la suya ajada y le dió un beso.

—¡Pan, mamá, pan!

La madre le cubrió de besos y de lágrimas. Es indudable que los besos animan, pero no nutren.

—¡Pan, mamita, pan!

—Ahora, hijo mío, ahora, han ido a buscarlo.

—¿Quién?

—Un ángel.

—¿A dónde?

—Al cielo.

—¡Que venga, que me traiga pan! ¡Tengo hambre!

El padre se dejó caer en una silla desvencijada y empezó a desbarrar. Se han visto muchos casos de hombres que en situación análoga se han vuelto locos.

El angelito que había ido a por pan al cielo no bajó.

El hombre miró de extraño modo a su mujer y pareció recrearse en aquella hermosura ajada. Se adelantó, la tomó de un brazo y mirándola fijamente:

—¡Tú! ¡No, no puede ser..., no debe ser...!

Se levantó, cogió un raído sombrero y se preparó a salir.

—¡Ah, no, no vayas!; ¿a dónde vas?

—A buscar qué comer.

La pobre mujer rompió en llanto, ¿qué iba a hacer?

—No olvides a tu hijo —le gritó mientras salía.

Así pasaron los largos minutos de dos horas, lentos y monótonos, llenos de sombra y frío.

El hombre volvió trayendo dos tortas.

—Esta para mí y ésta para vosotros, que, como más débiles, necesitáis menos.

¡Oh!, la lógica, ¡para cuánto sirve la lógica!

—No, exclamó la mujer; ésta para ti y esta otra para mi hijo..., tú hijo..., yo no tengo apetito, por hoy pasaré sin nada.

¡Oh!, el amor, ¡para cuánto sirve el amor! ¡Tú haces que en los días de hambre pierda el apetito quien se alimenta de tu sagrado fuego! Basta de lirismo.

El padre devoró su torta y el hijo la suya. Los pequeños dienteitos se clavaban en aquella miserable torta que ya con los ojos había devorado antes. Estaba riquísima, muy rica.

—¿Dudarás ahora de la providencia? —preguntó la mujer.

—Ni de mi maña tampoco.

—Dios no abandona a quien confía en El.

El hombre se reía con la risa estúpida del hambre satisfecha.

El niño enpezó a llorar y retorcerse, se quejaba

de horribles dolores de tripas, la boca le espumeaba y la sangre se le retiraba.

—¡Pobre hijo mío! Eso no es nada..., la falta de costumbre..., el atracón.

El padre se llevó las manos a la barriga, eran atroces sus dolores.

—Yo me muero, me muero...

Y acurrucado en un rincón, con los ojos inyectados en sangre, se oprimía el vientre contra las piernas. El niño se retorció en ansias locas, y la madre serena, tranquila, helada como un carámbano, miraba impasible aquella escena de dolor.

Las contorsiones del niño fueron cesando, cerró los ojos, recogió sus delgadas piernecitas, entreabrió la boca, lanzó un suspiro gutural y se quedó dormido en la noche eterna. El pobre padre se fué acurrucando, recogió su cabeza entre las piernas como el polluelo entre las alas cuando la noche llega y cayó redondo al suelo. Es natural que un hombre al morir pierda con la vida el equilibrio. La madre medio comprendió, miró al cielo nublado por una claraboya, se unieron en estrecho abrazo el hambre y la angustia y estrujaron en medio al corazón de la pobre, que, dando media vuelta, cayó al suelo como cae un fardo. Después sólo se oía una lenta y fatigosa respiración, ni esta respiración lenta se oyó luego.

Más tarde entró una señora, de las Conferencias de San Vicente de Paúl, representante allí de la caridad humana.

El médico reconoció los cadáveres; dos de ellos habían muerto envenenados.

Para que no resulte más horrible el cuadro dió que las tortas robadas fueron preparadas para matar animales dañinos.

—¡ Carbón!, ¡carbón! —gritaba un pobre hombre recorriendo fatigado el estrecho patio—; ¡carbón!, ¡carbón!, ¡carbón! El fuego sagrado se apaga y me voy a helar... ¡Carbón!, ¡carbón! ¡Carbón para mantener el fuego sagrado!

Acercóse a un pobre anciano de cara estúpida, y con voz suplicante le dijo:

—Señor, un poquito de carbón, por amor de Dios.

—¿De piedra o vegetal? —preguntó el viejo.

—Dios se lo pague...

Y se fué gritando.

—¡ Carbón!, ¡carbón! ¡Más carbón! Es preciso mantener el fuego sagrado.

Cansado de gritar y pedir lo que nadie le daba, se retiró a un rincón, sentóse en el suelo, recogió entre las rodillas la frente bañada en sudor y cubriéndose la cabeza con las manos, se quedó escuchando el sordo rumor del fuego sagrado.

Poco tiempo estuvo así; un viento enorme erizóle los cabellos, le sacudió el corazón y le heló la frente. Se levantó en pie, estaba solo. La luz crecía, era cada vez más intensa. El ancho campo se iluminaba, las medias tintas se borraban, las sombras convertíanse en medias tintas para borrarse luego y los colores todos iban desapareciendo. Fueron borrándose de ante su vista los objetos, el mundo todo se teñía de purísimo blanco y pronto dejó de ver todo y sólo vió un inmenso espacio blanco de plata, blanquí-

simo. La luz crecía y seguía creciendo, tanto creció que parecía todo un inmenso sol a dos dedos de distancia. Los ojos de mi hombre se cegaron, y vióse sumido en las eternas e insondables tinieblas. Cesaron los rumores todos, los últimos cantos lejanos se apagaron, apagóse el fuego sagrado y quedó como único remanente de la nada, la nada, y él, que siendo nada la contemplaba.

Entonces se sintió crecer, su cabeza tocaba al zenit y se hundían sus pies como raíces en los hondos senos del espacio. Seguía creciendo hasta que perdió conciencia de su magnitud, y se sintió grande, envuelto todo en la magnitud de sí mismo.

Estaba solo, completamente solo, recostado en los inmensos espacios, sin ver ni oír, sin sentir ni entender más que la propia inmensa y vacía magnitud. Era la conciencia del vacío, la infinita Nada que se siente.

En su pecho sintió un calorcillo, volvió a él su vista y ésta se aclaró, volvió su oído y oyó el rumor del gusanillo. Era tan pequeño, tan pequeño, que allí donde empezaba terminaba allí mismo. Pero el calorcillo crecía y crecía, convirtiéndose en luz, luz caliente: de él brotaron juegos caprichosos, formas mil diminutas y de miles de apagados colorines, todo un mundo bonito, bonitísimo, hermoso juguete. Este creció, creció como crece todo y de él brotó una célula, una extraña célula con su boquita.

El Grande sintió un escalofrío por todo lo largo y ancho de su inconmensurable y vacía magnitud. La célula crecía, crecía sin tasa y con la célula crecía su boca. Mi hombre se entusiasmaba, aquello era soberbio. La célula voraz se iba engullendo cuanto encontraba y todo el precioso mundo que había brotado por arte de birlibirloque desaparecía en las secas fauces de la célula insaciable. Siguió ésta creciendo y llenó el espacio inmenso hasta donde la vista al-

canza y siguió aún creciendo. El temor sobrecogió a mi hombre, se sintió humillado, se recogió, volvióse a recoger más, sintió que se achicaba, parecía que desde dentro del pecho le tiraban hacia dentro. Quedó pequeño y ya temía que el monstruo le tragara. Este abrió su enorme boca, el hombrecillo tembló, sintió un agudo escozor en el pescuezo... y echando la mano al punto dolorido, atrapó una pulga.

Entonces se levantó del rinconcillo aquél y recorrió el patio gritando:

—¡ El mundo es un sueño mío ! ¡ Ay mundo, mundo de mi amor, pobre mundo, ay de ti el día en que despierte yo... te aniquilarás ! ¡ Carbón, carbón ! Es preciso carbón para mantener el fuego sagrado, ¡ carbón !, ¡ carbón !

EL FIN DE UNOS AMORES

Este es un cuento sin malicia alguna; lo certifico.

* * *

Por una vereda estrecha y festoneada por ambos lados de zarzales y matas iban los novios, la pareja más aparejada de todo el pueblo. No tan lejos que los perdieran de vista, ni tan cerca que pudieran oírlos, iban también a modo de escolta otros mozos y mozas, porque no está bien que recorran las parejas solas los campos y vallados, y así, guardándose cada cual a sí mismo, parece que los unos se guardan a los otros.

—Mira, Juanete, que el tiempo pasa.

—¿Que pasa el tiempo? —contestó maquinalmente, como una persona que se admira de una extraña novedad.

No quería yo mezclarme en mi relato, pero no puedo resistir al cosquilleo de añadir a esto que es cosa bien natural que pase el tiempo, pero más natural que un enamorado lo olvide.

—¿Qué piensas hacer?

—Deja ésas, Rosa, déjalas.

—Mira, Juan, que en todo el pueblo se habla de nosotros, y no me parece bien...; además, tú ganas lo bastante...

—¿Lo bastante?

—Sí, Juan, lo bastante. Me parece que yo no vestiré de gran señora.

—Pues mira, Rosa, por ahora no puede ser... tengo mis razones para ello, que alguna vez te las diré...

Púsose pálido y después de un suspiro añadió:

—Ya te lo diré.

—¿Todavía te dan esos vahídos?

—Sí, Rosita.

—Eso será la primavera...

—Así creo, la primavera o la emoción...

—Mira, Juan, ya llevas mucho tiempo aplazando nuestro casamiento, hoy para mañana, mañana para pasado... yo ya sé que nos hemos de casar... porque de otro modo no se comprende que andes tan formal... que siempre...

—Sí, sí, ya entiendo; pierde cuidado, Rosita...

—Y además desde hace un año te has vuelto triste y pensativo, cavilas demasiado y a tu edad no es bueno cavilar.

—¿Qué quieres...?

—Tú tienes algo, a ti algo te pasa, ¡dímelo, Juan!

Se acercó más a su novio, miró sin querer hacia atrás y volviéndose a él, añadió:

—¿Qué tienes?, ¿qué te pasa?, tú tienes algo...

Juan cogió una hoja de zarza y empezó a morderla.

—¿Qué tienes?, ¡dímelo, Juan!

—Nada, querida, nada; aprensiones tuyas y nada más.

Todos ustedes, lectores míos, saben lo que son las conversaciones de enamorados; si no lo saben, tanto peor, y si sólo lo saben por cuentos y novelas, peor que peor y hagan cuenta de que nada saben. Por estas razones y otras que me callo, no prosigo, pues basta un botón para muestra.

Cuando Juan volvía a casa del paseo vespertino, iba más triste que de costumbre, su rostro pálido hacía tiempo que estaba casi transparente y llevaba la boca entreabierta para facilitar una respiración fati-

gosa. "Vamos, Juanete, le decían al pasar, hoy ha sido un buen día." Sonreía el chico dulcemente, y al reparar en su facha, añadían por lo bajo: "Algo le pasa a este muchacho, ¡qué triste y flaco está!"

Una vieja le llamó: "Ven acá, Juanete, tú eres un loco, ahora te has hecho místico o cosa así; ¿qué demonios traes en la cabeza? Tú eres un chico formal y es lástima que estés acongojando a la pobre Rosita, que vale mucho, sí, vale mucho." "Sí, señora, sí, vale mucho", contestó Juan por sacudir a la importuna, y se fué.

Todo el pueblo por sus muchas bocas hablaba de Juanete y de Rosita, todo él comentaba aquellos amóríos de tira y afloja, porque de puro imbéciles eran incapaces de ocuparse en otra cosa; todos extrañaban aquel dilatar Juan la hora feliz a despecho de toda su familia, que quería verle casado pronto.

Una tarde de otoño, tan hermosa como suelen serlo las hermosas tardes de otoño, de tibio ambiente y plácida calma, sentados en un ribazo a eso de la puesta del sol, hablaban Juanete y Rosita, pero hablaban tan bajo, tan bajo, que yo, que oigo todo lo que los personajes de mis cuentos dicen y piensan, no pude oír sino estas últimas palabras de él a ella:

—Mira, Rosa, ahora quiero reponerme, como bastante bien, paseo lo suficiente y cuando esté más fuerte y me vuelvan a la cara los colores de la rosa, nos casaremos... ¡yo te lo juro...!

Y le dió el vahído.

Las hojas iban cayendo una a una, el sol se puso, volvió a salir para volver a ponerse y tornar a salir otra vez, volvió también al rodar del mundo la nueva primavera..., pero ¿volvieron a las mejillas del novio los colores de la rosa? Juan iba de mal en peor, más pálido cada vez y cada vez más triste, Rosa empezaba también a palidecer, ¿qué tendrá su Juan?

Llamaron los padres de éste al médico, buen señor, y llegado éste pasó a reconocer al mozo.

—¡ Ah!, bruto, bruto, loco, enamorado y todo está dicho, ¿ por qué no me llamaste en cuanto te sentiste malo? Eres un niño...

El médico calló, miró al suelo y dijo al chico:

—¡ Vete afuera!

Quedaron solos el buen señor y los padres del muchacho. No asistí a la conferencia y no sé lo que en ella se trataría. No lo sé, pero desde aquel día la alegría se fué saltando de aquella casa, las hojas de otoño habían caído ya y el viento las llevaba y las traía secas, formando con ellas remolinos. Aquel invierno fué crudísimo. Fué muy crudo, pero a pesar de esto una noche de las más frías llamaba Rosita a la puerta de Juan.

—¡ Entra, muchacha, entra! y le podrás ver. ¡ Juan! Aquí la tienes.

Rosa entró en el cuarto del enfermo, que al sentirla se volvió trabajosamente.

—¡ Qué flaco estás! ¡ Pobrecito!

Lloraba la pobre, se dejó vencer y sin saber qué hacía le arropó bien.

—Estos cuidados me alivian mucho.

La muchacha se ruborizó diciéndose para sus adentros: “Estas confianzas sientan muy mal a una novia... pero ¿ qué importa?”

Juan la miró con ojos extraviados y pidiéndola una mano sacó la suya.

—¡ No, no y no! El médico dice que te arropes bien, y no saques la mano, que puede dañarte.

—¡ Bah!

Y sacó una mano descarnada, fría, blanca y huesosa.

—Mira, Rosa, quiero hablarte, pero prométeme no emocionarte demasiado... ¡ y usted también, madre!

El enfermo se desvaneció un poco, pero luego volvió en sí.

—Deja esas cosas, Juanete; cuando estés bueno hablaremos.

—¡ Cuando esté bueno...! ¿ Tú crees que me voy a poner bueno?

Rosa, con la cabeza entre las manos, lloraba a lágrima viva.

—No llores, querida, no llores... ¿ pero sabes lo que te digo? Yo voy a morir.

—¡ Por Dios, Juan! Calla, calla y arrópate.

—¿ Tú crees que esto es lo que el médico dice...? ¡ Quiá!, esto es una cosa que mata.

—No, Juan..., don Salustiano sabe mucho y dice que sanarás.

—¿ Tú crees que don Salustiano sabe la hora de cada uno?

Así pasó el resto de la velada.

—¿ Qué hora es? —preguntó Rosa al salir.

—Las ocho y media.

En vez de irse derechita a casa, fué al campo a desahogar sus penas. En verdad que es una locura pasearse a las ocho y media de la noche por el campo una muchacha sola que sale ardiendo de ver al novio enfermo y con un frío en el aire de dos bajo cero. Así es que nada tiene de extraño que cogiera una pulmonía como cogió, y mucho menos que muriera de ella, que de menos se han muerto muchos.

—Hace días que no viene a verme Rosita, ¿ qué le habrá pasado? —preguntó Juan.

—Nada, hijo mío, nada —le contestó su madre llorando—, está indispuesta, con un fuerte catarro, y además le diste tan mal rato aquella noche...

Juan encontró muy natural que se hubiera resfriado Rosa y más natural que lllore por cualquier cosilla una madre que tiene al hijo enfermo.

—¿ Sigue indispuesta Rosa? —preguntó otro día.

—El médico le ha mandado tomar aires del mar para reponerse y se ha ido a la costa.

—¡Hum!, esto me da mala espina..., haberse ido sin verme..., puede ser..., pero..., dígame, madre, ¿a qué costa ha ido?

La madre se echó a llorar y Juan se volvió hacia la pared, diciéndose: “Cuando las mujeres lloran, a nada contestan.”

Juan fué mejorando y por fin sanó.

—¡Eh! —dijo una mañana—, ¿sigue Rosita en la costa?

—Sí, hijo mío, sí, vendrá pronto.

—Y ¿cómo no ha escrito?

—Pero hombre, no ves que no sabe escribir.

—Haberlo dictado.

—No querrá confiar a nadie sus cuitas.

Juan sanó del todo y llegó a saberlo todo, porque se lo dijeron. Haciendo lo que hacen algunos en casos tales, entró en religión y aseguraba que los consuelos de ésta aliviaron sus pesares. A los pocos años el R. P. Juan era un digno religioso, amable y de buen humor, confesor de manga ancha y bastante buen predicador. Cuando hablaba de los novios que están para casarse, dicen que era cosa de oírle, y que todos le escuchaban con la boca abierta, porque estaban en el secreto de la vida y antecedentes del R. P. Juan.

Yo no he podido oírle.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Erase éste una vez en mi mollera un hombre joven, rico, muy rico, inmensamente rico y suficientemente loco para no parecerlo. Había mandado construir una alta aguja por cuyo ancho ojo bordado de arabescos y filigranas hizo pasar toda una recua de camellos mientras decía: "Es cuestión de dinero, resolverse a gastar y poder dar en el precio."

J. W. y F. era un joven rico y loco; tuvo amores y enflaqueció, los dejó y volvió a engordar, y nada sacó en limpio y sí mucho en sucio, gozó y se aburríó. Viajó mucho, pero muy mucho; desde su patria imaginaria hizo sobre todo dos viajes, a Jerusalén uno y a Vitigudino el otro, y de vuelta recorrió toda la Europa, dejando de sus viajes estas notables

MEMORIAS

"¡ Cuántos hombres he visto, con qué diversos trajes, todos diferentes y todos ridículos!, ¡ cuántos distintos lenguajes he oído yo que apenas entiendo el mío!, ¡ cuántas mujeres guapas y cuántas más feas! Como iba muy de prisa, no pude verlas despacio. ¡ Cuántos pueblos, los unos viejos, los otros nuevos, aseados éstos y cochínísimos aquéllos!, ¡ cuántos puentes he pasado! ¡ En cuántas fondas y cuán diversos platos he comido sin sufrir jamás una indigestión!, ¡ cuántos paisajes con sus árboles y sus animales!

pero sobre todo ; qué bien, qué bien he dormido en las blandas camas de las fondas o en los *sleeping car* después de un día agitado! Lo mejor de todos mis viajes han sido los sueños sin ensueño; lo más hermoso, la cama. ;Europa, Europa! Toda te he visto y no te admiro.”

* * *

Sólo, sin familia ni sociedad ni amigos, era su vida un nudo indescifrable. Todos le concedían un talento que él jamás se cuidaba en demostrar, y se decía que era caritativo y honrado a carta cabal. J. W. y F. desapareció de su patria imaginaria sin que nadie supiese a dónde había ido. Pero yo lo sé. Retiróse a una sierra, donde en lugar ameno había arroyos y encañadas, bosquecillos y colinas, resolviendo pasar el resto de su vida en una casucha oculta entre el follaje. Llevó consigo dos criados para que cuidaran de su quinta y la administraran.

Se levantaba con el sol, daba un paseo silbando y llevando el compás a los pájaros, se tendía bajo un árbol sobre la hierba tierna, y allí, mirando desfilas las nubes, le llegaba la hora de comer, hora en que volvía a casa para hacerlo frugal, pero sólidamente. Después de comer echaba la siesta y volvía a salir de paseo, para voiver a acostarse y repetir al día siguiente la misma canción. En el invierno y cuando llovía se tendía en una hamaca junto al fuego, y allí, viendo el humo de su pipa, se pasaba el día entero. No tenía amigos ni trataba con sus criados que cuidaban de la casa y hacían lo que les venía en gana; no leía ni escribía, ni cantaba ni tocaba; ignoraba la fecha en que vivía, no tomaba jamás en la mano instrumento alguno de trabajo, odiaba la caza y era enemigo de arrancar flores para adornarse con ellas. No hacía más que comer, beber, fumar y dormir.

Los años le fueron avejentando, pero robusto y sano, según iba llegando al término de su vida dormía más. A los cincuenta años dormía diez horas, cincuenta y cinco minutos y cinco segundos.

Muriéronsele uno a uno los dos criados, y por primera vez desde su nueva estancia escribió a la ciudad para que le mandaran otros dos nuevos.

* * *

J. W. y F. era ya viejo y llevaba la misma vida. En el estío, con su ancho sombrero de paja y su traje de dril daba sus diarios paseos, saludando a todo el que encontraba en el camino, sin detenerse a hablar con nadie. No era por eso misántropo. Amaba al prójimo, pero no necesitaba de él.

J. W. y F. iba debilitándose al peso de la vida, aunque no era el aburrimiento, sino la edad lo que le rendía.

Después de una larga enfermedad sin nombre, durante la cual no hacía otra cosa más que estarse en la cama a media dieta sin llamar a médico ni buscar remedio, una mañana hizo un esfuerzo, y apoyado en los hombros de sus servidores, salió al campo, tendióse sobre el césped bajo un árbol y esperó la salida del sol. A las once fueron sus criados a verle y le hallaron ojeroso y pálido; la vida se le escapaba.

—¿Quiere el señor algo?

Movió la cabeza de izquierda a derecha. Más tarde volvieron sus sirvientes y les dijo:

—No tengo hecho testamento, que hagan los hombres de mis riquezas lo que quieran; y estoy seguro que no las emplearán en obras de caridad, que es mi deseo que no las empleen.

J. W. y F. se iba. A las doce, con voz apagada, dijo: “¡Qué sueño tengo!” E inclinando la cabeza, se durmió en el sueño eterno.

Ecce homo.

TULIO MONTALBAN Y JULIO MACEDO

NOVELA

(1920)

I

¡Qué vida aquélla, la de don Juan Manuel Solórzano y su hija Elvira, en semejante isla, más bien islote, perdida en aquel rincón del océano! “Para saber todo lo que se dice, sin saberlo, al decir “aislamiento” —decía a menudo don Juan Manuel—, hay que tener que vivir en una isla así, como ésta... tener que vivir, ¿eh?, “tener que”... Aunque esto más que aislamiento es “¡aislotamiento!” Y si el señor Solórzano ponía tanto acento en el “tener que” era porque lo menguado de su patrimonio le exigía vivir arraigado en él, cuidándolo por sí mismo, que el ojo del amo engorda al caballo y hace productiva a la tierra más ingrata.

Mas de la fatídica necesidad de tener que cuidar de la finca que en aquella isla perdida les sustentaba a él, al señor Solórzano y a su hija, consolábase don Juan Manuel dedicándose en sus largos y frecuentes ocios al estudio de la historia. Para lo que con muy sudadas y trabajosas economías llegó a reunir una regular biblioteca, sobre todo de obras que trataran de la isla solariega o que la mencionaran en algún modo. Proponíase escribir copiosa y menudamente de su isla, y en especial de los linajes de la docena, mal contada, de familias patricias, de descendientes de los primitivos colonos y conquistadores que aún en ella quedaban. Entre los cuales linajes

estaba, naturalmente, como el primero el de los Solórzanos. Y por ser don Juan Manuel el mayorazgo de esta vieja casa colonial, se creía algo así como el virrey honorario de la isla. Y era su fuerte la genealogía.

Habitaban en la pequeña ciudad, de aspecto colonial, capital de la isla, un viejo caserón que daba a una solitaria calleja; caserón de largos corredores y vastas habitaciones, las más de ellas destartadas y vacías o llenas de muebles desvencijados y apolillados. En una de ellas había reunido don Juan Manuel un buen número de cráneos y otros huesos de los primitivos habitantes de la isla, de los indígenas que al arribar a ella encontraron los "conquistadores", como pomposamente los llamaba él, que se creía su más genuino y directo descendiente. En otra había instalado su biblioteca, y aquí era donde mataba las horas de sus días vacíos, sobre todo cuando en los malos años sus escasas rentas menguaban. Y en la biblioteca también ajaba gran parte de su triste mocedad su hija, que vivía sin amigas, como una flor solitaria en un tiesto a la sombra.

Iba ya ésta entrando en sus veinte años consumida por una esperanza desesperada, por un anhelo imposible. ¡Sobre ella sí que pesaba el aislamiento solitario! Las nubes pasaban sobre la isla sin dejar caer en ella su riego y los buques pasaban a lo largo sin detenerse en el pequeño puerto que era su capital. Sentada en un rellano de una roca, que dominaba el golfo diminuto en que estaba el puerto, pasábase Elvira Solórzano largas horas de largos días de su vida, aunque breve en años, muy larga en esperas y tristezas, contemplando la inmensa amargura del mar y cómo pasaban a lo largo, como las nubes, los buques, llevándose acaso el príncipe de sus ensueños. ¡Consumirse así, en aquella pequeña isla, cuando acaso en las anchas tierras, en los vastos continentes, se

consumía de soledad de ensueños aquel a quien Dios le destinó para ser compañero de su vida! Porque para Elvira lo del medio anillo, lo del alma gemela y en el otro sexo, era una verdad inconcusa. A tanto, que en un vago providencialismo místico solía soñar que un día Dios haría caer en la isla, acaso salvándole de un naufragio en noche de tempestad, al hombre que le estaba desde los tiempos del Paraíso terrenal predestinado. Por lo cual solía las noches de bravas tormentas y cuando se decía que hubiera buque a la vista corriendo el temporal, sentirse sacudida hasta en las raíces del alma desesperada de esperar.

—¡Ah, mi pobre Elvira —solía decirle su padre—, lo que siento tus penas! Porque tú sufres, veo que sufres. Ninguno de estos patanes es para ti: no hay, no, no puede haber en la isla quien se merezca a la flor de los Solórzanos: no puedo llevarte a Europa o América, nuestra hidalga y nobilísima penuria me lo impide y veo que te ajas aquí...

—No te acongojes de esa manera, papá —respondía Elvira—, que lo que haya de ser será. No siento ningunas ansias por casarme, por crear otra familia.

—¡Por continuar la nuestra, Elvira, por continuar la de los Solórzanos! ¡Y aunque fueran de segundo apellido! Murió tu pobre madre al darte a luz y nos dejó solos. ¡Solos y... aislados! No he querido volverme a casar, bien lo sabes. ¡No he querido darte madrastra!

—Acaso si lo hubieras hecho, papá, tendrías un Solórzano varón que, como tal, podría haberse ido a uno u otro continente, a correr mundo y fortuna y a salvar el linaje, perpetuándolo.

—¡Pero fuera de la isla, de nuestra isla, Elvira, fuera de aquí!

—¿Y qué más da? ¿No vinieron de fuera de aquí, de la vieja España, nuestros antepasados? ¿No me has hablado del más antiguo solar de los Solórzanos,

allá en la Montaña de la vieja España? ¿Para qué seguir aislados?

—¡Triste necesidad, hija, triste necesidad! Aquí, en este islote que descubrió y conquistó aquel esforzado don Diego de Solórzano el capitán, aquí los dos, aislados, aislados más bien; yo consumiendo mi soledad en el estudio amargo de la historia, ya que no puedo hacer papel en ella, y tú... tú...

Al pobre padre le sacudía la voz, haciéndosela temblorosa, el vaho de lágrimas hondas que se le quedaban dentro.

—Yo, padre, fío en Dios y espero lo que El me tenga destinado. Y entre tanto...

Entre tanto te consumes esperando... Esto no es vivir...

—¿Pero no ves que hasta en tus libros hallo consuelo a mi soledad?

—Por cierto, hija mía, observo que te va sorbiendo el seso esa biografía de Tulio Montalbán que escribió el que fué su suegro...

—Tulio Montalbán... Tulio Montalbán...

Y al pronunciar con religioso acento este nombre lejano, Elvira Solórzano miraba a lontananzas de más allá del mar y aun del cielo que lo ceñía.

—¿No vaya a resultar ahora, hija mía, que te has enamorado de ese héroe?

—Y si fuera verdad, ¿qué?

—Que el enamorarse de un héroe de novela o de un personaje histórico ya muerto como ese Montalbán, es una locura.

—¿Locura? ¿Y crees tú que los héroes de la historia mueren?

—¿O es que te figuras, hija mía, que como el rey Arturo o como don Sebastián de Portugal ese Tulio Montalbán anda por ahí, vagando en otra vida o que va a resucitar?...

—¿Quién sabe?

—¡Tendría gracia que un buen día, una tormenta nos echara a la costa, como Ulises a la isla de los feacios, a Tulio Montalbán redivivo! ¡Tendría que ver!

—Para ti menos que para mí. Pues te he oído sostener que no estás del todo convencido de que Montalbán se hubiese ahogado, en efecto, al pasar el río aquel ni que le hubiesen enterrado...

—En efecto, lo que a ese respecto cuenta su suegro, su biógrafo, no me convence del todo; el hecho no está documentado. Y tú sabes que el documento...

—Bueno, deja eso del documento, que sí, te lo he oído muchas veces. Para mí es indudable que Tulio Montalbán murió al cruzar el río y que fué enterrado.

—¿Y por qué lo crees así?

—¡Por estética! No podía ser de otro modo. Montalbán tenía que morir y tenía que morir así. No cabía en este mundo después de muerta su Elvira y libertada su patria. Sin esa muerte, su historia no tiene sentido...

—Y, sin embargo, le esperas.

—¿Yo?

—Pues lo parece al menos.

—Si una esperara todo lo que sueña...

—¡Ni serías la primera que se forjara al príncipe imposible, al que ha de venir y... nunca llega!

—¿Parece que te burlas?

—No, no me burlo, hija mía; pero me apena y acongoja verte así...

—Hay un remedio.

—¿Cuál?

—Salir de aquí, desaislarnos, ir al mundo...

—¡Ay, hija, hija, si supieses qué raíces nos atan a este suelo!

—Lo sé. ¡Aprenderé a trabajar!

—¡No, no, jamás consentiré que una Solórzano trabaje!

—Pues ya sabes que la ociosidad...

II

Elvira Solórzano había, en efecto, llegado a prendarse perdidamente de aquel legendario Tulio Montalbán, cuya corta y gloriosa vida contó su suegro.

La historia de Tulio Montalbán era ésta:

Había nacido y habíase criado en una pequeña república americana sometida al rapaz predominio de una fuerte potencia vecina. Vivió vida de campo al sol y al aire, sin sentirse ciudadano ni patriota. Enamoróse perdidamente de una Elvira, y siendo aún muy mozo, casi un niño, a los dieciocho años, casóse con ella como a esa misma edad se casó con su Teresa Simón Bolívar, el Libertador. Y como Bolívar enviudó también Tulio Montalbán un año más tarde, a sus diecinueve. Bolívar cuentan que decía: “Si no hubiese enviudado, mi vida quizás habría sido otra; no sería el general Bolívar ni el Libertador.” Y algo así le ocurrió a T. Montalbán. La muerte de su Elvira le sumergió en una desenfrenada desesperación. El padre de ella, su suegro, que fué quien luego de él muerto escribió el relato de su vida, como en piadosa ofrenda, contaba en ella que temieron que acabase a propia mano violenta con su vida. “Bien es verdad —añadía el biógrafo— que muchas veces le oí hablar a mi pobre hija Elvira del fondo melancólico y aun misantrópico de su marido y de cómo le había oído decir que si aquel temprano amor no le salva, apegándole a la vida, habría acabado, sin saber por qué, suicidándose.”

Pero que le salvó del suicidio, por desesperación, al viudo de Elvira Jacquetot —tal era su apellido y el

del biógrafo de T. Montalbán, por lo tanto— fué el amor de patria. Buscando alimento al fuego que le consumía el corazón, paró mientes en la postración civil de su patria, de la pequeña República en que quiso crear una familia y se lanzó a redimirla, a emanciparla. Levantó bandera contra los opresores de aquélla, declaró la guerra a los gobernantes mediatizados, abyectos servidores de la vecina potencia opresora, y se propuso hacer a su patria, patria de verdad y no sólo de ficción, de hecho, y no de derecho solamente, independiente. La campaña fué una sucesión de heroicos hechos de armas.

La biografía de Tulio Montalbán, escrita por Enrique Jacquetot, el que había sido padre de su Elvira, era el relato conmovido y conmovedor de aquella pequeña epopeya republicana. Y el pobre padre puso al escribirla, con todo el amor a su hija malograda en capullo de vida, todo su amor y toda su admiración a su yerno. Quería acompañarle en la historia.

En aquel relato contaba cómo Tulio Montalbán llevó siempre sobre su pecho, como un escapulario, un retrato de su Elvira y la primera y casi la última carta de amor que le escribiera; cómo era el nombre de Elvira el que invocaba al entrar en los combates; cómo parecía que más que libertar a su patria buscaba libertarse de la vida e ir a juntarse con la que fué su compañera en breve y fugitivo trecho de ella. “Quiero libertar la tierra en que mi Elvira descansa —decía, según Enrique Jacquetot, Tulio Montalbán—, y cuando sobre ella ondee un pabellón de hombres libres, ya no me quedará si no descansar a mi vez a su lado, mezclados mis huesos con los suyos y hechos un mismo polvo nuestras carnes.” En lo que el biógrafo sentía un presagio terrible. Presagio que no se llegó a cumplir.

Y no llegó a cumplirse porque cuando ya Tulio Montalbán había logrado echar de su patria a los

que la tiranizaban, una noche al cruzar un río se hubo de ahogar en éste. Los soldados que con él iban dijeron que lo enterraron allí cerca, mas el caso es que no se volvió a saber de él.

Y ésta era la historia que leía y releía Elvira Solórzano dejándose empapar del opio romántico que en ella puso el padre de Elvira Jacquetot. De quien decía don Juan Manuel que sería acaso un buen poeta, pero que no era ningún historiador de que cupiera fiarse, pues desdeñaba la documentación.

—No hay un documento en toda esa historia, hija mía, ni un solo documento. Ni un parte de combate, ni una carta.

—¿Y esas proclamas, papá, esas proclamas tan vibrantes y tan hermosas de Montalbán?

—¡Eso es literatura!

—Pero son documentos.

—Sí, literarios. Mira tú que aquella proclama en que les habla a sus soldados de su Elvira, en que dice: “la patria de mi Elvira”, y que hay que liberar la tierra que guarda las cenizas de aquella llama de amor de hogar.

—¡Hermosísima, papá, hermosísima! ¡Llama de amor de hogar!

—Pero eso no es documento...

—¿Y si la escribió así?

Y Elvira Solórzano se iba a mirar otra vez más a aquel retrato de Tulio Montalbán al lado de su Elvira, que figuraba al frente del libro en que se narraba su historia. Y por cierto no dejaba aquella Elvira de parecerse en aire y rasgos a esta otra que leía su trágico idilio y que se embriagaba con él. Parecido que entraba acaso por no poco en la fascinación que le producía el héroe. Y mirando los retratos se decía la hija de don Juan Manuel, la aislada: “Si yo hubiese encontrado en mi vida un hombre así... ¿Hombre? ¡No, más que hombre! Si esta pobre

isla fuese una pequeña Republiquilla oprimida y vejada; si aquí pudiese haber una guerra libertadora, si una tempestad siquiera hubiese echado a estas costas el hombre, así, de fuego y de sacrificio, ¡qué llama de amor de hogar habría encontrado en mí! Pero hombres así son de otro mundo, y acaso este mismo no es sino una ficción de poeta...”

Y el padre:

—Que así no se aprende a vivir, hija mía, que así no se hace sino soñar en vano...

—¿Y qué otra cosa quieres que haga, padre? ¿Quieres que me ponga a buscar novio entre los viejos acomodados de esta pequeña ciudad o de la isla toda?

—¡Oh, eso no! ¡No!

—¿No te he dicho que el remedio está en que nos vayamos, en que dejemos esta isla y en ella los huesos de don Diego de Solórzano, el que te tiene preso en ella?

—¡El, no! ¡Sus huesos, no!

—¿Pues qué?

—¡Su herencia, hija, su herencia! ¡Este mezquino patrimonio que es la muerte de nuestra vida! ¡Y si no fuese por mi biblioteca..., por mis libros!

—¡Déjame, pues, con el mío! Con el pueblo, la soledad de nuestro aislamiento...

III

—¿Qué hombre extraño es ese, papá, que dicen que llegó en el último barco arribado a nuestro puerto y se ha quedado aquí y hace esa vida extraña?

—Parece que desembarcó enfermo y diciendo que no podía continuar la navegación hasta reponerse y que se quedaba aquí. Se llama Julio Macedo, dicen que es americano o lo parece al menos; finísimo y

culto. Dispone de dinero, vive sencillamente, apenas se roza con la gente, se pasea solo y por el interior de la isla, como evitando la vista del mar. Lee en unos cuantos libros que ha traído y no parece que tenga curiosidad alguna, por lo que dicen los periódicos que nos llegan cada quince días con el correo. Evita hablar con las gentes, pero cuando habla con alguien se produce muy correctamente. Yo mismo crucé con él hace pocos días unas cuantas palabras...

—¿Tú?

—¡Sí, yo! Nos encontramos junto a la Fuente de la Teja, me preguntó por el nombre del Pico de Toba y aproveché la coyuntura para intentar sondearle...

—¿Y qué sacaste en limpio?

—¡Nada! Parece que evita dar a conocer nada de su pasado. Por lo cual se ha hecho ya aquí, en la isla, un personaje misterioso y todos andan a descifrar su misterio. Hasta dicen que trata de desfigurarse. Y a él parece que le molesta el que se ocupen de él.

—Es curioso todo ello y me gustaría conocerle.

—Pues mira, casi todos los días pasa por aquí cuando se va de paseo al monte.

Y así era, en efecto, que Julio Macedo, el misterioso emigrante, dió en frecuentar la calleja en que vivían los Solórzanos, padre e hija. Y aun había más, y es que parecía buscar con sus ojos a la hija, a Elvira. Y ésta, cuando lo comprendió, picóle el caso, aunque sin interesar otra cosa que su curiosidad en ello. Y deseaba un encuentro.

Encuentro que llegó. Y fué junto a aquel rellano de la roca que dominaba el pequeño golfo del puerto, donde Elvira solía sentarse a soñar con el naufrago del otro mundo. Allí la encontró una tarde, al ocaso,

Julio Macedo, y mirándola con una mirada que hizo retroceder a Elvira, le dijo:

—Veo, señorita, que gusta usted de soñar en esta isla en que todos duermen...

—¿Y en qué lo ha conocido usted, caballero?

—Oh, eso está a la vista. Basta mirarle a usted a los ojos. Esos ojos nacieron para soñar. Y para hacer soñar...

—¿Qué de prisa va usted, caballero!

—Es mi marcha. Necesito vivir muy de prisa. ¡He perdido tanto tiempo!...

—¿Pues es usted joven!...

—Menos que lo parezco. Mas ello importa poco. Sí, tengo prisa...

—Bah, en cuanto usted se reponga, reanudará su viaje...

—Creo que no... Además no llevo viaje...

—¿Cómo que no?

—No; me quedo aquí ya para siempre. Acabo de decidirlo.

—¿Aquí? ¿Y para siempre? ¿Usted?

—Sí, yo, aquí y para siempre. Vine con terribles propósitos, a enterrarme en vida, pero... ¡Ahora quiero vivir! ¡Quiero volver a vivir! Quiero saber qué es eso que llaman la vida y de que otros gozan...

—No lo comprendo...

—Pues me parece que hablo bien claro...

—Y muy de prisa.

—Me gusta acortar trámites. Y ahora, ¿me permitiría usted que fuese alguna vez a visitarla?

—Eso es cosa de mi padre.

—No es sólo a su padre, es a usted a quien deseo hablar...

—Bueno, pero usted ¿quién es?

—¿Yo? Yo soy Julio Macedo.

—¿Y quién es Julio Macedo?

—¿Y eso qué importa? Un naufrago... uno que

ha echado el mar a esta isla... un hombre nuevo que empieza a vivir ahora... uno sin historia... ¿Qué importa quién es Julio Macedo? Este que está aquí y que le habla ahora y le mira y arde por dentro. ¿Le he preguntado yo acaso quién es Elvira Solórzano? Para mí es como si hubiéramos nacido ahora y sin historia. El pasado no cuenta. No tengo pasado; no quiero tenerlo. Ahora no quiero sino tener porvenir. Y en esta isla...

—¿En esta isla? ¿Aislado? ¿Sabe usted lo que es vivir aislado?

—Sí, aislado quiero vivir. ¡Aislado... con usted!

—¡Señor Macedo!

—¿Ah, que voy de prisa? Ya empecé diciéndole que es mi modo. Con que ¿podré visitarla?

—¿Y para qué?

—¡Para vivir! Y usted irá conociéndome; usted irá sintiendo quién es, o mejor, quién va a ser Julio Macedo; usted me irá haciendo...

—Pero su historia...

—¡Yo no tengo historia, Elvira!

La Solórzano tembló al oírse llamar así, familiarmente, Elvira. Aquel hombre la desasosegaba, la infundía un extraño pavor. Quería verle lejos de sí, pero sin perderle de vista. Adivinaba en él un alma de presa, un espíritu de dominio. Y que alguna historia misteriosa le envolvía.

—Bueno, señor Macedo, hablaré con mi padre.

—¡Y yo también!

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada; que espero ganar la confianza de don Juan Manuel, y de usted... ¡el corazón!

—¡Y con qué seguridad habla!

—Es también mi modo, Elvira.

—Ni que se tratara de un Don Juan Tenorio, de un conquistador de raza... Llegar, ver y vencer, ¿no es así?

—¡No es así, no, señorita, sino llegar, ver y ser vencido! Yo no soy conquistador, sino conquistado. Un naufrago de la vida...

—¿Y con qué derecho?

—No es cuestión de derecho, Elvira...

—¡Y dale con Elvira!

—¿No me será permitido ni siquiera darle ese nombre dulce, como la leche de la madre en la boca del niño enfermo? Que así es mi boca, como la de un niño, y de un niño enfermo. Ser niño...

Y el forastero inclinó la frente ensombrecida al suelo.

—¿Es que le gustaría volver a la niñez?

—¿A la niñez? ¡Más allá, mucho más allá!...

—¿Cómo más allá?

—¡Sí, más allá de la niñez, más allá del nacimiento!

—¡No lo comprendo!

—Sí, me gustaría volver al seno materno, a su oscuridad y su silencio y su quietud...

—¡Diga, pues, que a la muerte!

—No, a la muerte no; eso no es la muerte. Me gustaría “desnacer”, no morir...

—Y por eso...

—Sí, por eso. ¡Un amor así, como el que busco, me valdría lo mismo!

IV

—Te digo, hija mía, que cada vez me intriga más este Julio Macedo. Para mí que ni es Julio ni es Macedo...

—Claro, como no te ha presentado los documentos que lo justifiquen...

—Yo insisto en que podría ser...

—¿Quién, él? ¿Montalbán? ¡Tonterías! ¿Crees tú

que si fuese Tulio Montalbán no le habría yo reconocido en cuanto se dirigió a mí por primera vez? ¡En seguida! No, no; ni se parece apenas al retrato que figura al frente del libro, ni... Y en todo caso, de ser él, habríámelo dicho al punto el corazón...

—Vamos, sí; que te habrías enamorado de él locamente a las primeras miradas que cruzarais...

—¡Claro está! Y lejos de haberme enamorado, el hombre se me despega... yo no sé... le tengo miedo... El caso es que cuando está ausente, llego hasta desear volver a verle; pero así que le tengo a mi lado quisiera escaparme de él... No sé lo que me pasa... Y ese misterio... ¡No, él no es; no puede ser!

—Sí, yo mismo he abandonado ya casi esa suposición. Por probarle, le conté un día cómo tú lees y relees la "Vida de Tulio Montalbán", que escribió su suegro, y hasta cómo has llegado a enamorarte de ese héroe de leyenda...

—¿Y qué dijo a eso?

—Se quedó callado. Espié su rostro; permaneció inmóvil.

—¿Lo ves? Y si fuese como tú suponías, Tulio Montalbán, al saber eso habríase, de un modo o de otro, descubierto...

—¡Quién sabe!... Acaso no pueda hacerlo...

—¿Vuelves a tus sospechas?

—Mira, Elvira; pregúntale si conoció a Tulio Montalbán. Porque acaso no sea él; no, evidentemente no puede ser él; pero de que le conoció, de que es de su misma patria, de esto no me cabe duda. Pregúntaselo. Verás cómo mis conjeturas son fundadas.

—¡Se lo preguntaré!

—Mira, allí viene. Coge el libro y que al entrar y al encontrarte te vea con él... Yo me voy en tanto...

Y cuando entró en seguida de esta conversación entre padre e hija Julio Macedo, encontróse a Elvira

Solórzano con el libro de la "Vida de Tulio Montalbán" entre las manos.

—Ya sé por su padre, Elvira, que ese libro le tiene sorbido el seso...

—¿Y hay en ello mal?

—Siempre hay mal en enamorarse de un ente de ficción...

—¿Ente de ficción? ¿Es que no fué real Tulio Montalbán?

—No lo sé...; pero creo que no es real ningún tipo que anda en libros, sean de historia o novelas...

—¿Ninguno?

—¡Ninguno! Sólo son reales los hombres de carne y hueso...

—¿Cómo?

—¡Como yo! Y por eso le dije, Elvira, que no importaba saber mi nombre, ni de dónde vengo, ni cuál es mi historia. Mi vida, mi verdadera vida, ha empezado hace poco, y en cuanto a historia, no quiero tenerla.

—¿Pero es que no ha vivido usted antes? ¿No tiene usted pasado?

—¿Yo? ¡No... no!

—Pues bueno, ¿quién es usted? Otra vez. ¿Quién es?

—El que estoy aquí, el que le está sorbiendo con los ojos y el corazón...

—¿Puedo preguntarle algo de su vida, de su historia pasada?

Julio Macedo recapacitó un instante, y luego, con voz velada, contestó:

—Pregunte, y yo sabré qué responder; o silencio o verdad.

—¿Conoció usted a Tulio Montalbán?

Hubo un silencio, y tras él lo que anunció verdad, y fué:

—Sí, le conocí!

—¿Mucho?

—Mucho. Eramos del mismo lugar, del mismo tiempo, nos criamos juntos, hicimos juntos la campaña por libertar la patria...

Elvira abrió tanto las pupilas, que se le desvanecía la visión.

—Y bien —dijo ella, apoyando su mano sobre el libro, pues sentía que le faltaba suelo—, y bien... ¿murió Montalbán?

—Sí, murió.

—¿Cómo? ¿Se ahogó? ¿Se suicidó?

—Fué muerto.

—¿Quién le mató?

Se siguió un silencio irrespirable para las dos almas.

—¿Quién le mató? —repitió Elvira—. ¡La verdad, la verdad que me ha prometido! ¡La verdad!

Julio Macedo siguió en silencio.

—¡Ah! —exclamó entonces Elvira—, usted, usted le mató, ¡usted!

Julio inclinó su rostro, antes siempre erguido, y se puso pálido como un muerto. Y dijo:

—Sí, yo le maté; yo, Julio Macedo, maté a Tulio Montalbán.

—¡Caín! ¡Caín! ¡Caín! —y Elvira, al decirlo, retrocedía—. Vete, vete y no vuelvas, ¡vete! Por algo me aterraba su presencia..., por algo no me sentía tranquila a su lado..., por algo...

Entonces Julio cogió de un brazo a Elvira que no se resistió, la atrajo hacia sí, le miró fijamente a los ojos despavoridos y con voz como de otro mundo, fantasmática, le dijo:

—No, tú no me has huído: tú me has buscado pero no a mí. Yo maté, sí, a Tulio Montalbán o al menos creí dejarle muerto; pero fué cara a cara, noblemente, a la orilla de uno de los ríos sagrados de la patria, en una noche de luna llena... Luchamos como luchan dos hermanos que sirven causas

contrarias, noble pero sañudamente, como acaso lucharán, diga lo que quiera la Biblia, Caín y Abel, y le dejé por muerto, como pudo él haberme dejado a mí.

—¿Y por qué? ¿Por envidia también?

—No, sino porque él, el libertador de la patria, iba a convertirse fatalmente en su tirano. Que allí es así.

—¿Y qué más podía apetecer aquella patria que tener semejante tirano, un amo así?

—¡Tú, acaso; mi patria, no! Mi patria no debía aceptar tiranos. ¡La que se ha dejado tiranizar por él y luego que ha muerto, por un fantasma, por un tipo de libro eres tú! —y la soltó el brazo.

—¡Ah! ¿Sientes celos?

—¡Sí, siento celos! ¡Me devoran los celos! No puedo soportar que lo que debió ser mío, lo que sería mi paz, mi vida, algo como un dulce seno materno en vida, me lo robe... ese... ese del libro... ese que creí dejar muerto. Vine acá, a esta isla, buscando la muerte o algo peor que ella; te conocí, sentí resucitar a nueva vida, a una vida de aislamiento, soñé en un hogar que fuese, te lo repito, como un claustro materno cerrado al mundo, y he vuelto a encontrarme con él... con él...

—Es que no le dejaste bien muerto acaso...

—¿Y ahora?

—Ahora vete, vete y no vuelvas. Si no eres Tulio Montalbán, eres por lo menos algo tan grande como él...

—¿Para hacer historia, eh?

—¡Vete! ¡Vete!

Y Elvira se salió de la sala dejándole solo. Julio se enjugó una lágrima de fuego y se marchó.

Elvira sintió luego haberle despedido de aquel modo y hasta estuvo por escribirle que volviese, que

no había sido sino un arrebató, que ella no era quién para juzgar de aquella tragedia que le había contado.

Y en los días que se sucedieron al de la revelación fatídica, Elvira, por las noches, mientras se arrebujaba en su cama y se cubría los ojos con la sábana para no ver los fantasmas de su imaginación embriagada, sentía abajo, en la calle, los pasos de él, del matador de Tulio Montalbán. Porque eran sus pasos, no le cabía duda de ello. Y llegó a asomarse tras los cristales, a favor de la oscuridad, y estuvo por llamarle. ¿Qué haría ahora aquel hombre? ¿Por qué le había despedido así? Y le dijo: ¡vete! Y al decírselo confesó la grandeza de aquel hombre misterioso, náufrago de la historia, que parecía llegado para matar su ensueño. ¿O más bien para encenderlo?

¿No había en aquel hombre matador de Tulio Montalbán algo de éste? ¿Por qué había dicho que lucharon como luchan dos hermanos —lo recordaba bien—, dos hermanos que sirven causas contrarias? Y hasta se acordó de Jacob y de Esaú luchando el uno contra el otro ya desde el vientre de su madre que los tuvo juntos. Y habló de que Caín y Abel habían luchado... ¿Sería verdad? ¿Y si aquel hombre, Julio Macedo, o quien fuese, no hubiera matado a Tulio Montalbán no habría perecido a manos de éste?

La pobre Elvira no podía ya dormir sin soñar. Y eran sus sueños pesadillas.

V

—Mira, hija —le dijo ocho días después don Juan Manuel a Elvira—. Macedo me escribe rogándome que le concedamos una última entrevista, pues quiere despedirse de nosotros para siempre. Se va de la isla.

—Si es así...

—Aún no he logrado averiguar qué pasó entre vosotros dos en aquella tarde en que tú quedaste en preguntarle si había o no conocido a Montalbán. Desde entonces tú estás como despavorida y él, según me dicen, como loco de silencio y de desesperación. Dicen que no sale sino de noche y entonces ronda esta nuestra casa. Temo cualquier desastre... ¿Pero supiste quién es?

—Sí, lo supe, ya te lo tengo dicho. Conoció y trató mucho a Montalbán, y si no es él, es, por lo menos, algo tan grande. He llegado a sospechar si su hermano... acaso gemelo...

—Pero el libro no habla del hermano...

—¿Quién hace ahora caso del libro?

—¿Y qué pasó entre vosotros para esa ruptura?...

—No puedo verle, no debo verle, no quiero verle... Me da miedo...

—Me parece que estás ya enamorada...

—¿Yo? ¿De él?

—¡Sí, tú, de él, de Julio Macedo!

—Quién sabe... —susurró Elvira palideciendo—; pero no, no puedo, no debo, no quiero ser suya... Hay en su vida un terrible secreto que amargaría las nuestras...

—¿Y te lo reveló?

—¡Sí, me lo reveló! Y ese secreto ha abierto un abismo entre los dos... para siempre...

—Pues yo, visto que la entrevista que nos pide dice que ha de ser la última y que es para despedirse, y entre los tres, presente yo a ella, le he dicho que puede venir cuando quiera.

—Y has hecho bien. Aunque yo no sé si tendré fuerzas...

En este momento de la conversación el criado anunció que Julio Macedo había llegado a la casa y deseaba saludarlos.

—¡Que espere no más que un momento! —ordenó don Juan Manuel.

—Ay, padre, yo no sé..., no sé si tendré fuerzas..., ese hombre me aterra...

—¡Ese hombre te atrae!

—¡Como un abismo...!

Volvió a entrar el criado y dijo: El señor Macedo dice que tiene prisa, mucha prisa...

—Es la suya —exclamó Elvira—; siempre dice que tiene prisa... ¿Prisa de qué?

—Bueno, que vamos allá...

—¿Y qué haremos ante él? ¿Qué le diremos?

—El que tiene que decir es él.

—¿Y estás dispuesto, papá, a que se despida?

—¿Y si ha resuelto irse, qué le voy a hacer yo?

—¡Retenerle!

—¿Para qué, si hay ese abismo del secreto?

—¡Es cierto!

VI

Cuando padre e hija, los Solórzanos, entraron en la sala en que Julio Macedo les esperaba, encontraron a éste de pie, con el sombrero en la mano como de partida y mirando el retrato al óleo de don Diego de Solórzano, el conquistador de la isla, que presidía en efigie la solemne estancia.

—Ante todo —empezó diciendo don Juan Manuel—, siéntese usted...

—No, que estoy de prisa. Lo que he de decirles por despedida es bien poco y prefiero decirlo de pie. Es postura de caminante y de combatiente.

—¿Es que viene de combate, señor Macedo? —preguntó Elvira .

—¡Es mi trágico sino, señorita!

—Bueno, pues usted dirá... —empezó el padre.

—Sí, yo diré! ¡Y digo que yo fui Tulio Montalbán!

Calló una vez dicho esto y siguióse un penoso silencio.

—¡No te lo decía yo, hija mía...!

—Pues entonces —dijo con un hilo de voz Elvira—, ¿cómo no me lo había dicho antes? Y aquella historia...

—¿Historia? ¡Eso es lo terrible! Aquella historia que te conté, Elvira —y apoyó cuanto pudo el “te” al decirlo— era y sigue siendo sustancialmente verdadera. Te prometí silencio y verdad. Y verdad era lo que te dije. Por lo menos así lo creí...

—¿Aquello de la lucha y la muerte...?

—Sí, en aquella noche trágica, junto al río más sagrado de mi patria, creía haber dado muerte a Tulio Montalbán, al de la historia, y poder vivir fuera de todo historia, oscuramente, sin patria alguna, desterrado en todas partes, desterrado en el mundo como un hombre oscuro sin nombre y sin historia. Hice jurar a mis más fieles soldados que guardarían el secreto de mi desaparición haciendo creer en mi muerte y propalando haberme enterrado, y huí. ¿A dónde? Ni lo sé...

—¿No te lo decía yo, hija, que jamás me convenció el relato de aquella muerte no documentada? ¿Lo oyes?

—Y erré más muerto que vivo, huyendo de mí mismo, de mis recuerdos, de mi historia. Todo mi pasado no era para mí más que como un sueño, una pesadilla más bien. Sólo me faltó el valor supremo, el de acabar del todo con Tulio Montalbán. Creí poder sacudirme del personaje y encontrar bajo él al hombre primitivo y original. No era sino el apego animal a la vida y una vaga esperanza... Pero ahora... ¡Ahora sabré acabar con el personaje!

—¡Tulio! —gimió Elvira.

—¿Tulio? ¿Tulio o... Julio?

—¡Es igual!

—¡No, no es igual! Y me has llamado, has invocado el nombre, uno u otro, pero el nombre; no me has cojido al hombre, al de carne, al que está aquí, al animal si quieres. Y éste sobra.

Y al observar que Elvira se le acercaba, retrocedió, prosiguiendo:

—¡No, no te me acerques, no me toques! Todo lo que hagas o digas ahora será mentira, nada más que mentira. ¡Llegué acá, a esta isla, decidido a enterrarme en ella en vida, a vegetar aquí y te vi! ¡Te vi!

Tuvo que detenerse para cobrar aliento, porque el corazón le tocaba a rebato.

—¡Te vi —continuó—, te vi y sentí resucitar al que fuí antes de mi historia, de esa fatídica historia que ha contado ese hombre que hizo el libro de mi vida; sentí revivir al oscuro mancebo que se casó a los dieciocho años con su Elvira! Volví a encontrar a mi Elvira. ¡Cómo te pareces a ella! Pero sólo de cuerpo, no de alma! Porque aquel bendito ángel de mi fugitivo hogar, apetecía el silencio y la oscuridad y buscaba el aislamiento y jamás soñó con que su nombre resonara en la historia unido al mío. Esta resonancia posterior fué obra de su pobre padre. Mi pobre Elvira sólo anhelaba pasar inadvertida, y yo, como ya lo he dicho, hacer de mi hogar un claustro materno y vivir en él como si no viviese. ¡Porque le tengo miedo a la vida, un miedo loco!

—Pues quédate, Tulio, y viviremos así; yo contigo. ¡Seré tuya!

—De Tulio o de Julio, ¿otra vez?

—De quien quieras...

—No, de quien yo quiera no. ¡Tú eres del otro, no de mí! Tú eres del nombre. Te vi, sentíme resucitar, te busqué y me encontré con que el otro, el

que creía haber matado, te había vuelto el seso. Me encontré con el de ese libro fatal. Y tú, que amabas con la cabeza, intelectualmente, a Tulio Montalbán, no podías amar con el corazón, apasionadamente, carnalmente si quieres, a un náufrago sin nombre. Todo tu empeño fué conocer mi pasado, cuando yo venía huyendo de él. ¡Y ni me conociste! Prueba que era tu cabeza, no tu corazón, el enamorado.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? ¿Para que te hubieras rendido a Tulio Montalbán, que venía buscando olvido, silencio, oscuridad, aislamiento y lo hubieras luego arrastrado otra vez a la historia? No, no...

—Pero yo...

—No, tú no te habrías sacrificado a mantener por siempre oculto mi nombre, a guardar mi secreto...

—Que usted, señor —dijo don Juan Manuel—, acaba de romper...

—Es que ahora ya no importa que usted lo sepa y hasta, como historiador que es, lo propale. Ahora ya... Basta, y adiós que tengo prisa.

Dió unos pasos como para salir y Elvira se abalanzó a él. Cojióle de un brazo, y blanca y fría y temblorosa como una nevada en torbellino, gimió:

—No, no te vayas; tú, quien quiera que seas, no te vayas. ¡No, no! Sé a dónde vas. Quédate, tú, quédate... ¡Y perdóname! ¡Perdóname! Ahora he conocido al hombre. Ahora conozco que te quería, que el miedo que me infundías era amor, que por dentro...

—¿Dónde has leído esas cosas, mujer?

—¿Y quién le autoriza a usted, señor mío —exclamó el padre—, para tratar así a mi hija?

—¿Quién? Ella misma. Aunque decía tenerme miedo, me recibía y me esperaba. No me quería, no, como tampoco quería a Tulio Montalbán; pero si éste era para ella la leyenda, lo que está escrito, yo era el misterio, lo que hay que descifrar. Hombres,

ni uno ni otro... Pero esto degenera en discusión, y yo no he venido sino a despedirme. ¡Adiós, pues, y hasta nunca!

—¡Padre!, ¡padre! —gimió Elvira—, deténle, no le dejes salir, mira que sé a dónde va...

—¿Pero es que voy a retenerle aquí para siempre, hija?

—Hasta que vuelva a la razón, porque su hija, sin duda, me tiene por loco. ¿No es así, Elvira?

—Yo soy la que voy a volverme loca...

—No, lo estabas ya..., loca de aislamiento. ¡Adiós!

Ni el padre ni la hija se atrevieron a decirle más. Ella, Elvira, se cojió a su padre, se apretó contra él, hundió su cabeza en el pecho del acongojado señor y se quedó como quien escucha un rumor lejano.

—Espera..., oye... ¡Oh, esto es terrible!, esto es la muerte... ¿Has oído? —y lanzó un grito desgarrador.

—¿Es que ha sonado un tiro? —murmuró don Juan Manuel.

—Sí; es él, él..., ahí abajo, en el portal... ¡Ahora sí que le ha matado a Tulio Montalbán!

—Voy a verlo.

—Yo, no, no..., no quiero verlo.

Se oyó la voz del criado que gritaba desde abajo: "¡Señor amo!" Don Juan Manuel se precipitó al portal y allí encontró el cuerpo del que había sido Tulio Montalbán y Julio Macedo. Apenas salido de la sala, se encontró en el portal, arrodillóse en él, sobre las losas enmohecidas, y se dió un tiro en la sien.

—¡Llama a un médico, Pepe! Y vamos a desabrocharle el pecho...

—Todo es inútil, señor. Está ya muerto. El tiro ha sido de maestro.

Desabrocharonle, sin embargo, y le hallaron el retrato de Elvira Jacquetot, su mujer, y la primera

carta de amor que ésta le había escrito. Y no llevaba más consigo, ningún documento.

—Todo esto parece un sueño —murmuró don Juan Manuel—. Y ahora mi pobre hija... Ya se truncó su vida. ¿Cómo va a poder salir ahora de su aislamiento?

VII

Elvira recibió un paquetito que para ella había depositado Tulio Montalbán cuando decidió, por fin, quitarse la vida. Eran unas memorias, las “Memorias” de Julio Macedo, escritas en los días que precedieron a su suicidio. En ellas trataba de explicar la diferencia entre el “hombre” y el “personaje”, el que respira y goza o sufre en el silencio y la oscuridad del hogar —de hogar cálido y con compañera, o de hogar frío o de alquiler— y el que se agita y hace ruido en la historia de los pueblos. Era, a la vez, un alegato contra la “Vida de Tulio Montalbán” que escribiera el padre de la primera Elvira. El escrito llevaba por lema unas palabras en latín, tomadas del poema *De rerum natura*, de Tito Lucrecio Caro, aquellas del verso 58 de su libro III que dicen: *eripitur persona manet res*, o sea: desaparece la persona, queda la cosa”.

Elvira no quiso leer estas “Memorias”; no creía poder resistir su lectura. Las leyó su padre, pero ella no consintió en que le contase nada de lo que allí se dijese. Y luego, tomando el escrito y juntándolo con el ejemplar de la “Vida de Tulio Montalbán”, sobre el que tanto había soñado, los dió al fuego y se estuvo contemplando las ondulaciones de las lentas llamas. Porque el libro tardó en consumirse al fuego.

Y era el mirar aquella llamarada como mirar el

romperse de las olas espumantes entre los escollos de la costa de la isla. Y a la vez se quemaban sus ensueños, ensueños de espumosas olas costeras también.

Recojió piadosamente las cenizas de aquellos dos escritos, como si fuesen las de dos cuerpos que hubiesen palpitado con vida de carne y sangre y las guardó para ponerlas junto a los restos del suicida. Y se propuso no volver ya nunca al rellano de la roca que dominaba a la caleta del puerto ni a contemplar el paso de los lejanos buques que se iban llevando a los peregrinos del mundo, e ir, en cambio, en piadosa romería, escondida y recatada, a la tumba de Tulio-Julio, al pie del Pico de Toba a escarbar allí en el aislamiento de su propia alma solitaria.

Lo rudo del golpe fué, empero, para el padre, para don Juan Manuel, que repetía: “¡Ahora sí que se acaban definitivamente los Solórzanos de la isla! Dentro de algunos años alguien de otro nombre, de otro linaje, quemará el retrato de don Diego para calentar su hogar, o para prepararse un guiso, ¿quién sabe? Y si aquí hubiese un Museo insular...”

—En cuanto a lo del suicidio —solía decirle a su hija—, ya te tengo dicho que no te acongojes por ello, pues aquel hombre —y nunca le llamaba de otro modo— nació suicida. Bien claro se veía en la “Vida” que de él escribió su suegro, y bien claro se deducía de la lectura de aquellas “Memorias” que no quisiste leer. Tú no fuiste más que el pretexto, la ocasión para que se cumpliera su sino...

—Pero pude impedirlo... ¡Qué torpe, qué ciega estuve! Trunqué su vida y he truncado para siempre la mía. Porque esto es peor que el suicidio...

—Bueno bueno, hija, que no te dé...

—¡No, nada temas, padre, tengo la cabeza firme!

—Sí, sí; sé que te gusta soñar y que no estás muy

segura de que los muertos sueñen. Te gusta soñar en la muerte, que no es sino vivir...

—¿Vivir? ¿Y llamas vivir a esto que hacemos en esta isla?

—El mundo todo, hija mía, no es más que un islote. Llevo en él ya cerca de sesenta años y voy convenciéndome de que si los hubiese vivido en el eje mismo del torbellino de la historia, no habría a la hora de hoy atesorado más saber que el que poseo: sueño por sueño, ¿qué más da? Y estoy también convencido de que si tú hubieras llegado a ser la segunda Elvira de aquel hombre y en él se hubiesen continuado, aunque con otro nombre, los Solórzanos, no estaría hoy más consolado de haber tenido que nacer de lo que estoy.

—¿Y si aquel hombre —le preguntó su hija sonriendo tristemente— hubiese renunciado a nombre propio, pues que huía del que hizo resonante en su patria y aun fuera de ella, y adoptando el nuestro, el de los Solórzanos, lo hubiese hecho resonante también en la isla y aun fuera de ella? ¿Qué habrías dicho entonces?

—¿Lo ves, hija, lo ves? Eso le mató. No quiero revelarte, pues que me lo tienes prohibido que lo haga, la extraña filosofía que llenaba las hojas de las "Memorias" de aquel suicida; pero te aseguro que eso, eso que acabas de decir le mató.

—¡Ah! Si pudiéramos irnos, emigrar, escaparnos, padre, para ir a perdernos en el ancho mundo, a no sentirnos, a no conocernos. El aislamiento no nos deja gozar de la soledad..

—¡Ay, hija mía!, la tragedia aquí es la necesidad. Fuera de aquí tendríamos que vivir casi de limosna y sin la seguridad del mañana. Es nuestra discreta pobreza la que nos hace soñar así...

—¡Trabajaré!

—¿Tú, hija mía, tú? No sabes lo que es trabajar;

no sabemos lo que es trabajar. Nos pasamos la vida en un sueño...

—¡ Si fuese al menos un sueño como la vida de Tulio Montalbán!

—Siempre lo mismo, hija mía; deja que otros hagan historia y nosotros la contemplaremos. ¿ Por qué empeñarnos en ser actores todos? Algunos han de contentarse con ser espectadores... ¡ Esa historia..., esa terrible historia de ese hombre! Toda la ciudad, todo el pueblo nos señala con el dedo; apenas podemos salir ya; ésta es la casa de la tragedia misteriosa, de la tragedia del hombre misterioso que se suicidó en el umbral antes inmaculado, de nuestro hogar solariego, ¡ el de los Solórzanos!

—¿ Antes? ¡ Y ahora! ¿ O es que hay en nuestro hogar mancha?

—¡ Sí, de sangre!, ¡ de su sangre!, ¡ de la sangre de ese hombre! Desde aquel día no cruzo ese umbral sin cerrar los ojos; entro y salgo en nuestra casa, en el solar isleño de los Solórzanos, tanteando las paredes para no tropezar. Acabaré por quedarme ciego...

—¡ Padre!, ¡ padre!, ¡ padre!

—¡ Es todo lo que he llegado a ver de la historia! ¡ Es el único documento vivo que he visto con mis ojos! No, no puedo. Aun cerrando los ojos le veo de rodillas atravesándose con un pedazo de plomo el seso que forjó tantas locuras...

—¡ Cállate, padre, cállate!

—No, no debo callarme aquí donde nadie nos oye, no debo callarme. Donde he de callarme es fuera, en la calle, entre los demás. Y son ellos los que se callan al verme llegar. No, no me callaré, aquí donde nadie nos oye.

—¿ Nadie?

—¿ Y quién nos oye?

—¿Quién? ¡Don Diego de Solórzano, el que está en la sala!

—Tú te has vuelto loca, hija mía, loca como él; él te ha vuelto loca. Y menos mal si no te diera por...

—¿Para qué? ¿Es que acaso vivimos, padre? ¡No merece la pena!

—Ahora me acuerdo de aquello tan terrible que me contaste que te había dicho él, aquello de que deseó volver al seno de la madre de que había salido. ¡Es una idea diabólica!

—No lo veo yo así... ¿Y tú, padre, no has deseado alguna vez volver a ser lo que eras cuando don Diego de Solórzano conquistó y pobló esta isla y nos amarró, ya desde entonces, a ella?

—¡Pero qué cosas se te ocurren hija mía!

—Lo extraño es que no se te hayan ocurrido a ti que vives en papeles viejos, si no de ellos.

—¡De ellos, no, hija mía, de ellos, no! ¡No se vive de pergaminos!

—Ni de historia, según parece. La historia mata...

—A los que la hacen, no a los que la contemplan...

—A todos, padre, a todos. Al final desaparece la persona y queda la cosa, como dices que decía el lema de esas "Memorias" que reduje a cenizas sin leerlas. Y cenizas es ya mi memoria... ¡Ceniza después de Carnaval!

—¡Y nosotros... cosas!

La sombra de la noche arrojó al viejo y callado hogar solariego isleño de los Solórzanos coloniales. Y en su umbral lamía los muros, como una llama lenta, un recuerdo de sangre.

TRES NOVELAS EJEMPLARES
Y UN PROLOGO

(1920)

1

¡TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO! Lo mismo pude haber puesto en la portada de este libro *Cuatro novelas ejemplares*. ¿Cuatro? ¿Por qué? Porque este prólogo es también una novela. Una novela, entendámonos, y no una *nivola*; una novela.

Eso de *nivola*, como bauticé a mi novela —¡y tan novela!— *Niebla*, y en ella misma lo explico, fué una salida que encontré para mis... —¿críticos? Bueno; pase— críticos. Y lo han sabido aprovechar porque ello favorecía su pereza mental. La pereza mental, el no saber juzgar sino conforme a precedentes, es lo más propio de los que se consagran a críticos.

Hemos de volver aquí, en este prólogo —novela o *nivola*—, más de una vez sobre la *nivolería*. Y digo hemos de volver, así en episcopal primera persona del plural, porque hemos de ser tú, lector, y yo, es decir, nosotros, los que volvamos sobre ello. Ahora, pues a lo de *ejemplares*.

¿Ejemplares? ¿Por qué?

Miguel de Cervantes llamó ejemplares a las novelas que publicó después de su *Quijote* porque, según en el prólogo a ellas nos dice, “no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso”. Y luego añade: “Mi intento ha sido poner en la glo-

ria de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de barras, digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan." Y en seguida: "Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean; horas hay de recreación donde el afligido espíritu descansa; para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestiones y se cultivan con curiosidad los jardines." Y agrega: "Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyere a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público; mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano."

De lo que se colige: primero, que Cervantes más buscó la ejemplaridad que hoy llamaríamos estética que no la moral en sus novelas, buscando dar con ellas horas de recreación donde el afligido espíritu descansa, y segundo, que lo de llamarlas ejemplares fué ocurrencia posterior a haberlas escrito. Lo que es mi caso.

Este prólogo es posterior a las novelas a las que precede y prologa, como una gramática es posterior a la lengua que trata de regular y una doctrina moral posterior a los actos de virtud y de vicio que con ella tratan de explicarse. Y este prólogo es, en cierto modo, otra novela; la novela de mis novelas. Y a la vez la explicación de mi novelería. O si se quiere, *nivolería*.

Y llamo ejemplares a estas novelas porque las doy

como ejemplo —así, como suena—, ejemplo de vida y de realidad.

¡De realidad! ¡De realidad, sí!

Sus agonistas, es decir, luchadores —o si queréis los llamaremos personajes—, son reales, realísimos, y con la realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos, en puro querer ser o en puro querer no ser, y no con la que le den los lectores.

II

Nada hay más ambiguo que eso que se llama realismo en el arte literario. Porque ¿qué realidad es la de ese realismo?

Verdad es que el llamado realismo, cosa puramente externa, aparential, cortical y anecdótica, se refiere al arte literario y no al poético o creativo. En un poema —y las mejores novelas son poemas—, en una creación, la realidad no es la del que llaman los críticos realismo. En una creación la realidad es una realidad íntima, creativa y de voluntad. Un poeta nos saca sus criaturas —criaturas vivas— por los modos del llamado realismo. Las figuras de los realistas suelen ser maniqués vestidos, que se mueven por cuerda y que llevan en el pecho un fonógrafo que repite las frases que su Maese Pedro recogió por calles y plazuelas y cafés y apuntó en su cartera.

¿Cuál es la realidad íntima, la realidad real, la realidad eterna, la realidad poética o creativa de un hombre? Sea hombre de carne y hueso o sea de lo que llamamos de ficción, que es igual. Porque Don Quijote es tan real como Cervantes; Hamlet o Macbeth tanto como Shakespeare, y mi Augusto Pérez tenía acaso sus razones al decirme, como me

dijo —véase mi novela (¡y tan novela!) *Niebla*, que tal vez no fuese yo sino un pretexto para que su historia y la de otros, incluso la mía misma, lleguen al mundo.

¿Qué es lo más íntimo, lo más creativo, lo más real de un hombre?

Aquí tengo que referirme una vez más a aquella ingeniosísima teoría de Oliver Wendell Holmes —en su *The autocrat of the breakfast table, III*— sobre los tres Juanes y los tres Tomases. Y es que nos dice que cuando conversan dos, Juan y Tomás, hay seis en conversación, que son:

- | | | |
|--------------------|---|---|
| Tres Juanes | { | 1. El Juan real; conocido sólo para su Hacedor. |
| | | 2. El Juan ideal de Juan; nunca el real, y a menudo muy desemejante de él. |
| | | 3. El Juan ideal de Tomás; nunca el Juan real ni el Juan de Juan, sino a menudo muy desemejante de ambos. |
| Tres Tomases | { | 1. El Tomás real. |
| | | 2. El Tomás ideal de Tomás. |
| | | 3. El Tomás ideal de Juan. |

Es decir, el que uno es, el que se cree ser y el que le cree otro. Y Oliver Wendell Holmes pasa a disertar sobre el valor de cada uno de ellos.

Pero yo tengo que tomarlo por otro camino que el intelectualista yanqui Wendell Holmes. Y digo que, además del que uno es para Dios —si para Dios es uno alguien— y del que es para los otros y del que se cree ser, hay el que quisiera ser. Y que éste, el que uno quiere ser, es en él, en su seno, el creador, y es el real de verdad. Y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará o castigará a uno a que sea por toda la eternidad lo que quiso ser.

Ahora que hay quien quiere ser y quien quiere no ser, y lo mismo en hombres reales encarnados en carne y hueso que en hombres reales encarnados en ficción novelesca o nivolesca. Hay héroes del querer no ser, de la *noluntad*.

Mas antes de pasar más adelante cúpleme explicar que no es lo mismo querer no ser que no querer ser.

Hay, en efecto, cuatro posiciones, que son dos positivas: *a)* querer ser; *b)* querer no ser; y dos negativas: *c)* no querer ser; *d)* no querer no ser. Como se puede: creer que hay Dios, creer que no hay Dios, no creer que hay Dios y no creer que no hay Dios. Y ni creer que no hay Dios es lo mismo que no creer que hay Dios, ni querer no ser es no querer ser. De uno que no quiere ser difícilmente se saca una criatura poética, de novela; pero de uno que quiere no ser, sí. Y el que quiere no ser, no es, ¡claro!, un suicida.

El que quiere no ser lo quiere siendo.

¿Qué? ¿Os parece un lío? Pues si esto os parece un lío y no sois capaces, no ya sólo de comprenderlo, mas de sentirlo y de sentirlo apasionada y trágicamente, no llegaréis nunca a crear criaturas reales, y por tanto no llegaréis a gozar de ninguna novela, ni de la de vuestra vida. Porque sabido es que el que goza de una obra de arte es porque la crea en sí, la re-crea y se recrea con ella. Y por eso Cervantes, en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, hablaba de "horas de recreación". Y yo me he recreado con su Licenciado Vidriera, recreándolo en mí al re-crearme. Y el Licenciado Vidriera era yo mismo.

III

Quedamos, pues —digo, me parece que hemos quedado en ello...—, en que el hombre más real *realis*, más *res*, más cosa, es decir, más causa —sólo existe lo que obra—, es el que quiere ser o el que quiere no ser, el creador. Sólo que este hombre que podríamos llamar, al modo kantiano, numérico, este hombre volitivo e ideal —de idea-voluntad o fuerza— tiene que vivir en un mundo fenoménico, aparential, racional, en el mundo de los llamados realistas. Y tiene que soñar la vida que es sueño. Y de aquí, del choque de esos hombres reales, unos con otros, surgen la tragedia y la comedia y la novela y la nivola. Pero la realidad es la íntima. La realidad no la constituyen las bambalinas, ni las decoraciones, ni el traje, ni el paisaje, ni el mobiliario, ni las acotaciones, ni...

Comparad a Segismundo con Don Quijote, dos soñadores de la vida. La realidad en la vida de Don Quijote no fueron los molinos de viento, sino los gigantes. Los molinos eran fenoménicos, aparentiales; los gigantes eran numéricos, sustanciales. El sueño es el que es vida, realidad, creación. La fe misma no es, según San Pablo, sino la sustancia de las cosas que se esperan, y lo que se espera es sueño. Y la fe es la fuente de la realidad, porque es la vida. Creer es crear.

¿O es que la *Odisea*, esa epopeya que es una novela, y una novela real, muy real, no es menos real cuando nos cuenta prodigios de ensueño que un realista excluiría de su arte?

IV

Sí, ya sé la canción de los críticos que se han agarrado a lo de la *nivola*; novelas de tesis, filosóficas, símbolos, conceptos personificados, ensayos en forma dialogada... y lo demás.

Pues bien; un hombre, y un hombre real, que quiere ser o que quiera no ser, es un símbolo, y un símbolo puede hacerse hombre. Y hasta un concepto. Un concepto puede llegar a hacerse persona. Yo creo que la rama de una hipérbola quiere —¡así, quiere!— llegar a tocar a su asíntota y no lo logra, y que el geómetra que sintiera ese querer desesperado de la unión de la hipérbola con su asíntota nos crearía a esa hipérbola como a una persona, y persona trágica. Y creo que la elipse quiere tener dos focos. Y creo en la tragedia o en la novela del binomio de Newton. Lo que no sé es si Newton la sintió.

¡A cualquier cosa llaman puros conceptos o entes de ficción los críticos!

Te aseguro, lector, que si Gustavo Flaubert sintió, como dicen, señales de envenenamiento cuando estaba escribiendo, es decir, creando, el de Emma Bovary, en aquella novela que pasa por ejemplar de novelas, y de novelas realistas, cuando mi Augusto Pérez gemía delante de mí —dentro de mí más bien—: “Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...” —*Niebla*, página 908, tomo II— sentía yo morirme.

“¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo!...” —se me dirá—. ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi reali-

dad íntima —que es todo un pueblo—, y otra cosa es que sean yo mismo. Porque ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente —o inmanente— ¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo...

Y ahora os digo que esos personajes crepusculares —no de mediodía ni de medianoche— que ni quieren ser ni quieren no ser, sino que se dejan llevar y traer, que todos esos personajes de que están llenas nuestras novelas contemporáneas españolas no son, con todos los pelos y señales que les distinguen, con sus muletillas y sus tics y sus gestos, no son en su mayoría personas, y que no tienen realidad íntima. No hay un momento en que se vacíen, en que desnuden su alma.

A un hombre de verdad se le descubre, se le crea, en un momento, en una frase, en un grito. Tal Shakespeare. Y luego que le hayáis así descubierto, creado, lo conocéis mejor que él se conoce a sí mismo acaso.

Si quieres crear, lector, por el arte, personas, agonistas trágicos, cómicos o novelescos, no acumules detalles, no te dediques a observar exterioridades de los que contigo conviven, sino trátalos, excítalos si puedes. quiérelos sobre todo y espera a que un día —acaso nunca— saquen a luz y desnuda el alma de su alma, el que quieren ser, en un grito, en un acto, en una frase, y entonces toma ese momento, mételo en ti y deja que como un germen se te desarrolle en el personaje de verdad, en el que es de veras real. Acaso tú llegues a saber mejor que tu amigo Juan o que tu amigo Tomás quién es el que quiere ser Juan o el que quiere ser Tomás o quién es el que cada uno de ellos quiere no ser.

Balzac no era un hombre que hacía vida de mundo ni se pasaba el tiempo tomando notas de lo que veía en los demás o de lo que les oía. Llevaba el mundo dentro de sí.

V

Y es que todo hombre humano lleva dentro de sí las siete virtudes y sus siete opuestos vicios capitales: es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, rijoso y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido. Y saca de sí mismo lo mismo al tirano que al esclavo, al criminal que al santo, a Caín que a Abel.

No digo que Don Quijote y Sancho brotaron de la misma fuente porque no se oponen entre sí, y Don Quijote era sanchopancesco y Sancho Panza era quijotesco, como creo haber probado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*. Aunque no falte acaso quien me salte diciendo que el Don Quijote y el Sancho de esa mi obra no son los de Cervantes. Lo cual es muy cierto. Porque ni Don Quijote ni Sancho son de Cervantes ni míos, sino que son de todos los que los crean y re-crean. O, mejor, son de sí mismos, y nosotros, cuando los contemplamos y creamos, somos de ellos.

Y yo no sé si mi Don Quijote es otro que el de Cervantes o si, siendo el mismo, he descubierto en su alma honduras que el primero que nos le descubrió, que fué Cervantes, no las descubrió. Porque estoy seguro, entre otras cosas, de que Cervantes no apreció todo lo que en el sueño de la vida del Caballero significó aquel amor vergonzoso y callado que sintió por Aldonza Lorenzo. Ni Cervantes caló todo el quijotismo de Sancho Panza.

Resumiendo: todo hombre bueno lleva dentro de sí las siete virtudes capitales y sus siete vicios opuestos, y con ellos es capaz de crear agonistas de todas clases.

Los pobres sujetos que temen la tragedia, esas sombras de hombres que leen para no enterarse o para matar el tiempo —tendrán que matar la eternidad—, al encontrarse en una tragedia, o en una comedia, o en una novela, o en una novola si queréis, con un hombre, con nada menos que todo un hombre, o con una mujer, con nada menos que toda una mujer, se preguntan: “¿Pero de dónde habrá sacado este autor esto?” A lo que no cabe sino una respuesta, y es: “¡de ti no!” Y como no lo ha sacado uno de él, del hombre cotidiano y crepuscular, es inútil presentárselo, porque no lo reconoce por hombre. Y es capaz de llamarle símbolo o alegoría.

Y ese sujeto cotidiano y aparential, ese que huye de la tragedia, no es ni sueño de una sombra, que es como Píndaro llamó al hombre. A lo sumo será sombra de un sueño, que dijo el Tasso. Porque el que siendo sueño de una sombra y teniendo la conciencia de serlo sufra con ello y quiera serlo o quiera no serlo, será un personaje trágico y capaz de crear y de re-crear en sí mismo personajes trágicos —o cómicos—, capaz de ser novelista, esto es, poeta, y capaz de gustar de una novela, es decir, de un poema.

VI

¿Está claro?

La lucha, por dar claridad a nuestras creaciones, es otra tragedia.

Y este prólogo es otra novela. Es la novela de mis novelas, desde *Paz en la guerra* y *Amor y pedagogía* y mis cuentos —que novelas son— y *Niebla* y *Abel Sánchez* —ésta, acaso, la más trágica de todas—, hasta las TRES NOVELAS EJEMPLARES que vas a leer, lector, si este prólogo no te ha quitado las ganas de leerlas.

¿Ves, lector, por qué las llamo ejemplares a estas novelas? ¡Y ojalá sirvan de ejemplo!

Sé que en España, hoy, el consumo de novelas lo hacen principalmente mujeres. ¡Es decir, mujeres, no!, sino señoras y señoritas. Y sé que estas señoras y señoritas se aficionan principalmente a leer aquellas novelas que les dan sus confesores o aquellas otras que se las prohíben; o sensiblerías que destilan mangla o pornografías que chorrean pus. Y no es que huyan de lo que les haga pensar; huyen de lo que les haga conmoverse. Con conmoción que no sea la que acaba en... ¡Bueno, más vale callarlo!

Esas señoras y señoritas se extasían, o ante un traje montado sobre un maniquí, si el traje es de moda, o ante el desvestido o semidesnudo; pero el desnudo franco y noble les repugna. Sobre todo el desnudo del alma.

¡Y así anda nuestra literatura novelesca!

Literatura... sí, literatura. Y nada más que literatura. Lo cual es un género de subsistencia, sujeta a la ley de la oferta y la demanda, y a exportación e importación, y a registro de aduana y a tasa.

Allá van, en fin, lectores y lectoras, señores, señoras y señoritas, estas tres novelas ejemplares, que aunque sus agonistas tengan que vivir aislados y desconocidos, yo sé que vivirán. Tan seguro estoy de esto como de que viviré yo.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Dios sólo lo sabe...

I

¡Cómo le pesaba Raquel al pobre don Juan! La viuda aquélla, con la tormenta de no tener hijos en el corazón del alma, se le había agarrado y le retenía en la vida que queda, no en la que pasa. Y en don Juan había muerto, con el deseo, la voluntad. Los ojos y las manos de Raquel apaciguaban y adormecían todos sus apetitos. Y aquel hogar solitario, constituido fuera de la ley, era como en un monasterio la celda de una pareja enamorada.

¿Enamorada? ¿Estaba él, don Juan, enamorado de Raquel? No, sino absorto por ella, sumergido en ella, perdido en la mujer y en su viudez. Porque Raquel era, pensaba don Juan, ante todo y sobre todo, la viuda y la viuda sin hijos; Raquel parecía haber nacido viuda. Su amor era un amor furioso, con sabor a muerte, que buscaba dentro de su hombre, tan dentro de él que de él se salía, algo de más allá de la vida. Y don Juan se sentía arrastrado por ella a más dentro de la tierra. “¡Esta mujer me matará!”, solía decirse, y al decírselo pensaba en lo dulce que sería el descanso inacabable, arropado en tierra, después de haber sido muerto por una viuda como aquélla.

Hacía tiempo que Raquel venía empujando a su

don Juan al matrimonio, a que se casase; pero no con ella, como habría querido hacerlo el pobre hombre.

RAQUEL.—¿Casarte conmigo? ¡Pero eso, mi gatito, no tiene sentido!... ¿Para qué? ¿A qué conduce que nos casemos según la Iglesia y el Derecho Civil? El matrimonio se instituyó, según nos enseñaron en el Catecismo, para casar, dar gracia a los casados y que críen hijos para el cielo. ¿Casarnos? ¡Bien casados estamos! ¿Darnos gracia? ¡Ay, michino! — y al decirlo le pasaba por sobre la nariz los cinco finísimos y ahusados dedos de su diestra—, ni a ti ni a mí nos dan ya gracia con bendiciones. ¡Criar hijos para el cielo..., criar hijos para el cielo!

Al decir esto se le quebraba la voz y temblaban en sus pestañas líquidas perlas en que se reflejaba la negrura insondable de las niñas de sus ojos.

DON JUAN.—Pero ya te he dicho, Quelina, que nos queda un recurso, y es casarnos como Dios y los hombres mandan...

RAQUEL.—¿Tú invocando a Dios, michino?

DON JUAN.—Casarnos así, según la ley, y adoptar un hijo...

RAQUEL.—¡Adoptar un hijo!... ¡Adoptar un hijo!... ¡Sólo te faltaba decir que del Hospicio!...

DON JUAN.—¡Oh, no! Aquel sobrinillo tuyo, por ejemplo...

RAQUEL.—Ya te he dicho, Juan, que no hables de eso..., que no vuelvas a hablar de eso... Mi hermana, visto que tenemos fortuna...

DON JUAN.—Dices bien, tenemos...

RAQUEL.—¡Claro que digo bien! ¿O es que crees que yo no sé que tu fortuna, como tú todo, no es sino mía, enteramente mía?

DON JUAN.—¡Enteramente tuyos, Quelina!

RAQUEL.—Mi hermana nos entregaría cualquiera

de sus hijos, lo sé; nos lo entregaría de grado. Y como nada me costaría obtenerlo, nunca podría tenerlo por propio. ¡Oh, no poder parir! ¡No poder parir! ¡Y morirse en el parto!

DON JUAN.—Pero no te pongas así, querida.

RAQUEL.—Eres tú, Juan, eres tú el que no debes seguir así... Un hijo adoptado, adoptivo, es siempre un hospiciano. Hazte padre, Juan, hazte padre, ya que no has podido hacerme madre. Si me hubieras hecho madre, nos habríamos casado; entonces sí... ¿Por qué bajas así la cabeza? ¿De qué te avergüenzas?

DON JUAN.—Me vas a hacer llorar, Raquel, y yo...

RAQUEL.—Sí, ya sé que tú no tienes la culpa, como no la tuvo mi marido, aquel...

DON JUAN.—Ahora eso...

RAQUEL.—¡Bien! Pero tú puedes darme un hijo. ¿Cómo? Engendrándolo en otra mujer, hijo tuyo, y entregándomelo luego. ¡Y quiéralo ella o no lo quiera, que lo quiero yo y basta!

DON JUAN.—Pero cómo quieres que yo quiera a otra mujer...

RAQUEL.—¿Quererla? ¿Qué es eso de quererla? ¿Quién te ha hablado de querer a otra mujer? Harto sé que hoy ya tú no puedes, aunque quieras, querer a otra mujer. ¡Ni yo lo consentiría! Pero ¡no se trata de quererla; se trata de empreñarla! ¿Lo quieres más claro? Se trata de hacerla madre. Hazla madre y luego dame el hijo, quiéralo ella o no.

DON JUAN.—La que se prestara a eso sería una...

RAQUEL.—¿Con *nuestra* fortuna?

DON JUAN.—¿Y a qué mujer le propongo eso?

RAQUEL.—¿Proponerle qué?

DON JUAN.—Eso...

RAQUEL.—Lo que has de proponerle es el matrimonio...

DON JUAN.—¡Raquel!

RAQUEL.—¡Sí, Juan, sí! ¡El matrimonio! Tienes que casarte, y yo te buscaré la mujer; una mujer que ofrezca probabilidades de éxito... Y que sea bien parecida, ¿eh?

Al decir esto se reía con una risa que sonaba a llanto.

RAQUEL.—Será tu mujer, y de tu mujer, ¡claro está!, no podré tener celos...

DON JUAN.—Pero ella los tendrá de ti...

RAQUEL.—¡Natural! Y ello ayudará a nuestra obra. Os casaréis, os darán gracia, mucha gracia, muchísima gracia, y criaréis por lo menos un hijo... para mí. Y yo le llevaré al cielo.

DON JUAN.—No blasfemes...

RAQUEL.—¿Sabes tú lo que es el cielo? ¿Sabes lo que es el infierno? ¿Sabes dónde está el infierno?

DON JUAN.—En el centro de la tierra, dicen.

RAQUEL.—O en el centro de un vientre estéril acaso...

DON JUAN.—¡Raquel!... ¡Raquel!...

RAQUEL.—Y ven, ven acá...

Le hizo sentarse sobre las firmes piernas de ella, se lo apechugó como a un niño, y, acercándole al oído los labios resecos, le dijo como en un susurro:

RAQUEL.—Te tengo ya buscada mujer... Tengo ya buscada la que ha de ser madre de nuestro hijo... Nadie buscó con más cuidado una nodriza que yo esa madre...

DON JUAN.—¿Y quién es?

RAQUEL.—La señorita Berta Lapeira... Pero ¿por qué tiemblos? ¡Si hasta creía que te gustaría! ¿Qué? ¿No te gusta? ¿Por qué palideces? ¿Por qué lloras así? Anda, llora, llora, hijo mío... ¡Pobre don Juan!

DON JUAN.—Pero Berta...

RAQUEL.—¡Berta, encantada! ¡Y no por *nuestra*

fortuna, no! Berta está enamorada de ti, perdidamente enamorada de ti!... Y Berta, que tiene un heroico corazón de virgen enamorada, aceptará el papel de redimirte, de redimirte de mí, que soy, según ella, tu condenación y tu infierno. ¡Lo sé! ¡Lo sé! Sé cuánto te compadece Berta... Sé el horror que le inspiro... Sé lo que dice de mí...

DON JUAN.—Pero ¿y sus padres...?

RAQUEL.—¡Oh! Sus padres, sus cristianísimos padres, son unos padres muy razonables... Y conocen la importancia de *tu* fortuna...

DON JUAN.—Nuestra fortuna...

RAQUEL.—Ellos, como todos los demás, creen que es tuya... ¿Y no es acaso legalmente tuya?

DON JUAN.—Sí; pero...

RAQUEL.—Sí, hasta eso lo tenemos que arreglar bien. Ellos no saben cómo tú eres mío, michino, y cómo es mío, mío sólo, todo lo tuyo. Y no saben cómo será mío el hijo que tengas de su hija... Porque lo tendrás, ¿eh, michino? ¿Lo tendrás?

Y aquí las palabras le cosquilleaban en el fondo del oído al pobre don Juan, produciéndole casi vértigo.

RAQUEL.—¿Lo tendrás, Juan, lo tendrás?

DON JUAN.—Me vas a matar, Raquel...

RAQUEL.—Quién sabe... Pero antes dame el hijo... ¿Lo oyes? Ahí está la angelical Berta Lapeira. ¡Angelical! ¡Ja..., ja..., ja!...

DON JUAN.—¡Y tú, demoníaca! —gritó el hombre, poniéndose en pie y costándole tenerse así.

RAQUEL.—El demonio también es un ángel, michino...

DON JUAN.—Pero un ángel caído...

RAQUEL.—Haz, pues, caer a Berta; ¡hazla caer!...

DON JUAN.—Me matas, Quelina, me matas...

RAQUEL.—¿Y no estoy yo peor que muerta?...

Terminado esto, Raquel tuvo que acostarse. Y cuando más tarde, al ir don Juan a hacerlo junto a ella, al juntar sus labios con los de su dueña y señora, los encontró secos y ardientes como arena de desierto.

RAQUEL.—Ahora sueña con Berta y no conmigo. ¿O no, no! ¡Sueña con nuestro hijo!

El pobre don Juan no pudo soñar.

II

¿Cómo se le había ocurrido a Raquel proponerle para esposa legítima a Berta Lapeira? ¿Cómo había descubierto, no que Berta estuviese enamorada de él, de don Juan, sino que él, en sueños, estando dormido, cuando perdía aquella voluntad que no era suya, sino de Raquel, soñaba en que la angelical criatura viniese en su ayuda a redimirle? Y si en esto había un germen de amor futuro, ¿buscaba Raquel extinguirlo haciéndole que se casase con ella para hacer madre a la viuda estéril?

Don Juan conocía a Berta desde la infancia. Eran relaciones de familia. Los padres de don Juan, huérfano y solo desde muy joven, habían sido grandes amigos de don Pedro Lapeira y de su señora. Estos se habían siempre interesado por aquél, y habíanse dolido como nadie de sus devaneos y de sus enredos con aventureras de ocasión. De tal modo, que cuando el pobre náufrago de los amores —que no del amor— recaló en el puerto de la viuda estéril, alegráronse como de una ventura del hijo de sus amigos, sin sospechar que aquel puerto era un puerto de tormentas.

Porque, contra lo que creía don Juan, el sesudo matrimonio Lapeira estimaba que aquella relación

era ya a modo de un matrimonio; que don Juan necesitaba de una voluntad que supliera a la que le faltaba, y que si llegaban a tener hijos, el de sus amigos estaba salvado. Y de esto hablaban con frecuencia en sus comentarios domésticos, en la mesa, a la tragicomedia de la ciudad, sin recatarse delante de su hija, la angelical Berta, que de tal modo fué interesándose por don Juan.

Pero Berta, cuando oía a sus padres lamentarse de que Raquel no fuese hecha madre por don Juan y que luego se anudase para siempre y ante toda ley divina y humana —o mejor teocrática y democrática— aquel enlace de aventura, sentía dentro de sí el deseo de que no fuera eso, y soñaba luego, a solas, con poder llegar a ser el ángel redentor de aquel náufrago de los amores y el que le sacase del puerto de las tormentas.

¿Cómo es que don Juan y Berta habían tenido el mismo sueño? Alguna vez, al encontrarse sus miradas, al darse las manos, en las no raras visitas que don Juan hacía a casa de los señores Lapeira, había nacido aquel sueño. Y hasta había sucedido tal vez, no hacía mucho, que fué Berta quien recibió al compañero de juegos de su infancia y que los padres tardaron algo en llegar.

Don Juan previó el peligro, y dominado por la voluntad de Raquel, que era la suya, fué espaciando cada vez más sus visitas a aquella casa. Cuyos dueños adivinaron la causa de aquella abstención. “¡Cómo le tiene dominado! ¡Le aísla de todo el mundo!”, se dijeron los padres. Y a la hija, a la angelical Berta, un angelito caído le susurró en el silencio de la noche y del sueño al oído del corazón: “Te teme...”

Y ahora era Raquel, Raquel misma, la que le empujaba al regazo de Berta. ¿Al regazo?

El pobre don Juan echaba de menos el piélagos encrespado de sus pasados amores de paso, presintiendo que Raquel le llevaba a la muerte. Pero ¡si él no tenía ningún apetito de paternidad!... ¿Para qué iba a dejar en el mundo otro como él?

Mas ¡qué iba a hacer!...

Y volvió, empujado y guiado por Raquel, a frecuentar la casa Lapeira. Con lo que se les ensanchó el alma a la hija y a sus padres. Y más cuando adivinaron sus intenciones. Empezando a compadecerse como nunca de la fascinación bajo que vivía. Y lo comentaban don Pedro y doña Marta.

DON PEDRO.—¡Pobre chico! ¡Cómo se ve que sufre!...

DOÑA MARTA.—Y no es para menos, Pedro, no es para menos...

DON PEDRO.—Nuestra Tomasa, ¿te recuerdas?, hablaría de un bebedizo...

DOÑA MARTA.—Sí, tenía gracia lo del bebedizo... Si la pobre se hubiese mirado a un espejo...

DON PEDRO.—Y si hubiese visto cómo le habían dejado sus nueve partos, y el tener que trabajar tan duro... Y si hubiese sido capaz de ver bien a la otra...

DOÑA MARTA.—Así sois los hombres... Unos puerocos todos...

DON PEDRO.—¿Todos?

DOÑA MARTA.—Perdona, Pedro, ¡tú... no! ¡Tú...

DON PEDRO.—Pero, después de todo, se comprende el bebedizo de la viudita ésa...

DOÑA MARTA.—¡Ah, picarón! Conque...

DON PEDRO.—Tengo ojos en la cara, Marta, y los ojos siempre son jóvenes...

DOÑA MARTA.—Más que nosotros.

DON PEDRO.—¿Y qué será de este chico ahora?

DOÑA MARTA.—Dejémosle venir, Pedro... Porque yo le veo venir.

DON PEDRO.—¡Yo! ¿Y ella?

DOÑA MARTA.—A ella ya iré preparándola yo, por si acaso.

DON PEDRO.—Y esa relación...

DOÑA MARTA.—¿Pero no ves, hombre de Dios, que lo que busca es romperla? ¿No lo conoces?

DON PEDRO.—Sin duda... Pero esa ruptura tendrá que costarle algún sacrificio...

DOÑA MARTA.—Y aunque así sea. Tiene mucho, mucho, y aunque sacrifique algo...

DON PEDRO.—Es verdad...

DOÑA MARTA.—Tenemos que redimirle, Pedro. Nos lo piden sus padres...

DON PEDRO.—Y hay que hacer que nos lo pida también nuestra hija.

La cual estaba, por su parte, ansiando la redención de don Juan. ¿La de don Juan, o la suya propia? Y se decía: "Arrancarle ese hombre y ver cómo es el hombre de ella, el hombre que ha hecho ella, el que se le ha rendido en cuerpo y alma... ¡Lo que le habrá enseñado!... ¡Lo que sabrá mi pobre Juan!... Y él me hará como ella..."

De quien estaba Berta perdidamente enamorada era de Raquel, Raquel era su ídolo.

III

El pobre Juan, ya sin don, temblaba entre las dos mujeres, entre su ángel y su demonio redentores. Detrás de sí tenía a Raquel, y delante a Berta, y ambas le empujaban. ¿Hacia dónde? El presentía que hacia su perdición. Habíase de perder en ellas. Entre una y otra le estaban desgarrando. Sentíase

como aquel niño que ante Salomón se disputaban las dos madres, sólo que no sabía cuál de ellas, si Raquel o Berta, le quería entero para la otra y cuál quería partirlo a muerte. Los ojos azules y claros de Berta, la doncella, como un mar sin fondo y sin orillas, le llamaban al abismo, y detrás de él, o mejor en torno de él, envolviéndole, los ojos negros y tenebrosos de Raquel, la viuda, como una noche sin fondo y sin estrellas, empujábanle al mismo abismo. .

BERTA.—Pero ¿qué te pasa, Juan? Desahógate de una vez conmigo. ¿No soy tu amiga de la niñez, casi tu hermana?

DON JUAN.—Hermana... Hermana...

BERTA.—Qué, ¿no te gusta eso de hermana?...

DON JUAN.—No la tuve; apenas si conocí a mi madre... No puedo decir que he conocido mujer...

BERTA.—Que no, ¿eh? Vamos...

DON JUAN.—Mujeres..., sí. ¡Pero mujer, lo que se dice mujer, no!

BERTA.—¿Y la viuda esa, Raquel?...

Berta se sorprendió de que le hubiese salido esto sin violencia alguna, sin que le temblara la voz, y de que Juan se lo oyera con absoluta tranquilidad.

DON JUAN.—Esa mujer, Berta, me ha salvado; me ha salvado de las mujeres.

BERTA.—Te creo. Pero ahora...

DON JUAN.—Ahora sí, ahora necesito salvarme de ella.

Y al decir esto sintió Juan que la mirada de los tenebrosos ojos viudos le empujaban con más violencia.

BERTA.—¿Y puedo yo servirte de algo en eso?...

DON JUAN.—¡Oh, Berta, Berta!...

BERTA.—Vamos, sí. Tú, por lo visto, quieres que sea yo quien me declare...

DON JUAN.—¡Pero, Berta...!

BERTA.—¿Cuándo te vas a sentir hombre, Juan?
¿Cuándo has de tener voluntad propia?

DON JUAN.—Pues bien, sí, ¿quieres salvarme?

BERTA.—¿Cómo?

DON JUAN.—¡Casándote conmigo!

BERTA.—¡Acabáramos! ¿Quieres, pues, casarte conmigo?

DON JUAN.—¡Claro!

BERTA.—¿Claro? ¡Oscuro! ¿Quieres casarte conmigo?

DON JUAN.—¡Sí!

BERTA.—¿De propia voluntad?

Juan tembló al percatar tinieblas en el fondo de los ojos azules y claros de la doncella. “¿Habrá adivinado la verdad?”, se dijo, y estuvo por arredrarse; pero los ojos negros de la viuda le empujaron diciéndole: “Digas lo que dijeres, tú no puedes mentir.”

DON JUAN.—¡De propia voluntad!

BERTA.—¿Pero la tienes, Juan?

DON JUAN.—Es para tenerla para lo que quiero hacerte mi mujer.

BERTA.—Y entonces...

DON JUAN.—Entonces, ¿qué?

BERTA.—¿Vas a dejar antes a esa otra?

DON JUAN.—¡Berta..., Berta!...

BERTA.—Bien. No hablemos más de ello, si quieres. Porque todo esto quiere decir que, sintiéndote impotente para desprenderte de esa mujer, quieres que sea yo quien te desprenda de ella. ¿No es así?

DON JUAN.—Sí, así es —y bajó la cabeza.

BERTA.—Y que te dé una voluntad de que careces.

DON JUAN.—Así es...

BERTA.—Y que luche con la voluntad de ella.

DON JUAN.—Así es...

BERTA.—¡Pues así será!

DON JUAN.—¡Oh, Berta... Berta!...

BERTA.—Estate quieto. Mírame y no me toques. Pueden de un momento a otro aparecer mis padres.

DON JUAN.—¿Y ellos, Berta?

BERTA.—¿Pero eres tan simple, Juan, como para no ver que esto lo teníamos previsto y tratado de ello?...

DON JUAN.—Entonces...

BERTA.—Que acudiremos todos a salvarte.

IV

El arreglo de la boda con Berta emponzoñó los cimientos todos del alma del pobre Juan. Los padres de Berta, los señores Lapeira, ponían un gran empeño en dejar bien asegurado y a cubierto de toda contingencia el porvenir económico de su hija, y acaso pensaban en el suyo propio. No era, como algunos creían, hija única, sino que tenían un hijo que de muy joven se había ido a América y del que no se volvió a hablar, y menos en su casa. Los señores Lapeira pretendían que Juan dotase a Berta antes de tomarla por mujer, y resistíanse, por su parte, a darle a su futuro yerno cuenta del estado de su fortuna. Y Juan se resistía, a su vez, a ese dotamiento, alegando que luego de casado haría un testamento en que dejase heredera universal de sus bienes a su mujer, después de haber entregado un pequeño caudal —y en esto sus futuros suegros estaban de acuerdo— a Raquel.

No era Raquel un obstáculo ni para los señores Lapeira ni para su hija. Aveníanse a vivir en buenas relaciones con ella, como con una amiga inteligente y que había sido en cierto modo una salva-

dora de Juan, seguros padres e hija de que ésta sabría ganar con suavidad y maña el corazón de su marido por entero y que al cabo Raquel misma contribuiría a la felicidad del nuevo matrimonio. ¡Con tal de que se le asegurase la vida y la consideración de las gentes decentes y de bien!... No era, después de todo, ni una aventurera vulgar ni una que se hubiese nunca vendido al mejor postor. Su enredo con Juan fué obra de pura pasión, de compasión acaso —pensaban y querían pensar los señores Lapeira.

Pero lo grave del conflicto, lo que ni los padres de la angelical Berta ni nadie en la ciudad —¡y eso que se pretendía conocer a la viuda!— podía presumir, era que Raquel había hecho firmar a Juan una escritura por la cual los bienes inmuebles todos de éste aparecían comprados por aquélla, y todos los otros valores que poseía estaban a nombre de ella. El pobre Juan no aparecía ya sino como su administrador y apoderado. Y esto supo la astuta mujer mantenerlo secreto. Y a la vez conocía mejor que nadie el estado de la fortuna de los señores Lapeira.

RAQUEL.—Mira, Juan. Dentro de poco, tal vez antes de que os caséis, y en todo caso poco después de vuestra boda, la pequeña fortuna de los padres de Berta, la de tu futura esposa..., esposa, ¿eh?, no mujer, ¡esposa!, la de tu futura esposa, será mía..., es decir, nuestra...

DON JUAN.—¿Nuestra?

RAQUEL.—Sí. Será para el hijo que tengamos, si es que tu esposa nos lo da... Y si no...

DON JUAN.—Me estás matando, Quelina...

RAQUEL.—Cállate, michino. Ya le tengo echada la garra a esa fortuna. Voy a comprar créditos e hipotecas... ¡Oh, sí; después de todo, esa Raquel es una buena persona, toda una señora, y ha salvado al que ha de ser el marido de nuestra hija y el salvador de

nuestra situación y el amparo de nuestra vejez! ; Y lo será, vaya si lo será! ; Por qué no?

DON JUAN.—; Raquel! ; Raquel!

RAQUEL.—No gimas así, Juan, que pareces un cordero al que están degollando...

DON JUAN.—; Y así es!...

RAQUEL.—; No, no es así! ; Yo voy a hacerte hombre; yo voy a hacerte padre!

DON JUAN.—; Tú?

RAQUEL.—; Sí, yo, Juan! ; Yo, Raquel!

Juan se sintió como en agonía.

DON JUAN.—Pero dime, Quelina, dime —y al decirlo le lloraba la voz—, ¿por qué te enamoraste de mí? ¿Por qué me arrebataste? ¿Por qué me has sorbido el tuétano de la voluntad? ¿Por qué me has dejado como un pelele? ¿Por qué no me dejaste en la vida que llevaba?...

RAQUEL.—; A estas horas estarías, después de arruinado, muerto de miseria y de podredumbre!

DON JUAN.—; Mejor, Raquel, mejor! Muerto, sí; muerto de miseria y de podredumbre. ¿No es esto miseria? ¿No es podredumbre? ¿Es que soy mío?... ¿Es que soy yo?... ¿Por qué me has robado el cuerpo y el alma?

El pobre don Juan se ahogaba en sollozos.

Volvió a cojerle Raquel como otras veces maternalmente, le sentó sobre sus piernas, le abrazó, le apechugó a su seno estéril, contra sus pechos, henchidos de roja sangre que no logró hacerse blanca leche, y hundiendo su cabeza sobre la cabeza del hombre, cubriéndole los oídos con su desgredada cabellera suelta, lloró entre hipos sobre él. Y le decía:

RAQUEL.—; Hijo mío, hijo mío, hijo mío!... No te robé yo; me robaste tú el alma, tú, tú. Y me robaste el cuerpo... ; Hijo mío..., hijo mío..., hijo mío!... Te vi perdido, perdido, perdido. Te vi bus-

cando lo que no se encuentra... Y yo buscaba un hijo... Y creía encontrarlo en ti. Y creía que me darías el hijo por el que me muero... Y ahora quiero que me lo des...

DON JUAN.—Pero, Quelina, no será tuyo.

RAQUEL.—Sí, será mío, mío, mío... Como lo eres tú... ¿No soy tu mujer?

DON JUAN.—Sí; tú eres mi mujer...

RAQUEL.—Y ella será tu esposa. ¡Esposa!, así dicen los zapateros: “¡Mi esposa!” Y yo seré tu madre y la madre de vuestro hijo..., de mi hijo...

DON JUAN.—¿Y si no le tenemos?

RAQUEL.—¡Calla, Juan, calla! ¿Si no le tenéis? ¿Si no nos lo da?... Soy capaz de...

DON JUAN.—Calla, Raquel, que la ronquera de tu voz me da miedo.

RAQUEL.—¡Sí, y de casarte luego con otra!

DON JUAN.—¿Y si consiste en mí?...

Raquel le echó de sí con gesto brusco, se puso en pie como herida, miró a Juan con una mirada de taladro; pero al punto, pasado el sablazo de hielo de su pecho, abrió los brazos a su hombre, gritándole:

RAQUEL.—¡No, ven; ven, Juan, ven!... ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Para que quiero más hijo que tú?... ¿No eres mi hijo?

Y tuvo que acostarle, calenturiento y desvanecido.

V

No. Raquel no consintió en asistir a la boda, como Berta y sus padres habían querido, ni tuvo que fingir enfermedad para ello, pues de veras estaba enferma.

RAQUEL.—No creí, Juan, que llegaran a tanto. Co-

no sabía su fatuidad y su presunción, la de la niña y la de sus papás; pero no los creía capaces de disponerse a afrontar así las conveniencias sociales. Cierto es que nuestras relaciones no han sido nunca escandalosas, que no nos hemos presentado en público haciendo alarde de ellas; pero son algo bien conocido de la ciudad toda. Y al empeñarse en que me convidaras a la boda no pretendían sino hacer más patente el triunfo de su hija... ¡Imbéciles! ¿Y ella? ¿Tu esposa?

DON JUAN.—Por Dios, Raquel. Mira que...

RAQUEL.—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Qué tal sus abrazos? ¿Le has enseñado algo de lo que aprendiste de aquellas mujeres? ¡Porque de lo que yo te he enseñado no puedes enseñarle nada! ¿Qué tal *tu* esposa? Tú..., tú no eres de ella...

DON JUAN.—No, ni soy mío...

RAQUEL.—Tú eres mío, mío, mío, michino, mío... Y ahora ya sabes vuestra obligación. A tener juicio, pues. Y ven lo menos que puedas por esta nuestra casa.

DON JUAN.—Pero, Raquel...

RAQUEL.—No hay Raquel que valga. Ahora te debes a tu esposa. ¡Atiéndela!

DON JUAN.—Pero si es ella la que me aconseja que venga de vez en cuando a verte...

RAQUEL.—Lo sabía. ¡Mentecata! Y hasta se pone a imitarme, ¿no es eso?

DON JUAN.—Sí, te imita en cuanto puede: en el vestir, en el peinado, en los ademanes, en el aire...

RAQUEL.—Sí; cuando vinisteis a verme la primera vez, en aquella visita de ceremonia casi, observé que me estudiaba...

DON JUAN.—Y dice que debemos intimar más, ya que vivimos tan cerca, tan cerquita, casi al lado...

RAQUEL.—Es su táctica para sustituirme. Quiere que nos veas a menudo juntas, que compares...

DON JUAN.—Yo creo otra cosa...

RAQUEL.—¿Qué?

DON JUAN.—Que está prendada de ti, que la subyugas...

Raquel dobló al suelo la cara, que se le puso de repente intensamente pálida, y se llevó las manos al pecho, atravesado por una estocada de ahogo. Y dijo:

RAQUEL.—Lo que hace falta es que todo ello fructifique...

Como Juan se le acercara en busca del beso de despedida —beso húmedo y largo y de toda la boca otras veces—, la viuda le rechazó, diciéndole:

RAQUEL.—No, ¡ahora, ya no! Ni quiero que se lo llesves a ella, ni quiero quitárselo.

DON JUAN.—¿Celos?

RAQUEL.—¿Celos? ¡Mentecato! Pero ¿crees, michino, que puedo sentir celos de tu esposa?... ¿De tu esposa? Y yo, ¿tu mujer?... ¡Para casar y dar gracias a los casados y que críen hijos para el cielo! ¡Para el cielo y para mí!

DON JUAN.—Que eres mi cielo.

RAQUEL.—Otras veces dices que tu infierno...

DON JUAN.—Es verdad.

RAQUEL.—Pero ven, ven acá, hijo mío; toma...

Le cogió la cabeza entre las manos, le dió un beso seco y ardiente sobre la frente, y le dijo en despedida:

RAQUEL.—Ahora vete y cumple bien con ella. Y cumplid bien los dos conmigo. Si no, ya lo sabes: soy capaz...

VI

Y era verdad que Berta estudiaba en Raquel la manera de ganarse a su marido, y a la vez la manera de ganarse a sí misma, de ser ella, de ser mujer. Y así se dejaba absorber por la dueña de Juan y se iba descubriendo a sí misma al través de la otra. Al fin, un día no pudo resistir, y en ocasión en que las dos, Raquel y Berta, le habían mandado a su Juan a una partida de caza con los amigos, fué la esposa a ver a la viuda.

BERTA.—Le chocará verme por aquí, así sola...

RAQUEL.—No, no me choca... Y hasta esperaba su visita...

BERTA.—¿Esperarla?

RAQUEL.—La esperaba, sí. Después de todo, algo me parece haber hecho por su esposo, por nuestro buen Juan, y acaso el matrimonio...

BERTA.—Sí, yo sé que si usted, con su amistad, no le hubiese salvado de las mujeres...

RAQUEL.—¡Bah! De las mujeres...

BERTA.—Y he sabido apreciar también su generosidad...

RAQUEL.—¿Generosidad? ¿Por qué? ¡Ah, sí, ya caigo! ¡Pues no, no! ¿Cómo iba a ligarle a mi suerte? Porque, en efecto, él quiso casarse conmigo...

BERTA.—Lo suponía...

RAQUEL.—Pero como estábamos a prueba y la bendición del párroco, aunque nos hubiese casado, no habría hecho que criásemos hijos para el cielo... ¿Por qué se ruboriza así, Berta? ¿No ha venido a que hablemos con el corazón desnudo en la mano?...

BERTA.—¡Sí, sí, Raquel! ¡Hábleme así!

RAQUEL.—No podía sacrificarle así a mi egoísmo. ¡Lo que yo no he logrado, que lo logre él!

BERTA.—¡Oh, gracias, gracias!

RAQUEL.—¿Gracias? ¡Gracias, no! ¡Lo he hecho por él!

BERTA.—Pues por haberlo hecho por él..., ¡gracias!

RAQUEL.—¡Ah!

BERTA.—¿Le choca?

RAQUEL.—No, no me choca; pero ya irá usted aprendiendo...

BERTA.—¿A qué? ¿A fingir?

RAQUEL.—¡No; a ser sincera!

BERTA.—¿Cree que no lo soy?

RAQUEL.—Hay fingimientos muy sinceros. Y el matrimonio es una escuela de ellos.

BERTA.—¿Cómo...?

RAQUEL.—¡Fuí casada!

BERTA.—¡Ah, sí; es cierto que es usted viuda!

RAQUEL.—Viuda... Viuda... Siempre lo fuí. Creo que nací viuda... Mi verdadero marido se me murió antes de yo nacer... Pero ¡dejémonos de locuras y desvaríos! ¿Y cómo lleva a Juan?

BERTA.—Los hombres...

RAQUEL.—¡No, el hombre, el hombre! Cuando me dijo que yo le había salvado a nuestro Juan de las mujeres, me encogí de hombros. Y ahora le digo, Berta, que tiene que atender al hombre, a su hombre. Y buscar al hombre en él...

BERTA.—De eso trato; pero...

RAQUEL.—Pero ¿qué?

BERTA.—Que no le encuentro la voluntad...

RAQUEL.—¿Y viene usted a buscarla aquí acaso?

BERTA.—¡Oh, no, no! Pero...

RAQUEL.—Con esos peros no irá usted a ninguna parte...

BERTA.—¿Y a dónde he de ir?

RAQUEL.—¿A dónde? ¿Quiere usted que le diga a dónde?

Berta, intensamente pálida, vaciló, mientras los ojos de Raquel, acerados, hendían el silencio. Y al cabo:

BERTA.—Sí. ¿A dónde?

RAQUEL.—¡A ser madre! Esa es su obligación. ¡Ya que yo no he podido serlo, séalo usted!

Hubo otro silencio opresor, que rompió Berta exclamando:

BERTA.—¡Y lo seré!

RAQUEL.—¡Gracias a Dios! ¿No le pregunté si venía acá a buscar la voluntad de Juan? ¡Pues la voluntad de Juan, de nuestro hombre, es ésa, es hacerse padre!

BERTA.—¿La suya?

RAQUEL.—Sí, la suya. ¡La suya, porque es la mía!

BERTA.—Ahora más que nunca admiro su generosidad.

RAQUEL.—¿Generosidad? No, no... Y cuenten siempre con mi firme amistad, que aún puede serles útil.

BERTA.—No lo dudo...

Y al despedirla, acompañándola hasta la puerta, le dijo:

RAQUEL.—¡Ah! Diga usted a sus padres que tengo que ir a verlos.

BERTA.—¿A mis padres?

RAQUEL.—Sí, cuestión de negocios... Para consolarme de mi viudez me dedico a negocios, a empresas financieras...

Y después de cerrar la puerta, murmuró: “¡Pobre esposa!”

VII

Cuando, por fin, una mañana de otoño le anunció Berta a su marido que iba a hacerle padre, sintió éste sobre la carne de su alma torturada el doloroso roce de las dos cadenas que le tenían preso. Y empezó a sentir la pesadumbre de su voluntad muerta. Llegaba el gran combate. ¿Iba a ser suyo, de verdad, aquel hijo? ¿Iba a ser él padre? ¿Qué es ser padre?

Berta, por su parte, sentíase como trasportada. ¡Había vencido a Raquel! Pero a la vez sentía que tal victoria era un vencimiento. Recordaba palabras de la viuda y su mirada de esfinge al pronunciarlas.

Cuando Juan llevó la buena nueva a Raquel, palideció ésta intensísimamente, le faltó el respiro, encendiósele luego el rostro, se le oyó anhelar, le brotaron gotas de sudor, tuvo que sentarse, y, al cabo, con voz de ensueño, murmuró:

RAQUEL.—¡Al fin te tengo, Juan!

Y le cogió y le apretó a su cuerpo, palpitante, frenéticamente, y le besó en los ojos y en la boca, y le apartaba de sí para tenerle a corto trecho, con las palmas de la mano en las mejillas de él, mirándole a los ojos, mirándose en las niñas de ellos, pequeñita, y luego volvía a besarle. Miraba con ahinco su propio retrato minúsculo, en los ojos de él, y luego, como loca, murmurando con voz ronca: “¡Déjame que me bese!”, le cubrió los ojos de besos. Y Juan creía enloquecer.

RAQUEL.—Y ahora, ahora ya puedes venir más que antes... Ahora ya no la necesitas tanto...

DON JUAN.—Pues, sin embargo, es ahora cuando más me quiere junto a sí...

RAQUEL.—Es posible... Sí, sí, ahora se está haciendo... Es verdad... Tienes que envolver en cariño al pobrecito... Pero pronto se cansará ella de ti..., le estorbarás...

Y así fué. En los primeros meses, Berta le quería junto a sí y sentirse mimada. Pasábase las horas muertas con su mano sobre la mano de su Juan, mirándole a los ojos. Y sin querer, le hablaba de Raquel.

BERTA.—¿Qué dice de esto?

DON JUAN.—Tuvo un gran alegrón al saberlo...

BERTA.—¿Lo crees?

DON JUAN.—¡Pues no he de creerlo!...

BERTA.—¡Yo no! Esa mujer es un demonio..., un demonio que te tiene fascinado.

DON JUAN.—¿Y a ti no?

BERTA.—¿Qué bebedizo te ha dado, Juan?

DON JUAN.—Ya salió aquello...

BERTA.—Pero ahora serás mío, sólo mío...

“¡Mío! ¡Mío! —pensó Juan—. ¡Así dicen las dos!”

BERTA.—Tenemos que ir a verla.

DON JUAN.—¿Ahora?

BERTA.—Ahora, sí, ahora. ¿Por qué no?

DON JUAN.—¿A verla, o a que te vea?

BERTA.—¡A verla que me vea! ¡A ver cómo me ve!

Y Berta hacía que su Juan la pasease, e ibase colgada de su brazo, buscando las miradas de las gentes. Pero meses después, cuando le costaba ya moverse con soltura, ocurrió lo que Raquel había anticipado, y fué que ya su marido le estomagaba y que buscaba la soledad. Entró en el período de mareos, bascas y vómitos, y alguna vez le decía a su Juan: “¿Qué haces, hombre; qué haces ahí? Anda, vete a tomar el fresco y déjame en paz... ¡Qué lástima que

no paséis estas cosas vosotros los hombres!... ¡Quítate de ahí, hombre; quítate de ahí, que me mareas!... ¿No te estarás quieto? ¿No dejarás en paz esa silla? ¡Y no, no, no me sobes! ¡Vete, vete y tarda en volver, que voy a acostarme! Anda, vete, vete a verla y comentad mi pasión... Ya sé, ya sé que quisiste casarte con ella, y sé por qué no te quiso por marido...”

DON JUAN.—¡Qué cosas estás diciendo, Berta!...

BERTA.—Pero si me lo ha dicho ella, ella misma, que al fin es una mujer, una mujer como yo...

DON JUAN.—¡Como tú..., no!

BERTA.—¡No, como yo, no! Ella no ha pasado por lo que estoy pasando... Y los hombres sois todos unos cochinos... Anda, vete, vete a verla... Vete a ver a tu viuda...

Y cuando Juan iba de su casa a casa de Raquel y le contaba todo lo que la esposa le había dicho, la viuda casi enloquecía de placer. Y repetíase lo de los besos en los ojos. Y le retenía consigo. Alguna vez le retuvo toda la noche, y al amanecer, abriéndole la puerta para que se deslizase afuera, le decía tras del último beso: “Ahora que no te espera, vete y consuélala con buenas palabras... Y dile que no la olvido y que espero...”

VIII

Juan se paseaba por la habitación como enajenado. Sentía pesar el vacío sobre su cabeza y su corazón. Los gemidos y quejumbres de Berta le llegaban como de otro mundo. No veía al señor Lapeira, a su suegro, sentado en un rincón oscuro, a la espera del nieto. Y como el pobre Juan creía soñar,

no se sorprendió al ver que la puerta se abría y entraba por ella... ¡Raquel!

—¿Usted?... —exclamó don Pedro, poniéndose en pie.

RAQUEL.—¡Yo, sí, yo! Vengo por si puedo servir de algo...

DON PEDRO.—¿Usted, servir usted? ¿Y en este trance?

RAQUEL.—Sí, para ir a buscar algo o a alguien... ¡Qué sé yo!... No olvide, don Pedro, que soy viuda...

DON PEDRO.—Viuda, sí; pero...

RAQUEL.—¡No hay pero! ¡Y aquí estoy!

DON PEDRO.—Bueno; voy a decírselo a mi mujer.

Y luego se oyó la conversación de Raquel y doña Marta.

DOÑA MARTA.—Pero, por Dios señora...

RAQUEL.—¡Qué!, ¿no soy una buena amiga de la casa?

DOÑA MARTA.—Sí, sí; pero que no lo sepa..., que no le oiga...

RAQUEL.—Y si me oye, ¿qué?

DOÑA MARTA.—Por Dios, señora, más bajo..., que no le oiga...; más bajo...

En aquel momento se oyó un grito desgarrador. Doña Marta corrió al lado de su hija, y Raquel se quedó escuchando el silencio que siguió al grito. Luego se sentó. Y al sentir, al poco, que pasaba Juan a su lado, le detuvo, cogiéndole de un brazo, y le interrogó con un “¿qué?” de ansia.

DON JUAN.—Una niña...

RAQUEL.—¡Se llamará Raquel!

Y desapareció la viuda.

IX

En la entrevista que Juan tuvo con sus suegros, los abuelos de la nueva mujercita que llegaba al mundo, le sorprendió el que al insinuar él, lleno de temores y con los ojos de la viuda taladrándole desde la espalda el corazón, que se la llamara Raquel a su hija, los señores Lapeira no opusieron objeción alguna. Parecían abrumados. ¿Qué había pasado allí?

DOÑA MARTA.—Sí, sí, le debemos tanto a esa señora, tanto..., y, después de todo, para ti ha sido como una madre...

DON JUAN.—Sí, es verdad...

DOÑA MARTA.—Y aún creo más, y es que debe pedirle que sea madrina de la niña.

DON PEDRO.—Tanto más, cuanto que eso saldrá al paso a odiosas habladurías de las gentes...

DON JUAN.—No dirán más bien...

DON PEDRO.—No; hay que afrontar la murmuración pública. Y más cuando va extraviada. ¿O es que en esto no puedes presentarte en la calle con la cabeza alta?

DON JUAN.—¡Sin duda!

DON PEDRO.—Bástele, pues, a cada cual su conciencia.

Y miró don Pedro a su mujer, como quien ha dicho una cosa profunda que le realza a los ojos de la que mejor le debe conocer.

Y más grande fué la sorpresa —que se le elevó a terror— del pobre Juan cuando oyó que, al proponerle todo aquello, lo del nombre y lo del madrinazgo, a la madre de la niña, a Berta, ésta contestó tristemente: “¡Sea como queráis!” Verdad es que

la pobre, a consecuencia de grandes pérdidas de sangre, estaba como trasportada a un mundo de ensueño, con incesante zumbido de cabeza y viéndolo todo como envuelto en niebla.

Al poco, Raquel, la madrina, se instalaba casi en la casa y empezaba a disponerlo todo. La vió la nueva madre acercársele, y la vió como a un fantasma del otro mundo. Brillábanle los ojos a la viuda con un nuevo fulgor. Se arrimó a la recién parida y dióle un beso, que, aunque casi silencioso, llenó con su rumor toda la estancia. Berta sentía agonizar en sueños un sueño de agonía. Y oyó la voz de la viuda, firme y segura como de ama, que decía:

RAQUEL.—Y ahora, Berta, hay que buscar nodriza. Porque no me parece que en el estado en que se queda sea prudente querer criar a la niña. Correrían peligro las dos vidas...

Los ojos de Berta se llenaron de lágrimas.

RAQUEL.—Sí, lo comprendo, es muy natural. Sé lo que es una madre; pero la prudencia ante todo... Hay que guardarse para otras ocasiones...

BERTA.—Pero, Raquel, aunque muriese...

RAQUEL.—¿Quién? ¿La niña? ¿Mi Quelina? No, no...

Y fué y tomó a la criatura y empezó a fajarla, y luego la besaba con un frenesí tal, que la pobre nueva madre sentía derretírsele el corazón en el pecho. Y no pudiendo resistir la pesadilla, gimió:

BERTA.—Basta, basta, Raquel, basta. No vaya a molestarle. Lo que la pobrecita necesita es sueño..., dormir...

Y entonces Raquel se puso a mecer y a abrazar a la criaturita, cantándole extrañas canciones en una lengua desconocida de Berta y de los suyos, así como de Juan. ¿Qué le cantaba? Y se hizo un silencio espeso en torno de aquellas canciones de cuna que

parecían venir de un mundo lejano, muy lejano, perdido en la bruma de los ensueños. Y Juan, oyéndolas, sentía sueño, pero sueño de morir, y un terror loco le llenaba el corazón vacío. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué significaba su vida?

X

Más adelante, cuando Berta fué reponiéndose y empezó a despertarse del doloroso ensueño del parto y se vió separada de su hijita, de su Quelina, por Raquel y por la nodriza que Raquel buscó y que la obedecía en todo, apercibióse a la lucha. Al fin vió claro en la sima en que cayera; al fin vió a quién y a qué había sido sacrificada. Es decir, no vió todo, no podía ver todo. Había en la viuda abismos a que ella, Berta, no lograba llegar. Ni lo intentaba, pues sólo el asomarse a ellos le daba vértigo. Y luego aquellas canciones de cuna en lengua extraña.

BERTA.—Pero ¿qué es eso que le canta?

RAQUEL.—¡Oh, recuerdos de mi infancia!...

BERTA.—¿Cómo?

RAQUEL.—No quieras saber más, Berta. ¿Para qué? ¡No; ella, Berta, no podía querer saber más! ¡Sabía ya demasiado! ¡Ojalá no supiera tanto! ¡Ojalá no se hubiera dejado tentar de la serpiente a probar de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal! Y sus padres, sus buenos padres, parecían como huídos de la casa. Había que llevarles la nietecita a que la vieran. ¡Y era la nodriza quien se la llevaba!...

Lo que sintió entonces Berta fué encendérsele en el pecho una devoradora compasión de su hombre, de su pobre Juan. Tomábale en sus brazos flacos

como para ampararle de algún enemigo oculto, de algún terrible peligro, y apoyando su cabeza sudorosa y desgreñada sobre el hombro de su marido, lloraba, lloraba, lloraba, mientras su pecho, agitado por convulsos sollozos, latía sobre el pecho acongojado del pobre don Juan. Y como una de estas veces la esposa madre gimiese “¡Hijo mío! ¡Hijo mío...! ¡Hijo mío...!”, quedóse luego como muerta de terror al ver la congoja de muerte que crispó, enjalbegándola la cara de su Juan.

BERTA.—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Qué tienes?

DON JUAN.—Calla, Quelina, calla, que me estás matando...

BERTA.—Pero si estás conmigo, Juan, conmigo, con tu Berta...

DON JUAN.—No sé dónde estoy...

BERTA.—¿Pero qué tienes, hijo...?

DON JUAN.—No digas eso..., no digas eso..., no digas eso...

Berta adivinó todo el tormento de su hombre. Y se propuso irlo ganando, ahijándolo, rescatándose. Aunque para ello hubiese que abandonar y que entregar a la hija. Quería su hombre. ¡Su hombre!

Y él, el hombre, Juan, iba sintiéndose por su parte hombre, hombre más que padre. Sentía que para Raquel no fué más que un instrumento, un medio. ¿Un medio de qué? ¿De satisfacer una furiosa hambre de maternidad? ¿O no más bien una extraña venganza, una venganza de otros mundos? Aquellas extrañas canciones de cuna que en lengua desconocida cantaba Raquel a Quelina, no a su ahijada, sino a su hija —su hija, sí, la de la viuda—, ¿hablaban de una dulce venganza, de una venganza suave y adormecedora como un veneno que hace dormirse? ¡Y cómo le miraba ahora Raquel a él, a su Juan! ¡Y le buscaba menos que antes!

Pero cuando le buscaba y le encontraba eran los antiguos encuentros, sólo que más sombríos y más frenéticos.

RAQUEL.—Y ahora —le dijo una vez— ¡dedícate más a tu Berta, a tu esposa, entrégate más a ella. Es menester que le des un hijo, que ella lo merece, porque ésta, mi Quelina, ésta es mía, mía, mía. Y tú lo sabes. Esta se debe a mí, me la debo a mí misma. Poco me faltó para hacerle a tu Berta, a nuestra Berta, parir sobre mis rodillas, como nos contaban en la Historia Sagrada. ¡Entrégate ahora a ella, hijo mío!

DON JUAN.—Que me matas, Raquel.

RAQUEL.—Mira, Juan, son ya muchas las veces que me vas saliendo con esa cantilena, y estoy segura de que se la habrás colocado también a ella, a tu esposa, alguna vez. Si quieres, pues, matarte, mátate; pero no nos vengas a culparnos de ello. Pero yo creo que debes vivir, porque le haces todavía mucha falta a tu Berta en el mundo.

Y como Juan forcejease entonces por desprenderse de los brazos recios de Raquel, ésta le dijo abrazándole:

RAQUEL.—Sí, ya lo he visto...; ¡que nos vea!

Entró Berta.

RAQUEL.—Te he visto, Berta —y recalcó el *te*—; *te* he visto que venías.

Y poniendo su mano, como un yugo, sobre el cuello de Juan, de quien se apartó un poco entonces, prosiguió:

RAQUEL.—Pero te equivocas. Estaba ganándote a tu marido, ganándolo para ti. Estaba diciéndole que se te entregue y que se te entregue sin reservas. Te lo cedo. Pues que a mí me ha hecho ya madre, que te haga madre a ti. Y que puedas llamarle a boca llena ¡hijo! Si es que con esto de llamarle hijo no

le estamos matando, como él dice. Ya sabrás la historia de las dos madres que se presentaron a Salomón reclamando un mismo niño. Aquí está el niño, el... ¡don Juan de antaño! No quiero que lo partamos en dos, que sería matarle como él dice. Tómallo todo entero.

BERTA.—Es decir, que tú...

RAQUEL.—¡Yo soy aquí la madre de verdad, yo!

Entonces Berta, fuera de sí, cogió a su marido, que se dejaba hacer, del brazo, arrancándolo de bajo el yugo de Raquel, se lo presentó a ésta y le gritó:

BERTA.—¡Pues bien, no! La madre soy yo, yo, yo... Y le quiero entero, le quiero más entero que tú. Tómallo y acaba de matarlo. ¡Pero dame a mi hija, devuélveme a mi hija!

RAQUEL.—¿Qué hija?

BERTA.—A..., a..., a...

Le quemaban los labios el nombre.

RAQUEL.—¿A mi Quelina? ¡Que es yo misma, yo...! ¿Que me entregue yo? ¿Que te entregue a mi Quelina, mi Raquel, para que hagas de ella otra como tú, otra Berta Lapeira, otra como vosotras las honradas esposas? ¡Ah!, también yo fui esposa; sí, esposa; también yo sé...

BERTA.—¿Y qué culpa tengo yo de que ni tu marido ni luego Juan pudiesen contigo lo que éste conmigo ha podido, lo que he podido yo con él?

RAQUEL.—¿Y tú, Juan, tú, *hi-jo mí-o*, te vas a repartir? ¿O estás para tu esposa entero?

Juan huyó de las dos.

XI

Juan huyó de las dos, y algo más. ¿Cómo fué ello? Sólo se supo que, habiendo salido de excursión hacia la sierra, en automóvil, lo volvieron a

su casa moribundo y se murió en ella sin recobrar el conocimiento. Ni el *chauffeur*, ni el amigo que le acompañaba supieron explicar bien lo ocurrido. Al bordear un barranco le vieron desaparecer del carruaje —no sabían decir si porque cayó o porque se tirara—, le vieron rodar por el precipicio, y cuando luego le recogieron estaba destrozado. Tenía partida la cabeza y el cuerpo todo magullado.

¡Qué mirada la que Raquel y Berta se cruzaron sobre el cuerpo blanco y quieto de su Juan!

BERTA.—Ahora lo de la niña, lo de mi hija, está claro...

RAQUEL.—Claro. ¿Y de qué va a vivir? ¿Quién la va a mantener? ¿Quién la va a educar? ¿Y cómo? Y tú, ¿de qué vas a vivir? ¿Y de qué van a vivir tus padres?

BERTA.—¿Y la fortuna de Juan?

RAQUEL.—¡Juan no deja fortuna alguna...! ¡Todo lo que hay aquí es mío! ¡Y si no lo sabías, ya lo sabes!

BERTA.—¡Ladrona! ¡Ladrona! ¡Ladrona!

RAQUEL.—Esas son palabras, y no sabes quién le ha robado a quién. Acaso la ladrona eres tú...; las ladronas sois vosotras, las de tu condición. Y no quiero que hagáis de mi Quelina, de mi hija, una ladrona como vosotras... Y ahora piénsalo bien con tus padres. Piensa si os conviene vivir como mendigos o en paz con la ladrona.

BERTA.—¿En paz?

RAQUEL.—¡A los ojos del mundo, en paz!

Berta tuvo largas conversaciones con sus padres, los señores Lapeira, y los tres, con un abogado de mucha nota y reputación, informáronse del testamento de don Juan, en que aparecía no tener nada propio; del estado de su fortuna, toda ella en poder

de Raquel, y al cabo aceptaron el compromiso. Los sostendría Raquel, a la que había, a cambio, que ceder la niña.

El único consuelo era que Berta volvería a ser madre y que Raquel consignaría un capitalito a nombre del hijo o hija póstuma del pobre don Juan. Pero ¿cómo se criaría esta desdichada criatura?

RAQUEL.—Si te vuelves a casar —le dijo Raquel a Berta— te dotaré. Piénsalo. No se está bien de viuda.

FIN DE DOS MADRES

La casona solariega de los marqueses de Lumbría, el palacio, que es como se le llamaba en la adusta ciudad de Lorenza, parecía un arca de silenciosos recuerdos del misterio. A pesar de hallarse habitada, casi siempre permanecía con las ventanas y los balcones que daban al mundo cerrados. Su fachada, en la que se destacaba el gran escudo de armas del linaje de Lumbría, daba al mediodía, a la gran plaza de la Catedral y frente a la ponderosa y barroca fábrica de ésta; pero como el sol la bañaba casi todo el día y en Lorenza apenas hay días nublados, todos sus huecos permanecían cerrados. Y ello porque el excelentísimo señor marqués de Lumbría, don Rodrigo Suárez de Tejada, tenía horror a la luz del sol y al aire libre. “El polvo de la calle y la luz del sol —solía decir— no hacen más que deslustrar los muebles y echar a perder las habitaciones, y luego las moscas...” El marqués tenía verdadero horror a las moscas, que podían venir de un andrajoso mendigo, acaso de un tiñoso. El marqués temblaba ante posibles contagios de enfermedades plebeyas. Eran tan sucios los de Lorenza y su comarca...

Por la trasera daba la casona al enorme tajo escarpado que dominaba al río. Una manta de yedra cubría por aquella parte grandes lienzos del palacio. Y aunque la yedra era abrigo de ratones y otras

alimañas, el marqués la respetaba. Era una tradición de familia. Y en un balcón puesto allí, a la umbría, libre del sol y de sus moscas, solía el marqués ponerse a leer mientras le arrullaba el rumor del río, que gruñía en el congosto de su cauce, forcejeando con espumarajos por abrirse paso entre las rocas del tajo.

El excelentísimo señor marqués de Lumbría vivía con sus dos hijas, Carolina, la mayor, y Luisa, y con su segunda mujer, doña Vicenta, señora de brumoso seso, que cuando no estaba durmiendo estaba quejándose de todo, y en especial del ruido. Porque así como el marqués temía al sol, la marquesa temía al ruido, y mientras aquél se iba en las tardes de estío a leer en el balcón en sombra, entre yedra, al son del canto secular del río, la señora se quedaba en el salón delantero a echar la siesta sobre una vieja butaca de raso a la que no había tocado el sol, y al arrullo del silencio de la plaza de la Catedral.

El marqués de Lumbría no tenía hijos varones, y ésta era la espina dolorosísima de su vida. Como que para tenerlos se había casado, a poco de enviudar con su mujer, con doña Vicenta, su señora y la señora le había resultado estéril.

La vida del marqués trascurría tan monótona y cotidiana, tan consuetudinaria y ritual como el gruñir del río en lo hondo del tajo o como los oficios litúrgicos del cabildo de la Catedral. Administraba sus fincas y dehesas, a las que iba de visita, siempre corta, de vez en cuando, y por la noche tenía su partida de tresillo con el penitenciario, consejero íntimo de la familia, un beneficiado y el registrador de la Propiedad. Llegaban a la misma hora, cruzaban la gran puerta, sobre la que se ostentaba la plaza del Sagrado Corazón de Jesús con su "Rei-

naré en España y con más veneración que en otras partes”, sentábanse en derredor de la mesita —en invierno una camilla—, dispuesta ya, y al dar las diez, como por máquina de reloj, se iban alejando, aunque hubiera puestas, para el siguiente día. Entretanto, la marquesa dormitaba y las hijas del marqués hacían labores, leían libros de edificación —acaso otros obtenidos a hurtadillas— o reñían una con otra.

Porque como para matar el tedio que se corría desde el salón cerrado al sol y a las moscas, hasta los muros vestidos de yedra, Carolina y Luisa tenían que reñir. La mayor, Carolina, odiaba al sol, como su padre, y se mantenía rígida y observante de las tradiciones de la casa; mientras Luisa gustaba de cantar, de asomarse a las ventanas y a los balcones y hasta de criar en éstos flores de tiesto, costumbre plebeya, según el marqués. “¿No tienes el jardín?”, le decía éste a su hija, refiriéndose a un jardincillo anexo al palacio, pero al que rara vez bajaban sus habitantes. Pero ella, Luisa, quería tener tiestos en el balcón de su dormitorio, que daba a una calleja de la plaza de la Catedral, y regarlos, y con este pretexto asomarse a ver quién pasaba. “Qué mal gusto de atisbar lo que no nos importa...”, decía el padre; y la hermana mayor, Carolina, añadió: “¿No, sino de andar a caza!” Y ya la tenían armada.

Y los asomos al balcón del dormitorio, y el riego de las flores de tiesto dieron su fruto. Tristán Ibáñez del Gamonal, de una familia linajuda también y de las más tradicionales de la ciudad de Lorenza, se fijó en la hija segunda del marqués de Lumbría, a la que vió sonreír, con ojos como de violeta y boca como de geranio, por entre las flores del balcón de su dormitorio. Y ello fué que, al pasar un

día Tristán por la calleja, se le vino encima el agua del riego que rebosaba de los tiestos, y al exclamar Luisa: “¡Oh, perdone, Tristán!”, éste sintió como si la voz doliente de una princesa presa en un castillo encantado le llamara a su socorro.

—Esas cosas, hija —le dijo su padre—, se hacen en forma y seriamente. ¡Chiquilladas, no!

—¿Pero a qué viene eso, padre? —exclamó Luisa.

—Carolina te lo dirá.

Luisa se quedó mirando a su hermana mayor, y ésta dijo:

—No me parece, hermana, que nosotras, las hijas de los marqueses de Lumbría, hemos de andar haciendo las osas en cortejeos y pelando la pava desde el balcón como las artesanas. ¿Para eso eran las flores?

—Que pida entrada ese joven —sentenció el padre—, y pues que, por mi parte, nada tengo que oponerle, todo se arreglará. ¿Y tú, Carolina?

—Yo —dijo ésta— tampoco me opongo.

Y se le hizo a Tristán entrar en la casa como pretendiente formal a la mano de Luisa. La señora tardó en enterarse de ello.

Y mientras trascurría la sesión de tresillo, la señora dormitaba en un rincón de la sala, y, junto a ella, Carolina y Luisa, haciendo labores de punto o de bolillos, cuchicheaban con Tristán, al cual procuraban no dejarle nunca solo con Luisa, sino siempre con las dos hermanas. En esto era vigilantísimo el padre. No le importaba, en cambio, que alguna vez recibiera a solas Carolina al que debía ser su cuñado, pues así le instruiría mejor en las tradiciones y costumbres de la casa.

Los contertulios tresillistas, la servidumbre de la casa y hasta los del pueblo, a quienes intrigaba el

misterio de la casona, notaron que a poco de la admisión en ésta de Tristán como novio de la segundona del marqués, el ámbito espiritual de la hierática familia pareció espesarse y ensombrecerse. La taciturnidad del marqués se hizo mayor, la señora se quejaba más que nunca del ruido, y el ruido era mayor que nunca. Porque las riñas y querelas entre las dos hermanas eran mayores y más enconadas que antes, pero más silenciosas. Cuando, al cruzarse en un pasillo, la una insultaba a la otra, o acaso la pellizcaba, hacíanlo como en susurro, y ahogaban las quejas. Sólo una vez oyó Mariana, la vieja doncella, que Luisa gritaba: “Pues lo sabrá toda la ciudad, ¡sí, lo sabrá la ciudad toda! ¡Saldré al balcón de la plaza de la Catedral a gritárselo a todo el mundo!” “¡Calla!”, gimió la voz del marqués, y luego una expresión tal, tan inaudita allí, que Mariana huyó despavorida de junto a la puerta donde escuchaba.

A los pocos días de esto, el marqués se fué de Lorenza, llevándose consigo a su hija mayor, Carolina. Y en los días que permaneció ausente, Tristán no pareció por la casa. Cuando regresó el marqués solo, una noche se creyó obligado a dar alguna explicación a la tertulia del tresillo. “La pobre no está bien de salud —dijo mirando fijamente al penitenciario—; ello la lleva, ¡cosa de nervios!, a constantes disensiones, sin importancia, por supuesto, con su hermana, a quien, por lo demás, adora, y la he llevado a que se reponga.” Nadie le contestó nada.

Pocos días después, en familia, muy en familia, se celebraba el matrimonio entre Tristán Ibáñez del Gamonal y la hija segunda del excelentísimo señor marqués de Lumbría. De fuera no asistieron más que la madre del novio y los tresillistas.

Tristán fué a vivir con su suegro, y el ámbito de

la casona se espesó y entenebreció más aún. Las flores del balcón del dormitorio de la recién casada se ajaron por falta de cuidado; la señora se dormía más que antes, y el señor vagaba como un espectro, taciturno y cabizbajo, por el salón cerrado a la luz del sol de la calle. Sentía que se le iba la vida, y se agarraba a ella. Renunció al tresillo, lo que pareció su despedida del mundo, si es que en el mundo vivió. “No tengo ya la cabeza para el juego —le dijo a su confidente el penitenciario—; me distraigo a cada momento y el tresillo no me distrae ya; sólo me queda prepararme a bien morir.”

Un día amaneció con un ataque de perlesía. Apenas si recordaba nada. Mas en cuanto fué recordándose, parecía agarrarse con más desesperado tesón a la vida. “No, no puedo morir hasta ver cómo queda la cosa.” Y a su hija, que le llevaba la comida a la cama, le preguntaba ansioso: “¿Cómo va eso? ¿Tardará?” “Ya no mucho, padre.” “Pues no me voy, no debo irme, hasta recibir al nuevo marqués; porque tiene que ser varón, ¡un varón!; hace aquí falta un hombre, y si no es un Suárez de Tejada, será un Rodrigo y un marqués de Lumbría.” “Eso no depende de mí, padre...” “Pues eso más faltaba, hija —y le temblaba la voz al decirlo—, que después de habérsenos metido en casa ese... botarate, no nos diera un marqués... Era capaz de...” La pobre Luisa lloraba. Y Tristán parecía un reo y a la vez un sirviente.

La excitación del pobre señor llegó al colmo cuando supo que su hija estaba para librar. Temblaba todo él con fiebre expectativa. “Necesitaba más cuidado que la parturiente” —dijo el médico.

—Cuando dé a luz Luisa —le dijo el marqués a su yerno—, si es hijo, si es marqués, tráemelo en se-

guída, que lo vea, para que pueda morir tranquilo: tráemelo tú mismo.

Al oír el marqués aquel grito, incorporóse en la cama y quedó mirando hacia la puerta del cuarto, acechando. Poco después entraba Tristán, compungido, trayendo bien arropado al niño, “¡Marqués!” —gritó el anciano—. “¡Sí!” Echó un poco el cuerpo hacia adelante a examinar al recién nacido, le dió un beso balbuciente y tembloroso, un beso de muerte, y sin mirar siquiera a su yerno se dejó caer pesadamente sobre la almohada y sin sentido. Y sin haberlo recobrado murióse dos días después.

Vistieron de luto, con un lienzo negro, el escudo de la fachada de la casona, y el negro del lienzo empezó desde luego a ajarse con el sol, que le daba de lleno durante casi todo el día. Y un aire de luto pareció caer sobre la casa toda, a la que no llevó alegría ninguna el niño.

La pobre Luisa, la madre, salió extenuada del parto. Empeñose en un principio en criar a la criatura, pero tuvo que desistir de ello. “Pecho mercenario... pecho mercenario...”, suspiraba, “¡Ahora, Tristán, a criar al marqués!” —le repetía a su marido.

Tristán había caído en una tristeza indefinible y se sentía envejecer. “Soy como una dependencia de la casa, casi un mueble” se decía—. Y desde la calleja solía contemplar el balcón del que fué dormitorio de Luisa, balcón ya sin tiestos de flores.

—Si volviésemos a poner flores en tu balcón, Luisa... —se atrevió a decirle una vez a su mujer.

—Aquí no hay más flor que el marqués —le contestó ella.

El pobre sufría con que a su hijo no se le llamase sino el marqués. Y huyendo de casa, dió en refugiarse en la Catedral. Otras veces salía, yéndose no

se sabía adónde. Y lo que más le irritaba era que su mujer ni intentaba averiguarlo.

Luisa sentíase morir, que se le derretía gota a gota la vida. “Se me va la vida como un hilito de agua —decía—; siento que se me adelgaza la sangre; me zumba la cabeza, y si aun vivo, es porque me voy muriendo muy despacio... Y si lo siento, es por él, por mi marquesito, sólo por él... ¡Qué triste vida la de esta casa sin sol!... Yo creía que tú, Tristán, me hubieses traído sol, y libertad, y alegría; pero no, tú no me has traído más que al marquesito... ¡Tráemelo!” Y le cubría de besos lentos, temblorosos y febriles. Y a pesar de que se hablaban, entre marido y mujer se interponía una cortina de helado silencio. Nada decían de lo que más les atormentaba las mentes y los pechos.

Cuando Luisa sintió que el hilito de su vida iba a romperse, poniendo su mano fría sobre la frente del niño, de Rodriguín, le dijo al padre: “Cuida del marqués. ¡Sacrifícate al marqués! ¡Ah, y a ella dile que la perdono!” “¿Y a mí?”, gimió Tristán. “¿A ti? ¡Tú no necesitas ser perdonado!” Palabras que cayeron como una terrible sentencia sobre el pobre hombre. Y poco después de oírlas se quedó viudo.

Viudo, joven, dueño de una considerable fortuna, la de su hijo el marqués, y preso en aquel lúgubre caserón cerrado al sol, con recuerdos que siendo de muy pocos años le parecían ya viejísimos, pasábase las horas muertas en un balcón de la trasera de la casona, entre la yedra, oyendo el zumbido del río. Poco después reanudaba las sesiones del tresillo. Y se pasaba largos ratos encerrado con el penitenciarío, revisando, se decía, los papales del difunto marqués y arreglando su testamentaria.

Pero lo que dió un día que hablar en toda la

ciudad de Lorenza fué que, después de una ausencia de unos días, volvió Tristán a la casona con Carolina, su cuñada, y ahora su nueva mujer. ¿Pues no se decía que había entrado monja? ¿Dónde y cómo vivió durante aquellos cuatro años?

Carolina volvió arrogante y con un aire de insólito desafío en la mirada. Lo primero que hizo al volver fué mandar quitar el lienzo de luto que cubría el escudo de la casa. “Que le dé el sol —exclamó—, que le dé el sol, y soy capaz de mandar embadurnarlo de miel para que se llene de moscas.” Luego mandó quitar la yedra. “Pero Carolina —suplicaba Tristán—, ¡déjate de antiguallas!”

El niño, el marquesito, sintió, desde luego, en su nueva madre al enemigo. No se avino a llamarla mamá, a pesar de los ruegos de su padre; la llamó siempre tía. “¿Pero quién le ha dicho que soy su tía? —preguntó ella—. ¿Acaso Mariana?” “No lo sé, mujer, no lo sé —contestaba Tristán—; pero aquí, sin saber cómo, todo se sabe.” “¿Todo?” “Sí, todo; esta casa parece que lo dice todo...” “Pues callemos nosotros.”

La vida pareció adquirir dentro de la casona una recogida intensidad acerba. El matrimonio salía muy poco de su cuarto, en el que retenía Carolina a Tristán. Y en tanto, el marquesito quedaba a merced de los criados y de un preceptor que iba a diario a enseñarle las primeras letras, y del penitenciario, que se cuidaba de educarle en religión.

Reanudóse la partida de tresillo; pero durante ella, Carolina, sentada junto a su marido, seguía las jugadas de éste y le guiaba en ellas. Y todos notaban que no hacía sino buscar ocasión de ponerle la mano sobre la mano, y que de continuo estaba apoyándose en su brazo. Y al ir a dar las diez, le decía: “¡Tristán, ya es hora!” Y de casa no salía él sino

con ella, que se le dejaba casi colgar del brazo y que iba barriendo la calle con una mirada de desafío.

El embarazo de Carolina fué penosísimo. Y parecía no desear al que iba a venir. Cuando hubo nacido, ni quiso verlo. Y al decirle que era una niña, que nació desmedrada y enteca, se limitó a contestar secamente: “¡Sí, nuestro castigo!” Y cuando poco después la pobre criatura empezó a morir, dijo la madre: “Para la vida que hubiese llevado...”

—Tú estás así muy solo —le dijo años después un día Carolina a su sobrino, el marquesito—; necesitas compañía y quien te estimule a estudiar, y así, tu padre y yo hemos decidido traer a casa a un sobrino, a uno que se ha quedado solo...

El niño, que ya a la sazón tenía diez años y que era de una precocidad enfermiza y triste, quedóse pensativo.

Cuando vino el otro, el intruso, el huérfano, el marquesito se puso en guardia, y la ciudad toda de Lorenza no hizo sino comentar el extraordinario suceso. Todos creyeron que como Carolina no había logrado tener hijos suyos, propios, traía el adoptivo, el intruso, para molestar y oprimir al otro, al de su hermana...

Los dos niños se miraron, desde luego, como enemigos, porque si imperioso era el uno, no lo era menos el otro. “¿Pues tú qué te crees —le decía Pedrito a Rodriguín—, que por que eres marqués vas a mandarme?... Y si me fastidias mucho, me voy y te dejo solo.” “Déjame solo, que es como quiero estar, y tú vuélvete adonde los tuyos.” Pero llegaba Carolina, y con un “¡Niños!” los hacía mirarse en silencio.

—Tío —(que así le llamaba) fué diciéndole una

vez Pedrito a Tristán—, yo me voy, yo me quiero ir, yo quiero volverme con mis tías; no le puedo resistir a Rodriguín; siempre me está echando en cara que yo estoy aquí para servirle y como de limosna.

—Ten paciencia, Pedrín, ten paciencia; ¿no la tengo yo? —y cogiéndole al niño la cabecita, se la apretó a la boca y lloró sobre ella, lloró copiosa, lenta y silenciosamente.

Aquellas lágrimas las sentía el niño como un riego de piedad. Y sintió una profunda pena por el pobre hombre, por el pobre padre del marquesito.

La que no lloraba era Carolina.

Y sucedió que un día, estando marido y mujer muy arrimados en un sofá, cogidos de las manos y mirando al vacío penumbroso de la estancia, sintieron ruido de pendencia, y al punto entraron los niños, sudorosos y agitados. “¡Yo me voy! ¡Yo me voy!” —gritaba Pedrito—. “¡Vete, vete y no vuelvas a mi casa!”, le contestaba Rodriguín. Pero cuando Carolina vió sangre en las narices de Pedrito, saltó como una leona hacia él, gritando: “¡Hijo mío! ¡Hijo mío!” Y luego, volviéndose al marquesito, le escupió esta palabra: “¡Caín!”

—¿Caín? ¿Es acaso mi hermano? —preguntó abriendo cuanto pudo los ojos el marquesito.

Carolina vaciló un momento. Y luego, como apuñándose el corazón, dijo con voz ronca: “¡Pedro es mi hijo!”

—¡Carolina! —gimió su marido.

—Sí —prosiguió el marquesito—, ya presumía yo que era su hijo, y por ahí lo dicen... Pero lo que no sabemos es quién sea su padre, ni si lo tiene.

Carolina se irguió de pronto. Sus ojos centelleaban y le temblaban los labios. Cogió a Pedrito, a

su hijo, lo apretó entre sus rodillas y, mirando duramente a su marido, exclamó:

—¿Su padre? Dile tú, el padre del marquesito, dile tú al hijo de Luisa, de mi hermana, dile tú al nieto de don Rodrigo Suárez de Tejada, marqués de Lumbría, dile quién es su padre. ¡Díselo! ¡Díselo, que si no, se lo diré yo! ¡Díselo!

—¡Carolina! —suplicó llorando Tristán.

—¡Díselo! ¡Dile quién es el verdadero marqués de Lumbría!

—No hace falta que me lo diga —dijo el niño.

—Pues bien, sí; el marqués es éste, éste y no tú; éste, que nació antes que tú, y de mí que era la mayorazga, y de tu padre, sí, de tu padre. Y el mío, por eso del escudo... Pero yo haré quitar el escudo, y abriré todos los balcones al sol, y haré que se le reconozca a mi hijo como quien es: como el marqués.

Luego empezó a dar voces llamando a la servidumbre y a la señora, que dormitaba, ya casi en la imbecilidad de la segunda infancia. Y cuando tuvo a todos delante mandó abrir los balcones de par en par, y a grandes voces se puso a decir con calma:

—Este, éste es el marqués, éste es el verdadero marqués de Lumbría: éste es el mayorazgo. Este es el que yo tuve de Tristán, de este mismo Tristán que ahora se esconde y llora, cuando él acababa de casarse con mi hermana, al mes de haberse ellos casado. Mi padre, el excelentísimo señor marqués de Lumbría, me sacrificó a sus principios, y acaso también mi hermana estaba comprometida como yo...

—¡Carolina! —gimió el marido.

—Cállate, hombre, que hoy hay que revelarlo todo. Tu hijo, vuestro hijo, ha arrancado sangre, ¡sangre azul!, no, sino roja, y muy roja, de nuestro hijo, de mi hijo, del marqués...

—; Qué ruido, por Dios! —se quejó la señora, acurrucándose en una butaca de un rincón.

—Y ahora —prosiguió Carolina dirigiéndose a los criados— id y propalad el caso por toda la ciudad; decid en las plazuelas y en los patios y en las fuentes lo que me habéis oído; que lo sepan todos, que conozcan todos la mancha del escudo.

—Pero si toda la ciudad lo sabía ya... —susurró Mariana.

—¿Cómo? —gritó Carolina.

—Sí, señorita, sí; lo decían todos...

—Y para guardar un secreto que lo era a voces, para ocultar un enigma que no lo era para nadie, para cubrir unas apariencias falsas, ¿hemos vivido así, Tristán? ¡Misericordia y nada más! Abrid esos balcones, que entre la luz, toda la luz y el polvo de la calle y las moscas, y mañana mismo se quitará el escudo. Y se pondrán tiestos de flores en todos los balcones, y se dará una fiesta invitando al pueblo de la ciudad, al verdadero pueblo. Pero no: la fiesta se dará el día en que éste, mi hijo, vuestro hijo, el que el penitenciario llama hijo del pecado, cuando el verdadero pecado es el que hizo hijo al otro, el día en que éste sea reconocido como quien es y marqués de Lumbría.

Al pobre Rodriguín tuvieron que recogerle de un rincón de la sala. Estaba pálido y febril. Y negóse luego a ver ni a su padre ni a su hermano.

—Le meteremos en un colegio —sentenció Carolina.

En toda la ciudad de Lorenza no se hablaba luego sino de la entereza varonil con que Carolina llevaba adelante sus planes. Salía a diario, llevando del brazo y como a un prisionero a su marido, y de la mano al hijo de su mocedad. Mantenía abiertos de

par en par los balcones todos de la casona, y el sol ajaba el raso de los sillones y hasta daba en los retratos de los antepasados. Recibía todas las noches a los tertulianos del tresillo, que no se atrevieron a negarse a sus invitaciones, y era ella misma la que, teniendo al lado a su Tristán, jugaba con las cartas de éste. Y le acariciaba delante de los tertulianos, y dándole golpecitos en la mejilla, le decía: “¡Pero qué pobre hombre eres, Tristán!” Y luego, a los otros: “¡Mi pobre maridito no sabe jugar solo!” Y cuando se habían ellos ido, le decía a él: “¡La lástima es, Tristán, que no tengamos más hijos... después de aquella pobre niña... aquélla sí que era hija del pecado, aquélla y no nuestro Pedrín... Pero ahora, a criar a éste, al marqués!”

Hizo que su marido lo reconociera como suyo, engendrado antes de él, su padre, haberse casado, y empezó a gestionar para su hijo, para su Pedrín, la sucesión del título. El otro, en tanto, Rodriguín, se consumía de rabia y de tristeza en un colegio.

—Lo mejor sería —decía Carolina— que le entre la vocación religiosa. ¿No la has sentido tú nunca, Tristán? Porque me parece que más naciste tú para fraile que para otra cosa...

—¡Y que lo digas tú, Carolina!... —se atrevió a insinuar suplicante su marido.

—¡Sí, yo; lo digo yo, Tristán! Y no quieras envanecerte de lo que pasó y que el penitenciario llama nuestro pecado, y mi padre, el marqués, la mancha de nuestro escudo. ¿Nuestro pecado? ¡El tuyo, no, Tristán; el tuyo, no! ¡Fuí yo quien te seduje! ¡Yo! Ella, la de los geranios, la que te regó el sombrero, el sombrero, y no la cabeza, con el agua de sus tiestos, ella te trajo acá, a la casona. Pero quien te ganó fuí yo. ¡Recuérdalo! Yo quise ser la madre del marqués. Sólo que no contaba con el otro. Y el

otro era fuerte, más fuerte que yo. Quise que te rebelaras, y tú no supiste, no pudiste rebelarte...

—Pero Carolina...

—Sí, sí, sé bien todo lo que hubo; lo sé. Tu carne ha sido siempre muy flaca. Y tu pecado fué el dejarte casar con ella; ése fué tu pecado. ¡Y lo que me hiciste sufrir!... Pero yo sabía que mi hermana, que Luisa no podría resistir a su traición y a tu ignominia. Y esperé. Esperé pacientemente y criando a mi hijo. Y ¡lo que es criarlo cuando media entre los dos un terrible secreto! ¡Le he criado para la venganza! Y a ti, a su padre...

—Sí, que me despreciará...

—¡No, despreciarte, no! ¿Te desprecio yo acaso?

—¿Pues qué otra cosa?

—¡Te compadezco! Tú despertaste mi carne y con ella mi orgullo de mayorazga. Como nadie se podía dirigir a mí sino en forma y por medio de mi padre... como yo no iba a asomarme, como mi hermana, al balcón, a sonreír a la calle..., como aquí no entraban más hombres que patanes de campo o esos del tresillo, patanes también de coro... Y cuando entraste aquí te hice sentir que la mujer era yo, yo, y no mi hermana... ¿Quieres que te recuerde la caída?

—¡No, por Dios, Carolina, no!

—Sí, mejor es que no te la recuerde. Y eres el hombre caído. ¿Ves cómo te decía que naciste para traile? Pero no, no, tú naciste para que yo fuese la madre del marqués de Lumbría, de don Pedro Ibáñez del Gamonal y Suárez de Tejada. De quien haré un hombre. Y le mandaré labrar un escudo nuevo, de bronce, y no de piedra. Porque he hecho quitar el de piedra para poner en su lugar otro de bronce. Y en él una mancha roja, de rojo de sangre, de sangre roja, de sangre roja como la que su herma-

no, su medio hermano, tu otro hijo, el hijo de la traición y del pecado, le arrancó de la cara, roja como mi sangre, como la sangre que también me hiciste sangrar tú... No te aflijas —y al decirle esto le puso la mano sobre la cabeza—, no te acongojes, Tristán, mi hombre... Y mira ahí, mira al retrato de mi padre, y dime tú, que le viste morir, qué diría si viese a su otro nieto, al marqués... ¡Conque te hizo que le llevaras a tu hijo, al hijo de Luisa!... Pondré en el escudo de bronce un rubí, y el rubí chispeará al sol. Pues ¿qué creíais, que no había sangre, sangre roja, roja y no azul, en esta casa? Y ahora, Tristán, en cuanto dejemos dormido a nuestro hijo, el marqués de sangre roja, vamos a acostarnos.

Tristán inclinó la cabeza bajo un peso de siglos.

FIN DE "EL MARQUÉS DE LUMBRÍA"

NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE

La fama de la hermosura de Julia estaba esparcida por toda la comarca que ceñía a la vieja ciudad de Renada; era Julia algo así como su belleza oficial, o como un monumento más, pero viviente y fresco, entre los tesoros arquitectónicos de la capital. “Voy a Renada —decían algunos— a ver la Catedral y a ver a Julia Yáñez”. Había en los ojos de la hermosa como un agüero de tragedia. Su porte inquietaba a cuantos la miraban. Los viejos se entristecían al verla pasar, arrastrando tras sí las miradas de todos, y los mozos se dormían aquella noche más tarde. Y ella, conciente de su poder, sentía sobre sí la pesadumbre de un porvenir fatal. Una voz muy recóndita, escapada de lo más profundo de su conciencia, parecía decirle: “¡Tu hermosura te perderá!” Y se distraía para no oírla.

El padre de la hermosura regional, don Victorino Yáñez, sujeto de muy brumosos antecedentes morales, tenía puestas en la hija todas sus últimas y definitivas esperanzas de redención económica. Era agente de negocios, y éstos le iban de mal en peor. Su último y supremo negocio, la última carta que le quedaba por jugar, era la hija. También tenía un hijo; pero era cosa perdida, y hacía tiempo que ignoraba su paradero.

—Ya no nos queda más que Julia —solía decir a su mujer—; todo depende de cómo se nos case

o de cómo la casemos. Si hace una tontería, y me temo que la haga, estamos perdidos.

—¿Y a qué le llamas hacer una tontería?

—Ya saliste tú con otra. Cuando digo que apenas si tienes sentido común, Anacleta...

—¡Y qué le voy a hacer, Victorino! Ilústrame tú, que eres aquí el único de algún talento...

—Pues lo que aquí hace falta, ya te lo he dicho cien veces, es que vigiles a Julia y le impidas que ande con esos noviazgos estúpidos, en que pierden el tiempo, las proporciones y hasta la salud las renatenses todas. No quiero nada de reja, nada de pelar la pava; nada de novios estudiantillos.

—¿Y qué le voy a hacer?

—¿Qué le vas a hacer? Hacerla comprender que el porvenir y el bienestar de todos nosotros, de ti y mío, y la honra, acaso, ¿lo entiendes...?

—Sí, lo entiendo.

—¡No, no lo entiendes! La honra, ¿lo oyes?, la honra de la familia depende de su casamiento. Es menester que se haga valer.

—¡Pobrecilla!

—¿Pobrecilla? Lo que hace falta es que no empiece a echarse novios absurdos, y que no lea esas novelas disparatadas que lee y que no hacen sino levantarle los cascos y llenarle la cabeza de humo.

—¡Pero y qué quieres que haga...!

—Pensar con juicio y darse cuenta de lo que tiene con su hermosura y saber aprovecharla.

—Pues yo, a su edad...

—¡Vamos, Anacleta, no digas más necedades! No abres la boca más que para decir majaderías. Tú, a su edad... Tú, a su edad... Mira que te conocí entonces...

—Sí, por desgracia.

Y separábanse los padres de la hermosura para

recomenzar al siguiente día una conversación parecida.

Y la pobre Julia sufría, comprendiendo toda la horrible hondura de los cálculos de su padre. "Me quiere vender —se decía— para salvar sus negocios comprometidos; para salvarse acaso del presidio." Y así era.

Y por instinto de rebelión aceptó Julia al primer novio.

—Mira, por Dios, hija mía —le dijo su madre—, que ya sé lo que hay, y le he visto rondando la casa, y hacerte señas, y sé que recibiste una carta suya, y que le contestaste...

—¿Y qué voy a hacer, mamá? ¿Vivir como una esclava, prisionera, hasta que venga el sultán a quien papá me venda?

—No digas esas cosas, hija mía...

—¿No he de poder tener un novio, como lo tienen las demás?

—Sí, pero un novio formal.

—¿Y cómo se va a saber si es formal o no? Lo primero es empezar. Para llegar a quererse, hay que tratarse antes.

—Quererse..., quererse...

—Vamos, sí, que debo esperar al comprador.

—Ni contigo ni con tu padre se puede. Así sois los Yáñez. ¡Ay, el día que me casé!

—Es lo que yo no quiero tener que decir un día.

Y la madre, entonces, la dejaba. Y ella, Julia, se atrevió, afrontándolo todo, a bajar a hablar con el primer novio a una ventana del piso bajo, en una especie de lonja. "Si mi padre nos sorprende así —pensaba—, es capaz de cualquier barbaridad conmigo. Pero, mejor, así se sabrá que soy una víctima, que quiere especular con mi hermosura". Bajó a la ventana, y en aquella primera entrevista le

contó a Enrique, un incipiente tenorio renatense, todas las lóbregas miserias morales de su hogar. Venía a salvarla, a redimirla. Y Enrique sintió, a pesar de su embobecimiento por la hermosura, que le abatían los bríos. “A esta mocita —se dijo él— le da por lo trágico; lee novelas sentimentales”. Y una vez que logró que se supiera en toda Renada cómo la consagrada hermosura regional le había admitido a su ventana, buscó el medio de desentenderse del compromiso. Bien pronto lo encontró. Porque una mañana bajó Julia descompuesta, con los espléndidos ojos enrojecidos, y le dijo:

—¡Ay, Enrique; esto no se puede ya tolerar; esto no es casa ni familia: esto es un infierno! Mi padre se ha enterado de nuestras relaciones, y está furioso. ¡Figúrate que anoche, porque me defendí, llegó a pegarme!

—¡Qué bárbaro!

—No lo sabes bien. Y dijo que te ibas a ver con él...

—¡A ver, que venga! Pues no faltaba más.

Mas por lo bajo se dijo: “Hay que acabar con esto, porque ese ogro es capaz de cualquier atrocidad si ve que le van a quitar su tesoro; y como yo no puedo sacarle de trampas...”

—Di, Enrique, ¿tú me quieres?

—¡Vaya una pregunta ahora...!

—Contesta: ¿me quieres?

—¡Con toda el alma y con todo el cuerpo, nena!

—¿Pero de veras?

—¡Y tan de veras!

—¿Estás dispuesto a todo por mí?

—¡A todo, sí!

—Pues bien, róbame, llévame. Tenemos que escaparnos; pero lejos, muy lejos, adonde no pueda llegar mi padre.

—¡Repórtate, chiquilla!

—¡No, no, róbame; si me quieres, róbame! ¡Róbale a mi padre su tesoro, y que no pueda venderlo! ¡No quiero ser vendida: quiero ser robada! ¡Róbame!

Y se pusieron a concertar la huída.

Pero al día siguiente, el fijado para la fuga, y cuando Julia tenía preparado su hatito de ropa y hasta avisado secretamente el coche, Enrique no compareció. “¡Cobarde, más que cobarde! ¡Vil, más que vil! —se decía la pobre Julia, echada sobre la cama y mordiendo de rabia la almohada—. ¡Y decía quererme! No, no me quería a mí; quería mi hermosura. ¡Y ni esto! Lo que quería es jactarse ante toda Renada de que yo, Julia Yáñez, ¡nada menos que yo!, le había aceptado por novio. Y ahora irá diciendo cómo le propuse la fuga. ¡Vil, vil, vil! ¡Vil como mi padre; vil como hombre!” Y cayó en mayor desesperación.

—Ya veo, hija mía —le dijo su madre—, que eso ha acabado, y doy gracias a Dios por ello. Pero mira, tiene razón tu padre: si sigues así, no harás más que desacreditarte.

—¿Si sigo cómo?

—Así, admitiendo al primero que te solicite. Adquirirás fama de coqueta y...

—Y mejor, madre, mejor. Así acudirán más. Sobre todo, mientras no pierda lo que Dios me ha dado.

—¡Ay, ay! De la casta de tu padre, hija.

Y, en efecto, poco después admitía a otro pretendiente a novio. Al cual le hizo las mismas confidencias, y le alarmó lo mismo que a Enrique. Sólo que Pedro era de más recio corazón. Y por los mismos pasos contados llegó a proponerle lo de la fuga.

—Mira, Julia —le dijo Pedro—, yo no me opon-

go a que nos fuguemos; es más, estoy encantado con ello, ¡figúrate tú! Pero, y después que nos hayamos fugado, ¿adónde vamos, qué hacemos?

—¡Eso se verá!

—¡No, eso se verá, no! Hay que verlo ahora. Yo, hoy por hoy, y durante algún tiempo, no tengo de qué mantenerte; en mi casa sé que no nos admirarían; ¡y en cuanto a tu padre...! De modo que, dime, ¿qué hacemos después de la fuga?

—¿Qué? ¿No vas a volverte atrás?

—¿Qué hacemos?

—¿No vas a acobardarte?

—¿Qué hacemos, di?

—Pues... ¡suicidarnos!

—¡Tú estás loca, Julia!

—Loca, sí; loca de desesperación, loca de asco, loca de horror a este padre que me quiere vender... Y si tú estuvieses loco, loco de amor por mí, te suicidarías conmigo.

—Pero advierte, Julia, que tú quieres que esté loco de amor por ti para suicidarme contigo, y no dices que te suicidarás conmigo por estar loca de amor por mí, sino loca de asco a tu padre y a tu casa. ¡No es lo mismo!

—¡Ah! ¡Qué bien discurre! ¡El amor no discurre!

Y rompieron también sus relaciones. Y Julia se decía: “Tampoco éste me quería a mí, tampoco éste. Se enamoran de mi hermosura, no de mí. ¡Yo doy cartel!” Y lloraba amargamente.

—¿Ves, hija mía —le dijo su madre—; no lo decía? ¡Ya va otro!

—E irán cien, mamá; ciento, sí, hasta que encuentre el mío, el que me liberte de vosotros. ¡Querer venderme!

—Eso díselo a tu padre.

Y se fué doña Anacleta a llorar a su cuarto, a solas.

—Mira, hija mía —le dijo, al fin, a Julia su padre—, he dejado pasar eso de tus dos novios, y no he tomado las medidas que debiera; pero te advierto que no voy a tolerar más tonterías de ésas. Conque ya lo sabes.

—¡Pues hay más —exclamó la hija con amarga sorna y mirando a los ojos de su padre en son de desafío.

—¿Y qué hay? —preguntó éste amenazador.

—Hay... ¡que me ha salido otro novio!

—¿Otro? ¿Quién?

—¿Quién? ¿A que no aciertas quién?

—Vamos, no te burles, y acaba, que me estás haciendo perder la paciencia.

—Pues nada ménos que don Alberto Menéndez de Cabuérniga.

—¡Qué barbaridad! —exclamó la madre. Don Victorino palideció, sin decir nada. Don Alberto Menéndez de Cabuérniga era un riquísimo hacendado, disoluto, caprichoso en punto a mujeres, de quien se decía que no reparaba en gastos para conseguirlas; casado, y separado de su mujer. Había casado ya a dos, dotándolas espléndidamente.

—¿Y qué dices a eso, padre? ¿Te callas?

—¡Que estás loca!

—No, no estoy loca ni veo visiones. Pasea la calle, ronda la casa. ¿Le digo que se entienda contigo?

—Me voy, porque si no, esto acaba mal.

Y levantándose, el padre se fué de casa.

—¡Pero hija mía, hija mía!

—Te digo, madre, que esto ya no le parece mal; te digo que era capaz de venderme a don Alberto,

La voluntad de la pobre muchachas se iba quebrantando. Comprendía que hasta una venta sería

una redención. Lo esencial era salir de casa, huir de su padre, fuese como fuese.

Por entonces compró una dehesa en las cercanías de Renada —una de las más ricas y espaciosas dehesas— un indiano, Alejandro Gómez. Nadie sabía bien de su origen, nadie de sus antecedentes, nadie le oyó hablar nunca ni de sus padres, ni de sus parientes, ni de su pueblo, ni de su niñez. Sabíase sólo que, siendo muy niño, había sido llevado por sus padres a Cuba, primero, y a Méjico, después, y que allí, ignorábase cómo, había fraguado una enorme fortuna, una fortuna fabulosa —hablábase de varios millones de duros—, antes de cumplir los treinta y cuatro años, en que volvió a España, resuelto a afincarse en ella. Decíase que era viudo y sin hijos, y corrían respecto a él las más fantásticas leyendas. Los que le trataban teníanle por hombre ambicioso y de vastos proyectos, muy voluntarioso, y muy tozudo, y muy reconcentrado. Alardeaba de plebeyo.

—Con dinero se va a todas partes —solía decir.

—No siempre, ni todos —le replicaban.

—¡Todos, no; pero los que han sabido hacerlo, sí! Un señoritingo de esos que lo han heredado, un condesito o duquesín de alfeñique, no, no va a ninguna parte, por muchos millones que tenga; ¿pero yo? ¿Yo? ¿Yo, que he sabido hacerlo por mí mismo, a puño? ¿Yo?

¡Y había que oír cómo pronunciaba “yo”! En esta afirmación personal se ponía el hombre todo.

—Nada que de veras me haya propuesto he dejado de conseguir. ¡Y si quiero, llegaré a ministro! Lo que hay es que yo no lo quiero.

A Alejandro le hablaron de Julia, la hermosura

monumental de Renada. “¡Hay que ver eso!” —se dijo. Y luego que la vió: “¡Hay que conseguirla!”

—¿Sabes, padre —le dijo un día al suyo Julia—, que ese fabuloso Alejandro, ya sabes, no se habla más que de él hace algún tiempo..., el que ha comprado Carbajedo?...

—¡Sí, sí, sé quién es? ¿Y qué?

—¿Sabes que también ése me ronda?

—¿Es que quieres burlarte de mí, Julia?

—No, no me burlo, va en serio; me ronda.

—¡Te digo que no te burles!...

—¡Ahí tienes su carta!

Y sacó del seno una, que echó a la cara de su padre.

—¿Y qué piensas hacer? —le dijo éste.

—¡Pues qué he de hacer!... ¡Decirle que se vea contigo y que convengáis el precio.

Don Victorino atravesó con una mirada a su hija y se salió sin decirle palabra. Y hubo unos días de lóbrego silencio y de calladas cóleras en la casa. Julia había escrito a su nuevo pretendiente una carta contestación henchida de sarcasmos y de dedenes, y poco después recibía otra con estas palabras, trazadas por mano ruda y en letras grandes, angulosas y claras: “Usted acabará siendo mía. Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone.” Y al leerlo, se dijo Julia: “¡Este es un hombre! ¿Será mi redentor? ¿Seré yo su redentora?” A los pocos días de esta segunda carta llamó don Victorino a su hija, se encerró con ella y casi de rodillas y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Mira, hija mía, todo depende ahora de tu resolución: nuestro porvenir y mi honra. Si no aceptas a Alejandro, dentro de poco no podré ya encubrir mi ruina y mis trampas, y hasta mis...

—No lo digas.

—No, no podré encubrirlo. Se acaban los plazos. Y me echarán a presidio. Hasta hoy he logrado parar el golpe... ¡Por ti! ¡Invocando tu nombre! Tu hermosura ha sido mi escudo. “Pobre chica”, se decían.

—¿Y si le acepto?

—Pues bien; voy a decirte la verdad toda. Ha sabido mi situación, se ha enterado de todo, y ahora estoy ya libre y respiro, gracias a él. Ha pagado todas mis trampas; ha liberado mis...

—Sí, lo sé, no digas. ¿Y ahora?

—Que dependo de él, que dependemos de él, que vivo a sus expensas, que vives tú misma a sus expensas.

—Es decir, ¿que me has vendido ya?

—No, nos ha comprado.

—¿De modo que, quieras que no, soy ya suya?

—¡No, no exige eso; no pide nada, no exige nada!

—¡Qué generoso!

—¡Julia!

—Sí, sí, lo he comprendido todo. Dile que, por mí, puede venir cuando quiera.

Y tembló después de decirlo. ¿Quién había dicho esto? ¿Era ella? No; era más bien otra que llevaba dentro y la tiranizaba.

—¡Gracias, hija mía, gracias!

El padre se levantó para ir a besar a su hija; pero ésta, rechazándolo, exclamó:

—¡No, no me manches!

—Pero, hija.

—¡Vete a besar tus papeles! O mejor, las cenizas de aquellos que te hubiesen echado a presidio.

—¿No le dije yo a usted, Julia, que Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone? ¿Venirme con aquellas cosas a mí? ¿A mí?

Tales fueron las primeras palabras con que el joven indiano potentado se presentó a la hija de don Victorino, en la casa de éste. Y la muchacha tembló ante aquellas palabras, sintiéndose, por primera vez en su vida, ante un hombre. Y el hombre se le ofreció más rendido y menos grosero que ella esperaba.

A la tercera visita, los padres los dejaron solos. Julia temblaba. Alejandro callaba. Temblor y silencio se prolongaron un rato.

—Parece que está usted mala, Julia —dijo él.

—¡No, no; estoy bien!

—Entonces, ¿por qué tiembla así?

—Algo de frío acaso...

—No, sino miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—¡Miedo... a mí!

—¿Y por qué he de tenerle miedo?

—¡Sí, me tiene miedo!

Y el miedo reventó deshaciéndose en llanto. Julia lloraba desde lo más hondo de las entrañas, lloraba con el corazón. Los sollozos le agarrotaban, faltándole el respiro.

—¿Es que soy algún ogro? —susurró Alejandro.

—¡Me han vendido! ¡Me han vendido! ¡Han traficado con mi hermosura! ¡Me han vendido!

—¿Y quién dice eso?

—¡Yo, lo digo yo! ¡Pero no, no seré de usted... sino muerta!

—Serás mía, Julia, serás mía... ¡Y me querrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¡Pues no faltaba más!

Y hubo en aquel *a mí* un acento tal, que se le cortó a Julia la fuente de las lágrimas, y como que se le paró el corazón. Miró entonces a aquel hombre, mientras una voz le decía: “¡Este es un hombre!”

—¡Puede usted hacer de mí lo que quiera!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, insistiendo en seguir tuteándola.

—No sé... No sé lo que me digo...

—¿Qué es eso de que puedo hacer de ti lo que quiera?

—Sí, que puede...

—Pero es que lo que yo —y este yo resonaba triunfador y pleno— quiero es hacerte mi mujer.

A Julia se le escapó un grito, y con los grandes ojos hermosísimos irradiando asombro, se quedó mirando al hombre, que sonreía y se decía: “Voy a tener la mujer más hermosa de España.”

—¿Pues qué creías?

—Yo creí..., yo creí...

Y volvió a romper el pecho en lágrimas ahogantes. Sintió luego unos labios sobre sus labios y una voz que le decía:

—Sí, mi mujer, la mía..., mía..., mía... ¡Mi mujer legítima, claro está! ¡La ley sancionará mi voluntad! ¡O mi voluntad la ley!

—¡Sí..., tuya!

Estaba rendida. Y se concertó la boda.

¿Qué tenía aquel hombre rudo y hermético que, a la vez que le daba miedo, se le imponía? Y, lo que era más terrible, le imponía una especie de extraño amor. Porque ella, Julia, no quería querer a aquel aventurero, que se había propuesto tener por mujer a una de las más hermosas y hacer que luciera sus millones; pero, sin querer quererle, sentíase rendida a una sumisión que era una forma de enamoramiento. Era algo así como el amor que debe encenderse en el pecho de una cautiva para con un arrogante conquistador. ¡No la había comprado, no! Habíala conquistado.

“Pero él —se decía Julia—, ¿me quiere de veras? ¿Me quiere a mí? ¿A mí?, como suele decir él. ¡Y cómo lo dice! ¡Cómo pronuncia yo! ¿Me quiere a mí, o es que no busca sino lucir mi hermosura? ¿Seré para él algo más que un mueble costosísimo y rarísimo? ¿Estará de veras enamorado de mí? ¿No se saciará pronto de mi encanto? De todos modos va a ser mi marido, y voy a verme libre de este maldito hogar, libre de mi padre. ¡Porque no vivirá con nosotros, no! Le pasaremos una pensión y que siga insultando a mi pobre madre, y que se enrede con las criadas. Evitaremos que vuelva a entramparse. ¡Y seré rica, muy rica, inmensamente rica!”

Mas esto no la satisfacía del todo. Sabíase envidiada por las renatenses, y que hablaban de su suerte loca, y de que su hermosura le había producido cuanto podía producirla. Pero ¿la quería aquel hombre? ¿La quería de veras? “Yo he de conquistar su amor —decíase—. Necesito que me quiera de veras; no puedo ser su mujer sin que me quiera, pues eso sería la peor forma de venderse. ¿Pero es que yo le quiero?” Y ante él sentíase sobreco-gida, mientras una voz misteriosa, brotada de lo más hondo de sus entrañas, le decía: “¡Este es tu hombre!” Cada vez que Alejandro decía yo, ella temblaba. Y temblaba de amor, aunque creyera otra cosa o lo ignorase.

Se casaron y fuéronse a vivir a la corte. Las relaciones y amistades de Alejandro eran, merced a su fortuna, muchas, pero algo extrañas. Los más de los que frecuentaban su casa, aristócratas de blasón no pocos, antojábasele a Julia que debían ser deudores de su marido, que daba dinero a préstamo con sólidas hipotecas. Pero nada sabía de los nego-

cios de él ni éste le hablaba nunca de ellos. A ella no le faltaba nada; podía satisfacer hasta sus menores caprichos; pero le faltaba lo que más podía faltarle. No ya el amor de aquel hombre a quien se sentía subyugada y como por él hechizada, sino la certidumbre de aquel amor. “¿Me quiere, o no me quiere? —se preguntaba—. Me colma de atenciones, me trata con el mayor respeto, aunque algo como a una criatura voluntariosa; hasta me mimas; ¿pero me quiere?” Y era inútil querer hablar de amor, de cariño, con aquel hombre.

—Solamente los tontos hablan de esas cosas —solía decir Alejandro—. “Encanto..., rica..., hermosa..., querida...” ¿Yo? ¿Yo esas cosas? ¿Con esas cosas a mí? ¿A mí? Esas son cosas de novela. Y ya sé que a ti te gustaba leerlas.

—Y me gusta todavía.

—Pues lee cuantas quieras. Mira, si te empeñas, hago construir en ese solar que hay ahí al lado un gran pabellón para biblioteca y te la lleno de todas las novelas que se han escrito desde Adán acá.

—¡Qué cosas dices!...

Vestía Alejandro de la manera más humilde y más borrosa posible. No era tan sólo que buscarse pasar, por el traje, inadvertido; era que afectaba cierta ordinariéz plebeya. Le costaba cambiar de vestidos, encariñándose con los que llevaba. Diríase que el día mismo en que estrenaba un traje se frotaba con él en las paredes para que pareciese viejo. En cambio, insistía en que ella, su mujer, se vistiese con la mayor elegancia posible y del modo que más hiciese resaltar su natural hermosura. No era nada tacaño en pagar; pero lo que mejor y más a gusto pagaba eran las cuentas de modistos y modistas, eran los trapos para su Julia.

Complacíase en llevarla a su lado y que resultara

la diferencia de vestido y porte entre uno y otra. Recreábase en que las gentes se quedasen mirando a su mujer, y si ella, a su vez, coqueteando, provocaba esas miradas, o no lo advertía él, o más bien fingía no advertirlo. Parecía ir diciendo a aquellos que la miraban con codicia de la carne: “¿Os gusta, eh? Pues me alegro; pero es mía, y sólo mía; conquese... ¡rabiad!” Y ella, adivinando este sentimiento, se decía: “¿Pero me quiere o no me quiere este hombre?” Porque siempre pensaba en él como en *este hombre*, como en su *hombre*. O mejor, el hombre de quien era ella, el amo. Y poco a poco se le iba formando alma de esclava de harén, de esclava favorita, de única esclava; pero de esclava al fin.

Intimidación entre ellos, ninguna. No se percataba de qué era lo que pudiese interesar a su señor marido. Alguna vez se atrevió ella a preguntarle por su familia.

—¿Familia? —dijo Alejandro—. Yo no tengo hoy más familia que tú, ni me importa. Mi familia soy yo, yo y tú, que eres mía.

—¿Pero y tus padres?

—Haz cuenta que no los he tenido. Mi familia empieza en mí. Yo me he hecho solo.

—Otra cosa querría preguntarte, Alejandro, pero no me atrevo...

—¿Que no te atreves? ¿Es que te voy a comer? ¿Es que me he ofendido nunca de nada de lo que me hayas dicho?

—No, nunca, no tengo queja.

—¡Pues no faltaba más!

—No, no tengo queja; pero...

—Bueno, pregunta y acabemos.

—No, no te lo pregunto.

—¡Pregúntamelo!

Y de tal modo lo dijo, con tan redondo egoísmo, que ella, temblando de aquel modo, que era, a la vez que miedo, amor, amor rendido de esclava favorita, le dijo:

—Pues bueno, dime, ¿tú eres viudo?...

Pasó como una sombra, un leve fruncimiento de entrecejo por la frente de Alejandro, que respondió:

—Sí, soy viudo.

—¿Y tu primera mujer?

—A ti te han contado algo...

—No; pero...

—A ti te han contado algo, di...

—Pues sí, he oído algo...

—¿Y lo has creído?

—No..., no lo he creído.

—Claro, no podías, no debías creerlo.

—No, no lo he creído.

—Es natural. Quien me quiere como me quieres tú, quien es tan mía como tú lo eres, no puede creer esas patrañas.

—Claro que te quiero... —y al decirlo esperaba provocar una confesión recíproca de cariño.

—Bueno, ya te he dicho que no me gustan frases de novelas sentimentales. Cuanto menos se diga que se le quiere a uno, mejor.

Y, después de una breve pausa, continuó:

—A ti te han dicho que me casé en Méjico, siendo yo un mozo, con una mujer inmensamente rica y mucho mayor que yo, con una vieja millonaria, y que la obligué a que me hiciese su heredero y la maté luego. ¿No te han dicho eso?

—Sí, eso me han dicho.

—¿Y lo creíste?

—No, no lo creí. No puedo creer que matases a tu mujer.

—Veo que tienes aún mejor juicio que yo creía. ¿Cómo iba a matar a mi mujer, a una cosa mía?

¿Qué es lo que hizo temblar a la pobre Julia al oír esto? Ella no se dió cuenta del origen de su temblor; pero fué la palabra *cosa* aplicada por su marido a su primera mujer.

—Habría sido una absoluta necedad —prosiguió Alejandro—. ¿Para qué? ¿Para heredarla? ¿Pero si yo disfrutaba de su fortuna lo mismo que disfruto hoy de ella! ¿Matar a la propia mujer! ¿No hay razón ninguna para matar a la propia mujer!

—Ha habido maridos, sin embargo, que han matado a sus mujeres —se atrevió a decir Julia.

—¿Por qué?

—Por celos, o porque les faltaron ellas...

—¡Bah, bah, bah! Los celos son cosas de estúpidos. Sólo los estúpidos pueden ser celosos, porque sólo a ellos les puede faltar su mujer. ¿Pero a mí? ¿A mí? A mí no me puede faltar mi mujer. ¡No pudo faltarme aquélla, no me puedes faltar tú!

—No digas esas cosas. Hablemos de otras.

—¿Por qué?

—Me duele oírte hablar así. ¡Como si me hubiese pasado por la imaginación, ni en sueños, faltarte!...

—Lo sé, lo sé sin que me lo digas; sé que no me faltarás nunca.

—¡Claro!

—Que no puedes faltarme. ¿A mí? ¿Mi mujer? ¡Imposible! Y en cuanto a la otra, a la primera, se murió ella sin que yo la matara.

Fué una de las veces en que Alejandro habló más a su mujer. Y ésta quedóse pensativa y temblorosa. ¿La quería, si o no, aquel hombre?

¡Poble Julia! Era tan terrible aquel su nuevo ho-

gar; tan terrible como el de su padre. Era libre, absolutamente libre; podía hacer en él lo que se le antojase, salir y entrar, recibir a las amigas y aun amigos que prefiriera. ¿Pero la quería o no, su amo y señor? La incertidumbre del amor del hombre la tenía como presa en aquel adorado y espléndido calabozo de puerta abierta.

Un rayo de sol naciente entró en las tempestuosas tinieblas de su alma esclava cuando se supo encinta de aquel su señor marido. “Ahora sabré si me quiere o no”, se dijo.

Cuando le anunció la buena nueva, exclamó aquél: —Lo esperaba. Ya tengo un heredero y a quien hacer un hombre, otro hombre como yo. Le esperaba.

—¿Y si no hubiera venido? —preguntó ella.

—¡Imposible! Tenía que venir. ¡Tenía que tener un hijo yo, yo!

—Pues hay muchos que se casan y no lo tienen...

—Otros, sí. ¡Pero yo no! Yo tenía que tener un hijo.

—¿Y por qué?

—Porque tú no podías no habérmelo dado.

Y vino el hijo; pero el padre continuó tan herético. Sólo se opuso a que la madre criara al niño.

—No, yo no dudo de que tengas salud y fuerzas para ello; pero las madres que crían se estropean mucho, y yo no quiero que te estropees; yo quiero que te conserves joven el mayor tiempo posible.

Y sólo cedió cuando el médico le aseguró que, lejos de estropearse, ganaría Julia con criar al hijo, adquiriendo una mayor plenitud su hermosura.

El padre rehusaba besar al hijo. “Con eso de los besuqueos no se hace más que molestarlos”, decía. Alguna vez lo tomaba en brazos y se le queda mirando.

—¿No me preguntabas una vez por mi familia?
—dijo un día Alejandro a su mujer—. Pues aquí la tienes. Ahora tengo ya familia y quien me herede y continúe mi obra.

Julia pensó preguntar a su marido cuál era su obra; pero no se atrevió a ello. “¿Mi obra! ¿Cuál sería la obra de aquel hombre?” Ya otra vez le oyó la misma expresión.

De las personas que más frecuentaban la casa eran los condes de Bordaviella, sobre todo él, el conde, que tenía negocios con Alejandro, quien le había dado a préstamo usurario cuantiosos caudales. El conde solía ir a hacerle la partida de ajedrez a Julia, aficionada a ese juego, y a desahogar en el seno de la confianza de su amiga, la mujer de su prestamista, sus infortunios domésticos. Porque el hogar condal de los Bordaviella era un pequeño infierno, aunque de pocas llamas. El conde y la condesa ni se entendían ni se querían. Cada uno de ellos campaba por su cuenta, y ella, la condesa, daba cebo a la maledicencia escandalosa. Corría siempre una adivinanza a ella atañedora: “¿Cuál es el cirineo de tanta del conde de Bordaviella?”; y el pobre conde iba a casa de la hermosa Julia a hacerle la partida de ajedrez y a consolarse de su desgracia buscando la ajena.

—¿Qué, habrá estado también hoy el conde ese?
—preguntaba Alejandro a su mujer.

—El conde ese..., el conde ese..., ¿qué conde?

—¡Ese! No hay más que un conde, y un marqués, y un duque. O para mí todos son iguales y como si fuesen uno mismo.

—¡Pues sí, ha estado!

—Me alegro, si eso te divierte. Es para lo que sirve el pobre mentecato.

—Pues a mí me parece un hombre inteligente y culto, y muy bien educado y muy simpático...

—Sí, de los que leen novelas. Pero, en fin, si eso te distrae...

—Y muy desgraciado.

—¡Bah; él se tiene la culpa!

—¿Y por qué?

—Por ser tan majadero. Es natural lo que le pasa. A un mequetrefe como el conde ese es muy natural que le engañe su mujer. ¡Si eso no es un hombre! No sé cómo hubo quien se casó con semejante cosa. Por supuesto, que no se casó con él, sino con el título. ¡A mí me había de hacer una mujer lo que a ese desdichado le hace la suya!...

Julia se quedó mirando a su marido y, de pronto, sin darse apenas cuenta de lo que decía, exclamó:

—¿Y si te hiciese? ¿Si te saliese tu mujer como a él le ha salido la suya?

—Tonterías —y Alejandro se echó a reír—. Te empeñas en sazonar nuestra vida con sal de libros. Y si es que quieres probarme dándome celos, te equivocas. ¡Yo no soy de esos! ¿A mí con esas? ¿A mí? Diviértete en embromar al majadero de Bordaviella.

“¿Pero será cierto que este hombre no siente celos? —se decía Julia—. ¿Será cierto que le tiene sin cuidado que el conde venga y me ronde y me corteje como me está rondando y cortejando? ¿Es seguridad en mi fidelidad y cariño? ¿Es seguridad en su poder sobre mí? ¿Es indiferencia? ¿Me quiere o no me quiere?” Y empezaba a exasperarse. Su amo y señor marido le estaba torturando el corazón.

La pobre mujer se obstinaba en provocar celos en su marido, como piedra de toque de su querer, mas no lo conseguía.

—¿Quieres venir conmigo a casa del conde?

—¿A qué?

—¡Al té!

—¿Al té? No me duelen las tripas. Porque en mis tiempos y entre los míos no se tomaba esa agua sucia más que cuando le dolían a uno las tripas. ¡Buen provecho te haga! Y consuélale un poco al pobre conde. Allí estará también la condesa con su último amigo, el de turno. ¡Vaya una sociedad! ¡Pero, en fin, eso viste!

En tanto, el conde proseguía el cerco de Julia. Fingía estar acongojado por sus desventuras domésticas para así excitar la compasión de su amiga, y por la compasión llevarla al amor, y al amor culpable, a la vez que procuraba darla a entender que conocía algo también de las interioridades del hogar de ella.

—Sí, Julia, es verdad; mi casa es un infierno, un verdadero infierno, y hace usted bien en compadecerme como me compadece. ¡Ah, si nos hubiésemos conocido antes! ¡Antes de yo haberme unido a mi desdicha! Y usted...

—Yo a la mía, ¿no es eso?

—¡No, no; no quería decir eso..., no?

—¿Pues qué es lo que usted quería decir, conde?

—Antes de haberse usted entregado a ese otro hombre, a su marido...

—¿Y usted sabe que me habría entregado entonces a usted?

—¡Oh, sin duda, sin duda!...

—¡Qué petulantes son ustedes los hombres!

—¿Petulantes?

—Sí, petulantes. Ya se supone usted irresistible

—¡Yo..., no!

—¿Pues quién?

—¿Me permite que se lo diga, Julia?

—¡Diga lo que quiera!

—¡Pues bien, se lo diré! ¡Lo irresistible habría sido, no yo, sino mi amor! ¡Sí, mi amor!

—¿Pero es una declaración en regla, señor conde? Y no olvide que soy una mujer casada, honrada, enamorada de su marido...

—Eso...

—¿Y se permite usted dudarle? Enamorada, sí, como lo oye, sinceramente enamorada de mi marido.

—Pues lo que es él...

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dicho a usted que él no me quiere?

—¡Usted misma!

—¿Yo? ¿Cuándo le he dicho yo a usted que Alejandro no me quiere? ¿Cuándo?

—Me lo ha dicho con los ojos, con el gesto, con el porte...

—¡Ahora me va a salir con que he sido yo quien le ha estado provocando a que me haga el amor!... ¡Mire usted, señor conde, ésta va a ser la última vez que venga a mi casa!

—¡Por Dios, Julia!

—¡La última vez he dicho!

—¡Por Dios, déjeme venir a verla, en silencio, a contemplarla, a enjugarme, viéndola, las lágrimas que lloro hacia adentro!

—¡Qué bonito!

—Y lo que le dije, que tanto pareció ofenderla...

—¿Pareció? ¡Me ofendió!

—¿Es que puedo yo ofenderla?

—¡Señor conde...!

—Lo que la dije, y que tanto la ofendió, fué tan sólo que, si nos hubiésemos conocido antes de haberme yo entregado a mi mujer y usted a su marido, yo la habría querido con la misma locura que

hoy la quiero... ¡Déjeme desnudarme el corazón! Yo la habría querido con la misma locura con que hoy la quiero y habría conquistado su amor con el mío. No con mi valor, no; no con mi mérito, sino sólo a fuerza de cariño. Que no soy yo, Julia, de esos hombres que creen domeñar y conquistar a la mujer por su propio mérito, por ser quienes son; no soy de esos que exigen se los quiera, sin dar, en cambio, su cariño. En mí, pobre noble venido a menos, no cabe tal orgullo.

Julia absorbía lentamente y gota a gota el veneno.

—Porque hay hombres —prosiguió el conde— incapaces de querer; pero que exigen que se los quiera, y creen tener derecho al amor y a la fidelidad incondicionales de la pobre mujer hermosa y famosa por su hermosura para envanecerse de ello, de llevarla al lado como podrían llevar una leona domesticada, y decir: “Mi leona, ¿veis cómo me está rendida?” ; Y por eso querrían a su leona?

—Señor conde... señor conde, que está usted entrando en un terreno...

Entonces el de Bordaviella se le acercó aún más, y casi al oído, haciéndola sentir en la oreja, hermosísima rosada concha de carne entre zarcillos de pelo castaño refulgente, el cosquilleo de su aliento entrecortado, le susurró:

—Donde estov entrando es en tu conciencia, Julia. El *tu* arreboló la oreja culpable.

El pecho de Julia ondeaba como el mar al acercarse la galerna.

—Sí, Julia, estoy entrando en tu conciencia.

—¡Déjeme, por Dios, señor conde, déjeme! ; Si entrase él ahora!...

—No, él no entrará. A él no le importa nada de

ti. El nos deja así, solos, porque no te quiere... ¡No, no te quiere! ¡No te quiere, Julia, no te quiere!

—Es que tiene absoluta confianza en mí...

—¡En ti, no! En sí mismo. ¡Tiene absoluta confianza, ciega, en sí mismo! Cree que a él, por ser él, él, Alejandro Gómez, el que ha fraguado una fortuna..., no quiero saber cómo..., cree que a él no es posible que le falte mujer alguna. A mí me desprecia, lo sé...

—Sí, le desprecia a usted...

—¡Lo sabía! Pero tanto como a mí te desprecia a ti...

—¡Por Dios, señor conde, por Dios, cálese, que me está matando!

—¡Quien te matará es él, él, tu marido, y no serás la primera!

—¡Eso es una infamia, señor conde; eso es una infamia! ¡Mi marido no mató a su mujer! ¡Y váyase, váyase, váyase, y no vuelva!

—Me voy; pero... volveré. Me llamarás tú.

Y se fué, dejándola malherida en el alma. “¿Tendrá razón este hombre? —se decía—. ¿Será así? Porque él me ha revelado lo que yo no quería decirme ni a mí misma. ¿Será verdad que me desprecia? ¿Será verdad que no me quiere?”

Empezó a ser pasto de los cotarros de maledicencia de la corte lo de las relaciones entre Julia y el conde de Bordaviella. Y Alejandro, o no se enteraba de ello, o hacía como si no se enterase. A algún amigo que empezó a hacerle veladas insinuaciones le atajó diciéndole: “Ya sé lo que me va usted a decir; pero déjelo. Esas no son más que habladurías de las gentes. ¿A mí? ¿A mí con esas? ¡Hay que dejar que las mujeres románticas se ha-

gan las interesantes!" ¿Sería un...? ¿Sería un cobarde?

Pero una vez que en el Casino se permitió uno, delante de él, una broma de ambiguo sentido respecto a cuernos, cogió una botella y se la arrojó a la cabeza, descalabrándole. El escándalo fué formidable.

—¿A mí? ¿A mí con bromitas de ésas? —decía con su voz y su tono más contenidos—. Como si no le entendiese... Como si no supiera las necesidades que corren por ahí, entre los majaderos, a propósito de los caprichos novelescos de mi pobre mujer... Y estoy dispuesto a cortar de raíz estas hablillas...

—Pero no así, don Alejandro —se atrevió a decirle uno.

—¿Pues cómo? ¡Dígame cómo!

—¡Cortando la raíz y motivo de las tales hablillas!

—¡Ah, ya! ¿Que prohíba la entrada del conde en mi casa?

—Sería lo mejor.

—Eso sería dar la razón a los maldicientes. Y yo no soy un tirano. Si a mi pobre mujer le divierte el conde ese, que es un perfecto y absoluto mentecato, se lo juro a usted, es un mentecato, inofensivo, que se las echa de tenorio...; si a mi pobre mujer le divierte ese fantoche, ¿voy a quitarle la diversión porque los demás mentecatos den en decir esto o lo otro? ¡Pues no faltaba más!... Pero, ¿pegármela a mí? ¿A mí? ¡Ustedes no me conocen!

—Pero, don Alejandro, las apariencias...

—¡Yo no vivo de apariencias, sino de realidades!

Al día siguiente se presentaron en casa de Alejandro dos caballeros, muy graves, a pedirle una satisfacción en nombre del ofendido.

—Díganle ustedes —les contestó— que me pase la cuenta del médico o cirujano que le asista y que la pagaré, así como los daños y perjuicios a que haya lugar.

—Pero don Alejandro...

—¿Pues qué es lo que ustedes quieren?

—¡Nosotros, no! El ofendido exige una reparación..., una satisfacción..., una explicación honrosa...

—No les entiendo a ustedes... ¡o no quiero entenderles!

—¡Y si no, un duelo!

—¡Muy bien! Cuando quiera. Díganle que cuando quiera. Pero para eso no es menester que ustedes se molesten. No hacen falta padrinos. Díganle que en cuanto se cure de la cabeza, quiero decir del botellazo..., que me avise, que iremos donde él quiera, nos encerraremos y la emprenderemos uno con otro a trompada y a patada limpias. No admito otras armas. Y ya verá quién es Alejandro Gómez.

—¡Pero, don Alejandro, usted se está burlando de nosotros! —exclamó uno de los padrinos.

—¡Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres, de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni tengo otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada, y no quiero entender esas andrónimas del Código del honor. ¡Conque ya lo saben ustedes!

Levantáronse los padrinos, y uno de ellos, poniéndose muy solemne, con cierta energía, mas no sin respeto —que al cabo se trataba de un poderoso millonario y hombre de misteriosa procedencia—, exclamó:

—Entonces, señor don Alejandro Gómez, permítame que se lo diga...

—Diga usted todo lo que quiera; pero midiendo sus palabras, que ahí tengo a la mano otra botella.

—¡Entonces —y levantó más la voz—, señor don Alejandro Gómez, usted no es un caballero!

—¡Y claro que no lo soy, hombre, claro que no lo soy! ¡Caballero yo! ¿Cuándo? ¿De dónde? Yo me crié burrero y no caballero, hombre. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie, a pie y andando. ¡Claro que no soy un caballero! ¿Caballerías? ¿Caballerías a mí? ¿A mí? Vamos..., vamos...

—Vámonos, sí —dijo un padrino al otro—, que aquí no hacemos ya nada. Usted, señor don Alejandro, sufrirá las consecuencias de esta su incalificable conducta.

—Entendido, y a ellas me atengo. Y en cuanto a ese..., a ese caballero de lengua desenfundada a quien descalabré la cabeza, díganle, se lo repito, que me pase la cuenta del médico, y que tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y ustedes, si alguna vez —que todo pudiera ser— necesitaran algo de este descalificado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, pueden acudir a mí, que los serviré, como he servido y sirvo a otros caballeros.

—¡Esto no se puede tolerar, vámonos! —exclamó uno de los padrinos.

Y se fueron.

Aquella noche contaba Alejandro a su mujer la escena de la entrevista con los padrinos, después de haberle contado lo del botellazo, y se regodeaba en el relato de su hazaña. Ella le oía despavorida.

—¿Caballero yo? ¿Yo caballero? —exclamaba él—. ¿Yo? ¿Alejandro Gómez? ¡Nunca! ¡Yo no soy más que un hombre, pero todo un hombre, nada menos que un hombre!

—¿Y yo? —dijo ella, por decir algo.

—¿Tú? ¡Toda una mujer! Y una mujer que lee novelas. ¡Y él, el condesito ese del ajedrez, un nadie, nada más que un nadie! ¿Para qué te he de privar el que te diviertas con él como te divertirías con un perro faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un gatito de Angora, o un tití, y le acaricies y hasta le besuquees, ¿voy a cojer el perrito, o el michino, o el tití y voy a echarlos por el balcón a la calle? ¡Pues estaría bueno! Mayormente, que podían caerle encima a uno que pasase. Pues lo mismo es el condesito ese, otro gozquecillo, o michino, o tití. ¡Diviértete con él cuanto te plazca!

—Pero, Alejandro, tienen razón en lo que te dicen... Tienes que negarle la entrada a ese hombre...

—¿Hombre?

—Bueno. Tienes que negarle la entrada al conde de Bordaviella.

—¡Niégasela tú! Cuando no se la niegas es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón. Porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él, ya le habrías despachado para defenderte del peligro.

—¿Y si estuviese interesada?...

—¡Bueno, bueno!... ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo de querer darme celos! ¿A mí? ¿Pero cuándo te convencerás, mujer, de que yo no soy como los demás?

Cada vez comprendía menos Julia a su marido; pero cada vez se encontraba más subyugada a él y más ansiosa de asegurarse de si le quería o no. Alejandro, por su parte, aunque seguro de la fidelidad de su mujer, o mejor de que a él, a Alejandro —¡nada menos que todo un hombre!—, no podía faltarle su mujer —¡la suya!— diciéndose: “A esta

pobre mujer le está trastornando la vida de la corte y la lectura de novelas”, decidió llevarla al campo. Y se fueron a una de sus dehesas.

—Una temporadita de campo te vendrá muy bien —le dijo—. Eso templea los nervios. Por supuesto, si es que piensas aburrirte sin tu michino, puedes invitarle al condezuolo ese a que nos acompañe. Porque ya sabes que yo no tengo celos, y estoy seguro de ti, de mi mujer.

Allí, en el campo, las cavilaciones de la pobre Julia se exacerbaban. Aburriase grandemente. Su marido no la dejaba leer.

—Te he traído para eso, para apartarte de los libros y cortar de raíz tu neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor.

—¿Mi neurastenia?

—¡Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo ello la tienen los libros.

—¡Pues no volveré a leer más!

—No, yo no te exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo? ¿Te he exigido nunca nada?

—No. ¡Ni siquiera exiges que te quiera!

—¡Naturalmente, como sé que eso no se puede exigir! Y, además, como sé que me quieres y no puedes querer a otro... Después de haberme conocido y de saber, gracias a mí, lo que es un hombre, no puedes ya querer a otro, aunque te lo propusieras. Te lo aseguro yo... Pero no hablemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelitas. Esas son bobadas para hablar con condesitos al tomar el té.

Vino a aumentar la congoja de la pobre Julia el que llegó a descubrir que su marido andaba en torpes enredos con una criada zafia y nada bonita. Y

una noche, después de cenar, encontrándose los dos solos, la mujer dijo de pronto:

—No creas, Alejandro, que no me he percatado del lío que traes con la Simona...

—Ni yo lo he ocultado mucho. Pero eso no tiene importancia. Siempre gallina, amarga la cocina.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres demasiado hermosa para diario.

La mujer tembló. Era la primera vez que su marido la llamaba así, a boca llena; hermosa. Pero ¿la quería de veras?

—¿Pero con ese pingo?... —dijo Julia por decir algo.

—Por lo mismo. Hasta su mismo desaseo me hace gracia. No olvides que yo casi me crié en un estercolero, y tengo algo de lo que un amigo mío llama la voluptuosidad del pringue. Y ahora, después de este entremés rústico, apreciaré mejor tu hermosura, tu elegancia y tu pulcritud.

—No sé si me estás adulando o insultando.

—¡Bueno! ¡La neurastenia! ¡Y yo que te creía en camino de curación...!

—Por supuesto, vosotros los hombres podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

—¿Quién te ha faltado?

—¡Tú!

—¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí se me da un pitoche de la Simona, ni...

—¡Claro! ¡Ella es para ti como una perrita, o una gatita, o una mona!

—¡Una mona, exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has dicho: una mona! ¿Pero he dejado por eso de ser tu marido?

—Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

—Veo, Julia, que vas tomando talento...

—¡Claro, todo se pega!

—¿Pero de mí, por supuesto, y no del michino?

—¡Claro que de ti!

—Pues bueno; no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¿Mi mujer? ¿Y de esa mona? Y en cuanto a ella, ¡la doto, y encantada!

—Claro, en teniendo dinero...

—Y con esa dote se casa volando, y le aporta ya al marido, con la dote, un hijo. Y si el hijo sale a su padre, que es nada menos que todo un hombre, pues el novio sale con doble ganancia.

—¡Calla, calla, calla!

La pobre Julia se echó a llorar.

—Yo creí —concluyó Alejandro— que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar!

A los dos días de esto volvíanse a la corte.

Y Julia volvió a sus congojas, y el conde de Bordaviella a sus visitas, aunque con más cautela. Y ya fué ella, Julia, la que, exasperada, empezó a prestar oídos a las venenosas insinuaciones del amigo, pero sobre todo a hacer ostentación de la amistad ante su marido, que alguna vez se limitaba a decir: "Habrá que volver al campo y someterte a tratamiento."

Un día, en el colmo de la exasperación, asaltó Julia a su marido, diciéndole:

—¡Tú no eres un hombre, Alejandro, no, no eres un hombre!

—¿Quién, yo? ¿Y por qué?

—¡No, no eres un hombre, no lo eres!

—Explicate.

—Ya sé que no me quieres; que no te importa de mí nada; que no soy para ti ni la madre de tu

hijo; que no te casaste conmigo nada más que por vanidad, por jactancia, por exhibirme, por envanecerte con mi hermosura, por...

—¡Bueno, bueno; ésas son novelerías! ¿Por qué no soy hombre?

—Ya sé que no me quieres...

—Ya te he dicho cien veces que eso de querer y no querer, y amor, y todas esas andróminas, son conversaciones de té condal o danzante.

—Ya sé que no me quieres...

—Bueno, ¿y qué más?...

—Pero eso de que consientas que el conde, el michino, como tú le llamas, entre aquí a todas horas...

—¡Quien lo consiente eres tú!

—¿Pues no he de consentirlo, si es mi amante? Ya lo has oído, mi amante. ¡El michino es mi amante!

Alejandro permanecía impasible mirando a su mujer. Y ésta, que esperaba un estallido del hombre, exaltándose aún más, gritó:

—¿Y qué? ¿No me matas ahora como a la otra?

—Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino sea tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y si sigues así, va a acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

—¿Loca? ¿Loca yo?

—¡De remate! ¡Llegarse a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Como si mi mujer pudiera faltarme a mí! ¡A mí! Alejandro Gómez no es ningún michino; ¡es nada menos que todo un hombre! Y no, no conseguirás lo que buscas, no conseguirás que yo te regale los oídos

con palabras de novela y de tés danzantes o condales. Mi casa no es un teatro.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! —gritó ya Julia, fuera de sí—. ¡Cobarde!

—Aquí va a haber que tomar medidas —dijo el marido.

Y se fué.

A los dos días de esta escena, y después de habería tenido encerrada a su mujer durante ellos. Alejandro la llamó a su despacho. La pobre Julia iba aterrada. En el despacho la esperaban, con su marido, el conde de Bordaviella y otros dos señores.

—Mira, Julia —le dijo con terrible calma su marido—. Estos dos señores son dos médicos alienistas, que vienen, a petición mía, a informar sobre tu estado para que podamos ponerte en cura. Tú no estás bien de la cabeza, y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

—¿Y qué haces tú aquí, Juan? —preguntó Julia al conde, sin hacer caso a su marido.

—¿Lo ven ustedes? —dijo éste dirigiéndose a los médicos—. Persiste en su alucinación; se empeña en que este señor es...

—¡Sí, es mi amante! —le interrumpió ella—. Y si no que lo diga él.

El conde miraba al suelo.

—Ya ve usted, señor conde —dijo Alejandro al de Bordaviella—, cómo persiste en su locura. Porque usted no ha tenido, no ha podido tener ningún género de relaciones con mi mujer...

—¡Claro que no! —exclamó el conde.

—¿Lo ven ustedes? —añadió Alejandro volviéndose a los médicos.

—¿Pero cómo —gritó Julia—, te atreves tú, tú, Juan, tú, mi michino, a negar que he sido tuya?

El conde temblaba bajo la mirada fría de Alejandro, y dijo:

—Repórtese, señora, y vuelva en sí. Usted sabe que nada de esto es verdad. Usted sabe que si yo frecuentaba esta casa era como amigo de ella, tanto de su marido como de usted misma, señora, y que yo, un conde de Bordaviella, jamás afrentaría así a un amigo como...

—Como yo —le interrumpió Alejandro—. ¿A mí? ¿A mí? ¿A Alejandro Gómez? Ningún conde puede afrentarme, ni puede mi mujer faltarme. Ya ven ustedes, señores, que la pobre está loca...

—¿Pero también tú, Juan? ¿También tú, michino? —gritó ella—. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Mi marido te ha amenazado, y por miedo, por miedo, cobarde, cobarde, cobarde, no te atreves a decir la verdad y te prestas a esta farsa infame, para declararme loca! ¡Cobarde, cobarde, villano! Y tú también, como mi marido...

—¿Lo ven ustedes, señores? —dijo Alejandro a los médicos.

La pobre Julia sufrió un ataque y quedó como deshecha.

—Bueno; ahora, señor mío —dijo Alejandro dirigiéndose al conde—, nosotros nos vamos, y dejemos que estos dos señores facultativos, a solas con mi pobre mujer, completen su reconocimiento.

El conde le siguió. Y ya fuera de la estancia, le dijo Alejandro:

—Conque ya lo sabe usted, señor conde: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella las tapas de los sesos. Usted escogerá.

—Lo que tengo que hacer es pagarle lo que le debo, para no tener más cuentas con usted.

—No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Conque quedamos en que mi mujer está loca de

remate y usted es un tonto de capirote. ¡Y ojo con ésta! —y le enseñó una pistola.

Cuando, algo después, salían los médicos del despacho de Alejandro, decíanse:

—Esta es una tremenda tragedia. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer sino declararla loca? Porque, de otro modo, ese hombre la mata a ella y le mata a ese desdichado conde.

—Pero, ¿y la conciencia profesional?

—La conciencia consiste aquí en evitar un crimen mayor.

—¿No sería mejor declararle loco a él, a don Alejandro?

—No, él no es loco: es otra cosa.

—Nada menos que todo un hombre, como dice él.

—¡Pobre mujer! ¡Daba pena oírle! Lo que yo me temo es que acabe por volverse de veras loca.

—Pues con declararla tal, acaso la salvemos. Por lo menos se la apartaría de esta casa.

Y, en efecto, la declararon loca. Y con esa declaración fué encerrada por su marido en un manicomio.

Toda una noche, espesa, tenebrosa y fría, sin estrellas, cayó sobre el alma de la pobre Julia al verse encerrada en el manicomio. El único consuelo que le dejaban es el de que le llevaran casi a diario a su hijito para que lo viera. Tomábalo en brazos y le bañaba la carita con sus lágrimas. Y el pobrecito niño lloraba sin saber por qué.

—¡Ay, hijo mío, hijo mío! —le decía—. ¡Si pudiese sacarte toda la sangre de tu padre!... ¡Porque es tu padre!

Y a solas se decía la pobre mujer, sintiéndose al borde de la locura: “¿Pero no acabaré por volverme

de veras loca en esta casa, y creer que no fué sino un sueño y alucinación lo de mi trato con ese infame conde? ¡Cobarde, sí, cobarde, villano! ¡Abandonarme así! ¡Dejar que me encerraran aquí! ¡El michino, sí, el michino! Tiene razón mi marido. Y él, Alejandro, ¿por qué no nos mató? ¡Ah, no! ¡Esta es más terrible venganza! ¡Matarle a ese villano michino!... No, humillarle, hacerle mentir y abandonarme. ¡Temblaba ante mi marido, sí, temblaba ante él! ¡Ah, es que mi marido es un hombre! ¿Y por qué no me mató? ¡Otelo me habría matado! Pero Alejandro no es Otelo, no es tan bruto como Otelo. Otelo era un moro impetuoso, pero poco inteligente. Y Alejandro... Alejandro tiene una poderosa inteligencia al servicio de su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no necesitó matar a su primera mujer; la hizo morir. Se murió ella de miedo ante él. ¿Y a mí me quiere?

Y allí, en el manicomio, dió otra vez en trillar su corazón y su mente con el triturador dilema: “¿Me quiere, o no me quiere?” Y se decía luego: “¡Yo sí que le quiero! ¡Y ciegame!”

Y por temor a enloquecer de veras, se fingió curada, asegurando que habían sido alucinaciones lo de su trato con el de Bordaviella. Avisáronselo al marido.

Un día llamaron a Julia adonde su marido la esperaba, en un locutorio. Entró él, y se arrojó a sus pies sollozando:

—¡Perdóname, Alejandro, perdóname!

—Levántate, mujer —y la levantó.

—¡Perdóname!

—¿Perdonarte? ¿Pero de qué? Si me habían dicho que estabas ya curada..., que se te habían quitado las alucinaciones...

Julia miró a la mirada fría y penetrante de su

marido con terror. Con terror y con un loco cariño. Era un amor ciego, fundido con un terror no menos ciego.

—Sí, tienes razón, Alejandro, tienes razón; he estado loca, loca de remate. Y por darte celos, nada más que por darte celos, inventé aquellas cosas. Todo fué mentira. ¿Cómo iba a faltarte yo? ¿Yo? ¿A ti? ¿A ti? ¿Me crees ahora?

—Una vez, Julia —le dijo con voz de hielo su marido—, me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer, y, por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Y qué me dijiste?

—¿Que no lo creía, que no podía creerlo!

—Pues ahora yo te digo que no creí nunca, que no pude creer que tú te hubieses entregado al michino ése. ¿Te basta?

Julia temblaba, sintiéndose al borde de la locura; de la locura del terror y de amor fundidos.

—Y ahora —añadió la pobre mujer abrazando a su marido y hablándole al oído—, ahora, Alejandro, dime ¿me quieres?

Y entonces vió en Alejandro, su pobre mujer, por primera vez, algo que nunca antes en él viera; le descubrió un fondo del alma terrible y hermética que el hombre de la fortuna guardaba celosamente sellado. Fué como si un relámpago de luz tempestuosa alumbrase por un momento el lago negro, tenebroso de aquella alma, haciéndole relucir su sobrehaz. Y fué que vió asomar dos lágrimas en los ojos fríos y cortantes como navajas de aquel hombre. Y estalló:

—¿Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¿Con toda el alma, y con toda la sangre, y con todas las entrañas; más que a mí mismo! Al principio, cuando nos casamos, no. ¿Pero ahora?

¡Ahora sí! Ciegamente, locamente. Soy tuyo más que tú mía.

Y besándola con una furia animal, febril, encendido, como loco, balbuceaba:

—¡Julia! ¡Julia! ¡Mi diosa! ¡Mi todo!

Ella creyó volverse loca al ver desnuda el alma de su marido.

—Ahora quisiera morirme, Alejandro —le murmuró al oído, reclinando la cabeza sobre su hombro.

A estas palabras, el hombre pareció despertar y volver en sí como de un sueño; y como si se hubiese tragado con los ojos, ahora otra vez fríos y cortantes, aquellas dos lágrimas, dijo:

—Esto no ha pasado, ¿eh, Julia? Ya lo sabes; pero yo no he dicho lo que he dicho... ¡Olvidalo!

—¿Olvidarlo?

—¡Bueno, guárdatelo, y como si no lo hubieses oído!

—Lo callaré...

—¡Cállatelo a ti misma!

—Me lo callaré; pero...

—¡Basta!

—Pero, por Dios, Alejandro, déjame un momento, un momento siquiera... ¿Me quieres por mí, por mí, y aunque fuese de otro, o por ser yo cosa tuya?

—Ya te he dicho que lo debes olvidar. Y no me insistas, porque si insistes te dejo aquí. He venido a sacarte; pero has de salir curada.

—¡Y curada estoy! —afirmó la mujer con brío.

Y Alejandro se llevó su mujer a su casa.

Pocos días después de haber vuelto Julia del manicomio, recibía el conde de Bordaviella, no una invitación, sino un mandato de Alejandro para ir a comer a su casa.

“Como ya sabrá usted, señor conde —le decía en

una carta—, mi mujer ha salido del manicomio completamente curada; y como la pobre, en la época de su delirio, le ofendió a usted gravemente, aunque sin intención ofensiva, suponiéndole capaz de infamias de que es usted, un perfecto caballero, absolutamente incapaz, le ruega, por mi conducto, que venga pasado mañana, jueves, a acompañarnos a comer, para darle las satisfacciones que a un caballero, como es usted, se le deben. Mi mujer se lo ruega y yo se lo ordeno. Porque si usted no viene ese día a recibir esas satisfacciones y explicaciones, sufrirá las consecuencias de ello. Y usted sabe bien de lo que es capaz

Alejandro Gómez.”

El conde de Bordaviella llegó a la cita pálido, tembloroso y desencajado. La comida trascurrió en la más lóbrega de las conversaciones. Se habló de todas las mayores frivolidades —los criados delante—, entre las bromas más espesas y feroces de Alejandro. Julia le acompañaba. Después de los postres, Alejandro, dirigiéndose al criado, le dijo: “Trae el té.”

—¿Té? —se le escapó al conde.

—Sí, señor conde —le dijo el señor de la casa—. Y no es que me duelan las tripas, no; es para estar más a tono. El té va muy bien con las satisfacciones entre caballeros.

Y volviéndose al criado: “¡Retírate!”

Quedáronse los tres solos. El conde temblaba. No se atrevía a probar el té.

—Sírvenme a mí primero, Julia —dijo el marido—. Y yo lo tomaré antes para que vea usted, señor conde, que en mi casa se puede tomar todo con confianza.

—Pero si yo...

—No, señor conde. Aunque yo no sea un caballero, ni mucho menos, no he llegado aún a eso. Y ahora mi mujer quiere darle a usted unas explicaciones.

Alejandro miró a Julia, y ésta, lentamente, con voz fantasmática, empezó a hablar. Estaba espléndidamente hermosa. Los ojos le relucían con un brillo como de relámpago. Sus palabras fluían frías y lentas, pero se adivinaba que por debajo de ellas había un fuego consumidor.

—He hecho que mi marido le llame, señor conde —dijo Julia—, porque tengo que darle una satisfacción por haberle ofendido gravemente.

—¿A mí, Julia?

—¡No me llame usted Julia! Sí, a usted. Cuando me puse loca, loca de amor por mi marido, buscando a toda costa asegurarme de si me quería o no, quise tomarle a usted de instrumento para excitar sus celos, y en mi locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido. Y esto fué un embuste, y habría sido una infamia de mi parte si yo no hubiese estado, como estaba, loca. ¿No es así, señor conde?

—Sí, así es, doña Julia...

—Señora de Gómez —corrigió Alejandro.

—Lo que le atribuí a usted cuando le llamábamos mi marido y yo el michino..., ¡perdónenlo usted!

—¡Por perdonado!

—Lo que le atribuí entonces fué una acción villana e infame, indigna de un caballero como usted.

—¡Muy bien —agregó Alejandro—; muy bien! Acción villana e infame, indigna de un caballero... ¡Muy bien!

—Y aunque, como le repito, se me puede y debe excusar en atención a mi estado de entonces, yo

quiero, sin embargo, que usted me perdone. ¿Me perdona?

—Sí, sí. Le perdono a usted todo; les perdono a ustedes todo —suspiró el conde más muerto que vivo y ansioso de escapar cuanto antes de aquella casa.

—¿A ustedes? —le interrumpió Alejandro—. A mí no me tiene usted nada que perdonar.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

—Vamos, cálmese —continuó el marido—, que le veo a usted agitado. Tome otra taza de té. Vamos, Julia, sírvele otra taza al señor conde. ¿Quiere usted tila en ella?

—¡No, no!...

—Pues bueno; ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted le ha perdonado su locura, a mí no me queda sino rogarle que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Después de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpiéramos nuestras relaciones. Y ahora que mi mujer está ya, gracias a mí, completamente curada, no corre usted ya peligro alguno con venir acá. Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, ahí les dejo a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreva a decírselo delante de mí o que yo, por delicadeza, no deba oír.

Y se salió Alejandro, dejándolos cara a cara y a cuál de los dos más sorprendidos de aquella conducta. “¡Qué hombre!”, pensaba él, el conde, y Julia: “¡Este es un hombre!”

Siguió un abrumador silencio. Julia y el conde no se atrevían a mirarse. El de Bordaviella miraba a la puerta por donde saliera el marido.

—No —le dijo Julia—; no mire usted así. No

conoce usted a mi marido, a Alejandro. No está detrás de la puerta espiando lo que digamos.

—¿Qué sé yo!... Hasta es capaz de traer testigos.

—¿Por qué dice usted eso, señor conde?

—¿Es que no me acuerdo de cuando traje a los dos médicos en aquella horrible escena en que me humilló cuanto más se puede y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca?

—Y así era la verdad, porque si no hubiese estado yo entonces loca, no habría dicho, como dije, que era usted mi amante...

—Pero...

—¿Pero qué, señor conde?

—¿Es que quieren ustedes declararme a mí loco o volverme tal? ¿Es que va usted a negarme, Julia...?

—¿Doña Julia o señora de Gómez!

—¿Es que va usted a negarme, señora de Gómez, que, fuese por lo que fuera, acabó usted, no ya sólo aceptando mis galanteos...; no, galanteos, no; mi amor?...

—¿Señor conde!...

—¿Que acabó no sólo aceptándolos, sino que era usted la que provocaba, y que aquello iba...?

—Ya le he dicho a usted, señor conde, que estaba entonces loca, y no necesito repetírselo.

—¿Va usted a negarme que empezaba yo a ser su amante?

—Vuelvo a repetirle que estaba loca.

—No se puede estar ni un momento más en esta casa. ¡Adiós!

El conde tendió la mano a Julia, temiendo que se la rechazaría. Pero ella se la tomó y le dijo:

—Conque ya sabe usted lo que le ha dicho mi marido. Usted puede venir acá cuando quiera, y ahora que estoy ya, gracias a Dios y a Alejandro,

completamente curada, curada del todo, señor conde, sería de mal efecto que usted suspendiera sus visitas.

—Pero, Julia...

—¿Qué? ¿Vuelve usted a las andadas? ¿No le he dicho que estaba entonces loca?

—A quien le van a volver ustedes loco, entre su marido y usted, es a mí...

—¿A usted? ¿Loco a usted? No me parece fácil...

—¡Claro! ¡El michino!

Julia se echó a reír. Y el conde, corrido y abochornado, salió de aquella casa decidido a no volver más a ella.

Todas estas tormentas de su espíritu quebrantaron la vida de la pobre Julia, y se puso gravemente enferma, enferma de la mente. Ahora sí que parecía de veras que iba a enloquecer. Caía con frecuencia en delirios en los que llamaba a su marido con las más ardientes y apasionadas palabras. Y el hombre se entregaba a los transportes dolorosos de su mujer, procurando calmarla. “¡Tuyo, tuyo, tuyo, sólo tuyo y nada más que tuyo”, le decía al oído, mientras ella, abrazada a su cuello, se lo apretaba casi a punto de ahogarlo.

La llevó a la dehesa, a ver si el campo la curaba. Pero el mal la iba matando. Algo terrible le andaba por las entrañas.

Cuando el hombre de fortuna vió que la muerte le iba a arrebatarse su mujer, entró en un furor frío y persistente. Llamó a los mejores médicos. “Todo era inútil”, le decían.

—¡Sálvemela usted! —le decía al médico.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Sálvemela usted, sea como sea! ¡Toda mi fortuna, todos mis millones por ella, por su vida!

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Mi vida, mi vida por la suya! ¿No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre? Sáqueme toda la mía y désela a ella. Vamos, sáquemela.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¿Cómo imposible? ¡Mi sangre, toda mi sangre por ella!

—¡Sólo Dios puede salvarla!

—¡Dios! ¿Dónde está Dios? Nunca pensé en El. Y luego a Julia, su mujer, pálida, pero cada vez más hermosa, hermosa con la hermosura de la inminente muerte, le decía:

—¿Dónde está Dios, Julia?

Y ella, señalándosele con la mirada hacia arriba, poniéndosele con ello los grandes ojos casi blancos, le dijo con una hebra de voz:

—¡Ahí le tienes!

Alejandro miró el crucifijo que estaba a la cabecera de la cama de su mujer, lo cogió, y apretándolo en el puño, le decía: “¡Sálvamela! ¡Sálvamela y pídemelo todo, todo, todo: mi fortuna toda, mi sangre toda; yo todo..., todo yo.”

Julia sonreía. Aquel furor ciego de su marido le estaba llenando de una luz dulcísima el alma. ¡Qué feliz era al cabo!... ¿Y dudó nunca de que aquel hombre la quisiese?

Y la pobre mujer iba perdiendo la vida gota a gota. Estaba marmórea y fría. Y entonces el marido se acostó con ella y la abrazó fuertemente, y quería darle todo su calor, el calor que se le escapaba a la pobre. Y le quiso dar su aliento. Estaba como loco. Y ella sonreía.

—Me muero, Alejandro, me muero.

—¡No, no te mueres —le decía él—, no puedes morirte!

—¿Es que no puede morirse tu mujer?

—No. Mi mujer no puede morir. Antes me moriré yo. A ver, que venga la muerte, que venga. ¡A mí! ¡A mí la muerte! ¡Que venga!

—¡Ay, Alejandro! Ahora lo doy todo por bien decidido... ¡Y yo que dudé de que me quisieras!...

—¡Y no, no te quería, no! Eso de querer, te lo he dicho mil veces, Julia, son tonterías de libros. ¡No te quería, no! ¡Amor..., amor!... Y esos miserables cobardes que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres. No, no es querer... No te quiero...

—¿Pues qué? —preguntó Julia con la más delgada hebra de su voz, volviendo a ser presa de su vieja congoja.

—No, no te quiero... ¡Te... te... te..., no hay palabra! —estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un estertor, un estertor de pena y de amor salvaje.

—¡Alejandro!...

Y en esta débil llamada había todo el triste júbilo del triunfo.

—¡Y no te morirás! ¡No te puedes morir!... ¡No quiero que te mueras!... ¡Mátame, Julia, y vive!... ¡Vamos! ¡Mátame, mátame, mátame!...

—Sí, me muero...

—¡Y yo contigo!

—¿Y el niño, Alejandro?

—Que se muera también. ¿Para qué le quiero sin ti?

—¡Por Dios, por Dios, Alejandro, que estás loco!

—¡Sí; yo soy el loco, yo el que estuve siempre loco..., loco de ti, Julia, loco por ti!... Yo, yo el loco! ¡Y mátame, llévame contigo!...

—¡Si pudiera!...

—¡Pero no! ¡Mátame y vive, y sé tuya!...

—¿Y tú?

—¿Yo? ; Si no puedo ser tuyo, de la muerte!...

Y la apretaba más y más, queriendo retenerla.

—Bueno, y al fin, dime, ¿quién eres, Alejandro?

—le preguntó al oído Julia.

—¿Yo? ; Nada más que tu hombre..., el que tú me has hecho!

Este nombre sonó como un susurro de ultramuer-te, como desde la ribera de la vida, cuando la barca parte por el lago tenebroso.

Poco después sintió Alejandro que no tenía entre sus brazos de atleta más que un despojo. En su alma era noche cerrada y arrecida. Se levantó y quedóse mirando a la yerta y exánime hermosura. Nunca la vió tan espléndida. Parecía bañada por la luz del alba eterna de después de la última noche. Y por encima de aquel recuerdo, en carne fría ya, sintió pasar, como una nube de hielo, su vida toda, aquella vida que ocultó a todos, hasta a sí mismo. Y llegó a su niñez terrible y a cómo se estremecía bajo los despiadados golpes del que pasaba por su padre, y cómo maldecía de él, y cómo una tarde, exasperado, cerró el puño, blandiéndolo, delante de un Cristo de la iglesia de su pueblo.

Salió al fin del cuarto, cerrando tras sí la puerta. Y buscó al hijo. El pequeñuelo tenía poco más de tres años. Lo cogió el padre y se encerró con él. Empezó a besarlo con frenesí. Y el niño, que no estaba hecho a los besos de su padre, que nunca recibiera uno de él, y que acaso adivinó la salvaje pasión que los llenaba, se echó a llorar.

—¡ Calla, hijo mío, calla! ¿Me perdonas lo que voy a hacer? ¿Me perdonas?

El niño callaba, mirando despavorido al padre, que buscaba en sus ojos, en su boca, en su pelo, los ojos, la boca, el pelo de Julia.

—¡ Perdóname, hijo mío, perdóname!

Se encerró un rato a arreglar su última voluntad. Luego se encerró de nuevo con su mujer, con lo que fué su mujer.

—Mi sangre por la tuya —le dijo, como si le oyera, Alejandro—. La muerte te llevó. ¡Voy a buscarte!...

Creyó un momento ver sonreír a su mujer y que movía los ojos. Empezó a besarla frenéticamente, por si así la resucitaba, a llamarla, a decirle ternezas terribles al oído. Estaba fría.

Cuando más tarde tuvieron que forzar la puerta de la alcoba mortuoria, encontráronlo abrazado a su mujer y blanco del frío último, desangrado y ensangrentado.

Salamanca, abril de 1916.

L A T I A T U L A

(1921)

“Tenía uno [hermano] casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor a ellos y a mí; juntábamonos entrambos a leer vidas de santos. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria eran para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto, y gustábamos de decir muchas veces ¡para siempre siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De aque vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo, que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

.....

”Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fui-me a una imagen de Nuestra Señora y supliquéle fuese mi madre con muchas lágrimas. Parece-me que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, pues conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana

en cuanto me he encomendado a ella, y en fin me ha tornado a sí."

(Del capítulo I de la Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús, que escribió ella misma por mandato de su confesor.)

"Sea Dios alabado por siempre, que tanta merced ha hecho a vuestra merced, pues le ha dado mujer con quien pueda tener mucho descanso. Sea mucho de enhorabuena que harto consuelo es para mí pensar que le tiene. A la señora doña María beso siempre las manos muchas veces; aquí tiene una capellana y muchas. Harto quisiéramos poderla gozar; mas si había de ser con los trabajos que por acá hay, más quiero que tenga allá sosiego, que verla padecer."

De una carta que desde Avila, a 15 de diciembre de 1581, dirigió la Saura Madre y Tía Teresa de Jesús a su sobrino don Lorenzo de Cepeda, que estaba en Indias, en el Perú, donde se casó con doña María de Hinojosa, que es la señora doña María de que se habla en ella.

En el capítulo II de la misma susomentada Vida dice la Santa Madre Teresa de Jesús que era moza "aficionada a leer libros de caballerías" — los suyos lo son, a lo divino—, y en uno de los sonetos de nuestro Rosario de ellos, la hemos llamado:

Quijotesa

a lo divino, que dejó asentada

nuestra España inmortal, cuya es la empresa:

sólo existe lo eterno: ¡Dios o nada! (1).

Lo que acaso alguien crea que diferencia a Santa Teresa de Don Quijote, es que éste, el Caballero —y tío, tío de su inmortal sobrina—, se puso en ridículo y fué el ludibrio y juguete de padres y madres, del

¹ Soneto CXVIII, "Irrequietum cor". (N. del E.)

zánganos y reinas; pero ¿es que Santa Teresa escapó al ridículo? ¿Es que no se burlaron de ella? ¿Es que no se estima hoy por muchos quijotesco, o sea ridículo, su instinto, y aventurera, de caballería andante, su obra y su vida?

No crea el lector, por lo que precede, que el relato que se sigue y va a leer es, en modo alguno, un comentario a la vida de la Santa española. ¡No, nada de esto! Ni pensábamos en Teresa de Jesús al emprenderlo y desarrollarlo, ni en Don Quijote. Ha sido después de haberlo terminado, cuando aun para nuestro ánimo, que lo concibió, resultó una novedad este parangón, cuando hemos descubierto las raíces de este relato novelesco. Nos fué oculto su más hondo sentido al emprenderlo. No hemos visto sino después, al hacer sobre él examen de conciencia de autor, sus raíces teresianas y quijotescas. Que son una misma raíz.

¿Es acaso éste un libro de caballerías? Como el lector quiera tomarlo... Tal vez a alguno pueda parecerle una novela hagiográfica, de vida de santos. Es, de todos modos, una novela, podemos asegurarlo.

No se nos ocurrió a nosotros, sino que fué cosa de un amigo, francés por más señas, el notar que la inspiración —¡perdón!— de nuestra nivola Niebla era de la misma raíz que la de La vida es sueño, de Calderón. Mas en este otro caso, ha sido cosa nuestra el descubrir después de concluída esta novela que tienes a la vista, lector, sus raíces quijotescas y teresianas. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que lo que aquí se cuenta no haya podido pasar fuera de España.

Antes de terminar este Prólogo queremos hacer otra observación, que le podrá parecer a alguien quizá sutileza de lingüista y filólogo y no lo es sino

de psicología. Aunque ¿es la psicología algo más que lingüística y filología?

La observación es que así como tenemos la palabra paternal y paternidad que derivan de pater, padre, y maternal y maternidad, de mater, madre, y no es lo mismo, ni mucho menos, lo paternal y lo maternal, ni la paternidad y la maternidad, es extraño que junto a fraternal y fraternidad, de frater, hermano, no tengamos sororal y sororidad, de soror, hermana. En latín hay sororius, a, um, lo de la hermana, y el verbo sororiare, crecer por igual y juntamente.

Se nos dirá que la sororidad equivaldría a la fraternidad, mas no lo creemos así. Como si en latín tuviese la hija un apelativo de raíz distinta que el de hijo, valdría la pena de distinguir entre las dos filialidades.

Sororidad fué la de la admirable Antígona, esta santa del paganismo helénico, la hija de Edipo, que sufrió martirio por amor a su hermano Polinices, y por confesar su fe de que las leyes eternas de la conciencia, las que rigen el eterno mundo de los muertos, en el mundo de la inmortalidad, no son las que forman los déspotas y tiranos de la tierra, como era Creonte.

Cuando en la tragedia sofocleana Creonte le acusa a su sobrina Antígona de haber faltado a la ley, al mandato regio, rindiendo servicio fúnebre a su hermano el fratricida, hay entre aquéllos ese duelo de palabras:

A.—No es nada feo honrar a los de la misma entraña...

CR.—¿No era de tu sangre también el que murió contra él?

A.—De la misma, por madre y padre...

CR.—¿Y cómo rindes a éste un honor impío?

A.—No diría eso el muerto...

CR.—*Pero es que le honras igual que al impío...*

A.—*No murió su siervo, sino su hermano...*

CR.—*Asolando esta tierra, y el otro defendiéndola...*

A.—*El otro mundo, sin embargo, gusta de igualdad ante la ley...*

CR.—*¿Cómo ha de ser igual para el vil que para el noble?*

A.—*Quién sabe si estas máximas son santas allí abajo..."*

(Antígona, versos 511-521.)

¿Es que acaso lo que a Antígona le permitió descubrir esa ley eterna, apareciendo a los ojos de los ciudadanos de Tebas y de Creonte, su tío, como una anarquista, no fué el que era, por terrible decreto del Hado, hermana carnal de su propio padre, Edipo? Con el que había ejercido oficio de sororidad también.

El acto sororio de Antígona dando tierra al cadáver insepulto de su hermano y librándolo así del furor regio de su tío Creonte, parecióle a éste un acto de anarquista. "¡No hay mal mayor que el de la anarquía!" —declaraba el tirano—. (Antígona, verso 672.) ¿Anarquía? ¿Civilización?

Antígona, la anarquista, según su tío, el tirano Creonte, modelo de virilidad, pero no de humanidad; Antígona, hermana de su padre Edipo, y, por lo tanto, tía de su hermano Polinices, representa acaso la domesticidad religiosa, la religión doméstica, la del hogar, frente a la civilidad política y tiránica, a la tiranía civil, y acaso también la domesticación frente a la civilización. Aunque ¿es posible civilizarse sin haberse domesticado antes? ¿Caben civilidad y civilización donde no tienen como cimientos domesticidad y domesticación?

Hablamos de patrias y sobre ellas de fraternidad

universal, pero no es una sutileza lingüística el sostener que no pueden prosperar sino sobre matrias y sororidad. Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos mientras sean los zánganos, que revolotean en torno de la reina para fecundarla y devorar la miel que no hicieron, los que rijan las colmenas.

¿Guerras? El primer acto guerrero fué, según lo que llamamos Historia Sagrada, la de la Biblia, el asesinato de Abel por su hermano Caín. Fué una muerte fraternal, entre hermanos, el primer acto de fraternidad. Y dice el Génesis que fué Caín, el fratricida, el que primero edificó una ciudad, a la que llamó el nombre de su hijo —habido en una hermana— Henoc. (Génesis, IV, 17.) Y en aquella ciudad, polis, debió empezar la vida civil, política, la civilidad y la civilización. Obra, como se ve, del fratricida. Y cuando, siglos más tarde, nuestro Lucano, español, llamó a las guerras entre César y Pompeyo, plusquam civilia, más que civiles —lo dice en el primer verso de su Pharsalia— quiere decir fraternales. Las guerras más que civiles son fraternales.

Aristóteles le llamó al hombre zoon politicon, esto es, animal civil o ciudadano —no político, que esto es no traducir—, animal que tiende a vivir en ciudades, en mazorcas de casas estadizas, arraigadas en tierra por cimientos, y ése es el hombre y sobre todo, el varón. Animal civil, urbano, fraternal y... fratricida. Pero ese animal civil, ¿no ha de depurarse por acción doméstica? Y el hogar, el verdadero hogar, ¿no ha de encontrarse lo mismo en la tienda del pastor errante que se planta al azar de los caminos? Y Antígona acompañó a su padre, ciego y errante, por los senderos del desierto, hasta que desapareció en Colona. ¡Pobre civilidad fraternal, cainita, si no hubiera la domesticidad sororia...!

Va, pues, el fundamento de la civilidad, la domes-

ticidad, de mano en mano, de harmanas, de tías. O de esposas de espíritu, castísimas, como aquella Abisag, la sunamita de que se nos habla en el capítulo I del libro I de los Reyes, aquella doncella que le llevaron al viejo rey David, ya cercano a su muerte, para que le mantuviese en la puesta de su vida, abrigándole y calentándole en la cama mientras dormía. Y Abisag le sacrificó su maternidad, permaneció virgen por él —pues David no la conoció— y fué causa de que más luego Salomón, hijo del pecado de David con la adúltera Betsabé, hiciese matar a Adonías, su hermanastro, hijo de David y de Hagit, porque pretendió para mujer a Abisag, la última reina con David, pensando así heredar a éste su reino.

Pero a esta Abisag y a su muerte y a su sentido pensamos dedicar todo un libro que no será precisamente una novela. Ni una nivola.

Y ahora el lector que ha leído este Prólogo —que no es necesario para inteligencia en lo que sigue — puede pasar a hacer conocimiento con la tía Tula, que si supo de Santa Teresa y de Don Quijote, acaso no supo ni de Antígona la griega, ni de Abisag la israelita.

En mi novela Abel Sánchez intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que lo mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín. Y aquí, en esta novela, he intentado escarbar en otros sótanos y escondrijos. Y como no ha faltado quien me haya dicho que aquello era inhumano, no faltará quien me lo diga, aunque en otro sentido, de esto. Aquello pareció a alguien inhumano por viril, por fraternal; esto lo parecerá acaso por femenino, por sororio. Sin que quepa negar

que el varón hereda feminidad de su madre, y la mujer virilidad de su padre. ¿O es que el zángano no tiene algo de abeja, y la abeja algo de zángano? O hay, si se quiere, abejas y zánganas.

Y nada más, que no debo hacer una novela sobre otra novela.

En Salamanca, ciudad, en el día de los Desposorios de Nuestra Señora, del año de gracia milésimo novecentésimo y vigésimo.

I

Era a Rosa y no a su hermana Gertrudis, que siempre salía de casa con ella, a quien ceñían aquellas ansiosas miradas que les enderezaba Ramiro. O, por lo menos, así lo creían ambos, Ramiro y Rosa, al atraerse el uno al otro.

Formaban las dos hermanas, siempre juntas, aunque no por eso unidas siempre, una pareja al parecer indisoluble, y como un solo valor. Era la hermosura espléndida y algún tanto provocativa de Rosa, flor de carne que se abría a flor del cielo a toda luz y todo viento, la que llevaba de primera vez las miradas a la pareja; pero eran luego los ojos tenaces de Gertrudis los que sujetaban a los ojos que se habían fijado en ellos y los que a la par les ponían raya. Hubo quien al verlas pasar preparó algún chicoleo un poco más subido de tono; mas tuvo que contenerse al tropezar con el reproche de aquellos ojos de Gertrudis, que hablaban mudamente de seriedad. "Con esta pareja no se juega", parecía decir con sus miradas silenciosas.

Y bien miradas y de cerca, aún despertaba más Gertrudis el ansia de goce. Mientras su hermana Rosa abría espléndidamente a todo viento y a toda luz la flor de su encarnadura, ella era como un cofre

cerrado y sellado en que se adivina un tesoro de ternuras y delicias secretas.

Pero Ramiro, que llevaba el alma toda a flor de los ojos, no creyó ver más que a Rosa, y a Rosa se dirigió desde luego.

—¿Sabes que me ha escrito? —le dijo ésta a su hermana.

—Sí, vi la carta.

—¿Cómo? ¿Que la viste? ¿Es que me espías?

—¿Podía dejar de haberla visto? No, yo no espío nunca, ya lo sabes, y has dicho eso no más que por decirlo...

—Tienes razón, Tula; perdónamelo.

—Sí, una vez más, porque tú eres así. Yo no espío, pero tampoco oculto nunca nada. Vi la carta.

—Ya lo sé; ya lo sé...

—He visto la carta y la esperaba.

—Y bien, ¿qué te parece de Ramiro?

—No le conozco.

—Pero no hace falta conocer a un hombre para decir lo que le parece a una de él.

—A mí sí.

—Pero lo que se ve, lo que está a la vista...

—Ni de eso puedo juzgar sin conocerle.

—¿Es que no tienes ojos en la cara?

—Acaso no los tenga así...; ya sabes que soy corta de vista.

—¡Pretextos! Pues mira, chica, es un guapo mozo.

—Así parece.

—Y simpático.

—Con que te lo sea a ti, basta.

—¿Pero es que crees que le he dicho ya que sí?

—Sé que se lo dirás al cabo, y basta.

—No importa; hay que hacerle esperar y hasta rabiarse un poco...

—¿Para qué?

—Hay que hacerse valer.

—Así no te haces valer, Rosa; y ese coqueteo es cosa muy fea.

—De modo que tú...

—A mí no se me ha dirigido.

—¿Y si se hubiera dirigido a ti?

—No sirve preguntar cosas sin sustancia.

—Pero tú, si a ti se te dirige, ¿qué le habrías contestado?

—Yo no he dicho que me parece un guapo mozo y que es simpático, y por eso me habría puesto a estudiarlo...

—Y entre tanto se iba a otra...

—Es lo más probable.

—Pues así, hija, ya puedes prepararte.

—Sí, a ser tía.

—¿Cómo tía?

—Tía de tus hijos, Rosa.

—¡Eh, qué cosas tienes! —y se le quebró la voz.

—Vamos, Rosita, no te pongas así y perdóname —le dijo dándole un beso.

—Pero si vuelves...

—¡No, no volveré!

—Y bien, ¿qué le digo?

—¡Dile que sí!

—Pero pensará que soy demasiado fácil...

—¡Entonces dile que no!

—Pero es que...

—Sí, que te parece un guapo mozo y simpático. Dile, pues, que sí y no andes con más coqueterías, que eso es feo. Dile que sí. Después de todo, no es fácil que se te presente mejor partido. Ramiro está muy bien, es hijo solo...

—Yo no he hablado de eso.

—Pero yo hablo de ello, Rosa, y es igual.

—¿Y no dirán, Tula, que tengo ganas de novio?

—Y dirán bien.

—¿Otra vez, Tula?

—Y ciento. Tienes ganas de novio y es natural que las tengas. ¿Para qué si no te hizo Dios tan guapa?

—¡Guasitas, no!

—Ya sabes que yo no me guaseo. Parézcanos bien o mal, nuestra carrera es el matrimonio o el convento; tú no tienes vocación de monja; Dios te hizo para el mundo y el hogar; vamos, para madre de familia... No vas a quedarte a vestir imágenes. Dile, pues, que sí.

—¿Y tú?

—¿Cómo yo?

—Que tú, luego...

—A mí déjame.

Al día siguiente de estas palabras estaban ya en lo que se llaman relaciones amorosas Rosa y Ramiro.

Lo que empezó a cuajar la soledad de Gertrudis.

Vivían las dos hermanas, huérfanas de padre y madre desde muy niñas con un tío materno sacerdote, que no las mantenía, pues ellas disfrutaban de un pequeño patrimonio que les permitía sostenerse en la holgura de la modestia, pero les daba buenos consejos a la hora de comer en la mesa, dejándolas, por lo demás, a la guía de su buen natural. Los buenos consejos eran consejos de libros, los mismos que le servían a don Primitivo para formar sus escasos sermones.

“Además —se decía a sí mismo con muy buen acierto don Primitivo—, ¿para qué me voy a meter en sus inclinaciones y sentimientos íntimos? Lo mejor es no hablarlas mucho de eso, que se les abre demasiado los ojos. Aunque... ¿abrirles? ¡Bah!, bien abiertos los tienen, sobre todo las mujeres. Nosotros los hombres no sabemos una palabra de esas cosas. Y los curas, menos. Todo lo que nos dicen los libros son pataratas. ¡Y luego, me mete un miedo esa Tu-

lilla!... Delante de ella no me atrevo..., no me atrevo... ¡Tiene unas preguntas la mocita! ¡Y cuando me mira tan seria, tan seria..., con esos ojazos tristes! —los de mi hermana, los de mi madre, ¡Dios las tenga en su santa gloria!— Esos ojazos de luto que se le meten a uno en el corazón!... Muy serios, sí, pero riéndose con el rabillo. Parecen decirme: “¡No diga usted más bobadas, tío!” ¡El demonio de la chiquilla! ¡Todavía me acuerdo el día en que se empeñó en ir, con su hermana, a oírme, aquel sermoncete; el rato que pasé, Jesús Santo! ¡Todo se me volvía apartar mis ojos de ella por no cortarme; pero nada, ella tirando de los míos! Lo mismo, lo mismito me pasaba con su santa madre, mi hermana, y con mi santa madre, Dios las tenga en su gloria. Jamás pude predicar a mis anchas delante de ellas, y por eso les tenía dicho que no fuesen a oírme. Madre iba, pero iba a hurtadillas, sin decírmelo, y se ponía detrás de la columna, donde yo no la viera, y luego no me decía nada de mi sermón. Y lo mismo hacía mi hermana. Pero yo sé lo que ésta pensaba, aunque tan cristiana, lo sé. “¡Bobadas de hombres!” Y lo mismo piensa esta mocita, estoy de ello seguro. No, no, ¿delante de ella predicar? ¿Yo? ¿Darle consejos? Una vez se le escapó lo de *¡bobadas de hombres!*..., y no dirigiéndose a mí, no, pero yo le entiendo...”

El pobre señor sentía un profundísimo respeto, mezclado de admiración, por su sobrina Gertrudis. Tenía el sentimiento de que la sabiduría iba en su linaje por vía femenina, que su madre había sido la providencia inteligente de la casa en que se crió, que su hermana lo había sido en la suya, tan breve. Y en cuanto a su otra sobrina, a Rosa, le bastaba para protección y guía con su hermana. “Pero qué hermosa la ha hecho Dios, Dios sea alabado —se decía—; esta chica o hace un gran

matrimonio con quien ella quiera o no tienen los mozos de hoy ojos en la cara.”

Y un día fué Gertrudis la que, después que Rosa se levantó de la mesa fingiendo sentirse algo indispuesta, al quedarse a solas con su tío, le dijo:

—Tengo que decirle a usted, tío, una cosa muy grave.

—Muy grave..., muy grave... —el pobre señor se azaró, creyendo observar que los rabillos de los ojazos tan serios de su sobrina se reían maliciosamente.

—Sí, muy grave.

—Bueno, pues desembucha, hija, que aquí estamos los dos para tomar un consejo.

—El caso es que Rosa tiene ya novio.

—¿Y no es más que eso?

—Pero novio formal, ¿eh?, tío.

—Vamos, sí, para que yo los case.

—¡Naturalmente!

—Y a ti, ¿qué te parece de él?

—Aún no ha preguntado usted quién es...

—¿Y qué más da, si yo apenas conozco a nadie? A ti, ¿qué te parece de él?, contesta.

—Pues tampoco yo le conozco.

—¿Pero no sabes quién es, tú?

—Sí, sé cómo se llama y de qué familia es y...

—¡Basta! ¿Qué te parece?

—Que es un buen partido para Rosa y que se querrán.

—¿Pero es que no se quieren ya?

—¿Pero cree usted, tío, que pueden empezar queriéndose?

—Pues así dicen, chiquilla y hasta que eso viene como un rayo...

—Son decires, tío.

—Así será; basta que tú lo digas.

—Ramiro..., Ramiro Cuadrado...

—¿Pero es el hijo de doña Venancia, la viuda? ¡Acabáramos! No hay más que hablar.

—A Ramiro, tío, se le ha metido Rosa por los ojos y cree estar enamorado de ella...

—Y lo estará, Tulilla, lo estará...

—Eso digo yo, tío, que lo estará. Porque como es hombre de vergüenza y de palabra, acabará por cobrar cariño a aquella con la que se ha comprometido ya. No le creo hombre de volver atrás.

—¿Y ella?

—¿Quién? ¿Mi hermana? A ella le pasará lo mismo.

—Sabes más que San Agustín, hija.

—Esto no se aprende, tío.

—¡Pues que se casen, los bendigo y sanseacabó!

—¡O sanseempezó! Pero hay que casarlos, y pronto. Antes que él se vuelva...

—¿Pero temes tú que él pueda volverse...?

—Yo siempre temo de los hombres, tío.

—¿Y de las mujeres no?

—Esos temores deben quedar para los hombres. Pero sin ánimo de ofender al sexo... fuerte, ¿no se dice así?, le digo que la constancia, que la fortaleza está más bien de parte nuestra...

—Si todas fueran como tú, chiquilla, lo creería así, pero...

—¿Pero qué?

—¡Que tú eres excepcional, Tulilla!

—Le he oído a usted más de una vez, tío, que las excepciones confirman la regla.

—Vamos, que me aturdes... Pues bien, los casaremos, no sea que se vuelva él... o ella...

Por los ojos de Gertrudis pasó como la sombra de una nube de borrasca, y si se hubiera podido oír el silencio, habríase oído que en las bóvedas de los sótanos de su alma resonaba como eco repetido y que va perdiéndose a lo lejos aquello de "o ella..."

II

Pero ¿qué le pasaba a Ramiro, en relaciones ya, y en relaciones formales, con Rosa, y poco menos que entrando en la casa? ¿Qué dilaciones y qué frialdades eran aquéllas?

—Mira, Tula, yo no le entiendo; cada vez le entiendo menos. Parece que está siempre distraído y como si estuviese pensando en otra cosa —o en otra persona, ¡quién sabe!—, o temiendo que alguien nos vaya a sorprender de pronto. Y cuando le tiro algún avance y le hablo, así como quien no quiere la cosa, del fin que deben tener nuestras relaciones, hace como que no oye y como si estuviera atendiendo a otra...

—Es porque le hablas como quien no quiere la cosa. Háblale como quien la quiere.

—¡Eso es, y que piense que tengo prisa por casarme!

—¡Pues que lo piense! ¿No es acaso así?

—¿Pero crees tú, Tula, que yo estoy rabiando por casarme?

—¿Le quieres?

—Eso nada tiene que ver...

—¿Le quieres, di?

—Pues mira...

—¡Pues mira, no! ¿Le quieres? ¡Sí o no!

Rosa bajó la frente con los ojos, arrebolóse toda y, llorándole la voz, tartamudeó:

—Tienes unas cosas, Tula; ¡pareces un confesor!

Gertrudis tomó la mano de su hermana, con otra le hizo levantar la frente, le clavó los ojos en los ojos y le dijo:

—Vivimos solas, hermana...

—¿Y el tío?

—Vivimos solas, te he dicho. Las mujeres vivimos siempre solas. El pobre tío es un santo, pero un santo de libro, y aunque cura, al fin y al cabo hombre.

—Pero confiesa...

—Acaso por eso sabe menos. Además, se le olvida. Y así debe ser. Vivimos solas, te he dicho. Y ahora lo que debes hacer es confesarte aquí, pero confesarte a ti misma. ¿Le quieres?, repito.

La pobre Rosa se echó a llorar.

—¿Le quieres? —sonó la voz implacable.

Y Rosa llegó a fingirse que aquella pregunta, en una voz pastosa y solemne y que parecía venir de las lontananzas de la vida común de la pureza, era su propia voz, era acaso la de su madre común.

—Sí, creo que le querré... mucho..., mucho —exclamó en voz baja y sollozando.

—¡Sí, le querrás mucho y él te querrá más aún!

—¿Y cómo lo sabes?

—Yo sé que te querrá.

—Entonces, ¿por qué está distraído? ¿Por qué rehuye el que abordemos lo del casorio?

—¡Yo le hablaré de eso, Rosa, déjalo de mi cuenta!

—¿Tú?

—¡Yo, sí! ¿Tiene algo de extraño?

—Pero...

—A mí no puede cohibirme el temor que a ti te cohibe.

—Pero dirá que rabio por casarme.

—¡No, no dirá eso! Dirá, si quiere, que es a mí a quien me conviene que tú te cases para facilitar así el que se me pretenda o para quedarme a mandar aquí sola; y las dos cosas son, como sabes, dos disparates. Dirá lo que quiera, pero yo me las arreglaré.

Rosa cayó en brazos de su hermana, que le dijo al oído:

—Y luego, tienes que quererle mucho, ¿eh?

—¿Y por qué me dices tú eso, Tula?

—Porque es tu deber.

Y al otro día, al ir Ramiro a visitar a su novia, encontróse con la otra, con la hermana. Demudósele el semblante y se le vió vacilar. La seriedad de aquellos serenos ojazos de luto le concentró la sangre toda en el corazón.

—¿Y Rosa? —preguntó sin oírse.

—Rosa ha salido y soy yo quien tengo ahora que hablarte.

—¿Tú? —dijo con labios que le temblaban.

—¡Sí, yo!

—¡Grave te pones, chica! —y se esforzó por reírse.

—Nací con esa gravedad encima, dicen. El tío asegura que la heredé de mi madre, su hermana, y de mi abuela, su madre. No lo sé, ni me importa. Lo que sí sé es que me gustan las cosas sencillas y derechas y sin engaño.

—¿Por qué lo dices, Tula?

—¿Y por qué rehuyes hablar de vuestro casamiento a mi hermana? Vamos, dímelo, ¿por qué?

El pobre mozo inclinó la frente arrebolada de vergüenza. Sentíase herido por un golpe inesperado.

—Tú le pediste relaciones con buen fin, como dicen los inocentes.

—¡Tula!

—¡Nada de Tula! Tú te pusiste con ella en relaciones para hacerla tu mujer y madre de tus hijos...

—¡Pero qué de prisa vas!... —y volvió a esforzarse en reírse.

—Es que hay que ir de prisa, porque la vida es corta.

—¡La vida es corta! ¡Y lo dice a los veintidós años!

—Más corta aún. Pues bien, ¿piensas casarte con Rosa, sí o no?

—¡Pues qué duda cabe! —y al decirlo le temblaba el cuerpo todo.

—Pues si piensas casarte con ella, ¿por qué diferirlo así?

—Somos aún jóvenes...

—¡Mejor!

—Tenemos que probarnos...

—¿Qué, qué es eso?, ¿qué es eso de probaros? ¿Crees que la conocerás mejor dentro de un año? Peor, mucho peor...

—Y si luego...

—¡No pensaste en eso al pedirla entrada aquí!

—Pero, Tula...

—¡Nada de Tula! ¿La quieres, sí o no?

—¿Puedes dudarlo, Tula?

—¡Te he dicho que nada de Tula! ¿La quieres?

—¡Claro que la quiero!

—Pues la querrás más todavía. Será una buena mujer para ti. Haréis un buen matrimonio.

—Y con tu consejo...

—¡Nada de consejo. ¡Yo haré una buena tía, y basta!

Ramiro pareció luchar un breve rato consigo mismo y como si buscase algo, y al cabo, con un gesto de desesperada resolución, exclamó:

—¡Pues bien, Gertrudis, quiero decirte toda la verdad!

—No tienes que decirme más verdad —le atajó severamente—; me has dicho que quieres a Rosa y que estás resuelto a casarte con ella; todo lo demás de la verdad es a ella a quien se lo tienes que decir luego que os caséis.

—Pero hay cosas...

—No, no hay cosas que no se deba decir a la mujer...

—¡Pero, Tula...!

—Nada de Tula, te he dicho. Si la quieres, a casarte con ella, y si no la quieres, estás de más en esta casa.

Estas palabras le brotaron de los labios fríos y mientras se le paraba el corazón. Siguió a ellas un silencio de hielo; durante él la sangre, antes represada y ahora suelta, le encendió la cara a la hermana. Y entonces, en el silencio agorero, podía oírse el galope trepidante del corazón.

Al siguiente día se fijaba el de la boda.

III

Don Primitivo autorizó y bendijo la boda de Ramiro con Rosa. Y nadie estuvo en ella más alegre que lo estuvo Gertrudis. A tal punto, que su alegría sorprendió a cuantos la conocían, sin que faltara quien creyese que tenía muy poco de natural.

Fuéronse a su casa los recién casados, y Rosa reclamaba a ella de continuo la presencia de su hermana. Gertrudis le replicaba que a los novios les convenía la soledad.

—Pero si es al contrario, hija, si nunca he sentido más tu falta; ahora es cuando comprendo lo que te quería.

Y poníase a abrazarla y besuquearla.

—Sí, sí —le replicaba Gertrudis sonriendo gravemente—; vuestra felicidad necesita de testigos; se os acrecienta la dicha sabiendo que otros se dan cuenta de ella.

Ibase, pues, de cuando en cuando a hacerles compañía; a comer con ellos alguna vez. Su hermana le hacía las más ostentosas demostraciones de cariño, y luego a su marido, que, por su parte, parecía como avergonzado ante su cuñada.

—Mira —llegó a decirle una vez Gertrudis a su hermana ante aquellas señales—, no te pongas así, tan babosa. No parece sino que has inventado lo del matrimonio.

Un día vió un perrito en la casa.

—Y esto, ¿qué es?

—Un perro, chica, ¿no lo ves?

—¿Y cómo ha venido?

—Lo encontré ahí, en la calle, abandonado y medio muerto; me dió lástima, le traje, le di de comer, le curé y aquí le tengo. —Y lo acariciaba en su regazo y le daba besos en el hocico.

—Pues mira, Rosa, me parece que debes regalar el perrito, porque el que le mates me parece una crueldad.

—¿Regalarle? ¿Y por qué? Mira. “Tití” —y al decirlo apechugaba contra su seno al animalito—, me dicen que te eche. ¿Adónde irás tú, pobrecito?

—Vamos, vamos, no seas chiquilla y no lo tomes así. ¿A que tu marido es de mi opinión?

—¡Claro, en cuanto se lo digas! Como tú eres la sabia...

—Déjate de esas cosas y deja al perro.

—Pero ¿qué? ¿Crees que tendrá Ramiro celos?

—Nunca creí, Rosa, que el matrimonio pudiera entontecer así.

Cuando llegó Ramiro y se enteró de la pequeña disputa por lo del perro, no se atrevió a dar la razón ni a la una ni a la otra, declarando que la cosa no tenía importancia.

—No, nada la tiene y lo tiene todo, según —dijo Gertrudis—. Pero en eso hay algo de chiquillada, y aun más. Serás capaz, Rosa, de haberte traído aquella pepona que guardas desde que nos dieron dos, una a ti y a mí otra, siendo niñas, y serás capaz de haberla puesto ocupando su silla...

—Exacto; allí está, en la sala, con su mejor traje, ocupando toda una silla de respeto. ¿La quieres ver?

—Así es —asintió Ramiro.

—Bueno, ya la quitarás de allí...

—Quiá, hija, la guardaré...

—Sí, para juguete de tus hijas...

—¡Qué cosas se te ocurren, Tula!... —Y se arreboló.

—No, es a ti a quien se te ocurren cosas como la del perro.

—Y tú —exclamó Rosa, tratando de desasirse de aquella inquisitoria que le molestaba—, ¿no tienes también tu pepona? ¿La has dado, o deshecho, acaso?

—No —respondióle resueltamente su hermana—; pero la tengo guardada.

—¡Y tan guardada, que no se la he podido descubrir nunca!...

—Es que Gertrudis la guarda para sí sola —dijo Ramiro sin saber lo que decía.

—Dios sabe para qué la guardo. Es un talismán de mi niñez.

El que iba poco, poquísimo, por casa del nuevo matrimonio era el bueno de don Primitivo. “El oncenno no estorbar”, decía.

Corrían los días, todos iguales, en una y otra casa. Gertrudis se había propuesto visitar lo menos posible a su hermana, pero ésta venía a buscarla en cuanto pasaba un par de días sin que se viesen.

—Pero qué, ¿estás mala, chica? ¿O te sigue estorbando el perro? Porque si es así, mira, lo echaré. ¿Por qué me dejas así, sola?

—¿Sola, Rosa? ¿Sola? ¿Y tu marido?

—Pero él se tiene que ir a sus asuntos...

—O los inventa...

—Qué, ¿es que crees que me deja aposta? ¿Es que sabes algo? ¡Dilo, Tula, por lo que más quieras, por nuestra madre, dímelo!...

—No. Es que os aburrís de vuestra felicidad y de vuestra soledad. Ya le echarás el perro o si no te darán antojos, y será peor.

—No digas esas cosas.

—Te darán antojos —replicó con más firmeza.

Y cuando al fin fué un día a decirle que había regalado el perrito, Gertrudis, sonriendo gravemente y acariciándola como a una niña, le preguntó al oído: “Por miedo a los antojos, ¿eh?” Y al oír en respuesta un susurrado “¡sí!”, abrazó a su hermana con una efusión de que ésta no la creía capaz.

—Ahora va de veras, Rosa. Ahora no os aburriréis de la felicidad ni de la soledad, y tendrá varios asuntos tu marido. Esto era lo que os faltaba.

—Y acaso lo que te faltaba... ¿No es así, hermanita?

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

—Mira, aunque soy tan tonta, como he vivido siempre contigo...

—¡Bueno. Déjate de bromas!

Y desde entonces empezó Gertrudis a frecuentar más la casa de su hermana.

IV

En el parto de Rosa, que fué durísimo, nadie estuvo más serena y valerosa que Gertrudis. Creeríase que era una veterana en asistir a trances tales. Llegó a haber peligro de muerte para la madre o la cría que hubiera de salir, y el médico llegó a hablar de sacársela viva o muerta.

—¡Muerta! —exclamó Gertrudis—; ¡eso sí que no!

—¿Pero no ve usted —afirmó el médico— que aunque se muera el crío queda la madre para hacer otros, mientras que si se muere ella no es lo mismo?

Pasó rápidamente por el magín de Gertrudis replicarle que quedaban otras madres, pero se contuvo e insistió:

—¡Muerta!... ¡No, nunca! Y hay, además, que salvar un alma.

La pobre parturienta ni se enteraba de cosa alguna. Hasta que, rendida al combate, dió a luz un niño.

Recojiólo Gertrudis con avidez, y como si nunca hubiera hecho otra cosa, lo lavó y envolvió en sus pañales.

—Es usted comadrona de nacimiento —le dijo el médico.

Tomó la criaturita y se la llevó a su padre, que en un rincón, aterrado y como contrito de una falta, aguardaba la noticia de la muerte de su mujer.

—¡Aquí tienes tu primer hijo, Ramiro, mírale qué hermoso!

Pero al levantar la vista el padre, libre del peso de su angustia, no vió sino los ojazos de su cuñada, que irradiaban una luz nueva, más negra, pero más brillante que la de antes. Y al ir a besar aquel rollo de carne que le presentaban como su hijo, rozó su mejilla, encendida, con la de Gertrudis.

—Ahora —le dijo tranquilamente ésta—, ve a dar las gracias a tu mujer, a pedirle perdón y a animarla.

—¿A pedirle perdón?

—Sí; a pedirle perdón.

—¿Y por qué?

—Yo me entiendo y ella te entenderá. Y en cuanto a éste —y al decirlo apretábalo contra su seno palpitante—, corre ya de mi cuenta, y o poco he de poder o haré de él un hombre.

La casa le daba vueltas en derredor a Ramiro. Y del fondo de su alma salíale una voz diciendo: “¿Cuál es la madre?”

Poco después ponía Gertrudis cuidadosamente el niño al lado de la madre, que parecía dormir extenuada y con la cara blanca como la nieve. Pero Rosa

entreabrió los ojos y se encontró con los de su hermana. Al ver a ésta, una corriente de ánimo recorrió el cuerpo todo victorioso de la nueva madre.

—¡Tula!... —gimió.

—Aquí estoy, Rosa, aquí estaré. Ahora descansa. Cuando sea, le das de mamar a este crío para que se calle. De todo lo demás no te preocupes.

—Creí morirme, Tula. Aun ahora me parece que sueño muerta. Y me daba tanta pena de Ramiro...

—Cállate. El médico ha dicho que no hables mucho. El pobre Ramiro estaba más muerto que tú. ¡Ahora, ánimo, y a otra!

La enferma sonrió tristemente.

—Este se llamará Ramiro, como su padre —dcretó luego Gertrudis en pequeño consejo de familia—, y la otra, porque la siguiente será niña, Gertrudis, como yo.

—¿Pero ya estás pensando en otra —exclamó don Primitivo— y tu pobre hermana de por poco se queda en el trance?

—¿Y qué hacer? —replicó ella—. ¿Para qué se han casado, si no? ¿No es así, Ramiro?

Y le clavó los ojos.

—Ahora lo que importa es que se reponga —dijo el marido, sobrecojiéndose bajo aquella mirada.

—¡Bah! De estas dolencias se repone una mujer pronto.

—Bien dice el médico, sobrina, que parece como si hubieras nacido comadrona.

—Toda mujer nace madre, tío.

Y lo dijo con tan íntima solemnidad casera, que Ramiro se sintió presa de un indefinible desasosiego y de un extraño remordimiento. “¿Querré yo a mi mujer como se merece?”, se decía.

—Y ahora, Ramiro —le dijo su cuñada—, ya puedes decir que tienes mujer.

Y a partir de entonces no faltó Gertrudis un solo

día de casa de su hermana. Ella era quien desnudaba, vestía y cuidaba al niño hasta que su madre pudiera hacerlo.

La cual se repuso muy pronto y su hermosura se redondeó más. A la vez extremó sus ternuras para con su marido, y aun llegó a culparle de que se le mostraba esquivo.

—Temí por tu vida —le dijo el marido— y estaba aterrado. Aterrado y desesperado y lleno de remordimiento.

—Remordimiento, ¿por qué?

—¡ Si llegas a morirte me pego un tiro!

—¡ Quiá!... ¿A qué? “Cosas de hombres”, que diría Tula. Pero eso ya pasó y ya sé lo que es.

—¿Y no has quedado escarmentada, Rosa?

—¿Escarmentada? —y cojiendo a su marido, echándole los brazos al cuello, apechugándole fuertemente a sí, le dijo al oído con un aliento que se lo quemaba—. ¡A otra, Ramiro, a otra! ¡Ahora sí que te quiero! ¡Y aunque me mates!

Gertrudis, en tanto, arrollaba al niño, celosa de que no se percatase —¡ inocente!— de los ardores de sus padres.

Era como una preocupación en la tía la de ir sustrayendo al niño, ya desde su más tierna edad de inconciencia, de conocer, ni en las más leves y remotas señales, el amor de que había brotado. Colgóle al cuello, desde luego, una medalla de la Santísima Virgen, de la Virgen Madre, con su Niño en brazos.

Con frecuencia, cuando veía que su hermana, la madre, se impacientaba en acallar al niño o en envolverlo en sus pañales, le decía:

—Dámelo, Rosa, dámelo, y vete a entretener a tu marido.

—Pero, Tula...

—Sí, tú tienes que atender a los dos y yo sólo a éste.

—Tienes, Tula, una manera de decir las cosas...

—No seas niña, ¡ea!, que eres ya toda una señora mamá. Y da gracias a Dios que podamos así repartirnos el trabajo.

—¡Tula!... ¡Tula!...

—¡Ramiro!... ¡Ramiro!... ¡Rosa!

La madre se amoscaba, pero iba a su marido.

Y así pasaba el tiempo y llegó otra cría: una niña.

V

A poco de nacer la niña encontraron un día muerto al bueno de don Primitivo. Gertrudis le amortajó después de haberle lavado —quería que fuese limpio a la tumba— con el mismo esmero con que había envuelto en pañales a sus sobrinos recién nacidos. Y a solas en el cuarto con el cuerpo del buen anciano, le lloró como no se creyera capaz de hacerlo. “Nunca habría creído que le quisiese tanto —se dijo—; era un bendito; de poco llega a hacerme creer que soy un pozo de prudencia. ¡Era tan sencillo!”

—Fué nuestro padre —le dijo a su hermana— y jamás le oímos una palabra más alta que la otra.

—¡Claro! —exclamó Rosa—; como que siempre nos dejó hacer nuestra santísima voluntad.

—Porque sabía, Rosa, que su sola presencia santificaba nuestra voluntad. Fué nuestro padre; él nos educó. Y para educarnos le bastó la transparencia de su vida, tan sencilla, tan clara...

—Es verdad, sí —dijo Rosa, con los ojos henchidos de lágrimas—, como sencillo no he conocido otro.

—Nos habría sido imposible, hermana, habernos criado en un hogar más limpio que éste

—¿Qué quieres decir con eso, Tula?

—El nos llenó la vida casi silenciosamente, sin decirnos palabra, con el culto de la Santísima Virgen Madre, y con el culto también de nuestra madre, su hermana, y de nuestra abuela, su madre. ¿Te acuerdas cuando por las noches nos hacía rezar el rosario, cómo le cambiaba la voz al llegar a aquel padre-nuestro y avemaría por el eterno descanso del alma de nuestra madre, y luego aquellos otros por el de su madre, nuestra abuela, a la que no conocimos? En aquel rosario nos daba madre y en aquel rosario te enseñó a serlo.

—¡Y a ti, Tula, a ti! —exclamó entre sollozos Rosa.

—¿A mí?

—¡A ti, sí, a ti! ¿Quién, si no, es la verdadera madre de mis hijos?

—Deja ahora eso. Y ahí le tienes, un santo silencioso. Me han dicho que las pobres beatas lloraban algunas veces al oírle predicar sin percibir ni una sola de sus palabras. Y lo comprendo. Su voz sola era un consejo de serenidad amorosa. ¡Y ahora, Rosa, el rosario!

Arrodilláronse las dos hermanas al pie del lecho mortuorio de su tío y rezaron el mismo rosario que con él habían rezado tantos años, con dos padre-nuestros y avemarías por el eterno descanso de las almas de su madre y de la del que yacía allí muerto, a que añadieron otro padre-nuestro y otra avemaría por el alma del recién bienaventurado. Y las lenguas del manso y dulce fuego de los cirios que ardían a un lado y otro del cadáver, haciendo brillar su frente, tan blanca como la cera de ellos, parecían, vibrando al compás del rezo, acompañar en sus oraciones a las dos hermanas. Una paz entrañable irradiaba de aquella muerte. Levantáronse del suelo las dos hermanas, la pareja; besaron, primero Ger-

trudis y Rosa después, la frente cérea del anciano y abrazáronse luego con los ojos ya enjutos.

—Y ahora —le dijo Gertrudis a su hermana al oído—, a querer mucho a tu marido, a hacerle dichoso y... ¡a darnos muchos hijos!

—Y ahora—le respondió Rosa— te vendrás a vivir con nosotros por supuesto.

—¡No, eso no! —exclamó súbitamente la otra.

—¿Cómo que no? Y lo dices de un modo...

—Sí, sí, hermana; perdóname la viveza, perdónamela, ¿me la perdonas? —e hizo mención, ante el cadáver, de volver a arrodillarse.

—Vaya, no te pongas así, Tula, que no es para tanto. Tienes unos prontos...

—Es verdad, pero me los perdonas, ¿no es verdad, Rosa?, me los perdonas.

—Eso ni se pregunta. Pero te vendrás con nosotros.

—No insistas, Rosa, no insistas...

—¿Qué? ¿No te vendrás? Dejarás a tus sobrinos, más bien tus hijos casi...

—Pero si no los he dejado un día...

—¿Te vendrás?

—Lo pensaré, Rosa, lo pensaré...

—Bueno, pues no insisto.

Pero a los pocos días insistió, y Gertrudis se defendía.

—No, no; no quiero estorbaros...

—¿Estorbarnos? ¿Qué dices, Tula?

—Los casados casa quieren.

—¿Y no puede ser la tuya también?

—No, no; aunque tú no lo creas, yo os quitaría libertad. ¿No es así, Ramiro?

—No, no veo... —balbuceó el marido, confuso, como casi siempre le ocurría, ante la inesperada interpelación de su cuñada.

—Sí, Rosa; tu marido, aunque no lo dice, com-

prende que un matrimonio, y más un matrimonio joven como vosotros y en plena producción, necesita estar solo. Yo, la tía, vendré a mis horas a ir enseñando a vuestros hijos todo aquello en que no podáis ocuparos.

Y allá seguía yendo, a las veces desde muy temprano, encontrándose con el niño ya levantado, pero no así sus padres. “Cuando digo que hago yo aquí falta”, se decía.

VI

Venía ya el tercer hijo al matrimonio. Rosa empezaba a quejarse de su fecundidad. “Vamos a cargarnos de hijos”, decía. A lo que su hermana: “¿Pues para qué os habéis casado?”

El embarazo fué molestísimo para la madre y tenía que descuidar más que antes a sus otros hijos, que así quedaban al cuidado de su tía, encantada de que se los dejasen. Y hasta consiguió llevárselos más de un día a su casa, a su solitario hogar de soltera, donde vivía con la vieja criada que fué de don Primitivo, y donde los retenía. Y los pequeñuelos se apegaban con ciego cariño a aquella mujer severa y grave.

Ramiro, malhumorado antes en los últimos meses de los embarazos de su mujer, malhumor que desasosegaba a Gertrudis, ahora lo estaba más.

—¡Qué pesado y molesto es esto! —decía.

—¿Para ti? —le preguntaba su cuñada sin levantar los ojos del sobrino o sobrina que de seguro tenía en el regazo.

—Para mí, sí. Vivo en perpetuo sobresalto, temiéndolo todo.

—¡Bah! No será al fin nada. La Naturaleza es sabia.

—Pero tantas veces va el cántaro a la fuente...

—¡Ay, hijo, todo tiene sus riesgos y todo estado sus contrariedades!

Ramiro se sobrecojía al oírse llamar hijo por su cuñada, que rehuía darle su nombre, mientras él, en cambio, se complacía en llamarla por el familiar Tula.

—¡Qué bien has hecho en no casarte, Tula!

—¿De veras? —y levantando los ojos se los clavó en los suyos.

—De veras, sí. Todos son trabajos y aun peligros...

—¿Y sabes tú, acaso, si no me he de casar todavía?

—Claro. ¡Lo que es por la edad!

—¿Pues por qué ha de quedar?

—Como no te veo con afición a ello...

—¿Afición a casarse? ¿Qué es eso?

—Bueno; es que...

—Es que no me ves buscar novio, ¿no es eso?

—No, no es eso.

—Sí, eso es.

—Si tú los aceptaras, de seguro que no te habrían faltado...

—Pero yo no puedo buscarlos. No soy hombre, y la mujer tiene que esperar a ser elegida. Y yo, la verdad, me gusta elegir, pero no ser elegida.

—¿Qué es eso de que estáis hablando? —dijo Rosa acercándose y dejándose caer abatida en un sillón.

—Nada; discreteos de tu marido sobre las ventajas e inconvenientes del matrimonio.

—¡No hables de eso, Ramiro! Vosotros los hombres apenas sabéis de esto. Somos nosotras las que nos casamos, no vosotros.

—¡Pero, mujer!

—Anda, ven, sosténme, que apenas puedo tenerme en pie. Voy a echarme. Adiós, Tula. Ahí te los dejo.

Acercóse a ella su marido; le tomó del brazo con sus dos manos y se incorporó y levantó trabajosamente; luego, tendiéndole un brazo por el hombro, doblando su cabeza hasta casi darle en éste con ella y cojiéndole con la otra mano, con la diestra, de su diestra, se fué lentamente, así apoyada en él y gimiendo. Gertrudis, teniendo a cada uno de sus sobrinos en sus rodillas, se quedó mirando la marcha trabajosa de su hermana, colgada de su marido como una enredadera de su rodrigón. Llenáronse los grandes ojazos, aquellos ojos de luto, serenamente graves, gravemente serenos, de lágrimas, y apretando a su seno a los dos pequeños, apretó sus mejillas a cada una de las de ellos. Y el pequeñito, Ramirín, al ver llorar a su tía, a tita Tula, se echó a llorar también.

—Vamos, no llores; vamos a jugar.

De este tercer parto quedó quebrantadísima Rosa.

—Tengo malos presentimientos, Tula.

—No hagas caso de agüeros.

—No es agüero; es que siento que se me va la vida; he quedado sin sangre.

—Ella volverá.

—Por de pronto, ya no puedo criar este niño. Y eso de las amas, Tula, ¡eso me aterra!

Y así era, en verdad. En pocos días cambiaron tres. El padre estaba furioso y hablaba de tratarlas a latigazos. Y la madre decaía.

—¡Esto se va! —pronunció un día el médico.

Ramiro vagaba por la casa como atontado, presa de extraños remordimientos y de furias súbitas. Una tarde llegó a decir a su cuñada:

—Pero es que esta Rosa no hace nada por vivir; se le ha metido en la cabeza que tiene que morirse y, ¡es claro!, se morirá. ¿Por qué no le animas y le convences a que viva?

—Eso tú, hijo, tú, su marido. Si tú no le infundes

apetito de vivir, ¿quién va a infundírselo? Porque sí, no es lo peor lo débil y exangüe que está; lo peor es que no piensa sino en morirse. Ya ves, hasta los chicos la cansan pronto. Y apenas si pregunta por las cosas del ama.

Y era que la pobre Rosa vivía como en sueños, en un constante mareo, viéndolo todo como a través de una niebla.

Una tarde llamó a solas a su hermana y en frases entrecortadas, con un hilito de voz febril, le dijo cojiéndole la mano:

—Mira, Tula, yo me muero y me muero sin remedio. Ahí te dejo mis hijos, los pedazos de mi corazón, y ahí te dejo a Ramiro, que es como otro hijo. Créeme que es otro niño, un niño grande y antojadizo, pero bueno, más bueno que el pan. No me ha dado ni un solo disgusto. Ahí te los dejo, Tula.

—Descuida, Rosa; conozco mis deberes.

—Deberes..., deberes...

—Sí, sé mis amores. A tus hijos no les faltará madre mientras yo viva.

—Gracias, Tula, gracias. Eso quería de ti.

—Pues no lo dudes.

—¡Es decir, que mis hijos, los míos, los pedazos de mi corazón, no tendrán madrastra!

—¿Qué quieres decir con eso, Rosa?

—Que como Ramiro volverá a pensar en casarse... es lo natural..., tan joven... y yo sé que no podrá vivir sin mujer, lo sé..., pues que...

—¿Qué quieres decir?

—Que serás tú su mujer, Tula.

—Yo no te he dicho eso, Rosa, y ahora, en este momento no puedo, ni por piedad, mentir. Yo no te he dicho que me casaré con tu marido si tú le faltas; yo te he dicho que a tus hijos no les faltará madre...

—No, tú me has dicho que no tendrán madrastra.

—¡Pues bien, sí, no tendrán madrastra!

—Y eso no puede ser sino casándote tú con mi Ramiro, y mira, no tengo celos, no. ¡Si ha de ser de otra, que sea tuyo! Que sea tuyo. Acaso...

—¿Y por qué ha de volver a casarse?

—¡Ay, Tula, tú no conoces a los hombres! Tú no conoces a mi marido...

—No, no le conozco.

—¡Pues yo sí!

—Quien sabe...

La pobre enferma se desvaneció.

Poco después llamaba a su marido. Y al salir éste del cuarto iba desencajado y pálido como un cadáver.

La Muerte afilaba su guadaña en la piedra angular del hogar de Rosa y Ramiro, y mientras la vida de la joven madre se iba en rosario de gotas, destilando, había que andar a la busca de una nueva ama de cría para el pequeñito, que iba rindiéndose también de hambre. Y Gertrudis, dejando que su hermana se adormeciese en la cuna de una agonía lenta, no hacía sino agitarse en busca de un seno pródigo para su sobrinito. Procuraba irle engañando el hambre, sosteniéndole a biberón.

—¿Y esa ama?

—¡Hasta mañana no podrá venir, señorita!

—Mira, Tula —empezó Ramiro.

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Vete al lado de tu mujer, que se muere de un momento a otro; vete, que allí es tu puesto, y déjame con el niño!

—Pero, Tula...

—Déjame, te he dicho. Vete a verla morir; a que entre en la otra vida en tus brazos. ¡Vete! ¡Déjame!

Ramiro se fué. Gertrudis tomó a su sobrinillo, que no hacía sino gemir, encerróse con él en un cuarto y sacando uno de sus pechos secos, uno de

sus pechos de doncella, que arrebolado todo él le retemblaba como con fiebre, le retemblaba por los latidos del corazón —era el derecho—, puso el botón de ese pecho en la flor sonrosada pálida de la boca del pequeñuelo. Y éste gemía más, estrujando entre sus pálidos labios el conmovido pezón seco.

—¡Un milagro, Virgen Santísima —gemía Gertrudis con los ojos velados por las lágrimas—; un milagro, y nadie lo sabrá, nadie!

Y apretaba como una loca al niño a su seno.

Oyó pasos y luego que intentaban abrir la puerta. Metióse el pecho, lo cubrió, se enjugó los ojos y salió a abrir. Era Ramiro, que le dijo:

—¡Ya acabó!

—Dios la tenga en su gloria. Y ahora, Ramiro, a cuidar de éstos.

—¿A cuidar? Tú..., tú..., porque sin ti...

—Bueno; ahora a criarlos, te digo.

VII

Ahora, ahora que se había quedado viudo era cuando Ramiro sentía todo lo que sin él siquiera sospecharlo había querido a Rosa, su mujer. Uno de sus consuelos, el mayor, era recojerse en aquella alcoba en que tanto habían vivido amándose y repasar su vida de matrimonio.

Primero el noviazgo, aquel noviazgo, aunque no muy prolongado, de lento reposo, en que Rosa parecía como que le hurtaba el fondo del alma siempre, y como si por acaso no la tuviese o haciéndole pensar que no la conocería hasta que fuese suya del todo y por entero; aquel noviazgo de recato y de reserva, bajo la mirada de Gertrudis, que era todo alma. Repasaba en su mente Ramiro, lo recordaba bien, cómo la presencia de Gertrudis, la tía Tula

de sus hijos, le contenía y desasosegaba, cómo ante ella no se atrevía a soltar ninguna de esas obligadas bromas entre novios, sino a medir sus palabras.

Vino luego la boda y la embriaguez de los primeros meses, de las lunas de miel; Rosa iba abriéndole el espíritu, pero era éste tan sencillo, tan trasparente, que cayó en la cuenta Ramiro de que no le había velado ni recatado nada. Porque su mujer vivía con el corazón en la mano y extendida ésta en gesto de oferta, y con las entrañas espirituales al aire del mundo, entregada por entero al cuidado del momento, como viven las rosas del campo y las alondras del cielo. Y era a la vez el espíritu de Rosa como un reflejo del de su hermana, como el agua corriente al sol de que aquél era el manantial cerrado.

Llegó, por fin, una mañana en que se le desprendieron a Ramiro las escamas de la vista y, purificada ésta, vió claro con el corazón. Rosa no era una hermosura cual él se la había creído y antojado, sino una figura vulgar, pero con todo el más dulce encanto de la vulgaridad recojida y mansa; era como el pan de cada día, como el pan casero y cotidiano, y no un raro manjar de turbadores jugos. Su mirada que sembraba paz, su sonrisa, su aire de vida, eran encarnación de un ánimo sedante, sosegado y doméstico. Tenía su pobre mujer algo de planta en la silenciosa mansedumbre, en la callada tarea de beber y atesorar luz con los ojos y derramarla luego convertida en paz; tenía algo de planta en aquella fuerza velada y a la vez poderosa con que de continuo, momento tras momento, chupaba jugos de las entrañas de la vida común ordinaria y en la dulce naturalidad con que abría sus perfumadas corolas.

¡Qué recuerdos! Aquellos juegos cuando la pobre se le escapaba y la perseguía él por la casa toda,

finjiendo un triunfo para cobrar como botín besos largos y apretados, boca a boca; aquel cojerle la cara con ambas manos y estarse en silencio mirándole el alma por los ojos y, sobre todo, cuando apoyaba el oído sobre el pecho de ella, ciñéndole con los brazos el talle, y escuchándole la marcha tranquila del corazón, le decía: “¡Calla, déjale que hable!”

Y las visitas de Gertrudis, que con su cara grave y sus grandes ojazos de luto a que asomaba un espíritu embozado, parecía decirles: “Sois unos chiquillos que cuando no os veo estáis jugando a marido y mujer; no es ésa la manera de prepararse a criar hijos, pues el matrimonio se instituyó para casar, dar gracia a los casados y que críen hijos para el cielo.”

¡Los hijos! Ellos fueron sus primeras grandes meditaciones. Porque pasó un mes y otro y algunos más, y al no notar señal ni indicio de que hubiese fructificado aquel amor, “¿tendría razón —decíase entonces— Gertrudis? ¿Sería verdad que no estaban sino jugando a marido y mujer y sin querer, con la fuerza toda de la fe en el deber, el fruto de la bendición del amor justo?” Pero lo que más le molestaba entonces, recordábalo bien ahora, era lo que pensarían los demás, pues acaso hubiese quien le creyera a él, por no haber podido hacer hijos, menos hombre que otros. ¿Por qué no había de hacer él, y mejor, lo que cualquier mentecato, enclenque y apocado hace? Heríale en su amor propio; habría querido que su mujer hubiese dado a la luz a los nueve meses justos y cabales de haberse ellos casado. Además, eso de tener hijos o no tenerlos debía depender —decíase entonces— de la mayor o menor fuerza de cariño que los casados se tengan, aunque los hay enamoradísimos uno de otro y que no dan fruto, y otros, ayuntados por conveniencias de fortuna y ventura, que se cargan de críos. Pero

—y esto sí que lo recordaba bien ahora— para explicárselo había fraguado su teoría, y era que hay un amor aparente y conciente, de cabeza, que puede mostrarse muy grande y ser, sin embargo, infecundo, y otro sustancial y oculto, recatado aun al propio conocimiento de los mismos que lo alimentan, un amor del alma y el cuerpo enteros y justos, amor fecundo siempre. ¿No querría él lo bastante a Rosa o no le querría lo bastante Rosa a él? Y recordaba ahora cómo había tratado de descifrar el misterio mientras la envolvía en besos, a solas, en el silencio y oscuro de la noche y susurrándola una y otra vez al oído, en letanía, un rosario de “¿Me quieres, me quieres, Rosa?”, mientras a ella se le escapaban síes desfallecidos. Aquello fué una locura, una necia locura de la que se avergonzaba apenas veía entrar a Gertrudis derramando serena seriedad en torno, y de aquello le curó la sazón del amor cuando le fué anunciado el hijo. Fué un transporte loco..., ¡había vencido! Y entonces fué cuando vino, con su primer fruto, el verdadero amor.

El amor, sí. ¿Amor? ¿Amor dicen? ¿Qué saben de él todos esos escritores amatorios, que no amatorios, que de él hablan y quieren excitarlo en quien los lee? ¿Qué saben de él los galeotos de las letras? ¿Amor? No amor, sino mejor cariño. Eso de amor —decíase Ramiro ahora— sabe a libro; sólo en el teatro y en las novelas se oye el *yo te amo*; en la vida de carne y sangre y hueso el entrañable *¡te quiero!* y el más entrañable aún callárselo. ¿Amor? No, ni cariño siquiera, sino algo sin nombre y que no se dice por confundirse ello con la vida misma. Los más de los cantores amatorios saben de amor lo que de oración los masculla-jaculatorias, traga-novenas y engulle-rosarios. No, la oración no es tanto algo que haya de cumplirse a tales o cuales horas, en

sitio apartado y recojido y en postura compuesta, cuanto es un modo de hacerlo todo votivamente, con toda el alma y viviendo en Dios. Oración ha de ser el comer, y el beber, y el pasearse, y el jugar, y el leer, y el escribir, y el conversar, y hasta el dormir, y el rezo todo, y nuestra vida un continuo y mudo "hágase tu voluntad", y un incesante "¡venga a nos el tu reino!", no ya pronunciados, mas ni aun pensados siquiera, sino vividos. Así oyó la oración una vez Ramiro a un santo varón religioso que pasaba por maestro de ella, y así lo aplicó él al amor luego. Pues el que profesara a su mujer y a ella le apegaba veía bien ahora en que ella se le fué, que se le llegó a fundir con el rutinero andar de la vida diaria, que lo había respirado en las mil naderías y frioleras del vivir doméstico, que le fué como el aire que se respira y al que no se le siente sino en momentos de angustioso ahogo, cuando nos falta. Y ahora ahogábase Ramiro, y la congoja de su viudez reciente le revelaba todo el poderío del amor pasado y vivido.

Al principio de su matrimonio fué, sí, el imperio del deseo; no podía juntar carne con carne sin que la suya se le encendiese y alborotase y empezara a martillarle el corazón, pero era porque la otra no era aún de veras y por entero suya también; pero luego, cuando ponía su mano sobre la carne desnuda de ella, era como si en la propia la hubiese puesto, tan tranquilo se quedaba; mas también si se la hubiesen cortado habríale dolido como si se la cortasen a él. ¿No sintió, acaso en sus entrañas, los dolores de los partos de su Rosa?

Cuando la vió gozar, sufriendo al darle su primer hijo, es cuando comprendió cómo es el amor más fuerte que la vida y que la muerte y domina la discordia de éstas; cómo el amor hace morir a la vida y vivir la muerte; cómo él vivía ahora la

muerte de su Rosa y se moría en su propia vida. Luego, al ver al niño dormido y sereno, con los labios en flor entreabiertos, vió al amor hecho carne que vive. Y allí sobre la cuna, contemplando a su fruto, traía a sí a la madre, y mientras el niño sonreía en sueños palpitando sus labios, besaba él a Rosa en la corola de sus labios frescos y en la fuente de paz de sus ojos. Y le decía, mostrándole dos dedos de la mano: “¡Otra vez, dos, dos!...” Y ella: “No, no, ya no más, uno y no más!” Y se reía. Y él: “¡Dos, dos, me ha entrado el capricho de que tengamos dos mellizos, una parejita, niño y niña!” Y cuando ella volvió a quedarse encinta, a cada paso y tropezón, él: “¡Qué cargado viene eso! ¡Qué granazón! ¡Me voy a salir con la mía; por lo menos dos!” “¡Uno, el último, y basta!”, replicaba ella riendo. Y vino el segundo, la niña, Tulita, y luego que salió con vida, cuando descansaba la madre, la besó larga y apretadamente en la boca, como en premio, diciéndose: “¡Bien has trabajado, pobrecilla!”; mientras Rosa, vencedora de la muerte y de la vida, sonreía con los domésticos ojos apacibles.

¡Y murió!; aunque pareciese mentira, se murió. Vino la tarde terrible del combate último. Allí estuvo Gertrudis, mientras el cuidado de la pobrecita niña que desfallecía de hambre se lo permitió, sirviendo medicinas inútiles, componiendo la cama, animando a la enferma, encorazonando a todos. Tendida en el lecho que había sido campo de donde brotaron tres vidas, llegó a faltarle el habla y las fuerzas, y cojida de la mano a la mano de su hombre, del padre de sus hijos, mirábale como el navegante al ir a perderse en el mar sin orillas, mira al lejano promontorio, lengua de la tierra nativa, que se va desvaneciendo en la lontananza y junto al cielo; en los trances del ahogo miraban sus ojos desde el borde de la eternidad, a los ojos de su Ra-

miro. Y parecía aquella mirada una pregunta desesperada y suprema, como si a punto de partirse para nunca más volver a tierra, preguntase por el oculto sentido de la vida. Aquellas miradas de congoja reposada, de acongojado reposo, decían: "Tú, tú, que eres mi vida, tú, que conmigo has traído al mundo nuevos mortales, tú, que me has sacado tres vidas, tú, mi hombre, dime: ¿esto qué es?" Fué una tarde abismática. En momentos de tregua, teniendo Rosa entre sus manos, húmedas y febriles, las manos temblorosas de Ramiro, clavados en los ojos de éste sus ojos henchidos de cansancio de vida, sonreía tristemente, volviéndolos luego al niño, que dormía allí cerca, en su cunita, y decía con los ojos, y alguna vez con un hilito de voz: "¡No, despertarle, no!, ¡que duerma, pobrecillo!, ¡que duerma..., que duerma hasta hartarse, que duerma!" Llególe por último el supremo trance, el del tránsito, y fué como si en el brocal de las eternas tinieblas, suspendida sobre el abismo, se aferrara a él, a su hombre, que vacilaba sintiéndose arrastrado. Quería abrirse con las uñas la garganta la pobre, mirábale despavorida, pidiéndole con los ojos aire; y luego, con ellos le sondeó el fondo del alma y, soltando su mano, cayó en la cama donde había concebido y parido sus tres hijos. Descansaron los dos; Ramiro, aturdido, con el corazón acorchado, sumergido como en un sueño sin fondo y sin despertar, muerta el alma, mientras dormía el niño. Gertrudis fué quien, viniendo con la pequeñita al pecho, cerró luego los ojos a su hermana, la compuso un poco y fué después a cubrir y arropar mejor al niño dormido, y a trasladarle en un beso la tibieza que con otro recojió de la vida que aún tendía sus últimos jirones sobre la frente de la rendida madre.

Pero ¿murió acaso Rosa? ¿Se murió de veras?

¿Podía haberse muerto viviendo él, Ramiro? No; en sus noches, ahora solitarias, mientras se dormía solo en aquella cama de la muerte y de la vida y del amor, sentía a su lado el ritmo de su respiración, su calor tibio, aunque con una congojosa sensación de vacío. Y tendía la mano, recorriendo con ella la otra mitad de la cama, apretándola algunas veces. Y era lo peor que cuando recojiéndose se ponía a meditar en ella, no se le ocurrieran sino cosas de libro, cosas de amor de libro y no de cariño de vida, y le escocía que aquel robusto sentimiento, vida de su vida y aire de su espíritu, no se le cuajara más que en abstractas lucubraciones. El dolor se le espiritualizaba, vale decir que se le intelectualizaba, y sólo cobraba carne, aunque fuera vaporosa, cuando entraba Gertrudis.

Y de todo esto sacábale aquella fresca vocecita que piaba “¡Papá!” Ya estaba, pues, allí, ella, la muerta inmortal. Y luego, la misma vocecita: “¡Mamá!” Y la de Gertrudis, gravemente dulce, respondía: “¡Hijo!”

No, Rosa, su Rosa, no se había muerto, no era posible que se hubiese muerto; la mujer estaba allí, tan viva como antes y derramando vida en torno; la mujer no podía morir.

VIII

Gertrudis, que se había instalado en casa de su hermana, desde que ésta dió por última vez a luz y durante su enfermedad última, le dijo un día a su cuñado:

—Mira, voy a levantar mi casa.

El corazón de Ramiro se puso al galope.

—Sí —añadió ella—, tengo que venir a vivir con vosotros y a cuidar de los chicos. No se le puede.

además, dejar aquí sola a esa buena pécora del ama.

—Dios te lo pague, Tula.

—Nada de Tula, ya te lo tengo dicho; para ti soy Gertrudis.

—¿Y qué más da?

—Yo lo sé.

—Mira, Gertrudis...

—Bueno, voy a ver qué hace el ama.

A la cual vigilaba sin descanso. No la dejaba dar el pecho al pequeñito delante del padre de éste, y le regañaba por el poco recato y mucha desenvoltura con que se desabrochaba el seno.

—Si no hace falta que enseñes eso así: en el niño es en quien hay que ver si tienes o no leche abundante.

Ramiro sufría y Gertrudis lo sentía sufrir.

—¡Pobre Rosa! —decía de continuo.

—Ahora los pobres son los niños y es en ellos en quienes hay que pensar...

—No basta, no. Apenas descanso. Sobre todo por las noches la soledad me pesa; las hay que las paso en vela.

—Sal después de cenar, como salías de casado últimamente, y no vuelvas a casa hasta que sientas sueño. Hay que acostarse con sueño.

—Pero es que siento un vacío.

—¿Vacío también teniendo hijos?

—Pero ella es insustituible...

—Así lo creo... Aunque vosotros los hombres...

—No creí que la quería tanto...

—Así nos pasa de continuo. Así me pasó con mi tío y así me ha pasado con mi hermana, con tu Rosa. Hasta que ha muerto tampoco yo he sabido lo que la quería. Lo sé ahora en que cuido a sus hijos, a vuestros hijos. Y es que queremos a los muertos en los vivos.

—¿Y no, acaso, a los vivos en los muertos?

—No sutilicemos.

Y por las mañanas, luego de haberse levantado Ramiro, iba su cuñada a la alcoba y abría de par en par las hojas del balcón, diciéndose: “Para que se vaya el olor a hombre.” Y evitaba luego encontrarse a solas con su cuñado, para lo cual llevaba siempre algún niño delante.

Sentada en la butaca en que solía sentarse la difunta, contemplaba los juegos de los pequeñuelos.

—Es que yo soy chico y tú no eres más que chica —oyó que le decía un día, con su voz de trapo, Ramirín a su hermanita.

—Ramirín, Ramirín —le dijo la tía—, ¿qué es eso? ¿Ya empiezas a ser bruto, a ser hombre?

Un día llegó Ramiro, llamó a su cuñada y le dijo:

—He sorprendido tu secreto, Gertrudis.

—¿Qué secreto?

—Las relaciones que llevabas con Ricardo, mi primo.

—Pues bien, sí, es cierto; se empeñó, me hostigó, no me dejaba en paz, y acabó por darme lástima.

—Y tan oculto lo teníais...

—¿Y para qué declararlo?

—Y sé más.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que le has despedido.

—También es cierto.

—Me ha enseñado él mismo tu carta.

—¿Cómo? No le creía capaz de eso. Bien he hecho en dejarle: ¡hombre al fin!

Ramiro, en efecto, había visto una carta de su cuñada a Ricardo, que decía así:

“Mi querido Ricardo: No sabes bien qué días tan malos estoy pasando desde que murió la pobre Rosa. Estos últimos han sido terribles y no he cesado de pedir a la Virgen Santísima y a su Hijo que me diesen fuerzas para ver claro en mi porvenir. No

sabes bien con cuánta pena te lo digo, pero no pueden continuar nuestras relaciones; no puedo casarme. Mi hermana me sigue rogando desde el otro mundo que no abandone a sus hijos y que les haga de madre. Y puesto que tengo estos hijos a que cuidar, no debo ya casarme. Perdóname, Ricardo, permíname por Dios, y mira bien por qué lo hago. Me cuesta mucha pena, porque sé que habría llegado a quererte y, sobre todo, porque sé lo que me quieres y lo que sufrirás con esto. Siento en el alma causarte esta pena, pero tú, que eres bueno, comprenderás mis deberes y los motivos de mi resolución y encontrarás otra mujer que no tenga mis obligaciones sagradas y que te pueda hacer más feliz que yo habría podido hacerte. Adiós, Ricardo, que seas feliz y hagas felices a otros, y ten por seguro que nunca, nunca te olvidará,

Gertrudis."

—Y ahora —añadió Ramiro—, a pesar de esto, Ricardo quiere verte.

—¿Es que me oculto yo acaso?

—No, pero...

—Dile que venga cuando quiera verme a esta nuestra casa.

—Nuestra casa, Gertrudis, nuestra...

—Nuestra, sí, y de nuestros hijos.

—Si tú quisieras...

—¡No hablemos de eso! —y se levantó.

Al día siguiente se le presentó Ricardo.

—Pero, por Dios, Tula.

—No hablemos más de eso, Ricardo, que es cosa hecha.

—Pero, por Dios —y se le quebró la voz.

—¡Sé hombre, Ricardo, sé fuerte!

—Pero es que ya tienen padre...

—No basta; no tienen madre..., es decir, sí la tienen.

—Puede él volver a casarse.

—¿Volverse a casar él? En ese caso, los niños se irán conmigo... Le prometí a su madre, en su lecho de muerte, que no tendrían madrastra.

—¿Y si llegases a serlo tú, Tula?

—¿Cómo yo?

—Sí, tú; casándote con él, con Ramiro.

—¡Eso nunca!

—Pues yo sólo así me lo explico.

—Eso nunca, te he dicho; no me expondría a que unos míos, es decir, de mi vientre, pudiesen mermarme el cariño que a éstos tengo. ¿Y más hijos, más? Eso nunca. Bastan éstos para bien criarlos.

—Pues a nadie le convencerás, Tula, de que te has venido a vivir aquí por eso.

—Yo no trato de convencer a nadie de nada. Y en cuanto a ti, basta que yo te lo diga.

Se separaron para siempre.

—¿Y qué? —le preguntó luego Ramiro.

—Que hemos acabado; no podía ser de otro modo.

—Y que has quedado libre...

—Libre estaba, libre estoy, libre pienso morirme.

—Gertrudis..., Gertrudis... —y su voz temblaba de súplica.

—Le he despedido porque me debo, ya te lo dije, a tus hijos, a los hijos de Rosa...

—Y tuyos..., ¿no dices así?

—¡Y míos, sí!

—Pero si tú quisieras...

—No insistas; ya te tengo dicho que no debo casarme ni contigo ni con otro menos.

—¿Menos? —y se le abrió el pecho.

—Sí, menos.

—¿Y cómo no fuiste monja?

—No me gusta que me manden.

—Es que en el convento que entrases serías tú la abadesa, la superiora.

—Menos me gusta mandar. ¡Ramirín!...

El niño acudió al reclamo. Y cojiéndole su tía, le dijo: “¡Vamos a jugar al escondite, rico!”

—Pero, Tula...

—Te he dicho —y para decirle esto se le acercó, teniendo cojido de la mano al niño, y se lo dijo al oído— que no me llames Tula, y menos delante de los niños. Ellos sí, pero tú no. Y ten respeto a los pequeños.

—¿En qué les faltó al respeto?

—En dejar así al descubierto, delante de ellos, tus instintos...

—Pero si no comprenden.

—Los niños lo comprenden todo; más que nosotros. Y no olvidan nada. Y si ahora no lo comprenden, lo comprenderán mañana. Cada cosa de éstas que ve u oye un niño es una semilla en su alma, que luego echa tallo y da fruto. ¡Y basta!

IX

Y empezó una vida de triste desasosiego, de interna lucha en aquel hogar. Ella defendíase con los niños, a los que siempre procuraba tener presentes, y le excitaba a él a que saliera a distraerse. El, por su parte, extremaba sus caricias a los hijos y no hacía sino hablarles de su madre, de su pobre madre. Cojía a la niña y allí, delante de la tía, se la devoraba a besos.

—No tanto, hombre, no tanto, que así no haces sino molestar a la pobre criatura. Y eso, permíteme que te lo diga, no es natural. Bien está que hagas que me llamen tía y no mamá, pero no tanto; repórtate.

—¿Es que yo no he de tener el consuelo de mis hijos?

—Sí, hijo, sí; pero lo primero es educarlos bien.

—¿Y así?

—Hartándoles de besos y de golosinas se les hace débiles. Y mira que los niños adivinan...

—Y qué culpa tengo yo...

—Pero ¿es que puede haber para unos niños, hombre de Dios, un hogar mejor que éste? Tienen hogar, verdadero hogar, con padre y madre, y es un hogar limpio, castísimo, por todos cuyos rincones pueden andar a todas horas, un hogar donde nunca hay que cerrarles puerta alguna, un hogar sin misterios. ¿Quieres más?

Pero él buscaba acercarse a ella, hasta rozarla. Y alguna vez le tuvo que decir en la mesa:

—No me mires así, que los niños ven.

Por las noches, solía hacerles rezar por mamá Rosa, por manita, para que Dios la tuviese en su gloria. Y una noche, después de este rezo y hallándose presente el padre, añadió:

—Ahora, hijos míos, un padrenuestro y avemaría por papá también.

—Pero papá no se ha muerto, mamá Tula.

—No importa, porque se puede morir...

—Eso, también tú.

—Es verdad; otro padrenuestro y avemaría por mí entonces.

Y cuando los niños se hubieron acostado, volviéndose a su cuñado, le dijo secamente:

—Esto no puede ser así. Si sigues sin reportarte, tendré que marcharme de esta casa, aunque Rosa no me lo perdona desde el cielo.

—Pero es que...

—Lo dicho; no quiero que ensucies así, ni con miradas, esta casa tan pura y donde mejor pueden criarse las almas de tus hijos. Acuérdate de Rosa.

—¿Pero de qué crees que somos los hombres?

—De carne y muy brutos.

—¿Y tú, no te has mirado nunca?

—¿Qué es eso? —y se le demudó el rostro sereno.

—Que aunque no fueses, como en realidad lo eres, su madre, ¿tienes derecho, Gertrudis, a perseguirme con tu presencia? ¿Es justo que me reproches y estés llenando la casa con tu persona, con el fuego de tus ojos, con el son de tu voz, con el imán de tu cuerpo lleno de alma, pero de un alma llena de cuerpo?

Gertrudis, toda encendida, bajaba la cabeza y se callaba, mientras le tocaba a rebato el corazón.

—¿Quién tiene la culpa de esto?, dime.

—Tienes razón, Ramiro, y si me fuese, los niños piarían por mí, porque me quieren...

—Más que a mí —dijo tristemente el padre.

—Es que yo no les besuqueo como tú, ni les sobo, y cuando les beso, ellos sienten que mis besos son más puros, que son para ellos solos...

—Y bien, ¿quién tiene la culpa de esto?, repito.

—Bueno, pues. Espera un año, esperemos un año; déjame un año de plazo para que vea claro en mí, para que veas claro en ti mismo, para que te convenzas...

—Un año..., un año...

—¿Te parece mucho?

—¿Y luego, cuando se acabe?

—Entonces... veremos...

—Veremos..., veremos...

—Yo no prometo más.

—Y si en este año...

—¿Qué? Si en este año haces alguna tontería...

—¿A qué llamas hacer una tontería?

—A enamorarte de otra y volverte a casar.

—Eso... ¡nunca!

—¡Qué pronto lo dijiste...!

—Eso... ¡nunca!

—¡ Bah!, juramentos de hombres...

—Y si así fuese, ¿quién tendrá la culpa?

—¿ Culpa?

—¡ Sí, la culpa!

—Eso sólo querría decir...

—¿ Qué?

—Que no le quisiste, que no le quieres a tu Rosa, como ella te quiso a ti, como ella te habría querido de haber sido ella la viuda...

—No, eso querría decir otra cosa, que no es...

—Bueno, basta. ¡ Ramirín!, ¡ ven acá, Ramirín!
Anda, corre.

Y así se aplacó aquella lucha.

Y ella continuaba su labor de educar a sus sobrinos.

No quiso que a la niña se le ocupase demasiado en aprender costura y cosas así. “¿ Labores de su sexo? —decía—, no, nada de labores de su sexo; el oficio de una mujer es hacer hombres y mujeres, y no vestirlos.”

Un día que Ramirín soltó una expresión soez que había aprendido en la calle y su padre iba a reprenderle, interrumpiéndole Gertrudis, diciéndole bajo: “No, dejarlo; hay que hacer como si no se ha oído; debe de haber un mundo de que ni para condenarlo hay que hablar aquí.”

Una vez que oyó decir de una que se quedaba soltera, que quedaba para vestir santos, agregó: “¡ O para vestir almas de niños!”

—Tulita es mi novia —dijo una vez Ramirín.

—No digas tonterías; Tulita es tu hermana.

—¿ Y no puede ser novia y hermana?

—No.

—¿ Y qué es ser hermana?

—¿ Ser hermana? Ser hermana es...

—Vivir en la misma casa —acabó la niña.

Un día llegó la niña llorando y mostrando un dedo

en que le había picado una abeja. Lo primero que se le ocurrió a la tía fué ver si con su boca, chupándose, podía extraerle el veneno como había leído que se hace con el de ciertas culebras. Luego declararon los niños, y se les unió el padre, que no dejarían viva a ninguna de las abejas que venían al jardín, que las perseguirían a muerte.

—No, eso sí que no —exclamó Gertrudis—; a las abejas no las toca nadie.

—¿Por qué? ¿Por la miel? —preguntó Ramiro.

—No las toca nadie, he dicho.

—Pero si no son madres, Gertrudis.

—Lo sé, lo sé bien. He leído en uno de esos libros tuyos lo que son las abejas, lo he leído. Sé lo que son las abejas éstas, las que pican y hacen la miel; sé lo que es la reina y sé también lo que son los zánganos.

—Lon zánganos somos nosotros, los hombres.

—¡Claro está!

—Pues mira, voy a meterme en política; me van a presentar candidato a diputado provincial.

—¿De veras? —preguntó Gertrudis, sin poder disimular su alegría.

—¿Tanto te place?

—Todo lo que te distraiga.

—Faltan once meses, Gertrudis...

—¿Para qué?, ¿para la elección?

—¡Para la elección, sí!

X

Y era lo cierto que en el alma cerrada de Gertrudis se estaba desencadenando una brava galerna. Su cabeza reñía con su corazón, y ambos, corazón y cabeza, reñían con ella, con algo más ahincado, más

entrañado, más íntimo, con algo que era como el tuétano de los huesos de su espíritu.

A solas, cuando Ramiro estaba ausente del hogar, cojía al hijo de éste y de Rosa, a Ramirín, al que llamaba su hijo, y se lo apretaba al seno virgen, palpitante de congoja y henchido de zozobra. Y otras veces se quedaba contemplando el retrato de la que fué, de la que era todavía su hermana y como interrogándole si había querido de veras que ella, que Gertrudis, le sucediese en Ramiro. “Sí, me dijo que yo había de llegar a ser la madre de su hombre, su otra mujer —se decía—, pero no pudo querer eso, no, no pudo quererlo...; yo, en su caso, al menos, no lo habría querido, no podría haberlo querido... ¿De otra? ¡No! ¡De otra, no! ¡Ni después de mi muerte! ¡Ni de mi hermana...! ¡De otra, no! No se puede ser más que de una... No, no pudo querer eso; no pudo querer que entre él, entre su hombre, entre el padre de sus hijos y yo se interpusiese su sombra... ¡no pudo querer eso! Porque cuando él estuviese a mi lado, arrimado a mí, carne a carne, ¿quién me dice que no estuviese pensando en ella? Yo no sería sino el recuerdo..., ¡algo peor que el recuerdo de la otra! No, lo que me pidió es que impida que sus hijos tengan madrastra. ¡Y lo impediré! Y casándome con Ramiro, entregándole mi cuerpo y no sólo mi alma, no lo impediría... Porque entonces sí que sería madrastra. Y más si llegaba a darme hijos de mi carne y de mi sangre...” Y esto de los hijos de la carne hacía palpar de sagrado terror el tuétano de los huesos del alma de Gertrudis, que era toda maternidad, pero maternidad de espíritu.

Y encerrábase en su cuarto, en su recatada alcoba, a llorar al pie de una imagen de la Santísima Virgen Madre, a llorar, mientras susurraba: “el fruto de tu vientre...”

Una vez que tenía apretado a su seno a Ramirín, éste le dijo:

—¿Por qué lloras, mamita? —pues hábale enseñado a llamarla así.

—Si no lloro...

—Sí lloras...

—¿Pero es que me ves llorar?

—No, pero te siento que lloras... Estás llorando...

—Es que me acuerdo de tu madre.

—Pues ¿no dices que lo eres tú?

—Sí, pero de la otra, de mamá Rosa...

—¡Ah, sí!; la que se murió..., la de papá...

—¡Sí; la de papá!

—¿Y por qué papá nos dice que no te llamemos mamá, sino tía, tía Tula, y tú nos dices que te llamemos mamá, y no tía, ni tía Tula...?

—Pero ¿es que papá os dice eso?

—Sí, nos ha dicho que todavía no eres nuestra mamá, que todavía no eres más que nuestra tía.

—¿Todavía?

—Sí: nos ha dicho que todavía no eres nuestra mamá, pero que lo serás... Sí, que vas a ser nuestra mamá, cuando pasen unos meses...

“Entonces sería vuestra madrastra” —pensó Gertrudis, pero no se atrevió a desnudar este pensamiento pecaminoso ante el niño.

—Bueno, mira, no hagas caso de esas cosas, hijo mío...

Y cuando luego llegó Ramiro, el padre, le llamó aparte y severamente le dijo:

—No andes diciéndole al niño esas cosas. No le digas que yo no soy todavía más que su tía, la tía Tula, y que seré su mamá. Eso es corromperle, eso es abrirle los ojos sobre las cosas que no debe ver. Y si lo haces por influir con él sobre mí, si lo haces por moverme...

—Me dijiste que te tomabas un plazo...

—Bueno, si lo haces por eso, piensa en el papel que haces hacer a tu hijo, un papel de...

—¡ Bueno, calla!

—Las palabras no me asustan, pero lo callaré. Y tú piensa en Rosa, recuerda a Rosa, ¡tu primer... amor!

—¡ Tula!

—Basta. Y no busques madrastra para tus hijos, que tienen madre.

XI

“Esto necesita campo”, se dijo Gertrudis, e indicó a Ramiro la conveniencia de que todos ellos se fuesen a veranear a un pueblecito costero que tuviese montaña, dominando al mar y por éste dominada. Buscó un lugar que no fuese muy de moda, pero donde Ramiro pudiese encontrar compañeros de tresillo, pues tampoco le quería obligado a la continua compañía de los suyos. Era un género de soledad a que Gertrudis temía.

Allí todos los días salían de paseo, por la montaña, dando vista al mar, entre madroñales, ellos dos, Gertrudis y Ramiro, y los tres niños: Ramirín, Rosa y Elvira. Jamás, ni aun allí donde no los conocían —es decir, allí menos—, se hubiese arriesgado Gertrudis a salir de paseo con su cuñado, solos los dos. Al llegar a un punto en que un tronco tendido en tierra, junto al sendero, ofrecía, a modo de banco rústico, asiento, sentábanse en él ellos dos, cara al mar, mientras los niños jugaban allí cerca, lo más cerca posible. Una vez que Ramiro quiso que se sentaran en el suelo, sobre la yerba montañesa, Gertrudis le contestó:

—¡ No, en el suelo, no! Yo no me siento en el

suelo, sobre la tierra, y menos junto a ti y ante los niños...

—Pero si el suelo está limpio..., si hay yerba...

—¡Te he dicho que no me siento así! ¡No, la postura no es cómoda!... ¡Peor que incómoda!

Desde aquel tronco, mirando al mar, hablaban de mil nonadas, pues en cuanto el hombre deslizaba la conversación a senderos de lo por pacto tácito ya vedado de hablar entre ellos, la tía tenía en la boca un “¡Ramirín!” o “¡Rosita!” o “¡Elvira!” Le hablaba ella del mar y eran sus palabras, que le llegaban a él envueltas en el rumor no lejano de las olas, como la letra vaga de un canto de cuna para el alma. Gertrudis estaba brizando la pasión de Ramiro para adormecérsela. No le miraba casi nunca entonces, miraba al mar; pero en él, en el mar, veía reflejada por misterioso modo la mirada del hombre. El mar purísimo les unía las miradas y las almas.

Otras veces íbanse al bosque, a un castañar, y allí tenía ella que vigilarle, vigilarle y vigilar a los niños con más cuidado. Y también allí encontró el tronco derribado que le sirviese de asiento.

Quería atemperarle a una vida de familia purísima y campesina, hacer que se acostase cansado de luz y de aire libres, que se durmiese oyendo fuera al grillo, para dormir sin ensueños, que le despertase el canto del gallo y el trajineo de los campesinos y los marineros.

Por las mañanas bajaban a una pequeña playa, donde se reunía la pequeña colonia veraniega. Los niños, descalzos, entreteníanse, después del baño, en desviar con los pies el curso de un pequeño arroyuelo vagabundo e indeciso, que por la arena desaguaba en el mar. Ramiro se unió alguna vez a este juego de los niños.

Pero Gertrudis empezó a temer. Se había equivocado en sus precauciones. Ramiro huía del tres-

llo con sus compañeros de colonia veraniega y parecía espiar más que nunca la ocasión de hallarse a solas con su cuñada. La casita que habitaban tenía más de tienda de gitanos trashumantes que de otra cosa. El campo, en vez de adormecer, no la pasión, el deseo de Ramiro, parecía como si lo excitase más, y ella misma, Gertrudis, empezó a sentirse desasosegada. La vida se les ofrecía más al desnudo en aquellos campos, en el bosque, en los repliegues de la montaña. Y luego había los animales domésticos, los que cría el hombre, con los que era mayor allí la convivencia. Gertrudis sufría al ver la atención con que los pequeños, sus sobrinos, seguían los juegos del averío. No, el campo no rendía una lección de pureza. Lo puro allí era hundir la mirada en el mar. Y aun el mar... La brisa marina les llegaba como un agujón.

—¡Mira qué hermosura! —exclamó Gertrudis una tarde, al ocaso, en que estaban sentados frente al mar.

Era la luna llena, roja sobre su palidez, que surgía de las olas como una flor gigantesca y solitaria en un yermo palpitante.

—¿Por qué le habrán cantado tanto a la luna los poetas? —dijo Ramiro—. ¿Por qué será la luz romántica y de los enamorados?

—No lo sé, pero se me ocurre que es la única tierra, porque es una tierra..., que vamos sabiendo que nunca llegaremos a ella..., es lo inaccesible. El sol no, el sol nos rechaza; gustamos de bañarnos en su luz, pero sabemos que es inhabitable, que en él nos quemaríamos, mientras que en la luna creemos que se podría vivir y en paz y crepúsculo eternos, sin tormentas, pues no la vemos cambiar, pero sentimos que no se puede llegar a ella. Es lo intangible...

—Y siempre nos da la misma cara..., esa cara tan triste y tan seria..., es decir, siempre no, por-

que la va velando poco a poco y la oscurece del todo y otras veces parece una hoz...

—Sí —y al decirlo parecía como que Gertrudis seguía sus propios pensamientos sin oír los de su compañero, aunque no era así—; siempre enseña la misma cara porque es constante, es fiel. No sabemos cómo será por el otro lado..., cuál será su otra cara...

—Y eso añade a su misterio.

—Puede ser..., puede ser... Me explico que alguien anhele llegar a la luna..., ¡lo imposible!..., para ver cómo es por el otro lado..., para conocer y explorar su otra cara...

—La oscura...

—¿La oscura? ¡Me parece que no! Ahora que esta que vemos está iluminada, la otra estará a oscuras, pero o yo sé poco de estas cosas o cuando esta cara se oscurece del todo, en luna nueva, está en luz por el otro, es luna llena de la otra parte...

—¿Para quién?

—¿Cómo para quién?...

—Sí, que cuando el otro lado alumbra..., ¿para quién?

—Para el cielo, y basta. ¿O es que la luna la hizo Dios no más que para alumbrarnos de noche a nosotros, los de la tierra? ¿O para que hablemos estas tonterías?

—Pues bien, mira, Tula...

—¡Rosita!

Y no le dejó comentar la intangibilidad y la plenitud de la luna.

Cuando ella le habló de volver ya a la ciudad, apresuróse él a aceptarlo. Aquella temporada en el campo, entre la montaña y el mar, había sido estéril para sus propósitos. “Me he equivocado —se decía también él—; aquí está más segura que allí, que en casa; aquí parece embozarse en la montaña, en

el bosque, como si el mar le sirviese de escudo; aquí es tan intangible como la luna, y entre tanto este aire de salina filtrado por entre rayos de sol enciende la sangre..., y ella me parece aquí fuera de su ámbito y como si temiese algo; vive alerta y diríase que no duerme...” Y ella a su vez se decía: “No, la pureza no es del campo: la pureza es de celda, de claustro y de ciudad; la pureza se desarrolla entre gentes que se unen en mazorcas de viviendas para mejor aislarse; la ciudad es monasterio, convento de solitarios; aquí la tierra, sobre que casi se acuestan, las une y los animales son otras tantas serpientes del paraíso... ¡A la ciudad, a la ciudad!”

En la ciudad estaba su convento, su hogar, y en él su celda. Allí adormecería mejor a su cuñado. ¡Oh!, si pudiese decir de él —pensaba— lo que Santa Teresa en una carta —Gertrudis leía mucho a Santa Teresa— decía de su cuñado don Juan de Ovalle, marido de doña Juana de Ahumada: “El es de condición en cosas muy aññado...” ¿Cómo le aññaría?

XII

Al fin, Gertrudis no pudo con su soledad y decidió llevar su congoja al padre Alvarez, su confesor, pero no su director espiritual. Porque esta mujer había rehuído siempre ser dirigida, y menos por un hombre. Sus normas de conducta moral, sus convicciones y creencias religiosas se las había formado ella con lo que oía a su alrededor y con lo que leía, pero las interpretaba a su modo. Su pobre tío, don Primitivo, el sacerdote ingenuo que las había criado a las dos hermanas y les enseñó el catecismo de la doctrina cristiana, explicado según el *Mazo*, sintió siempre un profundo respeto por la inteligencia de

su sobrina Tula, a la que admiraba. "Si te hicieses monja —solía decirle—, llegarías a ser otra Santa Teresa... ¡Qué cosas se te ocurren, hija!..." Y otras veces: "Me parece que eso que dices, Tulilla, huele un poco a herejía. ¡Hum! No lo sé..., no lo sé... porque no es posible que te inspire herejías el ángel de tu guarda, pero eso me suena así como a..., ¡qué sé yo!..." Y ella le contestaba riendo: "Sí tío, son tonterías que se me ocurren, y ya que dice usted que huele a herejía no lo volveré a pensar." Pero ¿quién pone barreras al pensamiento?

Gertrudis se sintió siempre sola. Es decir, sola para que la ayudaran, porque para ayudar ella a los otros, no, no estaba sola. Era como una huérfana cargada de hijos. Ella sería el báculo de todos los que la rodearan; pero si sus piernas flaquearan, si su cabeza no le mantuviese firme en su sendero, si su corazón empezaba a bambolear y enflaquecer, ¿quién la sostendrá a ella?, ¿quién sería su báculo? Porque ella, tan henchida del sentimiento, de la pasión mejor, de la maternidad, no sentía la filialidad. "¿No es esto orgullo?", se preguntaba.

No pudo al fin con esta soledad y decidió llevar a su confesor, al padre Alvarez, su congoja. Y le contó la declaración y proposición de Ramiro, y hasta lo que les había dicho a los niños de que no le llamasen a ella todavía madre, y las razones que tenía para mantener la pureza de aquel hogar y cómo no quería entregarse a hombre alguno, sino reservarse para mejor consagrarse a los hijos de Rosa.

—Pero lo de su cuñado lo encuentro muy natural —arguyó el buen padre de almas.

—Es que no se trata ahora de mi cuñado, padre, sino de mí; y no creo que haya acudido a usted también en busca de alianza...

—¡No, no, hija; no!

—Como dicen que en los confesonarios se confectonan bodas y que ustedes, los padres, se dedican a casamenteros...

—Yo lo único que digo ahora, hija, es que es muy natural que su cuñado, viudo y joven y fuerte, quiera volver a casarse, y más natural, y hasta santo, que busque otra madre para sus hijos...

—¿Otra? ¡Ya la tiene!

—Sí, pero..., y si ésta se va...

—¿Irme? ¿Yo? Estoy obligada a esos niños como estaría su madre de carne y sangre si viviese.

—Y luego eso da que hablar.

—De lo que hablen, padre, ya le he dicho que nada se me da...

—¿Y si lo hiciese precisamente por eso, porque hablen? Examínese y mire si no entra en ello un deseo de afrontar las preocupaciones ajenas, de desafiar la opinión pública...

—Y si así fuese, ¿qué?

—Que eso sí que es pecaminoso. Y después de todo, la cuestión es otra.

—¿Cuál es la cuestión?

—La cuestión es si usted le quiere o no. Esta es la cuestión. ¿Le quiere usted, sí o no?

—¡Para marido..., no!

—Pero ¿le rechaza?

—¡Rechazarle..., no!

—Si cuando se dirigió a su hermana, la difunta, se hubiera dirigido a usted...

—¡Padre! ¡Padre! —y su voz gemía.

—Sí, por ahí hay que verlo...

—¡Padre; que eso no es pecado!...

—Pero ahora se trata de dirección espiritual, de tomar consejo... Y sí, es pecado, es acaso pecado... Tal vez hay aquí unos viejos celos...

—¡Padre!

—Hay que ahondar en ello. Acaso no le ha perdonado aún.

—Le he dicho, padre, que le quiero, pero no para marido. Le quiero como a un hermano, como a un más que hermano, como al padre de mis hijos, porque éstos, sus hijos, lo son míos de lo más dentro mío, de todo mi corazón; pero para marido, no. Yo no puedo ocupar en su cama el sitio que ocupó mi hermana... Y, sobre todo, yo no quiero, no debo darles madrastra a mis hijos...

—¿Madrastra?

—Sí, madrastra. Si yo me caso con él, con el padre de los hijos de mi corazón, les daré madrastra a éstos, y más si llego a tener hijos de carne y sangre con él. Esto, ahora ya..., ¡nunca!

—Ahora ya...

—Sí, ahora que yo tengo a los de mi corazón..., mis hijos...

—Pero piense en él, en su cuñado, en su situación...

—¿Que piense?...

—¡Sí! ¿Y no tiene compasión de él?

—Sí que la tengo. Y por eso le ayudo y le sostengo. Es como otro hijo mío.

—Le ayuda..., le sostiene...

—Sí, le ayudo y le sostengo a ser padre...

—A ser padre..., a ser padre... Pero él es un hombre...

—¡Y yo una mujer!

—Es débil...

—¿Soy yo fuerte?

—Más de lo debido.

—¿Más de lo debido? ¿Y lo de la mujer fuerte?

—Es que esa fortaleza, hija mía, puede alguna vez ser dureza, ser crueldad. Y es dura con él, muy dura. ¿Que no le quiere como a marido? ¡Y qué importa! Ni hace falta eso para casarse con un hom-

bre. Muchas veces tiene que casarse una mujer con un hombre por compasión, por no dejarle solo, por salvarle, por salvar su alma...

—Pero si no le dejo solo...

—Sí, sí, le deja solo. Y creo que me comprende sin que se lo explique más claro...

—Sí, sí que se lo comprendo; pero no quiero comprenderlo. No está solo. ¡Quién está sola soy yo! Sola..., sola..., siempre sola...

—Pero ya sabe aquello de “más vale casarse que abrasarse”...

—Pero si no me abraso...

—¿No se queja de su soledad?

—No es soledad de abrasarse; no es esa soledad a que usted, padre, alude. No, no es ésa. No me abraso...

—¿Y si se abrasa él?

—Que se refresque en el cuidado y amor de sus hijos.

—Bueno; pero ya me entiende.

—Demasiado.

—Y por si no, le diré más claro aún que su cuñado corre peligro, y que si cae en él, le cabrá culpa.

—¿A mí?

—¡Claro está!

—No lo veo tan claro. Como no soy hombre...

—Me dijo que uno de sus temores de casarse con su cuñado era el de tener hijos con él, ¿no es así?

—Sí, así es. Si tuviésemos hijos, llegaría yo a ser, quieras o no, madrastra de los que me dejó mi hermana.

—Pero el matrimonio no se instituyó sólo para hacer hijos.

—Para casar y dar gracia a los casados y que críen hijos para el cielo.

—Dar gracia a los casados... ¿Lo entiende?

—Apenas...

—Que vivan en gracia, libres de pecado.

—Ahora lo entiendo menos.

—Bueno, pues que es un remedio contra la sensualidad.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Qué?

—Pero ¿por qué se pone así?... ¿Por qué se altera?...

—¿Qué es el remedio contra la sensualidad? ¿El matrimonio o la mujer?

—Los dos... La mujer... y... el hombre.

—¡Pues no, padre, no, no y no! ¡Yo no puedo ser remedio contra nada! ¿Qué es eso de considerarme remedio? ¡Y remedio... contra eso! No, me estimo en más...

—Pero si es que...

—No, ya no sirve. Yo, si él no tuviera hijos de mi hermana, acaso me habría casado con él para tenerlos..., para tenerlos de él..., pero ¿remedio? ¿Y a eso? ¿Yo remedio? ¡No!

—Y si antes de haber solicitado a su hermana la hubiera solicitado...

—¿A mí? ¿Antes? ¿Cuando nos conoció? No hablemos ya más, padre, que no podemos entendernos, pues veo que hablamos lenguas diferentes. Ni yo sé la de usted, ni usted sabe la mía.

Y dicho esto, se levantó de junto al confesonario. Le costaba andar; tan doloridas le habían quedado del arrodillamiento las rodillas. Y a la vez le dolían las articulaciones del alma, y sentía su soledad más hondamente que nunca. “¡No, no me entiende —se decía—, no me entiende! ¡Hombre al fin! Pero ¿me entiendo yo misma? ¿Es que me entiendo? ¿Le quiero o no le quiero? ¿No es soberbia esto? ¿No es la triste pasión solitaria del armíño, que por no mancharse no se echa a nado en un lodazal a salvar a su compañero?... No lo sé..., no lo sé...”

XIII

Y de pronto observó Gertrudis que su cuñado era otro hombre, que celaba algún secreto, que andaba caviloso y desconfiado, que salía mucho de casa, pero aquellas más largas ausencias del hogar no le engañaron. El secreto estaba en él, en el hogar. Y a fuerza de paciente astucia logró sorprender miradas de conocimiento íntimo entre Ramiro y la criada de servicio.

Era Manuela una hospiciana de diecinueve años, enfermiza y pálida, de un brillo febril en los ojos, de maneras sumisas y mansas, de muy pocas palabras, triste casi siempre. A ella, a Gertrudis, ante quien sin saber por qué temblaba, llamábale “señora”. Ramiro quiso hacer que le llamase “señorita”.

—No, llámeme así, señora; nada de señorita...

En general parecía como que la criada le temiera, como avergonzada o amedrentada en su presencia. Y a los niños los evitaba y apenas si les dirigía la palabra. Ellos, por su parte, sentían una indiferencia rayana en despego hacia la Manuela. Y hasta alguna vez se burlaban de ella, por ciertas maneras de hablar, lo que la ponía de grana. “Lo extraño es —pensaba Gertrudis— que a pesar de todo no quiera irse... Tiene algo de gata esta mozuela.” Hasta que se percató de lo que podría haber escondido.

Un día logró sorprender a la pobre muchacha cuando salía del cuarto de Ramiro, del señorito —porque a éste sí que le llamaba así—, toda encendida y jadeante. Cruzáronse las miradas, y la criada rindió la suya. Pero llegó otro en que el niño, Ramirín, se fué a su tía y le dijo:

—Dime, mamá Tula, ¿es Manuela también hermana nuestra?

—Ya te tengo dicho que todos los hombres y mujeres somos hermanos.

—Sí, pero como nosotros, los que vivimos juntos...

—No, porque aunque vive aquí, ésta no es su casa.

—¿Y cuál es su casa?

—¿Su casa? No lo quieras saber. ¿Y por qué me preguntas eso?

—Porque le he visto a papá que la estaba besando...

Aquella noche, luego que hubieron acostado a los niños, dijo Gertrudis a Ramiro:

—Tenemos que hablar.

—Pero si aún faltan ocho meses...

—¿Ocho meses?

—¿No hace cuatro que me diste un año de plazo?

—No se trata de eso, hombre, sino de algo más serio.

A Ramiro se le paró el corazón y se puso pálido.

—¿Más serio?

—Más serio, sí. Se trata de tus hijos, de su buena crianza, y se trata de esa pobre hospiciiana, de la que estoy segura que estás abusando.

—Y si así fuese, ¿quién tiene la culpa de eso?

—¿Y aún lo preguntas? ¿Acaso querrás también culparme de ello?

—¡Claro que sí!

—Pues bien, Ramiro; se ha acabado ya aquello del año; no hay plazo ninguno; no puede ser, no puede ser. Y ahora sí que me voy, y, diga lo que dijere la ley, me llevaré a los niños conmigo, es decir, se irán conmigo.

—Pero ¿estás loca, Gertrudis?

—Quien está loco eres tú.

—Pero ¿qué querías?...

—Nada, o yo o ella. O me voy, o echas a esa criadita de casa.

Siguió un congojoso silencio.

—No la puedo echar, Gertrudis, no la puedo echar. ¿Adónde se va? ¿Al hospicio otra vez?

—A servir a otra casa.

—No la puedo echar, Gertrudis, no la puedo echar —y el hombre rompió a llorar.

—¡Pobre hombre! —murmuró ella poniéndole la mano sobre la suya—. Me das pena.

—Ahora, ¿eh?, ¿ahora?

—Sí, me das lástima... Estoy ya dispuesta a todo.

—¡Gertrudis! ¡Tula!

—Pero has dicho que no la puedes echar...

—¿Qué, pues?, ¿que no va sola?

—Es verdad; no la puedo echar —y volvió a abatirse.

—No, no irá sola.

—Los ocho meses del plazo, ¿eh?

—¡Estoy perdido, Tula, estoy perdido!

—No; la que está perdida es ella, la huérfana, la hospiciana, la sin amparo.

—Es verdad, es verdad...

—Pero no te aflijas así, Ramiro, que la cosa tiene fácil remedio...

—¿Remedio? ¿Y fácil? —y se atrevió a mirarle a la cara.

—Sí; casarte con ella.

Un rayo que le hubiese herido no le habría dejado más deshecho que esas palabras sencillas.

—¡Que me case! ¡Que me case con la criada! ¿Que me case con una hospiciana? ¡Y me lo dices tú!...

—¡Y quién, si no, había de decírtelo! Yo, la verdadera madre hoy de tus hijos.

—¿Que les dé madrastra?

—¡No, eso no!, que aquí estoy yo para seguir siendo su madre. Pero que des padre al que haya

de ser tu nuevo hijo, y que le des madre también. Esa hospiciana tiene derecho a ser madre, tiene ya el deber de serlo, tiene derecho a su hijo y al padre de su hijo.

—Pero, Gertrudis...

—Cásate con ella, te he dicho; y te lo dice Rosa. Sí —y su voz serena y pastosa resonó como una campana—. Rosa, tu mujer, te dice por mi boca que te cases con la hospiciana. ¡Manuela!

—¡Señora! —se oyó como un gemido, y la pobre muchacha, que acurrucada junto al fogón, en la cocina, había estado oyéndolo todo, no se movía de su sitio. Volvió a llamarla, y después de otro “¡Señora!” tampoco se movió.

—Ven acá, o iré a traerte.

—¡Por Dios! —suplicó Ramiro.

La muchacha apareció cubriéndose la llorosa cara con las manos.

—Descubre la cara y míranos.

—¡No, señora, no!

—Sí, míranos. Aquí tienes a tu amo, a Ramiro, que te pide perdón por lo que de ti ha hecho.

—Perdón, yo, señora, y a usted...

—No, te pide perdón y se casará contigo.

—¡Pero, señora! —clamó Manuela, a la vez que Ramiro clamaba:

—¡Pero Gertrudis!

—Lo he dicho; se casará contigo. Así lo quiere Rosa. No es posible dejarte así. Porque tú estás ya..., ¿no es eso?

—Creo que sí, señora; pero yo...

—No llores así ni hagas juramentos; sé que no es tuya la culpa...

—Pero se podría arreglar...

—Bien sabe aquí, Manuela —dijo Ramiro—, que nunca he pensado abandonarla... Yo le colocaría...

—Sí, señora, sí; yo me contento...

—No; tú no debes contentarte con eso que ibas a decir. O mejor, aquí Ramiro no puede contentarse con eso. Tú te has criado en el hospicio, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Pues tu hijo no se criará en él. Tiene derecho a tener padre, a su padre, y le tendrá. Y ahora vete, vete a tu cuarto, y déjanos.

Y cuando quedaron Ramiro y ella a solas:

—Me parece que no dudarás ni un momento...

—¡Pero eso que pretendes es una locura, Gertrudis!

—La locura, peor que la locura, la infamia, sería lo que pensabas.

—Consúltalo siquiera con el padre Alvarez.

—No lo necesito. Lo he consultado con Rosa.

—Pero si ella te dijo que no dices madrastra a sus hijos...

—¿A sus hijos? ¡Y tuyos!

—Bueno, sí, a nuestros hijos...

—Y no les daré madrastra. De ellos de los nuestros seguiré siendo yo la madre, pero del de ésa...

—Nadie le quitará de ser madre...

—Sí; tú, si no te casas con ella. Eso no será ser madre...

—Pues ella...

—¿Y qué? ¿Porque ella no ha conocido a la suya pretendes tú que no lo sea como es debido?

—Pero fíjate en que esta chica...

—Tú eres quien debió fijarse...

—Es una locura..., una locura...

—La locura ha sido antes. Y ahora piénsalo, que si no haces lo que debes el escándalo lo daré yo. Lo sabrá todo el mundo.

—¡Gertrudis!

—Cásate con ella, y se acabó.

XIV

Una profunda tristeza henchía aquel hogar después del matrimonio de Ramiro con la hospiciana. Y ésta parecía aún más que antes la criada, la sirvienta, y más que nunca Gertrudis el ama de la casa. Y esforzábese ésta más que nunca por mantener al nuevo matrimonio apartado de los niños, y que éstos se percataran lo menos posible de aquella convivencia íntima. Mas hubo que tomar otra criada y explicar a los pequeños el caso.

Pero, ¿cómo explicarles el que la antigua criada se sentara a la mesa a comer con los de casa? Porque esto exigió Gertrudis.

—Por Dios, señora —suplicaba Manuela—, no me avergüence así..., mire que me avergüenza... Hacerme que me siente a la mesa con los señores, y sobre todo con los niños..., y que hable de tú al señorito..., ¡eso nunca!

—Háblale como quieras, pero es menester que los niños, a los que tanto temes, sepan que eres de la familia. Y ahora una vez arreglado esto, no podrán ya sorprender intimidades a hurtadillas. Ahora os recataréis mejor. Porque antes el querer ocultaros de ellos os delataba.

La preñez de Manuela fué, en tanto, molestísima. Su fragilísima fábrica de cuerpo la soportaba mal. Y Gertrudis, por su parte, le recomendaba que ocultase a los niños lo anormal de su estado.

Ramiro vivía sumido en una resignada desesperación y más entregado que nunca al albedrío de Gertrudis.

—Sí, bien lo comprendo ahora —decía—, no ha habido más remedio; pero...

—¿Te pesa? —le preguntaba Gertrudis.

—De haberme casado, ¡no! De haber tenido que volverme a casar, ¡sí!

—Ahora no es ya tiempo de pensar en eso; ¡pecho a la vida!

—¡Ah, si tú hubieras querido, Tula!

—Te di un año de plazo; ¿has sabido guardarlo?

—¿Y si lo hubiese guardado como tú querías, al fin de él qué, dime? Porque no me prometiste nada.

—Aunque te hubiese prometido algo habría sido igual. No; habría sido peor aún. En nuestras circunstancias, el haberte hecho una promesa, el haberte sólo pedido una dilación para nuestro enlace, habría sido peor.

—Pero si hubiese guardado la tregua, como tú querías que la guardase, dime: ¿qué habrías hecho?

—No lo sé.

—Que no lo sabes... Tula... Que no lo sabes...

—No, no lo sé; te digo que no lo sé.

—Pero tus sentimientos...

—Piensa ahora en tu mujer, que no sé si podrá soportar el trance en que la pusiste. ¡Es tan endeble la pobrecilla! Y está tan llena de miedo... Sigue asustada de ser tu mujer y ama de su casa.

Y cuando llegó el peligroso parto repitió Gertrudis las abnegaciones que en los partos de su hermana tuviera, y recogió al niño, una criatura menguada y debilísima, y fué quien lo enmantilló y quien se lo presentó a su padre.

—Aquí le tienes, hombre; aquí le tienes.

—¡Pobre criatura! —exclamó Ramiro, sintiendo que se le derretían de lágrimas las entrañas a la vista de aquel mezquino rollo de carne viviente y sufriente.

—Pues es tu hijo, un hijo más... Es un hijo más que nos llega.

—¿Nos llega? ¿También a ti?

—Sí, también a mí; no he de ser madrastra para él, yo que hago que no la tengan los otros.

Y así fué que no hizo distinción entre unos y otros.

—Eres una santa, Gertrudis —le decía Ramiro—, pero una santa que ha hecho pecadores.

—No digas eso; soy una pecadora que me esfuerzo por hacer santos; santos a tus hijos, a ti y a tu mujer.

—¡Mi mujer!...

—Tu mujer, sí; la madre de tu hijo. ¿Por qué la tratas con ese cariñoso despego y como a una carga?

—¿Y qué quieres que haga, que me enamore de ella?

—Pero ¿no lo estabas cuando la sedujiste?

—¿De quién? ¿De ella?

—Ya lo sé, ya sé que no; pero lo merece la pobre...

—¡Pero si es la menor cantidad de mujer posible, si no es nada!

—No, hombre, no; es más, es mucho más de lo que tú crees. Aún no la has conocido.

—Si es una esclava...

—Puede ser, pero debes libertarla... La pobre está asustada..., nació asustada... Te aprovechaste de su susto...

—No sé, no sé cómo fué aquello...

—Así sois los hombres; no sabéis lo que hacéis ni pensáis en ello. Hacéis las cosas sin pensarlas...

—Peor es muchas veces pensarlas y no hacerlas...

—¿Y por qué lo dices?

—No, nada; por nada...

—¿Tú crees, sin duda, que yo no hago más que pensar?

—No, no he dicho que crea eso...

—Sí, tú crees que yo no soy más que pensamiento...

XV

De nuevo la pobre Manuela, la hospiciiana, la esclava, hallábase preñada. Y Ramiro muy malhumorado con ello.

—Como si uno no tuviese bastante con los otros... —decía.

—¡Y yo qué quieres que le haga! —exclamaba la víctima.

—Después de todo, tú lo has querido así —concluía Gertrudis.

Y luego, aparte, volvía a reprenderle por el trato de compasivo despego que daba a su mujer. La cual soportaba esta preñez aún peor que la otra.

—Me temo por la pobre muchacha —vaticinó don Juan, el médico, un viudo que menudeaba sus visitas.

—¿Cree usted que corre peligro? —le preguntó Gertrudis.

—Esta pobre chica está deshecha por dentro; es una tísica consumada y consumida. Resistirá, es lo más probable, hasta dar a luz, pues la Naturaleza, que es muy sabia...

—¡La Naturaleza, no! La Santísima Virgen Madre, don Juan —le interrumpió Gertrudis.

—Como usted quiera; me rindo, como siempre, a su superior parecer. Pues, como decía, la Naturaleza o la Virgen, que para mí es lo mismo...

—No, la Virgen es la Gracia...

—Bueno, pues la Naturaleza, la Virgen, la Gracia o lo que sea, hace que en estos casos la madre se defiende y resista hasta que dé a luz el nuevo ser. Ese inocente pequeñuelo le sirve a la pobre madre futura como escudo contra la muerte.

—¿Y luego?

—¿Luego? Que probablemente tendrá usted que criar sola, sirviéndose de una ama de cría, por supuesto, un crío más. Tiene ya cuatro; cargará con cinco.

—Con todos los que Dios me mande.

—Y que probablemente, no digo que seguramente, a no tardar mucho, don Ramiro volverá a quedar libre —y miró fijamente con sus ojillos grises a Gertrudis.

—Y dispuesto a casarse por tercera vez —agregó ésta haciéndose la desentendida.

—¡Eso sería ya heroico!

—Y usted, puesto que permanece viudo, y viudo sin hijos, es que no tiene madera de héroe.

—¡Ah, doña Gertrudis, si yo pudiese hablar!

—¡Pues cállese usted!

—Me callo.

Le tomó la mano, reteniéndosela un rato, y dándole con la otra suya unos golpecitos, añadió con un suspiro:

—Cada hombre es un mundo, Gertrudis.

—Y cada mujer, una luna, ¿no es eso, don Juan?

—Cada mujer puede ser un cielo.

“Este hombre me dedica un cortejo platónico”, se dijo Gertrudis.

Cuando en la casa temían por la pobre Manuela y todos los cuidados eran para ella, cayó de pronto en cama Ramiro, declarándosele desde luego una pulmonía. La pobre hospiciiana quedóse como atontada.

—Déjame a mí, Manuela —le dijo Gertrudis—; tú cuidate y cuida a lo que llevas contigo. No te empeñes en atender a tu marido, que eso puede agravarte...

—Pero yo debo...

—Tú debes cuidar de lo tuyo.

—Y mi marido, ¿no es mío?

—No, ahora no; ahora es tuyo tu hijo que está por venir.

La enfermedad de Ramiro se agravaba.

—Temo complicaciones al corazón —sentenció don Juan—. Le tiene débil; claro, ¡los pesares y disgustos!

—Pero ¿se morirá, don Juan? —preguntó henchida de angustia Gertrudis.

—Todo pudiera ser...

—Sálvele, don Juan, sálvele, como sea...

—¡Qué más quisiera yo!...

—¡Ah, qué desgracia! ¡Qué desgracia! —y por primera vez se le vió a aquella mujer tener que sentarse y sufrir un desvanecimiento.

—Es, en efecto, terrible —dijo el médico en cuanto Gertrudis se repuso— dejar así cuatro hijos, ¿qué digo, cuatro?, cinco se puede decir, ¡y esa pobre viuda tal como está!...

—Eso es lo de menos, don Juan; para todo eso me basto y me sobro yo. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Y el médico se fué diciéndose: “Está visto; esta cuñadita contaba con volver a tenerle libre a su cuñado. Cada persona es un mundo y algunos varios mundos. Pero ¡qué mujer! ¡Es toda una mujer! ¡Qué fortaleza! ¡Qué sagacidad! ¡Y qué ojos! ¡Qué cuerpo! ¡Irradia fuego!”

Ramiro, una tarde en que la fiebre, remitiéndosele, habíale dejado algo más tranquilo, llamó a Gertrudis, le rogó que cerrara la puerta de la alcoba, y le dijo:

—Yo me muero, Tula, yo me muero sin remedio. Siento que el corazón no quiere ya marchar, a pesar de todas las inyecciones; yo me muero...

—No pienses en eso, Ramiro.

Pero ella también creía en aquella muerte.

—Me muero, y es hora, Tula, de decirte toda la verdad. Tú me casaste con Rosa.

—Como no te decidías y dabas largas.

—¿Y sabes por qué?

—Sí, lo sé, Ramiro.

—Al principio, al veros, al ver a la pareja, sólo reparé en Rosa; era a quien se le veía de lejos; pero al acercarme, al empezar a frecuentaros, sólo te vi a ti, pues eras la única a quien desde cerca se veía. De lejos te borraba ella; de cerca la borrabas tú.

—No hables así de mi hermana, de la madre de tus hijos.

—No; la madre de mis hijos eres tú, tú, tú.

—No pienses ahora sino en Rosa, Ramiro.

—A la que me juntaré pronto, ¿no es eso?

—¡Quién sabe!... Piensa en vivir, en tus hijos...

—A mis hijos les quedas tú, su madre.

—Y en Manuela, en la pobre Manuela...

—Aquel plazo fatal, Tula, aquel plazo fatal.

Los ojos de Gertrudes se hinchieron de lágrimas.

—¡Tula! —gimió el enfermo, abriendo los brazos.

—Sí; Ramiro, sí! —exclamó ella cayendo en ellos y abrazándole.

Juntaron las bocas, y así estuvieron, sollozando.

—¿Me perdonas todo, Tula?

—No, Ramiro, no; eres tú quien tienes que perdonarme.

—¿Yc?

—¡Tú! Una vez hablabas de santos que hacen pecadores. Acaso he tenido una idea inhumana de la virtud. Pero cuando lo primero, cuando te dirigiste a mi hermana, yo hice lo que debía hacer. Además, te lo confieso, el hombre, todo hombre, hasta tú, Ramiro, hasta tú, me ha dado miedo siempre; no he podido ver en él sino el bruto. Los niños, sí; pero el hombre... He huído del hombre...

—Tienes razón, Tula.

—Pero ahora descansa, que estas emociones así pueden dañarte.

Le hizo guardar los brazos bajo las mantas, le arropó, le dió un beso en la frente como se le da a un niño —y un niño era entonces para ella— y se fué. Mas al encontrarse sola se dijo: “¿Y si se repone y cura? ¿Si no se muere? ¿Ahora que ha acabado de romperse el secreto entre nosotros? ¿Y la pobre Manuela? ¿Tendré que marcharme! ¿Y adónde? ¿Y si Manuela se muere y vuelve él a quedarse libre?” Y se fué a ver a Manuela, a la que encontró postradísima.

Al siguiente día llevó a los niños al lecho del padre, ya sacramentado y moribundo; los levantó uno a uno y les hizo que le besaran. Luego fué, apoyada en ella, en Gertrudis, Manuela, y de poco se muere de la congoja que le dió sobre el enfermo. Hubo que sacarla y acostarla. Y poco después, cojido de una mano a otra de Gertrudis, y susurrando: “¡Adiós, mi Tula!”, rindió el espíritu con el último huelgo Ramiro. Y ella, la tía, vació su corazón en sollozos de congoja sobre el cuerpo exánime del padre de sus hijos, de su pobre Ramiro.

XVI

Apenas, fuera de la soberana, hubo abatimiento en aquel hogar, pues los niños eran incapaces de darse cuenta de lo que había pasado, y Manuela, la viuda casi sin saberlo, concentraba su vida y su ánimo todo en luchar, al modo de una planta, por la otra vida que llevaba en su seno y aun repitiendo, como un gemido de res herida, que se quería morir. Gertrudis proveía a todo.

Cerró los ojos al muerto no sin decirse: “¿Me

estará mirando todavía?...” Le amortajó como lo había hecho con su tío, cubriéndole con un hábito sobre la ropa con que murió, y sin quitarle ésta, y luego, quebrantada por un largo cansancio, por fatiga de años, juntó un momento su boca en la boca fría de Ramiro, y repasó sus vidas, que era su vida. Cuando el llanto de uno de los niños, del pequeño, del hijo de la hospiciiana, le hizo desprenderse del muerto e ir a cojer y acallar y mimar al que vivía.

Manuela iba hundiéndose.

—Yo, señora, me muero. no voy a poder resistir esta vez; este parto me cuesta la vida.

Y así fué. Dió a luz una niña, pero se iba en sangre. La niña misma nació envuelta en sangre. Y Gertrudis tuvo que vencer la repugnancia que la sangre, sobre todo la negra y cuajada, le producía. Siempre le costó una terrible brega consigo misma el vencer este asco. Cuando una vez, poco antes de morir, su hermana Rosa tuvo un vómito, Gertrudis hayó de ella despavorida. Y no era miedo, no; era, sobre todo, asco.

Murió Manuela, clavados en los ojos de Gertrudis sus ojos, donde vagaban figuras de niebla sobre las sombras del Hospicio.

—Por tus hijos no pases cuidado —le había dicho Gertrudis—, que yo he de vivir hasta dejarlos colocados y que se puedan valer por sí en el mundo, y si no les dejaré sus hermanos. Cuidaré sobre todo de esta última, ¡pobrecilla!, la que te cuesta la vida. Yo seré su madre y su padre.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Dios se lo pagará! ¡Es una santa!

Y quiso besarle la mano; pero Gertrudis se inclinó a ella, la besó en la frente y le puso su mejilla a que se la besase. Y esas expresiones de gratitud repetíalas la hospiciiana como quien recita una lec-

ción aprendida desde niña. Y murió como había vivido, como una res sumisa y paciente, más bien como un enser.

Y fué esta muerte, tan natural, la que más ahondó en el ánimo de Gertrudis, que había asistido a otras tres ya. En ésta creyó sentir mejor el sentido del enigma. Ni la de su tío, ni la de su hermana, ni la de Ramiro horadaron tan hondo el agujero que se iba abriendo en el centro de su alma. Era como si esta muerte confirmara las otras tres, como si las iluminara a la vez.

En sus solitarias cavilaciones se decía: “Los otros se murieron; ¡a ésta la han matado...!, ¡la han matado...!, ¡la hemos matado! ¿No la he matado yo más que nadie? ¿No la he traído yo a este trance? ¿Pero es que la pobre ha vivido? ¿Es que pudo vivir? ¿Es que nació, acaso? Si fué expósita, ¿no ha sido *exposición* su muerte? ¿No lo fué su casamiento? ¿No la hemos echado en el torno de la eternidad para que entre al hospicio de la Gloria? ¿No será allí hospiciiana también?” Y lo que más le acongojaba era el pensamiento tenaz que le perseguía de lo que sentiría Rosa al recibirla al lado suyo, al lado de Ramiro, y conocerla en el otro mundo. Su tío, el buen sacerdote que les crió, cumplió su misión en este mundo, protegió con su presencia la crianza de ellas; su hermana Rosa logró su deseo y gozó y dejó los hijos que había querido tener; Ramiro... ¿Ramiro? Sí, también Ramiro hizo su travesía, aunque a remo y de espaldas a la estrella que le marcaba rumbo, y sufrió, pero con noble sufrir, y pecó, y purgó su pecado; pero ¡y esta pobre que ni sufrió siquiera, que no pecó, sino que se pecó en ella y murió huérfana!... “Huérfana también murió Eva...”, pensaba Gertrudis. Y luego: “¡No; tuvo a Dios de padre! ¿Y madre? Eva no conoció madre... ¡Así se explica el pecado ori-

ginal! ...;Eva murió huérfana de humanidad!" Y Eva le trajo el recuerdo del relato del *Génesis*, que había leído poco antes, y cómo el Señor alentó al hombre por la nariz soplo de vida, y se imaginó que se la quitase por manera análoga. Y luego se figuraba que a aquella pobre hospiciana, cuyo sentido de vida no comprendía, le quitó Dios la vida de un beso, posando sus infinitos labios invisibles, los que se cierran formando el cielo azul, sobre los labios, azulados por la muerte de la pobre muchacha, y sorbiéndole el aliento así.

Y ahora quedábase Gertrudis con sus cinco crías, y bregando, para la última, con amas.

El mayor, Ramirín, era la viva imagen de su padre, en figura y gestos, y su tía proponíase combatir en él, desde entonces, desde pequeño, aquellos rasgos e inclinaciones de aquél que, observando a éste, había visto que más le perjudicaban. "Tengo que estar alerta —se decía Gertrudis— para cuando en él se despierte el hombre, el macho más bien, y educarle a que haga su elección con reposo y tiento." Lo malo era que su salud no fuese todo lo buena y su desarrollo difícil y hasta doliente.

Y a todos había que sacarlos adelante en la vida y educarlos en el culto a sus padres perdidos.

¿Y los pobres niños de la hospiciana? "Esos también son míos —pensaba Gertrudis—; tan míos como los otros, como los de mi hermana, más míos aún. Porque éstos son hijos de mi pecado. ¿Del mío? ¿No más bien el de él? ¿No, de mi pecado! ¿Son los hijos de mi pecado! ¿Sí, de mi pecado! ¿Pobre chica!" Y le preocupaba sobre todo la pequeñita.

XVII

Gertrudis, molesta por las insinuaciones de don Juan, el médico, que menudeaba las visitas para los niños, y aun pretendió verla a ella como enferma, cuando no sabía que adoleciese de cosa alguna, le anunció un día hallarse dispuesta a cambiar de médico.

—¿Cómo así, Gertrudis?

—Pues muy claro: le observo singularidades que me hacen temer que está entrando en la chochera de una vejez prematura, y para médico necesitamos un hombre con el seso bien despejado y despierto.

—Muy bien; pues que ha llegado el momento, usted me permitirá que le hable claro.

—Diga lo que quiera, don Juan, mas en la inteligencia de que es lo último que dirá en esta casa.

—¡Quién sabe!...

—Diga.

—Yo soy viudo y sin hijos, como usted sabe, Gertrudis. Y adoro a los niños.

—Pues vuélvase usted a casar.

—A eso voy.

—¡Ah! ¿Y busca usted consejo de mí?

—Busco más que consejo.

—Que le encuentre yo novia.

—Yo soy médico, le digo, y no sólo no tuve hijos de mi mujer, que era viuda, y perdimos el que ella me trajo al matrimonio —¡aún le lloro al pobrecito!—, sino que sé, sé positivamente, sé con toda seguridad, que no he de tener nunca hijos propios, que no puedo tenerlos. Aunque no por eso, claro está, me sienta menos hombre que otro cualquiera; ¿usted me entiende, Gertrudis?

—Quisiera no entenderle a usted, don Juan...

—Para acabar, yo creo que a estos niños, a estos sobrinos de usted y a los otros dos acaso...

—Son tan sobrinos para mí como los otros, más bien hijos.

—Bueno, pues que a estos hijos de usted, ya que por tales los tiene, no les vendría mal un padre, y un padre no mal acomodado y hasta regularmente rico.

—¿Y esto es todo?

—Sí, que yo creo que hasta necesitan padre.

—Les basta, don Juan, con el Padre nuestro que está en los cielos.

—Y como madre usted, que es la representante de la Madre Santísima, ¿no es eso?

—Usted lo ha dicho, don Juan, y por última vez en esta casa.

—¿De modo que...?

—Que toda esa historia de la necesidad que siente de tener hijos y de su incapacidad para tenerlos, ¿le he entendido bien, don Juan?

—Perfectamente, y esto último, por supuesto, quede entre los dos.

—No seré yo quien le estorbe otro matrimonio. Y esa historia, digo, no me ha convencido de que usted busque hijos que adoptar, que eso le será muy fácil y casándose, sino que me busca a mí, y me buscaría aunque estuviese sola y hubiésemos de vivir solos y sin hijos; ¿le he entendido, don Juan? ¿Me entiende usted?

—Cierto es, Gertrudis, que si estuviese sola lo mismo me casaría con usted, si usted lo quisiera, ¡claro!, porque yo soy muy claro, muy claro, y es usted la que me atrae; pero en ese caso nos quedaba el adoptar hijos de cualquier modo, aunque fuese sacándolos del Hospicio. Pues ya he podido ver que usted, como yo, se muere por los hijos y que los necesita y los busca y los adora.

—Pero ni usted ni nadie ha visto, don Juan, que yo haya sido y sea incapaz de hacerlos; nadie puede decir que yo sea estéril, y no vuelva a poner los pies en esta casa.

—¿Por qué, Gertrudis?

—¡Por puerco!

Y así se despidieron para siempre.

Mas luego que le hubo así despachado entróle una desdenosa lástima, un lastimero desdén por aquel hombre. “¿No le he tratado con demasiada dureza? —se decía—. El hombre me sacaba de quicio, es cierto; sus miradas me herían más que sus palabras; pero debí tratarle de otro modo. El pobrecillo parece que necesita remedio, pero no el que él busca, sino otro, un remedio heroico y radical.” Pero cuando supo que don Juan se remediaba, empezó a pensar si era, en efecto, calor de hogar lo que buscaba, aunque bien pronto dió en otra sospecha que le sublevó aún más el corazón. “¡Ah —se dijo—, lo que necesita es un ama de casa, una que le cuide, que le ponga sobre la cama la ropa limpia, que haga que se le prepare el puchero..., peor, peor que el remedio, peor aún! ¡Cuando una no es remedio es animal doméstico, y la mayor parte de las veces ambas cosas a la vez! ¡Estos hombres!... ¡O porquería o poltronería! ¡Y aún dicen que el cristianismo redimió nuestra suerte, la de las mujeres!” Y al pensar esto, acordándose de su buen tío, se santiguó diciendo: “¡No, no lo volveré a pensar!...”

Pero ¿quién enfrenaba a un pensamiento que moría en el fruto de la ciencia del mal? “¡El cristianismo, al fin, y a pesar de la Magdalena, es religión de hombres! —se decía Gertrudis—, ¡masculinos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!...” Pero ¿y la Madre? La religión de la Madre está en: “He aquí la criada del Señor, hágase en mí según tu palabra” y en pedir a su Hijo que provea de vino a unas bo-

das, de vino que embriaga y alegra y hace olvidar penas, para que el Hijo le diga: “¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? Aún no ha venido mi hora.” ¿Qué tengo que ver contigo?... Y llamarle mujer y no madre... Y volvió a santiguarse, esta vez con verdadero temblor. Y es que el demonio de su guarda —así creía ella— le susurró: “¡Hombre al fin!”

XVIII

Corrieron unos años apacibles y serenos. La orfandad daba a aquel hogar, en el que de nada de bienestar se carecía, una íntima luz espiritual de serena calma. Apenas si había que pensar en el día de mañana. Y seguían en él viviendo, con más dulce imperio que cuando respirando llenaban con sus cuerpos sus sitios, los tres que le dieron a Gertrudis masa con que fraguarlo, Ramiro y sus dos mujeres de carne y hueso. De continuo hablaba Gertrudis de ellos a sus hijos. “¡Mira que te está mirando tu madre!”, o “¡Mira que te ve tu padre!” Eran sus dos más frecuentes amonestaciones. Y los retratos de los que se fueron presidían el hogar de los tres.

Los niños, sin embargo, ibanlo olvidando. Para ellos no existían sino en las palabras de mamá Tula, que así la llamaban todos. Los recuerdos directos del mayorcito, de Ramirín, se iban perdiendo y fundiendo en los recuerdos de lo que de ellos oía contar a su tía. Sus padres eran ya para él una creación de ésta.

Lo que más preocupaba a Gertrudis era evitar que entre ellos naciese la idea de una diferencia, de que había dos madres, de que no eran sino medio hermanos. Mas no podía evitarlo. Sufrió en un principio la tentación de decirles que las dos, Rosa y

Manuela, eran como ella misma, madres de todos ellos, pero vió la imposibilidad de mantener mucho tiempo el equívoco; y, sobre todo, el amor a la verdad, un amor desenfrenado, le hizo rechazar tal tentación al punto.

Porque su amor a la verdad confundíase en ella con su amor a la pureza. Repugnábanle esas historietas corrientes con que se trata de engañar la inocencia de los niños, como la de decirles que los traen a este mundo desde París, donde los compran. “¡Buena gana de gastar el dinero en tonto!”, había dicho un niño que tenía varios hermanos y a quien le dijeron que a un amiguito suyo le iban a traer pronto un hermanito sus padres. “Buena gana de gastar mentiras en balde” —se decía Gertrudis, añadiéndose—: “Toda mentira es, cuando menos, en balde.”

—Me han dicho que soy hijo de una criada de mi padre; que mi mamá fué criada de la mamá de mis hermanos.

Así fué diciendo un día a casa el hijo de Manuela. Y la tía Tula, con su voz más seria y delante de todos, le contestó:

—Aquí todos sois hermanos, todos sois hijos de un mismo padre y de una misma madre, que soy yo.

—¿Pues no dices, mamita, que hemos tenido otra madre?

—La tuvisteis, pero ahora la madre soy yo; ya lo sabéis. ¡Y que no se vuelva a hablar de eso!

Mas no lograba evitar el que se transparentara que sentía preferencias. Y eran por el mayor, el primogénito, Ramirín, al que engendró su padre cuando aún tuviera reciente en el corazón el cardenal del golpe que le produjo el haber tenido que escojer entre las dos hermanas, o mejor el haber tenido que aceptar de mandato de Gertrudis a Rosa, y por la pequeñuela, por Manolita, pálido y frágil botoncito

de rosa que hacía temer lo hiciese ajarse un frío o un ardor tempranos.

De Ramirín, del mayor, una voz muy queda, muy sumisa, pero de un susurro sibilante y diabólico, que Gertrudis solía oír que brotaba de un rincón de las entrañas de su espíritu —y al oírla se hacía, santiguándose, una cruz sobre la frente, y otra sobre el pecho, ya que no pudiese taparse los oídos íntimos de aquélla y de éste— de Ramirín decíale ese tentador susurro que acaso cuando le engendró su padre soñaba más en ella, en Gertrudis, que en Rosa. Y de Manolita, de la hija de la muerte de la hospiciiana, se decía que sin su decisión de casar por segunda vez a Ramiro, sin aquél haberle obligado a redimir su pecado y rescatar a la víctima de él, a la pobre Manuela, no viviría el pálido y frágil botoncito.

¡Y lo que le costó criarla! Porque el primer hijo de Ramiro y Manuela fué criado por ésta, por su madre. La cual, sumisa siempre como una res, y ayudada a la vez por su natural instinto, no intentó siquiera rehusarlo a pesar de la endeblez de su carne, pero fué con el hombre, fué con el marido, con quien tuvo que bregar Gertrudis. Porque Ramiro, viendo la flaqueza de su pobre mujer, procuró buscar nodriza a su hijo. Y fué Gertrudis la que le obligó a casarse con aquélla, quien se plantó en firme en que había de ser la madre misma quien criara al hijo. “No hay leche como la de la madre” —repetía, y al redargüir su cuñado: “Sí, pero es tan débil que corren peligro ella y el niño, y éste se criará enclenque”, replicaba implacable la soberana del hogar: “¡Pretextos y habladurías! Una mujer a la que se le puede alimentar, puede siempre criar y la naturaleza ayuda, y en cuanto al niño, te repito que la mejor leche es la de la madre, si no está envenenada.” Y luego, ba-

jando la voz, agregaba: "Y no creo que le hayas envenenado la sangre a tu mujer." Y Ramiro tenía que someterse. Y la querella terminó un día en que a nuevas instancias del hombre, que vió que su nueva mujer sufrió un vahido, para que le deshicieran el hijo, la soberana del hogar, cojiéndole aparte, le dijo: "¡Pero, qué empeño, hombre! Cualquiera creería que te estorba el hijo..."

—¿Cómo que me estorba el hijo?... No lo comprendo...

—¿No lo comprendes? ¡Pues yo sí!

—Como no te expliques...

—¿Que me explique? ¿Te acuerdas de lo de aquel bárbaro de Pascualón, el guarda de tu cortijo de Majadalaprieta?

—¿Qué? ¿Aquello que comentamos de la insensibilidad con que recibió la muerte de su hijo?...

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver esto con aquello? ¡Por Dios, Tula!...

—Que a mí aquello me llegó al fondo del alma, me hirió profundamente y quise averiguar la raíz del mal...

—Tu manía de siempre...

—Sí, ya me decía el pobre tío que yo era como Eva, empeñada en conocer la ciencia del bien y del mal.

—¿Y averiguaste...?

—Que a aquel... hombre...

—¿Ibas a decir...?

—Que a aquel hombre, digo, le estorbaba el niño para más cómodamente disponer de su mujer. ¿Lo entiendes?

—¿Qué barbaridad!

Pero ya Ramiro tuvo que darse por vencido y dejó que su Manuela criase al niño mientras Gertrudis lo dispusiese así.

Y ahora se encontraba ésta con que tenía que criar a la pequeñuela, a la hija de la muerte, y que forzosamente había de dársela a una madre de alquiler, buscándole un pecho mercenario. Y esto le horrorizaba. Horrorizábale porque temía que cualquier nodriza, y más si era soltera, pudiese tener envenenada, con la sangre, la leche, y abusase de su posición. "Si es soltera —se decía—, ¡malo! Hay que vigilarla para que no vuelva al novio o acaso a otro cualquiera, y si es casada, malo también, y peor aún si dejó al hijo propio para criar el ajeno." Porque esto era lo que sobre todo le repugnaba. Vender el jugo maternal de sus propias entrañas para mantener mal, para dejarlos morir acaso de hambre, a los propios hijos, era algo que le causaba dolorosos retortijones en las entrañas maternas. Y así es cómo se vió desde un principio en conflicto con las amas de cría de la pobre criatura, y teniendo que cambiar de ellas cada cuatro días. ¡No poder criarle ella misma! Hasta que tuvo que acudir a la lactancia artificial.

Pero el artificio se hizo en ella arte, y luego poesía, y por fin más profunda naturaleza que la del instinto ciego. Fué un culto, un sacrificio, casi un sacramento. El biberón, ese artificio industrial, llegó a ser para Gertrudis el símbolo y el instrumento de un rito religioso. Limpiaba los botellines, cocía los pisgos cada vez que los había empleado, preparaba y esterilizaba la leche con el ardor recatado y ansioso con que una sacerdotisa cumpliría un sacrificio ritual. Cuando ponía el pisgo de caucho en la boquita de la pobre criatura, sentía que le palpitaba y se le encendía la propia mama. La pobre criatura posaba alguna vez su manecita en la mano de Gertrudis, que sostenía el frasco.

Se acostaba con la niña, a la que daba calor con su cuerpo, y contra éste guardaba el frasco de la

leche por si de noche se despertaba aquélla pidiendo alimento. Y se le antojaba que el calor de su carne, enfebrecida a ratos con la fiebre de la maternidad virginal, de la virginidad maternal, daba a aquella leche industrial una virtud de vida materna y hasta que pasaba a ella, por misterioso modo, algo de los ensueños que habían florecido en aquella cama solitaria. Y al darle de mamar, en aquel artilugio, por la noche, a oscuras, y a solas las dos, poníale a la criaturita uno de los pechos estériles, pero henchidos de sangre, al alcance de las manecitas para que siquiera las posase sobre él mientras chupaba el jugo de vida. Antojábasele que así una vaga y dulce ilusión animaría a la huérfana. Y era ella, Gertrudis, la que así soñaba. ¿Qué? Ni ella misma lo sabía bien.

Alguna vez la criaturita se vomitó sobre aquella cama, limpia siempre hasta entonces como una patena, y de pronto sintió Gertrudis la punzada de la mancha. Su pasión morbosa por la pureza, de que procedía su culto místico a la limpieza, sufrió entonces, y tuvo que esforzarse por dominarse. Comprendía, sí, que no cabe vivir sin mancharse y que aquella mancha era inocentísima, pero los cimientos de su espíritu se conmovían dolorosamente con ello. Y luego le apretaba a la criaturita contra sus pechos pidiéndole perdón en silencio por aquella tentación de su pureza.

XIX

Fuera de este cuidado maternal por la pobre criaturita de la muerte de Manuela, cuidado que celaba una expiación y un culto místicos, y sin desatender a los otros y esforzándose por no mostrar preferencias a favor de los de su sangre, Gertrudis se

preocupaba muy en especial de Ramirín y seguía su educación paso a paso, vigilando todo lo que en él pudiese recordar los rasgos de su padre, a quien físicamente se parecía mucho. “Así sería a su edad”, pensaba la tía y hasta buscó y llegó a encontrar entre los papeles de su cuñado retratos de cuando éste era un chicuelo, y los miraba y remiraba para descubrir en ellos al hijo. Porque quería hacer de éste lo que de aquél habría hecho a haberle conocido y podido tomar bajo su amparo y crianza cuando fué un mozuelo a quien se le abrían los caminos de la vida. “Que no se equivoque como él —se decía—, que aprenda a detenerse para elegir, que no encadene la voluntad antes de haberla asentado en su raíz viva, en el amor perfecto y bien alumbrado, a la luz que le sea propia.” Porque ella creía que no era al suelo, sino al cielo a lo que había que mirar antes de plantar un retoño; no al mantillo de la tierra, sino a las razas de lumbré que del sol le llegaran, y que crece mejor el arbolito que prende sobre una roca al solano dulce del mediodía, que no el que sobre un mantillo vicioso y grasoso se alza a la umbría. La luz era la pureza.

Fué con Ramirín aprendiendo todo lo que él tenía que aprender, pues le tomaba a diario las lecciones. Y así satisfacía aquella ansia por saber que desde niña le había aquejado y que hizo que su tío le comparase alguna vez con Eva. Y de entre las cosas que aprendió con su sobrino y para enseñárselas, pocas le interesaron más que la geometría. ¡Nunca lo hubiese creído! Y es que en aquellas demostraciones de la geometría, ciencia árida y fría al sentir de los más, encontraba Gertrudis un no sabía qué de luminosidad y de pureza. Años después, ya mayor Ramirín, y cuando el polvo que fué la carne de su tía reposaba bajo tierra, sin luz de sol, recordaba el entusiasmo con que un día de ra-

dante primavera le explicaba cómo no puede haber más que cinco y sólo cinco poliedros regulares; tres formados de triángulos: el tetraedro, de cuatro; el octaedro, de ocho, y el icosaedro, de veinte; uno de cuadrados: el cubo, de seis, y uno de pentágonos: el dodecaedro, de doce. “¿Pero no ves qué claro?”, me decía —contaba el sobrino—; “¿no lo ves?, sólo cinco y no más, ¡qué bonito! Y no puede ser de otro modo, tiene que ser así”, y al decirlo me mostraba los cinco modelos en cartulina blanca, blanquísima, que ella misma había construido con sus santas manos, que eran prodigiosas para toda labor, y parecía como si acabase de descubrir por sí misma la ley de los cinco poliedros regulares..., ¡pobre tía Tula! Y recuerdo que como a uno de aquellos modelos geométricos le cayera una mancha de grasa, hizo otro, porque decía que con la mancha no se veía bien la demostración. Para ella la geometría era luz y pureza.

En cambio huyó de enseñarle anatomía y fisiología. “Esas son porquerías —decía— y en que nada se sabe de cierto ni de claro.”

Y lo que sobre todo acechaba era el alborear de la pubertad en su sobrino. Quería guiarle en sus primeros descubrimientos sentimentales y que fuese su amor primero el último y único. “Pero ¿es que hay un primer amor?”, se preguntaba a sí misma sin acertar a responderse.

Lo que más temía era las soledades de su sobrino. La soledad, no siendo a toda luz, la temía. Para ella no había más soledad santa que la del sol y la de la Virgen de la Soledad cuando se quedó sin su Hijo el Sol del Espíritu. “Que no se encierre en su cuarto —pensaba—, que no esté nunca, a poder ser, solo; hay soledad que es la peor compañía; que no lea mucho, sobre todo, que no lea mucho; y que no esté mirando grabados.” No temía tanto para su so-

brino, a lo vivo cuanto a lo muerto, a lo pintado. "La muerte viene por lo muerto", pensaba.

Confesábase Gertrudis con el confesor de Ramirín, y era para, dirigiendo al director del muchacho en la dirección de éste, ser ella la que de veras le dirigiese. Y por eso en sus confesiones hablaba más que de sí misma, de su hijo mayor, como le llamaba. "Pero es, señora que usted viene aquí a confesar sus pecados y no los de otros", le tuvo que decir alguna vez el padre Alvarez, a lo que ella contestó: "Y si ese chico es mi pecado..."

Cuando una vez creyó observar en el muchacho inclinaciones ascéticas, acaso místicas, acudió alarmada al padre Alvarez.

—¡Eso no puede ser, padre!

—Y si Dios le llamase por ese camino...

—No, no le llama por ahí; lo sé, lo sé mejor que usted y desde luego mejor que él mismo; eso es... la sensualidad que se le despierta.

—Pero, señora...

—Sí, anda triste, y la tristeza no es señal de vocación religiosa. ¡Y remordimiento no puede ser! ¿De qué?

—Los juicios de Dios, señora...

—Los juicios de Dios son claros. Y esto es oscuro. Quítele eso de la cabeza. ¡El ha nacido para padre y yo para abuela!

—¡Ya salió aquello!

—¡Sí, ya salió aquello!

—¡Y cómo le pesa a usted eso! Líbrese de ese peso... Me ha dicho cien veces que había ahogado ese mal pensamiento...

—¡No puedo, padre, no puedo! Que ellos, que mis hijos —porque son mis hijos, mis verdaderos hijos—, que ellos no lo sepan, que no lo sepan, padre, que no lo adivinen...

—Cálmese, señora, por Dios, cálmese... y deseche

esas aprensiones..., esas tentaciones del Demonio, se lo he dicho cien veces... Sea la que es..., la tía Tula que todos conocemos y veneramos y admiramos...; sí, ¡admiramos!

—¡No, padre, no! ¡Usted lo sabe! Por dentro soy otra...

—Pero hay que ocultarlo...

—Sí, hay que ocultarlo, sí; pero hay días en que siento ganas de reunir a sus hijos, a mis hijos...

—¡Sí, suyos, de usted!

—¡Sí, yo madre, como usted... padre!

—Deje eso, señora, deje eso...

—Sí, reunirles y decirles que toda mi vida ha sido una mentira, una equivocación, un fracaso...

—Usted se calumnia, señora. Esa no es usted, usted es la otra..., la que todos conocemos..., la tía Tula...

—Yo le hice desgraciado, padre; yo le hice caer dos veces; una con mi hermana, otra vez con otra...

—¿Caer?

—¡Caer, sí! ¡Y fué por soberbia!

—No, fué por amor, por verdadero amor...

—Por amor propio, padre —y estalló a llorar.

XX

Logró sacar a su sobrino de aquellas veleidades ascéticas y se puso a vigilarle, a espiar la aparición del primer amor.

—Fijate bien, hijo —le decía— y no te precipites, que una vez que hayas comprometido a una no debes dejarla...

—Pero, mamá, si no se trata de compromisos... Primero hay que probar...

—No, nada de pruebas, nada de esos noviazgos; nada de eso de “hablo con Fulana”. Todo seriamente...

En rigor, la tía Tula había ya hecho, por su parte, su elección y se proponía ir llevando dulcemente a su Ramirín a aquella que le había escojido, a Caridad.

—Parece que te fijas en Carita —le dijo un día.

—¡Psé!

—Y ella en ti, si no me equivoco.

—Y tú en los dos, a lo que parece...

—¿Yo? Eso es cosa vuestra, hijo mío, cosa vuestra...

Pero les fué llevando el uno al otro, y consiguió su propósito. Y luego se propuso casarlos cuanto antes. “Y que venga acá —decía— y viviremos todos juntos, que hay sitio para todos... ¡Una hija más!”

Y cuando hubo llevado a Carita a su casa, como mujer de su sobrino, era con ésta con la que tenía sus confidencias. Y era de quien trataba de sonsacar lo íntimo de su sobrino.

La obligó, ya desde un principio, a que le tutearse y le llamase madre. Y le recomendaba que cuidase sobre todo de la pequeñita, de la mansa, tranquila y medrosica Manolita.

—Mira, Caridad —le decía—, cuida sobre todo a esa pobrecita, que es lo más inocente y lo más quebradizo que hay y buena como el pan... Es mi obra...

—Pero si la pobrecita apenas levanta la voz..., si ni se la siente andar por la casa... Parece como que tuviera vergüenza hasta de presentarse...

—Sí, sí, es así... Harto he hecho por infundirle valor, pero en no estando arrimada a mí, cosida a mi falda, la pobrecita se encuentra como perdida. ¡Claro, como criada a biberón!

—El caso es que es laboriosa, obediente, servicial, pero ¡habla tan poco!... ¡Y luego no se la oye reír nunca!...

—Sólo alguna vez, cuando está a solas conmigo, porque entonces es otra cosa, es otra Manolita...

entonces resucita. Y trato de animarla, de consolarla, y me dice: "No te canses, mamita, que yo soy así..., y además, no estoy triste..."

—Pues lo parece...

—Lo parece, sí, pero he llegado a creer que no lo está, porque yo, yo misma, ¿qué te parezco, Carita, triste o alegre?

—Usted, tía...

—¿Qué es eso de usted y de tía?

—Bueno, tú, mamá, tú..., pues no sé si eres triste o alegre, pero a mí me pareces alegre...

—¿Te parezco así? ¡Pues basta!

—Por lo menos a mí me alegras...

—Y es a lo que nos manda Dios a este mundo, a alegrar a los demás.

—Pero para alegrar a los demás hay que estar alegre una...

—O no...

—¿Cómo no?

—Nada alegra más que un rayo de sol, sobre todo si da sobre la verdura del follaje de un árbol, y el rayo de sol no está alegre ni triste, y quién sabe... acaso su propio fuego le consume... El rayo de sol alegra porque está limpio; todo lo limpio alegra... Y esa pobre Manolita debe alegrarte, porque a limpia...

—¡Sí, eso sí! Y luego esos ojos que tiene, que parecen...

—Parecen dos estanques quietos entre verdura... Los he estado mirando muchas veces y desde cerca. Y no sé de dónde ha sacado esos ojos... No son de su madre, que tenía ojos de tísica, turbios de fiebre... ni son los de su padre, que eran...

—¿Sabes de quién parecen esos ojos?

—¿De quién? —y Gertrudis temblaba al preguntarlo.

—¡Pues son tus ojos!...

—Puede ser..., puede ser... No me los he mirado nunca de cerca ni puedo vérmelos desde dentro, pero puede ser..., puede ser... Al menos le he enseñado a mirar...

XXI

¿Qué le pasaba a la pobre Gertrudis, que se sentía derretir por dentro? Sin duda había cumplido su misión en el mundo. Dejaba a su sobrino mayor, a su Ramiro, a su otro Ramiro, a cubierto de la peor tormenta, embarcado en su barca de por vida, y a los otros hijos al amparo de él; dejaba un hogar encendido y quien cuidase de su fuego. Y se sentía deshacer. Sufría frecuentes embaimientos, desmayos, y durante días enteros lo veía todo como en niebla, como si fuese bruma y humo todo. Y soñaba; soñaba como nunca había soñado. Soñaba lo que habría sido si Ramiro hubiese dejado por ella a Rosa. Y acababa diciéndose que no habrían sido de otro modo las cosas. Pero ella había pasado por el mundo fuera del mundo. El padre Alvarez creía que la pobre Gertrudis chocheaba antes de tiempo, que su robusta inteligencia flaqueaba y que flaqueaba al peso mismo de su robustez. Y tenía que defenderle de aquellas sus viejas tentaciones.

Cuando un día se le acercó Caridad y, al oído le dijo: “¡Madre!...”, al notarle el rubor que le encendía el rostro, exclamó: “¿Qué? ¿Ya?” “¡Sí, ya!”, susurró la muchacha—. “¿Estás segura?” “¡Segura!; si no, no te lo habría dicho!” Y Gertrudis, en medio de su goce, sintió como si una espada de hielo le atravesase por medio el corazón. Ya no tenía que hacer en el mundo más que esperar al nieto, al nieto de los suyos, de su Ramiro y su Rosa, a su nieto, e ir luego a darles la buena nueva. Ya apenas se

cuidaba más que de Caridad, que era quien para ella llevaba la casa. Hasta de Manolita, de su obra, se iba descuidando, y la pobre niña lo sentía; sentía que el esperado iba relegándole en la sombra.

—Ven acá —le decía Gertrudis a Caridad, cuando alguna vez se encontraban a solas, ocasión que acechaba—, ven acá, siéntate aquí, a mi lado... ¿Qué, le sientes, hija mía, le sientes?

—Algunas veces...

—¿No llama? ¿No tiene prisa por salir a luz, a la luz del sol? Porque ahí dentro, a oscuras..., aunque esté ello tan tibio, tan sosegado... ¿No da empujoncitos? Si tarda no me va a ver..., no le voy a ver... Es decir, ¡si tarda, no!; si me apresuro yo...

—Pero, madre, no diga esas cosas...

—¡No digas, hija! Pero me siento derretir..., ya no soy para nada... Veo todo como empañado..., como en sueños... Si no lo supiera, no podría ahora decir si tu pelo es rubio o moreno.

Y le acariciaba lentamente la espléndida cabellera rubia. Y como si viese con los dedos, añadía: "Rubia, rubia como el sol..."

—Si es chico, ya lo sabes, Ramiro, y si es chica... Rosa...

—No, madre, sino Gertrudis... Tula, mamá Tula.

—¡Tula..., bueno!... Y mejor si fuese una pareja, mellizos, pero chico y chica...

—¡Por Dios, madre!

—¿Qué? ¿Crees que no podrías con eso? ¿Te parece demasiado trabajo?

—Yo... no sé... no sé nada de eso, madre; pero...

—Sí, eso es lo perfecto, una parejita de gemelos..., un chico y una chica que han estado abrazaditos cuando no sabían nada del mundo, cuando no sabían ni que existían; que han estado abrazaditos al calorcito del vientre materno... Algo así debe ser el cielo...

—¡Qué cosas se te ocurren, mamá Tula!

—No ves que me he pasado la vida soñando...

Y en esto, mientras soñaba así y como para guardar en su pecho este último ensueño y llevarlo como viático al seno de la madre tierra, la pobre Manolita cayó gravemente enferma. “¡Ah, yo tengo la culpa —se dijo Gertrudis—, yo, que con esto de la parejita de mi ensueño me he descuidado de esa pobre avecilla!... Sin duda en un momento en que necesitaba de mi arrimo ha debido de cojer algún frío...” Y sintió que le volvían las fuerzas, unas fuerzas como de milagro. Se le despejó la cabeza y se dispuso a cuidar a la enferma.

—Pero, madre —le decía Caridad—, déjeme que le cuide yo; que le cuidemos nosotras... Entre yo, Rosita y Elvira le cuidaremos.

—No; tú no puedes cuidarla como es debido, no debes cuidarla... Tú te debes al que llevas, a lo que llevas, y no es cosa de que por atender a ésta malogres lo otro... Y en cuanto a Rosita y Elvira, sí, son sus hermanas, la quieren como tales, pero no entienden de eso, y además la pobre, aunque se aviene a todo, no se halla sin mí... Un simple vaso de agua que yo le sirva, le hace más provecho que todo lo que los demás le podáis hacer. Yo sola sé arreglarle la almohada de modo que no le duela en ella la cabeza y que no tenga luego pesadillas...

—Sí, es verdad...

—¡Claro, yo la crié!... Y yo debo cuidarle.

Resucitó. Volvióle todo el luminoso y fuerte aplomo de sus días más heroicos. Ya no le temblaba el pulso, ni le vacilaban las piernas. Y cuando teniendo el vaso con la pócima medicinal que a las veces tenía que darle, la pobre enferma le posaba las manos febriles en sus manos firmes y finas, pasaba sobre su enlace como el resplandor de un dulce recuerdo, casi borrado para la encamada. Y luego se

sentaba la tía Tula junto a la cama de la enferma y se estaba allí, y ésta no hacía sino mirarle en silencio.

—¿Me moriré, mamita? —preguntaba la niña.

—¿Morirte? ¡No, pobrecita alondra, no! Tú tienes que vivir...

—Mientras tú vivas...

—Y después..., y después...

—Después... no, ¿para qué?

—Pero las muchachas deben vivir...

—¿Para qué?...

—Pues... para vivir..., para casarse..., para criar familia...

—Pues tú no te casaste, mamita...

—No, yo no me casé; pero como si me hubiese casado... Y tú tienes que vivir para cuidar de tu hermano...

—Es verdad..., de mi hermano..., de mis hermanos.

—Sí, de todos ellos...

—Pero si dicen, mamita, que yo no sirvo para nada.

—¿Y quién dice eso, hija mía?

—No, no lo dicen..., no lo dicen..., pero lo piensan...

—¿Y cómo sabes tú que lo piensan?

—¡Pues... porque lo sé! Y además, porque es verdad..., porque yo no sirvo para nada, y después de que tú te me mueras yo nada tengo que hacer aquí... Si tú te murieras me moriría de frío...

—Vamos, vamos, arrópate bien y no digas esas cosas... Y voy a arreglarte esa medicina...

Y se fué a ocultar sus lágrimas y a echarse á los pies de su imagen de la Virgen de la Soledad y a suplicarle: “¡Mi vida por la suya, Madre, mi vida por la suya! Siente que yo me voy, que me llaman mis muertos, y quiere irse conmigo; quiere arri-

marse a mí, arropada por la tierra, allí abajo, donde no llega la luz, y que yo le preste no sé qué calor... ¡Mi vida por la suya, Madre, mi vida por la suya! Que no caiga tan pronto esa cortina de tierra de las tinieblas sobre esos ojos en que la luz no se quiebra, sobre esos ojos que dicen que son los míos, sobre esos ojos sin mancha que le di yo..., sí yo... Que no se muera..., que no se muera... ¡Sálvala, Madre, aunque tenga que irme sin ver al que ha de venir!...”

Y se cumplió su ruego.

La pobre niña fué recobrando vida; volvieron los colores de rosa a sus mejillas; volvió a mirar la luz del sol dando en el verdor de los árboles del jardincito de la casa, pero la tía Tula cayó con una bronconeumonía cojida durante la convalecencia de Manolita. Y entonces fué ésta la que sintió que brotaba en sus entrañas un manadero de salud pues tenía que cuidar a la que le había dado vida.

Toda la casa vió con asombro la revelación de aquella niña.

—Di a Manolita —decía Gertrudis a Caridad— que no se afane tanto que aún estará débil ...Tú tampoco, por supuesto; tú te debes a los tuyos, ya lo sabes... Con Rosita y Elvira basta... Además, como todo ha de ser inútil... Porque yo ya he cumplido...

—Pero, madre...

—Nada, lo dicho, y que esa palomita de Dios no se malgaste...

—Pero si se ha puesto tan fuerte... Jamás hubiese creído...

—Y ella que se quería morir y creía morirse... Y yo también lo temí. ¡Porque la pobre me parecía tan débil!... Claro, no conoció a su padre, que estaba ya herido de muerte cuando la engendró..., y en cuanto a su pobre madre, yo creo que siempre vivió medio muerta... ¡Pero esa chica ha resucitado!

—¡ Sí; al verte en peligro ha resucitado!

—¡ Claro, es mi hija!

—¿ Más?

—¡ Sí, más! Te lo quiero declarar ahora que estoy en el zaguán de la eternidad; sí, más. ¡ Ella y tú!

—¿ Ella y yo?

—¡ Sí, ella y tú! Y porque no tenéis mi sangre. Ella y tú. Ella tiene la sangre de Ramiro, no la mía, pero la he hecho yo, ¡ es obra mía! Y a ti yo te casé con mi hijo.

—Lo sé...

—Sí, como le casé a su padre con su madre, con mi hermana, y luego le volví a casar con la madre de Manolita...

—Lo sé..., lo sé...

—Sé que lo sabes, pero no todo...

—No, todo no...

—Ni yo tampoco... O al menos no quiero saberlo. Quiero irme de este mundo sin saber muchas cosas... Porque hay cosas que el saberlas mancha... Eso es el pecado original, y la Santísima Virgen Madre nació sin mancha de pecado original...

—Pues yo he oído decir que lo sabía todo...

—No, no lo sabía todo; no conocía la ciencia del mal... que es la ciencia...

—Bueno, no hables tanto, madre, que te perjudica...

—Más me perjudica cavilar, y si me callo cavilo..., cavilo...

XXII

La tía Tula no podía ya más con su cuerpo. El alma le revoloteaba dentro de él, como un pájaro en una jaula que se desvencija, a la que deja con el dolor de quien le desollaran, pero ansiando volar

por encima de las nubes. No llegaría a ver al nieto. ¿Lo sentía? “Allá arriba, estando con ellos —soñaba—, sabré cómo es, y si es niño o niña... o los dos..., y lo sabré mejor que aquí, pues desde allí arriba se ve mejor y más limpio lo de aquí abajo.”

La última fiebre tenía la postrada en cama. Apenas si distinguía a sus sobrinos más que por el paso, sobre todo a Caridad y a Manolita. El paso de aquélla, de Caridad, llegábale como el de una criatura cargada de fruto y hasta le parecía oler a sazón de madurez. Y el de Manolita era tan leve como el de un pajarito que no sabe si corre o vuela a ras de tierra. “Cuando ella entra —se decía la tía—, siento rumor de alas caídas y quietas.”

Quiso despedirse primero de ésta, a solas, y aprovechó un momento en que vino a traerle la medicina. Sacó el brazo de la cama, lo alargó como para bendecirla, y poniéndole la mano sobre la cabeza, que ella inclinó con los claros ojos empañados, le dijo:

—¿Qué, palomita sin hiel, quieres todavía morirte?... ¡La verdad!

—Si con ello consiguiera...

—Que yo no me muera, ¿eh? No, no debes querer morirte... Tienes a tu hermano, a tus hermanos... Estuviste cerca de ello, pero me parece que la prueba te curó de esas cosas... ¿No es así? Dímelo como en confesión, que voy a contárselo a los nuestros...

—Sí, ya no se me ocurren aquellas tonterías.

—¿Tonterías? No, no eran tonterías. ¡Ah!, y ahora que dices eso de tonterías, tráeme tu muñeca: porque la guardas, ¿no es así? Sí, sé que la guardas... Tráeme aquella muñeca. ¿sabes? Quiero despedirme de ella también y que se despida de mí... ¿Te acuerdas?

—Sí, madre, me acuerdo.

—¿De qué te acuerdas?

—De cuando se me cayó en aquel patín de la huerta y Elvira me llamaba tonta porque lloraba tanto y me decía que de nada sirve llorar...

—Eso..., eso..., ¿y qué más? ¿Te acuerdas de más?

—Sí, del cuento que nos contaste entonces...

—A ver, ¿qué cuento?

—De la niña que se le cayó la muñeca en un pozo seco adonde no podía bajar a sacarla, y se puso a llorar, a llorar, y lloró tanto que se llenó el pozo con sus lágrimas y salió flotando en ellas la muñeca...

—¿Y qué dijo Elvirita a eso? ¿Qué dijo? Que no me acuerdo...

—Sí, sí se acuerda, madre...

—Bueno; ¿pues qué dijo?

—Dijo que la niña se quedaría seca y muerta de haber llorado tanto...

—¿Y yo qué dije?

—Por Dios, madre...

—Bueno, no lo digas, pero no llores así, palomita, no llores así..., que por mucho que llores no se llenará con tus lágrimas el pozo en que voy cayendo y no saldré flotando...

—Si pudiera ser...

—¡Ah, sí! Si pudiera ser, yo saldría a cojerte y llevarte conmigo... Pero hay que esperar la hora. Y cuida de tus hermanos. Te los entrego a ti, ¿sabes?, a ti. Haz que no se den cuenta de que me he muerto.

—Haré todo lo que pueda...

—Y yo te ayudaré desde arriba.

—Que no se enteren de que me he muerto...

—Te rezaré, madre...

—A la Virgen, hija, a la Virgen...

—Te rezaré, madre, todas las noches antes de acostarme...

—Bueno, no llores así...

—Pero si no lloro, ¿no ves que no lloro?

—Para lavar los ojos cuando han visto cosas feas, no está mal; pero tú no has visto cosas feas, no puedes verlas...

—Y si es caso, cerrando los ojos...

—No, no, así se ven las cosas más feas. Y pide por tu padre, por tu madre, por mí... No olvides a tu madre...

—Si no la olvido...

—Como no la conociste...

—¡Sí, la conozco!

—Pero a la otra, digo, a la que te trajo al mundo.

—¡Sí, gracias a ti la conozco; a aquélla!

—¡Pobrecilla! Ella no había conocido a la suya...

—¡Su madre fuiste tú, lo sé bien!

—Bueno, pero no llores...

—¡Si no lloro! —y se enjugaba los ojos con el dorso de la mano izquierda mientras con la otra, temblorosa, sostenía el vaso de la medicina.

—Bueno, y ahora trae a la muñeca, que quiero verla. ¡Ah! ¡Y allí, en un rincón de aquella arquita mía que tú sabes..., ahí está la llave..., sí, ésa, ésa! Allí donde nadie ha tocado más que yo, y tú alguna vez; allí junto a aquellos retratos, ¿sabes?, hay otra muñeca..., la mía..., la que yo tenía siendo niña..., mi primer cariño... ¿el primero?..., ¡bueno! Tráemela también... Pero que no se entere ninguna de ésas, no digan que son tonterías nuestras, porque las tontas somos nosotras... Tráeme las dos muñecas, que me despida de ellas, y luego nos pondremos serias para despedirnos de los otros... Vete, que me viene un mal pensamiento —y se santiguó.

El mal pensamiento era que el susurro diabólico allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: “¡Muñecos todos!”

XXIII

Luego llamó a todos, y Caridad entre ellos.

—Esto es, hijos míos, la última fiebre, el principio del fuego del Purgatorio...

—Pero qué cosas dices, mamá...

—Sí; el fuego del Purgatorio, porque en el Infierno no hay fuego..., el Infierno es de hielo y nada más que de hielo. Se me está quemando la carne... Y lo que siento es irme sin ver, sin conocer, al que ha de llegar..., o a la que ha de llegar..., o a los que han de llegar...

—Vamos, mamá...

—Bueno, tú, Cari, cállate, y no nos vengas ahora con vergüenza... Porque yo querría contarle todo a los que me llaman... Vamos, no lloréis así... Allí están... los tres...

—Pero no digas esas cosas...

—¡Ah!, ¿queréis que os diga cosas de reír? Las tonterías ya nos las hemos dicho Manolita y yo, las dos tontas de la casa, y ahora hay que hacer esto como se hace en los libros...

—Bueno, ¡no hables tanto! El médico ha dicho que no se te deje hablar mucho.

—¿Ya estás tú ahí, Ramiro? ¡El hombre! ¿El médico, dices? ¿Y qué sabe el médico? No le hagáis caso... Y, además, es mejor vivir una hora hablando que dos días más en silencio. Ahora es cuando hay que hablar. Además, me distraigo, y no pienso en mis cosas.

—Pues ya sabes que el padre Alvarez te ha dicho que pienses ahora en tus cosas...

—¡Ah!, ¿ya estás ahí tú, Elvira, la juiciosa? Conque el padre Alvarez, ¿eh?... el del remedio... ¿Y qué sabe el padre Alvarez? ¡Otro médico! ¡Otro hombre! Además, yo no tengo cosas mías en qué pensar..., yo no tengo mis cosas... Mis cosas son las vuestras... y las de ellos..., las de los que me llaman... Yo no estoy ni viva ni muerta..., no he estado nunca ni viva ni muerta... ¿Qué? ¿Qué dices tú ahí, Enriquín? Que estoy delirando...

—No, no digo eso...

—Sí, has dicho eso, te lo he oído bien..., se lo has dicho al oído de Rosita... No ves que siento hasta el roce en el aire de las alas quietas de Manolita. Pues si deliro..., ¿qué?

—Que debes descansar...

—Descansar..., descansar..., ¡tiempo me queda para descansar!

—Pero no te destapes así...

—Si es que me abraso... Y ya sabes, Caridad, Tula, Tula, como yo..., y él, el otro, Ramiro... Sí, son dos, él y ella, que estarán ahora abrazaditos... al calorcito...

Callaron todos un momento. Y al oír la moribunda sollozos entrecortados y contenidos, añadió:

—Bueno, ¡hay que tener ánimo! Pensad bien, bien, muy bien, lo que hayáis de hacer, pensadlo muy bien..., que nunca tengáis que arrepentiros de haber hecho algo, y menos de no haberlo hecho... Y si veis que el que queréis se ha caído en una laguna de fango y aunque sea en un pozo negro, en un albañal, echaos a salvarle, aun a riesgo de ahogaros, echaos a salvarle..., que no se ahogue él allí... o ahogaos juntos... en el albañal... servidle de remedio..., sí, de remedio. ¿Que morís entre légamo y porquería?, no importa... Y no podréis ir a salvar al compañero volando sobre el ras del albañal porque no tenemos alas., no, no tenemos alas... o son

alas de gallina, de no volar..., y hasta las alas se mancharían con el fango que salpica el que se ahoga en él... No, no tenemos alas, a lo más de gallina..., no somos ángeles..., lo seremos en la otra vida... ¡donde no hay fango... ni sangre! Fango hay en el Purgatorio, fango ardiente, que quema y limpia..., fango que limpia, sí... En el Purgatorio les queman a los que no quisieron lavarse con fango..., sí, con fango... Les queman con estiércol ardiente... les lavan con porquería... Es lo último que os digo, no tengáis miedo a la podredumbre... Rogad por mí, y que la Virgen me perdone.

Le dió un desmayo. Al volver de él no coordinaba los pensamientos. Entró luego en una agonía dulce. Y se apagó como se apaga una tarde de otoño cuando las últimas razas del sol, filtradas por nubes sangrientas, se derriten en las aguas serenas de un remanso del río en que se reflejan los álamos —sanguíneo su follaje también— que velan a sus orillas.

XXIV

¿Murió la tía Tula? No, sino que empezó a vivir en la familia, e irradiando de ella, con una nueva vida más entrañada y más vivífica, con la vida eterna de la familiaridad inmortal. Ahora era ya para sus hijos, sus sobrinos, la Tía, no más que la Tía, ni *madre* ya ni *mamá*, ni aun tía Tula, sino sólo la Tía. Fué este nombre de invocación, de verdadera invocación religiosa, como el canonizamiento doméstico de una santidad de hogar. La misma Manolita, su más hija y la más heredera de su espíritu, la depositaria de su tradición, no le llamaba sino la Tía.

Manténía la unidad y la unión de la familia, y

si al morir ella afloraron a la vista de todos, haciéndose patentes, divisiones intestinas antes ocultas, alianzas defensivas y ofensivas entre los hermanos, fué porque esas divisiones brotaban de la vida misma familiar que ella creó. Su espíritu provocó tales disensiones y bajo de ellas y sobre ellas la unidad fundamental y culminante de la familia. La tía Tula era el cimiento y la techumbre de aquel lugar.

Formáronse en éste dos grupos: de un lado, Rosita, la hija mayor de Rosa, aliada con Caridad, con su cuñada, y no con su hermano, no con Ramiro; de otro, Elvira, la segunda hija de Rosa, con Enrique, su hermanastro, el hijo de la hospiciiana, y quedaban fuera Ramiro y Manolita. Ramiro vivía o más bien se dejaba vivir, atento a su hijo y al porvenir que podría depararle a otros y a sus negocios civiles, y Manolita atenta a mantener el culto de la Tía y la tradición del hogar.

Manolita se preparaba a ser el posible lazo entre cuatro probables familias venideras. Desde la muerte de la Tía habíase revelado. Guardaba todo su saber, todo su espíritu; las mismas frases recortadas y aceradas, a las veces repetición de las que oyó a la otra, la misma doctrina, el mismo estilo y hasta el mismo gesto. “¡Otra tía!”, exclamaban sus hermanos, y no siempre llevándose a bien. Ella guardaba el archivo y el tesoro de la otra; ella tenía la llave de los cajoncitos secretos de la que se fué en carne y sangre; ella guardaba, con su muñeca de cuando niña, la muñeca de la niñez de la Tía, y algunas cartas, y el devocionario y el breviario de don Primitivo; ella era en la familia quien sabía los dichos y hechos de los antepasados dentro de la memoria: de don Primitivo, que nada era de su sangre; de la madre del primer Ramiro; de Rosa; de su propia madre Manuela, la hospiciiana —de ésta

no dichos ni hechos, sino silencios y pasiones—, ella era la historia doméstica; por ella se continuaba la eternidad espiritual de la familia. Ella heredó el alma de ésta, espiritualizada en la Tía.

¿Herencia? Se trasmite por herencia en una colmena el espíritu de las abejas, la tradición abejeil, el arte de la melificación y de la fábrica del panal, la *abejidad*, y no se trasmite, sin embargo, por carne y por jugos de ella. La carnalidad se perpetúa por zánganos y por reinas, y ni los zánganos ni las reinas trabajaron nunca, no supieron ni fabricar panales, ni hacer miel, ni cuidar larvas, y no sabiéndolo, no pudieron transmitir ese saber, con su carne y sus jugos a sus crías. La tradición del arte de las abejas, de la fábrica del panal y el laboreo de la miel y la cera, es, pues, colateral y no de transmisión de carne, sino de espíritu, y débese a las tías, a las abejas que ni fecundan huevecillos ni los ponen. Y todo esto lo sabía Manolita, a quien se lo había enseñado la Tía, que desde muy joven paró su atención en la vida de las abejas y la estudió y meditó, y hasta soñó sobre ella. Y una de las frases de íntimo sentido, casi esotérico, que aprendió Manolita de la Tía y que de vez en cuando aplicaba a sus hermanos, cuando dejaban muy al desnudo su masculinidad de instintos, era decirles: “¡Cállate, zángano!” Y zángano tenía para ella, como lo había tenido para la Tía, un sentido de largas y profundas resonancias. Sentido que sus hermanos adivinaban.

La alianza entre Elvira, la hija del primer Ramiro que le costó la vida a Rosa, su primer mujer, y Enrique, el hijo del pecado de aquél y de la hospiciana, era muy estrecha. Queríanse los hermanastros más que cualesquiera otros de los cinco entre sí. Siempre andaban en cuchicheos y secretos. Y esta a modo de conjura desasosegábale a

Manolita. No que le doliera que su hermano uterino, salido del mismo vientre de donde ella salió, tuviese más apego a hermana nacida de otra madre, no; sentía que a ella no había de apegársele ninguno de sus hermanos y complaciase en ello. Pero aquel afecto más que fraternal le era repulsivo.

—Ya estoy deseando —les dijo una vez— que uno de vosotros se enamore; que tú, Enrique, te echas novia, o que a ésta, a ti, Elvira, te pretenda alguno...

—¿Y para qué? —preguntó ésta.

—Para que dejéis de andar así, de bracete por la casa, y con cuentecitos al oído y carantoñas, arrumacos y lagoterías...

—Acaso entonces más —dijo Enrique.

—¿Y cómo así?

—Porque ésta vendrá a contarme los secretos de su novio, ¿verdad Elvira?, y yo le contaré, ¡claro está!, los de mi novia.

—Sí, sí... —exclamó Elvira a punto de palmotear.

—Y os reiréis uno y otro del otro novio y de la otra novia, ¿no es así?... ¡qué bonito!

—Bueno, ¿y qué diría a esto la Tía? —preguntó Elvira mirando a Manolita a los ojos.

—Diría que no se debe jugar con las cosas santas y que sois unos chiquillos...

—Pues no repitas con la Tía —le arguyó Enrique— aquello del Evangelio de que hay que hacerse niño para entrar en el reino de los cielos...

—¡Niño, sí! ¡Chiquillo, no!

—¿Y en qué se le distingue al niño del chiquillo?...

—¿En qué? En la manera de jugar.

—¿Cómo juega el chiquillo?

—El chiquillo juega a persona mayor. Los niños no son, como los mayores, ni hombres ni mujeres, sino que son como los ángeles. Recuerdo haberle oído decir a la Tía que había oído que hay len-

guas en que el niño no es ni masculino ni femenino, sino neutro...

—Si —añadió Enrique—, en alemán. Y la señorita es neutro...

—Pues esta señorita —dijo Manolita, intentando, sin conseguirlo, teñir de una sonrisa estas palabras— no es neutra...

—¡Claro que no soy neutra; pues no faltaba más...

—¡Pero bueno, nada de chiquilladas!

—Chiquilladas, no; niñerías, eso, ¿no es eso?

—¡Eso es!

—Bueno, ¿y en qué las conoceremos?

—Basta, que no quiero deciros más. ¿Para qué? Porque hay cosas que al tratar de decirlas se ponen más oscuras...

—Bien, bien, tía —exclamó Elvira abrazándola y dándole un beso—, no te enfades así...

—¿Verdad que no te enfadas, tía?...

—No; y menos porque me llames tía...

—Si lo hacía sin intención.

—Lo sé; pero eso es peligroso. Porque la intención viene después...

Enrique le hizo una carantoña a su hermana completa y cojiendo a la otra, a la hermanastra, por debajo de un brazo, se la llevó consigo.

Y Manolita, viéndoles alejarse, quedó diciéndose: “¿Chiquillos? ¡En efecto, chiquillos! Pero ¿he hecho bien en decirles lo que les he dicho? ¿He hecho bien, Tía?” —e invocaba mentalmente a la Tía—. “La intención viene después... ¿No soy yo la que con mis reconvenciones voy a darles una intención que les falta? Pero ¡no, no! ¡Que no jueguen así! ¡Porque están jugando!... ¡Y ojalá les salga pronto el novio a ella y la novia a él!”

XXV

El otro grupo lo formaban en la familia, no Rosita y Ramiro, sino la mujer de éste, Caridad, y aquella su cuñada. Aunque en rigor era Rosita la que buscaba a Caridad y le llevaba sus quejas, sus aprensiones, sus suspicacias. Porque iba, por lo común, a quejarse. Creíase, o al menos aparentaba creer, que era la desdeñada y la no comprendida. Poníase triste y como preocupada en espera de que le preguntasen qué era lo que tenía, y como nadie se lo preguntaba, sufría con ello. Y menos que los otros hermanos se lo preguntaba Manolita, que se decía: “¡Si tiene algo de verdad y más que gana de mimo y de que nos ocupemos especialmente en ella, ya reventará!” Y la preocupada sufría con ello.

A su cuñada, a Caridad, le iba sobre todo con quejas de su marido; complacíase en acusar a éste, a Ramiro, de egoísta. Y la mujer le oía pacientemente y sin saber qué decirle.

—Yo no sé, Manuela —le decía a ésta Caridad, su cuñada—, qué hacer con Rosa... Siempre me está viniendo con quejas de Ramiro; que si es un orgulloso, que si un egoísta, que si un distraído...

—¡Llévale la hebra y dile que sí!

—Pero ¿cómo? ¿Voy a darle alas?

—No; sino a cortárselas.

—Pues no lo entiendo. Y, además, eso no es verdad; ¡Ramiro no es así!

—Lo sé, lo sé muy bien. Sé que Ramiro podrá tener, como todo hombre, sus defectos...

—Y como toda mujer.

—¡Claro, sí! Pero los de él son defectos de hombre...

—¡De zángano, vamos!

—Como quieras; los de Ramiro son defectos de hombre, o si quieres, pues que te empeñas, de zángano...

—¿Y los míos?

—¿Los tuyos, Caridad? Los tuyos... ¡de reina!

—¡Muy bien! ¡Ni la Tía!...

—Pero los defectos de Ramiro no son los que Rosa dice. Ni es orgulloso, ni es egoísta, ni es distraído.

—Y entonces, ¿por qué voy a llevarle la hebra, como dices?

—Porque eso será llevarle la contraria. Lo sé muy bien. La conozco.

Cierta mañana, encontrándose las tres, Caridad, Manuela y Rosa, comenzó ésta el ataque.

ROSA.—¡Vaya unas horas de llegar anoche tu maridito!

Nunca hablando con su cuñada le llamaba a Ramiro “mi hermano”, sino siempre: “tu marido”.

CARIDAD.—¿Y qué mal hay en ello?

MANUELA.—Y tú, Rosa, estabas a esas horas despierta...

ROSA.—Me despertó su llegada.

MANUELA.—¿Sí, eh?

CARIDAD.—Pues a mí apenas si me despertó...

ROSA.—¡Vaya una calma!

MANUELA.—Aquí Caridad duerme confiada y hace bien.

ROSA.—¿Hace bien?... ¿Hace bien?... No lo comprendo.

MANUELA.—Pues yo sí. Pero tú parece que te complaces en eso, que es un juego muy peligroso y muy feo...

CARIDAD.—¡Por Dios, Manuela!

ROSA.—Déjale, déjale a la tía...

MANUELA.—Con el acento que ahora le pones, la tía aquí eres ahora tú...

ROSA.—¿Yo? ¿Yo la tía?

MANUELA.—Sí, tú, tú, Rosa. ¿A qué viene querer provocar celos en tu hermana?

CARIDAD.—Pero si Rosa no quiere hacerme celosa, Manuela...

MANUELA.—Yo sé lo que me digo, Caridad.

ROSA.—Sí, aquí ella sabe lo que se dice...

MANUELA.—Aquí sabemos todos lo que queremos decir y yo sé, además, lo que me digo, ¿me entiendes, Rosa?

ROSA.—El estribillo de la Tía...

MANUELA.—Sea. Y te digo que serías capaz de aceptar el peor novio que se te presente y casarte con él no más que para provocarle a que te diese celos, no a dárselos tú...

ROSA.—¿Casarme yo? ¿Yo casarme? ¿Yo novio? ¡Las ganas!...

MANUELA.—Sí, ya sé que dices, aunque no sé si lo piensas, que no te has de casar, que tú no quieres novio... Ya sé que andas en si te vas o no a meter monja...

CARIDAD.—¿Y cómo lo has sabido, Manuela?

MANUELA.—¡Ah!, ¿pero vosotras creéis que no me percató de vuestros secretos? Precisamente por ser secretos...

ROSA.—Bueno, si pensara yo en meterme monja, ¿qué? ¿Qué mal hay en ello? ¿Qué mal hay en servir a Dios?

MANUELA.—En servir a Dios, no, no hay mal ninguno... Pero es que si tú entrases monja no sería por servir a Dios...

ROSA.—¿No? ¿Pues por qué?

MANUELA.—Por no servir a los hombres... ni a las mujeres...

CARIDAD.—Pero por Dios, Manuela, qué cosas tienes...

ROSA.—Sí, ella tiene sus cosas y yo las mías... ¿Y

quién te ha dicho, hermana, que desde el convento no se puede servir a los hombres?

MANUELA.—Sin duda, rezando por ellos...

ROSA.—¡Pues claro está! Pidiendo a Dios que les libre de tentaciones...

MANUELA.—Pero me parece que tú más que rezar “no nos dejes caer en la tentación”, vas a “no me dejes caer en la tentación...”

ROSA.—Sí, que voy a que no me tienten...

MANUELA.—¿Pues no has venido acá a tentar a Caridad, tu hermana? ¿O es que crees que no era tentación eso? ¿No venías a hacerle caer en tentación?

CARIDAD.—No, Manuela, no venía a eso. Y, además, sabe que no soy celosa, que no lo seré, que no puedo serlo...

ROSA.—Déjale, déjale, Caridad, déjale a la abejita, que pique..., que pique...

MANUELA.—Duele, ¿eh? Pues, hija, rascarse...

ROSA.—*Hija* ahora, ¿eh?

MANUELA.—Y siempre, hermana.

ROSA.—Y dime tú, hermanita, la abejita, ¿tú no has pensado nunca en meterte en un panal así, en una colmena?...

MANUELA.—Se puede hacer miel y cera en el mundo.

ROSA.—Y picar...

MANUELA.—¡Y picar, exacto!

ROSA.—Vamos, sí; que tú, como tía Tula, vas para tía...

MANUELA.—Yo no sé para lo que voy, pero si siguiera el ejemplo de la Tía, no habría de ir por mal camino. ¿O es que crees que marró ella el suyo? ¿Es que has olvidado sus enseñanzas? ¿Es que trató ella de encismar a los de casa? ¿Es que habría ella nunca denunciado un acto de sus hermanos?

CARIDAD.—Por Dios, Manuela. Por la memoria de tía Tula, cállate ya... Y tú, Rosa, no llores así..., vamos, levanta esa frente..., no te tapes así la cara con las manos..., no llores así, hija, no llores así...

Manuela le puso a su hermanastra la mano sobre el hombro y con una voz que parecía venir del otro mundo, del mundo eterno de la familia inmortal, le dijo:

—¡Perdóname, hermana, me he excedido!..., pero tu conducta me ha herido en lo vivo de la familia y he hecho lo que creo que habría hecho la Tía en este caso..., ¡perdónamelo!

Y Rosa, cayendo en sus brazos y ocultando su cabeza entre los pechos de su hermana, le dijo entre sollozos:

—¡Quien tiene que perdonarme eres tú, hermana, tú... Pero hermana... no, sino madre..., mi madre... ¡Tía! ¡Tía!

—¡Es la Tía, la tía Tula, la que tiene que perdonarnos y unirnos y guiarnos a todos! —concluyó Manuela.

M O N O D I A L O G O S

(1892-1936)

ELECCIONES Y CONVICCIONES

(*Diálogo divagatorio.*)

—¿Cómo vamos de elecciones, señor don Cándido?

—Mal, señor don Miguel, muy mal. Nunca logro decidirme hasta que llegado el momento me deciden.

—¿Y no sabe usted a quién favorecerá con su sufragio este año?

—Soy víctima, querido amigo, de un círculo vicioso.

—¿De un círculo vicioso?

—Sí, señor. El tal círculo es que, so pena de que mi voto sea perdido, no puedo menos que darlo a uno cualquiera de los candidatos, y, por otra parte, no quiero votar a ninguno de ellos, porque en el mero hecho de presentarse candidato o dejar que lo presenten, no merece mi confianza. Esta es una doctrina que yo solo he sacado de mi cabeza...

—No deja de tener su miga.

—Yo pienso demasiado, amigo don Miguel, y esto me pone en gran cuidado, porque me acuerdo de un sobrino que se aprendió él solo, solito, las letras y se murió de puro listo.

—¡Extraña enfermedad!

—Mueren aún algunos de ella. Además, yo soy hombre de principios y de convicciones...

—¿Arraigadas?

—Arraigadas, sí, señor. Y como le digo a usted, me gustaría votar a un Cincinato...

—¿Qué es eso?

—A uno a quien sorprendiera el ser elegido.

—¿Y usted cree que hay mortal elegible a quien pueda sorprender que le elijan para algo? ¿Por qué no forman ustedes, los hombres de principios y de convicciones, una sociedad secreta y se ponen de acuerdo y designan sus candidatos sin que éstos lo huelan y les sorprenden?

Quedóse mi interlocutor mirando al suelo con una expresión que me inquietó bastante, porque me acordé de su sobrinillo, muerto de puro listo. Al cabo levantó la cabeza.

—Se me ocurre una dificultad. ¿Y si los candidatos espontáneos se colaran en la sociedad secreta? Porque ríase usted, o no es sociedad o no es secreta... Si se colaran, digo, e hicieran que se les declarara candidatos sin saberlo ellos y... en fin, que yo cavilo demasiado —me dijo.

—Sí, señor don Cándido, me temo que de seguir así le mate a usted esa cabeza como a aquel su sobrino que aprendió a leer antes de tiempo. Le aconsejo que se deje de candidatos y de elecciones y de líos, se meta en su casita, ¡y a vivir!

—Jamás, señor don Miguel, jamás. Esas son doctrinas egoístas y disolventes. No me sorprenden en usted, pero yo, que soy hombre de principios y de convicciones, creo un deber ejercitar mis derechos, y puesto que se presentan varios candidatos, aunque todos sean para mí malos en cuanto todos son candidatos, elijo el que me parece menos malo y así cumplo con mi deber de ciudadano.

—¿Pero no sabe usted, señor don Cándido, que el peor de los candidatos es siempre el elegido?

—Chifladuras de usted. El humorismo no resuelve...

—¡Qué humorismo ni qué chanfaina! Le digo a usted que el peor de los candidatas es siempre el

elegido, por la misma razón por la que el peor de los dolores de muelas es el que se tiene y la enfermedad más mortal aquella de que se muere.

—¡Sofismas, sofismas, don Miguel!

—Y ¿es también sofisma el que aquel a quien usted coadyuva con su voto a sacarle avante porque se presentó como candidato pardo, se les vuelva a ustedes una vez elegido, azul?

—Dejar de votar por temores como ése, es como si se pegara usted un tiro por miedo a tener que morir. ¿Quién está libre de un vividor? Ante todo y sobre todo son los principios, las personas después. ¿Qué sería de las personas sin los principios?

—Cierto. Los principios viven y llevan en su cabeza las personas; los principios son el alma del mundo, que gira en torno del sol desde que Copérnico le señaló su ruta; los pueblos esperan a que se pongan de acuerdo los pensadores para hacer las cosas y el día en que un pueblo perdiera su fe en el libre albedrío, se dejarán sus hombres asesinar y robar. Por las ideas hay que juzgar al hombre. Y así se ve que siempre profesan puras y levantadas ideas los vividores, y que son inquebrantables en sus principios los hombres piedra. Le felicito a usted, señor don Cándido, por su robusta fe en los principios.

—¿Y por qué, amigo don Miguel, no se esfuerza en adquirirla?

—Me gusta más correr la liebre que comerla. Tengo siempre presentes aquellas palabras de Lessing, y dispéñeme la cita, “no es la verdad que un individuo posee o cree poseer, sino el esfuerzo leal por alcanzarla, lo que constituye el valor del hombre. Porque no es la posesión, sino la investigación de la verdad, lo que extiende nuestras fuerzas. La posesión nos hace apáticos, perezosos, arrogantes. Si Dios tuviera encerrada en su diestra la verdad toda,

y en la izquierda tan sólo el instinto siempre vivaz que la persigue, aun añadiendo a él para nosotros condena al error permanente, y si Dios me dijera: ¡escoge!, me precipitaría humildemente a su izquierda y le diría: Padre, dámelo; la pura verdad no es más que para ti solo”.

—Muy bonito, don Miguel, muy bonito. Pero ¿y para la conducta de la vida?

—¿Usted cree, señor don Cándido, que la fisiología enseña a digerir?, ¿o la lógica a pensar?, ¿o la moral a ser bueno? ¿Cree usted que el río vivo de nuestra conducta brota del arco iris de la mente?

—Le falta a usted fe en los principios.

—¿Fe? La tengo, porque no se reduce la fe a fe en las ideas y en los principios. Hay, señor don Cándido, cosas más altas, más vivas y más fecundas que las doctrinas, los dogmas, las ideas, los principios y todo lo que brota de la cabeza. Más noble y más santo que el producto del trabajo es el trabajo mismo. Es mucho más fecunda la gota de sudor del sembrador que el grano que recoge. El cerebro, señor don Cándido, tiene de apéndice más de lo que se cree. ¡Pobres espíritus los que creen que las ideas mueven al mundo! ¡Menguadas inteligencias las que juzgan que todo el espíritu se reduce a lo que la conciencia refleja, que la sombra guía al cuerpo, que el grave son del toque de oraciones volteja a las campanas de la torre de la aldea! La fe más viva es aquella cuyo objeto no se formula en proposiciones analizables. No por programas, por lemas vagos, se dejan matar los pueblos. Y es que el lema, que flota al viento como la bandera, recoge aspiraciones oscuras y sacude los bajos fondos del espíritu de los pueblos, esas vivas corrientes que fluyen poderosas por debajo de las fórmulas de los charlatanes. “¡Pobres hombres! ¡No saben por qué van a matarse!”.

dicen las gentes apestadas de intelectualismo cuando contemplan a los hombres sin programas afrontar la muerte. Pero esto va demasiado en serio. Rectifico mi consejo, señor don Cándido; puesto que está usted encasillado en un partido político y figura usted en él con su correspondiente etiqueta, vote usted al candidato del partido.

—Eso tendré que hacer al cabo, aunque a decir verdad el candidato que menos me gusta es el de mi partido.

—¿Y los principios, señor don Cándido? Si fuera yo, que creo más en las personas que en los principios, pero usted...

—Usted es un escéptico, señor don Miguel. ¡Vaya, adiós!, ¡hasta más ver!

—Vaya con Dios, señor don Cándido, y cuídese mucho, no sea que la cabeza le mate, como al sobrinito aquel que aprendió a leer antes de tiempo.

Nos separamos, y quedé pensando que jamás, ni él ni yo, podremos asomarnos sobre el brocal de la conciencia ajena, para ver cómo ve el prójimo las cosas en que concordamos todos.

Salamanca. junio de 1892.

[Suplemento literario de *El Nervión*,
Bilbao, 3-VII-1892.]

Fuí a tener una entrevista con Gedeón para que me diese su parecer acerca del parlamentarismo.

—Soy parlamentarista —me dijo— y además parlamentario, eminentemente parlamentario, y creo con firmeza en los brillantes destinos del parlamentarismo y del Parlamento. Aún no ha dado éste sus frutos todos, los más maduros y succulentos, pero los dará, no lo dudemos, los dará.

—Dicen —le insinué— que el Parlamento está llamado a desaparecer...

—¿Cómo? No sucederá tal cosa mientras haya formalidad, amigo mío. ¡Formalidad ante todo! ¡Sobre todo formalidad!

—¿Y la fundamentalidad, amigo Gedeón?

—Formalidad he dicho. Y no puede haberla sin formas. ¡Formas; ante todo las formas! Y en punto de éstas, dos son las columnas de nuestro parlamentarismo: la chistera y la señoría.

—Una vez me hicieron salir del Congreso por no llevar chistera...

—Bien hecho. La ley fija un tiempo para cada mayor edad; un día antes de cumplir los veintitrés o los veinticinco años (según los casos) no puede hacerse lo que se puede hacer al día siguiente de cumplirlos. Es una imprescindible ficción jurídica, amigo mío. Así la chistera, imprescindible ficción social en forma de chimenea para retener, no para dejar paso al humo. Sírvenos en ocasiones para distinguir

a los graves de los leves, a los formales de los informales, y el llevarla es muestra de humildad no pocas veces. Y luego la señoría, porque, dígame, ¿qué sucedería, ¡ay!, si los que en la calle se tutean se tuteasen en el taller de las leyes, en plena sesión solemne? Solemne, no lo olvide su señoría, la sesión es solemne... ¡solemne! Permítame, amigo, que me gusta paladear esta palabra... ¡solemne!

—¡Solemne! —exclamé sin poder contenerme.

—¡Solemne! —repitió Gedeón prosiguiendo—. Y se mantendrá el parlamentarismo, sí, se mantendrá, ilustre interlocutor y querido amigo particular, a quien b. l. m., se mantendrá el parlamentarismo, digo, mientras obedezcan a las acotaciones los señores diputados.

—¿A las acotaciones?

—Esperaba su extrañeza —me contestó Gedeón con equívoca sonrisa—, yo mismo tardé en darme cuenta de ellas. Usted habrá visto, sin duda, en los relatos de las sesiones todos aquellos paréntesis de “rumores”, “sensación”, “risa”, “expectación”, “asombro”, “protestas”, “señales de asentimiento”, etcétera, etc. Estas son las acotaciones, y esto... acérquese, amigo mío, que voy a decirle al oído, con toda reserva y en secreto, un gran secreto del Parlamento...

Me acerqué y él prosiguió en voz baja:

—Esos rumores, risas, sensaciones y protestas obedecen a una señal del apuntador, invisible para el público; está en el papel y en los precedentes. ¡Los precedentes sobre todo! La mayor parte de las veces el profano no acierta a comprender de qué se ríen los señores diputados o por qué rumorean o se sensacionan; pero es porque no ven al apuntador ni conocen los precedentes. Todo eso es cosa del papel. ¡Oh, las acotaciones!

Siguió hablando Gedeón y me dijo muchas más cosas que no hace al caso referirlas aquí.

Cuando salí de su casa iba por el paseo, delante mío, un niño como de unos seis años, y de pronto, sin que yo viese el motivo, dió una pirueta el niño. Y yo, que sentía unas ansias locas de dar otra pirueta, tuve que contenerme, porque me tienen por persona formal y grave y no puedo ser niño ni dar piruetas cuando me entren ganas. Eso está contra mis precedentes.

No podemos ser niños; he aquí nuestra desgracia, la de los españoles sobre todo. Los extranjeros que nos visitan se hacen lenguas de nuestra solemne gravedad, ¡Solemne!, y no pocos franceses hablan del *morne castillan*. De todos los síntomas que me hacen a las veces dudar de la posibilidad de nuestra redención, el más terrible síntoma es ese de nuestra gravedad, una gravedad moruna. Hasta los que pasan aquí por chirigoteros son graves, gravísimos, si bien se les observa. Los excéntricos son muy raros; los concéntricos, harto frecuentes.

Jamás olvidaré la gracia con que uno de mis más queridos amigos, al presente enchisterada señoría, quiero decir diputado a Cortes, nos contaba en cierta ocasión cuál es el colmo del flamenquismo. El supremo flamenco, el flamenco solemne, torero de ordinario, no habla. Se está las horas muertas en la acera de la calle de las Sierpes, en Sevilla, rodeado de sus admiradores, viendo pasar la gente y dando con el bastón en el suelo. De vez en cuando alguno de los admiradores exclama: "¡loh hombreh!", hacen eco los demás: "¡loh hombreh!", volviendo a sumirse en el mutismo, o bien: "¡qué toreraso!", y los otros: "¡qué toreraso!" Viene una garrida moza calle arriba y exclaman: "¡ya zube!"; a la hora o las dos horas vuelve, y ellos: "¡ya baja!"

Esto me recuerda lo que a otro amigo mío, que ni es señoría ni gasta chistera, le llamó más la atención al entrar por primera vez en tierra alemana, y fué el ver en una ciudad a un señorón de aspecto solemne y enchisterado ir por medio de la calle, delante de una charanga, llevando el paso a compás de la música y con un niño de cada mano. Aquí no se ve esto, ni que un hombre, no siendo por acaso un obrero, lleve en brazos a una criatura por la calle, ni en los domingos soleados vemos en las praderas o en los sotos de junto a las ciudades y villas a personas de respetabilidad y viso merendando sobre el césped con su familia, o jugando al marro o a la gallinita ciega con sus hijos. Somos, por lo común, estúpidamente graves; estúpidamente, tal es el adverbio que aquí mejor cuadra; estúpidamente graves, o si queréis, gravemente estúpidos.

Supongamos que va de gobernador a una provincia un sujeto diestro en prestidigitación, ¿por qué no ha de dar un día una sesión de juegos de manos en el Casino? O si tiene buena voz, ¿por qué no ha de salir al escenario en una función benéfica, o no benéfica, a cantar un aria o un dúo con el fiscal de la Audiencia? —Es que la autoridad pierde así prestigio —se dirá—. Y esto en un país en que va la autoridad a presidir las corridas de toros, donde la insultan, a presidir esa fiesta nacional, odiosa, no por lo bárbara, sino por lo grave, por la gravedad y hasta solemnidad con que los buenos aficionados la toman, no tolerando de buen grado las mojigangas, jugueteos y payasadas que en ella caben, esos aficionados que son capaces de leerse un Diccionario de tauromaquia y que discuten con toda formalidad si tal suerte fué aguantando o recibiendo. (Advierto al lector que puede aquí escapárase algún dislate, pues

en mi vida me he degradado en aprender el tecnicismo tauromáquico.)

Y no se crea que es el asunto éste baladí, como cualquier persona grave pudiera creerlo, como lo juzgarían los que vituperaban a Esopo el que se pusiese a jugar en la plazuela con los niños. Esa rigidez que nos distingue, esa tiesura que ni aun al bromear perdemos, todo eso que hace insoportables a los más de nuestros escritores festivos —gravísimos en el fondo— es un triste síntoma de anquilosis espiritual, de senilidad colectiva. Con ella se relaciona la en España casi general incomprensión del humorismo. Apenas se siente aquí más que la sátira, la burla enderezada a corregir tal o cual vicio, la burla didáctica (*Ridendo corrigitur mores*), la ironía tal vez. Por lo que a Quevedo respecta, estoy con Maeztu; no logro tragar al grave satírico castellano. Le encuentro grave, tiesamente grave, anquilosado, hasta solemne. Sus chistes me parecen didácticos retruécanos escolásticos. Cuando me habla del Gran Tacaño, oigo la voz campanuda y solemne del de los discursos de Marco Bruto. No se ríe libre e infantilmente, a carcajadas, por reírse, por alegría, por tomar el mundo en juego como los bienaventurados niños lo toman. Hace ingenio y no alegría. Y así en general tenemos escritores satíricos y a lo sumo festivos, no humoristas, si se exceptúa acaso a Cervantes, y éste a ratos. Supo crear Cervantes, nuestro casi único humorista, a aquel Quijote que, sin haberse reído, tanto ha dado que reír; aquel grave hidalgo manchego, que lo tomó todo, más que en serio, en grave.

“¡Siempre sois niños, griegos;”, cuenta que dijo un sacerdote egipcio a Solón. Es natural que el pueblo que vivió bajo la obsesión de la muerte tuviera por pueblo niño al que se bañó en la contemplación y goce de la vida.

¡Niños, sí, siempre niños! Niños, que de los niños es el reino de los cielos; niños juguetones, niños que no nos avergoncemos de dar de pronto, sin aparente motivo, una pirueta en público; niños que ríen mientras lloran, como luce el sol tras de la lluvia. ¡Desgraciado de quien no sepa reír y jugar, reír con toda el alma, libremente, de alegría, por derramé de salud espiritual, sin propósito de corregir nada, sin fin satírico moralizador! El que así no sepa reír, tampoco sabrá llorar con toda el alma.

Esa nuestra solemne gravedad delata una verdadera dolencia moral, una sequedad de corazón, una tristísima osificación de la conciencia, falta de ternura, en fin. La risa franca y libre, a diafragma suelto, la del alma que respira a sus anchas alegría de salud, la risa sin propósito, ¿cuándo la habéis oído? En cambio oiréis a diario esta lamentable pregunta: y ése, ¿qué se propone con eso? Pues no se propone nada más que jugar, jugar como los niños.

La falta de infantilismo es un síntoma de senilidad y de degeneración. Ya el gran filósofo Burdach decía que “es un gran error el de suponer que el aumento en edad sea aumento en la escala de perfección.” Por su parte, Havelock Ellis nos dice que el niño presenta en forma exagerada los caracteres distintivos de la especie humana: la cabeza grande, la cara pequeña, la lampiñez, el sistema óseo delicado. “Desde el punto de vista de la adaptación al ambiente —añade— es indudable que el grosero gorila, adulto peludo, de largas extremidades y pequeño cerebro, es más apto para abrirse camino en el mundo que su delicada cría, pero desde un punto de vista zoológico, no observamos progreso alguno. En el hombre, desde eso de los tres años en adelante, el desarrollo, aunque de adaptación absolutamente necesaria al ambiente, es, hasta cierto punto, un desarrollo

en degeneración y senilidad." Y el niño, el niño que marca en nuestra ascensión al sobre-hombre un punto más alto que el adulto adaptado a la dureza del ámbito en que vivimos, el niño juega, y se ríe, y se goza, y se recrea en recitados incoherentes y sin sentido, se regocija cuando quebranta momentáneamente la lógica. Y se ríe, no para corregir las costumbres, no como nuestros insoportables satíricos, sino que se ríe por reírse, porque le entran ganas de ello, y si no hay motivo, lo inventa, y se ríe de todo, de lo que más quiere.

Nuestros niños tienen cierto vislumbre del humorismo, hasta tal punto que nuestro único teatro humorístico es el teatro Guñol. Las chocarrerías de los payasos de circo les refrescan el alma. Luego, cuando se hacen grandes, se les seca el manantial, van muy graves por la calle, no se descomponen, no juegan, aspiran a señorías enchisteradas y celebran la moralizadora sátira a lo Quevedo. ¡Desgraciados!

Acaso conviniera que usáramos como libro de edificación el de los dichos, agudezas y ocurrencias de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.

Me han contado de un obispo que muchas veces, después de haber tenido que soportar latas solemnidades litúrgicas, se encerraba con sus familiares a tocar las castañuelas. Si ese obispo hubiera sido santo, habría tocado las castañuelas en público, y tendría por abogado celestial y patrono de su más particular devoción a San Junípero, el bufón de la compañía del pobrecito de Asís, el Bertoldo del Año Cristiano. David fué un gran rey, porque era capaz de bailar delante del arca.

Casi todos los libros ascéticos tratan de los estragos y estropicios que en las almas hacen los "respetos humanos". Bajo su acción, deléznanse los espíritus a inercia mortal. Y el más funesto de esos

respetos es el temor al ridículo que se hace apareciendo en público como un niño informal y juguetero.

Mas hay algo muy triste, y es que no basta querer ser niño; preciso es, además, poderlo ser. Los más de nuestros graves, si no se ríen y juegan no es porque ahoguen las ganas de hacerlo, sino por no sentir las ni de reír ni de jugar, y no las sienten por falta de salud de espíritu; padecen de esclerosis moral, se les ha agotado la ternura, fuente lo mismo de la risa que de las lágrimas. ¿No será que en el fondo son tristes, con tristeza seca, inlágime? ¿No será que en este gran convento de nuestra España nos consume la enfermedad que consumía en las claustros medievales a las almas de los monjes, aquella terrible enfermedad del espíritu, la "acedia", que casi todos los místicos conocieron? Paréceme ver en el fondo de esta nuestra gravedad una enorme tristeza, y en el fondo de esta nuestra tristeza una marcada senilidad, y en el fondo de la senilidad, lo diré por su nombre, salvajismo o barbarie. Porque el progreso de la humanidad es progreso en juventud, y los pueblos más cultos son más jóvenes que los incultos.

La vejez es una desgracia inevitable e incurable; "aquel a quien los dioses aman muere joven", dijo Menandro. Aspiremos a morir jóvenes cerca de los cien años. Hay que sustituir con el culto al niño el acatamiento al viejo, y acabar con esa mentira de que los años dan experiencia. ¡Desgraciado el pueblo regido por los viejos! Y sobre todo, que las cunas no dejen sitio a las tumbas.

Imitemos al Apóstol, exclamando: ¡Desgraciados de nosotros! ¿Quién nos librará de esta gravedad de muerte?

—No —dijo Eusebio—, no, nada nuevo, nada que de nuestros hábitos y costumbres se salga, sino lo mismo que de siempre venimos haciendo, pero a conciencia...

—¿Y tú crees —le replicó León— que con eso sólo habremos de regenerarnos?

—¿Sabes acaso —replicó aquél— lo que envuelve eso de hacerlo todo a conciencia, procurando darnos cuenta de por qué lo hacemos?

—Algo entreveo.

—Mira, León, lo capital estriba en que, en vez de convertirlo todo en rutina, vivifiquemos nuestras viejas rutinas. Cumple cada cual su oficio como de compromiso, para salir del paso; es nuestra vida puramente somnambúlica. Diríase que una potencia oculta, que *en común daño impera*, que dijo Leopardi, nos tira de los hilos..

—¿Y cómo hemos de hacer todo a conciencia, querido Eusebio?

—Mira, tú conoces a Ramón y sabes bien la historia de su elección de carrera, si es que puede decirse que la haya elegido. Fué su padre, primero juez, y magistrado luego; oyendo hablar de autos y sentencias y pleitos creció el muchacho; cuando de niño se le preguntaba: “¿Tú qué quieres ser, Ramoncito?”, contestaba: “¡Cómo papá!” ¡Es natu-

ral! Vióle un día con su toga y su birrete, y tal impresión produjo esto en la tierna imaginación del muchachuelo, que entonces recibió casi inconscientemente la *vocación* (la llamaremos así) que a la judicatura le ha llevado. Y hoy, ya lo ves, él se dice: "El Estado me paga para juzgar... y juzgo." ¿Se ha preocupado alguna vez, dime, del alcance de su función fuera del servicio que al Estado rinde? ¿Piensa en su papel social?

—Me parece que no.

—Así me parece también. Mira a Terreros. Metiéronle sus padres en un seminario; cursó varios años de Humanidades, Filosofía y Teología; ahorcó los hábitos, y encontróse con que de no ordenarse de sacerdote apenas habían de servirle para ganarse la vida los conocimientos que en su mente encajonara. ¿Y qué hizo? Para aprovechar sus estudios de latín se hizo licenciado en Letras, opusculó una cátedra de latín, la ganó, y ahí le tienes explicando esa lengua. El se dice: "Me dan mi sueldo para explicar latín... y lo explico; es un contrato con el Estado, él me paga y yo doy mis lecciones; cumplo con mi obligación." ¿Crees tú que con ella cumple?

—Según se entienda eso de obligación y eso de cumplir.

—Créeme, León, que el que sólo cumple su cometido, lo que por tal entendemos, no justifica ante la sociedad su vida. No ha de ser un hombre, un caballo de noria, que, obediente al amo, saca agua del pozo sin pararse a pensar para qué haya de servir tal agua. Y créeme que si Terreros pensase en la utilidad o inutilidad social que su enseñanza reporte, habría de modificarla en consonancia. Estamos perdidos porque cada cual hace las cosas como ha visto hacerlas, según el patrón recibido, que es, después

de todo, lo más cómodo. Todo se convierte en ceremonial; a tal hora tal cosa y de tal modo.

—¿Es que pretendes acaso que seamos originales todos?

—Todos debemos serlo, porque todos podemos, cada cual en su medida, ser originales. No se trata de innovar, sino de hacer lo viejo como si siempre fuese nuevo. Te encargan de algún cometido de rúbrica, de algo que viene haciéndose; pues bien, en vez de consultar los precedentes, debes decirte: “¿Y esto para qué sirve?, ¿qué utilidad social reporta?, ¿a qué conduce?” Porque cuando algo se estableció, se estableció para algo. Si crees dar con la raíz de la tradición, remózala, sácala a flor de tierra más jugosa, riégala a tu manera y harás progresar a la tradición. Si el cometido que te encomendaron lo crees del todo baldío e inútil, renuncia a él; si en algún modo crees que puede renovarse, renuévalo. Pero nunca, jamás, nunca lo llesves a cumplimiento por salir del paso, porque hay que hacerlo, por rutina, en fin. El que habla de deberes penosos padece de pereza moral, que es, con la pereza mental, la más terrible de todas.

—¡Oh! No le des vueltas; todas tus sutilezas de nada sirven. Hay deberes penosos, penosísimos; hay funciones que son pesadas cargas. La educación del individuo, como la del pueblo, es algo muy duro, algo a que nuestra rebelde naturaleza se resiste.

—¡Pobre naturaleza humana, y cómo la calumniáis los que de la vida y del mundo tenéis concepción tan lúgubre! Nada más alegre y llevadero que el deber social, cuando es deber social y no artificioso concepto.

—¡Oh, no, Eusebio, no! ¿Cuántos y cuántos hay que arrastran su vida cumpliendo su obligación **cual un deber penoso!**

—Es que no hacen lo que debieran, aunque no sea de ellos la culpa.

—Aunque no sea de ellos la culpa...

—Sí, aunque no sea de ellos la culpa. Porque no es culpa del pobre obrero que fabrica objetos de mero lujo o de evidente fin dañoso, si con ellos tienen que ganarse el pan. Y ¿no has visto con cuánto más ímpetu y arrojo, con cuánta más alma trabaja un albañil en un incendio, donde ve la finalidad hondamente humana de su labor, que no en obras que acaso se emprendieron sin objetivo claro? ¿No has visto cómo hacen que hacen, sin hacer apenas nada, esos a quienes los municipios ocupan para darles que comer? Van los unos desempedrando las calles para que otros tengan que volverlas a empedrar y sea así decorosa la limosna municipal.

—Eso se ve a menudo.

—Pues a esos pobres jornaleros me recuerdan los que, como Ramón y Terreros, sustancian pleitos o dan lecciones para justificar el sueldo con que el Estado les provee.

—¿Pero tú crees, Eusebio, que podrían hacer otra cosa?

—Todo hombre puede hacer lo mismo que hace, no otra cosa; pero no como lo hace, sino a conciencia, vuelvo a repetírtelo, a conciencia social, puesta la vista, no en el Estado ni en el sueldo, sino en la sociedad y la vida. El que así no hace, gana lo que come, pero no lo merece.

—¿Y el modo de llevar las gentes a que cumplan su obligación a conciencia?

—¡Ah! De eso he de hablarte otro día. Por de pronto, te diré que es el más poderoso factor la opinión pública, esa opinión pública a que acusan de extraviada cuantos en la pereza moral y en la mental se adormilan. Toda corporación cerrada es nido

de muerte, es pantano anidador de agotadora fiebre palúdica. Hay que orearla. Es menester que a ella lleguen el vaho y las voces de la calle, el rumor de las muchedumbres. la presión del ambiente, exterior. ¡Ay de esas estufas cuyos termómetros no van de par con los de la calle! ¡Ay de los prestigios de incubadora! Es señal terrible la de afrontar la opinión pública, la de fingir despreciarla...

—Pero ¿crees que existe tal opinión pública? ¿A qué llamas así? ¿A la que se arrojan cuatro papeles que circulan más o menos? ¿Crees que puede el público formar opinión de cosas que no conoce?

—Peor las conocen, dígame lo que se quiera, los que dentro de ellas viven. Créense en plena luz dentro de su antro; pero salgan fuera, mírenlo desde bajo el cielo abierto, y verán qué escondrijo de sombra. Bueno es recogerse, pero después de haberse derramado y para derramarse. No sé qué es peor, si el enajenamiento o el ensimismamiento; con ser opuestos, conducen a lo mismo.

—Con todo lo cual quieres decir...

—Que es ésta que usamos una manera de cumplir el deber que en autómatas nos convierte. La sociedad ni es, ni puede, ni debe ser un convento ni un cuartel. ¡Ay del que ejecuta una orden sin meditar en ella! ¡Ay del que llena las obligaciones de su cargo sin reflexionar en el fin social hondo y eterno, en la finalidad íntima de lo que hace! El carro de Yager-naut, del Progreso, le aplastará, por no haber querido molestarse en subir a él, donde caben todos, absolutamente todos. ¿Has oído el cuento del banco aquel en que no se permitía sentar?

—No lo recuerdo.

—Pues fué el caso que, paseando cierto sujeto por una alameda contigua a un cuartel, se encontró al ir a sentarse en un banco de madera con que el centi-

nela se lo impidió. “Pero, señor —se dijo el hombre—, si este banco está aquí para que los paseantes se sienten, ¿por qué me lo impiden?” Y como con un centinela, *esclavo de su obligación*, fíjate bien en esto, esclavo y no dueño de ella, no cabe discusión, llamó al cabo de guardia. Del cabo subió al oficial, del oficial a otro superior, y así hasta el comandante. Ninguno sabía la razón de tan extraña orden; habían todos recibido de su antecesor la consigna. Insistió nuestro hombre en buscar la razón del mandato entre aquellos esclavos de la disciplina, y averiguó al cabo que hacía más de un año se había pintado el banco, y que el comandante que lo vió, por un sentimiento laudabilísimo y medida altruista, ordenó que se prohibiera sentar a nadie para impedir que se manchara la ropa. Olvidóse de retirar la orden al secarse el banco y desaparecer así la razón de aquélla, y siguió prohibiéndose que se sentara nadie en un banco que para que los paseantes se sentaran se puso.

—¡ Sugestivo suceso!

—¡ Y tan sugestivo! Porque, ¡son tantos y tantos los que, esclavos y no señores de su obligación, hacen de centinelas para, impidiendo que el prójimo se siente, evitarle el que se manche en un banco archiseco! ¡Y ni siquiera saben por qué no le dejan que se siente! ¡La consigna!, ¡la consigna en todo! Aquí está al margen, mira, lee: “traje de etiqueta, corbata y guantes blancos”. ¿Te acuerdas?, ¿te acuerdas de don Baldomero? “¿Cómo viene usted sin corbata?” El pobre don Baldomero era de lo más ordenancista y escrupuloso en su cometido; te acordarás que no faltaba un día a clase, que tomaba lista escrupulosamente, y que, si nadie entraba, estaba allí solo la hora y media, ante los bancos vacíos. Y don Baldomero, esclavo de su obligación toda la vida,

jamás supo cumplir su deber, su deber social. Como los jornaleros municipales de los inviernos duros, trasportó tierras de un sitio a otro sin utilidad social alguna, para justificar ante el Estado su sueldo.

—La cosa creo, amigo Eusebio, que es algo más complicada de lo que te figuras.

Todo es más complicado de lo que nos figuramos, lo cual no obsta para que nos determinemos a obrar. Malo es cubrir con el pretexto de la pereza la impotencia; pero no es mejor con el pretexto de impotencia encubrir la pereza, la pereza moral y la mental.

[*La Ilustración Española y Americana*.
Madrid, 30-XI-1900.]

Erame ya familiar el monte; mantenía con él comunicación amigable. Trataba personalmente a cada encina, a cada fresno, a cada espino. Hablábame ya el monte, hasta entonces para mí mudo o yo para él sordo, o ambas cosas a la vez. Había yo cobrado en la Naturaleza sociedad, yo que tuve hasta entonces a la sociedad por Naturaleza. Y los hombres me parecían mejores trayéndome los a las mientes y contemplándolos en mi imaginativa, allá, entre las encinas, lejos de sus viviendas.

Aquella tarde desperté de mi siesta al pie del mesito, descortezado a trechos para no sé qué remedio medicinal. Durante el sueño habíanseme subido efluvios subterráneos, mientras descendían a mi espíritu en calma los del ambiente sereno, abrazándose así en mi alma dormida el alma de la tierra con el alma del cielo. Desperté adoctrinado, preñado mi ánimo de vagas ideas que pedían luz, expresión y libertad. Miré en torno, y al tropezar mi vista con un lampazo, me levanté para marcharme. Es una planta que me repugna, parece el sapo de las plantas.

Nada tenía que hacer; el tiempo era mío. Estaban las encinas encandeladas, en flor. Me dejé ir a la fresnada, junto al regato, donde vivía buena copia de flores en trato con muchedumbre de insectos. Volví a tenderme en tierra, entreteniéndome en ayudar a una hormiga a llevar su carga a la boca del hormiguero. Y recordé lo que he oído decir a un amigo respec-

to a la leyenda de la hormiga, que goza de fama de laboriosa cuando no hace de ordinario más que pasearse de acá para allá, de la Ceca a la Meca, sin objeto alguno; pero eso sí, muy de prisa, para hacer creer que va en busca de algo. “Me molestan las gentes que presumen de atareadas —suele decir mi amigo—, creyendo que por mucho madrugar amanece más temprano; ¡cuánto tiempo pierden los ocupados, los activos, los laboriosos! ¡Cuán poco evangélica es la hormiga, con todo y vivir al pie de los lirios del campo! Un ser neutro, sin sentido estético. ¿Y para qué trabaja? ¿Qué va ganando con ello? ¡Pobre esclava del instinto, sin instante de sueño ni de goce!” Recordando estas doctrinas de mi amigo, me entraban ganas de aplastar a la hormiga para descargarle del peso de tan inútil vida como la suya, cuando un abejorro que pasó zumbando llevó mi mirada a la flor sobre que fué a posarse, y a las demás.

¡Qué gran variedad de formas reviste el deseo de vivir!, pensé mirando a la estrella de florecillas de una clavellina. Y bien: ¿para qué sirven estas bellas formas? ¿Para qué este esplendor de colores? ¿Para qué esta riqueza de matices? El monte no respondía a mis *para qué*s, esperando sin duda a que me respondiese yo mismo. La Naturaleza no hace más que preguntarnos, sin respondernos nunca; lo que tomamos por respuestas suyas no son sino nuevas preguntas que nos dirige. Y como nada ella me respondiera, hube de responderme yo mismo; ¿qué remedio?

Y me dije: No sirven para nada estas bellas formas, estos brillantes colores, estos ricos matices; el deseo de vivir culmina en belleza, y en belleza rebasa cuando se satisface. Toda estas formas, estos colores, estos perfumes son su satisfacción de vivir, es la plenitud de la vida, el derrame de exceso vital, es

lo que sobra, es la meditación inútil de la planta, es su contemplación del Universo, es su himno a la vida, su ensueño, su colmo de energía.

Y recordé al punto la disensión doctrinal entre Darwin y Wallace. Conocida es la teoría de la selección sexual que propugnó Carlos Darwin. La selección sexual depende, según él, de “las ventajas que unos individuos tienen sobre otros del mismo sexo y especie, no más que en el respecto de la reproducción”. La selección sexual entra en juego cuando los machos “han adquirido su presente estructura, no por ser más aptos para sobrevivir en la lucha por la vida, sino por haber cobrado ventaja sobre otros machos”. Las hembras han ido eligiendo los machos más hermosos, y así, “por larga selección de los más atractivos, han añadido a su belleza sus otras cualidades atrayentes”.

Recordé las objeciones y reparos que se han puesto a esta enseñanza del gran naturalista. Supone un agudo sentido estético en las hembras: ¿de dónde lo han adquirido? ¿Por qué atrae a la pava el vistoso plumaje del pavo real? “La mariposa, a la que se supone tan extraordinario desarrollo de sutileza psicológica —dicen Geddes y Thomson en su libro *The evolution of sex*—, vuela a un pedazo de papel blanco en la pared y le atrae el primario impulso estético de un viejo papel, por no decir nada de la monótona brillantez de alguna de nuestras flores de jardín.” Los hechos, por otra parte, no confirman siempre las suposiciones darwinianas a este respecto.

Y me vino a las mientes la doctrina de Wallace, el digno rival de Darwin. Los fenómenos de ornato se deben “a las leyes generales del desarrollo y crecimiento”. “Si el ornato es el producto natural y el resultado directo de una salud y vigor superabundantes —dice Wallace—, no hace falta otro modo de

selección para darnos cuenta de la presencia de semejante ornato." Las hembras no eligen al más hermoso, sino que los machos combaten y el más fuerte se lleva como de botín a la hembra. Los más hermosos son a menudo los más resueltos y fuertes en el combate, pero es porque su hermosura arranca, como su resolución y fuerza, de superabundante salud.

Recordé nuestro dicho de *el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso*, dudando de que se le hubiera ocurrido a mujer alguna. ¿O es que eso que el proverbio llama fealdad no es precisamente la hermosura?

Se me presentaron a la retentiva aquellas dos feas palabras de *catabolismo* y *anabolismo*, y lo de que el macho es predominantemente *catabólico* y predominantemente *anabólico* la hembra. Me parecieron tan ridículas en el monte, entre las sencillas encinas, que me volví a mirar las flores. Pero las impertinentes teorías de los hombres no querían dejarme en paz.

Dicen que estas formas y estos colores son para atraer a los insectos, y que éstos las agitan provocando la caída del polen de los estambres sobre los pistilos; pero, ¿por qué les atraen con formas bellas y no con otras que no lo sean, para nosotros, al menos? ¿Por qué con perfumes, y no con olores de jugos más nutritivos? ¡La vida! ¡Ah, sí! Un cambio de materias albuminoideas, algo que surgió allá, en la última edad de la incandescencia terrestre, de los compuestos cianados, del cianógeno o biógeno, algo que brotó del fuego y se perpetúa por el agua; pero la vida, ¿para qué? ¿Para qué? ¿Para qué todo?

El silencio del monte recibía en su regazo mi *para qué* y se callaba. ¿Es que no hay para qué? —proseguía yo—; ¿y entonces esta hermosura? ¿No es la belleza misma un para qué?

Volví a mirar la clavellina, y me dije: Aquí ha andado la naturaleza a tanteo, buscando camino, a capricho, por azar puro, jugando, de la Ceca a la Meca como la hormiga. Sigue un camino cualquiera, el primero que se le presenta, y cuando no puede ir por él más allá, se vuelve, y esta vuelta sobre sus pasos es la que produce la belleza, al darse ella cuenta de lo que recorrió. Todo poeta ama el pasado; toda belleza es tradición, legado de salud y de energía. No hay más allá en el camino de esta clavellina, en su dirección es término y acabamiento, y vuelve en ella la vida sobre sí, y al encontrarse consigo misma se recrea en su obra y se hace bella.

Me tendí cara arriba mirando al cielo y proseguí: De aquí la virtud liberadora de la belleza, de aquí, de su inutilidad, de su santa inutilidad, de que para nada ulterior y de fuera de ella misma sirve, de que no es en sí medio alguno para cosa alguna. No tiene *para qué* por ser ella misma su propio *para qué*. De nada le sirve la cresta al gallo. ¡Santa inutilidad! Mas... ¿no es un cebo? ¿No es un cebo engañoso para atraernos a la vida y en ésta retenernos? ¿Es la vida para la belleza o ésta para aquélla? Y la vida, la vida misma, ¿por qué? Tal vez un círculo vicioso, la una para la otra, y las dos, ¿para qué? ¿Es que son en el fondo distintas? La vida pura, la vida libre de todo lo que no es vida, la vida libre de la muerte que de continuo la acompaña, ¿no es acaso la belleza misma? ¿No es la belleza la eterna aspiración a la eternidad? ¿No es la eternización de la momentaneidad?

Al ocurrírseme tales terminachos, me volví de lado a apacentar mi ánimo en la contemplación de una encina. Era toda ella un ornato; su vigor no rebasaba en vistosas flores, ni en apéndices ni flecos de ninguna suerte. Colgaba su flor, la candela, sin

atraer a los abejorros; la brisa no lograba agitar sus rígidas hojas. Su quietud era solemne.

No la agita el viento, ni el invierno le arranca su verdura. Vive siglos dando sombra a las flores de un día, a las que cae la gracia del sol cernida por su follaje. La encina callaba y yo me levanté para retirarme.

En el camino, mientras volvía a la casa, iba diciéndome: Todo eso podrá ser pura fantasía desde el punto de vista de una estética científica, pero, ¡vamos a ver!, ¿no es una bella explicación de la belleza? Y si el fundamento de la bondad ha de ser bueno más que verdadero, ¿no ha de tener que ser ante todo bello el fundamento de la belleza?

[*La Ilustración Española e Iberoamericana*,
Madrid, 22-IV-1902.]

Entre los papeles que al morir me dejó mi amigo L... había un paquete de cartas de su amigo P..., muerto hacía tiempo, y cuya rápida carrera literaria tanto nos había dado que hablar siempre. Porque P... había cruzado el cielo de nuestro no muy vasto territorio de la república de las letras como una estrella errante, como un "meteorito fugaz", según decía de él, siempre que le mentábamos en nuestras conversaciones, uno de sus más ardientes admiradores, S...

No me explico todavía lo de P... —solía decirme S...—; publica una novela, y se agota al poco tiempo la edición; da a luz un tomo de versos, y queda el público anhelando otro segundo tomo; se le representa un drama, y recordarás bien cuál fué su triunfo. Y cuando todos esperábamos que, aguijoneado por la más natural y legítima ambición, se pusiese a escalar el más alto peldaño de nuestro Parnaso, y hasta aspirase a hombrearse con el reducido coro de los verdaderamente universales y perdurables, se nos retira el hombre a eso que llaman vida privada, a trabajar, *pro pane lucrando*, en las más prosaicas tareas, y no hay modo de arrancarle de su retraimiento. ¡Qué razón tienes al decir que es la falta de ambición lo que nos trae a peor traer! Ve ahí un hombre que por falta de ambición no ha dado a su patria cuanto debió darle.

—¿Quién sabe si es que él se sentía por dentro agotado?

—No lo creo. Y en todo caso, quien de seguro conoce los verdaderos móviles de tan extraña conducta es nuestro amigo L..., pues ellos han sido siempre uña y carne, amigos inseparables, y siempre han tenido sus secretos y sus cuentos. Pero no hay modo de que L... nos declare lo que pudo arrojar a P... a aquel su funesto retraimiento.

—¿Crees tú que L... lo sabe?

—¡Pues no ha de saberlo!

Murió L..., me dejó, como dejo dicho, sus papeles y entre ellos un grueso paquete de cartas de su amigo P..., el que renunció a la gloria; las he leído todas de la cruz a la fecha, y ésta es la hora en que todavía ignoro qué fué, *en concreto*, lo que le llevó, al "fugaz meteoro", a enterrarse en la vida privada. Y digo *en concreto* porque *en abstracto* algo de ello adivino.

Las cartas de P... son en general de una vaguedad notable, parecen escritas, no para que las lea un sujeto determinado, en tal lugar y a tal hora del día, sino para que sean leídas por cualquiera, en cualquier lugar y a cualquier tiempo. Contienen buen número de reflexiones más o menos filosóficas, y de consideraciones morales, pero apenas nos dicen cosa alguna respecto a quien las escribió. La más personal acaso os la voy a reproducir, y, como se verá, se saca de ella muy poco que esclarezca la conducta del "meteoro fugaz".

Dice así esta carta:

"Villanueva, 3 de abril de 18...

"Mi querido L...: Me pregunta cómo me va, y en la inquietud que respecto a mi estado se delata en tu carta toda, veo muy claro que me crees presa de alguna perturbación mental. Tranquilízate; nunca he estado más sano que ahora, ni me he sentido mejor.

Vivo contentísimo, y, como sabes, muy atareado en ganar el pan para mis hijos.

”He aquí lo que me ha salvado y redimido: la preocupación del pan de cada día, del pan con que he de llenar mañana las bocas de los hijos que Dios y mi mujer me han dado.

”Sí, esa preocupación que ahoga y consume a muchos, desahoga y liberta a otros; es una pesadilla que nos ahorra sufrimientos de lujo. Abate la vanidad y acaba por destruirla.

”Si a alguno de esos desgraciados que se agitan y revuelven en la conquista del pan; que suda y se desespera buscando un mendrugo con que acallar el hambre; si a alguno de esos infelices que no pega ojo pensando en cómo sacará mañana con qué llegar a pasado mañana; si a uno de ellos le dijese que hay tormento más crudo y más áspero que el de luchar por conservar la vida material, es seguro que me mandaría a paseo con muy malos modos. Y haría bien. Y, sin embargo, tengo la convicción de que el hastío hace más víctimas que el hambre, y que la vanidad es un móvil más fuerte que la indigencia. Más crímenes se cometen por vanagloria que por hambre. “El hombre entrega antes la vida que la bolsa” —decía creo que Maquiavelo—; pues bien, yo te añado qué entrega la bolsa por la vanidad.

”Cuando vuelven a mí las viejas mal vencidas tentaciones; cuando los anhelos de gloria y de renombre me asaltan, suele ocurrir que entra entonces en mi gabinete, trayéndome de la mano —¡ángel redentor!— la cuenta del zapatero. “¡Pero cuánta bota rompen estos chicos!”, exclamo, me sonrío luego, y me pongo a trabajar por las botas de mis hijos y no por legar mi nombre a la posteridad. Y me siento aliviado de nuevo, y no temo ya volver a caer en aquellos furiosos celos, en aquella ojeriza a todos los genios que en el mundo han sido.

"Porque tú sabes la mala voluntad que tuve a Shakespeare, Esquilo, Schiller, Calderón y demás gigantes del teatro en la época en que di a éste mi famoso drama. Me pasaba lo que a esas personas falsamente piadosas y honradas que se desazonan al pensar que pueda salvarse un redomado pícaro, y se entristecen si les asalta la duda de que no hay infierno, y es porque temen que el cielo sea angosto y reducido, y que no quepamos cómodamente y a nuestras anchas todos en él. "Cuanto más entremos, piensan, nos tocará a menos." Esto mismo pensaba yo del cielo del arte, que cuanto más entremos en él nos tocará a menos gloria a cada uno. Cuanto se hable de Esquilo, de Shakespeare, de Schiller, de Calderón, quitará ocasiones de que se hable de mí. Y aquí tienes la verdadera razón de no pocos de los ataques que los literatos y artistas de hoy, sobre todo si son jóvenes, dirigen a los astros literarios y artísticos de ayer. El pasado hace sombra al porvenir.

"¿Qué sería de los hombres si no tuviesen que ganarse la vida con el sudor de su frente? Algunos ilusos soñadores nos pintan como un paraíso venidero una tierra en que, redimidos todos de la obsesión de asegurarse el sustento de mañana, nadie luchara por arrancar al prójimo un pedazo de pan; un paraíso en que a nadie sobrase lo que faltara al prójimo; un paraíso en que con poquísimo trabajo, y éste llevadero y grato, satisficiéramos todos nuestras necesidades corporales. Ese paraíso me parece el más horrendo infierno.

"Rotas las cadenas de la indigencia y del trabajo abrumador, alzaríase la vanidad de una manera formidable, y en poco tiempo el horrible monstruo ensombrecería el mundo. La lucha por la notoriedad, por la fama, por ser tenido como más guapo, más listo, más fuerte o más original; la lucha por legar el nombre a los venideros, y que de uno se hablase en los

siglos futuros, adquiriría en ese paraíso unas proporciones en que ni siquiera quiero pensar.

”¡No, no, querido L...; no, no y mil veces no! Que me dejen en este purgatorio; que no me traigan a ese paraíso de donde se ha expulsado a la indigencia y a la redentora lucha por el pan de mañana. Que me dejen luchar con el que, hambriento como yo, quiere arrebatarme para sus hijos el pan de los míos; que me dejen luchar con el que, queriendo vivir sin trabajar, me obliga a que trabaje yo para que él viva; pero, por Dios, que no me vuelvan a aquel mundo de envidiosos y vanidosos, a quienes el resplandor que empezaba a cobrar mi nombre les hacía daño; que no me vuelvan al mundo de aquellos que temían que cuanto de mí se hablara era tanto menos que se hablaba de ellos.

“Ponme en medio de un camino, frente a frente de otro padre como yo; entre los dos una hogaza de pan; detrás de él una caterva de niños que lloran de hambre y otra caterva de niños hambrientos detrás de mí; lucharemos; acaso tenga yo que matarle o tenga que matarme él, pero después, satisfechos sus hijos, se apiadará de mí, no guardará rencor a mi memoria, y sobre mi cadáver rezará un padrenuestro por el eterno descanso de mi alma. Pero no me pongas frente a uno de esos fracasados que se recomían las entrañas cada vez que mi nombre volaba en alas de la fama, porque sé que cuando haya yo muerto no respetarán mi memoria y ensuciarán mi nombre siempre que puedan.

”Ve aquí por qué bendigo las apremiantes necesidades que me han obligado a desertar del campo a que mi demonio de la guarda me empujaba. Ni envidiado ni envidioso... ¡qué hermosa frase! ¡Bendito el hambre que encadena a la vanidad!

”Hay quien dice que no encuentra apetecible la gloria celeste y tradicional que la fe de nuestros ma-

yores nos promete; que no le atrae la visión beatífica. A mí me atrae mucho menos ese paraíso terrenal que nos prometen los últimos soñadores revolucionarios. Afortunadamente he de morir sin alcanzarlo; no he de ver esa tierra de donde se haya desterrado la inquietud del pan de mañana, donde no haya que luchar a brazo partido para dar de comer a los hijos.

"Tengo miedo a tanta *felicidad*, a tanta paz, a tanta concordia; tengo miedo a que, aquietada la bestia y satisfecha, se rebele el ángel, ateniéndome a lo de Pascal, de que el hombre es un compuesto de ángel y de bestia. Prefiero que el ángel esté atado y sujeto a la bestia y no que pueda espaciarse por su cuenta y riesgo.

"Entre la suerte del hombre caído, expulsado del paraíso y teniendo que ganarse el pan con el sudor de su rostro, y la suerte del ángel rebelde arrojado a los infiernos, prefiero la del hombre.

"Mientras a uno le advierten las tripas con retortijones que tiene que comer, no se le ocurre ser más que los demás; la cuenta del zapatero me libra de preocuparme si Fulano o Mengano goza de más o menos consideración social que yo.

"Y nada más por hoy.

"Sabes que de veras te quiere.—P..."

Me abstengo de comentar esta carta, así como creo que tampoco hace al caso el que manifieste aquí si estoy o no conforme, y hasta qué punto lo estoy o no lo estoy, con las consideraciones en ella desarrolladas.

Me basta con presentar al lector las reflexiones que sugería al "fugaz meteoro" P... ese paraíso terrenal con que nos brinda en lontananza un revolucionario soñador.

Lo único que he de añadir aquí es que de la lectura de posteriores cartas de P... he sacado en limpio que no estaba curado, ni mucho menos, de la enfermedad

de que se creía libre y que todas esas reflexiones suyas que acaba de leer el lector no eran más que razones que se daba a sí mismo para persuadirse y aquietarse.

Allá, en lo más íntimo de su conciencia, suspiró siempre por los días en que la pesadilla de la gloria mundana le había atormentado, y hasta tengo razones para creer que en cierta ocasión en que le jugaron una mala pasada por cuestión de intereses pecuniaros, y para lucrarse a su costa, echó muy de menos los tiempos en que se le zahería, mortificaba y hasta se le calumniaba por pasiones de ángeles despechados y no de bestias hambrientas.

Y sigue siendo un misterio por qué se retiró P... a la vida privada y por qué renunció a la fama vowinglera, cuya vanidad es el mayor encanto que acaso tiene.

[*La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 22-XI-1902.]

Fué, por fin, mi amigo al campo a curarse de sus murrias, tal y como le aconsejé, y desde allí me escribe esto:

“Mi querido Miguel: No puedo más; pasado mañana me vuelvo a la ciudad. Es lo que ya te había repetido cien veces: o el campo no es para mí, o yo no soy para el campo. No has logrado convertirme; esta soledad me despersonaliza y siento dentro de mí el vacío. El ensayo ha fracasado; en este sosiego se exagera, en vez de aquietarse, mi dolencia moral. Esto es inútil; me vuelvo.

”Te tengo dicho y repetido muchas veces que soy un hombre esencial y radicalmente social, que sin una sociedad lo más copiosa y rica que sea posible de semejantes míos, ni vivo ni descanso. El trato de las gentes podrá ser veneno para mi corazón; pero no conozco para ese veneno otra triaca que el veneno mismo.

”Tú sabes que pienso en voz alta, que para mí pensar es hablar, y el silencio equivale en mi espíritu al sueño. Y no quiero dormir. Las cosas que se me ocurren, valgan lo que valieren, ocurrenseme al hablar, al hacer esfuerzos por transmitir al prójimo mis impresiones o mis sensaciones. Más de una vez me ha sucedido tener en la mente algo así como el informe esbozo de una idea, un germen de ella, una noción oscura y confusa que no se había destacado del fondo compacto de mi pensamiento, de esa especie de nebulosa en que se mueven nuestras ideas, haciéndose y deshaciéndose dentro de ella, y al es-

forzarme por comunicar a otro ese concepto en formación, ha acabado de formarse merced a tal esfuerzo, al constreñir mi mente a dar expresión verbal a semejante esbozo o germen, es decir, a encarnarlo en lenguaje, ha surgido distinto y claro en mi conciencia. Y ello es natural, pues lo que llama Romanes un *percepto* llega a concepto en cuanto encarna en nombre; nombrar algo es clasificarlo, esto es, conocerlo. Todavía me acuerdo la intensa alegría que experimenté al contestar a una objeción con que me apuraba un amigo con quien discutía, y cómo al ver él mi gozo me preguntaba de dónde provenía, y le dije: De que esto que acabo de decirte es para mí tan nuevo como para ti; ha surgido ahora a mi conciencia, desde el oscuro fondo de ella, al hacer yo esfuerzos por contestar a tu objeción.

"No soy hombre de monólogos; no sé hablar, y, por lo tanto, no sé pensar, pues ya te digo que mi pensamiento es verbal; no sé hablar si no veo unos ojos que me miran y no siento tras de ellos un espíritu que me atiende. Enciendo mi pensamiento en el combustible de mis palabras, pero con el fuego de un alma hermana, asomada a unos ojos humanos. No he aprendido a hablar a los árboles, a las rocas, a los arroyos, a las nubes, a los pájaros, y, lo que es peor, todas esas cosas no me dicen nada; están para mí mudas. La Naturaleza que me rodea se me presenta sorda y muda, y me da sueño: esto es lo peor, me da sueño, mucho sueño. Aquí no hago sino dormir; me acuesto a eso de las nueve y media; siempre antes de las diez, y son muy cerca de las diez cuando me levanto. Además suelo echar siesta. Y esto no puede seguir así, porque tal vida no es vida.

"Recuerdo a menudo lo que me sueles contestar cuando en nuestras discusiones respecto al campo

y la ciudad, la soledad y el trato de gentes, te digo que también la sociedad es Naturaleza, y tú sueles replicarme: 'Y la Naturaleza es sociedad.' Sí, no te lo niego, podrá haber hombres para los que sea sociedad la Naturaleza, tú uno de ellos, por lo visto; pero a mí no me pasa eso; me encuentro absolutamente solo en el campo, tan solo, que hasta mi pensamiento acaba por abandonarme y me duermo. Ya sé que me dirás que el sosiego que necesito es ése, no pensar ni tener más contenido de conciencia que el espectáculo que ante mí se despliegue; no pensar, sino ver desfilas las cosas. Pero esto me mata.

"Para poder encontrar sociedad en el retiro de la Naturaleza y conversar con árboles, pájaros, arroyos, rocas y nubes, y que éstos nos digan algo, es preciso llegar a cierta comunión con ellos, descender a la raíz de nuestra semejanza, buscarlos como semejantes y prójimos. Como animales que somos, tenemos de común con los pájaros la animalidad; pero yo no consigo despertar en mí esa animalidad y gozar con el goce de los juguetes de los pájaros en torno al nido, ni dolerme con el dolor de un pajarillo al que atrapa un gato. Tenemos un fondo común con árboles, rocas y nubes; pero yo no logro bajar a mi vegetabilidad, a mi materialidad, a lo que me hace cosa; soy, sin duda, demasiado específicamente hombre, demasiado intelectual.

"Llegué a la palabra, y ya te estoy oyendo tronar contra el intelectualismo, pues que no pierdes ocasión en privado de protestar de que haya quien te califique de intelectual. Los que te conocemos bien, sabemos que, en efecto, tienes más de afectivo, de volitivo, de imaginativo, como dice nuestro buen Eduardo, de *imaginacional*, que no de intelectual; pero, por más que hagas, ni lograrás aparecer a los ojos de los más sino como eso que han dado en lla-

mar ahora intelectual, ni conseguirás que dejen de aplicarte ese dictado de *sabio*, que tanto te encocora y molesta y que te parece un mote feo. Sí; el intelectualismo es, sin duda, la enfermedad que me devora, y tal vez la que te devora, a pesar de los forcejeos que haces para sacudirte de ella; pero mi intelectualismo no se cura en la soledad. Prefiero el delirio a la imbecilidad, y si continúo en el campo acabaré en imbécil, te lo aseguro. Prefiero el baile de San Vito a la perlesía, aunque en el fondo sean cosas análogas, que no lo sé. No sigo aquí; me vuelvo, me vuelvo a la ciudad. En ella buscaré naturaleza, y ya que no puedo hacer de los árboles hombres, haré de los hombres árboles.

"Me decías que necesito fe y no ciencia, voluntad y no razón, y que aquí, en el campo, ante el silencio de los hombres y la voz de las cosas se robustecería mi voluntad y con ella la fe, que es volitiva, acallándose la razón. Y no ha sido así. Dejo de lado esa tu idea de que la fe debe tener la menor mezcla posible de raciocinio; que un obsequio que quiera ser racional acaba por apagarse; que intentar demostrar la existencia de Dios es matar la experiencia directa de Él y de su obra. Dejo todas estas faramallas místicas o pseudomísticas —no quiero meterme a inquirir qué sea misticismo—, y me limito a decirte que ni se me ha robustecido la voluntad, ni se me ha despertado la fe aquí en el campo. Todo lo contrario; al languidecerseme el pensamiento, se me ha languidecido con él la voluntad, aquel impulso de hablar, de pensar, de idear, de inquirir; y en cuanto a la fe, hoy es el día en que no sé bien qué queréis expresar con ese vocablo. Mi voluntad es voluntad de pensar, de discurrir, de hablar; y como no encuentra resistencia, como ni los árboles, ni las rocas, ni los pájaros, ni las nubes me replican ni me contra-

dicen, me veo obligado a callarme, es decir, en fin de cuenta, a dormirme.

"Dirás que soy incorregible: ¿qué le voy a hacer? Mi torpeza fué hacerte caso cuando me decías que estaba enfermo, enfermo de la voluntad, enfermo del sentimiento. No, no lo estoy; mejor dicho, no sé si lo estoy, no sé qué es eso de estar enfermo, ni sé cuál es el criterio de la salud. Cada vez me parecen más necias las distinciones ésas de sano y enfermo, normal y anormal, equilibrado y desequilibrado, loco y cuerdo. Uno que viva veinte años tísico, y en esos veinte años lleve a cabo obras que sean útiles o gratas para los demás, es preferible a un sano que no haga cosa de provecho. Cuando me entero de algún descubrimiento que alivia un mal o facilita un progreso en industria; cuando sé de alguna nueva verdad descubierta, no me pongo a averiguar si el descubridor estaba sano o enfermo. No soy de los desgraciados que creen haber condenado las ideas de uno diciendo de él que es un místico, o un materialista, o un ateo, o un borracho, o un estafador. No sé si esto es salud o enfermedad, pero necesito vivir. Me vuelvo, pues. Ya lo sabes.

"Siempre tuyo.—*Rogelio.*"

* * *

Aún no he contestado a esta carta de mi amigo Rogelio; pero prometo a mis lectores publicar la contestación que dé a ella, lo mismo que publico aquí su carta. Contiene ésta, como todo lo humano, una porción de verdades mezcladas a porción de sofismas, aunque, si he de decir verdad, me vería apurado para desintrincar los unos de las otras. Vale, pues, más dejarlo.

—Es cosa, Antonio, que no me cabe en la cabeza eso de que un hombre que no esté encendido por el anhelo de servir a su patria o a sus conciudadanos ponga su conato entero en llegar a ministro, como no sea por codicia, o bien por ambición, para dejar un nombre a la historia.

—Por una de esas dos cosas suele abrigarse ese conato, amigo Tomás, cuando no se vive en el puro desinterés de servir a un ideal.

—No, no suele ser así. Hay quien se zambulle de hoz y de coz en eso que llamamos la política activa, derrochando una fortuna o echando por la borda una halagüeña posición económica, y no lo hace por ambición tampoco, ya que su ansia se colma en llegar a ministro, no más que en llegar a ministro, sin que el ministerio le sirva para sellar con la cifra de su sello la historia de su patria. Y convendrás conmigo, mi buen Antonio, en que en lengua de hombres no puede llamarse ambiciosa la aspiración de llegar a un ministerio.

—En lengua de hombres, tal vez no; pero ¿y en lengua de mujeres?...

—Descubre tu pensamiento.

—Esa que ni a ti ni a mí nos parece ambición digna de hombre ambicioso, cuando ese cargo se toma por fin y no por medio, suele ser ambición de mujer. Es ésta la que, soñando en llegar a ser la señora ministra, arrastra a un hombre a desdeñar o derrochar una fortuna, y acaso a renunciar a ambiciones más altas.

—Sí, tienes razón; con harta frecuencia la mujer apaga en su marido o en su amante el fuego de las ambiciones grandes, de las únicas que merecen ser llamadas ambiciones, para atizarle el de las chicas. Ahogan en el hombre muchas veces la soberbia, pero es para excitarle la vanidad. Y no lo comprendo.

—Pues yo sí, y lo encuentro natural. La mujer, cuando no ha elevado su espíritu, la mujer ordinaria, nuestra mujer, en fin, vive en el presente; ella debió de inventar el proverbio de “más vale pájaro en mano que ciento volando”. Prefiere entrar en un baile o en una recepción del brazo galoneado de su marido, a no la esperanza de dejar su nombre unido al de él.

—Sí, quiere dar más la cara que no el nombre.

—Y además sabe que no dará el nombre. ¿Cuántas veces se habla de las mujeres de aquellos hombres que han iluminado la historia? Muchas menos que aquellas en que las señoras ministras entran en un salón del brazo de sus rendidos esposos. La mujer ordinaria prefiere en el hombre lo que representa a no lo que es. Y ello es natural. La mujer del marqués es marquesa; la del conde, condesa; y hasta las del ministro, gobernador y alcalde pueden ser las señoras ministra, gobernadora o alcaldesa; pero la mujer del héroe no es heroína, ni la del filósofo filósofa, ni poetisa la del poeta. Es, pues, muy natural que entre la ambicioncilla mezquina y pobre de figurar, de eso que llamamos figurar, durante la vida, y la ambición satánica y fuerte, por muy pecaminosa que pueda parecer, de vivir más o menos años o siglos en la historia, prefiera aquélla.

—¿Y no acertará?

—¿A qué llamas acertar en esto, amigo Tomás? En estas cosas de apreciación individual, y que caen fuera de la moral, si es que no están contra ella, ¿a qué llamas acertar?

—Buscan una satisfacción; ¿cómo lo consiguen mejor?

—Tengo yo para mí que si una mujer le cree a su hombre capaz de más altos destinos, jamás le empujará a los más bajos; si es que le quiere de veras, se entiende. Cuando le empuja a ministro, es que piensa: “no sirve para más”.

—Me parece, sin embargo, que hay muchas que en el estado de incultura y de ñoñez en que entre nosotros viven, no conciben nada más alto que un ministerio. Los nombres de los ministros los leen a diario en los papeles públicos, y apenas leen más. Porque si conocen nombres de santos hay que tener en cuenta que la mayor parte de éstos fueron solteros, y que ninguna mujer gustaría unir su suerte a la de un hombre que va para santo canonizable.

—Esto me recuerda aquella salida de Carducci cuando, escribiendo de Santa Teresa que acostumbraba a llorar un día cada semana —así dice el poeta— porque el infeliz Satanás no puede amar, agrega: “y acaso pensaba en la felicidad de ser amada por semejante naturaleza”. Y el hecho es que, sea lo que fuere de si aciertan o no las que aspiran a señoras ministras, haciendo que sus maridos renuncien para conseguirlo o a una fortuna o a más altas ambiciones, a verdaderas ambiciones, el hecho es, digo, que con eso perjudican a la sociedad en que viven, a la que sirven más y mejor los grandes ambiciosos.

—¡Valiente cosa se les da a ellas de la tal sociedad! La mujer, por regla general, es un ser familiar, pero antisocial, y por esto precisamente cultiva eso que llaman la vida de sociedad.

—¡Paradoja tenemos!

—¡Vaya, no te me vuelvas también tú mentecato! La mujer necesita la sociedad para arañarla, para satisfacer en ella los instintos antisociales. ¿Concibes tú al anarquista de acción viviendo solo, sin amo, en

medio del bosque? ¿Va a arrojar bombas a los árboles? Pues así la mujer que es *apolítica*, antisocial, busca la sociedad para corroerla con murmuraciones y otros ingredientes corrosivos. Y por eso, porque es *apolítica*, empuja a eso que llamamos política a su marido. No es éste para el ministerio, sino que el ministerio es para él, o mejor dicho, para ella. El ministerio es sencillamente una cosa que se viste, o se baila. Y la probabilidad de cruzar la palabra con los reyes, de darles la mano, ¿no vale nada? Recuerda cuando éramos niños lo que envidiábamos a Pascualillo porque "Lagartijo", que era amigo de su padre, le dió una vez un beso cuando vino a unas corridas de ferias.

—Y al chico, que se quedó tan satisfecho, ¿quién le quitó aquella pura e inocente delicia infantil? Creo que no se lavó en quince días aquella mejilla. Bienaventurados los pobres de espíritu y los niños.

—Y bienaventuradas las señoras ministras...

—Cuando no son pura y sencillamente la señora del ministro...

—Eso por descontado; entre la mujer del señor alcalde y la señora alcaldesa hay diferencia.

—¡Alto! Ahí viene la señora ministra...

—Apresurémonos a saludarla, siquiera en desagravio.

La señora ministra, sonriente, blandiendo el abanico con un gesto de burlesca amenaza, se adelanta a Antonio y Tomás, y les dice jovialmente:

—Ustedes, como de costumbre, murmurando lo mismo que nosotras. Está visto que se van borrando las diferencias de sexo.

—Ya no hay sexo, señora —dice Tomás sentenciosamente e inclinándose.

Los tres se ríen y se dan las manos.

P.—Pero, hombre, me he preguntado muchas veces cuál puede ser la razón de que guardes esa ojeriza contra esta nuestra deliciosa corte, siendo, como es, que con tan buenos amigos cuentas en ella; pues aquí, lo sabes perfectamente, se te quiere.

R.—Tal vez, pero he de protestar de que por contar con buenos amigos y encontrarme, cuando vengo, envuelto en la consideración de los compañeros, haya de acallar y ahogar la afección de ánimo que esta sociedad me produce. Pudiera ser que dependiese tal afección de la facilidad liviana que hay aquí para hacerse amigo, y de la blandura y afabilidad mismas de trato con que se nos rodea.

P.—Permíteme que no quiera comprenderlo.

R.—Comprendo muy bien que no lo quieras, ya que eres uno de los muchos que se han propuesto como norma de conducta el hacerse agradables a los demás.

P.—“Ama a tu prójimo como a ti mismo”, dijo...

R.—Precepto que no implica el de hacernos agradables. Es precisamente nuestro amor al prójimo lo que puede y debe llevarnos muchas veces a serle desagradable. No me pesa el saber que soy antipático a muchos; así debe ser para mi bien, ya que no me compadezco con ellos. El deseo de agradar que aquí domina es una de las cosas que me hacen menos grata esta corte. Merced a esta tolerancia de trato, parece ella una casa de tolerancia. Estoy harto de

oír decir aquí a hombres: "Si yo hubiera nacido mujer, lo sería pública." Y públicos son de hecho, en igual sentido, aunque en el orden del espíritu.

P.—¿No es acaso mejor vivir así, agradándose mutuamente, de una manera agradable?

R.—Ni es siquiera vivir. En ello prende la raigambre de toda esta ramplonería y toda esta oquedad en que nos sofocamos. Ponderabas las facilidades con que aquí se encuentra el forastero, y cómo se le abren muy pronto de par en par las puertas, y yo te digo que donde tan abiertas están es porque no guardan interior alguno. Tú mismo has venido a corromperte en tu oficio de escritor público. ¡Y tan público!...

P.—Puesto que de él vivimos, justo es...

R.—Vivir para el público puede ser deber de patriotismo y de humanidad, pero tener que vivir de él es triste servidumbre de la que nadie debe gloriarse. Quien de él vive, rara vez le sirve como para su mejor bien debe servirle. Casi todas las lacerias y miserias de nuestras letras vienen del desdichado afán de agradar. A Lope de Vega debieron haberle cortado la mano derecha después que escribió aquello que sigue a lo de "el vulgo es necio". Comprendo, sí, que tú, que pescas tu pan con la pluma, no te cuides en cuanto escribas más que de dar gusto a tus lectores...

P.—¡Y qué divertido resultas cuando moralizas así, tan gravemente! Créeme que conozco yo pocas cosas más cómicas; para actor de carácter no tendrías precio...

R.—¡Bah! Ya sé que esto no se lleva, pero ¿qué quieres? Hay un sentido en que no conozco la vergüenza, así como en el otro no la conocéis vosotros, y estimo un deber el de hacerme antipático y otro el de ponerme en ridículo. Por lo menos, intentarlo.

P.—Va en gustos o va en modales. Yo me hago un deber de lealtad para con los que me favorecen leyéndome: el de distraerlos...

R.—En efecto, los distraes. Las más de las gentes leen para no enterarse.

P.—Paradoja tenemos...

R.—No seas imbécil viniéndote con gansadas. Ese es un término que aplican sin ton ni son los mentecatos. Sólo falta que llames humorismo al mal humor. Te repito que las más de las gentes leen para no enterarse. Cada cual alimenta su oculto gusano de carcoma en el corazón; éste se cree presa de un cáncer o de una angina, a aquél le abruman las deudas, al otro le da disgustos el hijo o la mujer se la pega, el de más allá va de mal en peor en sus negocios y hay tal que vive bajo el bochorno de ser esclavo de algún vicio innoBLE más fuerte que su voluntad. Y así casi todos. Y cuando uno de ellos coge en la mano un papel y pone la vista en letras, ocurre que todo cuanto sea intenso o sincero, sin importar cuál fuere el asunto, le despierta, por simpatía, la intensidad de su propia dolencia, y lo deja. A la hora del desayuno agarra el periódico cotidiano, y se pone a leer en él cosas que olvidará apenas leídas, en las que no le va provecho alguno y que le importan menos que un comino. La cosa es matar el rato y distraerse; no oír, por algún tiempo, el afán de aquel día. Lee para no enterarse, para no empaparse por entero en lo que lee. Y así va, con este propósito, al teatro, esta entre nosotros suprema escuela de vaciedad espiritual.

P.—Sí, sería mejor y hasta más cómico que fuese a un sermón. Y digo cómico, porque el Quevedo del *Marco Bruto* es más chistoso aún, sin él quererlo, que el de los *Sueños*. Todo esto sería risible si no fuera otra cosa. Y no te digo que parece que te

has propuesto entenebrecernos y entristecernos la vida...

R.—Haces bien en no decírmelo, pues de otro modo te repetiría que no seas imbécil. Con ese estúpido estribillo de que hay que alegrar la vida y todas esas sandeces de la alegría de vivir, con paganismo o sin él, y demás monsergas de anteúltimo cuño, lo único que estáis haciendo es entontecer la vida. Recoge los rumores del oleaje de tu alderredor y dime si no te agobia el vivir sumergido en un semejante mar de tontería colectiva. Es tontería, no es más ni menos que tontería. Y ella se alimenta merced a ese vergonzoso deseo de agradar. Para ser agradable a los tontos, hay que hacerse uno de ellos. Con el achaque de que el estómago público no recibe manjares más fuertes, se le tiene a dieta de papilla más o menos azucarada. Está organizada la adulación a la tontería pública y una cofradía a su servicio. Muy bien lo de *ridendo castigat mores*, pero acaece lo que con aquello otro de enseñar deleitando, y es que en el un caso el deleite impide la enseñanza y en el otro las costumbres se disuelven en la risa.

P.—¿Pero es que el deleite no basta? —te diré poniéndome a tu tono.

R.—Es que así nos privamos de deleites más nobles, más puros y más hondos. ¿Sabe acaso lo que es descansar quien nunca se cansó de veras, o lo que son los goces de la inteligencia quien no ejerció esfuerzos mentales por forzar la puerta de los misterios? La vaciedad de espíritu que huye de las más complicadas inquietudes espirituales se aleja, al así huir, de la fuente de las más grandes satisfacciones. Y de ello tenéis la culpa en no pequeña parte cuantos como tú, en vez de ahincaros en azu-

zar e irritar al público, ponéis vuestro empeño en serle agradable dándole por el gusto.

P.—¿Por el gusto? Aunque no con la cómica gravedad estoica que tú, también yo trato, a mi modo, de administrarle vomitivos, bien que se los dé en píldoras y bien dorados para que se los engulla mejor. Verdades más amargas que yo...

R.—Sí, te entiendo, y ésa es acaso la mayor de vuestras miserias; ésa, la de esa despreciable quisi-cosa que llamáis una amable ironía, hija del más infecundo escepticismo. Odio vuestra ironía, odio la ironía —los mentecatos la helenizan un poco más, llamándola *eironeia*—, nada encuentro más pobre ni más cobarde que eso que creéis flechas envenenadas y cuyo veneno se reduce a un poco de ortiga que no hace sino levantar un leve sarpullido, y esto en los tontos. Los que no lo son se ríen de vuestros venenos diciéndose: ¡así me los apliquen todos! Vuestros mordiscos no son sino caricias mal disfrazadas, pues dicen que hay mozas que gustan de que su hombre las pegue, pero sin romperles ninguna costilla. Y como estas mozas es vuestro público. No quiero la amable sonrisa irónica del escéptico, y ante ciertas malignidades profesionales no se me ocurre sino decir: ¡imbéciles!

P.—Sin embargo, tú...

R.—No me insultes; no me supongas un ironista más. No; cuando os llamo cobardes y ramplones y “públicos”, os lo llamo en un sentido recto y más riguroso, como cuando digo que vuestro público está infestado de tontería quiero decir que le aqueja un degradante rebajamiento mental. No hay ironía ni humorismo alguno; me pareéis sencillamente despreciables. Me parece despreciable vuestra cofradía a la busca de los favores del público y me pareéis vosotros, los cofrades, unos buscones. Afeitáis y aci-

caláis vuestras obras como vuestras colegas femininas afeitan y acicalan sus cuerpos venales. Uno de los más desgraciados de entre vosotros tiene un estribillo que no deja caer de la boca, y es que no hay más que una manera de tener talento y es tener estilo. Y es de saber luego lo que el hombre-zuelo entiende por estilo, una porquería que se reduce a badurnes, unturas y drogas de olor fuerte. Sois los profesionales, y con esto queda dicho todo. ¡Los profesionales! El payaso es un profesional de la risa; la mujer pública es una profesional de la lujuria. Tú no eres ya un hombre que escribe, con más o menos frecuencia y en uno u otro sitio, en tal o cual forma, sino que eres ya un escritor profesional. Hay novelistas de profesión, cronistas de profesión, maestros de profesión, abogados de profesión, dramaturgos de profesión, sacerdotes de profesión... ¡carroña y podre! Y hay quien vive en el mundo sin ser de él y quien siente la esclavitud de su propia profesión y no se gloria, sino que se avergüenza de ella y la soporta como una prueba. A la moza de partido resignada y humilde, que comprende la situación, se le perdona su extravío. Pero a vosotros... Si aciertas a escribir un sainete que gusta al público, hete ya sainetero; si con una novela le diste gusto, novelista para siempre; si fué un cantar, has de ser *cantarero* de por vida. Esclavitud y nada más.

P.—Y otra cosa soberbia. Nadie mejor que el público sabe aquello para que mejor le sirves.

R.—No; mi público no me conoce. Y yo he de darle, no lo que me pide, sino lo que yo creo ser lo mejor mío. Intentaré darle corazón y no carne.

P.—Sí, margaritas a puercos.

R.—¡Exacto! ¡Margaritas a puercos! Y si las

pisotean y si las ensucian, lo mismo da. Todo menos ese trato degradante en que andáis metidos...

P.—¿Y no has pensado si acaso la tontería...?

R.—Basta; está en mí, ¿no es eso?

P.—Hombre, yo no quise decir... pero, en fin, sea. Y además no tengo la ridícula soberbia de tratar de ponerme en ridículo, sin conseguirlo acaso, que es ya algo indecible...

R.—El temor a ponerse en ridículo es el compañero inseparable del deseo de agradar a todo trance y tan repugnante como él. Ya sé que todos los agradadores públicos interpretáis lo otro como una comezón de singularizarse contraponiéndose a los demás, como un delirio egolátrico, pero cada cual tiene su alma en su almario, y debe dejar correr al mundo. Siga cada uno su camino, tú el tuyo y el mío yo, y al cabo se pondrá en claro todo.

P.—Bueno, ¿has acabado? Pues mira, la caridad me impide decirte todo lo que pienso respecto a tu actitud y a tu estado. Te he oído con harta paciencia y una educación que ni conoces ni sabes apreciar; he oído todo el estallido de mal humor y de despecho —te lo digo también yo sin retintín ni ironía, sino llana y sinceramente, como sabemos a las veces hablar los honrados profesionales— de tu soberbia humillada y herida; he soportado con caridad tus impertinencias en consideración a tu estado, pero ahora me toca a mí.

R.—¡Ah!, ¿conque ahora te toca a ti?, ¿conque os toca a vosotros? Pues entonces... ¡adiós!

Y sin oír más, R. dió las espaldas a P. y se despidió de él, porque R. es de los que dicen su palabra y no oye las que ella provoca, y cuando llega el caso es el silencio su arma de combate. Y creo que hace bien.

¿Miserias? De lo más hondo del cenagal de la miseria moral puede el hombre levantarse a gracia; de la tontería no hay redención posible. Y estamos mascando en el ámbito esta irredimible dolencia.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 4-XI-1907.]

DIALOGOS DEL ESCRITOR Y EL POLITICO¹

I

PALABRAS Y ACTOS.

—P.—Ay, amigo, tú no haces sino predicar a otros que hagan, sin hacer cosa por tu propia parte.

E.—¿A qué llamas hacer? ¿Y a qué predicar? ¿Es que quien predica no hace algo?

P.—Sí, pero una cosa es predicar y otra dar trigo.

E.—Y la palabra, ¿no es trigo? ¿No es pan? ¿No está dicho que no sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra...?

P.—Que sale de la boca de Dios, pero no de la del hombre. Las palabras divinas son palabras sustanciales, son cosas; las del hombre no son más que pasajeras conmociones del aire versátil. Esto te lo he oído a ti mismo otras veces.

E.—Sí, y de ahí aquello de que en el principio

¹ Esta serie de diálogos comenzó a publicarse el 2 de noviembre de 1908, en *Los Lunes de "El Imparcial"*, de Madrid, y en el correspondiente al 26 de octubre, una semana antes, fué anunciada su publicación, en forma destacada, en estos términos: "En *Los Lunes de "El Imparcial"* correspondientes al día 2 de noviembre comenzaremos a publicar *Diálogos del escritor y el político*, de nuestro colaborador don Miguel de Unamuno. Este trabajo literario del ilustre Rector de la Universidad de Salamanca. está dividido en cinco capítulos que publicará *El Imparcial* en *Lunes* consecutivos." Y anticipaba el título de cada uno de los cinco diálogos.—(N. del E.)

era la Palabra, por quien fué hecho el mundo, y que Dios hizo éste con su palabra.

P.—Así es, aunque Goethe lo corrigiera: en el principio fué la acción...

E.—Es que Goethe sabía bien, presumo yo, que acción y palabra son una misma cosa.

P.—¡En Dios, sí; en el hombre, no!

E.—Y en el hombre también. ¿O es que has olvidado las palabras del centurión al Cristo cuando le decía que él, con una sola voz, movía a sus soldados?

P.—Con una sola voz, sí; pero con una voz de mando.

E.—De mando es toda voz que sale del corazón.

P.—Obras son amores...

E.—Y no buenas razones, cierto. Pero hay palabras cordiales, calientes, con el calor de la sangre, que son más que razones. Acaso no sea el oficio supremo del lenguaje el razonar. Y de aquí la fatalidad de tener que razonar con un instrumento que no hizo sólo el raciocinio. La voz sale de más cerca del hígado que no de la cabeza, y en el hígado asentaba Platón el don adivinatorio. Antes de ser raciocinio o comentario de profeta fué acaso la palabra oráculo de vate.

P.—Vuelvo a mi tema; de poco valen las palabras sin actos.

E.—¿Actos? La palabra acto en boca de un político, como tú lo eres, quiere decir casi siempre palabra. Lo que llamáis llevar a cabo un acto suele reducirse de ordinario a pronunciar un discurso. Pues todos sois centuriones; es de soldados ir al combate en que se pega y se reciben golpes.

P.—Un acto, sí, puede llegar a ser una palabra; un acto decisivo, un "hágase" creador; pero es cuando el que la pronuncia se compromete por ella y

por ella empeña su porvenir. Pero tú, el escritor, ¿en qué te comprometes con tus palabras escritas?

E.—Sí, manejar la pluma es algo así como manejar la rueca, ¿no es eso? La cuestión es dar la cara como el orador, que le vean a uno, sobre todo si es guapo; el punto está en la presencia personal, ¿no es así?

P.—Vuestros escritos se deshacen en nubes...

E.—Y si de ella llueve y se riegan los campos y brotan con el riego de la lluvia flores, ¿qué más dicha? Vosotros, en cambio, encerráis las nubes en férreas máquinas y mueven artefactos...

P.—Y sacan agua que también riega los campos.

E.—Las aguas de bombas y artefactos son para regar hortalizas de ordinario; las flores brotan del agua del cielo, por lo común...

P.—Quédate con tus flores.

E.—Te dejo con tus hortalizas.

P.—Y en todo caso, ¿no puede uno recrearse y restregarse la vista con su verdura?

E.—Sí, como, llegado un aprieto, puede uno comerse las flores. De ellas sacan miel las abejas, y la miel es tan sustanciosa y nutritiva como dulce al paladar.

P.—Por este camino, amigo, llegaremos a que todo es uno y lo mismo, como dice nuestro amigo el filósofo.

E.—;Eso sí que es una palabra!

P.—Y un acto, en cuanto le permite no comprometerse encogiéndose de hombros ante todo. Un acto, pero un acto negativo.

E.—Esto de acto negativo sí que no lo entiendo.

P.—Tampoco yo. Lo dije...

E.—Sí, como decís las palabras los políticos, para cubrir el hueco de los actos. Y eso del filósofo es una de sus mayores tonterías. Pues ya sabes lo que

de los filósofos decía Almeida Garrett, el portugués; que son tan locos como los poetas, y además tontos, cosa que los poetas no son.

P.—¡Hm!

E.—También yo dije ¡hm! a eso de que no haya poetas tontos. Pero dejando esto, te diré que lo de decir que todo es uno y lo mismo sólo puede referirse al fondo de las cosas. En el fondo, sí, todo es uno y lo mismo; pero como jamás llegaremos a ese fondo, por ser él inasequible, es como si no fuese así. Llevar las cosas al fondo es el más cómodo medio de dirimir las disputas.

P.—¿Y sabes que yo sospecho que no hay tal fondo, que las cosas no tienen fondo alguno, que están huecas, que les falta sustancia?

E.—Si no pensases así, no me explico que pudieras hacer un regular político. El político que crea en el fondo de las cosas, y por consiguiente, que todo es uno y lo mismo, está perdido. Para el político no puede haber más que apariencias, accidentes. Las sustancias se le escapan. Una ley de administración municipal nada tiene que se toque con la sustancia de la vida de un pueblo.

P.—Y tus palabras, ¿acaso tocan a la sustancia de algo?

E.—A la sustancia de las almas, si es que de la sustancia de mi alma brotaron.

P.—Pero vuelvo a lo mismo: ¿en qué te comprometes tú escribiendo? ¿En qué empeñas tu porvenir? ¿En qué pones en ello tu alma de hombre?

II

EL GUÍA QUE PERDIÓ EL CAMINO.

E.—Pues bien, amigo, sí, tienes razón; yo con mis escritos no me comprometo a nada, no empeño mi palabra ni mi porvenir. ¿Y qué? Mi acción termina así que escribo. ¿Te conviene lo que dije? Tómallo. ¿Te parece mal? Déjalo. ¿Qué te importa que me contradiga, si es que de hecho me contradigo y no sucede, como es lo ordinario, que la contradicción está en tu mente y no en la mía? El fin del escritor es escribir e influir con sus escritos en los demás. ¿Qué importa que hoy influya de un modo y mañana de otro, si es que influye?

Tu posición es distinta; tú tienes que atenerte a tus palabras, porque tus palabras son promesas, pero las mías no. Yo no prometo nada a nadie, y como a nadie prometo nada, no me comprometo. Tú no puedes variar de criterio porque fiados en el que sustentas se te han adherido muchos y siguen tus pisadas; tú con tus palabras has encadenado los intereses de muchos en torno tuyo y no te es lícito destruirlos. Pero yo...

P.—Y tú también. Muchos que leyéndote se han aficionado a ti...

E.—A mí no, a las ideas con que ellos al leerme estaba yo jugando.

P.—Bueno, pues muchos que se han aficionado a las ideas con que tú jugabas, creyéndote serio...

E.—Y lo soy; juego muy en serio.

P.—Creyéndote serio, repito, se han hecho a pensar por ti, a reposar en tu pensamiento, o si quieres en tu juego, y si les sales sosteniendo algo que de ti no esperaban se ven defraudados; les engañaste.

E.—Ya, sí, te entiendo. Delegaron en mí su pensamiento; me nombraron, por aclamación tácita, su administrador intelectual. Así es; así es en todas partes, y así es más aquí donde propendemos todos a delegar nuestro pensamiento. Don Pánfilo, el honrado burgués, se ha acostumbrado a pensar sobre las cosas políticas por cabeza del que hace los fondos de *El Diario*, que lee todas las mañanas, alternando cada párrafo con una sopa de chocolate bien encanelado. Si ese fondista, fondero o como quieras llamarle, se contradice un día, don Pánfilo sufre en la integridad lógica de su pensamiento delegado, y ese sufrimiento puede perturbarle la digestión del chocolate. Pues bien, yo no he aceptado nunca administraciones intelectuales; yo nunca me he comprometido a pensar por cuenta ajena. Pienso por la mía propia, y ¿qué importa que hoy lo haga así y mañana asá?

P.—Poco a poco, amigo, poco a poco. No podemos impedir el que los otros descansen en nosotros, el que nos fien su criterio. Los fieles reposan en el apóstol; le creen a él más bien que a sus palabras, porque vieron que éstas son un hombre, un hombre siempre el mismo. Si el apóstol pierde su fe en sí mismo, su fe en sus ideas, esa fe de tantos otros que en sagrado depósito guarda, ¿le es lícito declararlo? ¿Tiene derecho a sumir a miles de almas en la desesperación espiritual, aunque él pueda vivir de la rebusca de la verdad, ya que no de su posesión? Recuerda al Brand de Ibsen. Un general que comprende ha perdido la batalla no puede declararlo si con esta declaración provoca una desastrosa retirada de sus soldados; está obligado hasta a fingir una victoria, si con ello consigue una retirada en un orden.

E.—Es que yo nunca me presenté como apóstol ni como general.

P.—Ni general ni apóstol, ni escritor ni político se hace uno; le hacen los demás.

E.—Sí, el hombre es un producto social.

P.—Hablaste ahora como un oráculo político. Pero prosigo.

E.—Sí, prosigue. Cuando al político le coge la oratoria y la dialéctica retórica, hay que dejarle.

P.—Pues déjame. Dime, si un Papa perdiera la fe en su propia infalibilidad pontificia o no la tuviera cuando le preconizaron, ¿le sería lícito declararlo? ¿Sería humano, sería moral, que por un mezquino motivo de amor propio —porque eso de aparecer sincero no es más que una cuestión de amor propio mezquino—, sería humano, digo, que por tal egoísta motivo dejara a miles, a millones de almas, faltas de apoyo espiritual?

E.—Es que yo no soy Papa, no soy más que un modesto escritor, un hombre que escribe. Yo peso sin cebo, con anzuelo sólo, como el pescador del cuento; a nadie engaño, el que quiera picar que pique.

P.—Si el guía de una caravana ha perdido el camino y sabe que al saberlo se dejarán morir los caminantes de aquélla, ¿le es lícito declararlo? ¿No debe más bien seguir adelante, puesto que todo sendero lleva a alguna parte?

E.—Bien, ¿acabaste?

P.—No, un político no acaba nunca.

E.—He aquí nuestra ventaja, y es que nosotros los escritores acabamos a cada momento. Vivimos al día y ésa es nuestra fuerza. Y yo, por mi parte, amigo, ni soy apóstol, ni soy general, ni soy Papa, ni soy **guía**.

P.—Pues has hecho creer a muchos que eres algo de eso.

E.—¿Qué, Papa?

P.—No, apóstol.

E.—Sí, de mí mismo. Mi pelea es una pelea santísima, mi pelea es que se nos toma por lo que realmente somos, por nosotros mismos, mi pelea es que se respete la personalidad. Mi lema es que cada hombre es un hombre. ¿Y qué culpa tengo de que se empeñen en hacerme representante de estas o aquellas doctrinas? No quiero esa esclavitud y me revuelvo contra eso de que los otros pretendan saber mejor que yo lo que debo escribir, decir o hacer. Todos mis supuestos amigos a aconsejarme: “debes hacer esto, debes hacer aquello, tus aptitudes están aquí, no vayas por aquel camino.” Me lo quieren señalar ellos, un camino que sobre todo no se cruce con los de ellos. Y no lo quiero.

P.—Pero eso es inevitable, hijo de Dios, eso es lo humano.

E.—Lo inhumano más bien. Que me respeten y que no pretendan traerme de acá para allá a merced de sus gustos; que no se empeñen en repartirme el papel de la tragicomedia, sino que me dejen con mis “morcillas”. Más quiero ser autor mediano que actor óptimo. Y sobre todo que no me apunten. Y mira, llega esto a tal, que basta que me aplaudan en el recitado para que lo interrumpa. Ya sé que dirás que esto no es serio...

P.—No, no lo digo.

E.—Pues debiste decirlo.

P.—Lo que digo es que eso no es sino egotismo...

E.—El mejor remedio contra el egoísmo.

P.—Y digo que lo que haces no es sino jugar a las ideas.

E.—Exacto.

P.—Y eso...

III

EL JUEGO DE LAS IDEAS.

E.—Juego a las ideas, en efecto; muy noble juego y antiquísimo.

P.—Tan antiguo como los sofistas.

E.—¡Admirables varones! ¿Y Sócrates, no era acaso otro sofista? ¿No jugaba a las ideas tanto como Parménides o Protágoras?

P.—¿Y el sentido moral?

E.—Se puede jugar a las ideas muy moralmente, en santa ofrenda al dios de ellas.

P.—¿Son las ideas para jugar con ellas?

E.—¿Y por qué no? No mires, pues, el contenido de las que para jugar me sirven...

P.—Acaso no le tienen.

E.—Es fácil; las ideas, como lo demás, carecen tal vez de fondo. O más bien le tienen fuera. No te pongas, pues, a examinarlas, sino mira más bien mi juego y si es limpio y diestro. Hay filósofos que dicen que el método lo es todo, es decir, el juego, el ejercicio de la actividad, la manera de manejar las ideas. Son éstas como la pelota para el pelotaire; ¿quién se pone a examinar aquélla y a destriparla? Al que miramos es al jugador, apreciando su destreza, su habilidad, su fuerza, la limpieza de su juego.

P.—¿Así que no te importan las ideas con que juegas?

E.—No tanto. Me interesan mucho y las exami-

no como el pelotaire examina las pelotas con que ha de jugar. No todas son iguales ni mucho menos. Las hay buenas y malas, peores y mejores, pero su bondad o maldad estriba en si se prestan o no al juego. Es mala toda pelota que no sirve para jugar con ella, es buena la que sirve, y tanto mejor cuanto mejor sirva. Y ve por dónde establezco un criterio para discernir las ideas.

P.—Sí, un criterio estético, o más bien juglaresco, de jugador.

E.—Un criterio lógico, pues que la lógica, el método, es el juego de las ideas. Idea que no se presta o se presta mal al juego, es idea mala, es decir, falsa, y las mejores son las que mejor se prestan a él, las más elásticas. Ya ves que yo, el jugador de ideas, no juego con todas ellas.

P.—En efecto, aún no te he visto jugar con dogmas.

E.—Es que no botan. Y como no botan, son falsos, porque son muertos.

P.—Hay, sin embargo, quienes juegan con ellos.

E.—Sí, a tirárselos a la cabeza unos a otros, a la pedrea.

P.—Pues no se hacen mucho daño.

E.—Porque los creen de piedra inquebrantable y son de trapo.

P.—¿Y no ha habido jugadores de dogmas?

E.—¡Ya lo creo! Pero muy luego el dueño de ellos, el depositario de esos chinarrros redondos, de esas peladillas, se las quitan de las manos.

P.—Hay varias maneras de jugar, sin embargo...

E.—Exacto, se puede jugar a la pelota, a los bolos, a la calva, o marro. Y esos chinarrros sirven muy bien para jugar a la calva, sirven también para irlos colocando en fila, o en montones, o formando figuras más o menos simétricas, como hacen

los chicos. Se puede también usarlos a modo de balas de cañón, para dispararlos contra alguien y hacerle trizas. Pero mi juego es el de la pelota, el más noble, el más saludable, el más humano. El de la pelota y a largo. Así examino mis ideas y me quedo con las que botan mejor, es decir, con las más elásticas que son las más sutiles, la más comprensivas, las más profundas, es decir, las más verdaderas.

P.—¿Y no sirven las huecas?

E.—¿Esas de los niños? No, ésas duran poco y alcanzan corto. No resisten al aire.

P.—Sin embargo, el pelotón de ese juego inglés a que se juega con los pies...

E.—Sí, para jugar con los pies sirven los "ideones" huecos. Y eso lo debes saber tú, porque a eso, al *football*, jugáis en el Parlamento con grandes ideas huecas pero que botan mucho. Mas como son tan grandes, no se las puede empuñar; hay que cogerlas con ambos brazos, y quien mucho abarca, poco aprieta.

P.—¡Pero, hombre, esto no es serio!

E.—¿Qué no es serio?

P.—Lo que estamos haciendo.

E.—¿Y qué estamos haciendo?

P.—Jugar a las metáforas. Y la metáfora, amigo, es el gran peligro.

E.—Suprime entonces el lenguaje, que no es sino metáfora. Ya sé que hay entre vosotros algunos que se tienen y pasan por oradores y aparentan despreciar la metáfora, como puede el eunuco despreciar a la mujer. Son oradores sahárlicos —otros dicen que severos—, en sus discursos no hay más frescura que la del sudor. Pero yo, que sé que las ideas salieron de las palabras más que éstas de aquéllas, sé que el lenguaje, y el pensamiento con él, es me-

táfora. Jamás llegaremos a pensar en álgebra, y eso que hasta el álgebra está llena de metáforas.

P.—Y si las palabras no brotaron de las ideas, ¿de dónde entonces?

E.—De las emociones, de los sentimientos, de las sensaciones, de los deseos, de todo lo menos intelectual, aunque siempre algo. Por eso mi lógica metafórica, la de los *nabim* de Israel, de Oseas, de Amós, de Isaías, es lógica sentimental.

P.—Vamos, sí, lógica de poeta.

E.—Exacto, lógica de poeta, o sea poética, esto es, creativa.

P.—Sigamos la metáfora; ahora te has vuelto de jugador de pelota, de pelotaire, constructor de pelotas, pelotero. ¿Y este oficio de hacer ideas?

E.—Lo ejerce, en efecto, el poeta, sea de una, sea de otra especie. Pues todo creador de ideas, sea en forma de personajes de novela o drama, sea de sentimientos íntimos, sea de fórmulas matemáticas, sea de teorías científicas, no es más que un poeta.

P.—¿Más que...?

E.—Cierto, no es menos que un poeta.

P.—¿Y cómo y por qué en vez de hacer ideas juegas a ellas?

E.—Jugando con ellas es como se las hace.

P.—Hombre, ¿querras ahora en tu furor metafórico hacerme creer que se hace ideas nuevas peloteando a las viejas?

E.—Sin duda, porque son vivas. Y a fuerza de darlas contra el suelo y de traerlas por el aire acaban por soltar las que llevan dentro, por echar crías.

P.—Esto ya es un desenfreno.

E.—Precisamente lo que nos hace falta; el desenfreno intelectual.

P.—¿Y el método?

E.—¿El método? ¿El camino? ¿Y qué vamos a llevar por ese camino?

P.—¿Pero no mides el paradero de este libertinaje a que te entregas? Porque esto no es, permíteme que te lo diga, más que un libertinaje imaginativo.

E.—No te me pongas así delante, que vas a obligarme a defender el libertinaje. Cuando estoy jugando, no me estorbes; déjame jugar.

P.—Es que hay juegos peligrosos.

E.—Y el de la vida uno de los que más, y acaso el supremamente peligroso el de jugar a la verdad.

P.—No blasfemes.

E.—Acaso la verdad es algo pavoroso e inhumano, y, presintiéndolo, jugamos para que no nos agarre y haga presa.

P.—¿Y qué quieres a cambio de la verdad?

E.—¡Poesía, consuelo de la vida! Ni una ni otra tienen fondo, y ésta al cabo tiene forma más hermosa.

P.—Eso del poeta...

E.—Hablabamos de ello.

IV

POETA Y ABOGADO

P.—En cuanto al poeta...

E.—Sí, esa “cosa ligera, alada y sagrada”, como lo definió Platón. Y en primer lugar, cosa *chrema*, que es como le llamó: cosa, algo de que puede usarse, cosa y no hombre.

P.—No es muy halagüeño ser cosa.

E.—Menos halagüeño es ser hombre. Al fin las cosas son inocentes. No les alcanza el pecado original, como no le alcanza al poeta.

P.—¿Volvemos a empezar?

E.—Un volver a empezar es toda continuación. Y

continúo con Platón, que, poco más adelante, hace decir a Sócrates que los poetas no son sino intérpretes de los dioses. Y para ser fiel intérprete de un dios hay que convertirse en cosa, dejando por el momento de ser hombre. El hombre es rebelde a la humildad y a la obediencia, y la poesía exige obediencia ante todo. No lo que queremos que el dios nos diga, sino lo que quiera decirnos el dios, el señor y amo de las ideas. El nos la da y él nos las quita. Y sólo las da a los mortales por mediación de los poetas, de los verdaderos humildes y verdaderamente obedientes, de los que dan cuanto reciben y reciben cuanto dan. Y así es como el poeta crea.

P.—¿Crea?

E.—Crea o descubre, que es lo mismo.

P.—¿Y qué descubre?

E.—Mediterráneos.

P.—¡Mediterráneos había de ser...!

E.—Y es lo que más necesitamos que se nos descubra, lo que mejor creemos conocer, lo que tenemos ante los ojos. Y ésta es la divina misión social del poeta: descubrirnos lo que estamos viendo a diario. Una vez hablaba yo con un portugués, grande admirador de Víctor Hugo, de las patochadas o perogrulladas grandilocuentes de éste, y me dijo: ahí está su fuerte; en habernos revelado grandes trivialidades. Y añadió: hasta que Víctor Hugo dijo: "el género humano existe", había muchos que no lo creían o no lo sabían. Y me dejó convencido el portugués.

P.—Porque ibas a convencerte.

E.—Siempre voy a ello. El filósofo hace trivial lo sublime; el poeta hace sublime a lo trivial. Y al sublimarlo nos lo descubre. Tú has pasado todos los días, durante años, al pie de un tilo que hay a la salida de tu casa, según vas de ella al Parlamento, y

no viste que era un tilo ni supiste lo que sea el tal, hasta que no llegó un poeta y te vino a decir: "mira este tilo", pero no con estas palabras, sino con otras más aladas y más sagradas que te permitieron conocerlo. Te lo descubrió con una metáfora; te lo dió convertido en mito, esto es, en algo eterno, permanente.

P.—¿Los mitos son permanentes?

E.—Sí, más duraderos que eso que llamáis vosotros realidades. Las palabras que el aire lleva, son las cosas que más duran. El aire se las lleva, es cierto, pero van desde el aire soltando semilla.

P.—También sueltan semilla los actos.

E.—Sí; en cuanto son palabras...

P.—Volvemos a las andadas.

E.—Volver a las andadas es la vida, y es también la poesía. Porque de la poesía es hacer nuevo el sol de cada día y todo nuevo bajo él; de la poesía es revelarnos cómo la vida es creación continua; de la poesía darnos toda la novedad de la rutina y santificar la costumbre. Por eso la poesía se complace de preferencia en lo pasado, en lo que ha sido, en lo que ha vivido, en lo que ha sufrido, en lo que es recuerdo y costumbre.

P.—Vamos, sí, que la poesía es conservadora.

E.—Y dime tú, el político, ¿qué progreso cabe sin conservar? ¿Qué es lo que progresa sino el pasado, el recuerdo, la costumbre?

P.—Hay que mirar el porvenir.

E.—Sí, al través del pasado; si no, ¿cómo?

P.—¿Y qué tiene que ver esto con el poeta?

E.—Es el que reanima las cenizas de lo que fué. La historia o es poesía o no es nada.

P.—O es política.

E.—Esto es, abogacía.

P.—¡Qué rencor le profesas!

E.—Y eso que aún no tuve pleito. Pero la aborrezco, y la aborrezco por destructora. Toma a sueldo las ideas, y se puede jugar con ellas, pero no alquilarlas, no tomarlas de pretexto. Complácense las ideas en que se juegue con ellas y se ofenden de que se las tome de celestinas.

P.—¿Y cómo lo sabes?

E.—Porque dan hijos a quien con ellas juega y son estériles para quien las alquila. Aman al poeta y aborrecen al abogado.

P.—¿Y si el abogado fuera a la vez poeta?

E.—Sí, todos tenemos algo de lo uno y de lo otro, pues todos llevamos dentro al ángel y a la bestia. El abogado puro sería tan imposible como el puro poeta. La cosa alada y ligera necesita un peso que alguna vez le haga bajar a tierra, a cobrar fuerzas a su toque. Y los dos polos de nuestra alma son éstos: poesía de un lado, abogacía del otro. Y cuando estos polos se juntan, cuando el poeta y el abogado se funden en uno solo, dan al filósofo. El filósofo es un poeta de la abogacía trascendente, o si quieres un abogado es el que va a tiro hecho, a demostrar algo, a buscar una solución; el teólogo es un abogado de la religión. Recoger datos como quien recoge flores, investigar en ellos, váyase adonde se vaya, es poesía de ciencia; tomar una tesis e ir luego en busca de pruebas en que apoyarla, es abogacía. Por eso el poeta no discute, afirma.

P.—¿Y qué afirma?

E.—Hoy y aquí lo de hoy y de aquí, y mañana lo de mañana, y allí lo de allí.

P.—Volvemos a lo mismo; quieres decir que se contradice.

E.—No, no es él quien se contradice; es Dios quien con él juega, quien juega con esa cosa alada, ligera y sagrada, soplándole de acá para allá; es Dios quien

en el poeta y por el poeta se contradice. ¿O crees tú que la verdad de Dios es, como la del hombre, un chinarro?

P.—¿Es que su verdad y la nuestra no son una misma?

E.—Me complazco en creer que no. La verdad del hombre es algo pavoroso e inhumano, como ya te tengo dicho; la de Dios no. Acaso la verdad de Dios es algo que ofende a nuestra lógica de abogados. ¿Hay algo más terrible que eso de que dos y tres sean siempre cinco para nosotros?

P.—No vendrá mal, en efecto, que alguna vez sumando a tres dos hicieran mil y no cinco.

E.—En poesía tres y dos pueden ser mil.

P.—Y pueden no ser nada.

E.—Y pueden serlo todo. Y aquí está el toque, en el o todo o nada. Nuestro poeta, el que llevamos todos dentro, nos lleva al todo, nuestro abogado a la nada.

P.—Paradójico estás.

E.—No seas mentecato.

P.—¡Hombre!

E.—Hablemos, pues, si te place, de la paradoja.

V

LA PARADOJA

E.—Pues sí, empieza a molestarme ya la gansada esa de la paradoja. Es una salida como otra cualquiera. Llamáis paradoja unos a lo que no comprendéis bien, otros a lo que oís por vez primera. Os pasa lo que cierto sociólogo inglés dice les pasa a los ingleses de la burguesía intelectual, y es que cuando han dicho: “en mi vida he oído semejante cosa”, se imaginan que han refutado ésta. Y además

la paradoja, lo que llamáis paradoja, es el modo más enérgico de presentar la verdad. El clavo hay que meterlo de punta y no de cabeza, y las verdades son clavos, cuñas, en el tejido de vuestras ideas. Se puede coger una idea y buscarle las caras por donde más pronto encaje en el conjunto de las que formen vuestro caudal, pero así se le quita su fuerza. Y se puede presentarla por donde choque más.

P.—¿Para que sea más eficaz su introducción o sólo para que choque?

E.—Para una y para otra cosa. Al pronto parece resistirse, pero al cabo entra mejor. La eficacia de ciertas verdades evangélicas estriba en la forma paradójica en que las expuso Cristo. O ¿qué son sino paradojas aquello de quien quiera salvar su alma la perderá y lo de que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, y lo de que hay que odiar a su padre y a su madre y tantas cosas más de éstas? ¿Va nadie a tomarlas al pie de la letra? Observa que el Evangelio está todo él tejido de metáforas, parábolas y paradojas, y no encierra, en cambio, ni un solo silogismo. Claro, como que el silogismo es lenguaje humano, bajamente humano, político, en fin; mientras que la metáfora, la parábola y la paradoja son lenguaje divino en boca del hombre. Toda poesía alta y hondamente poética es paradójica y metafórica, es traducción de lo divino.

P.—Pero, ¿qué es, en fin, la paradoja?

E.—Es toda idea, o mejor dicho, toda expresión de idea, que se desvía del común sentir, pues “para” indica desviación, algo que está fuera de otra cosa, y “doxa”, opinión.

P.—Vamos, sí, algo que va contra el sentido común...

E.—Contra no, pues entonces sería *antidoxa* y no

paradoxa. No es que va en contra de la corriente central y más fuerte, es que se desvía de ella para enriquecerla.

P.—Pero tú ya sabes aquello de “quien no está conmigo, contra mí está”.

E.—Otra paradoja evangélica, que, como puedes suponer, no se me ha escapado. Y que se desvía también de ese horrendo, de ese mezquino, de ese miserable sentido común, enemigo del propio, y al que te acoges como a tu elemento. El sentido común, que es el que juzga con los medios comunes de conocer y con el cual los que sólo disponen de la simple vista, de la vista común, declaran loco o paradójico al que les anuncia lo que vió a telescopio o a microscopio, el sentido común no pare más que lugares comunes. Y la paradoja es el polo opuesto al lugar común.

P.—Vamos, sí, que la paradoja es lo propio de nuestra alma poética, y el lugar común lo propio de nuestra alma abogadesca o política.

E.—Tú lo has dicho. Y el poeta convierte en paradojas lugares comunes.

P.—Y nosotros, los políticos, según eso, convertimos en lugar común la paradoja.

E.—Así es; la paradoja de hoy es el lugar común de mañana.

P.—Menos cuando perece.

E.—Entonces no fué paradoja, sino vaciedad o tontería.

P.—O error.

E.—Los errores, si son vitales, vuelven.

P.—Y las vaciedades...

E.—Esas no, esas no necesitan volver, son permanentes.

P.—¿Y cuando ya tu público se aprenda tus paradojas?

E.—Inventaré, si me queda inventiva, otras; rebuscaré en nuevas venas.

P.—¿Y si te descubren el procedimiento?

E.—Importa poco descubran la cantera si no saben sacar de ella piedra.

P.—Pero al fin te sabrán de memoria los que te lean.

E.—Entonces, a morir; es decir, a callar, o sea a que me consagren.

P.—¿Cómo a que te consagren?

E.—Sí, nada me aterra más que las consagraciones. Dios aleje de sobre mi cabeza un homenaje cualquiera. Eso es como decirle a uno: “Descansa, poeta —o lo que fuere—, ¡no cantes más! ¡Nos estás fastidiando con el mismo estribillo, te lo sabemos de memoria; toma esto y calla!” Ni quiero jubilaciones ni patentes de inmortalidad, más o menos académicas, en vida; quiero acabar mi carrera con mi muerte, y si no con mi silencio voluntario, pero no que el público me jubile homenajeándome. No quiero que me entierren en vida. El homenaje que un escritor debe codiciar es ser leído.

P.—Y discutido...

E.—Justo, y discutido; éste es el supremo. Llegar a ser indiscutible, ¡qué horror!

P.—Se lucha para vencer.

E.—Tú, el político, sí; yo, no. Lucho para luchar; es decir, para vivir. Si venciera, eso que tú llamas vencer, ¿qué haría luego? ¿Descansar con una corona en la cabeza? No quiero descanso a la luz y sobre la tierra, sino en lo oscuro y bajo ella. El vencedor no trabaja con eficacia. Los vencedores suelen ser al cabo vencidos por aquellos a quienes vencieron, los bárbaros por los siervos romanos. Quiero morir bárbaro, sin doblar la cabeza ante el Concilio romano. Los que se someten a la fuerza es para so-

meter luego por astucia a quien les sometió. El escritor de quien se dice que ha triunfado, es un prisionero de su público. Un éxito ruidoso y explosivo es un éxito fatal; el que lo consiguió con una obra, suele pasarse luego la vida plagiándola, reeditándola en nuevas formas. No, no lo que esperan que les dé, sino lo que yo quiera darles.

P.—¿Y si tú quisieras darles precisamente lo que de ti esperan?

E.—No; de lo mío aplauden lo menos mío, la bazofia. Me aplauden las ideas expósitas, las que recojo en la calle o en el aire, las visto y las suelto después de haberlas vestido con la librea que lleva mi seña y mi cifra; pero las mías, las mías propias, las brotadas de mi corazón caliente..., a éstas las dejan pasar ante sus puertas sin apenas hacerles caso. Y es natural, en aquéllas, en las expósitas, en las que recogí del arroyo y vestí, reconocen hijas propias, suyas, hijas de esa gran ramera que se llama opinión pública, la impúdica e infiel esposa del sentido común, de este ciervo de ramosa cornamenta. Y las recogen y acogen por eso. Pero yo sé que ella cambiará, llegando día en que se mire a mis hijos y se vuelva la espalda a esos miserables engendros.

P.—¿Y por qué los adoptas entonces? ¿Por qué los recoges y los vistes con tu seña y cifra?

E.—Has tocado, amigo, en algo doloroso, muy doloroso, has tocado en algo de que no quisiera hablar. Paréceme que cuando me alaban ciertas cosas no es sino para vituperarme tácitamente otras. Y esto sucede en general, sí, como cuando oyes elogiar a alguien debes preguntar: “¿contra quién va ese elogio?”, así cuando te alaben algo tuyo piensa contra qué cosa, también tuya, de seguro más tuya, va ese elogio. ¡Y qué cosas me han alabado, Dios mío! Al escribirlas o al decirlas no dejé de sentir alguna

vergüenza, no me faltó conciencia de que lo hacía bajo el fatal conjuro de esa vil ramera de que te dije; pero al aplaudírmelo, y sobre todo al ver quiénes me lo aplaudían, se me reveló toda la vaciedad y toda la vulgaridad de lo que había escrito o dicho. Vi entonces que me querían candar con el aplauso. Y en tales casos es cuando me refugio en esas que llamáis tú y tus congéneres mis paradojas, en mis queridas paradojas. Son las que me defienden; son las que me impiden que deje de ser yo. Y yo quiero ser yo.

P.—A todos nos pasa igual; cada cual quiere ser él mismo.

E.—Ojalá; pero no es así. No, no quiere cada cual ser él mismo, sino que más bien los más de los hombres quieren ser lo que no son, y de aquí el egoísmo.

P.—Tocaste el punto.

E.—Sí, pero como esto del egoísmo y su oposición al egotismo es cosa larga, sutil y profundamente paradójica y metafórica, vale más que lo dejemos. Es mejor para meditada en soledad que para charlarla en compañía.

Y se separaron.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 2, 9, 23, 30-XI y 21-XII-1908.]

Seco, sí; seco, sí, amigo, pero no frío; ¡frío, no! ¿Por qué se ha de juntar tan a menudo y tan arbitrariamente lo de frío con lo de seco? Los antiguos distribuían los temperamentos según dos parejas de cualidades, y eran cuatro, a saber: húmedo frío, húmedo caliente, seco frío y seco caliente. Hay, pues, un seco caliente ¡y muy caliente!, y un húmedo frío, ¡y tan frío! ¿Por qué, pues, llamar frío a lo que es escueto, descarnado, entrañable? Es entre la hojarasca donde se esconde el frío.

En el orden de la comprensión no suele haber nada más confuso que lo difuso; los escritores poco inteligibles no son los que emplean pocas palabras, no los elípticos, sino los que abusan de ellas, los redundantes. A aquéllos cuesta a las veces el entenderlos de primeras, pero una vez que se les entiende se les comprende y no se les olvida; mientras que a los otros, a los redundantes, se cree comprenderlos, mas si uno se detiene y trata de analizarlos, encuéntrase con que apenas se los entiende.

Una conversación es, casi siempre, superior a un discurso, y es de preferir el escritor que con nosotros conversa, que aquel otro que nos endilga una arenga o un sermón.

Y si esto ocurre en el aspecto comprensivo, el del entendimiento, algo así ocurre también en el emotivo, en el del sentimiento. Los sentimientos superficiales y

fáciles, son fácil, pero superficialmente provocados. Pocas cosas hay más al alcance de cualquier ingenio que hace llorar o hace reír al lector; pero ni la risa ni el lloro son señales de hondura de sentimiento alguno. Hace treinta años me hacía llorar Espronceda, y cuando hace poco intenté volver a leerle, sentí que un vaho de frío pasaba desde el exuberante follaje de sus versos a mi corazón. Era un frío húmedo. Me sonaba a frío, sí, ésta es la frase por paradójica que le parezca; me sonaba a frío. Casi toda la lírica española del siglo XIX me suena a frío.

¿Todos?, me preguntarás. ¡Todos no! Tú sabes mi predilección por algunos que pasan por de segundo o aun inferior orden; por algunos que expían en su memoria la delicadeza de su espíritu. Un viento frío, pero resonante, con fragor de remolino de hojas caídas por el otoño, ahogó sus voces. “El ruido con que rueda la ronca tempestad” —tempestad no más que de ruido— no nos dejó oír frescos rumores de vida apacible y henchida, y es lo peor que ese ruido tempestuoso fué frío, desoladoramente frío. Hoy nos espanta la frialdad del romanticismo español, y ni comprendemos cómo pudo hablarse entonces de imaginaciones calenturientas, y si calenturientas, no seguramente cálidas. ¿Con qué iban a calentarse? No de cierto con ideas.

Porque las ideas calientan, y en rigor son ellas tan sólo las que calientan, las que alumbran y encienden a la fantasía. Hasta cuando se canta a la mujer amada, es la idea de la mujer, la mujer convertida en idea lo que enciende al cantor. Claro es que una idea no es una fórmula matemática.

Lo que hay es que la mayor parte de los hombres, y entre nosotros casi todos, tienen las ideas por ídolos, son para ellos unos tarugos tallados en tal cual concepto, que erigen sobre un altar y a que rinden soñoliento culto litúrgico o de que se sirven como

de porra, enarbolándolas contra sus enemigos. No las encienden para alumbrarse y escaldarse a la llama de sus brasas. No las consumen, en fin; es decir, no las viven. Y no vive una idea el que se ajusta a ella como a un modelo, sino el que la consume enterrándola en sí. Recordando aquello del Evangelio cabe decir que no fructifica en el alma de uno una idea mientras no muere al caer en ella. Sólo me han dado fruto las ideas que han muerto en mí. Porque han muerto para resucitar. Hay que ser campo de cultivo y no cilla de depósito, ni siquiera era de trilla.

Aquel alma ardiente que vivió en el siglo en el hombre danés que se llamó Kierkegaard dijo alguna vez que la paradoja es la pasión del pensamiento. ¡La pasión del pensamiento! No el apasionamiento por tal o cual idea, apasionamiento que a veces nos veda consumir, esto es, hacer nuestra la idea que es objeto de él; no, no es eso, sino pasión del pensamiento, la pasión de pensar, la de llevar toda idea a su extremo límite, a su ulterior desarrollo, lo que equivale a matarla. Y así fué él, Kierkegaard, un heroico matador de ideas. Y las mataba por amor, por inmenso amor, por loco amor al pensamiento. El pensar fué una pasión en él, y pensó apasionadamente.

Cuando se piensa así, apasionadamente; es más, aun desesperadamente, las ideas, las al parecer más abstractas y más abstrusas se nos encienden y nos dañan llamadas. Y es su chisporroteo tan ardoroso como suele ser frío el ruido con que rueda la ronca tempestad, y más aún aquellas míticas del fénix, últimas congojas.

Un día me hablabas del teatro de ideas, como contrapuesto al teatro de pasiones, y yo, aunque nada te dije —¿para qué?—, pensaba que esa peregrina y arbitraria distinción no puede ser valedera sino allí donde las ideas no llegan a ser pasiones; allí donde, no comprendiendo que nuestros primeros padres pu-

dieran caer por la tentación del conocimiento, por el ansia de ser como dioses, concededores de la ciencia del bien y del mal, se ha traducido la tremenda tragedia del Paraíso en un drama vulgar, vulgarísimo, de apetitos carnales. Han convertido el mítico fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal en una ramplona manzana de carne y pepitas.

“No; eso hace pensar, no hace sentir”, me decías una vez, y yo te repliqué que raro es lo que de veras hace pensar, no lo que nos enseña algo, sino lo que nos hace pensar que no nos haga a la vez sentir. Nos hace sentir el pensamiento. ¿Pero es que sabes bien lo que es sentir el pensamiento, apasionarse por pensar? Lo dudo, porque eres hombre de partido y has suscrito un programa comprometiéndote, en cierto modo, a la consecuencia mental. Y un hombre de secta, de escuela, de partido político, no es fácil que se apasione por el pensamiento. Porque el pensamiento devora las ideas para mantenerse con ellas, y el primer deber que el hombre de secta, de escuela o de partido se impone, es el de respetar su idea y no devorarla. No se deja arrastrar al abismo de la dialéctica.

Y aquel frío, aquel horrible frío que se siente en los resonantes estallidos de nuestros trovadores románticos, no procede sino de que les falta calor de ideas y hasta calor de imágenes. Su pensamiento era de una arreciente vulgaridad burguesa. Su filosofía, y no la conciente, no la que profesaran a sabiendas, sino la otra, la subconciente, la íntima, la escondida en los repliegues del corazón, era la filosofía misma de olla podrida, de puchero de garbanzos, de los otros, de quienes acaso se burlaban. Fué la suya una triste época de esterilidad, y al decir esterilidad digo servilismo de pensamiento. Todo lo suyo era traducción. Hasta lo español lo tradujeron de traducciones; era lo español victorhuguesco.

¿Y qué iban a hacer?, me dirás. Sí, bien lo veo;

eran de su pueblo. Y es cosa terrible vivir acosado de la pasión del pensamiento donde los demás viven a lo sumo apasionados de esta o de la otra idea; pero apasionados con esa falsa pasión romántica que declara intangible a la dama de nuestros pensamientos. No; no es posible que cante a la Monarquía un monárquico, ni a la República un republicano. El himno más ardoroso, más seco, pero a la vez más ardiente, a Dios, ha de ser el de un ateo que siente la pasión; es decir, el dolor de serlo, el de un ateo que quisiera ser Dios. Porque el ateo que no quiere ser Dios nó es más que un pobre mentecato.

Una vez me acusaste de incontinencia mental, y no he olvidado la acusación. ¿Pero crees que es en tantos otros una virtud la continencia mental? Pien-san para algo, y yo no pienso más que para pensar, por lujuria de la mente.

Hay ahora —como en todos los tiempos los hay— unos mozos entusiastas, de esos que, por no tener otra cosa de qué presumir, presumen de jóvenes radicales los más... Pero ¿en qué consiste su radicalismo? En la adopción como dogma de estas o las otras ideas que creen avanzadas, en la erección como tarugos idolátricos de estos o los otros principios de doctrina. ¡Mientras no se atrevan con ellos!... Es decir, mientras no los quemem para calentarse a su llama... Y no es aconsejarles escepticismo, no; aunque el escepticismo en los escépticos por pasión sea la más segura guía de una acción, a la vez que concordante, fecunda. Es que si trascendieran de toda doctrina, por haberlas devorado todas, aplicarían en cada caso la más adecuada a él, la más viva, la más cálida en aquel momento. El oportunismo o posibilismo, lo que en otro caso se llama casuismo, es lo más vil y bajo cuando obedece a egoístas móviles de cazurrería y medro personal; pero es lo más noble y más alto cuando se ajusta a altas y nobles pasiones, como la

del patriotismo. El oportunismo de un diputado provincial que sólo defiende su puesto, ¿en qué se parece al nobilísimo oportunismo de un Bismarck?

Calor de ideas, amigo; calor de ideas; seco, sí, ¡pero no frío!

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 4-IX-1911.]

Entró P., agitadísimo, en el despacho de R. Iban a tratar de un asunto grave, que les separaba profundamente, y temía P. que la discusión degenerara en disputa, y luego ésta en algo peor. Mas apenas se presentó ante su adversario R., díjole éste:

—Mire usted, señor P., esto va acabar, seguramente, en que vamos a venir a las manos y a dirimir nuestro caso a puñetazo limpio. Y esto después de una, dos, tres o más horas de discusión más o menos violenta. ¿Le parece a usted que nos ahorremos ésta y empecemos, desde luego, por donde habríamos de acabar? Además, un meneo mutuo no creo que nos venga del todo mal.

—¡Pero, señor R.!

—¡Piénselo usted bien! Porque lo peor es perder el tiempo, y tiempo perdido será el que gastemos en discutir, pues no hemos de convencernos uno a otro...

—Sabe usted que acaso tenga razón...!

—¿Sí? Pues manos a la obra.

Fué R. a la puerta y la cerró con llave. Quitáronse luego las chaquetas y se liaron a bofetadas y a puñetazo limpio, poniéndose como nuevos. Después de un cuarto de hora de mutua brega, sólo por breves momentos de respiro interrumpida, mostráronse jadeantes y sudorosos y llenos de cardenales y sorderos. Volvieron a ponerse las chaquetas, sentáronse, y dijo R.:

—Ahora, amigo P., discutamos el asunto.

—¡Pero si está claro, clarísimo, amigo R.!

—Así creo yo también.

Y en menos de diez minutos lo dejaron resuelto a satisfacción de ambos.

—Lo ve usted, querido P. —añadió R.—; en veinticinco minutos lo hemos arreglado todo, mientras que por el otro sistema habríamos estado discutiendo y disputando tal vez tres horas, para acabar por la cachetina. Y no habríamos quedado amigos.

—Cierto —agregó R.

Y se quedaron a comer juntos.

Paréceme éste un procedimiento en no pocos casos recomendable, lo mismo entre los hombres que entre los pueblos. (Y entre paréntesis, ¿no es eso lo que Italia está haciendo en Trípoli con Turquía?)

Hay que dar algo al instinto combativo del hombre y a la necesidad psíquica y fisiológica de las cachetinas y las guerras. Los ilusos que creen acabar con éstas se proponen hacerlo suprimiendo sus causas. Y la guerra es ella misma la causa de los motivos que la provocan. El hombre es, como otros muchos animales, un animal esencial y fundamentalmente guerrero.

“Sí, pero la guerra evoluciona, cambia de forma...” Y aquí se nos vienen los sociólogos —que son los astrólogos y alquimistas modernos— con toda una serie de monsergas sobre la lucha económica, intelectual o de ideas, etc., etc. ¡Ganas de hablar! Digan lo que quieran, las ideas han entrado siempre a estacazos. Claro es que no siempre en el que recibe el estacazo, sino que muchas veces, las más, en el que lo da. Hay quien se ha convencido de que no tiene razón en vista de no poder imponer su idea a palo limpio. Por donde se ve la superiorísima utilidad de darlos. Aunque no sea tan grande la de recibirlos.

Presumo que una buena parte de mis lectores dirá

a esto: “¡Bah, paradojas de Unamuno!”), porque es sabido que las mías tienen que ser paradojas, aunque aquí apenas hay quien sepa a ciencia cierta qué es lo que quiere decir eso de paradoja. Dicen por ahí fuera que está lleno de ellas el Evangelio, y esto me consolaría si yo creyese que es algo malo la paradoja, pues nada me place más que acercarme a escritor evangélico. Y mi amigo Kierkegaard decía que la paradoja es la pasión del pensamiento. No es poco, pues, llegar a ella aquí, donde la pasión del pensamiento, o la rabia de pensar si se quiere, es tan rara. Y más rara aún en los listos, que los hay.

Me permito opinar, por otra parte, que los clavos se deben meter de punta y no de cabeza, y las ideas deben presentarse siempre por el lado más puntiagudo y que más pinche. Y todo lo que acabo de decir de la guerra no es sino lo que de ella dicen los que la defienden y ensalzan, sean filósofos, como Hegel, o militares, como Moltke. La guerra ha producido y transmitido tantas o más ideas que el comercio. La diosa de la sabiduría, Minerva, usa casco guerrero.

El señor R., de quien os hablaba al principio de estas notas, entendía en su más profundo sentido el viejo aforismo latino de *si vis pacem, para bellum*, apréstate a la guerra si quieres la paz. Lo más terrible es, sin duda, eso que llaman la paz armada. Preferible es la guerra desarmada.

“¿Y qué es esto de la guerra desarmada?”, preguntará el lector. Esa es una frase que he sacado por el método del *Ars Magna commutatoria*, que a mí y a otros —entre ellos Pascal— nos enseñó el gran don Fulgencio. Ya pensaré lo que con eso de la guerra desarmada se puede heñir y se lo comunicaré a mis lectores.

Por hoy quiero limitarme a llamar la atención de

ustedes sobre el hecho de que vivimos en España en paz civil armada, y casi todo, como el tío de Fuentelapeña, en “¿a quién le pego?”

Y es lo triste que no sirvieron a sacarnos de este estado las dos y media guerritas civiles del pasado siglo, su revolución y sus varios motines y pronunciamientos. Seguimos disputando y malgastando en ello tinta, que es acaso peor que malgastar sangre. Porque no está mal aquella frase de “sobre esta disputa corrieron ríos de sangre y, lo que es peor, de tinta”. Esta mancha más que aquélla, a tal punto, que hay quien cree que la sangre mancha la tinta.

Me temo que todo lo que escribamos unos y otros ha de ser inútil, porque, como ni éstos ni aquéllos queremos convencernos, nadie nos ha de convencer. Y yo menos que nadie. Verdad es que tampoco escribo para convencer, sino, a lo sumo, para ver si logro encender en cada uno de los que me lean la pasión de su propio pensamiento, aunque sea contrario al mío.

[*La Noche*, Madrid, 15-XII-1911.]

LA VIUDA DE DEMETRIO

ENSAYO DE FILOSOFÍA MORAL

Conocí una cierta viuda, afligida de serlo, pero admirablemente vividora, y hasta filósofa, con la más honda filosofía de la viudez.

Faltábale el consuelo de los hijos, pues su marido no se los había dejado, de manera que en ellos se reprodujese. Pero, aunque sin hijos, no por eso dejó de encontrar un muy elevado y muy sutil consuelo a la aflicción de su temprana viudez. Y digo temprana, porque había enviudado a los veintisiete años, aunque yo no la conocí sino cuando pasaba ya de los sesenta y siete; esto es, cuarenta años después.

—Cuando ocurrió aquella inesperada desgracia —me decía—; cuando me vi de repente sin marido, de una manera trágica y a los dos años escasos de matrimonio, que fueron una continua luna de miel, creí morirme. Es más aún, deseé morirme, pedí a Dios la muerte, con toda la fuerza de mi alma, para ir a reunirme cuanto antes con mi adorado Demetrio, y si me dejó llevar del demonio, enemigo de la vida, me suicidó.

—¿Y no se suicidó usted? —la pregunté.

—No, ya lo ve usted.

—Tiene usted razón; ya caigo —respondí.

—No me suicidé, y hasta encontré bien pronto un soberano consuelo a mi aflicción y un motivo de vivir.

—¡ Ah, un motivo de vivir! —exclamé—. ¿ Y para qué vive usted?

—Pues vivo para encomendar a Dios el alma de mi Demetrio y aplicarle mis merecimientos por la gracia del Señor. Y así, cuantos más años viva, más servicios puedo rendir a su pobre alma. Porque ya sabrá usted que, una vez muertos, nada podemos hacer por nuestros muertos; hay que estar viva para hacer por ellos.

—¡ Consoladora doctrina! —exclamé, sin poderme contener.

—Y, además —añadió la afligida viuda—, gozo un singular placer, cual es el de esperar el día en que vaya a reunirme con mi Demetrio. Esta esperanza es un verdadero deleite.

—Así lo creo, señora —contesté—. Esperar morir-se y desearlo, y vivir gozándose en esa esperanza y ese deseo, ha de ser mucho mejor que morir-se de una vez y de verdad. Porque una vez muerto, no le queda a uno, me parece, el goce de la esperanza de dejar esta vida miserable.

—Así parece —dijo, pensativa, la larga viuda de Demetrio.

—Ya dijo, señora, el gran Leopardi, a quien usted conoce...

—Sí que conozco sus obras, en efecto, y me han consolado no poco...

—Ya dijo, pues, Leopardi, que el mejor día es el sábado, y que no debe a uno importarle que no le llegue el domingo. Hay que vivir en víspera; cuanto más larga mejor.

—Además, amigo don Miguel —me dijo la viuda—, yo me preparo para una buena muerte, para una muerte que me permita unirme de nuevo a mi difunto Demetrio, y toda preparación me parece poca y corta. Cuanto más larga mejor.

—Además, así —le contesté— se prolonga el deleite de la espera. Ya habrá usted observado, señora, que cuando le dan un exquisito pastel a un niño, si éste es torpe y grosero se lo devora al momento y casi sin mascararlo, se lo traga; pero si es de gusto delicado, lo está contemplando largo rato haciéndole la rosca, inspeccionándolo y circunspeccionándolo...

—¿Qué distinción es esa? —me preguntó.

Y yo, que había soltado esas dos palabras para que me preguntase por su distinción y cambiar así de tema, con objeto de hacer la conversación más amena y esperar más divertidamente a que se acabara, le dije:

—Cuando se inspecciona una cosa, señora, el sujeto inspeccionador se está quieto y hace dar vueltas al objeto inspeccionado, para poder verlo por sus caras todas; mientras que cuando se trata de un objeto al que no podemos voltearlo, hay que ir uno mismo, el sujeto, a su alrededor y circunspeccionarlo. Así, cabe inspeccionar un caballo o una manzana, pero a una torre o una montaña es menester circunspeccionarla.

—¡Es bonito!

—Muy bonito, señora. Y así, el niño juicioso inspecciona y circunspecciona el pastel, y, si es soberanamente juicioso, lo guarda y no se lo come.

—Así tengo yo una amiga, viuda como yo, aunque no tantos años —me dijo—, que guarda, hace más de treinta, en un armario, los dulces de la boda.

—Y hace bien, señora, hace muy bien. Y supongo que se hará enterrar con ellos, como no se los reserve para que con ellos se rompan las primeras muelas sus nietos. Estos dulces fósiles tienen un singular encanto.

—¡Ay, los dulces fósiles! —suspiró la viuda de

Demetrio, añadiendo—: ¿Y de las amarguras fósiles, qué me dice usted, amigo don Miguel?

—De ésas le digo, señora —y al decir esto, mi voz tomó un acento profético y solemne—, que el supremo arte de la vida es el de divertirse con el dolor.

Y entonces, en última confianza ya, me confió la viuda de Demetrio que había querido guardar en un lacrimatorio las lágrimas que a la muerte de su marido derramó, en la esperanza de que cristalizaran en perlas; pero se le habían evaporado, dejando un imperceptible sedimento, un invisible poso de sales.

—Esta es la sal de la tierra —le dije—, sal de lágrimas. Y si por ella no fuera, seríanos insípida y sosa la vida.

—Hay que pasarla a ratos... —empezó a decir la filosófica viuda.

Y yo la atajé diciendo:

—No; no, señora; algo más. Hay que aprender a divertirse con el dolor. Y vivir mucho, para poder gozar más tiempo de la dulce esperanza de la muerte. Ya dijo Galileo, señora, que “quien se despoja de la vida, prívase, al mismo punto, de poder lamentarse de esa o de otra pérdida”.

—¡Profunda sentencia! —exclamó la filosófica viuda, y volviendo su filosófica mirada al retrato de su difunto marido, debió pensar que éste no había envejecido, como ella, y que se encontrarían con cuarenta años de diferencia; miróme luego, revoloteó una sonrisa agridulce por su boca, a la vez que un fruncimiento dulciagrio por su ceño, y, al despedirse, me dijo—: Vaya, voy a encomendar a Dios a mi marido.

—Dios le dé salud y larga vida para encomendarlo —le dije, y me salí.

Si adoptaran la filosofía de esta viuda modelo todos los viudos y viudas que son, que han sido —esto de haber sido viudo tiene su misterio— y que serán, lo mismo de una persona que de una idea, pronto se vería que eso que llaman por ahí pesimismo es lo más divertido que hay.

[*Mundo Gráfico*, Madrid, 22-V-1912.]

C R I S I S Y M I X I S

DIÁLOGO ESOTÉRICO

Tomás.—Si no hubiera mujeres, no habría hombres.

Diego.—Di más bien que si no hubiera hombres, no habría mujeres.

Don Fulgencio.—No volvamos, amados alumnos míos, a aquella vieja paradoja de qué fué antes, si el huevo o la gallina. Todo puede concinarse. Concínemos, pues, diciendo y afirmando que si no hubiese ni hombres ni mujeres, no habría ni unos ni otros.

Tomás y Diego a una voz. —¡Admirable solución!

Don Fulgencio.—El procedimiento lógico por el cual la he obtenido, se llama “mixis”.

Tomás.—¿Mixis?

Don Fulgencio.—Mixis, sí; un sustantivo verbal que viene del verbo griego *mignuni*, mezclar. Equivale, pues, en nuestro vulgar romance, a mezcla o mezcolanza. Y son sorprendentes los efectos del procedimiento místico, amados alumnos míos.

Diego.—Me parece, querido maestro, que a eso se le llamaba antes eclecticismo.

Don Fulgencio.—No hay que confundir las cosas. Lo primero es distinguir. La mixis es un procedimiento lógico, y el eclecticismo es un sistema sedicente filosófico. Ante todo, distingamos, separemos.

Tomás.—Y esto de distinguir, de separar, ¿no se opone, amado maestro, a la mixis?

Don Fuigencio.—Todo lo contrario; la presupone.
Diego.—Paradoja tenemos.

Don Fulgencio.—En efecto, tenemos paradoja.
Para mezclar las cosas, ¿qué es menester?

Diego y Tomás a una voz.—¿Qué es menester?

Don Fulgencio.—Que haya dos cosas mezclables y que estén separadas. Si nos dan mezclados ya trigo y cebada para volver a mezclarlos se hace preciso separarlos de nuevo. Y así en la vida de las ideas. Hay ideas, hay sentimientos, hay opiniones que conviene mezclarlas y hasta combinarlas unas con otras; pero es separándolas, cerniéndolas antes de la mezcla en que se nos ofrecen. Antes de mejerlas, cernerlas; antes de la mixis, la crisis. Nos hace falta un cedazo, un gran cedazo como aquel que, según Estrepsiades, usaba Júpiter para desahogar sus necesidades menores sobre la Tierra.

Diego.—¿Y qué peligro hay, mi querido maestro, en que se nos den las cosas ya mezcladas?

Don Fulgencio.—El peligro, amado alumno, de que nos den gato por liebre. Mezclemos trigo con cebada y hasta con chinas, pero mezclémoslo sabiéndolo. Ved, pues, cómo conviene la crisis antes de la mixis. ¿O es también esto paradójico?

Tomás.—No; es más bien tautológico.

Don Fulgencio.—Exacto. Toda paradoja, si bien se mira, se reduce a una perogrullada. La cuestión es decir de una manera sorprendente y rara lo que todo el mundo sabe, aunque sin saber lo que sabe. A diario nos hace falta el Colón que nos descubra el Mediterráneo.

Diego.—¿Pero si está descubierto, maestro!

Don Fulgencio.—Por lo mismo, hay que volver a descubrirlo. ¿Está mezclado con nuestra mente? Pues hay que separarlo de ella, para volver a mezclarlo. Aquí se explica todo; no es como en Caballería...

Tomás, dirigiéndose a Diego.—¡Y luego dicen por ahí, amigo Diego, que este nuestro maestro no es más que un charlatán, un palabrero vacío, un malabarista de frases!

Don Fulgencio.—¿Quién hace caso, hijos míos, de lo que por ahí digan? Los hombres hablan por no callar.

Diego.—¡Admirable sentencia!

Don Fulgencio.—Pertenece a la sabiduría del pueblo, el gran Perogrullo, el supremo paradojista. ¡Oh, la sabiduría popular! Hay que ser demócrata. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

Diego.—¡Y cómo...!

Don Fulgencio.—Son misterios de la asociación de ideas, hijo. La cuestión es pasar el rato.

Tomás.—Sí, pero sin adquirir compromisos serios.

Don Fulgencio.—La seriedad de los compromisos depende de la mixis, tanto de la mixis procrítica, o anterior al conocimiento, como de la mixis metacrítica, o posterior a él.

Diego y Tomás a una voz.—¡A ver, a ver, explíquenos usted eso!

Don Fulgencio.—Esto, hijos míos, debe quedar inexplicado. Porque si lo explicamos todo, ¿qué vamos a hacer después?

Diego y Tomás a una.—¡Cierto!

Don Fulgencio.—¿Lo veis, muchachos, lo veis? El fin supremo de la filosofía no es resolver problemas, sino suscitarlos.

Diego.—Recuerdo, maestro, que alguna vez nos ha dicho que la mente debe estar flotando, pero anclada en la eternidad.

Don Fulgencio.—Sí, o como dijo Sócrates muy elegantemente a Estrepsiades: a la mente debemos dejarla revolotear por los aires, pero atada por una de sus patas con un hilo, como los chicos hacen con el

abejorro sanjuanero, el *melolontha vulgaris* de los entomólogos. ¡Qué animal más interesante!

Tomás.—¿Cuál? ¿La mente?

Don Fulgencio.—La mente y el abejorro, el *nous* y el *melolontha*.

Tomás.—¿No es más interesante acaso el escarabajo pelotero?

Don Fulgencio.—No; ese es un erudito, o si se quiere, un crítico; el abejorro sanjuanero vuela, y es, por lo tanto, más filósofo y más *míctico*. El pelotero se dedica a la crisis; el sanjuanero, a la mixis.

Diego.—Dicen, sin embargo, que la larva del abejorro sanjuanero, el llamado gusano blanco, es terrible; destroza los bosques corroyendo las raíces de los árboles...

Don Fulgencio.—¡Condición de larva de filósofo! En sus oscuros años de vida soterraña se alimenta de raíces; es rizófago; y luego en su vida aérea vuela, y ama, y zumba.

Diego, como hablando consigo mismo.—Zumba...

Don Fulgencio.—Sí, zumba; sólo el que vuela zumba. Se chilla con la boca, pero se zumba con las alas. Los verdaderos zumbones son alados.

Tomás.—Como los poetas.

Don Fulgencio.—Como los poetas, sí, y como las abejas. Las abejas, que fabrican miel, vuelan y zumban, y las hormigas, que almacenan trigo, se arrastran y callan. Además, la abeja zumbona, voladora y melífica, es monárquica; y la hormiga callandrona, rastrera y almacenadora, es republicana. Claro está, la abeja se ha quitado de encima la responsabilidad de la participación en la soberanía para poder así volar, zumar y hacer miel. La abeja es *míctica*; crítica, la hormiga.

Tomás.—¿Y a qué fin?

Don Fulgencio.—Aquí está prohibido hablar de fines. No hay fin.

Tomás.—Pero...

Don Fulgencio.—No hay pero. Sólo donde hay fines hay peros; suprimid el fin y suprimiréis el pero. Las adversativas provienen de la Teleología. Dejadme en paz con las finalidades. Sigamos volando.

Tomás.—Pero atados de un hilo...

Don Fulgencio.—Atados de un hilo, sí; pero sin pero...

Diego, sonriendo. — Es inevitable la partícula, maestro.

Don Fulgencio.—Todas las partículas son inevitables. La vida está sembrada de conjunciones, preposiciones y adverbios. Son la materia conjuntiva de los sustantivos y verbos.

Diego.—Y a las veces esa materia conjuntiva...

Don Fulgencio.—Sí, son los casos de cirrosis. ¿Leísteis hoy el artículo de fondo de *El Faraute*? ¿Habéis leído nada más cirrótico? Aquello lo ha escrito algún escarabajo pelotero, inspirado por alguna hormiga. ¡Oh, el zumbido, el divino zumbido!

Tomás.—¿Hay zumbido filosófico, maestro?

Don Fulgencio.—¿Cómo? ¿Que si lo hay? Todo zumbido verdaderamente tal, digno de ese nombre, es filosófico, y toda verdadera filosofía, toda filosofía digna de este nombre excelso, es zumbona. La filosofía se hace con las alas; la ciencia, con las patas.

Tomás.—Hay, sin embargo, ciencia alada...

Don Fulgencio.—No, sino ciencia que enseña a volar y a hacerse alas, lo cual no es lo mismo.

Tomás.—Sin embargo...

Don Fulgencio.—¡Tampoco quiero sin embargos! Nada de finalidad. ¡Oh divino azar, maestro de la vida! La suprema sabiduría es saber aprovecharse del azar.

Tomás.—Esto me sugiere la cuestión de la rima.

Don Fulgencio.—En efecto, hablaremos de la rima otro día.

Tomás.—¿Y por qué no ahora?

Don Fulgencio.—¿Y por qué sí ahora? Nosotros no somos como esos escarabajos peloteros que al reunirse dice el jefe de ellos: “¿Qué venimos a hacer? ¿Qué nos proponemos hacer?” Nosotros no nos proponemos nada. Y ésta es nuestra fuerza.

Diego.—Y nuestra debilidad.

Don Fulgencio.—Siempre la fuerza de uno es su debilidad. Se muere de lo que se ha vivido.

Diego.—Y si alguien...

Don Fulgencio.—Nosotros no nos proponemos nada, por saber de antemano que lo único digno de que se proponga el hombre es inasequible.

Tomás.—Es que no proponiéndonos nada...

Don Fulgencio.—Eso es precisamente lo que da más encanto y más valor a estas nuestras pláticas. Si algún escarabajo crítico, si alguna hormiga nos oyese desde un rincón, se devanaría los sesos preguntándose a sí misma: y éstos, ¿qué se proponen?, ¿qué hay debajo de todo esto que dicen?, ¿qué intención ocultan sus palabras?, ¿cuál es el sentido íntimo, esotérico de ellas? Y el pobrecito se volvería loco, porque nosotros no nos proponemos nada; nada hay debajo de cuanto decimos, sino mucho encima de ello; nuestras palabras son desinteresadas, es decir, puras, luminosas, poéticas, zumbonas, y no tienen sentido alguno esotérico o íntimo. ¡Nosotros estamos en el secreto!

Diego.—¿Y cuál es el secreto, maestro?

Don Fulgencio.—¿Cómo? ¿Después de habernos dedicado tanto tiempo y con tanto ahinco a la crisis y a la mixis, me sales ahora con eso de cuál es el secreto? A ver, Tomás, díselo.

Tomás.—Paréceme, si no estoy equivocado...

Don Fulgencio.—Y aunque estés equivocado, te parece...

Tomás.—Es verdad. Paréceme, pues, que el secreto es que no hay secreto.

Don Fulgencio.—Tú lo has dicho, amado Tomás; ¡no hay secreto! Ni hay secreto alguno, ni más cera que la que arde. Los misterios son invención de los hombres, como las charadas y los logogrifos, para entretenerse en resolverlos. Y los más avisados inventan logogrifos sin solución, para divertirse a costa de los demás. ¡No hay nada como un problema sin solución! Pero nosotros dediquémonos al gran arte combinatorio.

Diego.—¡Oh, y qué sorprendentes resultados se obtienen con él! Es el arte caleidoscópico. El otro día, no sabiendo qué otra cosa mejor hacer, estuve meditando en la diferencia que va de matar dos pájaros de un tiro a matar un pájaro en dos tiros; matar dos tiros de un pájaro y matar un tiro de dos pájaros.

Don Fulgencio.—¡Eso es ennoblecer la sabiduría popular!

Tomás.—Estoy pensando en la falta que nos hacen los bufos.

Don Fulgencio.—¡Y tanto, hijo, y tanto! ¡La malicia, la indecente malicia, la malicia que es siempre pornográfica, la repugnante malicia que crea el chiste verde, la malicia que les ha hecho a los escarabajos y hormigas imitar el zumbido de abejorros y abejas, la malicia ha ahogado lo bufo, diciendo que es de mal gusto. ¡De mal gusto! ¡De mal gusto lo bufo! ¿Y hay nada más grotesco, más bufo que la filosofía trascendental? Y en esto estriba precisamente su encanto y su fuerza. Un buen payaso lo resuelve todo. Pero...

Tomás y Diego a una.—¿Cómo, maestro, usted ahora con peros? ¿Y por qué pone esa cara?

Don Fulgencio.—Hablemos de otra cosa...

Los discípulos.—¡No, no!

Don Fulgencio.—Pues bien, hijos míos; que lo bufo, lo grotesco, es lo más trágico que hay. Nos divertimos por no poder asesinar al Universo. No hay secreto; pero ésa es nuestra desgracia: que no lo haya. Nada vale nada; todo es igual; sólo sabemos lo que nos importa saber; el progreso es un mal inevitable. ¡Basta! Y ahora, una vez que, gracias a la mixis, quedamos en que si no hubiera hombres y mujeres no habría ni unas ni otras, vámonos a comer —¡otro mal inevitable!—; vámonos a comer lo que las hormigas nos han guardado de la última cosecha. Y para postre, miel de abejas zumbadoras.

Tomás.—¿Y luego?

Don Fulgencio.—Luego echamos la siesta —¡dulce bendición!—, pero con un mosquitero, para que abejorros y abejas no nos molesten con su zumbido y acaso con sus picadas.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 8-VII-1912.]

CUESTIONES DE MOMENTO

INTERMEDIO LÍRICO

Pasó como un Viento, y viento de tempestad fortificante, la Visión sobre la selva de nuestras almas y temblaron de vida éstas con sus hojas todas. Y no se sabía si era que el viento brotaba de la visión o la visión era llevada por el viento.

El viento era el Espíritu; la visión, la Idea.

Y el viento y la visión se fundían en la palabra, que es espíritu y es idea; que enciende y empuja a la vez que ilumina y guía.

Algunos vendrán en torno tuyo y te dirán: ¡define!, que es como decirte: ¡manda!; pero tú debes respetar la santa libertad de tus hermanos, aun la de aquellos que quieren entregártela y sometérsete, y contesta: ¡No, no defino; me defino! ¡Definíos vosotros! ¡Mandaos!

“¡Aquí hace falta un hombre!”, claman. ¿Es que no lo son ellos? ¿Tienen más que buscarlo dentro de sí? Diógenes dicen que lo buscaba con un candil, y no lo encontró por falta de un espejo. El candil érale para poder encontrarlo, a falta de luz del sol, necesario, pero, sin espejo, inútil. Y a la luz del Sol de todos, el que ilumina la selva de las almas, puede encontrarse al hombre en el espejo de los ojos de un hermano, si están animados por el amor.

Pero tú deja que te busquen y que no te encuentren, porque el día en que te encontrasen no eres ya

tú. Sé siempre una esperanza, o lo que es igual, sé siempre un desengaño; el día en que seas recuerdo serás engaño. Escápales siempre de entre las manos para que tengan, corriendo tras de ti, que correr. Así serás dueño de los otros, y así serán los otros dueños de ti. Tú te debes a ellos, cierto; pero eres más suyo cuanto ellos menos te crean tal. Porque cuando te dicen: "¡máندانos!", quieren, acaso sin darse de esto clara cuenta, decirte: "¡deja que te mandemos!" Y en todo caso: "¡máندانos lo que queremos que se nos mande!"

Esa selva de las almas, cuando tienen de un mismo color y forma sus follajes, cuando hablan la misma lengua, es un monasterio, esto es, un convento, una reunión viva de solitarios. Las raíces se tocan por debajo de la tierra, y se tocan los follajes en el cielo. Y una misma capa de agua cuando llueve y un manto mismo de luz las cubre. Y la selva es una sola y como un solo árbol. Y tú, que eres un árbol de esa selva, deja que por tu follaje se cierna la Visión, que es Viento; la Idea, que es Espíritu.

No les des a tus hermanos pensamientos; dales más bien ejemplos de vida. Que no piensen lo que tú piensas, sino que piensen lo suyo, así como lo tuyo piensas tú; que no amen lo que tú amas, sino que amen su amor, como amas tú el tuyo. Pégalas vida.

Que esperen de ti tu obra, la que ellos creen que ha de ser tu obra, pues tu obra, ve aquí te lo digo; no es sino hacerles esperar, y que así, esperando la tuya, hagan, por contagio, la suya.

¿Programa? Un hombre vivo es un programa siempre, y el que ve a un hombre y le ve como tal, se siente hombre también. Si el perro fuese capaz de comprender al hombre y ver en él algo más que a un amo posible o efectivo, el perro sería hombre.

En esa selva monasterio de las almas el árbol

prior lo es de momento y para el momento; ahora y aquí, éste; y luego allí, junto, el otro. ¿Qué más da?

“¡Haz tu obra!, ¡haz tu obra!”, te dicen. Y tu obra es ésa, mantenerlos en el ansia, en la petición, y mantener así en ellos, en los otros, la fe de que la selva, que es la patria, está siempre de parto. Y está siempre de parto, porque está pariendo siempre. A cada instante cae una hoja y está otra brotando, y la selva siempre verde.

Y si te dicen que eres de ayer, regocíjate; porque eso quiere decir que eres de mañana; y si te dijeran que de antier, regocíjate triple más, porque quieren decirte que eres de trasmañana; y si te llamaran de hace siglos, es que te llaman de dentro de siglos. Lo menos eterno que hay es lo que, por excepción, se llama moderno.

Tú tienes que ser la revolución pura, el eterno más allá que nunca se acaba. Tú sientes que vivir es revolverse. Y todas las visiones de ciudades futuras, de paraísos terrenales, te parecen hastiosas y ridículas y crees que no hay sino una visión suprema y es la de este mundo que eternamente pasa, con viento de tempestad, haciéndose a sí mismo.

Mientras los hombres, mirándose unos a otros, se preguntan: “¿adónde vamos?”, van yendo, y sólo hace falta que se den clara cuenta de que van, de que avanzan, sea adonde fuere. Pues la coronación de la vida es saber de veras que se vive. Y cuanto más y mejor se sabe que se vive, más y mejor se vive. El que mejor sabe que ama, es el que ama mejor.

Créeme que no haría falta hacer otras cosas que las que se hacen, si éstas se hicieran poniendo toda el alma en ellas, sabiendo bien por qué se hacen y cómo. No hay mejor modo de superarse que conocerse. Sólo el perezoso dice: “¡si yo estuviese en

tu caso, cuántas cosas haría que hoy no hago...!", o: "¡si tuviese diez años menos...!", o: "¡si tuviese asegurada mi independencia económica...!", o cualquiera otra condicional.

No hagas caso cuando te digan que no concretas, porque yo te digo que nadie concreta más que tú. Por amor a la concreción, huyes de las reglas, de los programas, porque la regla es la creadora de las excepciones. No quieres sujetar y encerrar al viento en una visión, sino que las haga, deshaga y rehaga, como hace con las nubes. Tú eres el que ama lo concreto, pues que bajas de la ley suprema, de tu ley de vida, a cada caso de lugar y de momento, y no de una regla programática, como cualquier mozo de partido. Y tú sabes cada vez lo que debes hacer, porque no necesitas mirar fuera de ti y del caso que ante ti se presenta.

Y no estás solo, no. Tú eres legión; tú eres estotro y aquel otro, y el de más acá, y el de más allá. Y como no os une programa, sino espíritu, sois uno solo. No hay partido que pueda contra un solo hombre que esté fuertemente unido consigo mismo, que lleve la ley en sí, porque este hombre es legión. Lo que te hace falta es hablar con autoridad, y la autoridad se conquista diciendo a los otros, no lo que ellos quieren que les digas para nombrarte su caudillo, sino lo que tú, en la conciencia que con ellos te une, sientes que debes decirles, aunque al hablarles así declaren que contigo no se puede ir a parte alguna. Y no es menester que vayan contigo, sino que vayan merced a ti, y adonde fueren. El caso es que no estén quietos, ni marchen al azar y como quien camina sonámbulo.

Tú no estás solo, no. Tú eres legión; tú eres estotro, y aquel otro, y el de más allá, y el de más acá. Sois una legión de solitarios, en el rigor etimológico

de la palabra un monasterio; y esa legión de solitarios unidos en un común anhelo sois la conciencia de la patria. Y la patria se afirma por su voluntad de potencia, por su deseo de afirmarse y definirse hacia afuera, frente a las otras patrias de los otros hombres.

Y tú sabes que así como para ti no hay un problema interior distinto del exterior; que afirmarte dentro de ti es afirmarte frente a los otros y para ellos y en su servicio, así tampoco hay para tu patria un problema de política interior distinto del de política exterior. Que si queréis que vuestra patria sea fuerte, rica y libre —sobre todo libre—, será para algo más que serlo; será para que defina y afirme su alma en la humanidad y en ésta podáis definiros y afirmaros vosotros.

Y os conviene que la vida de vuestra patria hacia fuera sea trabajosa y dura, y os exija sacrificios, porque así, para llevarlos a cabo, tendréis que haceros libres. Aunque sólo os fijéis en los sacrificios pecuniarios, por ser los que más directamente se sienten, no olvidéis que no importa que aumenten si nos llevan a comprender que la más noble función del impuesto público es ayudar a un más justo reparto de la fortuna y nivelar, en lo posible, la iniquidad de la suerte o lo que fuere.

Mas de esto, fuera ya de intermedio y de lírica, otro día.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 20-I-1913.]

DEL DOLOR, DE LA SOLEDAD Y DE LA LOGICA, CON OTRAS COSAS

MONÓLOGO DIVAGATORIO

Días de amargor... Y le ocurre a uno lo contrario de lo ocurrido al profeta, y es que lanzándose a maldecir, bendice. A las abejas se les convierte la miel en veneno cuando tienen que defenderse; ¿no se convertirá acaso también el veneno en miel?

Días de amargor, días de soledad... El hombre está solo, irremediable y herméticamente solo, en medio del mundo. ¿Pero es que no está también el mundo solo? Y hay días en que el hombre comprende lo absoluto de su hermética soledad. Son días de filosofía, esto es, de veneno, cuando la poesía, la miel, se nos va o se nos agria. Son días de defensa, de erizar el aguijón venenoso y protectorio.

Es cosa curiosa el observar cuántos de los más grandes filósofos han sido solitarios, solteros. Y los más grandes poetas han sido, por el contrario, hombres de familia. ¿Es acaso posible filosofar oyendo las risas o los llantos de los niños de casa, de los que se criaron bajo nuestra vista y amparo? ¿Qué significa eso del problema del conocimiento ante la enfermedad de un hijo? ¿Cuál es el número de ese fenómeno que son sus gritos de dolor? ¿Y es, por otra parte, posible no poetizar sintiendo eso?

Y luego, el mundo, los de fuera... Los de fuera de mis dolores, quiero decir, los que no participan de ellos ni, por ende, saben de mis alegrías.

En días así, de amargor, de soledad, siente unas furiosas ganas de agujonear con veneno hecho de mieles a éstos, a los de fuera, al mundo, y sucede que el veneno se le vuelve miel. Una extraña miel, con astringentes amarguras que provienen de espinosas flores del desierto, de flores que crecen solitarias en las grietas de las rocas, donde no bebieron rocío de los cielos.

Hay días en que el hombre quiere ser malo y no lo consigue; quiere esgrimir injusticia y vierte misericordia. Y es que en esos días se apiada uno de sí mismo y, por ende, se apiada de los demás. Quiere maldecirlos y los bendice.

¡Y qué daño nos hacen éstos, los de fuera!... Su caricia y su aplauso son peores que su agravio y su reproche. Quieren ante todo claridad, lógica.

La lógica es una cosa social, como la palabra *logos*, de que procede. La lógica es para que nos entendamos los unos con los otros; para entenderse uno consigo mismo, y sobre todo para sentirse, no necesita de la lógica. Más bien le estorba.

El mundo nos oprime con su lógica. Es natural, pues, que el hombre trate de defenderse. Pero el pobre no sabe hacerlo sino con la palabra y la palabra es lógica. Tiene que defenderse de ésta con ella misma. Y de aquí vienen sus contradicciones, contradicciones que no existen sino para el que las mira desde fuera.

¡Quién tuviera la lengua del áspid, muda y venenosa! Pero la lengua desde que habla palabra pierde el veneno. El veneno se derrite en la palabra y pierde en ella su eficacia. Las verdaderas lenguas viborinas son las lenguas mudas.

Días de amargor, de soledad... Pero, gracias a Dios, podemos convertir los gritos de dolor en palabras articuladas, y cuando cabe decir quejándose:

“¡Ay, Dios mío!” o “¡Ay, mi madre!”, lo más de la pena se aducligua, lo más del veneno se hace miel. ¿Pero habéis visto a un mudo chillar de dolor y retorcerse sin que nadie le comprenda? A su íntimo dolor propio se une el dolor de no poder expresarlo.

Y hay para todos, hasta para los dueños de palabra, dolores inexpresables, dolores que se chillan y no se dicen, dolores ilógicos. Tal es el mudo dolor del tedio, nacido en la soledad.

El tedio se engendra de esa terrible soledad que nos produce la compañía de los de fuera, de los otros. El raciocinio, con que quieren que nos unamos, no hace sino separarnos.

Días de amargor, de soledad... Son días también de incoherencia. Es decir, de incoherencia para los que nos miran desde fuera, para los de fuera.

Toda una tarde estuve una vez oyendo a un pobre loco que no hacía sino ensartar palabras sin sentido alguno. Sin sentido alguno para mí, y tal vez para él mismo. Enlazábalas por meras asociaciones fonéticas, por asonancias, por rima, por alteraciones, por otras oscuras lañas que se me escapaban. ¿No pensaría en algo en tanto? ¿No sería aquella monstruosa oda expresión de un dolor profundo, revelación acaso de un sentido de la vida? Si es la ley la que hizo el pecado, como el Apóstol nos enseña, ¿no es acaso la lógica la que hace la locura? Y si la gracia nos liberta de la ley y del pecado, ¿qué es lo que nos ha de libertar de la lógica y de la locura? La poesía acaso.

La poesía... Pero hasta a la pobre poesía la han aherrojado con la lógica, y ya ni ruge ni llora. Nos queda la Música.

¿La música? Esto es peor aún que la lógica. Esto no nos une en una gran soledad común con los de

fuera, sino que nos derrite. La música disuelve la individualidad. Y es aún menos expresiva que la palabra. Un gran dolor se chilla o se dice, pero no se canta. Al sentirse uno herido, da un grito o exclama: “¡ay, madre!”, pero no lanza un compás.

Y eso es, además, una morfina. Eso no es, en el fondo, sino matemáticas sensibilizadas, y las matemáticas son una hiperlógica. Toda materia se disuelve en ellas; toda carne en ellas se evapora y eteriza.

Y he aquí cómo, en estos días de amargor y de soledad, cuando quiere uno dar veneno, filosofía, da miel, poesía, y cuando, por el contrario, quiere dar poesía, miel, da filosofía, esto es, veneno. Y da lógica, y de la peor. Pero es acaso para echarla fuera.

La abeja, cuando pica, ¿pica para dañar al picado, o pica para librarse de su veneno? Los malos humores nos estropean y amargan el alma. “Ahora que te has curado, Benvenuto, atiende a vivir”, dijo el Papa Clemente VII al Cellini cuando éste se curó del rencor contra el matador de su hermano, pasión que le quitaba de comer y de dormir. Y se curó de ella matando al que mató a su hermano. Y otra vez, presa el Cellini de la misma bestial pasión —“bestial”, así es como él mismo la llama—, habríase muerto de ella, nos dice, si no hubiera tomado el remedio de darle salida, y yendo a buscar al Primaticio le puso la punta de la espada al cuello, diciéndole: “¡Vil cobarde, encomiéndate a Dios, que eres muerto!” Y el pobre dijo tres veces: “¡Ay, madre, váleme!” Y al Cellini, oídas estas palabras, se le pasó la mitad de la ira. ¿Se le habría pasado lo mismo si el Primaticio hubiera chillado o hubiera cantado su terror y su cobardía? Hay algo de lógico en el angustioso ¡ay, madre! Y la lógica nos desarma. Nos desarma y nos entrega inermes, indefensos, al mundo, a los de fuera, a los otros.

Este Cellini fué una terrible abeja, de mortífero aguijón y de dulcísimo panal de mieles. Pero... ¿cómo viene uno ahora a acordarse del Cellini? ¿Cuál fué la lógica de su vida?

¿Es que la vida de un hombre —la vida de un hombre digo, no de un filósofo, o de un político, o de un negociante— es lógica? ¿Es que tiene consecuencia? ¿Es que las vidas de los hombres están unidas, acaso, por la cadena de un sorites?

Y si así fuera, si la lógica uniese las vidas de los hombres y diese unidad a la de cada uno de ellos, ¿de dónde vendrían estos días de amargor, de soledad, en que uno quiere maldecir y bendice? Si la Providencia es lógica, ¿de dónde esta soledad herméctica frente a los de fuera y entre ellos?

Filósofos ha habido que se han empeñado en hacer filosofía de la historia, en poner en música la tormentosa letra de ella, en escribir la lógica de la Providencia. Y es claro, la Providencia ha dejado de serlo a sus ojos. En cuanto la Providencia se nos aparece lógica, deja de aparecernos Providencia y nos resulta ciega, sorda y muda.

No, la Providencia no es lógica, ni Dios es ningún abogado. “¿Quién sabe si todo esto es santo allí abajo?”, como dijo Antígona a Creonte. Para lógica, la de los tiranos.

¿Por qué dijo Pascal que también el corazón tiene su lógica? No, la del corazón no es lógica; el corazón no habla. Cuando sufre de veras, sufre en silencio.

Y a pesar de todo, ¿qué consuelo, qué soberano remedio no es el de la lógica en estos días de amargor y de soledad! La lógica nos hace creer que estamos acompañados cuando más solos estemos. Porque el prójimo responde acorde a nuestra pregunta, se nos figura que nos ha comprendido; porque nos trae

morfina y nos la administra cuando nos oye quejarnos de dolor, se nos figura que ha compartido éste con nosotros y que nos compadece. Y lo único que busca es que no le molestemos. Cuando nos ponemos de acuerdo en una definición, creemos haber estrechado nuestra hermandad. Y seguimos tan extraños, tan forasteros, tan huraños unos a otros.

Y ¡qué miradas de amor, es decir, de mutua compasión no irradian de los ojos de dos adversarios que se están peleando uno con otro! Para una vez que los hombres pelean unos con otros por odio, son más de cien las veces que pelean unos con otros por amor. Sale uno a maldecir al prójimo y va y le bendice. Y todo es porque le tiene lástima. Y le tiene lástima porque traspasa a él el cogüelmo de lástima de sí mismo, que cobró en los días de amargor y de soledad, cuando se sintió herméticamente solo en medio de la compañía de los de fuera.

Días de profunda hermandad los días de soledad y de amargura.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 17-II-1913.]

—La verdad es que todo esto no es más que ganas de hablar por hablar y por no callarse, como suele decirse. Es lo que dicen algunas de esas viejas depositarias de la eterna sabiduría: “¡Con algo han de llenar los papeles!...” Y hay hasta quien inventa un crimen para llenar un hueco del periódico.

—¿Por qué dices eso?

—Por ese empeño maldito de que siempre haya historia, de que todos los días pase algo que merezca transmitirse a los demás, por esto de convertir la vida en teatro. Porque no es ya el teatro el que refleja la vida, sino la vida la que refleja el teatro.

—No eres el único que piensa así. Yo mismo soy de los que creen que el teatro y la literatura en general no hacen sino falsificarnos la vida. El otro día me puse a leer una historia de la Revolución francesa y tuve que dejarla. Todos los actores principales de ella me parecieron unos grandes actores tragicómicos que recitaban su papel atentos al gesto. Hasta al morir morían teatralmente. Faltaba allí sencillez, la sencillez de algunos grandes movimientos religiosos.

—Pero baja de esa gran tragedia de la Revolución francesa, que al fin y a la postre fué muy grande, muy grande y trágica, profundamente trágica, y en que los primeros actores y hasta los coros y comparsas se posesionaron de sus papeles y los representaron heroicamente, baja de eso a esta nuestra coti-

diana comedia de actores aburridos, en que estamos todos en el secreto y riéndonos de nuestros chistes y más aún de nuestras equivocaciones y tropiezos.

—¿Por qué dices eso?

—Por este ridículo afán de abultar lo que nos pasa, de pasarnos la vida tragedizando las cosas de España, empeñándonos en decir que todo está aquí perdido, que todo anda mal, que todo está por hacer. Y después nos quedamos tan tranquilos. Y vamos viviendo.

—¿Y qué vamos a hacer, sino vivir?

—Naturalmente. Pero no engañar a los de fuera haciéndoles creer no sé qué cosas fantásticas, adolecentes de no sé qué enfermedad teatral, de un empeño en que nos ocurra siempre algo que merezca, en bien o en mal, atraer la atención de las gentes. Hay aquí muchos que no quieren o no saben resignarse a que los más de los días y aun de los años no nos pase nada que valga la pena de hablar de ello. Y el hecho de verdad es que el verdadero progreso de la vida es silencioso y casi oculto.

—Hay algo de infantil en ese sentimiento.

—¿Cómo?

—¿No has observado cómo los niños, sobre todo aquellos a quienes sus padres miman mucho, propenden a que estén siempre los mayores ocupándose en ellos? Si algo de veras les duele, por poco que sea, lloran algo por el dolor, pero lloran mucho más por llorar, por hacerse los interesantes. ¡Y no va poco satisfecho un niño cuando puede llevar un dedo vendado, y cuanto más grande sea la venda, mejor que mejor!

—Así es.

—Así es en los niños y así es también en los pueblos...

—¡En los pueblos, no!

—¿Cómo que no en los pueblos?

—¡En los pueblos, no!, sino en los públicos, que no es lo mismo. Esa especie de exhibicionismo colectivo a que te refieres lo padecen los públicos, no los pueblos. Y es la prensa la que lo mantiene y azuza. Es la fatídica diosa Actualidad. Es preciso que haya todos los días algo que contar. Y de aquí que se abulte el más insignificante suceso y se quiera dar a todo magnitudes, por así decirlo, trágicas. Y de aquí también el que haya que rebajar tanto de lo que decimos y contamos, nosotros, los escritores públicos.

—Así es la verdad. ¿No te has fijado con cuánta frecuencia un extranjero que viene a visitar nuestra patria —y quien dice la nuestra, dice otra cualquiera— se sorprende de lo parecido que es aquí todo a cuanto él estaba acostumbrado a ver y de lo legendario de la idea en que respecto a lo que esto es vivía?

—Es natural que el hombre tenga la manía de las distinciones.

—Y yo creo que por dentro, es decir, al desnudo, las cosas son mucho más semejantes entre sí que por de fuera y vestidas. Nunca he creído gran cosa en esas diferencias que se quiere establecer entre pueblo y pueblo.

—Bueno, y viniendo a lo de ahora; ¿qué es lo que te ha sugerido estas reflexiones?

—Lo que pasa con nuestra menguada y puramente superficial vida política. Hace tres o cuatro años todo se le volvía aquí a la gente hablar de la tiranía que padecíamos, de inquisición, de sombríos poderes y de no sé cuántas fantasmagorías más, y el hecho es que apenas había quien viese y tocase tales cosas. Todo aquello no fué más que bambollas y ganas de llenar los papeles con jeremiadas y con protestas.

Y ahora todo se vuelve hablarnos de no sé qué nuevos rumbos y nuevas orientaciones. Y esto me parece, hoy por hoy, tan fantástico como lo otro. Ni tanto ni tan calvo.

—¿Es que crees que aquí no se progresa?

—Se progresa, sí, pero no en el orden político. Hay, sin duda, un continuo mejoramiento de las relaciones sociales todas, pero eso va por dentro. Y ciego será el que no vea todo lo intenso de este movimiento interior, que es, como el crecimiento de un árbol, silencioso.

—Pues no son pocos los que entre nosotros se pasan la vida plañiendo y repitiendo que aquí todo está perdido, que todo está por hacer aquí.

—Es nuestra manía de queja. A quejillones dudo que nos ganen muchos. Eso sí, para pasar en seguida al extremo contrario y empezar a exaltar las reservas de la raza y lo brillante del porvenir que nos aguarda. No hay medio, tenemos que ser o el más dichoso o el más infeliz pueblo de la tierra. ¡Es claro, tantos siglos representado uno de los primeros papeles en el tablado de la historia!

—No de la historia de la civilización o de la cultura, dicen.

—Déjate de pedanterías. Aunque sólo sea la obra del descubrimiento y conquista de América, significa tanto como la forja de cualquiera de esas llamadas grandes ideas. Ahora parece que no han hecho historia o progreso sino los que han formulado ideas. Y siempre he creído que se necesita ser un pedante para asegurar que la obra de Kant fué más honda, intensa y duradera que la de Napoleón, o la de éste más honda, intensa y duradera que la de aquél. Vale tanto como meterse a querer definir si la música contribuye más que la pintura o ésta más que aquélla al desarrollo de la espiritualidad del hombre.

—¡Sí, son terribles los definidores!

—¡Y tan terribles! Así como unos de que pasen tan pocas cosas que merezca la pena dar cuenta de ellas en los papeles públicos deducen que aquí no pasa nada y que todo está muerto y que no se vive y que es este país un cementerio, así también hay otros que afirman que aquí no ha habido historia porque apenas la conocen o porque apenas hubo quienes la supieron escribir. ¿Y quién tiene en cuenta la vida que alguien llamó intrahistórica, la que no se refleja en documentos ni en papeles públicos?

—Es que ésa acaso no es más que vida vegetativa, y en un sentido humano ni siquiera puede llamarse vida...

—Sentido humano... sentido humano... ¿Y qué es eso de sentido humano, de humanidad, de humanismo, de que tanto usáis y abusáis ahora? ¿Qué es eso de lo humano y de lo no humano y de si el hombre descubrió al hombre mismo en el siglo tal o cual? ¿Es que crees que no es vida la oscura vida cotidiana de uno de esos pueblos tranquilos donde los hombres nacen, trabajan, sufren, gozan y mueren sin dejar rastro histórico alguno tras de sí? ¿O es que no lo dejan? ¿No dejan otros hombres? ¿Es que allí no hay, como parece creéis, progreso?

—Hay pueblos, sin duda, estancados, que no progresan.

—He ahí una afirmación que no me atrevería a hacer yo tan en redondo...

—Hombre, eso es evidente. Y hasta pueblos que retrogradan y degeneran.

—¡No sé, no sé, no sé! Sólo sé que cada vez siento más la vanidad de todas nuestras elucubraciones sobre el progreso y el regreso, la civilización y la barbarie... ¡No sé, no sé, no sé! Y mientras yo no sé, los pueblos viven...

—Sí, y nacen y mueren. Como los individuos.

—Y resucitan como ellos. Y hay unos que meten mucho ruido y no dejan verdadero rastro tras de sí, y otros que pasan silenciosamente surcando como un arado el suelo sobre que pasan. Aquí tienes este mozo; es hijo de un padre eminentísimo que jugó un gran papel en la historia de su pueblo y que le transmitió, además de su aire y fisonomía, las más de sus ideas. Su madre, en cambio, era mujer sencilla y oscura, que pasó sin hacer ruido, ni apenas dejarse ver, que sabía muy pocas cosas, pero...

—¿Pero qué?

—Que el hijo, aunque cree ser más del padre que de la madre, es más de la madre que del padre. Hay algo oscuro y muy íntimo en sus sentimientos, algo que no se formula en sistemas, algo que no se reduce a ideas y que le viene de la madre. Y ese algo es lo que da vida y tono y sabor a las ideas que de su padre aprendió. Es muy cómodo decir y sostener que la cultura se compone de ideas y no más que de ideas. Falta saber qué es una idea y qué no lo es. Y hay pueblos madres que apenas dejan recuerdos visibles y externos de sí, monumentos, pero que transmiten con su sangre y con sus besos maternos un modo de sentir el mundo. Y un modo de sentir el mundo vale tanto como un modo de comprenderlo o de formularlo.

—Esto me trae a la memoria, no sé bien por qué, una cosa que leí ayer mismo en ese libro que tienes ahí, sobre la mesa, y que no es por cierto muy halagüeño para nuestro pueblo...

—¿En qué libro?

—En ése, en la última novela de Pérez de Ayala, *Troteras y Danzaderas*. Dámelo. Mira, aquí está, oye: "Porque, querido Guzmán, en el fondo de todo esto que decimos acerca del carácter español, ¿no

habrá el reconocimiento implícito de que es el carácter más profundamente sabio y moral el que mejor se ha dado cuenta del sentido de la vida, esto es, el que más la desprecia? ¿Qué dice usted?"

—Eso digo yo, ¿qué dices a eso?

—Digo que así como comprendo a un individuo humano que desprecie la vida sin por eso suicidarse, un asceta no comprende un pueblo asceta ni creo que lo sea el español. Nuestro ascetismo es por necesidad; es hacer de tripas corazón y a la fuerza ahorcan.

—¿Qué fácil es decir eso! ¡Qué fácil es atribuirlo todo a nuestra pobreza! Y aunque así fuese, no puede la pobreza habernos dado un carácter, que no podría modificarnos ya una riqueza que nos sobreviniese.

—Pues yo no entiendo lo de despreciar la vida viviendo. Y no me gusta vivir en pueblos tristes.

—¿Pueblos tristes... pueblos tristes...! ¿Qué es eso? Lo que hay acaso no es sino pueblos que fingen alegría y pueblos que fingen tristeza. El pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo que trabaja y calla, es como el buey, ni alegre ni triste. Está o por encima o por debajo de esa distinción o más allá o más acá de la alegría y la tristeza. Es serio, pura y sencillamente serio. Tiene horas de reír y tiene horas de llorar, pero en lo común ni ríe ni llora.

—Ni piensa.

—Puede ser que tengas razón; ni piensa. Sueña.

—¿Y qué sueña?

—Lo que sueña el buey; lo que le rodea. Sueña el cielo que sobre él se extiende, sueña la tierra, sueña lo que se le presenta a los ojos o le entra por los oídos, sueña que vive y vive.

—¿Vive de veras?

—¿Viven más de veras, dime, esos que legan a la

posteridad un descubrimiento científico o filosófico, una obra de arte o de industria?

—Según eso, para ti...

—Según eso no debemos dar tanto valor a todas esas jeremiadas y a todas esas profecías, y aunque trabajando siempre porque la cultura de nuestro pueblo se acreciente, no debemos tomar tan por lo trágico cualquier suceso público que nos sobrevenga. Y, sobre todo, debemos reírnos un poco de todos esos pobres diablos que dan en la flor de compadecernos. Viene por ahí un mentecato cualquiera, recorre nuestro país en un paseo y se va diciendo las cosas más peregrinas. Atraviesa una población, por ejemplo, y porque no ve altas chimeneas despidiendo penachos de humo, concluye que allí no hay industria ni cosa que se le parezca. La ingenuidad de este pobre diablo es divertidísima, pero no lo es menos la del otro pobre diablo de acá, indígena, que se indigna o aflige de eso, y a lo mejor se le viene a uno pidiéndole que salga al paso del viajero crítico y lo refute.

—¿Te ha ocurrido alguna vez eso?

—Más de una vez; sí, más de una vez he recibido cartas de compatriotas pidiéndome que rebata las afirmaciones de tal o cual crítico viajero que se permitió ensartar algunas huera observaciones sobre cosas que vió mal y de prisa. Esto cuando lo hizo de buena fe. Y ¿a qué perder el tiempo en esas refutaciones? Si algo me parece admirable en nuestro pueblo, en nuestro verdadero pueblo, es lo poco que se le da de lo que puedan pensar y decir de él los hijos de otros pueblos que lo visiten. Esa hiperestesia colectiva no existe en lo más hondo y más castizo de nuestro pueblo. Esa es una preocupación histriónica de que padecen los públicos, halagados de continuo por la prensa, pero de que están libres los pueblos, los pue-

blos no maleados aún por la historia. Pero hablemos de otra cosa, que en metiéndome en esto me veo en un mar de confusiones y de contradicciones.

Y pasaron a hablar de otras cosas.

Salamanca, enero de 1913.

[*La Nación*, Buenos Aires, 18-II-1913.]

Salió mi hombre con su libro —es decir, él era del libro, y no el libro de él— para ir a leerlo en pleno campo, tendido sobre la yerba y a la sombra de un árbol. Porque temía más que el sol diera en las páginas del libro que no en su propia frente. Cuando el sol daba en las hojas del libro no lograba entender nada de lo que en ellas se decía; lo experimentó varias veces. Y, en cambio, ¡qué bien se reflejaba el sol en las hojas del árbol! ¡Con qué deleite bebían su luz!

Llegó al pie del árbol y se tendió a su sombra. Y ocurrióle lo que ya otras muchas veces, casi todas aquellas en que hizo lo mismo, le ocurriera, y es que se le quitaron las ganas de leer en el libro. Mi hombre era, sin duda, muy de su libro; pero acaeciale casi siempre dejarlo a la sombra del árbol, cerrado, con sus entrañas en tinieblas, y ponerse a mirar el campo, y el cielo, y las verdes hojas de los árboles iluminadas por el sol, y soñar, soñar, soñar, sin pensar en ilación ni en nada preciso.

Y estando así fantaseando, vínole de pronto a la imaginación una idea —es decir, creo que fué una idea—, la de que el papel con que se hacen las cuartillas en que los pensadores y los sociólogos escriben y el papel en que se imprimen los libros y los periódicos, se hace, a su vez, de una pasta que se saca de la madera de los árboles. Y que para poder publicar uno o varios libros y periódicos se derriba

un árbol, que rinde al suelo de golpe su cabellera verde; y para poblar unas cuantas bibliotecas y unos cuantos archivos se tala todo un bosque. Y vió con la imaginación abatido a tierra y deshecho y convertido en pasta aquel mismo árbol bajo el cual reposaban, él fantaseando y su libro —el libro de que él era— sin fantasear nada. Y se le presentó al espíritu este problema: “¿Qué vale más, el árbol o el libro?” Ya lo proclaman en la Puerta del Sol: ¡el papel vale más! Pero más que el papel, ¿no vale acaso el árbol? Porque esto es un problema, me parece.

Y como mi hombre sabía que todo problema, si ha de ser resuelto bien, debe ser presentado en forma matemática —pues la matemática es la ciencia pura—, planteóse el problema como uno de los máximos y mínimos, partiendo, claro está, de que el árbol y el libro son ambos útiles. Y se dijo: “hay que obtener el máximo de libros y periódicos necesarios para la cultura con el máximo de árboles necesarios para la civilización, sin que se estorben, o sea el máximo de libros con el mínimo de árboles o el mínimo de libros con el máximo de árboles, y las tres fórmulas dicen lo mismo”.

“Es una pena —pensaba mi hombre— que para en un mundo sin árboles? ¿Para qué sirven los árboles como este árbol. ¡Triste sacrificio! Pero ¿vamos a quedarnos sin el libro? ¿Vamos a quedarnos sin el árbol? ¿Para qué sirven los libros y los periódicos en un mundo sin árboles? ¿Para qué surven los árboles en un mundo sin periódicos ni libros? Con los árboles se hace libros, es verdad; pero también con los libros se hace árboles. Pero ¿de veras se hace árboles con los libros? ¿Se hace árboles con periódicos?”

Y en tanto que así pensaba a la sombra del árbol cuyas verdes hojas iluminaba el sol y las verdeaba,

el libro seguía cerrado y con su interior a oscuras. “Y si abaten y talan los bosques para poblar bibliotecas —siguió pensando mi hombre—, ¿vamos a vivir a la sombra de ellas y vamos a convertirlas en sanatorios? ¡Ah, sí! ¡Cuántos viven a la sombra de las bibliotecas! Se les conoce en el color lívido de la cara, y...” Cerró los ojos para no seguir pensando porque al llegar aquí se le ocurrió una idea, terrible y tentadora, y es la de que esos que viven a la sombra de las bibliotecas están también lívidos por dentro, padecen de ictericia interior, enfermedad producida por el polvo de ellas.

“¿Y qué haríamos —prosiguió— para atajar el mal?” Y entonces se le ocurrió una idea salvadora, pero terrible: la idea de que lo mejor será desamortizar los archivos y las bibliotecas; seleccionarlos con rigor, con implacable rigor, y dejando en ellos lo estrictamente necesario para la cultura humana, que es lo menos, llevar todo lo demás, es decir, casi todo, a las calderas de las fábricas de papel y convertirlo en papelote, en pasta rediviva para nuevas emisiones. Y como mi hombre, aunque libresco, no era bibliófilo, pensó con deleite en todo el cúmulo de ediciones raras, y duplicadas y triplicadas, y centuplicadas, que irían a la caldera para poder hacer nuevas ediciones cómodas, sencillas, claras y baratas. Sobre todo baratas.

No; mi hombre no era bibliófilo ni bibliómano. No padecía de esa terrible enfermedad que implica la más ridícula y más absurda de todas las supersticiones. Mi hombre leía y el bibliómano no lee, ni aun cuando cree hacerlo. Si hubiera sido bibliómano, no habría ido a echarse a la sombra de un árbol, con un libro en la mano, ni habría dejado a éste sobre la yerba, con peligro de que lo ensuciara un sapo o una sabandija. El bibliómano sabe que el

campo es muy malo para los libros. Es para ellos, como la Naturaleza para el hombre, madrastra, así él para los libros, padrastro.

Y ocurriósele a mi hombre otra idea diabólica, y fué la de que con todo el papel que sobra en los archivos y las bibliotecas, y que debe ir a las calderas de las fábricas para hacer con él papelote y nuevo papel luego, deberían ir también los bibliófilos y bibliómanos y echarlos allí y convertirlos en papel.

Después de muertos, ¡claro está! —no vivos, esto sería una crueldad, por inútil, repugnante—. Basta con que vayan muertos. Un procedimiento de sepelio mejor que la cremación, sin duda, y que los bibliófilos habrían de agradecer. Y ¿cómo no? ¿Oué destino de ultratumba más noble para un bibliófilo que el de que su cuerpo sirva para hacer papel en que se impriman primorosos libros? Mas antes habría de desollarlos, como a San Bartolomé, para que sus pieles, bien curtidas, sirviesen para encuadernar y formar los libros.

¡Y lo que valdría para los bibliófilos futuros un libro de un bibliófilo pretérito, escrito por él, conteniendo una elegía al sacrificio de las antiguas bibliotecas, impreso en papel hecho con las entrañas del autor mismo y encuadernado con su piel, curtida con la bilis de un erudito lívido!

Una leve duda, como ligera nubecilla, cruzó por la frente de mi hombre, y fué la duda de si el cuerpo humano serviría o no para hacer papel; mas bien pronto cayó en la cuenta de que no se trataba precisamente de cuerpo humano, sino de entrañas de bibliófilo.

En esto sintió mi hombre un ruido insistente en el tronco del árbol en que apoyaba su alpalda; observó y vió a un gusano que lo estaba royendo: “No sólo

a los libros atacan los gusanos —pensó—; ¡también atacan a los árboles! Yo creí que sólo a lo muerto... pero no, no, el libro no es muerto, y por eso el gusano le ataca. Y el árbol, ¡claro está!, el árbol es vivo. ¡Tan vivo, por lo menos, como el libro!... ¿Qué es más vivo, el libro o el árbol? ¡Otro problema! Todos son problemas, ¡ay!”

Dióse a pensar en este nuevo problema; pero no acertaba a formulárselo matemáticamente ni en fórmula alguna de máximos y mínimos, de economía, sin duda porque andaba en ello la vida. Y a la vida no ha logrado formularla matemáticamente ni siquiera Letamendi.

“Qué es más vivo —pensaba mi hombre—, ¿el árbol o el libro? Hay árboles muchas veces centenarios; pero hay libros multicentenarios también. Se reproducen las ediciones de los libros, pero asimismo se reproducen las ediciones de los árboles.

”Hubo árboles antes que hubiera libros, y acaso cuando acaben los libros continuarán los árboles. Y tal vez llegue la Humanidad a un grado de cultura tal, que no necesite ya de libros; pero siempre necesitará de árboles, y entonces abonará los árboles con libros. O como hoy extraemos la hulla y los centenares de preciosos productos que de ella derivan de antiguos bosques enterrados, así de nuestros libros, cuando ellos sean fósiles, se extraerá de una hulla libresca, ¿quién sabe?, tal vez el licor fatídico que acabe con el linaje humano. ¡Licor de libros fósiles! ¡Esencia de bibliotecas fósiles! ¡Licor de hulla libresca! ¡Qué terrible producto! ¡Qué formidable tósigo embriagador! ¡Ese habrá de ser el sobrealcohol que acabe con el sobrehombre! ¡Si antes no se salva ahorcándose de un árbol!...”

Al llegar a este punto sintió mi hombre una gran sed de alcohol, y levantándose, recogió de sobre la

yerba el libro y se encaminó hacia su casa. No había leído ni una línea tan sólo en sus páginas, que permanecieron a oscuras a la sombra del árbol; pero había leído en las verdes hojas de éste, iluminadas por el sol, y viendo a través de ellas el cielo.

* * *

1

Escrito en El Escorial, donde, junto a un hermoso bosque, hay un Monasterio con una biblioteca de librotres antiguos, y donde también está la Escuela de Montes con su biblioteca correspondiente.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 7-IV-1913.]

CUESTIONES DE MOMENTO

COBRAR CONCIENCIA

Me escribes encantado de esa tierra, y lo comprendo muy bien. Tú, que fuiste siempre un desordenado y un desperdiciador del tiempo, te sientes otro ahí en que te obliga el ambiente a vivir con orden y en que tienes que aprovechar el tiempo. Y me dices que te vas regenerando. Yo creo que te vas reformando.

Comprendo, repito, tu entusiasmo, y comprendo el amargo sentimiento que te llena el corazón al pensar ahí en la patria ausente y comparar lo que aquí te pasaba con lo que ahí te pasa. Pero escudriña y zahonda bien a ver si no hay alguna dulzura en el amargor de ese sentimiento.

Me figuro que si tuvieses que vivir ahí, desterrado, toda tu vida, acabarían por hastiarte esa regularidad, ese orden y ese tan perfecto aprovechamiento del tiempo, y suspirarías por esta tierra de sabor acre, por esta vida española que, aunque nos irrita, con esa irritación misma nos mantiene. Acabará por cansarte esa sopa dulzona, con ciruelas, y echarás de menos la sopa de ajo con guindilla.

Tú has gustado el picarismo y te va a ser difícil acomodarte en ese pueblo de catedráticos, más o menos disfrazados. Llegará un día en que te hartarás de tanta disciplina y de tanta pedagogía. Porque todo eso es pedagogía, aunque la encubran con otros nombres, y en el fondo mecánica.

Yo veo con pavor acercarse para nosotros días terribles, días en que los ciudadanos concientes de su ciudadanía, los que creen que la patria tiene una misión que cumplir en el mundo, tendrán que dividirse en dos castas: los diletantes —o *dilettanti*—, a un lado, y los pedantes, del otro. Y tiemblo de antemano por la llegada de ese día. Y veo en perspectiva monstruosos hibridismos, la pedantería del diletantismo, y el diletantismo de la pedantería; veo la afectación de ligereza y afectación de pesadez.

No olvides, amigo mío, en la embriaguez del encantamiento que te embarga, que también aquí se vive y que también ahí se muere.

Conocí un joven muy despierto, muy inteligente y muy culto, que tuvo ocasión de encontrar un empleo acomodado a sus facultades, y empleo de un cierto orden de elevada especulación, en país extranjero de muy elevada cultura. Las condiciones económicas de su labor eran ventajosísimas para él. Mas he aquí que al cabo de algún tiempo deja aquello y se vuelve a ésta su nativa tierra. “¿Cómo así?”, le pregunté, y me dijo: “Me aburría, me aburría soberanamente, porque no todo ha de ser trabajar y ganar; hay que ganar para algo.” “¿Pero es que no hay allí sociedad?”, volví a preguntarle, y él: “Sí; pero ellos se reían sus gracias y a mí maldita la gracia que me hacían; ni me divierten sus diversiones, ni me encienden sus pasiones, ni... Echaba, en fin, de menos este que llamas el sabor acre de nuestra tierra, echaba de menos hasta nuestras miserias y nuestras envidias.”

Te sorprende o haces como que te sorprende lo que llamas nuestra apatía. “Todo eso de que hay que cambiar de vida; que así no se puede seguir; que es menester ponerse al paso de los otros, y los demás estribillos de liturgia, no son sino puras ga-

nas de hablar por no callarse —me dices—. En el fondo, nadie piensa ahí en serio; en cambio, alguno, todos o casi todos, se encuentran muy bien hallados.” Puede que tengas razón, y puede también que tengan razón ellos.

“¿Pero eres tú, tú el que me dices eso?”, exclamarás acaso. Sí, yo, yo soy el que te lo digo. Lo único que yo deseo es que no sean embusteros, y si realmente no sienten necesidad alguna de cambiar de modo u orientación de vida, que no lo digan; lo único que yo deseo es que se den la más clara cuenta posible de cómo viven, y sobre todo para qué viven; y luego, después que se hayan dado esa cuenta, no hace falta alguna nada más. Yo no les pido más que conciencia, la más clara conciencia de sus deseos y sus actos; si andan, que tengan conciencia de por qué andan, de dónde vienen y adónde van, y como quieran ir allá adonde van, bien va todo; y si están parados, que tengan conciencia de por qué lo están, y de si les es ello posible, y hasta dónde.

Y tú ahí, permíteme que te lo diga, no sabes adónde vas, es decir, adónde te llevan. Porque ahí no andas, te llevan. Y no es lo mismo lo uno que lo otro. ¿Te acuerdas lo que nos hizo reír, siendo tú y yo niños, aquel pobre hombre que iba en una espesa manifestación popular, y a quien diciéndole su mujer desde la acera: “¿Pero adónde vas, hombre?” contestó: “¡No voy, me arrastran!” Y la manifestación misma no iba, era arrastrada.

Ya sabes lo que te he dicho muchas veces: toda nuestra tarea debe tirar a convertir en concientes los movimientos instintivos de las muchedumbres. Los movimientos o las quietudes. Si un pueblo que se está quieto, eso que llamamos estarse quieto un pueblo; si un pueblo que no se rebela, ni protesta, ni ataca, ni se defiende, llega a tener conciencia de

por qué está así, quieto, puede suceder una de dos cosas: o que deje de estarlo o que siga en su quietud. Si echa a andar, nada habrá resuelto mientras no adquiera conciencia de adónde se dirige y para qué. Y si se queda en su quietud con la conciencia más clara y más plena posible de esa su quietud, bien está, muy bien.

“¡Entonces no hay que hacer nada!” me contestó aquel que sabes, no tú. Porque tú no careces de entendederas. Y le contesté: “Sí; entonces hay que hacer lo más difícil de hacer, y es cobrar conciencia de por qué se hace lo que se hace, o no se hace lo que no se hace, o no se hace cosa alguna, sino pasar la vida. Si la Luna conociese las leyes de sus movimientos todos —¡y no son pocos!— y de dónde viene y adónde va, aunque no cambiase en lo más mínimo los movimientos ésos, no sería ya la Luna, sino que sería un ángel. Y si de hecho sabe cómo, por qué y para qué se mueve, cosa que yo no me atrevería ni a negar ni a afirmar en redondo, de hecho es la Luna un ángel.

¡Cobrar conciencia de lo que se quiere y se hace, sea ello lo que fuere! En esto estriba para mí todo el arte. Y vale mucho, mucho más uno que expresa las oscuridades y vacilaciones de su espíritu, que uno que formula las certidumbres que no posee. Pero ya sabes lo que nos pasa, y es que hay torpes que se empeñan en llamar expresión oscura a la que expresa oscuridades, o vacilante a la que expresa vacilaciones. Un falso dogmatismo ha estropeado con preocupaciones científicas la comprensión del arte, y tenemos arte progresista y retrógrado, y creyente e incrédulo. Total, ¡miseria! Y recuerdo a menudo aquello que se cuenta de Ibsen, y es que, al hacerle observaciones y dirigirle reconvenciones sobre las ideas expresadas por uno de los personajes de uno

de sus dramas, contestó: “¡Eso, díganse lo ustedes a él, y no a mí!” “Los que todo lo ven claro, son espíritus oscuros”, me dijo una vez Guerra Junqueiro, y Fontenelle declaraba una vez estar aterrado de las convicciones que en torno de sí notaba. Lo capital es darse cuenta del propio estado de alma, sea el que fuere. Y dudo de la sinceridad de los dogmáticos. O mejor, el que afirma suele ser que no ve claro en sí mismo. Los espíritus definitivos suelen ser inconcientes. Y yo prefiero estarme quieto o vacilar con plena conciencia a no agitarme y resolver sin ella. Aunque sé que esto no entra en la nueva filosofía de la acción, por lo que he pensado fraguar *ad usum delphini* la filosofía de la inacción. El delfín es, no hace falta añadirlo, una parte de nuestro pueblo, no sé si la peor o la mejor.

Y volviendo a ti te diré que ahí te has olvidado de ti mismo y vives enajenado en lo que te rodea. Y eso que te rodea no es tuyo, no es tu país. Ahí no andas, te llevan, y si he de decirte la verdad, sospecho que no sabes adónde te llevan. Vuelve, pues, en ti, que es volver en tu pueblo y volver a tu pueblo.

No enseñes esta carta a ese otro que está contigo. ¿Para qué? Ya sé lo que dirá de ella, lo de siempre. Acaso añada que todo esto en el fondo no es sino teología. Es su término despectivo. Pero tendrá razón; lo es. Sólo que lo es a conciencia mía. En cuanto uno se pone a pensar en lo más hondo y lo más permanente de todo problema, se llega a su teología. O a la ateología. Una y otra, teología y ateología, son lo mismo. Lo que no es posible es lo neutro. La neutralidad es, en la enseñanza como en todo, un disparate. Se puede sustituir una doctrina teológica con otra, o con una ateológica, pero dejarla sin sustitución es locura de imposible.

Lo que hay es que esto no gusta a muchos entre nosotros. “¡Hay que hacer!”, repiten. Y yo digo: “¡Hay que pensar!” Y hay que buscar ver claro en sí mismo, y ver claro incluso las oscuridades. El que entra con los ojos bien abiertos en una tenebrosa cueva y nada ve, puede decir y afirmar que vió que no veía nada, que vió las tinieblas. Y sería un mentecato quien dijese que esta su aserción de no haber visto sino tinieblas era una aserción tenebrosa u oscura; y mentecatadas así se repiten aquí a menudo por los que no han llegado a distinguir la expresión artística de la exposición científica, que son los del arte docente. Y por curiosa paradoja, estos que así se confunden llaman literatura de ideas a lo que es expresión de estados de conciencia más o menos claros y definidos.

Ya lo sabes, pues. Trabaja, trabaja y come mucha sopa con ciruelas, que luego volverás a descansar comiendo sopa de ajos con guindilla. Y acaso entonces, cuando creas descansar, sea cuando más trabajes. ¡Es trabajoso soñar!

[*Los Lunes de “El Imparcial”*, Madrid, 2-VI-1913.]

Recordarán ustedes que en uno de mis arabescos (1) les hablé de las aves enjauladas que se entretienen en afilar el pico contra los barrotes de la jaula. Pues bien; he visto una cosa mucho más trágica, y es una codorniz enjaulada que, buscando libertad y salir de su prisión, daba saltos en ella, chocando la cabeza contra su techo y con tal heroísmo que llegó a abrirse la cabeza y a morir, dejando ensangrentado el techo de su prisión. ¡Heroica mártir de su amor a la libertad y de su fe en ella!

Y he pensado que nosotros, los pobres mortales dotados de razón, pero más que de razón de sed de libertad y hambre de infinito, hemos dado tantos y tales saltos en esta jaula de la Tierra, que hemos llegado a ensangrentar el cielo con la sangre de nuestros sesos. Cuando, a la puesta del Sol, contempláis la sangría del poniente, ¿no se os ocurre pensar en aquellos heroicos mártires del pensamiento que ensangrentaron el cielo con sus cabezas en sus trágicos saltos por escaparse de la prisión en que el humano linaje pena?

—¡Vaya, salió el pesimista! —dirá algún lector. ¿Pesimista? ¿Pesimista yo? ¡Todo menos pesimista! Porque, veamos, ¿qué es eso de pesimismo?

¹ Con este título genérico de *Arabescos* publicó por estos años Unamuno una serie de artículos en *Los Lunes de "El Imparcial"*, de Madrid. Algunos de ellos han sido incluidos en estas *O. C.* (N. del E.)

Primero, usted confunde los términos, lo cual nada de extraño tiene, ya que, respecto al sentido del vocablo pesimismo, reina una confusión casi irreductible. Llámase pesimismo a las cosas más opuestas entre sí y hasta mutuamente contradictorias.

Algunos publicistas más sagaces que otros han hecho ya notar que debajo de uno que pasa por pesimista suele esconderse el más ardiente fiel del optimismo, y que nadie esperó o creyó más en el porvenir de su pueblo que el profeta Jeremías.

Y en cuanto a eso de encasillarme entre los pesimistas, no sé de dónde ha podido usted, que dice que me lee, sacarlo.

Yo, señor mío, creo en el progreso general humano y en el progreso de nuestra patria española en especial, tanto como el que más y mejor crea en ellos. Y no en el progreso material sólo, no, sino hasta en el progreso espiritual, en ciencia, en arte, en justicia, en virtud.

Creo que la vida media humana se alarga y se hace más sana; que las enfermedades tienden a atenuarse y a menguarse; que, gracias a los anestésicos y otros remedios, disminuye el dolor físico, y que todo otro dolor tiende a reducirse. Menos el dolor de vivir, ¡claro está! Y creo más, y es que para la mayoría de los hombres, que viven como en sueño, el dolor de vivir no existe.

Creo que la riqueza no sólo aumenta, sino que se distribuye y reparte cada vez mejor, que la miseria económica va poco a poco desapareciendo y que el tenor de la vida mejora. Creo que los pobres serán cada vez menos pobres, y los ricos relativamente menos ricos, y que llegará el día de la justicia y en que el ensueño de socialistas, comunistas y anarquistas será algo más que un ensueño. Y creo que esta perspectiva nos anima a trabajar por nuestros nietos.

Creo que llegarán tiempos en que no hagan falta ni leyes escritas promulgadas y sancionadas, ni autoridad que las haga cumplir por la fuerza, abusando, como es natural, de ella, sino que bastará la buena voluntad de cada uno y el sentimiento de humanidad. Y creo más, y es que nos acercamos a esos tiempos dichosos.

Creo que la Ciencia, el conocimiento del hombre y del universo por el hombre mismo, se acrecienta y perfecciona de día en día; que vamos descubriendo verdades nuevas, y que acabaremos por descubrirlas todas, menos una. Una sola, aunque la única que de veras debe importarnos. Mas, ¿qué vale entre todas las demás?

Creo que se acrece y perfecciona también el Arte incluyendo en él la Filosofía, y no sólo que cada vez tenemos más obras maestras, sino además que cada vez sabemos mejor gozar de ellas; que nuestro gusto se depura y sublima; que nuestra capacidad para el goce estético se afina, gracias, en gran parte, a la labor de la erudición y la crítica. Creo que gozamos hoy de la *Iliada*, a pesar de estar para nosotros en griego, más y mejor que los contemporáneos de Homero, y de la Venus de Milo, más y mejor que los que la vieron entera y completa al salir de manos del escultor.

Creo que la íntima moralidad mejora, que somos cada vez mejor intencionados, que vamos librándonos de las malas pasiones del salvaje y del oprimido, que somos mejores, en fin. Y creo que acabará por desaparecer la guerra, quedando sólo un simulacro de ella para deporte y para comprensión de las hermosuras de arte que ha inspirado. Creo en el advenimiento de la paz universal y del arbitraje justiciero.

Creo que la vida será cada vez más fácil, más

justa, más sana, más alegre; que se vencerán las enfermedades, sobre todo las tres que más víctimas nos cuestan —alcoholismo, tuberculosis y avariosis—, y los hombres morirán de puro viejos.

Creo, ante todo y sobre todo, en lo que con mística devoción llamamos cultura. Y creo en ella sin sombra de ironía. Creo en la ascensión de la Humanidad hacia lo bueno, lo bello, lo verdadero.

Ahora, creo también que todo ello no vale un camino sin lo otro. Y lo otro, ¡ay!, me parece más que dudoso. Y en lo otro, en lo de más allá, estriba todo.

¿Se atreverá usted, pues, a seguir llamándome pesimista? ¡No, no, no, y mil veces no! Pesimista es el que, concibiendo un estado de perfección y de felicidad terrenas, no cree que nos acerquemos a él o podamos alcanzarlo. Y yo creo que a él nos acercamos todos, y no menos que otros pueblos el nuestro, y que a él llegarán los descendientes de nuestros descendientes.

Junto a esto, ¿qué tiene que ver el que yo crea que cuanto mejor sea la vida más penoso nos será el tener que dejarla y más dolorosa la perspectiva de tener que perderla un día, y que no vale la pena de poner ahinco y esperanza en cosa percedera? Ya ve usted, pues, que no soy pesimista.

Y mucho menos lo soy respecto a nuestra España. Creo que nos europeizamos, aun a pesar de muchos de nosotros —yo el primero— y sea eso de europeizarnos lo que fuere, y que adelantamos en sentir, en saber, en querer y en lavarnos, inclusive. Creo que alcanzaremos a las demás naciones que van a la cabeza de la cultura y que vendrán días de esplendor y de gloria para nuestra querida patria. Pero también creo que todo ese esplendor y esa gloria, y ese bienestar, y esa justicia, y esa salud, y esa cultura,

no nos servirán, a fin de cuenta, ni a los demás pueblos ni a esta nuestra tierra para maldita de Dios la cosa. Porque todo depende de lo otro. Y la eternidad o nada.

No hay, pues, que confundir los términos. Eso que comúnmente se llama pesimismo es muy otra cosa. Yo no creo, con Schopenhauer, que la suma del mal excede a la del bien —ni entiendo tales sumas—, sino que creo que lo mismo lo que llamamos bien que lo llamado mal se desvanecen en nada, y que a remate de cuentas no vale la prosperidad más que el infortunio, como no sepamos lo otro. Y lo otro no lo sabemos.

No me tenga, pues, por pesimista. Reserve ese dictado para los que sólo prevén desdichas acá en la tierra, en este valle de lágrimas, cuando no hay otra desdicha que nacer. Yo creo que lo mismo da que sea de lágrimas o de risas, mientras no tenga salida.

¿Pesimista yo? ¡No, no, no y mil veces no!

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 20-X-1913.]

—En quince o veinte días que pasase usted en Madrid, arreglaría la mayor parte de esos asuntos de que se queja usted se los llevan a paso de tortuga —me dijo.

—¿Y para qué he de ir a Madrid? —le repliqué—. ¿Para qué he de ponerme al habla con aquellos a quienes puedo escribir y pueden ellos escribirme? Los asuntos de más cuidado deben resolverse por escrito y no de palabra. Y eso de que un político que no tiene inconveniente alguno en perder cada día tres o cuatro o más horas en conversaciones fútiles, y en cultivar a los amigos —¡vaya un cultivo!— no sepa disponer de un par de horas siquiera para contestar cartas, créamelo, es algo más que mala educación.

—¿Y qué más es? —me preguntó.

—Es temor a comprometerse. Las palabras vuelan; los escritos quedan, se dijo ya en latín... Y las gentes quieren poder desdecirse. ¡Y como no es tan fácil desescribirse...!

—¿Usted cree que es por eso?

—Algo es por eso y mucho más, justo es decirlo, por pereza. Aquí la gente, con tal de no tener que leer, pierde triple o cuádruple tiempo en oír, y con tal de no tener que escribir, lo pierde tres o cuatro veces mayor en hablar. Hay verdadera *grafofobia*. País de oyentes, de auditorio, no de lectores, y país de oradores —la casi totalidad de ellos detestables—,

no de escritores. Y hasta los escritores suelen resultar oradores por escrito. La gente no sabe leer. Mire usted, yo no tengo tan mala letra, sino bastante clara y legible; pues bien, para acabar de entenderme con cierto sujeto no tuve más remedio que ir a verle y leerle una carta que pocos días antes le había escrito. No la habría entendido ni aunque hubiese estado impresa. Y he conocido un señor, periodista y escritor que fué mucho tiempo de uno de nuestros primeros diarios, que se jactaba de no contestar a las cartas con cartas. Antes de escribir una acudía al telégrafo, que es un pretexto para no escribir.

—Se comprende; como el escribir era su oficio, estaría harto de ello...

—No; es pereza, pereza, pereza y pereza. La epistolofobia de tantos españoles que pierden tantas horas al día charlando insustancialidades en tertulias de café no es más que pereza. Y la pereza es mala educación. Pero en eso de que vaya a Madrid hay además otra cosa, y es la especie de rendimiento de homenaje que se supone, es dejar uno las comodidades de su casa y hogar, sus ocupaciones y quehaceres, y tomarse las molestias y los gastos de un viaje para ir a tratar cara a cara y de palabra cosas que muy bien pueden ser tratadas por escrito y a distancia.

—¡Hombre, no! —me replicó—. Por allá suponen que el hacer de vez en cuando un viaje a Madrid, lejos de ser un sacrificio, es todo lo contrario...

—Sí —le repliqué—. Suponen así porque hay una tropa de haraganes, mal avenidos con los deberes de su cargo o profesión, que sólo buscan cualquier pretexto para hurtarse a ellos, y están inventando todo género de Comisiones, y porque suponen que la Villa y Corte tiene unos atractivos tales que apenas ha de haber quien no quiera ir de cuando en cuando a ella a echar una cana al aire, como se dice.

—¡Natural!

—Pues no tan natural, amigo. Para mí, por ejemplo, esa Villa y Corte no tiene atractivo especial alguno. Y menos mal si pudiese ir a ella sin que nadie allí me conociera. Entonces sería otra cosa. Pero ir a que le traigan a uno y le lleven, y le pregunten y le consulten y le muelan... ¡No, no, no y no!

—¡Pues eso de no querer ir!...

—Sí, lo sé; estimanlo muchos como soberbia. Entendido. Y ¿qué hemos de hacer? Quieren que se vaya a bailarles el agua, a formar la corte de sus aduladores, a murmurar en cotarros y cotarrillos, en salones y saloncillos, a hacer cola, a suplicar... Aborrezco toda forma de pordiosería. Y me he propuesto, entre otras muchas cosas, demostrar que se puede hacer mucho, pero mucho, y tener eficacia y hasta valimiento, sin moverse uno del rincón provinciano donde la Providencia le puso y donde tiene que hacer más que en ese otro rincón provinciano que llaman Madrid. Es un modo de pelear por la libertad de otros.

—Vamos, sí, que es usted anti-centralista.

—¡No, nada de eso! El centralismo nada tiene en esencia que ver con esto de que estamos hablando. Puede un país estar fuertemente centralizado y no llevar las cosas a punto que todo ciudadano que necesite ventilar algún asunto tenga que hacer su viajecito a la Corte. Esto parece tramado por los fondistas, hosteleros y comerciantes de la Villa y Corte. La centralización es una cosa y eso de no hacerle caso a uno hasta que venga a pedir lo que desea y pierda el tiempo en solicitar audiencias y en celebrarles, esto es ya otra cosa.

—El caso es —me contestó— que hay muchos por allá que piensan que cuando uno no se toma la molestia de hacer su viajecito e irse en persona a tratar de palabra su asunto, es que no le importa gran cosa por él.

—Sí, a eso les tienen acostumbrados los pordiose-

ros, que son tantos en esta tierra. Y luego aquello de: "¡Ojos que no ven, corazón que no siente!"

—Pero siempre es bueno renovar amistades, trabar otras nuevas, hacer que no le olviden a uno los amigos...

—¡Ah! ¿Pero es que son amigos que si no le ven a uno de vez en cuando, pudiendo, como pueden, escribirle, le olvidan? Vale más que le olviden. Y en fin, amigo, que tengo siempre mucho que hacer aquí y no puedo ir a perder el tiempo en Madrid, que me divierte muy poco.

[*Mundo Gráfico*, Madrid, 6-VIII-1913.]

“...no va por donde el pueblo, sino como las estrellas llevan su camino contrario al del mundo, así él marcha contra la opinión de todos.”

SÉNECA, *A Sereno: de la Constancia del sabio*. XIV.

Le encontré leyendo a Séneca. Y me dijo:

—Oye esto. Es del diálogo en que nuestro gran ascético precristiano se dirige a Sereno explicándole cómo el sabio, el sabio a la antigua, ¿eh?, no el hombre de ciencia, no puede recibir afrenta. Y hablando de los que pueden oponerse a él, dice esto que traduzco: “Diríase que no hay entre ellos y los niños otra diferencia sino que éstos tienen avaricia de mecas, de nueces, de fruslerías, y aquéllos de oro, de plata y de ciudades; que los niños juegan entre sí a los magistrados e imitan a los Tribunales con sus haces y sus togas, y los otros juegan en serio en el campo, en el foro y en la curia...” *Serio ludunt!* ¿Te acuerdas de aquella terrible frase de nuestro amigo Kierkegaard, que me recordaste hace pocos días?

—¿Cuál? ¿La de que la cristiandad está jugando al cristianismo?

—¡Exacto! ¡Pues yo creo que ahora la que se llama a sí misma humanidad, la humanidad consciente o por antonomasia, está jugando al humanismo.

—¡ Van a decir otra vez que eres inhumano!

—¡ Gracias a Dios! ¡ Y muy honrado! De tales... hombres, el mejor dictado que se puede merecer es el de inhumano.

—Pero ten cuidado, no sea que lo que tú, en la petulancia que la soledad da siempre, crees que puede ser sobrehumano, en realidad no vaya más allá de subhumano o infrahumano.

—No; nada de encima ni de debajo; nada de relaciones de espacio; sino de tiempo; antes o después. O prehumano o posthumano.

Mi amigo se calló un momento, y de tal manera que me impuso el respeto a su silencio. Y luego, mirándome con ojos de sonámbulo, exclamó como si hablara con otro:

—¡ Yo le vi, yo le vi! Iba encendido siempre, siempre febril. Era un energúmeno, un poseído. Para él la vida era una pasión. No he conocido hombre tan loca, tan seria, tan trágicamente enamorado de la vida. Por eso era que apenas hablaba sino de la muerte. La fiebre vibraba en sus palabras, chispeaba en sus ojos. Unos le temían; le compadecían otros. Era respeto o era piedad lo que infundía. ¡ Yo le vi, yo le vi! ¡ Y murió... de asco!

—No; murió de vida, de exceso de vida.

—¡ Tú qué sabes? ¡ No me interrumpas; déjame! ¡ Yo le vi! Y él me vió. Y me miró con aquella su mirada lenta y taladrante, y me dijo: “¿ A qué juegas ahora?” Y le contesté: “No sé a qué juego ahora.” Y entonces añadió: “Así pasa siempre; nunca sabéis a qué jugáis. Y es que Dios está jugando con vosotros.” “¿ Pues qué vamos a hacer?”, le pregunté entonces. “Jugar con Él, y entonces entraréis en lo más serio de la existencia, en la verdadera vida que consiste en jugar con Dios.” Y se fué. Y aquella noche no pegué ojo. Y como no pude dor-

mir, no soñé aquella noche. Y no he vuelto a soñar.

—Pues yo creo que no haces otra cosa...

—¡Te he dicho que no me interrumpas! No; no sueño. Los que sueñan son ellos. Y te digo que esos que han descubierto lo de la humanidad están jugando al humanismo. ¡Oh, la gran Humanidad, la Humanidad mayúscula, que está empollando la Idea! ¡Y después de siglos de empollarla, un día le da un picotazo y resulta que no es sino cáscara! ¡Ahora, interrumpe!

No quise hacerlo y permanecí callado. Y él reanudó:

—Ansioso de orientarme en la belleza, fui a reuniones de literatos y de artistas, y allí sólo se hablaba de si Fulanito valía más o menos que Zutanajo, que si a Perencejillo le valió tanto o cuanto tal obra, de si éste dijo o no dijo de aquél, y luego tonterías de técnica. Huí y me fui a refugiarme en una tertulia de políticos, en torno a la mesa de un café. Eran diputados, senadores, ex ministros, ex directores... ¡qué sé yo! Y hablaban de todo menos de política. Hablaban de crisis —esto a diario—, de si el Tal dijo esto o lo otro, de si la conjura ésta, de si la disidencia aquélla, de si a Mengano, con haberle hecho vitalicio, le cerraron el paso al ministerio; hablaban de elecciones... de todo, en fin, menos de política. Y entonces me escapé y acabé por ir a dar en una reunión de canónigos que jugaban al tresillo. ¡Horror! Jamás oí el nombre sacrosanto del Cristo. Peor que los literatos; peor que los políticos.

—No te habría pasado eso —le dije— si hubieses ido a una peña de aficionados a los toros. Allí sí que hubieses oído hablar, y muy en serio, de su arte.

—Y recordé —me interrumpió— el relato de una entrevista entre Carlyle y Brummel, de la que, con

gran asombro de los que los conocían, salió el áspero predicador encantado del *dandy*. Y cuentan que decía: “He aquí un hombre admirable; se ha propuesto vestirse y se viste.”

—Y lo mismo esos otros. Se han propuesto pasar el rato y lo pasarán.

—No; es que para Brummel, tal y como yo me lo figuro, el dandismo era una pasión, una religión, un juego, sí, pero no de pasar el rato.

—Muchos de esos contra los que te enfureces, al jugar se juegan la vida.

—¡ Porque no la quieren! ¡ Porque no la aman! ¡ Porque no la conocen! ¡ Por aburrimiento tal vez! Juegan, sí, la vida. La juega un torero, la juega un aviador. ¡ Pero no es eso, no; no es eso! La juega por vanidad; por el qué dirán. La juega en espectáculo. ¡ Farsa, farsa, farsa!

—¿ Y qué no es farsa? —le dije.

Me dió miedo la mirada que me lanzó al oírme esto. Hubo un momento en que creí que se me iba a echar encima. Pareció dominarse y dijo:

—Bueno; hablemos de otra cosa. ¿ No le oíste ayer a Demócrito aquello? ¿ No le oíste lo de: “¡ Yo lo comprendo todo!”? ¡ Imbécil! ¡ Imbécil! ¡ Imbécil! El que cree comprenderlo todo es que no comprende nada. ¡ Yo lo comprendo todo! ¡ Habráse visto!...

—Hay otro extremo —le dije— y es no comprender nada.

—¡ En ése estoy yo! —gritó, exaltándose—. ¡ En ése! Yo no comprendo nada. Todo es para mí un misterio. Y el misterio mayor me soy yo mismo para mí. Esos que dicen que lo comprenden todo agregan que lo perdonan todo, por lo de *tout comprendre c'est tout pardonner*. Pues yo no comprendo nada y no perdono nada. Lo de perdonar es de Dios. Y como lo que menos comprendo es a mí mismo, es a

mí mismo a quien menos me perdono. No, no me perdono y por eso me castigo.

—Fíjate —le dije— que las posiciones absolutas se identifican, que el ser puro es la pura nada. Fíjate en que pretender comprenderlo todo es como pretender no comprender nada y que no perdonar nada, condenarlo todo, es como perdonarlo todo, no condenar nada.

—¡ Sofismas, sofismas, sofismas! —me contestó—. Pretender comprenderlo todo es jugar...

—Y pretender no comprender nada, ¿acaso no es jugar también?

Estalló en su figura y gesto un esfuerzo titánico para dominarse. Se puso blanco como la nieve, después encarnado como la grana. Y con voz ronca me dijo:

—¡ Por Dios, no me abrevies la vida! ¡ Ten la piedad de creerme siquiera loco!

Y luego, poniéndome sobre la mano su mano febril, en que se sentía el pulso, me dijo con lágrimas en la voz:

—¿ Te acuerdas cuando aquel pobre hombre, a quien la patria le destrozó el corazón, dió en aquel discurso el gallo aquél, quebrándosele la voz, y el león enfermo lloraba? ¿ Te acuerdas lo ridículo que entonces nos pareció aquello? No lo tenía bien ensayado. Es que se olvidó del papel. Y eso que lo leía. Un mal cómico, sin duda. Y un mal político. ¡ Aunque no, la verdad! Y la verdad es que ni era cómico ni era político. No sabía jugar. Y como no sabía jugar, jugaron con él. Y le llevaron y trajeron como un zarandillo. Tampoco él llegó a comprender lo más de lo que aquí pasa. Fué un incomprensivo. Y como consecuencia, un incomprendido.

—Empezó —dije yo— por no comprenderse a sí mismo.

—Tal vez... tal vez... —murmuró mi amigo—; tal vez... Sí, no se comprendió, no vió claro en sí mismo. Acaso tuvo miedo de bajar al fondo de su propia conciencia de patriota y de hombre. Y por eso a su patriotismo, que tan religioso era, le faltó algo. Porque no fué eso que ahora llamaríamos un humanista; no jugó al humanismo; no empollaba ideas por las ideas. Tienes razón: empezó por no comprenderse a sí mismo. Tal vez él, a quien se le acusó de estar tan lleno de sí, de ser egocéntrico, de ser soberbio, tal vez huyó de sí mismo. En fin; no lo sé... no lo sé...

—No sabemos nada... —agregué como un eco amplificador.

—Pero yo siento una cosa, y es la presencia de aquel otro, de aquel en quien la vida ardía, de aquel que santificó el fuego haciendo de él lo más serio de la existencia... ¡Y ahora, mira, a trabajar! ¡A cavar la tierra, pero con las manos, no con laya ni con azada!

—¡Pero es renegar del progreso!

—No lo sé, ni me importa. Lo que quiero al cavar con las manos es que éstas sangren sobre la tierra y le peguen mi fiebre. Cuando me entierren quiero que sea en tierra en calentura. ¡No hay como regazo febril para sobre él recostado dormir el sueño que no acaba! ¡Su fiebre me dará ensueños!

—Pero, hombre... —empecé.

Y él me atajó diciéndome:

—¡Sí, el energúmeno! ¡El solitario energúmeno! ¡Tal vez... el cómico! ¡El que juega a maldecir del juego! ¡Pobrecillos! ¡Pobrecillos! ¡Pobrecillos! La verdad es que nadie se conoce.

Cuando salí a la calle, me quité el sombrero; hice una gran inspiración seguida de una espiración pro-

funda y me dije: "Hay cosas en que ningún hombre cuerdo debe pensar. Dicen que se cae en superstición. Bueno; pero... ¿y qué más da? ¡Quién sabe!..."

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 8-XII-1913.]

Encontré a mi pobre amigo en un lastimoso estado de ánimo. Habíase adueñado de él aquella negra murria que solía a temporadas ennegrecerle el espíritu.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Te he oído decir alguna vez —me contestó— que así como a otros les duele la cabeza o el vientre o una muela, a ti suele a las veces dolerte la patria, España.

—Y así es —le dije—; me suele doler España como si fuese parte de mí, siéndolo yo de ella. Pues si nos duele el cuerpo todo, ¿no ha de dolerse cada parte de él?

—Pues a mí —me replicó— empezó por dolerme España, como a ti, y ahora me duele el universo mundo todo, y hasta me duele Dios. Quizás esto te suene a enorme desatino. Voy a explicártelo.

—No, no hace falta —exclamé—; te lo entiendo. O, por lo menos, creo entendértelo. Y acaso sea peor el que trates de esclarecérmele, pues quedaría más oscuro. Mejor es así. Y en este tu duelo, ¿qué imaginas?

—¡Ya puedes figurarte, locuras...! Primero, constituir una Liga absurda, que por absurda me complace, y luego pienso en cuál es el dictado más honroso que en esta nuestra tierra se puede apetecer, el que yo apetezco.

—¿Y qué Liga es ésa?

—¡La Liga de los Deberes del Hombre!

—¿Pero estás loco...? —le dije.

—En eso pienso, y es el pensar si estaré loco lo que va a volverme tal. ¿No has pensado nunca en la terrible locura de dar en dudar de si se está cuerdo o loco? Los médicos conocen todo el espanto de las aprensiones, pero no sé si conocen bien la más terrible aprensión, la de dudar de si se está cuerdo. Y esto, ¿sabes cómo viene?

—Me lo figuro. Será dudando de si los otros lo están.

—Justo y cabal. O la inmensa mayoría de la Humanidad, casi todos los que conozco, están locos, o lo estoy yo. No podemos estar cuerdos ellos y yo.

—Es que sólo se es cuerdo por oposición y frente a la locura —le dije en voz baja y acercándome a él.

Miróme con esos ojos que me dieron miedo; cayóse algo la cabeza —se le cayó más bien que la bajó—, pareció mirar algo por debajo del suelo, y, sin mirarme ya, dijo como si hablara con un ser no existente:

—En efecto; si todos estuviéramos locos, no lo estaría ninguno, y tampoco estaría nadie cuerdo si lo estuviéramos todos. Se es cuerdo como se es loco, por oposición. Y esto, dime, este feroz tormento de caer en la duda de si se está o no cuerdo, esto que te digo de que me duele el mundo, de que me duele Dios, esto, ¿qué es?

Le miré con lástima y con envidia a la vez, le puse mi diestra sobre su hombro izquierdo, y mirándole a la mirada, le dije:

—¡Pobre amigo mío! ¡Don Quijote te socorra!

Y después de una gran pausa, en que creí notar que se le ennegrecían y humedecían los ojos, añadió:

—¡Formar una Liga de los Deberes del Hombre! No sabes lo que te piensas. Hoy no se entiende más que un deber, y es el deber de reclamar derechos...

—¡No me hables de derecho! —gritó exaltándose—, ¡No me hables más de derecho!

—Cálmate; no te hablaré de esa alcahuetería.

—Y sobre todo —volvió a gritar—, ¡no mentir, no mentir, no mentir! El octavo, ¡no mentir!, ¡no mentir!

—No te exaltes así —le dije—, vuelve en ti.

—¡Vuelve en ti...! ¡Vuelve en ti...! —murmuró—. ¿Es que me dejan volver en mí? ¿Es que no me saca de mí mismo toda esa horrible farándula de... de eso, de eso de que te he rogado que no me hables? Sí: soñaba en una Liga de los Deberes del Hombre para oponerla a la otra, a la Liga de la mentira y de...

—¿De qué?

—De lo otro, de lo peor que la mentira: ¡del juego! ¡Tomar la ciencia en juego, el arte en juego, la vida en juego!

Callóse un momento. Ambos nos quedamos oyendo el silencio. Por debajo de él habríase podido percibir los latidos del corazón de mi pobre amigo. Su rostro estaba encendido. Y al romper el silencio me preguntó:

—¿Sabes cuál es el consuelo de las almas de hielo, de las de corcho y de las de arena? Pues es la ridícula quisicosa que llaman progreso. En cuanto oigo hablar de vivir a la moderna me hiede a livianidad y a ramplonería.

—A la moderna o... a la europea —le insinué.

—Eso de a la europea —me contestó sonriendo— tiene la ventaja de que ya sabemos que no sabemos lo que quiere decir. Antes, cuando eso de Europa era una denominación geográfica, sabíamos a qué atenernos; pero ahora, desde que se ha elevado a la categoría de trascendente, ¡cualquiera lo entiende! ¡Por lo menos yo, no! Y es una cierta ventaja no saber bien qué significa eso de Europa. A lo que

se añade que tampoco sé qué quiere decir moderno. ¿Qué es moderno? Eso vendrá de moda, ¿no es así? ¿Qué es moderno?

—Claro; como tú no eres de ahora...

—En efecto; yo soy del siglo décimo o del trigésimo; tengo un alma medioeval, de la edad media que pasó, o de la que volverá cuando pase esta borrachera progresista. Mi concepción y mi sentimiento del universo y de la vida son dualistas; veo y siento la vida desde la muerte y pienso en las dos vidas. Y me aterra esta edad, en que no se cree ni en la una ni en la otra. Porque aquella ingenua fe en esta vida que profesó la edad de la superstición. es decir, el Renacimiento, se ha agotado y hoy no es sino hipocresía. Y yo, no, no, no, no soy de esta edad. ¡Figúrate, soñando en el sacrificio! ¡Mira!

Se levantó, cogió un periódico y me mostró unas líneas que había subrayado y decían: "... ha pasado por la afrenta de que no prevalecieron sus propósitos".

—¿Lo ves? —exclamó—. ¿Lo ves? ¡Hay gentes que creen que aquel cuyos propósitos no prevalecen queda afrentado! ¡Hay gentes que creen que es una ignominia la derrota! Y yo te digo: ¡*Vae victoribus!* ¡*Vae victoribus!*

—¡Cálmate! ¡Cálmate!

—¿Pero no crees —me preguntó con lágrimas en la voz— que yo estoy loco?

—¡No! —le contesté con la mayor redondez afirmativa—. ¡Creo que lo están casi todos los demás!

—¡Ah! ¡Quién sabe...! El mundo está loco..., el siglo está loco... Y la cordura mundana consiste en seguirle el humor, en ponerse a su tono, en enloquecer o fingir que se enloquece con él. Por aquello de que hay que vivir...

Mi pobre amigo abatió su frente y pareció embosarse en unas tinieblas invisibles. Luego dejó caer

lentamente, copo a copo, como en nevada nocturna, estas palabras: ¿Y si estuviese yo equivocado?

—¡No! —le grité—. ¡No! ¡Mil veces no! Un corazón encendido de amor como el tuyo no puede equivocarse! ¡No! ¡Tu corazón es infalible! ¡No; tu derrota es su triunfo! ¡Sigue, pues, soñando en la Liga de los Deberes del Hombre! Y déjalos. No son más que...

—¿Más qué?... —Y me miró.

—Nada más que haraganes. Quieren hacer que hacen y no hacer. ¿No les has oído que el progreso es incoercible? ¿Que no sirve querer oponerse a la corriente? ¿Que no se puede ir contra el siglo? Ya lo ves; el progreso no es para ellos sino lo que otros llaman el hado, la fatalidad. Ningún verdadero progresista cree en el libre albedrío. El progresismo no es sino fatalismo. Es más, ningún verdadero progresista cree en la libertad. El progreso, lo que llaman así, es la tiranía. ¡Haraganes, haraganes, haraganes! ¡Dejarse llevar! Y dejándose llevar es como se vence. Y bien djiiste *¡vae victoribus!* ¿No sabes lo del loco de la estrella?

—¿Qué? —me preguntó inquieto.

—Pues era un loco que, agarrado con la mano izquierda a la argolla de una cadena que ceñía a una roca, quería de noche coger con la diestra una estrella para detener la marcha de la Tierra.

—¿Y qué consiguió? —me preguntó con voz que parecía venir de otro mundo.

—Pues consiguió —le dije—, consiguió..., consiguió vivir su vida y curarse de su locura con la muerte. Y hoy vive en la estrella y tiene la Tierra en sus manos como un juguete. Y en su cabeza una bacía de barbero coronada de espinas e irradiando luz.

—Y ese pobre loco —añadió— ha merecido el más noble, el más puro, el más sagrado y santo de los

dictados que hoy aquí se otorgan, el que debe uno esforzarse por merecer.

—Ah, sí, es lo que dijiste al principio. ¿Y cuál es su dictado?

—¡El de... soberbio!

—Tienes razón —le dije—, tienes mucha razón. Es un soberbio todo el que cree en lo que dice y dice lo que cree; es un soberbio el que no se deja arrastrar; es un soberbio el que no se deja derrotar, eso que el mundo llama derrota; es un soberbio el que tiene fe en algo. La humildad consiste en no tener fe en nada y jugar a la vida. La humildad consiste en transigir con la mentira. Hay quien ha llamado soberbio a Don Quijote. ¡Es más, hay quien se ha atrevido a sostener que lo que le llevó a la Cruz a nuestro Divino Maestro no fué más que soberbia!

—¡Qué honor para un cristiano a quien le motejen de soberbio! —exclamó.

—¡Y ahora —le dije por último—, pensemos en la Liga de los Deberes del Hombre!

[Los Lunes de "El Imparcial", Madrid, 15-XII-1913.]

DIVAGACION SOBRE EL CANTO DEL ARROYO

Cuantas veces visito el pueblo de Candelario, en la sierra de Béjar, y lo hago de cuando en cuando, gusto al recorrer sus calles pendientes, henchidas de sello, oír el rumor vivo de los arroyos que por ellas corren. Debe de ser encanto poder dormirse en poblado, en medio de una mazorca de viviendas, junto a una calle civil, oyendo cantar al agua en curso. Y una agua limpia, batida. En la época de la matanza va roja de la sangre de las reses sacrificadas.

Y cuantas veces se habla con fingido desdén del arroyo, del arroyo de la calle, me acuerdo del encanto callejero de Candelario.

Peor, cien veces peor que el agua corriente del arroyo ciudadano, el agua estancada y muerta del pantano de cualquier sala. Aunque en ésta vivan las tencas mejor que en aquél.

¿Qué es eso de que no se deben recoger ecos del arroyo? Pues yo creo que mientras el arroyo no entre en ciertos pantanos en que se reúnen las tencas a callar, pero haciendo como que hablan y como que dicen algo, no hay arreglo posible.

Hay una frase de terrible hipocresía que jamás he podido oír sin sobrecogerme de enojo, y es aquella de “¡eso no se puede decir aquí, eso no se puede oír con calma!” Recuerdo que cuando allá, en mis mocedades, en las primeras luchas entre mi fe here-

dada y mi razón adquirida, leía libros de apologética ortodoxa para defenderme de la herejía que iba ganándome, encontré cuál era la fórmula que los apologetas empleaban al encontrarse con un argumento verdaderamente incontrovertible y al que no tenían qué contestar, y es que decían: “esto es tan absurdo, que no merece refutación”. Y lo que no merecía refutación, me resultaba irrefutable. Y así, ahora, cuando oigo exclamar: “¡eso no puede decirse!”, aun sin saber qué era ello, sin haberlo oído, me digo: “¡eso es, sin duda, lo que debe decirse!”

Lo que no debe hacerse es andar diciendo y cuchicheando por pasillos y encrucijadas lo que luego se calla o se desfigura en el corro.

Si supieran bien todos esos que hablan con desdén o con indignación —ambos fingidos— de los rumores del arroyo, a los que nos huele el pantano a los que estamos fuera de él, ¡a los que no somos ni tencas, ni ranas, ni renacuajos!, ¡a los que no nos cebamos con el légamo de la charca!

Hay eufemismos verdaderamente terribles. Hace unos años se inventó el de irregularidad, por no decir robo, que es palabra disonante, poco..., vamos, no sé como decirlo, poco... correcta; y suele llamarse convencionalismo a lo que no es sino desvergüenza o embuste.

Se puede decir todo, pero sabiendo decirlo, se dice. Pero yo os digo que este saber decir no es sino saber callar, aparentando decir algo. Hay una verdad lógica y una verdad estética, y la eficacia exige que se digan las cosas de la manera más eficaz. Que en ciertos pueblos, en ciertos períodos, es la manera más cruda.

Y hay otra cosa que tampoco puedo oír sin estremecerme, y es cuando los escribas, fariseos, saduceos, filisteos y publicanos, exclaman en coro: “no

basta afirmar eso, ¡las pruebas!, ¡las pruebas!” Hay que ver lo que llaman pruebas los abogados de malas causas, que lo son los que abogan por la pitanza. “¡Pruebas!, ¡pruebas!”, le oía yo una vez —hace unos años— gritar a uno de esos desgraciados de los de doble naturaleza, de los que se creen autorizados para negar en público, y como hombres públicos, lo que en privado, como hombres privados, afirman y confiesan.

¿Y no habéis visto cuando un pequeño torbellino agita un momento el liso sobrehaz de la solemne charca, nido de fiebres amodorradoras? Hay que ver entonces saltar y agitarse a las tencas, que ya que no sepan ni siquiera croar como las ranas, meten ruido chapaleando en el agua cenagosa.

Siempre he creído en la eficacia del bárbaro, es decir, del de fuera, del que cae en un ámbito que le es extraño y cuyas convenciones —esto es, cuyas vergüenzas— desconoce. Renueva una ciencia o un arte el que entra en ellas desde otra ciencia u otro arte. Para triunfar de veras, definitivamente, en el teatro; quiero decir, para hacer algo dramático que sea para siempre —*eis aiei*, que dijo Tucídides— acaso la condición primera sea irrumpir en él como bárbaro, desde fuera, sin saber nada de ese estúpido galimatías de la teatralidad y del tecnicismo de los del mezquino oficio. Y el más grande predicador creo que sea el que nunca oyó un sermón e ignore todas esas mandangas del exordio y la peroración y la confirmación y demás morralla de los indecentes tratados de retórica. Así como los hombres más de veras corteses y cultos que me he encontrado han sido pastores cuya nativa delicadeza de espíritu no estaba malingrada por fórmulas y etiquetas de las que se aprenden en el protocolo o en cualquier manual de urbanidad. En cuanto uno

aprende a distinguir entre tú y usted y usía y vuecencia, aprende a ser grosero, bajo, lo que se llama, por ironía, buenas formas.

Y, en todo caso, ¿cuáles son las buenas formas? Según los sastres, unas; según los escultores, otras. Y yo me atengo al criterio de los escultores —escultores de desnudo, por supuesto— y no al de los sastres.

Si alguna vez os ocurriese que, sentados al borde de una charca, os pusierais a leer en un periódico, para matar la siesta, la reseña de una sesión de Cortes, y estando así, en esa lectura, brezados por el croar de las ranas, os llegase el mosquito y os enfusara unas tercianas, que muy bien podría ser, os recomiendo que para curaros de las calenturas fueseis a Candelario, en el regazo de la sierra de Béjar, al pie de los neveros, y que, sentándoos a la puerta de una de aquellas casas, puertas que sirven de burladeros para con las reses, mientras oíais el canto fresco y limpio del arroyo de la calle, del bendito arroyo, que no lleva semillas de fiebre, pensarais en lo que haría un águila bárbara que, herida en un ala, cayese sobre la charca desde el cielo y la revolviere, en las ansias de la agonía, antes de morirse ahogada en el ciénago de sus aguas estancadas.

Desdichado el país donde las gentes pueden oír sin estremecerse la consigna del cinismo hipócrita —la hipocresía lleva careta cínica—, la que dice: “¡Eso no puede decirse!” Sólo hay una cosa que no debe decirse y es lo que no se siente. Y mientras no volvamos al desnudo, las buenas formas no serán más que engañifas de sastres. Y no es cosa de que los jorobados y escolióticos nos impongan un uniforme y nos hagan llevar joroba postiza o andar torcidos para disimular su defecto.

Hay momentos en que creo que una lluvia de cieno acaso no nos estaría mal. Por lo menos es mejor verlo correr por el arroyo de la calle que saberlo en el hondón de la charca, cebando tencas silenciosas.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 4-VI-1914.]

BREVE DIALOGO SOBRE LA AMBICION

—¿Y qué es la ambición? —me preguntó.

Y yo: —Habrás de perdonar a un lingüista que empiece alguna vez, no más que alguna, por la etimología de la palabra.

—Me choca —me contestó—, puesto que te he oído alguna vez decir que ni de la etimología se saca el sentido usual y corriente de un vocablo ni hemos de atarlo a su primitivo valor.

—En efecto; y por eso —le repliqué— te he dicho que alguna vez. Y ésta es una. Y voy al caso. Debes saber que ambición, del latín *ambitionem*, deriva, mediante un sufijo de nombre *-tion*, del verbo *ambire*, andar al derredor. Es, pues, la ambición el acto de andar dando vueltas al derredor de algo, de hacerle la corte. Y lo que de ordinario se ambiciona o corteja es la gloria. La Luna ambiciona la Tierra y la Tierra ambiciona el Sol.

—Quieres decir —me interrumpió— que no se alcanza lo que se ambiciona.

—Algo de eso hay, pero en todo caso se pasa el tiempo en ambicionarlo. Cortejadores hay que cortejarán por cortejar, por amor al arte. ¿No conoces señoritos que se dedican a seguir a las muchachas? ¿Qué es el llamado *flirt* más que una pura ambición? Y hay quien no va derecho a su supuesto fin, pues sabe que en llegando a él se acabó el pasatiempo de perseguirlo.

—¿Qué busca, pues, el que eso hace?

—Lo que de ordinario busca el hombre, y es engañar a Dios, o a su conciencia, y engañarse.

—¿Cómo?

—El hombre es un animal esencial, fundamental, constitucional y radicalmente haragán. Su esencia misma es la haraganería. Toda su filosofía es la teorización de su haragonería. Quiere hacer que hace sin hacer. Y si trabaja es para no trabajar. Y eso se llama querer engañar a Dios. Y no es el menos holgazán el ambicioso.

—Te he oído alguna vez que quieres escribir una anatomía de la haraganería.

—Así es. Burton escribió su célebre *Anatomía de la melancolía* y yo quiero escribir esa otra. Y en esta nuestra tierra se está en ventajosísimas condiciones para poder llevar a buen efecto y suceso esa investigación anatómica. La gente cuanto menos trabaja menos espera.

—Pues yo creo que es al contrario, que el vago se alimenta de esperanzas. ¿No has observado cómo los que no trabajan viven en la esperanza de que les caiga el premio gordo o una herencia de un desconocido tío de América?

—Sí, esperan el premio gordo sin jugar a la lotería, o la herencia a sabiendas de que no tienen tío. Es decir, no esperan, sino sueñan que esperan. O sencillamente sueñan. Y soñar no es esperar. Soñarse rey no es esperar serlo. Tal vez lo contrario, y es que quien espera y sabe esperar es el hombre más despierto. El que sueña, ni espera ni recuerda, porque en el sueño no hay ni pasado ni porvenir. El sueño es un puro presente. Y el que no sabe recordar no sabe esperar.

—Se ha dicho de nuestro pueblo —me interrumpió como hablando en voz alta consigo mismo— que es olvidadizo, que tiene mala memoria.

Y yo: —Y por eso es tan poco esperanzado. En rigor, no espera nada. Si es que no desespera. Y ambas cosas por haraganería. El haragán sueña, pero ni recuerda ni espera. Y hay ambiciones que son puro sueño.

—Hombre, ¿no te choca —me dijo, como quien se distrae— que aquí apenas se llama ambiciosos sino a los políticos revoltosos e impacientes como si no hubiera otras ambiciones?

—Sin duda —le contesté—; pero no es ello sin tino. Porque la ambición política es la ambición por excelencia. Y se comprende.

—Pues no lo entiendo.

—La cosa está, sin embargo, bien clara. Y es que la política es el más general y más socorrido pretexto de la haraganería. En los países y regiones más haraganes es donde más florece eso que llaman política. Es un modo sutil de hacer que se hace sin hacer. El político, por lo común, sueña, y ni recuerda mucho ni espera más. Su máquina fundamental es vivir al día. Busca el poder, mas no el hacer. Y así, buscando el poder, el *posse*, y no el hacer, el *facere*, vive en la posibilidad continuamente. “Hay que saber esperar” es una de sus máximas favoritas, y lo que quiere decir es que hay que saber soñar. Dicen que la máxima de la diplomacia china es “No hagas hoy lo que puedas dejar para mañana”, y ésta es nuestra máxima política. Por eso el político es el hombre de las promesas.

—Con lo que trata de engañar a los demás.

—¡No, a los demás, no!, sino a Dios. Los demás saben muy bien que no piensa cumplir lo que promete, y les tiene sin cuidado que no lo cumpla. El juega a prometer y ellos juegan a que se les prometa. “El mundo quiere ser engañado” dicen las Escrituras, y Maquiavelo, que “todo aquel que quiere engañar en-

contrará siempre quien se deje ser engañado". Y los dos, engañador y engañado, por haraganería. Nada hay más cómodo que no despertar del sueño.

—¡Soñemos, alma; soñemos!

—Eso es. Holgazaneemos, alma; holgazaneemos.

—¿Pero es que no se puede obrar soñando? ¿Es que no hay una acción ensoñadora? ¿Es que el ambicioso, mientras ambiciona, no trabaja?

—Lo dudo. No hay más trabajo eficaz que el trabajo hacia dentro. El que no se hace a sí mismo no hace a los demás. Nuestra labor es hacer un hombre, hacerse cada uno a sí, fraguarse un alma. El fin de la vida es hacerse un alma, hacerse una persona. Y el que al morir se ha hecho una personalidad, ése no ha ambicionado, no ha rodeado, no ha cortejado, sino que fué derecho a su fin, que era él mismo. Y al hacerse, ha hecho, en cuanto de él dependía, su patria. Si uno de nosotros logra morir, habiéndose hecho un hombre, todo un hombre, ha contribuído más que nadie a hacer de su patria una patria humana, toda una patria, toda una Humanidad. Lo demás, el poder sobre todo, no es más que posibilidad, posibilidad y juego. Nosotros, los cristianos, debemos aspirar, imitando a Nuestro Señor Jesucristo, a que la víspera de nuestra muerte pueda cualquier Pilato, es decir, cualquier político, decir de nosotros, aunque sea en son de burla: *Ecce homo!* ¡He aquí un hombre!

No sé bien por qué suele oponerse la contemplación a la acción, pues hay una vida que llaman contemplativa y es activísima. El verdadero trabajo es, te digo, hacia dentro, y consiste en esculpirse a sí mismo, así como la mayor victoria es la de vencerse a sí propio. Y hay una aparente actividad, un ajetreo, un moverse y agitarse que no es sino huir de sí, del verdadero trabajo.

—Pero todo eso —exclamó— no es sino una concepción monacal de la vida. Eso, en el fondo, no es sino la Cartuja.

—Todo lo contrario —le contesté—. El fin del monje no es hacerse una persona, sino salvar la que trajo del mundo, el yo inocente y primitivo, para absorberlo en Dios. El monje es ambicioso.

—¿Y qué ambiciona el monje?

—El monje ambiciona el cielo, la gloria; corteja a Dios y hasta lo adula.

—¡Adular a Dios!

—Sí; hay quienes adulan a Dios diciéndole que no creen de El. Y me figuro que si hay, como algunos creen, un día del Juicio, el Señor les dirá a esos: “¡Largo de mi vista, aduladores!” y llamará a los sinceros ateos, que sin poder creer en El lo anhelaron y desearon. Y esos aduladores de Dios no buscan su propia personalidad, no buscan hacerse un alma; huyen de sí mismos y buscan deshacerse el alma. Y ello lo hacen por ambición, esto es, por haraganería.

—Y eso de hacerse una persona que dices, ¿no es también ambición?

—No es posible que uno ande en torno de sí mismo. ¿Cómo vas a dar vueltas en derredor de ti? Lo que hace uno es andar dentro de sí mismo. Y eso es trabajo: buscarse. Y el que se busca obra hacia fuera y contribuye a hacer a los demás. Hay que superarse. Y para eso nada peor que poner un límite, una meta a la ambición. Recuerdo que hablándome una vez don Antonio García Alix de su amigo y jefe Romero Robledo, me dijo: “La política es como el juego de la treinta y una: hay quien por querer hacer las treinta y una, se pasa. La habilidad consiste en plantarse a tiempo.” Y yo le contesté que hay quienes por temor a pasarse se plantan en veinte y jamás ganan. Hay que pasarse. Y fuera de la política

esa ,en la vida verdadera, no hay más treinta y una que el infinito. Y el que lo busca no ambiciona, porque no se puede dar vueltas en derredor del infinito como si fuese un punto. Nada, pues, de buscar el poder, sino el hacer. Que es hacerse.

—Pero piénsalo bien —me dijo—: ¿no será eso otra forma, aunque más sutil, de ambición también? ¿No será una ambición depurada, una ambición esmerada y acendrada?

Y yo, para acabar:

—¡Quién sabe!...

[*Los Lunes de "El Imparcial"*. Madrid, 6-VII-1914.]

LOS PROFESIONALES DE LA POLITICA

—Bueno —me dijo mi amigo el diputado—, estoy ya hasta la coronilla de oír hablar de políticos de oficio, políticos de profesión, profesionales de la política... ¿Qué es eso? ¿Qué se quiere decir con eso? Que hablen así los neutros, los despreciables neutros, esa ralea egoísta de la mezquina calaña, lo comprendo; tienen que justificar de algún modo su abstención cobarde; ¿pero tú?, ¿tú?, tú que has hecho más de una vez política...

—Y la seguiré haciendo —le respondí—. Sí, yo hago política y la hace todo el que manifiesta públicamente su opinión sobre un problema público. Y para ser político no es menester alistarse en ninguno de los partidos organizados, con mote, bandera y santo y seña, aunque no se me ocurra censurar a los que en ellos se alisten. Eso está bien para el que tenga la abnegadísima vocación de concejal o de diputado provincial a Cortes, para éstos... quiero tragarme el epíteto que se me ocurre, que *se presentan*, es decir, se indican ellos a sí mismos para candidatos a esos cargos. “¡Me presento candidato a... tal o cual cargo!” Dios me corte la lengua antes de llegar a pronunciar tales palabras. Dios me libre de caer en el bajo oficio de ir a la caza del elector y de adularle o sobornarle...

—¡Vamos, sí, idealismos!

—Es que nadie está más lejos de la realidad, de la

verdadera realidad, de la única que dura, que aquel a quien vosotros, los profesionales de la política, le tacháis de soñador.

—Bueno; ¿pero qué es un profesional de la política? Sepámoslo.

—Un político profesional —le dije entonces— es uno que estima que la suprema función política son las elecciones; es un electorero; es uno que lo supedita todo a ganar y acrecentar votos, es uno para quien las ideas que tenía a préstamo gratuito son un medio de alcanzar el poder, y el poder un medio para retenerlo y recobrarlo mañana y para hacerse, con mercedes, amigos: eso que se llaman amigos en la política profesional. Un político de oficio es uno que cuando obtiene un cargo representativo no está pensando sino en la reelección, y a ella supedita todo lo demás. Caciquillo conozco que en las diferencias y conflictos entre los intereses de los electores de su distrito se pone siempre de parte de aquel que cree le ha de dar más votos. ¡Votos son triunfos!, he aquí la divisa de esos desgraciados.

—Pero hombre, ¿y la voluntad nacional?... —me interrumpió con cierta sorna.

—No hay tal voluntad, y lo sabéis bien vosotros, los cortejadores de distritos; no hay tal voluntad, porque para que la hubiera sería menester que hubiese conciencia pública, y no la hay. Nuestro pueblo, y ello es lamentabilísimo, no opina nada respecto a casi ninguno de los problemas de vida o muerte que más en lo vivo le atañen. Y vosotros, los que le pedís, le sonsacáis, le compráis o le arrancáis los votos, o mentís, con ayuda de monterillas y secretarillos, que os los dan, o no os cuidáis lo más mínimo de iluminarles las tinieblas del alma y despertarles la conciencia. ¿Para qué?

—¿Y los mítines de propaganda? —me replicó, también en son de burla.

—Las doctrinas, si es que lo son, que lleváis a ellos, no son sino plataforma electoral. No sé de ninguno de vosotros, los profesionales, que haya ido a exponer soluciones que le trajeran la derrota electoral, sabiendo de antemano que se la traerían.

—¡ Sublime heroísmo !

—Sí, ya sé; conozco vuestro chibolete. Lo propio del político profesional es ser cínico, lo que no le empece ser hipócrita. Pues hay la hipocresía del cinismo. La prueba de la habilidad, no diré del talento, es para vosotros el éxito. El que llega, eso que llamáis llegar, es el más listo. ¡ Hacer carrera ! ¿ Hacer carrera ? Lo mismo que vosotros, los hombres públicos, las mujeres públicas hacen también carrera. Y no les estorba ni la preocupación del buen nombre, ni menos la conciencia. Es decir, una *demi-mondaine* puede tener, como tal, muy buen nombre, fama de serlo a conciencia del oficio. ¿ Y quién te ha dicho que uno que renuncia a lo que llamáis un brillante porvenir político — ¡ vaya un brillo ! — para meterse en una cartuja, pongo por caso, no hace también carrera ?

— ¡ Sí, la del cielo ! No lo niego. Pero cada cual a su puesto. Y no creo que en la política, en la verdadera política, quepan los que van para cartujos de cualquier clase.

—Pues yo sé lo contrario, y es que hace mucha falta que en ese vuestro cotarro parlamentario, en esa charca de la insinceridad, caigan cortujos, blancos, negros o rojos, y quáqueros y soñadores sin sentido de las apariencias a que llamáis realidades, y, sobre todo, hombres supremamente indiscretos que no ignoren toda habilidad, y siendo incapaces de guardar secreto alguno, proclamando a voces lo que al oído os cuchicheáis todos y no tengan manchados ni el corazón ni la mente por la abogacía.

— ¡ Otra vez !... ¡ Ya salió aquello !

—Sí, me has oído cien veces hablar de ello y sabes que al decir abogacía no digo lo que otros al hablar de abogadismo. No me refiero al oficio de defender a los clientes ante los Tribunales de justicia, sino a esa lamentable disposición de ánimo que va a buscar pruebas para defender una tesis previa en vez de recoger datos para ir a la solución que de ellos surja, no a la que se les arranque con violencia. Eso es lo del abogado, aunque no lo sea en derecho y ante los Tribunales de justicia; eso es lo del teólogo dogmático; eso es lo del sofista. Y eso es lo nuestro, que os pasáis el tiempo acusándoos y defendiéndoos. “¡Pido la palabra para una alusión personal!” ¿Y qué importa lo que dijiste o dejaste de decir, lo que pensaste o dejaste de pensar? Como yo no busco votos para concejal, diputado provincial o a Cortes, o senador, ni pienso buscarlos, si al volver a hablar en una reunión política de algún problema de ella, alguien me interrumpiese diciendo: “¡No decía usted eso hace cuatro años!”, le contestaría al punto: “¡Y a usted qué le importa, señor mío! ¿Qué más da que sea yo el mismo de entonces o sea otro? ¿Vengo acaso a pedirle el voto? Usted vea si lo que voy a decir le sirve para ilustrarse sobre el asunto, si le doy datos para orientarse mejor en el problema, si le disuado de sus opiniones o le corroboro en ellas, o se las doy, si no las tenía al respecto, y lo demás importa poco. Aquí venimos a estudiar un asunto y no a hacer más elecciones.”

—Esto está bien para ti, que no aspiras a gobernar...

—Y aunque aspirase a ello. Lo primero es la sinceridad. Cuando decís que el político que una vez tiene que confesar haberse equivocado debe retirarse, sólo queréis decir que no les garantiza a sus amigos —a sus amigos, ¿eh?, no a los que piensan y sienten como él— sus puestos, sus distritos y sus cargos. Es un mal administrador de mercedes. Pero

si se equivoca y no lo confiesa, entonces puede seguir. Electorería, en fin, es decir, miseria.

—¡Pero hay que hacer elecciones!...

—Sin duda, y como el pueblo no las hace, como no vota ni puede votar libremente, porque la libertad implica conciencia, la libertad no es sino conciencia, la libertad en un ser es la conciencia de la ley por que se rige; como el pueblo no vota, hacéis ficción vosotros, los profesionales de la política. Y os cuidaréis muy mucho de hacer conciencia pública, porque eso sería vuestra muerte. Exige mucha más conciencia moral y mucho más conocimiento de la verdadera realidad el servir a un pueblo conciente que a un poderío personal cualquiera. Vosotros no os adherís a jefe alguno por sus ideas, sino por si os asegura el distrito. El político de veras con sentido de la realidad es para vosotros el que os garantiza el distrito. De ahí que a las veces vuestra conciencia —que al fin, aunque empobrecida, la tenéis— se vaya con uno y vuestros votos con otro. Es el encasillado, suprema institución del profesionalismo.

—De modo que...

—De modo que un ciudadano digno debe hoy sentirse orgulloso en España de que le llamen soberbio, o soñador, o asceta, y agraviado de que se le tache de hábil.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 9-VII-1914.]

EL APROVECHAMIENTO DEL LISTO

—Si en España conociéramos el arte de aprovecharnos del listo como en Alemania conocen el de aprovecharse del tonto, ¡otro gallo nos cantara!

Así me dijo mi amigo, empezando inmediatamente a contarnos casos de ese aprovechamiento germánico de los tontos, arte en que suponía también muy diestros a los jesuítas. Y se habló de la disciplina.

Yo, que tengo de la disciplina —o *discipulina*— una idea muy diferente que parecen tener de ella los más que la cacarean, y que jamás se me ha ocurrido confundirla con la *catedraticina*, y menos con la maestría —que es lo propio del maestro— le oí todo eso del arte de aprovechar al listo, y me limité a contestarle:

—Pero, ¿es que tú crees que esos listos a que te refieres son aprovechables?

—Pues, ¿no han de serlo? —me replicó;— la inteligencia, o el ingenio, si quieres, puede y debe aprovecharse siempre.

—Pero, ¿es que tú crees —volví a argüirle— que esos que llamas listos, y de que me presentabas como ejemplar al gitano de que hablábamos, son realmente inteligentes, o si se quiere ingeniosos?

—¿Y quién lo duda?

—Lo dudo yo. Y lo dudo porque la experiencia me ha enseñado que el arte supremo de esos que llamáis listos es el arte de mentir. Y el que tiene que mentir para desenvolverse, no es inteligente nun-

cá. El listo de quien hablábamos es un hombre sin palabra ni conciencia de ella, que dice y luego dice que no dijo o no quiso decir, y se desdice, y miente y se desmiente y fragua embustes, y cree que toma el pelo a los ingenuos que fían en sus palabras falaces.

—¿Pero ese es un arte?

—¿Un arte? Mira: hablando una vez con un español inteligente, muy activo y muy bien intencionado, que es el alma de una institución de reciente origen que tiende a orear las almas españolas por esos países de fuera, me decía contándome las impresiones de un viaje que hizo para estudiar instituciones docentes en el extranjero, que se encontró con no pocas casas-pensiones para estudiantes donde se negaban a admitir a los españoles y a los griegos. Y la razón que le dieron es que son embusteros, que mienten.

—¡Claro está! Ulises, el gran héroe helénico, más que Aquiles, Ulises era un grandísimo embustero.

—Sí, que sabía urdir sus mentiras. Pero hay que ver ante qué gentes; ¡ante bárbaros! Pero creerse que Venizelos, del que algunos dicen que es una encarnación del astuto Ulises, no hizo la liga balcánica con embustes...

—¡Hombre, no tanto! El arte de la diplomacia es el arte de la mentira. Y aquí tienes en qué se puede aprovechar a nuestros listos, haciéndolos diplomáticos.

—¡Aviados quedaríamos! Créeme que la ralea de Manolito Gázquez es la menos a propósito para la diplomacia.

—Poco a poco, poco a poco, que Manolito Gázquez no era un mentiroso en el sentido moral de la palabra. Manolito era un inventor de graciosas patrañas que acababa creyendo los embustes que fraguaba.

—Esa sí que es una grandísima mentira; esa de los

que acaban creyendo los embustes que fraguan. Esa enormísima mentira ha hecho, y sigue y seguirá haciendo, un daño grandísimo. No hay tal cosa. No hay quien acabe creyendo los embustes que fragua. Y, además, esos de quienes se dice tal cosa los fraguan en provecho propio. Mas esto se sale de nuestro principal debate.

—¿Debate? ¡Pero si nosotros no estamos debatiendo nada!

—¡Dispénsame: tienes razón! Aquí no hay nada de debate ni de esas monsergas abogadescas de los que se tienen por polemistas. Y mira, hay quien se tiene por polemista nada más que porque fía en la buena fe y la caballerosidad de los demás.

—¿Cómo es eso?

—Sí, porque fía en que cuando suelte una desaforada y desvergonzadísima mentira no le han de decir en su cara que miente, porque fía en que, como por lo menos es entre nosotros corriente, nadie pondrá en duda sus palabras. Que esto es lo terrible de esta tierra de embusteros; que todos nos atufemos, y los más mentirosos más, cuando se pone en duda nuestra palabra. Tú sabes lo grave que en el Parlamento, ese templo de la mentira, se estima el que se le diga a uno que falta a sabiendas a la verdad. Y así, merced a la necia y torpe caballerosidad de los buenos, los veraces y los honrados, hacen los listos de las suyas. Por eso odio los estúpidos torneos de la palabra en que parece quedar vencedor el más imprudente y desvergonzado embustero, lo que no sucedería en una reposada y bien espaciada discusión por escrito. Y aquí porque el sofista de la lengua teme y odia a la pluma. Los polemistas linguales se ven perdidos en cuanto sus embustes tienen que fijarse por escrito.

—¿Y tú crees que no se sirven también como de arma del escrito?

—¡Ah, sí, el embustero, el trapisondista lleva siem-

pre, lo mismo que el estafador, los documentos justificativos de su conducta en el bolsillo! Ninguna persona honrada sale a diario con la cédula auestas.

—Lo que no me negarás es que a las veces la mentira tiene gracia.

—¿La mentira? ¡Jamás! Esa estúpida leyenda de la graciosidad de la mentira es en España un ábrego agostador de fecundas verduras y que sopla de campo donde la gracia se ha degradado y en que el verdadero humor no prende raíces. Nuestras novelas picarescas son mucho más tétricas que regocijadas. El antiquijote, el pícaro, es algo escurridizo, viscoso y hediondo, que de todo tiene sueños de gracia. Hay quien dice que es fúnebre. Verdad es que casi todo nuestro ingenio cómico español es fúnebre. Y si no, ahí está Quevedo, el de

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Y yo creo que lo que más le atormentó a aquel austero moralista señor de la villa de Juan Abad fué el ambiente de mentira, que, aliado con el de pordiosería, su constante compañero, dominaba entonces en España. Porque los mentirosos, los pícaros, los listos, lo que suelen ser es pordioseros y nada más que pordioseros. De dinero, unos; de otras cosas, otros. ¡Almas de mendigos! Y cree, no hay arte que sepa aprovechar a mendigo embustero.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 10-X-1914.]

¿ BARBAROS ? ¿ PEDANTES ?

—No puede ser —me dijo—, no se puede suponer tan bárbaro a un pueblo donde florecen las artes, las industrias, las letras y las ciencias. Un pueblo en el que apenas hay analfabetos no puede ser un pueblo de bárbaros.

—En primer lugar —le contesté—, el analfabetismo no es por sí mismo, y aparte otras cosas, un símbolo de mayor cultura. Un aldeano de una raza fina, ágil, despierta, educada por largos siglos de finura estética, puede ser, siendo analfabeto, mucho menos bárbaro que el descendiente de un pueblo de bárbaros que se haya dado un barniz, por espeso que éste sea, de mecánica nacional y de cálculo infinitesimal e integral. Y, sobre todo, lo temible, lo verdaderamente temible, no es tanto el bárbaro como el pedante de barbarie.

—¿ Y qué es eso ? —me preguntó.

—Pedante de barbarie —le dije— es el que, sin ser bárbaro, se propone serlo ya por disciplina, ya porque está harto de que le digan que es un buen señor bonachón y pacífico. Y va y se dice: “Conque sí, ¿ eh ? ¿ Conque yo soy un manso buey ? ¿ Pues vais a ver si me pongo a toro !” Y entonces da tres y ¡ raya al bárbaro espontáneo y por naturaleza. Nada hay más temible que el bárbaro profesional.

—Pero es que no comprendo —me replicó— que uno pueda hacerse el bárbaro no siéndolo.

—Tienes razón —añadí—. Es que su barbarie ha-

bía estado comprimida por una cierta pedantería, y estalla.

—Y entonces —me dijo—, ¿qué es pedantería y qué es barbarie?

—Pues vienen a ser —le contesté— una sola y misma cosa: infatuación. O si quieres, grosería. En cierta ocasión se me quejaba un amigo de la grosería de un sujeto que al entrar aquél en una estancia no pareció darse cuenta alguna de su presencia. “No lo hizo adrede —le dije—, no trató de molestar o de humillar a usted; es que realmente no reparó en usted, no se dió cuenta de su presencia.” “Pues en eso precisamente —me contestó mi amigo— consiste la grosería. Si se hubiera percatado de mí y no me hubiese hecho caso adrede, por humillarme o manifestarme su desprecio, no habría sido tan grosero. La grosería consiste en no darse cuenta de que hay otros hombres, tan hombres como uno: en creerse solo.” Y ésta de mi amigo es una excelente definición de la grosería. La grosería es la infatuación del que se cree, no ya superior a los demás, sino acaso único, y ello porque es incapaz de comprender al prójimo. Y en el fondo no es sino grosería de percepción, de torpeza de espíritu.

—¿Pero es que puede llamarse torpes de espíritu a hombres que sobresalen en el cultivo de las ciencias puras y de las aplicadas? —me dijo.

—La finura de espíritu —le contesté— no se manifiesta tanto en la ciencia como en el arte, y en la ciencia misma en cuanto arte, y en cuanto poesía, esto es, creación imaginativa y no técnica. Un eminente técnico, un sobresaliente especialista, un hombre diestro y adiestrado en la aplicación de fórmulas puede ser un perfecto beocio o un redomado filisteo sin el menor sentido estético: y es el sentido estético, es la educación estética, no la ciencia, ni mucho menos la técnica y su aplicación industrial, lo que libra de

la pedantería y de la barbarie con ella. Y el sentido estético no se adquiere no más que dándose atracones de historia del arte, analizando obras artísticas e inventando otras, por mero tecnicismo, sin genialidad alguna, y obras de un estilo colosal y ciclópeo, falto de medida, es decir, bárbaras y pedantes. Y el sentido estético, la educación artística, influye en todo, hasta en el modo de hacer y de llevar la guerra.

—¡ Hombre, no faltaba más —exclamó— sino que quieras aplicar la estética también a la guerra!

—¡ Claro está que sí! —le dije—. Si aquel diabólico humorista inglés que fué Tomás de Quincey, el que nos contó los últimos días de Manuel Kant, escribió un ensayo sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes, con mayor razón podría escribirse otro sobre la guerra como arte bella. Y la guerra como bella arte es mucho menos bárbara, sin ser por eso menos eficaz, que la guerra como ciencia. Que es lo que ahora pretende la pedantería militar: hacer de la guerra una Ciencia, así, con letra mayúscula, si es que no una metafísica, que hasta este punto de ridiculez se ha llegado.

—Lo que no comprendo —me dijo— es que la guerra, como ciencia, se haga más bárbara que como arte.

—De eso —le contesté— hablaremos más despacio otro día. Por hoy debe bastarte el que te diga que es el sentido estético, propio del arte, más que el sentido lógico, propio de la ciencia, el que nos da el sentimiento de la medida. La lógica científica aplicada a la guerra puede llevar a preconizar y recomendar ciertos medios de intimidación, como esa salvajada de echar bombas desde un aeroplano sobre una ciudad no sitiada y acaso ni fortificada, creyendo que así se obtiene el resultado que se busca, cual es el de intimidar y rendir la voluntad del enemigo. El pedante apela a ese medio porque se cree que el adver-

sario es siempre más cobarde que él, y no le cabe en la cabeza que eso pueda exasperarle e irritarle más en vez de intimidarle.

—Pero para la eficacia de la guerra... —me interrumpió.

—Te entiendo —le interrumpí a mi vez—. Tú crees que en la guerra se debe buscar ante todo la eficacia, el rendir al adversario, sea como fuere, y que el fin justifica los medios. Y que sólo se debe proscribir en la guerra aquello que no conduzca al fin que en ella uno se propone, que es vencer. Pues bien, para eso mismo de la eficacia sirve más la estética que la lógica. Las obras de arte hechas por procedimientos científicos, por fórmulas lógicas, son casi siempre desmedidas y desproporcionadas. Las matemáticas no sirven para hacer música, aunque sirven para otras muchas cosas. Y el *ne quid nimis* tiene otra importancia en la guerra, en la cual la barbarie se mide por el grado de pedantería y de falta de sentido estético. Y créeme, cuando las campañas, en vez de dirigirlas maestros en el arte de la guerra, es decir, artistas guerreros, las dirigen catedráticos en la ciencia de la milicia, es decir, pedantes militares, sin ganar nada en verdadera eficacia, se hacen mucho más bárbaras. Porque un catedrático es siempre más bárbaro que un maestro, y un pedante científico mucho más que un artista. Y créeme que es cosa insoportable la pedantería de los Estados Mayores. Si yo fuese Rey o Emperador, confiaría antes mi ejército a un general literato que hubiese escrito madrigales, cuentos, odas o sonetos, que no a uno que hubiese publicado un libro de texto. Si te pones malo, no llames al catedrático de Medicina autor de un libro de texto de Patología. Es capaz de dejarte morir por no dejar mal a su libro. Y mira, si esta guerra me interesa es porque preveo la derrota de los pedantes. No

sólo de los que en ella luchan, sino de los otros, de los que la comentan. Y a ver si logramos que en milicia, como en lo demás, disminuyan los catedráticos y aumenten los maestros.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 31-X-1914.]

—¿Cuál es el mejor público en España? —me preguntó.

—¿Público para qué o para quién? —repreguntéle.

—Para un escritor —concretó.

—El mejor público para un escritor en España —le contesté entonces— es un público de analfabetos.

—Paradoja tenemos —exclamó.

—Expresión —le dije— que no emplearía nunca un público de analfabetos.

—¡Claro está!

—Claro, sí; pero no por las razones que tú te imaginas. Y te digo que si no fuese por dificultades económicas y pragmáticas lo mejor que podría hacer un escritor en España es escribir para ir a leer lo que escribiera a públicos analfabetos. Que le entenderían, no te quepa de ello duda, cien veces mejor que los públicos que leen por sí mismos. Porque los analfabetos van a enterarse, con ansia de saber y sabiendo que no saben, y los alfabetos, los bachilleres sobre todo y de ahí para arriba en la jerarquía académica, van a no enterarse, creyendo saber lo que no saben. Ese término que usaste hace poco, el de la paradoja, pongo por caso, lo emplean los que creen saber algo porque les enseñaron a leer y escribir mal, para designar todo lo que no han oído. ¡Y figúrate la de paradojas que habrá para nuestros doctores! Es como lo de extravagancia. Extravagancia es aquí cualquier cosa para los que viven en

perpetua vagancia espiritual, que son los más. Y observa con qué frecuencia en España listo es sinónimo de ignorante. La listeza excusa de instruirse. Te repito, pues, que el mejor público es un público de analfabetos.

—Pero a este público —me arguyó— no se le puede hablar sino de muy limitadas cosas.

—De todas las que se le habla al otro —le repliqué— y de muchas más. Preferiría hablar de los más intrincados problemas religiosos delante de unos cabreros como aquellos a que enderezó su discurso Don Quijote, que delante de un claustro de doctores en teología. Y no por lo que puedes maliciosamente suponer, no. Les creo a aquéllos mucho más capaces de enterarse que a éstos. Como que éstos van a refutar, a criticar, a discrepar, a contrastar lo que se les dice con lo que se han habituado a tener por pensamiento propio, mientras que aquéllos van a enterarse. Los doctores en teología te oirán en acecho, recelando una sorpresa, que les cueles una herejía, es decir, una paradoja, a la defensiva, y te oirán mal. Y no se enterarán. Casi nunca se enteran de lo que se les dice. Son los que deforman lo que oyen, son los que hacen las leyendas, son los que trastruecan y tergiversan lo que se les dice. Y es que no van a oír: van a discutir.

—Pues habría que oír —me dijo— la interpretación que un público analfabeto daría a ciertas cosas que se le dijese.

—La he oído más de una vez —le repliqué—, y te aseguro que suele maravillarme a las veces por su frescura y su vivacidad. Uno de esos desdichados bachilleres o doctores que lleva en las mientes un montón de cosas muertas, de ideas empedernidas, de cáscaras y peladuras de conceptos, de escurrajas y savorra de doctrinas, lo recibe todo como cosa muer-

ta y empedernida, como cáscara, como saborra. Y, en cambio, las pobres gentes cuyo espíritu vive de muy pocas ideas y muy pobres, pero vivas, suelen vivificar lo que reciben. Deformarlo tal vez; pero es para darle nueva vida, no para matarlo.

—Pues eso —me dijo— no es sino defender la ignorancia.

—Todo lo contrario —le repliqué—. Los ignorantes aquí, en España, suelen ser los doctores y bachilleres, los que creen saber y no saben, los que no han aprendido sino disparates. Y la moral va a la par.

—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó.

—Pues quiero decir —le dije— que los mayores y más tristes ejemplos de la cobardía y la pordiosería que tienen infestada a la patria no nos los dan los analfabetos, sino los otros, los que aprendieron a leer y escribir para mendigar un destino, y que suelen ser los que han perdido el viejo coraje, la dignidad que aún distingue a nuestro pueblo, a nuestro bajo pueblo campesino y lugareño, entre otros pueblos de su clase y condición. Se encuentra por los montes pastores cien veces más dignos que los bachilleres hampones a la busca y caza del destino. ¡El destino! ¡Qué terrible palabra y qué poco paradójica! ¿Te has fijado en ella?

—¿En qué sentido la tomas? —me preguntó. Yo le dije:

—En los dos. Primero, en el alto, el noble, el genérico: el Destino, el Sino, el Hado, el Arranque. ¡El destino del hombre! ¿Hay problema alguno como éste de nuestro destino? ¿Hay acaso otro problema? ¿No se reducen todos en el fondo, incluso el problema del conocimiento, a este otro, al único, al de nuestro destino? ¿Nació y vivió el hombre para conocer la verdad o conoce la verdad para nacer de

veras y de veras vivir? Y luego fijate en aquella otra acepción vulgar, política, del término destino. "Va a pretender un destino..." Le dieron un destino en Hacienda..." "Vive de un destinillo en Gobernación..." ¿Y crees tú que estas gentes del destino así pueden tener dignidad ni son capaces, por lo tanto, de entender lo que se les diga, aunque sean doctores en una Facultad cualquiera? El destino relaja la mente. No les deja hacerse un alma.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Sí, el alma hay que hacérsela. No se nace con ella, sino que a las veces con ella se muere. Los más nacen, viven y mueren en pleno limbo.

"Que es el fin de la vida hacerse un alma", dije al final de un soneto (1). Y por cierto que, al repetir este concepto metafórico y tan transparente en un discurso ante alfabetos de los que van a oír a la defensiva, recelando una sorpresa, hubo un pseudo-teólogo, quiero decir teólogo de chaqueta, que salió diciendo que había yo negado la existencia del alma. Y corrió la bola.

—Pues tuviste tú la culpa —me dijo— por ir a esas gentes con metáforas, ironías, paradojas y demás floreos.

—Tienes razón —le contesté—. Debí tener en cuenta que no hablaba precisamente a cabreros, sino a...

—¡Sigue!

—No; se me ha ocurrido, por asociación de ideas y acaso de aliteración, con eso de cabreros, una idea diabólica. Y dime, mientras nuestro señor Don Quijote hablaba a los cabreros, ¿qué harían las cabras que éstos apacentaban?

—Las cabras no pretenden saber psicología —me contestó mi amigo.

¹ En el *Rosario de sonetos líricos*, 1911. Verso final del soneto VIII "El fin de la vida". (N. del E.)

—Entonces, ¿por qué suele decirse lo de “está más loco que una cabra”?

—Sin duda, por lo de los caprichos que dicen ser cosa de cabras.

—Bien; sea como fuere de esto, el caso es que no hay nada más terrible que hablar o escribir para gente que cree saber algo de aquello de que se le dice, y que lo oye o lo lee a la defensiva, temiendo sorprendan su buena fe. Las malas entendederas provienen de mala voluntad para oír. Apenas hay receloso que se entera a derechas de aquello que se le dice. Y nuestro público alfabeto suele ir a oír lo que ya sabe, a que le corroboren en sus hábitos de no pensar. Y la mayor ofensa que puede hacérsele es pretender obligarle a pensar cualquier cosa, aunque sea lo contrario de lo que se le dice. ¿Le es tan molesto pensar! Y no menos molesto, sino acaso más, le es sentir.

—Pero, vamos a cuentas —me dijo entonces—. ¿Dices todo eso en serio, o es una nueva broma? ¿Crees de veras en la superioridad como auditorio del público analfabeto? ¿No es éste de una selvática incultura?

—Hay en eso —le contesté— ideas muy falsas. Y hablo en serio, enteramente en serio. Lo que acaece es que, cuando un escritor estropeado por su empeño de ponerse al diapasón del público bachilleresco o doctoral, tiene que dirigirse a un público de analfabetos, cree que tiene que ponerse a su alcance y se pone muy por debajo de ellos. Le ocurre como a esos que al dirigirse a un niño se creen obligados a balbucir o a chapurrar al dirigirse a un extranjero, y el extranjero les entiende mal o el niño se burla de ellos. Y además, para dirigirse a un público totalmente indocto y que sabe que lo es, nos es menester saber muy bien lo que hemos de decirle. Es cuando

mejor se descubre que no se sabía lo que se pretendía saber. *Maxima debetur pueris reverentia.*

El mayor respeto es el que se debe a los niños. Y así ocurre con el pueblo. Y, en general, aquellas cosas de que no nos sentimos capaces de hablar a un público de analfabetos son cosas de que, creyendo saber, no sabemos. Y puedes observar, si a ello te pones, que las cosas más clásicas, las de siempre y de dondequiera, son las más accesibles al pueblo y, en cambio, no hay nada que menos le cale y peor entienda que toda esa monserga que suele por antonomasia llamarse popular. Y de ello tengo experiencia. Cuando quieras, pues —concluí diciéndole—, iremos a hablar a los cabreros del último destino del hombre, y de lo que no sabemos de eso; pero nunca a pseudo-teólogos de chaqueta y recelosos oyentes a la defensiva, sin sentido estético, que es el verdadero sentido de hacerse cargo.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 9-XI-1914.]

—El otro día —me dijo— habiábamos de la estética y la lógica en la guerra, según que ésta se considere como arte o como ciencia. En un artículo que acabo de leer en *Nuevo Mundo*, artículo de Ramiro de Maeztu, y titulado “El pecado de Anatole France”, he leído una frase de la que supongo has de poder sacar partido para tu tesis. La frase dice que “la torpeza psicológica de los alemanes es tan grande como su talento científico.”

—En efecto, amigo —le contesté—, he de sacar partido de ella. La psicología no es, dígase lo que se quiera, ciencia, sino arte. Eso que llaman ciencia psicológica es fisiología unas veces, estadística otras, pero verdadera psicología nunca. Lo que no puede reducirse a relaciones cuantitativas, a peso, número y medida, o a combinaciones de forma, a geometría de posición —que la creó un alemán, Sautt, como sabes—, todo eso no es, en rigor, ciencia, aunque la ciencia pueda y valga mucho en ello. Y la psicología se ejerce en lo más puramente cualitativo. La sensación del verde y la del rojo no son reductibles, aunque sus formas causales externas respectivas lo sean. Cualquier buen novelista, cualquier poeta, cualquier historiador artista es mejor psicólogo que Wundt.

—¿Pero eso no será negar la ciencia? —me adujo.

—No; al contrario —le contesté—, es realzarla, poniéndola en su sitio. Para aplicar la ciencia hace falta arte, y el arte se ejerce con sentido estético.

Llamar ciencia a la milicia es tan abusivo como llamar ciencia a la medicina. La medicina es la aplicación de un grupo de ciencias —fisiología, histología patológica, química, etc.— y no cabe burlarse demasiado del ojo clínico u ojo de buen cubero, que es algd así como el oído de un buen músico. Y este oído, sin saber acústica ni tener idea lógica del número de vibraciones y de la commensurabilidad de ellas, aprecia, estéticamente, delicadísimos matices y fracciones de tono. Y en cuanto al gusto, no se ha descubierto todavía, que yo sepa, procedimientos de análisis químico que sustituyan, para apreciar el buqué de un vino, al paladar de un buen catador. Y en la guerra, como en la medicina, y como en todo arte, hay un ojo clínico, un ojo de buen cubero, un oído de músico o un paladar de catador que no se sustituye con todas las pedanterías pseudocientíficas de esos Estados Mayores compuestos, te lo repito, más que de maestros en el arte de la guerra, de catedráticos en la ciencia de la milicia. Y estos señores suelen saber muy poco de psicología.

—Son —me interrumpió mi amigo— los que anuncian que van a dar jaque mate en veintisiete jugadas, en tal casilla y con tal peón, como si el otro no jugase también .

—En efecto —le dije—, el jugador de ajedrez de ese tipo juega solo; no cuenta con el adversario o estima a éste tan inferior a él, que cree que, en tomando la salida, le obligará a hacer todo lo que se propone. Es un jugador que se forma resolviendo lo que se llama problemas en el ajedrez. Para él no hay sino el tablero y las piezas —reyes, reinas, torres, caballos, alfiles, peones— blancos y negros. El otro jugador no cuenta y casi no existe. Y los hay que juegan de memoria, sin mirar al tablero.

—¿No has oído decir —me preguntó entonces interrumpiéndome— que los militares debían dedicarse

al juego del ajedrez, y que es una excelente preparación gimnástica de la inteligencia para la estrategia y la táctica?

—Sí —le dije—, he oído decir muchas tonterías, y entre ellas ésa, sobre todo en la época en que padecí la enfermedad de la ajedrecitis, que también yo pasé por ahí. Y, francamente, si se trata de aguzar la facultad psicológica, me parece mejor el tresillo, y acaso mejor el mus. En el tresillo hay que contar más, mucho más, con el conocimiento del adversario. Y además entra en él un factor de azar, de suerte, que le eleva en dignidad, como juego artístico, sobre el ajedrez. Y bien sabes qué importancia tiene el elemento del azar.

—El cual —me replicó— se somete también a ciencia, mediante el cálculo de probabilidades.

—Sí —le contesté—, pero hay un instinto estético, un sentido artístico que aprecia también las probabilidades, y aunque en él caben no pocas supersticiones, tiene un evidente valor. Los jugadores de azar por oficio suelen ser supersticiosos, bien lo sé, pero no fío más que de su superstición de las profundas combinaciones del ajedrecista.

—Mejor acaso —me dijo— que aprender a jugar al ajedrez o al tresillo, o al mus, harían los militares en seguir el consejo que aquel extraordinario general místico, Gordon, el que murió en Kartun, orillas del Nilo, sitiado por el Mahdi, les da en su *Diario*, en aquel hermosísimo diario, tan lleno de espíritu, que llevaba durante el asedio. Allí dice que, en vez de la táctica de texto o libros de guerra, harían mejor los jóvenes oficiales en leer las *Vidas paralelas*, de Plutarco.

—Sí —le contesté—, pero te dirán que ese general, uno de los hombres más extraordinarios que ha producido Inglaterra, tan fértil en ellos, en hombres, en hombres enteros y verdaderos, en hombres de carne

y hueso, y no especialistas o catedráticos pedantes, ayunos de sentido estético; te dirán, digo, que ese general Gordon fué... un místico. ¡Figúrate, un místico! ¡El colmo de la estética y del arte, y hasta de la lógica! ¡Un místico! ¡Un general que en un *Diario* de campaña comenta pasajes bíblicos y diserta sobre la eficacia de la oración o sobre la remisión de nuestros pecados por los méritos de la sangre del Cristo! ¡Esto es ya el colmo del esteticismo!

—Pero ese tipo del guerrero místico —me hizo notar mi amigo— se ha dado muchas veces, así como el del sacerdote belicoso.

—¡Claro está! —exclamé—, son las dos cosas que mejor se armonizan. Y volviendo a la observación de Maeztu sobre la torpeza psicológica, esto es, estética o artística de los alemanes, te diré que ello explica un cierto fracaso de sus espías. Estos pueden enterarse de multitud de datos geográficos, topográficos, estadísticos de toda clase, pero del alma del país que espían se les escapa casi toda. Calcularán su riqueza, su industria, su comercio, sus recursos materiales, pero del estado de sus sentimientos sabrán poco o se equivocarán respecto a él. Maeztu, en el artículo a que te referías, sostiene que acaso se han equivocado respecto al estado del alma de Francia, a su patriotismo, y que creyeron demasiado en el valor de las campañas antimilitaristas y antinacionalistas de Anatolio France, de Gustavo Hervé y de otros. Pues yo te digo que si mañana —lo que no es de creer— tuviesen guerra con nosotros, es fácil que se equivocaran a nuestro respecto.

—¿Pero es que nos conocen? —me dijo.

—Creo que ni por el forro —le contesté—. Nos ignoran. Para ellos, como valor espiritual, ni existimos siquiera. A lo sumo toman alguna noticia de alguno de nuestros eruditos o especialistas y le citan por jactancia de bibliógrafos. Respecto al alma es-

pañola, supongo que no saben sino lo que aquí se dice de ella. Y tú sabes bien que en España la moda es calumniarnos y disparatar hablando de nosotros mismos y cultivar un pesimismo insincero.

Ya volveremos a esto.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 14-XI-1914.]

SOBRE EL GRAN ROQUE GUINART Y SU IMPERIO

—No le quiero a Paco —exclamaba el niño—; ¡no!, ¡ya no le quiero!, ¡ya no le quiero más! ¡Para nunca, nunca, nunca!

—Pero ¿por qué no le quieres a Paco, querido?; ¿qué te ha hecho Paco? ¡Si es tan bueno!... ¡Si juega siempre contigo! ¡Si te hace de burro!

—No, no le quiero ya a Paco, para nunca... ¡Porque me hace llorar!

—¿Que te hace llorar? ¿Y cómo te hace llorar?

—Porque cuando nos ponemos a jugar por las mañanas y él hace de burro mío y quiero meterle los dedos por los oídos y las narices, no me deja. No me deja que le meta los dedos por los oídos y las narices cuando hace de burro mío, y me hace llorar. Y por eso no le quiero ya, ¡para nunca, para nunca, para nunca!

Al padre se le pasó por las mientes decirle al niño que tampoco los burros de verdad, es decir, los burros de cuatro patas y no los hombres que por juego o de veras hacen de tales, dejan que sus amos les metan los dedos por los oídos o las narices sin soltar alguna coza, y no por eso sus amos lloran, pero recapacitando, pensó luego que no es fácil contender con esa lógica de niños... y de adultos.

La lógica puesta al servicio de una voluntad desenfrenada, la razón pura al servicio de una razón práctica de dominación y prepotencia, es algo muy

trágicamente terrible. Recordemos, si no, la tradicional fábula del lobo y el cordero. Sólo le faltó decir al lobo: "es que si yo no te devoro, tus hijos devorarán a los míos".

Hay pueblos, como hay hombres, que han estado haciendo, no ya por juego, sino por paciencia, de burros de otros pueblos y soportando que éstos jugaran con ellos, hasta que llega un día en que ya no les toleran el que quieran meterles los dedos por los oídos y las narices, o acaso por los ojos, y entonces aquellos otros pueblos, acostumbrados a salirse con la suya, exclaman que se les ofende y se les niega y no se les quiere dejar vivir y desarrollarse a su manera. Es decir, a la manera de un atropellador de derechos ajenos. E inventar, para cohonestar sus atropellos, doctrinas de un cinismo pavoroso. Es decir, no las inventan, sino que las toman de donde las tomó Maquiavelo, de la antigüedad pagana.

Y hay entre nosotros, aquí, en esta España, católicos que deben de creerse cristianos —lo supongo, al menos— que justifican esas horrendas doctrinas paganas de Derecho internacional, cuando no se entusiasman con ellas. ¡Y hasta con Atila!

Al menos aquel cínico Federico II de Prusia, llamado el Grande, *le philosophe sans souci*, el amigo de Voltaire —y despreciadores ambos del pueblo y de su libertad—, tuvo la hipocresía de escribir el *Anti-Maquiavelo* para mejor encubrir su refinado maquiavelismo. Porque maquiavelismo no es sólo la astucia y el engaño, ¡no!; maquiavelismo es prescindir del sentido moral en las relaciones de gobierno, y elevar el principio de *salus populi*, entendido al modo del Príncipe, a norma de conducta; maquiavelismo es la máxima que se atribuye a los jesuitas, la de que el fin justifica los medios. Uno de los estadistas más maquiavélicos ha sido Bismarck. No necesitó siempre servirse del engaño. Cuando necesitaba de él, fabri-

caba telegramas; pero cuando no, como disponía de la fuerza, apelaba a ésta. Y tratar de explicar, por la necesidad, un atropello, es refinadamente maquiavélico y pagano.

—Pero ¿por qué le ha matado usted a ése para robarle? —le preguntaba un juez a un reo.

—Ha sido, señor, por necesidad.

—¿Necesidad de comer?

—No, una necesidad más íntima: necesidad de matarle. Necesitaba matarle.

—Pero ¿para qué?

—Para quedarme tranquilo. Si no le mato, no descanso. Me lo pedía todo el cuerpo y toda el alma. Es más: hace años que no venía pensando en otra cosa ni preparándome a otra cosa. Ha sido una necesidad. Y encima me dieron unas lecciones sobre el libre albedrío y la necesidad de conciencia.

—¡Y hasta teoriza usted sobre su crimen!

—Naturalmente, señor. Y si no, ¿para qué quiero la inteligencia? ¿Para qué me la ha dado Dios? La inteligencia la tenemos para justificar nuestros actos.

—Y estos actos...

—Estos actos, señor juez, obedecen a la necesidad. Y yo necesitaba defenderme.

—¿Defenderse? ¿Pero a eso llama usted defenderse? ¿El matar a otro para robarle es defensa propia?

—¡Claro que sí!

—Pero ¿es que él le atacó a usted antes, acaso?

—No, pero yo me defendía, defendía mi modo de ser, mi personalidad, mi carácter. O yo soy yo, señor mío, o dejo de ser. He defendido mi espíritu, mi carácter trascendente, mi razón de ser.

—¡En mi vida he visto mayor y más desvergonzado y fresco cinismo convertido casi en metafísica! ¡Es como si un lobo dijera que tiene que devorar ovejas para defenderse!

—Y diría bien, muy bien, señor mío. El lobo devo-

ra ovejas en propia defensa. ¿O es que el lobo tiene menos derecho a la vida que la oveja? ¿O cree usted que va a ponerse a pastar heno para dar gusto a ésta? Eso de que el león se ponga a comer paja no se le ocurre más que a la Biblia. Y no están los tiempos para Biblias. La Biblia se ha hecho para que en mis ratos de ocio me entretenga en comentarla y analizarla y pulverizarla.

—Pues a eso se llama...

—A eso se llama voluntad de potencia, señor mío. Y este mundo tiene que ser de los más fuertes y más disciplinados.

—¿Disciplinado usted?

—¿Y para qué cree usted, señor mío, que hace falta más disciplina que para mi oficio? ¿Ha leído usted un libro español, el *Quijote*?

—Sí, señor, lo he leído.

—¿Y no recuerda aquello de cuando, yendo Don Quijote a Barcelona, se encontró con la concertadísima república, o si usted quiere, imperio, de los bandoleros de Roque Guinart?

—Sí que lo recuerdo.

—Pues recordará cómo Roque decía que de su natural era compasivo y bien intencionado, pero el querer vengarse de un agravio le llevó a aquel estado, y que, como un abismo llama a otro abismo, tomaba a su cargo no sólo las suyas, sino las ajenas venganzas, y cómo uno de los de su banda decía que era Roque más para *frade* que para bandolero. Y el mismo Don Quijote, espejo de caballeros, acabó llamándole el gran Roque.

—La verdad —se dijo el juez a sí mismo— que este endiablado sofista va a acabar por convencerme.

Y acabó, en efecto, convenciéndole, porque el juez aquel, como suele suceder a los jueces, juzgaba por leyes escritas, por tablas, por letra, no por sentimiento cristiano, no por conciencia, no por espíritu.

Los jueces, los magistrados, los ministros de la ley —es decir: los escribas— no piden sino eso que llaman disciplina, y ¿dónde la hay mayor que en el imperio de Roque Guinart? ¿Quién más disciplinado que el lobo que está a la defensiva de su personalidad lupina?

[*El Día Gráfico*, Barcelona, 15-I-1915.]

UNA CONVERSACION CON DON FULGENCIO

ARABESCO LÓGICO

Encontré a don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón —a quien mis lectores conocen, sin duda, por mi *Amor y Pedagogía*— ocupado en sus combinaciones, permutaciones y barajeos de siempre, jugando a las ideas; pero con más pasión cada vez. Porque es indecible el congojoso anhelo que en semejante juego pone mi don Fulgencio. Me habló de un cierto sujeto, y yo, con gesto y tono desdeñoso, le dije:

—¡Bah, no existe!

—¿Cómo que no existe? —me preguntó don Fulgencio.

—Bueno, es como si no existiera...

—¡Es como si no existiera!... —dijo silabeando cada palabra de mi frase—. A ver, a ver, Miguelito; ¡expíciate! ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues mire usted, don Fulgencio —le dije—, solemos decir de uno que no existe para dar a entender que es como si no existiese, que carece de toda importancia; que ni añade ni quita nada a lo que hay y que se puede morir sin haber dejado hueco alguno en la Historia. Y por cierto conocí un cierto periodista provinciano que cuando moría alguien solía decir: “Bueno; ¡ése ya pasó a la Historia!”, tomando por historia al olvido.

—Y acaso no le faltaba razón... —murmuró como para sí mismo don Fulgencio.

—Y el caso es —proseguí, como si no le hubiese oído— que quien pasa a la Historia, en realidad no muere; más bien nace.

—¿Lo crees así, Miguelito? ¿Es que lo dices para ver si te lo crees?

—La verdad, amigo don Fulgencio.

—¡Déjale en paz a la verdad!

—Pues el caso es...

—El caso es —me interrumpió— que la historia se hace tanto con el olvido como con la memoria. ¡Desgraciado del hombre que no sabe recordar! ¡Desgraciado del hombre que no sabe olvidar! ¡Desgraciado del pueblo que no sabe recordar! ¡Desgraciado del pueblo que no sabe olvidar! No caben memoria ni recuerdo sin olvido; quien no sabe olvidar no sabe recordar. ¿No has oído nunca esa expresión, tan corriente entre nosotros, de “por un olvido involuntario”?... Tú te habrás dicho alguna vez que eso de un olvido involuntario es un absurdo; que no se olvida porque se quiere, y que los llamados olvidos voluntarios no son tales olvidos.

—Sí que me lo he dicho —le dije.

—Pues bien; ¡no! En esa expresión hay, como en todas las que logran curso, aun en las al parecer más absurdas, su sentido. Hay quienes olvidan sin querer y hay quienes quieren olvidar y lo consiguen. Y los olvidos terribles son los involuntarios. Pero volvamos a lo del principio, y dime: ese sujeto de quien dices que no existe, ¿qué es lo que hace para no existir? Porque es una dicha, acaso, lograr vivir sin existir.

—Pues no hace nada —le dije—, y por eso no existe. O lo que hace, o cree hacer, es como si no lo hiciera.

—En efecto; el que no hace nada no existe. Pero dime tú, el lingüista, ¿de dónde viene ese término de “existir”?

—Usted lo sabe tan bien como yo, don Fulgencio. Existir, del latín *ex-sistere*, significa estar, *sistere*, fuera de sí, *ex*. Y no se existe sino para los demás.

—Y a ser o estar para sí mismo, ¿cómo le llamaríamos, ¿dime?

—Fues... ¡*in-sistere!* —le dije.

—¡Ah! ¡Ya diste en el clavo! Así como lo correspondiente a excluir es incluir, y a exportar es importar, y a extender es entender, así lo correspondiente a existir es insistir. Y me parece que al decir de ese sujeto que no existe quisiste decir que no insiste... ¿No es así?

—Hombre... —empece a decirle, porque me estaba ya confundiendo con sus juegos de palabras e ingeniosidades verbales, a que llama lógica.

—Pues mira, el que no insiste es como si no existiera. Hay que pesar, no te quepa duda, hay que pesar. Y si quieres existir de veras, insiste, insiste. La insistencia es la condición fundamental de la verdadera existencia, es el principio de la gravedad espiritual. Y de esos de quienes tú dices que no existen ¿sabes lo que suelo yo decir? Pues que están huecos por dentro.

—Claro que será por dentro —exclamé sonriendo—; no van a estar huecos por fuera.

—Pues te equivocas, Miguelito, te equivocas, y yo te demostraré alguna vez que hay quien está hueco por fuera y no por dentro, quien lo está por dentro y no por fuera y quien lo está por dentro y por fuera, a pesar de lo cual existe, es decir, es causa de una sensación nuestra. Y te demostraré que hay quienes tienen el alma cóncava y otros la tienen convexa.

—Pues no hay sino darle media vuelta al alma —le dije— y de cóncava se trueca en convexa, o viceversa.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué fáciles ves las cosas! ¡Qué

fácil te parece convertir a la piel en estómago o al estómago en piel! ; Sin duda te crees que el alma es un calcetín, o una blusa, o una capa!

—Bueno. Y de todo esto, ¿qué sacamos en limpio, amigo don Fulgencio?

—¡Adiós, ya salió aquello! Si has de venirme con esas andróminas de sacar en limpio o en sucio, lo mejor es que te vayas y me dejes en paz. Eso de sacar en limpio es una de las mayores vaciedades de los hombres prácticos. Y lo que hay que hacer con ellos es dedicarse a meterles en sucio. Para lo cual no está de más que cuando estés digiriendo algún manjar fuerte y sea tu digestión difícil, dispéptica que dicen los técnicos, desahogues tus flatulencias junto a ellos y que huelan a eso... a huevos podridos...

—Pero don Fulgencio, eso es una grosería...

—No hagas caso de groserías. El que huya de groserías jamás conocerá la vida. Y hace falta oler a eso, a flato, a mala digestión; no basta oler a sudor. El sudor es cosa de fuera, de la piel convexa; el flato es cosa de dentro, del estómago, cóncava. La existencia huele a sudor; pero la insistencia huele a flato.

—Y por eso huye de ella la gente —le dije.

—¡Claro está! —me replicó—. Como que la gente huye de sí misma. Oler a sudor es oler a muchedumbre, a rebaño, a pueblo.

—Y lo otro... ¿no? —le pregunté.

—Mira —añadió sin responder a mi pregunta—: tú sabes aquello de “comerás el pan con el sudor de tu frente”, ¿no? Pues hay una maldición o bendición, no lo sé bien, más agorera que ésa, y es la que dice: “Digerirás el pan con los retortijones de tu vientre”. Y aplica eso al pan intelectual, a las ideas. Hay quien come su pan intelectual, sus ideas, con el sudor de su frente, con su estudio; pero si las quiere digerir, si quiere asimilárselas, tiene que ser con

los retortijones de su conciencia, con flatos espirituales. Idea que no duele no vale la pena de apropiársela. Donde no duele no hay trabajo; no es más que fuego. Y por eso hay quien dice que estudia y es como si no estudiara, porque no siente el dolor de la digestión...

—¿Pero es que olvida usted, don Fulgencio, que hay digestiones fáciles, sin retortijones, ni flatos, hasta placenteras?...

—¿Después de la caída? ¡No! Y mira, te voy a revelar todo el secreto; acércate.

Me acerqué a él esperando una de sus muchas mixtificaciones. Y me dijo:

—Lo perfecto es el canibalismo, créeme, la antropofagia. El hombre no puede vivir sino de hambre. La más viva expresión de cariño es: “¡Te comería!” Ya sabes en qué sacramento culmina la piedad. Sólo que hoy no nos comemos ya las carnes; pero podemos y debemos comernos las almas. Que son, te lo aseguro, de dolorosísima digestión. Aliméntate de ellas y da la tuya en alimento. Insiste, hombre, insiste; ¡insiste si quieres existir de veras!

Cuando salí de casa del gran mixtificador don Fulgencio, autor del *Ars magna combinatoria*, iba pensando en el autocanibalismo, en la autofagia o egofagia. Y sentí un violento mal de tripas y un nudo en la garganta.

[Los Lunes de “El Imparcial”, Madrid, 8-II-1915.]

LA SANTIDAD INCONCIENTE

CONVERSACIÓN CON DON FULGENCIO

Hablaba yo con mi amigo don Fulgencio de literatura portuguesa, y al darle noticia del gran poeta Guerra Junqueiro, me puse a recitarle su poema "El pastor", donde nos presenta a aquel centenario pastor tramontano, modelo de inocencia. Don Fulgencio torcía el gesto; no cree en la inocencia de los pastores, y menos si se han criado lejos de las ciudades. Don Fulgencio detesta a los abelitas y sostiene que, de no haber Caín matado a Abel, éste habría acabado matando a aquél, su hermano, y que no es un ruego tan falto de fundamento aquel que se hace cuando se le pregunta a un niño: "¿Quién mató a Caín?" Sostiene más aún don Fulgencio, y es que quien mató a Caín fué Abel, el muerto. Añade que los muertos son los mayores asesinos y que se dedican a perseguir a los vivos para matarlos. Una vez me sostuvo, no sé si en serio o en broma, porque don Fulgencio vive y obra y piensa allende esta distinción más allá de la seriedad y la burla, que las muertes repentinas, eso que se atribuye a una congestión cerebral, o a una angina de pecho, a la rotura de un aneurisma o a otra cosa por el estilo, es un ataque fulminante de un muerto sobre un vivo, es que le coge por el gañote con sus manos invisibles y le ahoga. Don Fulgencio, pues, no cree en la inocencia de los pastores ni en la de los muertos.

diante primavera le explicaba cómo no puede haber más que cinco y sólo cinco poliedros regulares; tres formados de triángulos: el tetraedro, de cuatro; el octaedro, de ocho, y el icosaedro, de veinte; uno de cuadrados: el cubo, de seis, y uno de pentágonos: el dodecaedro, de doce. “¿Pero no ves qué claro?”, me decía —contaba el sobrino—; “¿no lo ves?, sólo cinco y no más, ¡qué bonito! Y no puede ser de otro modo, tiene que ser así”, y al decirlo me mostraba los cinco modelos en cartulina blanca, blanquísima, que ella misma había construido con sus santas manos, que eran prodigiosas para toda labor, y parecía como si acabase de descubrir por sí misma la ley de los cinco poliedros regulares..., ¡pobre tía Tula! Y recuerdo que como a uno de aquellos modelos geométricos le cayera una mancha de grasa, hizo otro, porque decía que con la mancha no se veía bien la demostración. Para ella la geometría era luz y pureza.

En cambio huyó de enseñarle anatomía y fisiología. “Esas son porquerías —decía— y en que nada se sabe de cierto ni de claro.”

Y lo que sobre todo acechaba era el alborear de la pubertad en su sobrino. Quería guiarle en sus primeros descubrimientos sentimentales y que fuese su amor primero el último y único. “Pero ¿es qué hay un primer amor?”, se preguntaba a sí misma sin acertar a responderse.

Lo que más temía era las soledades de su sobrino. La soledad, no siendo a toda luz, la temía. Para ella no había más soledad santa que la del sol y la de la Virgen de la Soledad cuando se quedó sin su Hijo el Sol del Espíritu. “Que no se encierre en su cuarto —pensaba—, que no esté nunca, a poder ser, solo; hay soledad que es la peor compañía; que no lea mucho, sobre todo, que no lea mucho; y que no esté mirando grabados.” No temía tanto para su so-

brino, a lo vivo cuanto a lo muerto, a lo pintado. "La muerte viene por lo muerto", pensaba.

Confesábase Gertrudis con el confesor de Rami-rín, y era para, dirigiendo al director del muchacho en la dirección de éste, ser ella la que de veras le dirigiese. Y por eso en sus confesiones hablaba más que de sí misma, de su hijo mayor, como le llama-ba. "Pero es, señora que usted viene aquí a con-fesar sus pecados y no los de otros", le tuvo que decir alguna vez el padre Alvarez, a lo que ella con-testó: "Y si ese chico es mi pecado..."

Cuando una vez creyó observar en el muchacho inclinaciones ascéticas, acaso místicas, acudió alar-mada al padre Alvarez.

—¡Eso no puede ser, padre!

—Y si Dios le llamase por ese camino...

—No, no le llama por ahí; lo sé, lo sé mejor que usted y desde luego mejor que él mismo; eso es... la sensualidad que se le despierta.

—Pero, señora...

—Sí, anda triste, y la tristeza no es señal de vo-cación religiosa. ¡Y remordimiento no puede ser!
¿De qué?

—Los juicios de Dios, señora...

—Los juicios de Dios son claros. Y esto es oscuro. Qúitele eso de la cabeza. ¡El ha nacido para padre y yo para abuela!

—¡Ya salió aquello!

—¡Sí, ya salió aquello!

—¡Y cómo le pesa a usted eso! Líbrese de ese peso... Me ha dicho cien veces que había ahogado ese mal pensamiento...

—¡No puedo, padre, no puedo! Que ellos, que mis hijos —porque son mis hijos, mis verdaderos hi-jos—, que ellos no lo sepan, que no lo sepan, pa-dre, que no lo adivinen...

—Cálmese, señora, por Dios, cálmese... y deseche

esas aprensiones..., esas tentaciones del Demonio, se lo he dicho cien veces... Sea la que es..., la tía Tula que todos conocemos y veneramos y admiramos...; sí, ¡admiramos!

—¡No, padre, no! ¡Usted lo sabe! Por dentro soy otra...

—Pero hay que ocultarlo...

—Sí, hay que ocultarlo, sí; pero hay días en que siento ganas de reunir a sus hijos, a mis hijos...

—¡Sí, suyos, de usted!

—¡Sí, yo madre, como usted... padre!

—Deje eso, señora, deje eso...

—Sí, reunirles y decirles que toda mi vida ha sido una mentira, una equivocación, un fracaso...

—Usted se calumnia, señora. Esa no es usted, usted es la otra..., la que todos conocemos..., la tía Tula...

—Yo le hice desgraciado, padre; yo le hice caer dos veces; una con mi hermana, otra vez con otra...

—¿Caer?

—¡Caer, sí! ¡Y fué por soberbia!

—No, fué por amor, por verdadero amor...

—Por amor propio, padre —y estalló a llorar.

XX

Logró sacar a su sobrino de aquellas veleidades ascéticas y se puso a vigilarle, a espiar la aparición del primer amor.

—Fíjate bien, hijo —le decía— y no te precipites, que una vez que hayas comprometido a una no debes dejarla...

—Pero, mamá, si no se trata de compromisos... Primero hay que probar...

—No, nada de pruebas, nada de esos noviazgos; nada de eso de “hablo con Fulana”. Todo seriamente...

En rigor, la tía Tula había ya hecho, por su parte, su elección y se proponía ir llevando dulcemente a su Ramirín a aquella que le había escojido, a Caridad.

—Parece que te fijas en Carita —le dijo un día.

—¡Psé!

—Y ella en ti, si no me equivoco.

—Y tú en los dos, a lo que parece...

—¿Yo? Eso es cosa vuestra, hijo mío, cosa vuestra...

Pero les fué llevando el uno al otro, y consiguió su propósito. Y luego se propuso casarlos cuanto antes. “Y que venga acá —decía— y viviremos todos juntos, que hay sitio para todos... ¡Una hija más!”

Y cuando hubo llevado a Carita a su casa, como mujer de su sobrino, era con ésta con la que tenía sus confidencias. Y era de quien trataba de sonsacar lo íntimo de su sobrino.

La obligó, ya desde un principio, a que le tutease y le llamase madre. Y le recomendaba que cuidase sobre todo de la pequeñita, de la mansa, tranquila y medrosica Manolita.

—Mira, Caridad —le decía—, cuida sobre todo a esa pobrecita, que es lo más inocente y lo más quebradizo que hay y buena como el pan... Es mi obra...

—Pero si la pobrecita apenas levanta la voz..., si ni se la siente andar por la casa... Parece como que tuviera vergüenza hasta de presentarse...

—Sí, sí, es así... Harto he hecho por infundirle valor, pero en no estando arrimada a mí, cosida a mi falda, la pobrecita se encuentra como perdida. ¡Claro, como criada a biberón!

—El caso es que es laboriosa, obediente, servicial, pero ¡habla tan poco!... ¡Y luego no se la oye reír nunca!...

—Sólo alguna vez, cuando está a solas conmigo, porque entonces es otra cosa, es otra Manolita...

entonces resucita. Y trato de animarla, de consolarla, y me dice: "No te canses, mamita, que yo soy así..., y además, no estoy triste..."

—Pues lo parece...

—Lo parece, sí, pero he llegado a creer que no lo está, porque yo, yo misma, ¿qué te parezco, Carita, triste o alegre?

—Usted, tía...

—¿Qué es eso de usted y de tía?

—Bueno, tú, mamá, tú..., pues no sé si eres triste o alegre, pero a mí me pareces alegre...

—¿Te parezco así? ¡Pues basta!

—Por lo menos a mí me alegras...

—Y es a lo que nos manda Dios a este mundo, a alegrar a los demás.

—Pero para alegrar a los demás hay que estar alegre una...

—O no...

—¿Cómo no?

—Nada alegre más que un rayo de sol, sobre todo si da sobre la verdura del follaje de un árbol, y el rayo de sol no está alegre ni triste, y quién sabe... acaso su propio fuego le consume... El rayo de sol alegra porque está limpio; todo lo limpio alegra... Y esa pobre Manolita debe alegrarte, porque a limpia...

—¡Sí, eso sí! Y luego esos ojos que tiene, que parecen...

—Parecen dos estanques quietos entre verdura... Los he estado mirando muchas veces y desde cerca. Y no sé de dónde ha sacado esos ojos... No son de su madre, que tenía ojos de tísica, turbios de fiebre... ni son los de su padre, que eran...

—¿Sabes de quién parecen esos ojos?

—¿De quién? —y Gertrudis temblaba al preguntarlo.

—¡Pues son tus ojos!...

—Puede ser..., puede ser... No me los he mirado nunca de cerca ni puedo vérmelos desde dentro, pero puede ser..., puede ser... Al menos le he enseñado a mirar...

XXI

¿Qué le pasaba a la pobre Gertrudis, que se sentía derretir por dentro? Sin duda había cumplido su misión en el mundo. Dejaba a su sobrino mayor, a su Ramiro, a su otro Ramiro, a cubierto de la peor tormenta, embarcado en su barca de por vida, y a los otros hijos al amparo de él; dejaba un hogar encendido y quien cuidase de su fuego. Y se sentía deshacer. Sufría frecuentes embaimientos, desmayos, y durante días enteros lo veía todo como en niebla, como si fuese bruma y humo todo. Y soñaba; soñaba como nunca había soñado. Soñaba lo que habría sido si Ramiro hubiese dejado por ella a Rosa. Y acababa diciéndose que no habrían sido de otro modo las cosas. Pero ella había pasado por el mundo fuera del mundo. El padre Alvarez creía que la pobre Gertrudis chocheaba antes de tiempo, que su robusta inteligencia flaqueaba y que flaqueaba al peso mismo de su robustez. Y tenía que defenderle de aquellas sus viejas tentaciones.

Cuando un día se le acercó Caridad y, al oído le dijo: “¡Madre!...”, al notarle el rubor que le encendía el rostro, exclamó: “¿Qué? ¿Ya?” “¡Sí, ya!”, susurró la muchacha—. “¿Estás segura?” “¡Segura!; si no, no te lo habría dicho!” Y Gertrudis, en medio de su goce, sintió como si una espada de hielo le atravesase por medio el corazón. Ya no tenía que hacer en el mundo más que esperar al nieto, al nieto de los suyos, de su Ramiro y su Rosa, a su nieto y ir luego a darles la buena nueva. Ya apenas se

cuidaba más que de Caridad, que era quien para ella llevaba la casa. Hasta de Manolita, de su obra, se iba descuidando, y la pobre niña lo sentía; sentía que el esperado iba relegándole en la sombra.

—Ven acá —le decía Gertrudis a Caridad, cuando alguna vez se encontraban a solas, ocasión que acechaba—, ven acá, siéntate aquí, a mi lado... ¿Qué, le sientes, hija mía, le sientes?

—Algunas veces...

—¿No llama? ¿No tiene prisa por salir a luz, a la luz del sol? Porque ahí dentro, a oscuras..., aunque esté ello tan tibio, tan sosegado... ¿No da empujoncitos? Si tarda no me va a ver..., no le voy a ver... Es decir, ¡si tarda, no!; si me apresuro yo...

—Pero, madre, no diga esas cosas...

—¡No digas, hija! Pero me siento derretir..., ya no soy para nada... Veo todo como empañado..., como en sueños... Si no lo supiera, no podría ahora decir si tu pelo es rubio o moreno.

Y le acariciaba lentamente la espléndida cabellera rubia. Y como si viese con los dedos, añadía: "Rubia, rubia como el sol..."

—Si es chico, ya lo sabes, Ramiro, y si es chica... Rosa...

—No, madre, sino Gertrudis... Tula, mamá Tula.

—¡Tula..., bueno!... Y mejor si fuese una pareja, mellizos, pero chico y chica...

—¡Por Dios, madre!

—¿Qué? ¿Crees que no podrías con eso? ¿Te parece demasiado trabajo?

—Yo... no sé... no sé nada de eso, madre; pero...

—Sí, eso es lo perfecto, una parejita de gemelos..., un chico y una chica que han estado abrazaditos cuando no sabían nada del mundo, cuando no sabían ni que existían; que han estado abrazaditos al calorcito del vientre materno... Algo así debe ser el cielo...

—¡Qué cosas se te ocurren, mamá Tula!

—No ves que me he pasado la vida soñando...

Y en esto, mientras soñaba así y como para guardar en su pecho este último ensueño y llevarlo como viático al seno de la madre tierra, la pobre Manolita cayó gravemente enferma. “¡Ah, yo tengo la culpa —se dijo Gertrudis—, yo, que con esto de la parejita de mi ensueño me he descuidado de esa pobre avecilla!... Sin duda en un momento en que necesitaba de mi arrimo ha debido de cojer algún frío...” Y sintió que le volvían las fuerzas, unas fuerzas como de milagro. Se le despejó la cabeza y se dispuso a cuidar a la enferma.

—Pero, madre —le decía Caridad—, déjeme que le cuide yo; que le cuidemos nosotras... Entre yo, Rosita y Elvira le cuidaremos.

—No; tú no puedes cuidarla como es debido, no debes cuidarla... Tú te debes al que llevas, a lo que llevas, y no es cosa de que por atender a ésta malogres lo otro... Y en cuanto a Rosita y Elvira, sí, son sus hermanas, la quieren como tales, pero no entienden de eso, y además la pobre, aunque se aviene a todo, no se halla sin mí... Un simple vaso de agua que yo le sirva, le hace más provecho que todo lo que los demás le podáis hacer. Yo sola sé arreglarle la almohada de modo que no le duela en ella la cabeza y que no tenga luego pesadillas...

—Sí, es verdad...

—¡Claro, yo la crié!... Y yo debo cuidarle.

Resucitó. Volvióle todo el luminoso y fuerte aplomo de sus días más heroicos. Ya no le temblaba el pulso, ni le vacilaban las piernas. Y cuando teniendo el vaso con la pócima medicinal que a las veces tenía que darle, la pobre enferma le posaba las manos febriles en sus manos firmes y finas, pasaba sobre su enlace como el resplandor de un dulce recuerdo, casi borrado para la encamada. Y luego se

sentaba la tía Tula junto a la cama de la enferma y se estaba allí, y ésta no hacía sino mirarle en silencio.

—¿Me moriré, mamita? —preguntaba la niña.

—¿Morirte? ¡No, pobrecita alondra, no! Tú tienes que vivir...

—Mientras tú vivas...

—Y después..., y después...

—Después... no, ¿para qué?

—Pero las muchachas deben vivir...

—¿Para qué?...

—Pues... para vivir..., para casarse..., para criar familia...

—Pues tú no te casaste, mamita...

—No, yo no me casé; pero como si me hubiese casado... Y tú tienes que vivir para cuidar de tu hermano...

—Es verdad..., de mi hermano..., de mis hermanos.

—Sí, de todos ellos...

—Pero si dicen, mamita, que yo no sirvo para nada.

—¿Y quién dice eso, hija mía?

—No, no lo dicen..., no lo dicen..., pero lo piensan...

—¿Y cómo sabes tú que lo piensan?

—¡Pues... porque lo sé! Y además, porque es verdad..., porque yo no sirvo para nada, y después de que tú te me mueras yo nada tengo que hacer aquí... Si tú te murieras me moriría de frío...

—Vamos, vamos, arrópatate bien y no digas esas cosas... Y voy a arreglarte esa medicina...

Y se fué a ocultar sus lágrimas y a echarse á los pies de su imagen de la Virgen de la Soledad y a suplicarle: “¡Mi vida por la suya, Madre, mi vida por la suya! Siente que yo me voy, que me llaman mis muertos, y quiere irse conmigo; quiere arri-

marse a mí, arropada por la tierra, allí abajo, donde no llega la luz, y que yo le preste no sé qué calor... ¡Mi vida por la suya, Madre, mi vida por la suya! Que no caiga tan pronto esa cortina de tierra de las tinieblas sobre esos ojos en que la luz no se quiebra, sobre esos ojos que dicen que son los míos, sobre esos ojos sin mancha que le di yo..., sí yo... Que no se muera..., que no se muera... ¡Sálvala, Madre, aunque tenga que irme sin ver al que ha de venir!...”

Y se cumplió su ruego.

La pobre niña fué recobrando vida; volvieron los colores de rosa a sus mejillas; volvió a mirar la luz del sol dando en el verdor de los árboles del jardincito de la casa, pero la tía Tula cayó con una bronconeumonía cojida durante la convalecencia de Manolita. Y entonces fué ésta la que sintió que brotaba en sus entrañas un manadero de salud pues tenía que cuidar a la que le había dado vida.

Toda la casa vió con asombro la revelación de aquella niña.

—Di a Manolita —decía Gertrudis a Caridad— que no se afane tanto que aún estará débil ...Tú tampoco, por supuesto; tú te debes a los tuyos, ya lo sabes... Con Rosita y Elvira basta... Además, como todo ha de ser inútil... Porque yo ya he cumplido...

—Pero, madre...

—Nada, lo dicho, y que esa palomita de Dios no se malgaste...

—Pero si se ha puesto tan fuerte... Jamás hubiese creído...

—Y ella que se quería morir y creía morirse... Y yo también lo temí. ¡Porque la pobre me parecía tan débil!... Claro, no conoció a su padre, que estaba ya herido de muerte cuando la engendró..., y en cuanto a su pobre madre, yo creo que siempre vivió medio muerta... ¡Pero esa chica ha resucitado!

—¡ Sí; al verte en peligro ha resucitado!

—¡ Claro, es mi hija!

—¿ Más?

—¡ Sí, más! Te lo quiero declarar ahora que estoy en el zaguán de la eternidad; sí, más. ¡ Ella y tú!

—¿ Ella y yo?

—¡ Sí, ella y tú! Y porque no tenéis mi sangre. Ella y tú. Ella tiene la sangre de Ramiro, no la mía, pero la he hecho yo, ¡ es obra mía! Y a ti yo te casé con mi hijo.

—Lo sé...

—Sí, como le casé a su padre con su madre, con mi hermana, y luego le volví a casar con la madre de Manolita...

—Lo sé..., lo sé...

—Sé que lo sabes, pero no todo...

—No, todo no...

—Ni yo tampoco... O al menos no quiero saberlo. Quiero irme de este mundo sin saber muchas cosas... Porque hay cosas que el saberlas mancha... Eso es el pecado original, y la Santísima Virgen Madre nació sin mancha de pecado original...

—Pues yo he oído decir que lo sabía todo...

—No, no lo sabía todo; no conocía la ciencia del mal... que es la ciencia...

—Bueno, no hables tanto, madre, que te perjudica...

—Más me perjudica cavilar, y si me callo cavilo..., cavilo...

XXII

La tía Tula no podía ya más con su cuerpo. El alma le revoloteaba dentro de él, como un pájaro en una jaula que se desvencija, a la que deja con el dolor de quien le desollaran, pero ansiando volar

por encima de las nubes. No llegaría a ver al nieto. ¿Lo sentía? “Allá arriba, estando con ellos —soñaba—, sabré cómo es, y si es niño o niña... o los dos..., y lo sabré mejor que aquí, pues desde allí arriba se ve mejor y más limpio lo de aquí abajo.”

La última fiebre tenía la postrada en cama. Apenas si distinguía a sus sobrinos más que por el paso, sobre todo a Caridad y a Manolita. El paso de aquélla, de Caridad, llegábale como el de una criatura cargada de fruto y hasta le parecía oler a sazón de madurez. Y el de Manolita era tan leve como el de un pajarito que no sabe si corre o vuela a ras de tierra. “Cuando ella entra —se decía la tía—, siento rumor de alas caídas y quietas.”

Quiso despedirse primero de ésta, a solas, y aprovechó un momento en que vino a traerle la medicina. Sacó el brazo de la cama, lo alargó como para bendecirla, y poniéndole la mano sobre la cabeza, que ella inclinó con los claros ojos empañados, le dijo:

—¿Qué, palomita sin hiel, quieres todavía morirte?... ¡La verdad!

—Si con ello consiguiera...

—Que yo no me muera, ¿eh? No, no debes querer morirte... Tienes a tu hermano, a tus hermanos... Estuviste cerca de ello, pero me parece que la prueba te curó de esas cosas... ¿No es así? Dímelo como en confesión, que voy a contárselo a los nuestros...

—Sí, ya no se me ocurren aquellas tonterías.

—¿Tonterías? No, no eran tonterías. ¡Ah!, y ahora que dices eso de tonterías, tráeme tu muñeca; porque la guardas, ¿no es así? Sí, sé que la guardas... Tráeme aquella muñeca, ¿sabes? Quiero despedirme de ella también y que se despida de mí... ¿Te acuerdas?

—Sí, madre, me acuerdo.

—¿De qué te acuerdas?

—De cuando se me cayó en aquel patín de la huerta y Elvira me llamaba tonta porque lloraba tanto y me decía que de nada sirve llorar...

—Eso..., eso..., ¿y qué más? ¿Te acuerdas de más?

—Sí, del cuento que nos contaste entonces...

—A ver, ¿qué cuento?

—De la niña que se le cayó la muñeca en un pozo seco adonde no podía bajar a sacarla, y se puso a llorar, a llorar, y lloró tanto que se llenó el pozo con sus lágrimas y salió flotando en ellas la muñeca...

—¿Y qué dijo Elvirita a eso? ¿Qué dijo? Que no me acuerdo...

—Sí, sí se acuerda, madre...

—Bueno; ¿pues qué dijo?

—Dijo que la niña se quedaría seca y muerta de haber llorado tanto...

—¿Y yo qué dije?

—Por Dios, madre...

—Bueno, no lo digas, pero no llores así, palomita, no llores así..., que por mucho que llores no se llenará con tus lágrimas el pozo en que voy cayendo y no saldré flotando...

—Si pudiera ser...

—¡Ah, sí! Si pudiera ser, yo saldría a cojerte y llevarte conmigo... Pero hay que esperar la hora. Y cuida de tus hermanos. Te los entrego a ti, ¿sabes?, a ti. Haz que no se den cuenta de que me he muerto.

—Haré todo lo que pueda...

—Y yo te ayudaré desde arriba.

—Que no se enteren de que me he muerto...

—Te rezaré, madre...

—A la Virgen, hija, a la Virgen...

—Te rezaré, madre, todas las noches antes de acostarme...

—Bueno, no llores así...

—Pero si no lloro, ¿no ves que no lloro?

—Para lavar los ojos cuando han visto cosas feas, no está mal; pero tú no has visto cosas feas, no puedes verlas...

—Y si es caso, cerrando los ojos...

—No, no, así se ven las cosas más feas. Y pide por tu padre, por tu madre, por mí... No olvides a tu madre...

—Si no la olvido...

—Como no la conociste...

—¡Sí, la conozco!

—Pero a la otra, digo, a la que te trajo al mundo.

—¡Sí, gracias a ti la conozco; a aquélla!

—¡Pobrecilla! Ella no había conocido a la suya...

—¡Su madre fuiste tú, lo sé bien!

—Bueno, pero no llores...

—¡Si no lloro! —y se enjugaba los ojos con el dorso de la mano izquierda mientras con la otra, temblorosa, sostenía el vaso de la medicina.

—Bueno, y ahora trae a la muñeca, que quiero verla. ¡Ah! ¡Y allí, en un rincón de aquella arquita mía que tú sabes..., ahí está la llave..., sí, ésa, ésa! Allí donde nadie ha tocado más que yo, y tú alguna vez; allí junto a aquellos retratos, ¿sabes?, hay otra muñeca..., la mía..., la que yo tenía siendo niña..., mi primer cariño... ¿el primero?..., ¡bueno! Tráemela también... Pero que no se entere ninguna de ésas, no digan que son tonterías nuestras, porque las tontas somos nosotras... Tráeme las dos muñecas, que me despida de ellas, y luego nos pondremos serias para despedirnos de los otros... Vete, que me viene un mal pensamiento —y se santiguó.

El mal pensamiento era que el susurro diabólico allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: "¡Muñecos todos!"

XXIII

Luego llamó a todos, y Caridad entre ellos.

—Esto es, hijos míos, la última fiebre, el principio del fuego del Purgatorio...

—Pero qué cosas dices, mamá...

—Sí; el fuego del Purgatorio, porque en el Infierno no hay fuego..., el Infierno es de hielo y nada más que de hielo. Se me está quemando la carne... Y lo que siento es irme sin ver, sin conocer, al que ha de llegar..., o a la que ha de llegar..., o a los que han de llegar...

—Vamos, mamá...

—Bueno, tú, Cari, cállate, y no nos vengas ahora con vergüenza... Porque yo querría contarle todo a los que me llaman... Vamos, no lloréis así... Allí están... los tres...

—Pero no digas esas cosas...

—¡Ah!, ¿queréis que os diga cosas de reír? Las tonterías ya nos las hemos dicho Manolita y yo, las dos tontas de la casa, y ahora hay que hacer esto como se hace en los libros...

—Bueno, ¡no hables tanto! El médico ha dicho que no se te deje hablar mucho.

—¿Ya estás tú ahí, Ramiro? ¡El hombre! ¡El médico, dices? ¡Y qué sabe el médico? No le hagáis caso... Y, además, es mejor vivir una hora hablando que dos días más en silencio. Ahora es cuando hay que hablar. Además, me distraigo, y no pienso en mis cosas.

—Pues ya sabes que el padre Alvarez te ha dicho que pienses ahora en tus cosas...

—¡Ah!, ¿ya estás ahí tú, Elvira, la juiciosa? Conque el padre Alvarez, ¿eh?... el del remedio... ¿Y qué sabe el padre Alvarez? ¡Otro médico! ¡Otro hombre! Además, yo no tengo cosas mías en qué pensar..., yo no tengo mis cosas... Mis cosas son las vuestras... y las de ellos..., las de los que me llaman... Yo no estoy ni viva ni muerta..., no he estado nunca ni viva ni muerta... ¿Qué? ¿Qué dices tú ahí, Enriquín? Que estoy delirando...

—No, no digo eso...

—Sí, has dicho eso, te lo he oído bien..., se lo has dicho al oído de Rosita... No ves que siento hasta el roce en el aire de las alas quietas de Manolita. Pues si deliro..., ¿qué?

—Que debes descansar...

—Descansar..., descansar..., ¡tiempo me queda para descansar!

—Pero no te destapes así...

—Si es que me abraso... Y ya sabes, Caridad, Tula, Tula, como yo..., y él, el otro, Ramiro... Sí, son dos, él y ella, que estarán ahora abrazaditos... al calorcito...

Callaron todos un momento. Y al oír la moribunda sollozos entrecortados y contenidos, añadió:

—Bueno, ¡hay que tener ánimo! Pensad bien, bien, muy bien, lo que hayáis de hacer, pensadlo muy bien..., que nunca tengáis que arrepentiros de haber hecho algo, y menos de no haberlo hecho... Y si veis que el que queréis se ha caído en una laguna de fango y aunque sea en un pozo negro, en un albañal, echaos a salvarle, aun a riesgo de ahogaros, echaos a salvarle..., que no se ahogue él allí... o ahogaos juntos... en el albañal... servidle de remedio..., sí, de remedio. ¿Que morís entre légamo y porquería?, no importa... Y no podréis ir a salvar al compañero volando sobre el ras del albañal porque no tenemos alas., no, no tenemos alas... o son

alas de gallina, de no volar..., y hasta las alas se mancharían con el fango que salpica el que se ahoga en él... No, no tenemos alas, a lo más de gallina..., no somos ángeles..., lo seremos en la otra vida... ¡donde no hay fango... ni sangre! Fango hay en el Purgatorio, fango ardiente, que quema y limpia..., fango que limpia, sí... En el Purgatorio les queman a los que no quisieron lavarse con fango..., sí, con fango... Les queman con estiércol ardiente... les lavan con porquería... Es lo último que os digo, no tengáis miedo a la podredumbre... Rogad por mí, y que la Virgen me perdone.

Le dió un desmayo. Al volver de él no coordinaba los pensamientos. Entró luego en una agonía dulce. Y se apagó como se apaga una tarde de otoño cuando las últimas razas del sol, filtradas por nubes sangrientas, se derriten en las aguas serenas de un remanso del río en que se reflejan los álamos —sanguíneo su follaje también— que velan a sus orillas.

XXIV

¿Murió la tía Tula? No, sino que empezó a vivir en la familia, e irradiando de ella, con una nueva vida más entrañada y más vivífica, con la vida eterna de la familiaridad inmortal. Ahora era ya para sus hijos, sus sobrinos, la Tía, no más que la Tía, ni *madre* ya ni *mamá*, ni aun tía Tula, sino sólo la Tía. Fué este nombre de invocación, de verdadera invocación religiosa, como el canonizamiento doméstico de una santidad de hogar. La misma Manolita, su más hija y la más heredera de su espíritu, la depositaria de su tradición, no le llamaba sino la Tía.

Mantenía la unidad y la unión de la familia, y

si al morir ella afloraron a la vista de todos, haciéndose patentes, divisiones intestinas antes ocultas, alianzas defensivas y ofensivas entre los hermanos, fué porque esas divisiones brotaban de la vida misma familiar que ella creó. Su espíritu provocó tales disensiones y bajo de ellas y sobre ellas la unidad fundamental y culminante de la familia. La tía Tula era el cimiento y la techumbre de aquel lugar.

Formáronse en éste dos grupos: de un lado, Rosita, la hija mayor de Rosa, aliada con Caridad, con su cuñada, y no con su hermano, no con Ramiro; de otro, Elvira, la segunda hija de Rosa, con Enrique, su hermanastro, el hijo de la hospiciana, y quedaban fuera Ramiro y Manolita. Ramiro vivía o más bien se dejaba vivir, atento a su hijo y al porvenir que podría depararle a otros y a sus negocios civiles, y Manolita atenta a mantener el culto de la Tía y la tradición del hogar.

Manolita se preparaba a ser el posible lazo entre cuatro probables familias venideras. Desde la muerte de la Tía habíase revelado. Guardaba todo su saber, todo su espíritu; las mismas frases recortadas y aceradas, a las veces repetición de las que oyó a la otra, la misma doctrina, el mismo estilo y hasta el mismo gesto. “¡Otra tía!”, exclamaban sus hermanos, y no siempre llevándose a bien. Ella guardaba el archivo y el tesoro de la otra; ella tenía la llave de los cajoncitos secretos de la que se fué en carne y sangre; ella guardaba, con su muñeca de cuando niña, la muñeca de la niñez de la Tía, y algunas cartas, y el devocionario y el breviario de don Primitivo; ella era en la familia quien sabía los dichos y hechos de los antepasados dentro de la memoria: de don Primitivo, que nada era de su sangre; de la madre del primer Ramiro; de Rosa; de su propia madre Manuela, la hospiciana —de ésta

no dichos ni hechos, sino silencios y pasiones—, ella era la historia doméstica; por ella se continuaba la eternidad espiritual de la familia. Ella heredó el alma de ésta, espiritualizada en la Tía.

¿Herencia? Se trasmite por herencia en una colmena el espíritu de las abejas, la tradición abejeil, el arte de la melificación y de la fábrica del panal, la *abejidad*, y no se trasmite, sin embargo, por carne y por jugos de ella. La carnalidad se perpetúa por zánganos y por reinas, y ni los zánganos ni las reinas trabajaron nunca, no supieron ni fabricar panales, ni hacer miel, ni cuidar larvas, y no sabiéndolo, no pudieron transmitir ese saber, con su carne y sus jugos a sus crías. La tradición del arte de las abejas, de la fábrica del panal y el laboreo de la miel y la cera, es, pues, colateral y no de transmisión de carne, sino de espíritu, y débese a las tías, a las abejas que ni fecundan huevecillos ni los ponen. Y todo esto lo sabía Manolita, a quien se lo había enseñado la Tía, que desde muy joven paró su atención en la vida de las abejas y la estudió y meditó, y hasta soñó sobre ella. Y una de las frases de íntimo sentido, casi esotérico, que aprendió Manolita de la Tía y que de vez en cuando aplicaba a sus hermanos, cuando dejaban muy al desnudo su masculinidad de instintos, era decirles: “¡Cállate, zángano!” Y zángano tenía para ella, como lo había tenido para la Tía, un sentido de largas y profundas resonancias. Sentido que sus hermanos adivinaban.

La alianza entre Elvira, la hija del primer Ramiro que le costó la vida a Rosa, su primer mujer, y Enrique, el hijo del pecado de aquél y de la hospiciana, era muy estrecha. Queríanse los hermanastros más que cualesquiera otros de los cinco entre sí. Siempre andaban en cuchicheos y secretos. Y esta a modo de conjura desasosegábale a

Manolita. No que le doliera que su hermano uterino, salido del mismo vientre de donde ella salió, tuviese más apego a hermana nacida de otra madre, no; sentía que a ella no había de apegársele ninguno de sus hermanos y complaciase en ello. Pero aquel afecto más que fraternal le era repulsivo.

—Ya estoy deseando —les dijo una vez— que uno de vosotros se enamore: que tú, Enrique, te eches novia, o que a ésta, a ti, Elvira, te pretenda alguno...

—¿Y para qué? —preguntó ésta.

—Para que dejéis de andar así, de bracete por la casa, y con cuentecitos al oído y carantoñas, arrumacos y lagoterías...

—Acaso entonces más —dijo Enrique.

—¿Y cómo así?

—Porque ésta vendrá a contarme los secretos de su novio, ¿verdad Elvira?, y yo le contaré, ¡claro está!, los de mi novia.

—Sí, sí... —exclamó Elvira a punto de palmotear.

—Y os reiréis uno y otro del otro novio y de la otra novia, ¿no es así?... ¡qué bonito!

—Bueno, ¿y qué diría a esto la Tía? —preguntó Elvira mirando a Manolita a los ojos.

—Diría que no se debe jugar con las cosas santas y que sois unos chiquillos...

—Pues no repitas con la Tía —le arguyó Enrique— aquello del Evangelio de que hay que hacerse niño para entrar en el reino de los cielos...

—¡Niño, sí! ¡Chiquillo, no!

—¿Y en qué se le distingue al niño del chiquillo?...

—¿En qué? En la manera de jugar.

—¿Cómo juega el chiquillo?

—El chiquillo juega a persona mayor. Los niños no son, como los mayores, ni hombres ni mujeres, sino que son como los ángeles. Recuerdo haberle oído decir a la Tía que había oído que hay len-

guas en que el niño no es ni masculino ni femenino, sino neutro...

—Sí —añadió Enrique—, en alemán. Y la señorita es neutro...

—Pues esta señorita —dijo Manolita, intentando, sin conseguirlo, teñir de una sonrisa estas palabras— no es neutra...

—¡Claro que no soy neutra; pues no faltaba más...

—¡Pero bueno, nada de chiquilladas!

—Chiquilladas, no; niñerías, eso, ¿no es eso?

—¡Eso es!

—Bueno, ¿y en qué las conoceremos?

—Basta, que no quiero deciros más. ¿Para qué? Porque hay cosas que al tratar de decirlas se ponen más oscuras...

—Bien, bien, tía —exclamó Elvira abrazándola y dándole un beso—, no te enfades así...

—¿Verdad que no te enfadas, tía?...

—No; y menos porque me llames tía...

—Si lo hacía sin intención.

—Lo sé; pero eso es peligroso. Porque la intención viene después...

Enrique le hizo una carantoña a su hermana completa y cojiendo a la otra, a la hermanastra, por debajo de un brazo, se la llevó consigo.

Y Manolita, viéndoles alejarse, quedó diciéndose: “¿Chiquillos? ¡En efecto, chiquillos! Pero ¿he hecho bien en decirles lo que les he dicho? ¿He hecho bien, Tía?” —e invocaba mentalmente a la Tía—. “La intención viene después... ¿No soy yo la que con mis reconvenciones voy a darles una intención que les falta? Pero ¡no, no! ¡Que no jueguen así! ¡Porque están jugando!... ¡Y ojalá les salga pronto el novio a ella y la novia a él!”

XXV

El otro grupo lo formaban en la familia, no Rosita y Ramiro, sino la mujer de éste, Caridad, y aquella su cuñada. Aunque en rigor era Rosita la que buscaba a Caridad y le llevaba sus quejas, sus aprensiones, sus suspicacias. Porque iba, por lo común, a quejarse. Créase, o al menos aparentaba creer, que era la desdeñada y la no comprendida. Poníase triste y como preocupada en espera de que le preguntasen qué era lo que tenía, y como nadie se lo preguntaba, sufría con ello. Y menos que los otros hermanos se lo preguntaba Manolita, que se decía: “¡Si tiene algo de verdad y más que gana de mimo y de que nos ocupemos especialmente en ella, ya reventará!” Y la preocupada sufría con ello.

A su cuñada, a Caridad, le iba sobre todo con quejas de su marido; complaciase en acusar a éste, a Ramiro, de egoísta. Y la mujer le oía pacientemente y sin saber qué decirle.

—Yo no sé, Manuela —le decía a ésta Caridad, su cuñada—, qué hacer con Rosa... Siempre me está viniendo con quejas de Ramiro; que si es un orgulloso, que si un egoísta, que si un distraído...

—¡Llévale la hebra y dile que sí!

—Pero ¿cómo? ¿Voy a darle alas?

—No, sino a cortárselas.

—Pues no lo entiendo. Y, además, eso no es verdad; ¡Ramiro no es así!

—Lo sé, lo sé muy bien. Sé que Ramiro podrá tener, como todo hombre, sus defectos...

—Y como toda mujer.

—¡Claro, sí! Pero los de él son defectos de hombre...

—¡De zángano, vamos!

—Como quieras; los de Ramiro son defectos de hombre, o si quieres, pues que te empeñas, de zán-gano...

—¿Y los míos?

—¿Los tuyos, Caridad? Los tuyos... ¡de reina!

—¡Muy bien! ¡Ni la Tía!...

—Pero los defectos de Ramiro no son los que Rosa dice. Ni es orgulloso, ni es egoísta, ni es distraído.

—Y entonces, ¿por qué voy a llevarle la hebra, como dices?

—Porque eso será llevarle la contraria. Lo sé muy bien. La conozco.

Cierta mañana, encontrándose las tres, Caridad, Manuela y Rosa, comenzó ésta el ataque.

ROSA.—¡Vaya unas horas de llegar anoche tu maridito!

Nunca hablando con su cuñada le llamaba a Ramiro “mi hermano”, sino siempre: “tu marido”.

CARIDAD.—¿Y qué mal hay en ello?

MANUELA.—Y tú, Rosa, estabas a esas horas despierta...

ROSA.—Me despertó su llegada.

MANUELA.—¿Sí, eh?

CARIDAD.—Pues a mí apenas si me despertó...

ROSA.—¡Vaya una calma!

MANUELA.—Aquí Caridad duerme confiada y hace bien.

ROSA.—¿Hace bien?... ¿Hace bien?... No lo comprendo.

MANUELA.—Pues yo sí. Pero tú parece que te complaces en eso, que es un juego muy peligroso y muy feo...

CARIDAD.—¡Por Dios, Manuela!

ROSA.—Déjale, déjale a la tía...

MANUELA.—Con el acento que ahora le pones, la tía aquí eres ahora tú...

ROSA.—¿Yo? ¿Yo la tía?

MANUELA.—Sí, tú, tú, Rosa. ¿A qué viene querer provocar celos en tu hermana?

CARIDAD.—Pero si Rosa no quiere hacerme celosa, Manuela...

MANUELA.—Yo sé lo que me digo, Caridad.

ROSA.—Sí, aquí ella sabe lo que se dice...

MANUELA.—Aquí sabemos todos lo que queremos decir y yo sé, además, lo que me digo, ¿me entiendes, Rosa?

ROSA.—El estribillo de la Tía...

MANUELA.—Sea. Y te digo que serías capaz de aceptar el peor novio que se te presente y casarte con él no más que para provocarle a que te diese celos, no a dárselos tú...

ROSA.—¿Casarme yo? ¿Yo casarme? ¿Yo novio? ¡Las ganas!...

MANUELA.—Sí, ya sé que dices, aunque no sé si lo piensas, que no te has de casar, que tú no quieres novio... Ya sé que andas en si te vas o no a meter monja...

CARIDAD.—¿Y cómo lo has sabido, Manuela?

MANUELA.—¡Ah!, ¿pero vosotras creéis que no me percató de vuestros secretos? Precisamente por ser secretos...

ROSA.—Bueno, si pensara yo en meterme monja, ¿qué? ¿Qué mal hay en ello? ¿Qué mal hay en servir a Dios?

MANUELA.—En servir a Dios, no, no hay mal ninguno... Pero es que si tú entrases monja no sería por servir a Dios...

ROSA.—¿No? ¿Pues por qué?

MANUELA.—Por no servir a los hombres... ni a las mujeres...

CARIDAD.—Pero por Dios, Manuela, qué cosas tienes...

ROSA.—Sí, ella tiene sus cosas y yo las mías... ¿Y

quién te ha dicho, hermana, que desde el convento no se puede servir a los hombres?

MANUELA.—Sin duda, rezando por ellos...

ROSA.—¡Pues claro está! Pidiendo a Dios que les libre de tentaciones...

MANUELA.—Pero me parece que tú más que rezar “no nos dejes caer en la tentación”, vas a “no me dejes caer en la tentación...”

ROSA.—Sí, que voy a que no me tienten...

MANUELA.—¿Pues no has venido acá a tentar a Caridad, tu hermana? ¿O es que crees que no era tentación eso? ¿No venías a hacerle caer en tentación?

CARIDAD.—No, Manuela, no venía a eso. Y, además, sabe que no soy celosa, que no lo seré, que no puedo serlo...

ROSA.—Déjale, déjale, Caridad, déjale a la abejita, que pique..., que pique...

MANUELA.—Duele, ¿eh? Pues, hija, rascarse...

ROSA.—*Hija* ahora, ¿eh?

MANUELA.—Y siempre, hermana.

ROSA.—Y dime tú, hermanita, la abejita, ¿tú no has pensado nunca en meterte en un panal así, en una colmena?...

MANUELA.—Se puede hacer miel y cera en el mundo.

ROSA.—Y picar...

MANUELA.—¡Y picar, exacto!

ROSA.—Vamos, sí; que tú, como tía Tula, vas para tía...

MANUELA.—Yo no sé para lo que voy, pero si siguiera el ejemplo de la Tía, no habría de ir por mal camino. ¿O es que crees que marró ella el suyo? ¿Es que has olvidado sus enseñanzas? ¿Es que trató ella de encismar a los de casa? ¿Es que habría ella nunca denunciado un acto de sus hermanos?

CARIDAD.—Por Dios, Manuela. Por la memoria de tía Tula, cállate ya... Y tú, Rosa, no llores así..., vamos, levanta esa frente..., no te tapes así la cara con las manos..., no llores así, hija, no llores así...

Manuela le puso a su hermanastra la mano sobre el hombro y con una voz que parecía venir del otro mundo, del mundo eterno de la familia inmortal, le dijo:

—¡Perdóname, hermana, me he excedido!..., pero tu conducta me ha herido en lo vivo de la familia y he hecho lo que creo que habría hecho la Tía en este caso..., ¡perdónamelo!

Y Rosa, cayendo en sus brazos y ocultando su cabeza entre los pechos de su hermana, le dijo entre sollozos:

—¡Quien tiene que perdonarme eres tú, hermana, tú... Pero hermana... no, sino madre..., mi madre... ¡Tía! ¡Tía!

—¡Es la Tía, la tía Tula, la que tiene que perdonarnos y unirnos y guiarnos a todos! —concluyó Manuela.

V
M O N O D I A L O G O S

(1892-1936)

ELECCIONES Y CONVICCIONES

(Diálogo divagatorio.)

—¿Cómo vamos de elecciones, señor don Cándido?

—Mal, señor don Miguel, muy mal. Nunca logro decidirme hasta que llegado el momento me deciden.

—¿Y no sabe usted a quién favorecerá con su sufragio este año?

—Soy víctima, querido amigo, de un círculo vicioso.

—¿De un círculo vicioso?

—Sí, señor. El tal círculo es que, so pena de que mi voto sea perdido, no puedo menos que darlo a uno cualquiera de los candidatos, y, por otra parte, no quiero votar a ninguno de ellos, porque en el mero hecho de presentarse candidato o dejar que lo presenten, no merece mi confianza. Esta es una doctrina que yo solo he sacado de mi cabeza...

—No deja de tener su miga.

—Yo pienso demasiado, amigo don Miguel, y esto me pone en gran cuidado, porque me acuerdo de un sobrino que se aprendió él solo, solito, las letras y se murió de puro listo.

—¡Extraña enfermedad!

—Mueren aún algunos de ella. Además, yo soy hombre de principios y de convicciones...

—¿Arraigadas?

—Arraigadas, sí, señor. Y como le digo a usted, me gustaría votar a un Cincinato...

—¿Qué es eso?

—A uno a quien sorprendiera el ser elegido.

—¿Y usted cree que hay mortal elegible a quien pueda sorprender que le elijan para algo? ¿Por qué no forman ustedes, los hombres de principios y de convicciones, una sociedad secreta y se ponen de acuerdo y designan sus candidatos sin que éstos lo huelan y les sorprenden?

Quedóse mi interlocutor mirando al suelo con una expresión que me inquietó bastante, porque me acordé de su sobrinito, muerto de puro listo. Al cabo levantó la cabeza.

—Se me ocurre una dificultad. ¿Y si los candidatos espontáneos se colaran en la sociedad secreta? Porque ríase usted, o no es sociedad o no es secreta... Si se colaran, digo, e hicieran que se les declarara candidatos sin saberlo ellos y... en fin, que yo cavilo demasiado —me dijo.

—Sí, señor don Cándido, me temo que de seguir así le mate a usted esa cabeza como a aquel su sobrino que aprendió a leer antes de tiempo. Le aconsejo que se deje de candidatos y de elecciones y de líos, se meta en su casita, ¡y a vivir!

—Jamás, señor don Miguel, jamás. Esas son doctrinas egoístas y disolventes. No me sorprenden en usted, pero yo, que soy hombre de principios y de convicciones, creo un deber ejercitar mis derechos, y puesto que se presentan varios candidatos, aunque todos sean para mí malos en cuanto todos son candidatos, elijo el que me parece menos malo y así cumplo con mi deber de ciudadano.

—¿Pero no sabe usted, señor don Cándido, que el peor de los candidatos es siempre el elegido?

—Chifladuras de usted. El humorismo no resuelve...

—¡Qué humorismo ni qué chanfaina! Le digo a usted que el peor de los candidatos es siempre el

elegido, por la misma razón por la que el peor de los dolores de muelas es el que se tiene y la enfermedad más mortal aquella de que se muere.

—¡ Sofismas, sofismas, don Miguel!

—Y ¿es también sofisma el que aquel a quien usted coadyuva con su voto a sacarle avante porque se presentó como candidato pardo, se les vuelva a ustedes una vez elegido, azul?

—Dejar de votar por temores como ése, es como si se pegara usted un tiro por miedo a tener que morir. ¿Quién está libre de un vividor? Ante todo y sobre todo son los principios, las personas después. ¿Qué sería de las personas sin los principios?

—Cierto. Los principios viven y llevan en su cabeza las personas; los principios son el alma del mundo, que gira en torno del sol desde que Copérnico le señaló su ruta; los pueblos esperan a que se pongan de acuerdo los pensadores para hacer las cosas y el día en que un pueblo perdiera su fe en el libre albedrío, se dejarán sus hombres asesinar y robar. Por las ideas hay que juzgar al hombre. Y así se ve que siempre profesan puras y levantadas ideas los vividores, y que son inquebrantables en sus principios los hombres piedra. Le felicito a usted, señor don Cándido, por su robusta fe en los principios.

—¿Y por qué, amigo don Miguel, no se esfuerza en adquirirla?

—Me gusta más correr la liebre que comerla. Tengo siempre presentes aquellas palabras de Lessing, y dispéñeme la cita, “no es la verdad que un individuo posee o cree poseer, sino el esfuerzo leal por alcanzarla, lo que constituye el valor del hombre. Porque no es la posesión, sino la investigación de la verdad, lo que extiende nuestras fuerzas. La posesión nos hace apáticos, perezosos, arrogantes. Si Dios tuviera encerrada en su diestra la verdad toda,

y en la izquierda tan sólo el instinto siempre vivaz que la persigue, aun añadiendo a él para nosotros condena al error permanente, y si Dios me dijera: ¡escoge!, me precipitaría humildemente a su izquierda y le diría: Padre, dámelo; la pura verdad no es más que para ti solo”.

—Muy bonito, don Miguel, muy bonito. Pero ¿y para la conducta de la vida?

—¿Usted cree, señor don Cándido, que la fisiología enseña a digerir?, ¿o la lógica a pensar?, ¿o la moral a ser bueno? ¿Cree usted que el río vivo de nuestra conducta brota del arco iris de la mente?

—Le falta a usted fe en los principios.

—¿Fe? La tengo, porque no se reduce la fe a fe en las ideas y en los principios. Hay, señor don Cándido, cosas más altas, más vivas y más fecundas que las doctrinas, los dogmas, las ideas, los principios y todo lo que brota de la cabeza. Más noble y más santo que el producto del trabajo es el trabajo mismo. Es mucho más fecunda la gota de sudor del sembrador que el grano que recoge. El cerebro, señor don Cándido, tiene de apéndice más de lo que se cree. ¡Pobres espíritus los que creen que las ideas mueven al mundo! ¡Menguadas inteligencias las que juzgan que todo el espíritu se reduce a lo que la conciencia refleja, que la sombra guía al cuerpo, que el grave son del toque de oraciones voltea a las campanas de la torre de la aldea! La fe más viva es aquella cuyo objeto no se fórmula en proposiciones analizables. No por programas, por lemas vagos, se dejan matar los pueblos. Y es que el lema, que flota al viento como la bandera, recoge aspiraciones oscuras y sacude los hajos fondos del espíritu de los pueblos, esas vivas corrientes que fluyen poderosas por debajo de las fórmulas de los charlatanes. “¡Pobres hombres! ¡No saben por qué van a matarse!”,

—Poco cruenta... —empezó.

—¿Poco cruenta? —exclamé—. No, no es sangre que se derrame hacia fuera, pero sí hacia dentro.

—¿Sangre derramada hacia adentro? —dijo espaciando las palabras—. ¡Bah! ¡Paradoja tenemos!

—¡No seas mentecato! —le repliqué—. ¿O es que no has oído de gentes muertas de hemorragia interior?

—“¡Viene también la muerte por el alma!...” —dijo, recordando a Campoamor.

—Es por donde de veras viene —le contesté—. Y casi diría que la otra no es muerte... Mas de esto de nuestra guerra hablaremos otro día.

* * *

Me levanté. Estaba solo. Había estado todo aquel tiempo solo. Mi amigo se disipó como se había formado; volvió a entrar en su limbo. Todo este diálogo no había sido más que un monólogo. Y los copos de nubes, que como vellones escarmenados se deshilachaban y perdían en el azul del cielo, fueron decoración de escenario. Respiré profundamente, asenté los pies en tierra y me dirigí a dar vista al río.

[*La Esfera*, Madrid, 25-III-1916.]

Nos marcaste la senda a cada uno de nosotros los hombres, Señor, y sólo Tú sabes cuáles son los sendos destinos que al cabo de ella nos reservas. Si es que la senda que nos marcaste tiene cabo, y no va serpenteando hasta perderse sin fin más allá de las últimas estrellas.

La ambición, la codicia, la vanidad, el orgullo, el miedo, el valor, hasta la haraganería son tus ministros. Ellos nos hacen caminar por nuestras vías siguiendo los hitos que en ellas nos pusiste.

Haz. Señor, que pueda yo comprender a los que marchan a mi lado espoleados por otro acicate que el que a mí, por tu mano, me espolea, y encorvados bajo otra cruz que la que a mí, por tu misericordia, me abruma.

Haz que comprenda a aquellos a quienes mueve los pies la codicia de bienes del estómago o la vanidad de obtener puestos para que los demás les miremos a los galones y no a los ojos. Haz que comprenda a los más incomprensivos, a los que estiman fracaso el triunfo y al fracaso le llaman victoria. Y haz, sobre todo, que comprenda a los que se arrastran penosamente por el sendero pedregoso, huyendo hacia adelante, llevados de la haraganería, madre de la cobardía y la pordiosería. Haz que comprenda y, comprendiéndola, perdone la tristeza espiritual de esos cobardes pordioseros que, por no trabajarse las entrañas del alma, ni se rebelan ni saben sino mendigar mercedes. Haz que los comprenda a todos.

“¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que se

hacen!", te dijo de nosotros, tus hombres, el Hombre, tu Hijo. Y tú sabes, Señor, que ninguno de nosotros sabe lo que se hace, y juzga lo que hace su hermano sin saberlo tampoco.

Tú sabes mi senda, Señor, y que he de ir adonde Tú quieras llevarme y no adonde quieran llevarme mis hermanos. Y yo sé, Señor, que no hay más cordura que dejarse llevar de tu mano. Y si es con la espuela del orgullo con la que nos llevas, déjanos llevar por esa espuela.

Permíteme sólo, Señor, que cuando haga un alto en mi romería al borde de la charca en que las ranas croan, pueda elevarme como una alondra y cantar desde tu cielo, desde donde no se oye a las ranas. Ellas hacen su nido en el fango, bajo el agua; déjame hacer así nido entre los trigales, sobre la tierra y bajo tu cielo.

Vamos por tus sendas solitarios y señeros. Tú nos juntas, apuñándonos en tu mano, como junta un niño, apuñándolas, un puñado de avellanas. Pero yo me siento dentro de mi cáscara, solo, y siento la soledad de aquellos que con sus cáscaras se aprietan a la mía. Y oigo el lenguaje de la soledad, que es el tuyo, Señor. Y sé que en la soledad nos aúnas como aunaste a tu pueblo en el desierto.

Conserva mi alma, solitaria, para Ti, Señor, y haz que en mi soledad pueda servir a las soledades de mis hermanos.

"¡El hombre propone y Dios dispone!", solemos decir. Haz, Señor, que cuando mis hermanos, solitarios como yo, al ver un acto mío, se pregunten: "¿Pero qué se propondrá con eso este hombre?", me entregue yo a tu disposición, Señor, a Ti que has dispuesto nuestras sendas. Y que cuando se pregunten: "¿qué buscará con eso que hace?", busque yo tu reino, Señor, el reino de la justicia. Y de todo lo

demás... ¡hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!

Permite, Señor, que la cruz que carga mis espaldas y me fuerza, por mi bien, a mirar al ciénago que cubre la senda sobre que marchó para que así no tropiece y caiga en él y pueda pisar a los hijuelos del Dragón, me deje libre la cabeza para poder mirar de vez en cuando, en un huelgo de mi marcha, al cielo y a sus estrellas y leer en sus nombres la empresa de tu escudo. Yo sé, Señor, que sólo conserva su vista clara y limpia para poder percatar en el fango quien la limpia y aclara por el alba mirando a tu sol, cuando se levanta desnudo al cielo sin nubes.

Deja, Señor, que traduzcan a sus lenguajes mis actos y haz que mi lenguaje se enriquezca con la traducción que haga yo de los suyos. "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", nos enseñó el Hombre, tu Hijo, a pedirte. Perdóname, Señor, mi incomprensión de los resortes por que obran tantos de mis hermanos, y perdónales su incomprensión de los acicates que me hacen caminar por el sendero que me has trazado. Perdona, sobre todo, Señor, a estos que llamamos políticos y que son los más incomprensivos de tus hombres.

Mira, Señor, que esta tu España, nuestra España, está dejada de manos de los hombres, de tus hombres; está dejada de tu mano, Señor, y la van llevando —sólo Tú sabes a dónde— las fuerzas ciegas de las cosas. Y mira, Señor, que hasta tus hombres, cuando se ponen a querer dirigirla, se convierten en cosas. Y Tú sabes que las cosas son de la materia tenebrosa y que se ahoga la libertad en ellas.

Levanta a tus hombres, Señor, y que sintamos en nosotros al hombre. Que sintamos tu Humanidad so-

bre la Tierra de las cosas y que nos sintamos vivos sobre las cenizas de nuestros muertos. Porque Tú, Señor, eres Dios de vivos y no de muertos, y el Hombre, tu Hijo, nos dijo que dejemos a los muertos que entierren a sus muertos.

Haz, Señor, que desde mi soledad sirva a las soledades de mis hermanos y que al fin nos encontremos todos en Ti, a quien van a dar nuestros senderos. Y ayúdame a hacer de esta Tierra tu reino, el reino de la justicia y de la verdad, cuyo advenimiento piden a diario tantas bocas de inocentes que, por no saber lo que piden, lo piden con mayor eficacia.

No me dejes descansar ni detenerme sino para tomar un ligerísimo huelgo en mi senda, Señor. No me dejes descansar. Visítame de continuo con los apretones de tu diestra, y estruja en ella a mi corazón hasta que suelte sangre. Porque yo sé, Señor, que cuando la conciencia descansa, que cuando la congoja nos deja, cuando no nos angustiamos mirando a lo lejos donde se pierde, en lontananza y bajo tu cielo, entre tinieblas, nuestro sendero, caemos en cobardía y en mendiguez. Yo sé, Señor, que el espíritu cobarde y mendicante que hoy oprime a nuestra España, a tu España, es hijo de la haraganería espiritual. Yo sé, Señor, que por no mirarte a las manos y a los ojos no sabemos mirar a las llagas que nos están comiendo la carne de la patria.

Tú, Señor, le marcaste su senda a mi patria, a mi España. Llévame por la misma senda por la que a ella la llevas, por donde van mis más prójimos, y aun cuando esa senda no acabe nunca. Yo sé que si no acaba nunca, Señor, es que acaba en Ti, que eres el fin último inasequible. Y sé que el acercarnos a él sin término es nuestra vida. Dame, pues, tu vida, Señor, la que no acaba.

—Y ahora vamos a hablar por hablar —dijo—, porque esto es siempre más franco, más noble, más puro que hacer que se hace. Nosotros, como sabemos hablar por hablar, apenas necesitamos literatura. La literatura es cosa de los pueblos mudos, tartamudos o callandrones. Escribiendo se vengan de no saber hablar por hablar.

—Pero el escrito queda, y a la palabra se la lleva el viento —replicó el otro.

—Habría que ver —contestó aquél— si el escrito queda y qué es eso de quedar, y habría que saber adónde se lleva el viento la palabra.

—¡Al viento mismo, claro está!

—¿Es decir, que el viento viene y va cargado de palabras?

—Sí; pero de palabras muertas...

—La palabra no muere, la palabra es inmortal, la palabra fué antes que fuese otra cosa creada y será cuando toda otra cosa deje de ser. Y este viento nos excita a pensar y a hablar, a darle nuestras palabras, porque viene cargado de ellas. Este viento es un viento conversacional. Siembra en las entrañas de nuestros pechos las semillas de las palabras que en él se sepultaron, y esas semillas nos dan nuevas palabras que florecen en nuestras bocas. Vamos, pues, a hablar por hablar y que los otros hagan literatura; es decir, que piquen la piedra berroqueña del escrito

—Si es para hacer estatuas bellas...

—¡Las estatuas son mudas, no dicen nada!

—¡Oh, no! Las estatuas hablan y dicen y cantan. La estatua de Memnón, estatua de granito, cantaba al romper el alba.

—Era el viento el que cantaba dentro de ella.

—Hay, pues, que hacer estatuas para encerrar en ellas al viento y obligarle a que cante. Porque el viento no canta ni habla ni dice nada sino cuando se le encierra. Es como el vapor, que encerrado en una caldera arrastra un tren y dejándolo libre se pierde en nube.

—¿Se pierde? No, no se pierde. Va a llover acaso en tierras resquebrajadas de sequía, va a surtir manantiales, va a rociar flores. Pero ahora hablemos por hablar, que ya se llevará el viento nuestras palabras a enredirlas en cualquier coloso de granito, entre las grietas y rendijas de su cuerpo, y cuando rompa el alba saldrán de él nuestras palabras cantando, como salen cantando con sus alas las abejas de la colmena. Hablemos, pues, por hablar.

—Yo tomaré nota —replicó el otro— para fijarlas por escrito, para que queden, para hacer literatura.

—Sirve para que tú leas lo mismo que has dicho, para que veas tu palabra. Hacerle a uno leer lo que ha hablado es ponerle un espejo delante del alma. “¿Pero he dicho yo esto?”, se pregunta. Siempre he creído que el fin humano de las artes no es sino enseñar a los hombres a ver la Naturaleza. Toma la pintura de paisaje, por ejemplo, y fíjate en que su valor es enseñarnos a ver el paisaje no pintado, el de verdad, el natural.

—Pero, ¿estás seguro de que el paisaje natural no está pintado?

—Digo, pues, que cuando los hombres aprendan

a ver estéticamente el paisaje, a pacerlo con la mirada, a recrearse viéndolo y con su visión, entonces estará de más la pintura de paisaje. Siempre es más bello el paisaje natural y vivo que no el pintado.

—¡No; eso, no! El paisaje pintado es el visto por otro. Y lo que perfecciona y colma la sociedad, lo que hace la Humanidad, es que sepamos ver lo que ven los otros; es que yo vea el paisaje que ve mi prójimo; es decir, que lo vea con sus ojos, o, mejor, que lo sienta con su corazón. Hay tantos paisajes como ojos de hombres lo ven, y la armonía y el consorcio, y acaso la fusión de todos esos paisajes, es el paisaje humano, es la suprema belleza. Si fundes un millón de fotografías de un mismo objeto y haces una compuesta, no tendrás más que la reproducción objetiva, científica, o, si quieres, estadística, del mismo objeto; pero si fundiéramos en uno un millón de retratos artísticos, humanos, del objeto ése obtendríamos el objeto humano o, más bien, divino. Si fuese una encina o un olivo, tendríamos la encina o el olivo tal cual vive y florece y fructifica en la mente de Dios, que es el lugar común de las mentes todas de todos los hombres que han pensado, de los que piensan y de los que pensarán.

—Hombre, ¿y eso que dicen de que hay hombres salvajes tan degradados que nada ven en una fotografía o en un retrato? Dicen que si se les presenta un retrato de uno de ellos le dan vueltas y nada ven allí.

—Es porque tampoco se ven a sí mismos, ni los unos a los otros.

—Pero se conocen.

—Acaso por el olor, como los animales. Porque un león que no reconoce a un león bien pintado y no se detiene ante él, tampoco se conoce a sí mismo.

Como que es el arte el que nos trae al conocimiento propio.

—¿El arte o la ciencia?

—¡El arte, el arte, no la ciencia; la ciencia no! La ciencia es estadística. La forma analítica de una curva no enseña a ver la curva. ¿Te gustaría que te diesen la fórmula analítica de la redondez del pecho de tu amada?

—Bueno; cuando entra el amor...

—Y el amor entra siempre en el conocimiento. Nadie puede conocerse a sí propio si no empieza por amarse. Y el que haya tan pocos que se conozcan a sí mismos depende de que son muy pocos los que a sí mismos se aman. El precepto aquel de “ama a tu prójimo como a ti mismo” nos manda amarnos, y cabe traducirlo así: “¡ámate a ti mismo como ames a tu prójimo!” Acaso para muchos estaría más claro así.

—Pues ¿cómo dicen tantos maestros de la vida espiritual que es el amor propio lo que más estorba al propio conocimiento?

—Porque por una de esas trágicas antinomias del lenguaje, que suele decir lo contrario de lo que quiere, eso que se llama amor propio es todo lo contrario de amarse a sí mismo como debe uno amarse, como se ama al prójimo.

—¿Al prójimo? —exclamó el otro—; al prójimo contra una esquina, como dice muy bien el dicho decidero.

—¡Y a sí mismo también! Cuando uno se quiere a sí mismo de veras se da contra una esquina. Es el mejor modo de enterarse uno, por el dolor y la irritación, de que es él y no otro, de que existe. ¿No has oído lo de que “quien bien te quiere te hará llorar”? Pues si uno se quiere bien, se hace llorar a sí mismo.

—Sí, enseñanzas ascéticas. Todo eso es, dicen, para ganar la gloria del cielo.

—Y aunque no hubiese gloria ni cielo. Vivir es estar despierto, no soñar; y cuando uno siente que el sueño, que es la muerte, lo gana, ha de pellizcarse y hostigarse, y torturarse si es preciso para que el sueño no le coja. No hay mejor antihipnótico que el sufrimiento.

—¿Pero no es mejor dormir sin dolor a vivir sufriendo?

—No; nada es mejor que vivir, sea como fuera, aunque sea sufriendo. Y si el que sufre aprende a vivir su sufrimiento, a hacerlo fructificar, ¿qué más quiere? ¿No recuerdas lo del “dolor sabroso” de la Santa de Avila? Conoce la sabrosidad del dolor el que sabe conocerse porque sabe amarse libre de ese otro amor propio.

—Pero ¿no puede eso degenerar en sufrir por sufrir?

—Sufrir por sufrir es algo como hablar por hablar. Se habla por hablar para sentirse pensar, y se sufre por sufrir para sentirse sentir, para sentir uno que siente y así vivir. Y aquel canto que entonaba al rompimiento del alba el coloso de granito, dicen algunos que era un quejido, que se quejaba al sol que iba a nacer.

—¿Y de qué se quejaba?

—¡De qué iba a quejarse, hombre de Dios...! Se quejaba de ser coloso de granito, porque quería ser, como Eolo, de viento. Era cosa de arte y aspiraba a ser cosa de naturaleza. ¿No has visto paisajes pintados en que se ve el esfuerzo de la pintura por dejar de serlo? Son obras inquietas, obras que se estremecen de pasión. Nada me choca lo de aquel pobre escultor que se volvió loco y murió creyendo que le había esculpido a él una de sus esculturas y se daba

coscorrones de cabeza contra la mano de la estatua para que ésta se la modelara mejor. Nada me chocaría que un pobre escultor jorobado que tallara una soberbia Venus se apretara la joroba contra el pecho mármóreo de la diosa para que se la curara. O que forjase un Apolo de bronce para que le encerraran en su molde y perecer allí.

—Lo que sí sé —añadió el otro— es de algún escultor que, como Parsifae se encerró en una vaca de artificio para que la gozara el toro amado, se encerró en un Apolo de bronce para mejor enamorar a la mujer amada. La engañó al pronto, pero muy luego se dió ella cuenta de que es terrible la carne enferma y débil abroquelada en bronce de arte.

—¿Ves adónde conduce el hablar por hablar?

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid. 21-VIII-1916.]

—Bueno —me decía—, pero aunque usted no esté conforme con las ideas de Vázquez de Mella y las rechace y combata, usted reconocerá conmigo que es un gran orador, un gran artista de la palabra.

—¡Qué he de reconocerlo, hombre de Dios! —exclamé—, ¡qué he de reconocerlo! ¡Ni por pienso! Y precisamente no estoy conforme con lo que dice y predica —si es que dice y predica algo que sea algo— y lo rechazo y lo combato, porque me parece un mal orador, un no artista de la palabra, un valor estético negativo y destructor. Si me pareciera bien como orador, como artista, me parecería también bien lo que dijese y estaría conforme con ello.

—¡Caramba! —exclamó—. Entonces si dos artistas, dos verdaderos artistas de la palabra, dos oradores de verdad, sostienen cosas contradictorias, le parecen a usted bien los dos, ¿no es eso?

—¿Y qué duda cabe? —le repliqué—. Porque dos artistas, dos verdaderos artistas, o digamos más bien dos poetas, que tales son los oradores de veras, jamás se contradicen. Y esto, aunque parezca decir cosas contradictorias. Y, en cambio, dos que parezcan decir la misma cosa, dicen cosas muy diferentes. ¿Usted ha leído al conde José de Maistre?

—No, no señor —me contestó—. Pero he oído hablar de él bastante.

—Lo cual no es lo mismo —le dije—. Conozco, en efecto, quienes no le quieren leer porque han oído

hablar no ya bastante, sino demasiado, de él. Han oído que defendió al verdugo y a la Inquisición y a la santa ignorancia y no han querido leerle. Y no saben que cuando defendía esas cosas defendía muy otras que defienden quienes le citan y le repiten. El, el conde de Maistre, el patriarca de los integristas, el gran ultramontano, decía cosas que dichas por él eran verdad y repetidas por sus secuaces son mentira. De Maistre era un soberano orador, un orador por escrito, pero soberano. Y era un formidable artista Luis Veuillot. Y lo era también, aunque en menor grado, en mucho menor grado, nuestro don Juan Donoso Cortés, el marqués de Valdegamas. Pero este otro don Juan, su papagayo, ¿éste? ¡Qué ha de serlo, ni grande, ni chico! Lo malo no es lo que dice; lo malo es la manera de decirlo. Es decir, lo malo es, sí, lo que dice, porque lo que se dice no es otra cosa que la manera de decirlo, que el dicho. Y cuando se dice algo mal es que se dice algo malo. O que no se dice nada. Y esas llamadas síntesis históricas, esos desenfrenados galopes a través de la historia, esas carreras a la grupa de un Clavileño desde Viriato hasta Zumalacarreui o desde Numancia hasta Somorrostro, todo eso no es decir nada. Y es un síntoma terrible la perversión del sentido estético público que supone el que sean legión los que se apacienten con esas nonadas.

—Vamos, sí —me dijo—, que quiere usted aplicar el sentido estético a las cosas de política...

—Y claro es que quiero aplicarlo —le repliqué—. Como la política es arte, ante todo y sobre todo arte, es el sentido estético el que hay que aplicarle. Una política fea es una política mala, es una política antipolítica, es decir, no es política. Y la fealdad se llama ramplonería y se llama charlatanería y se llama oquedad sonora. ¿O es que cree usted que el retor-

cimiento barroco de los escritos de Maura, su estilo salomónico, no delata un vicio de concepción y de pensamientos políticos?

—¿Salomónico le llama usted al estilo de Maura? —me preguntó—. Eso quiere decir que le reconoce usted a él algo de Salomón.

—¡No, no! —le dije—, al decir que su estilo de escribir es salomónico no quise compararlo con el del *Eclesiastés*, el *Libro de los Proverbios* o *El cantar de los cantares*, atribuidos a Salomón, no, ¡nada de eso! Quise más bien compararlo con el estilo de la talla de las columnas llamadas salomónicas, las churriguerescas, aquellas que parecen paños que se retuercen, después de lavados, para enjugarlos el agua. Y ese vicio artístico delata un vicio íntimo de concepción. Y créame que el más triste síntoma que presenta nuestro Parlamento es el bajo, bajísimo, ínfimo nivel estético de él. Cuando leo en la reseña de una sesión parlamentaria que tal o cual prohombre político entonó un himno a la patria, o al ejército o a la marina o a lo que sea, me echo a temblar. Esos himnos parlamentarios de las sesiones solemnes, de las sesiones de altura, son lo más desconsolador de nuestra desconsoladora vida parlamentaria. Nuestra decadencia política es decadencia estética.

—¿No será más bien al revés? —me insinuó.

—Es lo mismo —le contesté—. Acaso convenga más decir que nuestra decadencia estética es decadencia política. Porque sólo tiene gusto el ciudadano en cuanto tal. Y donde no hay ciudadanía no hay gusto.

—Pues mire usted —me replicó—, ahí tiene usted esos que siempre están hablando de ciudadanía y culpando a los otros de mal gusto.

—Sí, es la consigna de los conservadores de nuevo cuño —le dije—. La ciudadanía para ellos parece

ser un oficio, y en cuanto al mal gusto, no hay otra acusación cualquiera que se encuentre en boca de los espíritus ramplones. Y hoy en España conservaduría es sinónimo de ramplonería. Figúrese que no ha faltado quien haya dicho que el ser germanófilo era más distinguido y que la francofilia o la anglofilia eran una ordinariéz.

—Y a propósito de germanofilia —me dijo—, ¿qué le parecen las correspondencias de Ricardo León desde Berlín?

—Pues me parecen —le contesté— lo mismo que los discursos del señor Vázquez de Mella; que no me meto, que no me quiero meter en lo que dicen, si es que dicen algo, ni en si todo eso podría haberse escrito lo mismo desde Madrid, ni en si sabe o no la lengua del pueblo en que se halla. No me importa todo eso. Me basta coger las crónicas esas y empezar a intentar engullir, como quien engulle a frechó o serrín o si usted quiere harina seca, toda esa lengua muerta, requetemuerta, amojamada, hediendo a Academia, todo eso del “apacible lar”, todo ese calco de estilo cervantesco. Y el estilo cervantesco es hoy tan disparatado como aquel salomónico de que le hablaba. Para escribir hoy al modo de Cervantes tenemos que retorcer y torturar nuestra expresión como quien retuerce un paño lavado para enjugarle el agua de jabón. Y lo que se dice de esa manera, sea ello lo que fuere, no puede ser nada que valga la pena de ser dicho. Allí nada palpita, nada se estremece, nada vibra. Todo ello está dicho en un estilo conservador, peor aún, tradicionalista. Y el estilo tradicionalista delata la muerte de la tradición. Porque la tradición no es ni puede ser sino la materia de la historia, pero materia que hay que informar y vivificar.

—Pues amigo niño —me dijo entonces—, esos dis-

cursos y esas crónicas tienen público, mucho público a quien recrear.

—¿Que le recrean? —salté diciendo—, ¿qué le recrean? ¡Qué han de recrearle! ¿Pero usted sabe lo que es recrear y recrearse? Re-crear es volver a crear; re-crearse es volver a crearse. Y no, no vuelven a crearse al oír ni al leer eso. Y lo oyen y lo leen para no tener que volver a crearse, para no tener que vivir. Sí, eso les gusta, pero les gusta por pereza y nada más que por pereza. Eso les da la ilusión que piensan algo. Eso no es más que un narcótico. Eso les ahorra de tener que pensar y de tener que sentir; eso les mece en el sueño, pero en un sueño sin ensueños, en una soñarrera. Eso les amodorra. Y nuestro tradicionalismo no es otra cosa. Se trata tan sólo de echar la siesta recostando la cabeza en la almohada pétrea de la tradición, de una tradición que no es historia, es decir, no es tradición viva, de una cosa hecha y no que se está haciendo. Y el estilo oratorio de Mella, como el estilo literario de León, son cosas hechas y no cosas que se hacen. Es decir, no son cosa de espíritu, sino de materia. Son tierra, tierra, tierra, nada más que tierra.

—¿Es que no se puede hacer la tierra espíritu...? —me dijo.

—¡Claro que sí! —exclamé—, ¡claro que sí! Pero hacer de la tierra espíritu es hacer de la tradición historia. Y para hacer de una lengua terrena una lengua espiritual, no sólo sobran, sino que estorban las Academias y los académicos. Y para hacer poesía, es decir, creación política, no sólo sobran, sino que estorban los que en el Parlamento entonan himnos a la tradición patria. ¡No, nada de esos himnos! Queden para los juegos florales.

VIDA, GUERRA, ALMA E IDEAS

COLOQUIO CON AUGUSTO PÉREZ

Aquel desgraciado Augusto Pérez, a quien maté o creí haber matado, o, mejor dicho, a quien dejé morir o creí haberlo dejado muerto, como saben los que hayan leído mi novela *Niebla*, volvióseme a aparecer anoche en sueños —que es lo mismo que decir que soñé que se me aparecía, y es tropo bíblico— y se entabló entre nosotros este coloquio:

Yo.—¿Qué, has vuelto a la vida aun después de lo que me dijiste la última vez que te soñé?

El.—No, no me soñó usted entonces, sino que le soñé yo a usted. Somos los soñados los que soñamos a nuestros soñadores.

Yo.—Déjate de metafísicas, Augusto, que los tiempos no están para eso.

El.—Se equivoca, don Miguel, se equivoca. Nunca han estado los tiempos más en sazón para mies metafísica. La metafísica es hija de la guerra. Las artes dicen que son hijas de la paz, y aun lo dudo.

Yo.—Sí, acabo de leer que la *Frankfurter Zeitung* dice que las gentes de Berlín se han hecho tranquilas e introspectivas, que se acuestan más temprano y que se está desarrollando allí un nuevo interés por la metafísica alemana. Y la revista inglesa en que lo leo —porque lo leo en una revista inglesa— recuerda cómo Fichte elucubraba al estrépito de los tambores napoleónicos y cómo Hegel concluía su

Fenomenología del Espíritu mientras el ejército prusiano era destruido en Jena, al pie de las ventanas de su cuarto de estudio.

El.—Pues bien; yo vengo de recorrer, como espíritu puro, los campos todos de batalla, todos los frentes, aquellos en que se pelea con el cañón y el fusil y la espada y la bayoneta, y aquellos otros en que se pelea con la pluma y con la lengua. Y también los frentes en que se pelea con el oro. Porque ahora todo es ya frente y todo es un solo frente. Vengo, como te digo, de recorrerlos y de haberme deslizado a las conciencias de los combatientes...

Yo.—¡De los que las tengan!

El.—Todo combatiente tiene conciencia, y si no la tiene no es tal combatiente.

Yo.—¡Pues pocos infelices habrá a quienes han llevado allá, al campo de batalla, sin que sepan por qué ni para qué...!

El.—Sí, como se lleva un cañón u otro artefacto. Pero te digo que una vez allí les nace conciencia y hasta conciencia metafísica. Y cada uno da un porqué y un para qué a la guerra que se ve llevado a guerrear. Cada cual sabe, o por lo menos cree saber, por qué y para qué pelea.

Yo.—¿Y por qué y para qué?

El.—Cada cual hace su guerra.

Yo.—¿Pero es que hay más que una sola?

El.—Sí, hay tantas como combatientes. Desde luego, cada nación, cada pueblo de los aliados entre sí, hacen su guerra y busca en ella su propio y peculiar propósito; pero, además, cada partido político, cada secta religiosa, cada agrupación económica va tras su objetivo.

Yo.—¿Y la unión sagrada entonces?

El.—La unión sagrada de la guerra misma. Unen-se para conseguir la victoria, pero cada uno busca

su victoria. Y cree ingenuamente que los otros le ayudan a conseguirla. El católico, por ejemplo, cree en Francia que, merced a la victoria francesa, conseguida con el concurso de los católicos, el catolicismo recobrará fuerza y se enderezarán entuertos jacobinos, y el jacobino cree otra cosa. Los individualistas están convencidos, o creen estarlo, o dicen que lo están, de que esta guerra es el fracaso del socialismo, mientras que los socialistas afirman que sólo se podrá soportar luego el peso de las deudas mediante una organización socialista de los Estados, y ven el anuncio de ello en las medidas que los Estados beligerantes están tomando. Los demócratas se complacen en creer que la victoria sea una victoria de la democracia y del sistema representativo y parlamentario, y los imperialistas que ha de ser el triunfo del imperialismo. Los unos creen que Inglaterra saldrá de la lucha, aunque venza, germanizada, y los otros que Alemania, aunque no sea derrotada, saldrá anglicanizada. Y hasta en el orden literario unos esperan la vuelta del romanticismo que siguió a la caída de Napoleón y los otros la vuelta del clasicismo del siglo XVIII. Y cada cual pelea por su causa, creyendo que sus aliados le hacen el juego en ella. Con eso de la unión sagrada ocurre que el católico cree que se la da al jacobino y éste a aquél, el burgués al socialista y el socialista al burgués, el demócrata al imperialista y el imperialista al demócrata. El ejército profesional cree que se está sirviendo del pueblo armado y el pueblo armado cree que se sirve del ejército profesional. Cada uno cree hacer su juego y todos están haciendo el juego del supremo, eterno e infinito maese Pedro.

Yo.—No seas irreverente y hasta impío, Augusto; mira que...

El.—¿Qué?

Yo.—Que dejo de soñarte.

El.—Eso será, amigo don Miguel, lo que tase un sastre. No basta que no quiera soñarme si yo me empeño en ser soñado y en ser soñado precisamente por usted. ¿O es que cree usted haber escrito aquel relato de mi vida metafísica a que llamó *Niebla* porque le dió la gana, y así, sin más ni más? No, no y no. Y yo, y no usted, sé por qué le escribí, y yo, el sueño, y no usted, sé por qué ha tomado en esto de la guerra la posición que ha tomado y por qué se ha convertido en un apóstol y profeta del anti-germanofilismo español. La guerra está exaltando a todos y sacándoles lo que tenían más dentro de sí; la guerra está metafisicando a todos.

Yo.—¿Pero es que exaltarse es metafisicarse? Yo creía que fuese más bien lo contrario.

El.—¡Pues no! La metafísica no es más que otra forma de la exaltación poética, del raptó, del arrobó. Y todo ello no es sino acelerar el ritmo de la vida espiritual. Y al acelerarlo, lo ahonda. Tan violentamente, tan de prisa va la corriente del espíritu, que llega a las más profundas aguas, a esas aguas que suelen estar quietas y como muertas en el curso ordinario de la vida, y agitan el lecho mismo del cauce del alma, arrastrando las piedras que en él yacen. Inmóviles cantos rodados, ideas y sentimientos pétreos que descansaban hace siglos antes de que éstas tomaran conciencia de sí y del mundo al encarnar en nuestros cuerpos, se ven ahora arrastrados por la torbellinosa corriente de la guerra. Y éste es un tremendo examen de conciencia. Cada cual se está descubriendo a sí mismo.

Yo.—Pero no para cambiar acaso...

El.—¡Claro que no! Para hacerse más él; para ser más él. Y eso es, en cierto modo, cambiar también.

Yo.—Pero es que ahora hay quienes abdican de sí mismos, quienes fingen, quienes mienten...; hay hipócritas...

El.—Lo parecen. Y lo que en realidad hay es que las almas sin juicio buscan uno cualquiera y se agarran al primer palo que encuentran entre los remolinos de las corrientes. Hasta los más impersonales buscan personalidad, y la encuentran, aunque sea pegadiza y de prestado. Hasta los limacos buscan concha y se meten en la de cualquier caracol que hubiese muerto. Todos necesitan armadura, y el que no la puede echar de dentro, hacerla de su piel, de su carne y de su sangre, se reviste de la primera que encuentra sobre un cadáver. Y no hay hipócritas. El que cree fingir no finge, y ni siquiera engaña con su fingimiento. Le digo que no.

Yo.—Bien, ¿y qué idea nueva saldrá de todo esto?

El.—¿Idea nueva? ¿Y qué es eso de idea nueva? ¿Es que hay ideas nuevas? Ni hay ideas ni hay almas nuevas. Cuando empezó este nuestro mundo había las estrellas que hoy hay y las almas y las ideas que hay. Cambian las almas de cuerpos, pasando de unos en otros, y hacen distintos hombres y cambian de palabras las ideas haciendo distintos pensamientos. La misma alma en dos o tres cuerpos distintos hace dos o tres hombres distintos, y la misma idea en dos o tres palabras hace dos o tres pensamientos. La misma cosa dicha en diversos idiomas se hace cosas diversas.

Yo.—Filósofos ha habido para sostener que no hay más que un alma repartida entre los diferentes hombres.

El.—Sí, y una misma idea repartida entre las diferentes manifestaciones o representaciones de ella.

Yo.—Eso me huele a hegelianismo.

El.—¿No le dije que, merced a la guerra, metafísicábamos o hegelianizábamos todos?

Yo.—¿Es lo mismo acaso metafisiquear que hegelianizar?

El.—¡Claro está!

Yo.—Entonces todos nos estamos, en cierto modo, prusianizando...

El.—¿No ha arrastrado Prusia a todos a la guerra?

Yo.—¡Sí!

El.—Pues ya ve que sí, para acabar con la guerra, han tenido que hacerla aquellos a quienes se les llevó, bien a su pesar, a ella, para acabar con la metafísica tendrán todos que metafisicar.

Yo.—¿Y acabarán con ella, con la metafísica?

El.—¡Antes con la vida!

Yo.—¿Y acabarán con la guerra?

El.—Con ésta, con la que llaman esta guerra, sí; ¡pero con la guerra no! Se acaba con una vida, con la de éste o aquél, como se acaba con un hombre y con un pensamiento, con la encarnación de un alma en un cuerpo o la de una idea en una palabra, pero con la vida no se acaba, como no se acaba con un alma ni con una idea. Y así no se acaba con la guerra. La vida, la guerra, el alma y la idea son inmortales.

Yo.—¿Y la muerte y la paz y el cuerpo y la palabra?

El.—También son inmortales. Pero es porque no pueden morir.

Yo.—¿Y los otros?

El.—Porque no deben. ¡Dios no debe morir!

Y dicho esto, volvió a fundírseme en la niebla.

ANGELES Y MICROBIOS

A.—¿Y cuál es el ángel de España?

B.—¿Cómo?

A.—Dice San Clemente Alejandrino en su *Stromata* que hay por divina y antigua ordenación distribuidos ángeles según pueblos; que cada uno de éstos tiene el suyo, y que por los ángeles inferiores dió el Señor la filosofía a los griegos. ¿Qué nos dió a nosotros, los españoles, y por qué ángeles, inferiores o ínfimos? Porque no parece que nuestro ángel sea superior y ni siquiera medio.

B.—Mistiquerías son éstas en que tú, con demasiado arregosto, te engolfas. No creo que se trate de ningún ángel, sino más bien de algún microbio.

A.—Me temí que dijeras de alguna bestia.

B.—Por aquello de Pascal, sin duda. Y un pueblo, en efecto, es lo mismo que un hombre, un ángel montado en una bestia. Pero aquí se trata de otra cosa, y es de nuestro microbio diferencial. Antójame que el principio de tipificación de cada pueblo es un microbio especial; que hay el microbio de la raza.

A.—Ingeniosa ocurrencia, y que no sirve más que para arredrar la dificultad sin resolverla. Pues siempre quedarán por aplicar las diferencias entre el microbio español o de la españolidad, el inglés, el alemán, el francés, el chino... Si dices que el negro es negro, y el blanco blanco, y el amarillo amarillo, por el microbio específico de la negrura, la blancura

o la amarillez, siempre te queda por explicar cómo estos microbios se han diferenciado.

B.—Pero el llevar la dificultad a lo muy pequeño, a lo microscópico, parece que nos alivia de su peso, como les aliviaba a los antiguos del peso de tener que explicarse las diferencias de suertes entre los hombres, el llevarlas a la conjunción de los astros que presidió a sus nacimientos, a lo muy grande, a lo telescópico. Y el que nacía bajo malos astros vivía siempre des-astrado o astroso. Digamos, pues, para salir del paso y a la vez para pasar el tiempo, que la culpa de nuestros desastres la tiene el microbio de la españolidad.

A.—¿No dijo acaso una vez el formidable humorista que ha sido Pompeyo Gener que la inferioridad de los españoles de las mesetas centrales —inferioridad por definición— respecto a los de las costas se debía a que en esos altos páramos el aire es pobre en argón? Y el argón no es ningún ángel.

B.—Ni es tampoco ningún microbio. Pero yo me atengo a mi ocurrencia, que no he de llamar teoría, del microbio etnogénico. Y cualquiera que venga de fuera, de otra raza, si llega a asimilarse ese microbio, se hace español al punto. Como se hace inglés, o francés, o alemán, o ruso, el español que llega a asimilarse el microbio etnogénico de esos pueblos. No te quepa duda de que se trata de un microbio. ¿O es que cada enfermedad no da un cierto tono y aire al carácter de los enfermos? ¿Es que no hay una psicología especial del tuberculoso, y del avarioso, y del artrítico, y del alcohólico, y del diabético?

A.—Acaso más bien habría que ir a buscar las diferencias de carácter entre los pueblos en la enfermedad predominante en cada uno de ellos. Pues si hay un grupo de enfermedades, sean a, b, c, d y e, que se dan en una cierta proporción media en el

género humano todo, la proporción de cada una variará, dentro de la proporción media general, en cada uno de los pueblos. Y así he oído asegurar a un amigo que la psicología de tal pueblo europeo es de artrítico, y la de tal otro de alcohólico, y la de aquél de avariósico, y la de éste de hepático.

B.—Y alguna de hambriento.

A.—¿No lo dirás por el nuestro?

B.—No, no lo digo por el nuestro, a pesar de la leyenda —que hoy no es otra cosa— del hambre española. Si es que no nos referimos a un hambre heredada. Porque la inspiración de nuestra novela picaresca es el hambre, o, por lo menos, el ayuno. Hay mucha más afinidad de lo que parece entre el Dómine Cabra y Don Quijote. Nuestra virtud radical, la sobriedad, no es ningún ángel.

A.—No, ni ningún microbio.

B.—¡Claro! Lo negativo no puede ser ni ángel ni microbio. Y la sobriedad es una virtud negativa.

A.—De negaciones está hecha nuestra alma nacional.

B.—¡Más bien de abnegaciones!

A.—¡Quién sabe!... y el colmo y copete de ello, el culto al dolor. Al dolor sabroso que dijo Santa Teresa. El culto al dolor propio, y no pocas veces al ajeno.

B.—Di más bien el arregosto, la voluptuosidad de él. Y es la fuente de mucho de eso que llaman pesimismo y no es sino lujuria espiritual del duelo.

A.—¡Y qué bien lo expresó un español españolísimo, ciudadano y poeta romano, el cordobés Marco Anneo Lucano!

B.—¿Cómo?

A.—En el libro IX de su *Farsalia*, creo recordar que en los versos 111 y 112, al contarnos el duelo de Cornelia por la muerte desesperada de su marido,

el gran Pompeyo, nos dice que “estrechamente abrazada por fiero dolor se goza en las lágrimas y quiere antes que al marido al luto”.

*Sævumque arte complexa dolorem
perfruitur lacrimis et amat pro coniuge luctum.*

[Lib. IX, vs. 111-112.]

Esta “perfruición de lágrimas” y este “amor del duelo” son hondamente característicos. ¡Y no es el instinto suicida, no! El suicida se quita a veces la vida por no sufrirla, mientras que el asceta busca el sufrimiento del vivir.

B.—¿Realmente el sufrimiento?

A.—No lo sé..., no lo sé... Hay extrañas perversiones. Y con esto relaciono la manía de quejarse, la quejumbrosidad y con ella la quisquillosidad, y la recelosidad. Y quién sabe si la envidia... Pero dime, tú, el materialista, ¿la envidia se debe también a algún microbio?

B.—Tú, el espiritualista, creerás, sin duda, que se debe más bien a un ángel, al ángel de la envidia.

A.—¡Claro está! Al demonio. Los demonios no son más que ángeles de envidia. Lo diabólico es lo envidioso. No hay más diabolicidad que la envidia. Diabolo quiere decir acusique. Y el Infierno no es más que la envidia. ¡A ver ese microbio!...

B.—No, la envidia no se debe a un microbio. La envidia es una secreción interna.

A.—¡Otra que tal!

B.—La envidia es la secreción interna del amor propio, de la ambición. Cuando la ambición, cuando el amor propio se vierte hacia afuera produce y lleva a cabo grandes proezas, hazañas magnánimas, y buscando el héroe de su propia gloria e historia

hace las de los demás. Pero cuando la ambición, estreñida y apretada por el temor al fracaso y al ridículo, se encierra en el alma en que brota, conviértese en envidia. El envidioso es un tímido, un vergonzoso, un pobre de espíritu que cesa y se arredra ante el ridículo. El que dice a cada paso y venga o no a cuento, “¡de mí nadie se ríe!”, suele ser un envidioso. El envidioso es, por lo común, un varón grave y hasta solemne. La gravedad, la solemnidad, la compostura aparatosa, suelen ser síntomas de la envidia. Y a nadie envidia más el envidioso que al que sabe afrontar el ridículo. Nuestra castiza gravedad, nuestra *morgue*, es melliza de nuestra no menos castiza envidia.

A.—Y de la sobriedad ambas, sin duda.

B.—Sí, porque la gravedad es una sobriedad de espíritu. Y hay veces en que esa gravedad, en que esa solemnidad, pasa de lo sobrio espiritual para frisar en lo hambriento. Nada hay más solemne que el ayuno espiritual. El tonto de capirote es solemnísimos.

A.—Y ahí, ¿hay microbio?

B.—No; ni secreción interna tampoco. Acaso ángel.

A.—Ángel de la tontería..., ángel de la tontería...

B.—¿Qué, no le hay?

A.—No le conozco.

B.—¿Y quedamos de todos modos sin saber qué ángel o qué microbio nos hace ser como somos a los españoles?

A.—¿Y no será más bien ángel y microbio a la vez?

B.—¡Ah! ¡Un ángel microbio! ¡El ángel de los microbios! ¡El microbio de los ángeles! Esto me trae a las mientes la terrible enfermedad de la micromanía. Que si hay hombres y pueblos atacados

de megalomanía, los hay también infectos de micromanía o delirio de pequeñeces.

A.—¿Me lo quieres explicar?

B.—Otro día; hoy ya no.

[*El Imparcial*, Madrid, 6-VII-1917.]

EL TALENTO DE HACER ARTICULOS

P.—Nada, nada; el que no sabe hacer cuartos es: o un vago de siete suelas o un tonto de capirote.

R.—¡ Hombre, no! Hay quien tiene mucho talento y no sabe ganarse la vida con él.

P.—¿ Y a eso le llamas tener talento?

R.—¿ Y si con ese su talento le da de ganar a otro?

P.—Entonces es este otro y no aquél quien tiene talento. Talento, según me parece, quiso decir un peso y una cantidad de dinero.

R.—Exacto, de 60 a 80 libras, y un valor que calculan en más de mil duros actuales.

P.—¿ Lo ves? Y si uno se gana la vida exhibiendo un oso adiestrado o un camello sabio, o un caballo calculador, ¿ quién es el del talento: el oso, camello o caballo o quien lo exhibe?

R.—¡ Vaya una comparación!

P.—Ni más ni menos. Si un criminalista se gana la vida recitando ante los jurados las defensas que le compone un pasante, el que tiene talento no es el pasante, sino el otro, el que las recita y cobra por recitarlas. El talento consiste en darles a las cosas un valor de uso. El listo no es el que sabe hacer un producto, sino el que sabe venderlo.

R.—Es decir, que no hay talento industrial, sino comercial.

P.—¡ Pues claro está, hombre, pues claro está! La prueba es que si un industrial se enriquece, es por tener talento mercantil. El fabricante que sabe colo-

car sus géneros, se hace rico aunque éstos sean malos, y el que, haciéndolos buenos no sabe colocarlos bien, es un tonto de remate. Los tontos inventaron aquello de que el buen paño en el arca se vende. Podrá ese ser buen paño, pero el que lo tiene en el arca para venderlo es un mal pañero.

R.—Un mal pañero que hace un buen paño...

P.—Justo; un tonto. El de talento es el buen pañero que hace un mal paño y lo cuele a la clientela.

R.—Ya me explico ahora por qué cuando te hablan de algún escritor preguntas al punto cuánto gana con la pluma.

P.—¡ Naturalmente! Lo importante para juzgar del mérito de un artículo es saber cuánto le han dado por él a su autor.

R.—Pero figúrate que así como hay el mal pañero que hace un buen paño y lo vende mal, y el buen pañero que hace un mal paño y lo vende bien..., así hay también el buen escritor que hace un artículo y lo vende mal, y...

P.—¡ Alto, alto! No sirve tergiversar así las cosas. El buen escritor no puede vender mal sus artículos, porque buen escritor es el que los vende bien y malo el que los vende mal.

R.—¡ Hombre, no! Son dos cosas. El que vende mal sus artículos, aunque sean buenos, será un mal vendedor de artículos, pero no un mal escritor...

P.—Y un mal escritor, te digo. Si no sabe venderlos es que ni él es buen escritor ni los artículos son buenos.

R.—Pues pocos que ha habido que siendo bonísimos, óptimos escritores, no ya de talento, sino hasta de genio, no han sacado apenas nada de sus escritos y hasta se han muerto pobres...

P.—¡ Eso es una leyenda!

R.—¡ Hombre, ahí tienes a Cervantes, cuyo *Qui-*

jote ha producido millones, y a él no le dió para salir de pobre!

P.—¡ Bueno, es que Cervantes no empezó a tener talento hasta después de muerto!

R.—Creí que ibas a decir que los hombres de genio carecen de talento.

P.—No, yo no digo eso, porque es una tontería. Lo que sí digo es que el talento es el de los que han sabido y saben explotar el *Quijote*. Y si Cervantes no supo explotarlo, es que tocó la flauta por casualidad.

R.—¡ Hombre, no seas cínico ni blasfemes así!

P.—¿ Ah, tú eres también de los que llaman cinismo a decir uno lo que los demás piensan y se lo callan?

R.—Eso de que los demás piensen...

P.—Sí, cada cual piensa que es tonto de remate el que no sabe explotar su inteligencia, y que se pierde de listo el que explota la inteligencia de los demás. Es como en moral, que predicamos lo que queremos que hagan los demás, pero si lo hacen, nos compadecemos de ellos. Nuestra suprema norma es decirle al prójimo: "No me hagas lo que no quieras que te haga yo"; pero si nos engaña, le apreciamos más por eso y le admiramos, que a nadie admira más un hombre que a aquel otro que más veces y mejor le engaña. Y volviendo a nuestro tema, te diré que andan en lo cierto los que no leen más artículos que aquellos que mejor se paga...

R.—¿ Y qué aprenden en ellos?

P.—Si son tontos, ni en ellos ni en los otros aprenden cosa de provecho; pero si son listos, aprenden qué es lo que hay que escribir o decir para sacar cuartos.

R.—Pero ese no es un punto de vista estético...

P.—¿ Ahora salimos con eso? Yo no hablo de estética, ni la estética tiene nada que ver con el ta-

lento. Yo hablo de economía. Figúrate una mujer hermosa, muy hermosa, pero que se muere de hambre o poco menos... ¡Pues es tonta de remate, imbecil de solemnidad! Y las hay. Pero si además de hermosa tiene talento, se conoce en que sabe explotar su hermosura. Y te añadiré que una mujer hermosa que no sabe explotarlo, acaba por perder su hermosura.

R.—Es que hay algo que no es ni estética ni economía..

P.—¿Y qué es ello?

R.—¡La ética, hombre de Dios!

P.—Ta ta ta ta... ¡Ya salió aquello!

R.—¡Claro que salió!

P.—Pues no debe salir, ni viene aquí a cuento. La ética nada tiene que ver con escribir artículos ni con las mujeres hermosas..

R.—¿Entonces?

P.—Pues que lo moral es no escribir artículos, ni buenos ni malos, y si uno los escribe, no es venderlos, ni bien ni mal, sino romperlos sin haberlos siquiera publicado.

R.—¿Y las mujeres hermosas?

P.—¡Lo moral para la mujer es ser fea!

R.—Y si es hermosa, afearse, ¿no es eso?

P.—¡Justo! O por lo menos ocultar bien y a todos los ojos su hermosura.

R.—Según eso, ¿no se podrá vivir con moral?

P.—¡Naturalmente! Como que la moral no es para vivir...

R.—¿Para qué entonces?

P.—¡Para morir, *hombre de Dios* —no creas que se me escapó el retintín con que antes me llamaste así—; para morir! La ética es para morirse y la economía para vivir.

R.—¿Y la estética?

P.—Esa es para papar moscas, para contemplar y soñar; es decir: para creer que se vive, sin vivir. Y el hombre de talento es el que sabe vivir y no el que sabe soñar, ni menos el que sabe morirse. Hombre de talento es un vivo y no un soñador, y menos un muerto.

R.—¿Pues cómo decías que Cervantes empezó a tener talento después de muerto?

P.—Porque le han resucitado.

R.—Sí, para explotarle.

P.—Acaso tengas razón.

R.—¿Y entonces?

P.—Que hasta de eso me desdigo.

R.—Pero, vamos a cuentas. ¿Crees todo esto que vienes diciendo?

P.—Lo que tienes que averiguar es si lo creen los demás; lo que tienes que averiguar es si lo cree el lector de artículos que se afana por saber lo que con los tuyos ganas, para decidir si te ha de leer o no con atención.

[*El Sol*, Madrid, 2-XII-1917.]

Uno de los mayores tormentos a que se le podría someter a un hombre, que de veras lo fuera, sería el de levantarle una estatua y obligarle, luego, a pasearse un rato cada día alderredor de ella y contemplándola. Ni se comprende bien cómo hay quién pueda tener delante de sí, en su despacho, mientras trabaja, siquiera un busto en yeso que le represente. Es preferible tener una calavera a modo de *memento*.

A un hombre de sólida cabeza y de encendido corazón le hemos oído contar el espantoso escalofrío que le produjo oír sus propias palabras, y en la propia voz, repetidas por un fonógrafo, mientras estaba mirándose a un espejo. “Parecióme —nos decía— una entrevista con mi difunto.”

Creemos que el hombre no ha de salvarse tanto por lo que es como por lo que quiso ser, y que si hay otra vida después de la muerte, y retribución en ella de nuestra obra en ésta, la retribución consistirá en dejarle a cada uno ser el que quiso aquí, en esta vida, ser, el que aspiró a ser. Y para muchos será el más terrible tormento; un verdadero infierno. Desde luego, para los que aspiraron a ser estatua, que son no pocos.

Hay en la vida pública desgraciados que se la pasan contemplando una especie de estatua moral que les han erigido los demás, los que han reparado en ellos, que es como contemplar su propio cadáver.

Porque ese otro yo, el que los demás nos forjan, es nuestro asesino; es el asesino de nuestro verdadero yo. Y de nuestro verdadero yo público, no ya privado.

Decimos nuestro verdadero yo público, porque éste, nuestro yo público o civil o social, el que es para los otros y les sirve, no es precisamente, ni mucho menos, el que estos otros forjan y nos le erigen delante, como una estatua a que debemos sujetarnos. No es el mejor modo de servir a nuestros conciudadanos el de hacer en cada caso lo que ellos esperaban que hiciéramos.

No decimos que uno se conozca muy bien, pero casi siempre se conoce bastante mejor que los demás le conocen, dígame lo que se quiera en contrario.

Es una noción muy repetida la de que un literato, ponemos por caso, suele de ordinario equivocarse respecto al valor respectivo y relativo de sus propias obras, y que no son aquellas que él prefiere las que suelen preferir los demás. Lo cual tanto puede querer decir que se equivoquen los demás como que se equivoque él mismo. Mas, por lo común, en los casos concretos que hemos examinado, cuando hemos podido determinar cuál era la verdadera preferencia del autor —pues se da el caso de que éste pondere las que obtienen menos gracia, como un padre recomienda más al hijo menos capaz y sabiéndolo y por saberlo—, hemos visto, en esos casos, que el autor estaba más en lo cierto que su público contemporáneo. Y decimos contemporáneo porque la posteridad —que es, según la preciosa frase de Gounod, una superposición de minorías— casi siempre se acuesta a las preferencias relativas que un autor tiene respecto a sus obras, y no a las preferencias del público contemporáneo del autor. Y es porque este público contemporáneo tiene siempre, aun sin ponerse de acuerdo sobre ello, la tema de hacerle a su autor

a imagen y semejanza suya. ¡Y desgraciado del que sucumbe a esta maniobra de su público!

A un público, lo mismo que a un pueblo, no se le debe decir lo que quiere que se le diga, o lo que esperaba que se le dijese, sino lo que él lleva dentro de sí mismo sin saberlo, y acaso sin quererlo, aquellas voces ocultas y remotas del zahondo de su conciencia colectiva, voces que tiembla de oír. Porque el pueblo suele no querer saber lo que piensa, y tiembla ante su propia verdad. *Mundus vult decipi*, “el mundo quiere ser engañado”, quedó escrito para siempre. Sentencia que no está muy lejos de aquella otra de Tácito, cuando en su *Germania* nos dice que se llama siglo —esto es: mundo— a corromper y ser corrompido: *corrumpere et corrumpi saeculum vocatur* (1).

¡Ay de ti si te dejas aprisionar de los que te rodean aclamándote! Tan malo como si te dejas aprisionar de los que te combaten. Pero lo peor de todo es dejarte apresar, como Don Juan Tenorio lo fué de la estatua pétrea del Comendador, de tu propia estatua, del monumento que te están erigiendo los que te quieren muerto en vida. ¡Ay del día en que dejes de ser para ellos, para los otros, una interrogación!

Un hombre público es algo útil mientras es una esperanza, lo que se dice ser una esperanza, y deja de valer cuando se convierte en lo que llaman una realidad, esto es, un recuerdo. Porque de esperanza se pasa a recuerdo. A recuerdo de esperanza, por supuesto.

Nuestra obra en vida debe ser, según la doctrina del Apóstol, depositar una semilla en nuestra tumba. La obra de un hombre público, es decir, de uno que

¹ El pasaje completo de éste: *Nemo enim illic vitia ridet, nec corrumpere et corrumpi saeculum vocatur.* (Tácito, *Germania*, 19.) (N. del E.)

viva en la historia, por la historia y para la historia debe ser depositar en las conciencias de aquellos sobre que ejerce su acción la semilla de un hombre nuevo. Lo eterno de cada uno de nosotros se hará en ellos. Pero esto no es, claro está, lo que de nosotros quieren y esperan los que nos rodean. Nuestro eterno yo futuro no es nuestro actual yo de los demás, aunque no sea nuestro yo propio, el que nosotros mismos nos hacemos. Nuestro eterno yo futuro no es esa estatua de opinión que nuestro público, el pueblo que nos mira y contempla, nos exige frente a nuestro yo actual.

Cuando te digan: “Tu patria espera de ti...” y luego esto o aquello, responde: “Mi patria no debe esperar de mí sino que sea fiel a mí mismo, a mi íntima idea, al mandato del zahondo de mi conciencia.” Y esa tu íntima idea de ti mismo brota de lo íntimo de la conciencia de tu patria. Si ella, tu patria, no sabe bien lo que piensa, ni lo que quiere, ¿cómo va a saber lo que tú debes pensar y querer? Si ella no se conoce a sí misma, ¿cómo va a concertar? La patria podrá exigirte la vida, pero no la conciencia; podrá pedirte que le des tu muerte—no ya tu vida—, pero no que te suicides moral e intelectualmente, no que encierres tu espíritu en la estatua que de ti mismo se presenta.

¡Encerrarse vivo en la estatua que los demás nos forjan! Es tormento como aquel a que Falaris, el tirano de Agrigento, sometía a los que encerraba en un toro de bronce, asándoles allí a fuego lento para recrearse con la música en que le llegaban convertidas las quejas de los así atormentados. No; nada de encerrarse en la estatua que los demás forjan de nosotros. Ni tampoco forjarnos una estatua nosotros mismos. ¡Desgraciado del que se pasa la vida esculpiendo o modelando su propia estatua! Ha-

ciéndose un alma, sí; haciendo la semilla que al morir dejará sembrada en el alma de su pueblo. Lo eterno de cada uno de nosotros será aquello que hagan con lo que hacemos. Y en esta semilla iremos más enteros y más acabados que en una estatua.

Ni los que van contigo, a tu vera, acaso cogidos de tu mano, por el sendero de la vida, pueden verte bien. Ellos te conocen mucho peor que te conoces tú mismo. Con que sientan tu presencia, debe bastarte. Y anímate si llegas a ser, Dios mediante, la obsesión, la pesadilla de alguno de ellos. Lo único que en este caso debe dolerte es que, por mirarte a ti, se descuide tanto de mirarse a sí mismo. Corre riesgo mirándote así, en exceso, de convertirse, como la mujer de Lot, en estatua de sal. ¡Y para ésta sí que no hay otro porvenir que derretirse en amargura!

[*El Sol*, Madrid, 9-XII-1917.]

C O N V E R S A C I O N

P.—Y hoy, ¿qué me dices?

R.—Hoy no hay nada que decir.

P.—¿Es posible? Así como cada día trae su cuidado, su afán, así trae su dicho cada día.

R.—¿Y si fuera el mismo de ayer?

P.—Pues se repite, que la repetición es la vida íntima, la vida que merece vivirse...

R.—¡Conservador estás!

P.—¿Y quién no? Mas, pues que nada tienes que decir de nuevo, hablemos, que del habla saldrá el dicho.

R.—¿Y cómo?

P.—Sí; de la forma sale el fondo; de la envoltura, el contenido. Es lo que nos enseña toda embriología, lo mismo corporal que espiritual. Pongámonos a hablar, a hablar por hablar, que es un modo y acaso el más intenso de vivir, y surgirá el dicho.

R.—¿Y el que se vea condenado a la soledad?

P.—Que hable consigo mismo. O, mejor dicho, con aquellos a quienes conoce y que lleva dentro de sí. O que hable con sus propias criaturas, con los hijos de su fantasía.

R.—Que son a la postre los mismos que tiene fuera y a quienes trata.

P.—Justo. Nuestros amigos y conocidos nos los hacemos nosotros. Es a manera de un novelista, que aquellos a quienes conoce y trata y que parece le sirven de modelo, no son sino los gérmenes, las se-

millas de sus personajes de ficción. Le basta oír a un hombre decir una sola frase, ejecutar una sola acción, a las veces soltar un ademán significativo, para llevarse al hombre en esa frase, en esa acción, en ese ademán, y de tal semilla, crearlo de nuevo.

R.—Pero será otro hombre...

P.—Tal vez el verdadero, el que aquel de quien sorprendió la frase, el acto o el ademán lleva dentro sin saberlo. El hecho real humano, el objetivo, es como un elemento masculino, excitante, que fecunda alguno de los óvulos de personajes que todos, por poca que sea nuestra fantasía creadora, llevamos dentro.

R.—Y esos óvulos, ¿de dónde salen?

P.—De nuestra propia sustancia. Pues cada uno de nosotros lleva toda una humanidad dentro de sí, lleva a Adán y a Eva, a Caín y a Abel, a Jacob y a Esaú, a David y a Goliat, a Judas y a Cristo. De aquí que no sean los mejores novelistas los que más andan en el que se llama mundo, los que tratan más y con más personas.

R.—Sí; ahí está el caso de Balzac, que fué casi un solitario, un hombre a la brega diaria con sus deudas, enredado en preocupaciones de dinero o soñando con absurdas especulaciones. Y nos ha legado en sus novelas toda una humanidad. Sin duda, como dices, la que halló dentro de sí.

P.—Indudablemente. De sus propias entrañas sacó al avaro y al padre loco por sus hijas y abandonado por ellas, y al arribista y a todos los demás...

R.—Y sin que él fuese avaro, ni padre loco por sus hijas, ni arribista...

P.—Sí; él fué todo eso y mucho más. Llevaba dentro de sí, como todo hombre normal, los siete pecados capitales y sus siete opuestas virtudes, llevaba el mundo, el demonio y la carne, y las tres virtudes teologales y las cardinales, y...

R.—Todo el mundo, en fin.

P.—Exacto. Y se lleva la lujuria siendo perfectamente casto —¡cosa trágica los vírgenes lujuriosos!—; la avaricia, siendo liberal; la gula, siendo sobrio, y así todo lo demás.

R.—Hasta vicios, acaso, que son entre sí incompatibles.

P.—¿Cuáles?

R.—La soberbia y la envidia, por ejemplo.

P.—¿Incompatibles?

R.—¡Claro! El soberbio no envidia...

P.—¿Que no envidia el soberbio?

R.—¡Como no sea a sí mismo...!

P.—Ya te he dicho que la envidia es una secreción interna de la soberbia; suele ser la soberbia que no puede brotar hacia fuera.

R.—Pero el soberbio es el que se cree envidiado...

P.—Y creerse envidiado, ¿no es tal vez una manera, la más sutil, acaso, de envidiar? Y no me refiero a los que envidian a aquellos a quienes creen envidiados.

R.—Bueno; esto me recuerda lo que me decías otra vez del ambiguo sentido de la expresión: manía persecutoria; y es que, queriendo decir manía de creerse perseguido, puede llegar a entenderse que significa manía de perseguir.

P.—Y en el fondo, amigo mío, es la misma cosa. Porque el que se cree perseguido, no hace más que perseguir a los otros. Y observa, además, que allí donde abundan las gentes que se creen perseguidas, abundan también los que se complacen en perseguir.

R.—Son los mismos, acaso...

P.—¡Claro que son los mismos!

R.—Pues todo ello hace una sociedad agria y dolorosa.

P.—Pero a la que uno se apega por la agrura y el dolor. Hay terrenos morales a que estamos enrai-

zados por raíces de dolor. Como nay odios que nos ligan mucho más que los amores. Cuando le aconsejaba a nuestro pobre amigo López que se fuese de aquí, que emigrara, me decía: “¿Y adónde voy, en que pueda vengarme, como aquí me vengo, despreciando a toda esa gentecilla que me ha traído a este estado? Allí donde no conozca a nadie ni nadie me conozca, ¿cómo voy a dar pasto a esta boca, que ya sólo se goza en morder? La venganza dicen que es el placer de los dioses, ¿y dónde me vengaré como aquí?”

R.—¡Pobre hombre! ¡Y pobre país!

P.—No; sino más bien rico.

R.—¿Rico de qué?

P.—¡De humanidad!

R.—¡Pero de humanidad infernal!

P.—Sí; el infierno de los dioses esos que se gozan en vengarse.

R.—¡Infierno de dioses...! ¡Infierno de dioses...!

P.—¿Qué?

R.—Que si fuésemos capaces de llegar a dioses infernales, de endiosados infernalmente, estaríamos a un jeme de la redención.

P.—¿Y eso?

R.—Eso para otro día.

[*El Sol*, Madrid, 23-XII-1917.]

P.—Pero ¿ha visto usted a don Juan? ¡Pues no cree que Daoiz y Velarde es el apellido compuesto de un solo hombre, como si dijéramos Espoz y Mina...!

R.—Y en cierto modo no le falta razón.

P.—Comprendo. Quieres decir que don Luis Daoiz y don Pedro Velarde estuvieron tan unidos, tan compenetrados en su hazaña, que formaron un solo hombre...

R.—No quiero decir eso. Don Francisco Espoz y Mina fué un hombre, y todo un hombre, fué un carácter, una persona, un yo, un espíritu, una fuente de actos —pues un hombre es lo que liga y da unidad a una serie de actos humanos, es la persona de una tragedia o de una comedia—, como lo fueron Zumalacarregrui y luego Prim y muchos otros; pero Daoiz y Velarde ni fueron dos hombres, ni uno solo. Daoiz y Velarde no fueron más que un acto, y aun mejor que un acto diremos una escena, y ese acto lo mismo se podría llamar con nombre de persona: Daoiz y Velarde, que con una fecha: 2 de mayo de 1808, que con una designación topográfica: Parque de Monteleón.

P.—Pero ¿es querer rebajarlos?

R.—¡Español estás! Es decir, quisquilloso y receloso. No, eso no es querer rebajar el acto que llevaron a cabo; eso es querer ponerlos en su verdadero papel histórico. Ni Daoiz ni Velarde son para nosotros el hombre que fué Espoz y Mina, el que

fué Zumalacarregui, el que fué Prim, y esto, para no hablar más que de guerreros. Daoiz y Velarde son casi dos héroes anónimos.

P.—Y tú no crees demasiado en el heroísmo anónimo...

R.—No; creo en el anonimato heroico, pero en el heroísmo anónimo, muy poco. Lo anónimo suele confundirse, dígase lo que se quiera, con lo inconciente. No, no creo mucho en el heroísmo anónimo. El héroe, el protagonista de la tragedia, lo es porque tiene conciencia del hado, del sino que sobre él pesa. El coro no suele tener esa conciencia. El héroe tiene que ser persona, carácter, manadero conciente de una serie de actos unificados y tendentes a un fin.

P.—¿Que es?

R.—La afirmación de la persona misma como tal, como fin en sí, como sujeto de la historia.

P.—Pero es que en un acto, en un solo acto, o si quieres en una sola escena, es que en una frase sola, en un gesto, ¿no puede revelarse y afirmarse una persona?

R.—Muy rara vez; casi nunca. Un estado de conciencia —lo que los ingleses llaman *feeling*— no es un alma. Hay individuos cinematográficos que se nos presentan en una serie de estados de conciencia, mejor o peor conexiónados entre sí, y que son, sin embargo, muy poco personas. Y hasta pueden tener esos estados de conciencia unificados bajo una idea dominante, bajo una manía, como a los locos les sucede, y, sin embargo, no ser más personas que lo son los locos, los enajenados, los que están fuera de sí. Entre los que entran ensimismados. Pero, volviendo a Daoiz y Velarde, te diré que éstos no son sino el Parque de Monteleón, el 2 de mayo de 1808. En aquel acto...

P.—¿Pero es que eso no ocurre en el orden del pensamiento?

R.—Y ¿quién te ha dicho que el pensamiento no es un acto? ¿Quién te ha dicho que expresar un pensamiento, es decir, pensar, no es obrar? ¿No recuerdas lo del centurión del Evangelio (Mat., VIII, 9), “yo soy hombre bajo potestad y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: ‘ve’, y va; y al otro: ‘ven’, y viene; y a mi siervo: ‘haz esto’, y lo hace”? Y ahora hasta se habla de sugestión mental. Y es con ella con lo que la fe traslada las montañas. Y también en el pensamiento cabe el hombre que se reduce a un acto. ¿No has oído hablar de Arvers, el del soneto?

P.—¡No!

R.—Pues Arvers, el del soneto, es el autor del soneto de Arvers. Y Arvers se reduce a su soneto, y no es más que él; no es una persona.

P.—¿Pero es que no se encuentra una persona, toda una persona, bajo ese soneto?

R.—¡Bajo ése, no! ¡Bajo otros, sí! Bajo el soneto de Arvers no se encuentra más que un estado de conciencia que, prolongado, no llega a hacer una persona. Y en tanto, recuerdo, entre otros, un soneto de Alfieri en que está todo esto, todo el *allobrogo feroce*, que dijo Leopardi. Sí, en una obra, por pequeña que sea, puede encerrarse todo un hombre. Y por eso será la obra, por pequeña que sea, muy grande, porque encierra a todo un hombre. Así como se dice hombres de un solo libro —*unius libri*— de aquellos que sólo uno conocen, podría decirse de aquellos que en un solo libro, aunque escribieran muchos, immortalizan su nombre, eternizan su personalidad...

P.—¿Es que es lo mismo eternizar la personalidad que immortalizar el nombre?

R.—¡ Sí, en la historia, sí! Eternizar la personalidad en la historia es inmortalizar el nombre en ella.

P.—Pero en religión cristiana, va no.

R.—También. Salvarse en religión cristiana es que Dios recuerde siempre nuestro nombre, es que nuestro nombre no sea borrado del Libro de los Vivos, según dicen las Escrituras. “¡ No te olvides de mí!”, se le pide al Señor. Y cuando Jacob luchaba con el ángel del Señor, le preguntaba su nombre. El nombre es el símbolo de la sustancia personal. En el nombre va la persona.

P.—Entonces, Eróstrato, que quiso con un solo acto feroz salvar su nombre del olvido, ¡ fué una gran personalidad!

R.—¡ Y tan grande! De las más grandes de la historia humana. Porque Eróstrato es legión. Y la legión más viva, más humana, más histórica; Eróstrato no es legión anónima e inconciente, no es tropa de autócratas; Eróstrato es legión conciente, nominada; Eróstrato es pueblo y no turba, Eróstrato es *demos* (1). Eróstrato, prendiendo fuego al templo de Diana, es el pueblo de París incendiando la Bastilla. Porque los que hablan a tontas y a locas de si Eróstrato pegó fuego al templo de Diana no más que para perpetuar con ese acto su nombre, no se paran a reflexionar en si el templo de Diana merecía o no ser quemado.

P.—¿ Y para qué?

R.—Aunque sólo fuera para que levantaran otro, y al levantarlo, lo aprendieran. Conviene destruir los viejos edificios, aunque sólo sea para que al reconstruirlos se enteren bien de ellos los que lo reconstruyan. Y lo mismo sucede con las ideas. Y lo mismo con las instituciones. El hombre sólo aprende ha-

¹ El texto impreso de este artículo dice *decreo*, que sustituyo por *demos*, creyendo interpretar fielmente el sentido. (N. del E.)

ciendo. Y la contemplación sería la muerte, si no fuera también un hacer la cosa contemplada. Porque la contemplación pasiva, puramente pasiva, es un absurdo y es una muerte. Tener conciencia es obrar.

P.—Entonces todo el que obra, tiene conciencia...

R.—Ya no es lo mismo. Todo tener conciencia de algo es un obrar, pero no todo obrar es tener conciencia. Hay quienes obran sin clara conciencia de lo que obran. Y éstos suelen ser los héroes llamados anónimos. Que no es lo mismo que los héroes del anonimato.

P.—¿Y Daoiz y Velarde?

R.—No conocemos su historia lo bastante para saber si tuvieron o no clara conciencia de lo que hicieron y de su alcance. No sabemos si obraron en una embriaguez colectiva. Sabemos, en cambio, de la conciencia de Espoz y Mina, de Zumalacarreghi, de Prim... Estos sí que fueron personas. Y el fin de la historia es la formación de la personalidad.

[*El Sol*, Madrid, 13-I-1918.]

C.—Conque en la embriaguez de la victoria, ¿eh?

V.—¿En la embriaguez? No, sino más bien en el abatimiento de ella.

C.—¿Pues cómo así?

V.—Porque eso que llamáis victoria me abate, me ha abatido siempre, así como me temple y sostiene lo que decís derrota.

C.—Eso no es natural.

V.—Será sobrenatural entonces.

C.—O acaso patológico.

V.—¿Y qué, lo patológico no es natural? ¿No es la enfermedad tan natural, más natural, ciertamente, que la salud? ¿No nace el hombre enfermo, esto es, desvalido? ¿No muere enfermo? ¿No es una enfermedad la muerte?

C.—Es que la vida...

V.—¿Qué? ¿Es la vida, acaso, más natural que la muerte?

C.—¡Ay, hombre de poca fe!

V.—¿De poca? ¿Y por qué?

C.—Venía pensando en la definición que de la fe nos da Alfredo Loisy, el ex abate modernista...

V.—Ex modernista...

C.—¡Bueno! Estaba pensando en la definición que esa sombra de Renan nos da de la fe, en su último libro, *La Religión*.

V.—Libro..., libro... ¡Siempre libros!

C.—¡Sí, y siempre hombres! Hombres de libros,

como todos los civilizados lo somos, y libros de hombres.

V.—Hombres librescos...

C.—No, sino más bien bíblicos.

V.—¿Y cómo define la fe ese torturado mártir de los libros?

C.—Oyelo, que aquí tengo su último libro. “En su fondo duradero —dice— la fe no es nada más que sentimiento indestructible de confianza en la vida y en su valor moral.”

V.—¿Y los que no tenemos confianza en la vida?

C.—¡Pues sois hombres sin fe!

V.—¿Y si tenemos confianza en otro poder? En el de la muerte, por ejemplo. ¿O es que no cabe un sentimiento indestructible de confianza en la muerte y en su valor moral? Cuando ese Loisy fué sacerdote católico, creyó, sin duda, que una muerte, no una vida, y una muerte afrentosa, salvó a la Humanidad. ¡Cuán acertado anduvo Leopardi al hacer hermanos al amor y a la muerte!

Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte

Ingeneró la sorte.

[*Canti*, XXX.]

C.—Añade Loisy que parece evidente que ese sentimiento indestructible de confianza en la vida y en su valor moral procede del instinto de conservación...

V.—Sí, del instinto de conservación individual: del hombre; pero no del instinto de conservación colectiva: del amor. Porque el amor sólo de la muerte vive. Si no muriéramos, no dejaríamos sitio a nuestros hijos y a los hijos de éstos. No hay medio: o devorar, como Cronos, a nuestros hijos, o ser devorados por ellos. Y el arroyo no puede volver a su fuente si antes no va al gran río y de allí al mar, y luego, en nube, torna a llover o nevar sobre la montaña que ceba la fuente. ¿No has oído aquello de

que todo animal está triste después del acto carnal?

C.—Es la tristeza de la carne.

V.—Es que para darse, para transmitirse, tiene en cierto modo que morirse. Con la generación entró la muerte en el mundo. No entendió San Agustín tan mal como algunos suponen el mito del pecado original. Y así como toda bestia, incluso el hombre, queda triste en su carne después que ha dado de su vida, así todo espíritu quédase abatido después de un triunfo.

C.—Triunfo de la vida...

V.—O de la muerte, ¡quién sabe!... Y yo suelo decirme en esas horas pavorosas de lo que llamáis la victoria, cuando, como supuesto vencedor se queda solo: “¡Se ha triunfado, bien! Y después, ¿qué?”

C.—Vuelve la oración por pasiva: “¡Se ha sido vencido, bien! Y después, ¿qué?”

V.—¿Después? Que se ve la verdad cara a cara. ¿Te parece poco? Porque sólo el vencimiento permite ver la verdad. Y ver la verdad vale más que todo lo que llamáis triunfo los que abrigáis un sentimiento indestructible de confianza en la vida y en su valor moral. ¿No recuerdas los sentimientos que le embargaban a Nuestro Señor Don Quijote el ánimo después de sus victorias?

C.—Una fué la que logró sobre el valeroso Don Sancho de Azpeitia.

V.—Y después de ella, dijo el Caballero a Sancho: “Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de insulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos...” Que así son las victorias ésas vuestras, de encrucijadas.

C.—Y después de esa su victoria fué, si no ando trascordado, cuando el Caballero dijo: “¿Y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante

haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?"

V.—Y así es, que no ya de homicidios, mas ni aun de asesinatos, juzga la justicia humana, cuando con ellos se obtiene lo que llamáis victoria.

C.—La justicia humana, no; pero ¿y la divina?

V.—No hay más justicia divina que la muerte. Sólo ésta es divinamente justa. Y la vida es injusticia. Mas volviendo a Nuestro Señor Don Quijote, el que venció muriendo, recuerda las melancólicas palabras que dijo al Caballero de los Espejos cuando le tuvo vencido a sus pies y con la punta de la espada desnuda encima del rostro...

C.—Espera que lo recuerde... ¡Ah, sí! Le dijo: "También habéis de confesar y creer que aquel caballero que vencisteis no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que se le parece y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento." (Parte segunda, capítulo XIV.)

V.—¿Lo ves? ¿Ves lo que nos dice el libro? Fué ilusión la victoria; fué ilusión el vencimiento.

C.—Es que en ese pasaje, vencimiento no está, como de ordinario hoy en castellano, en sentido pasivo, por derrota, sino en activo, por victoria.

V.—Es igual, pues todo es uno y lo mismo.

C.—El Caballero tenía tan indestructible confianza en la vida y en su valor moral, que siempre hallaba consuelo en sus fracasos.

V.—No, sino que más bien nació, vivió y murió desconsolado. Su locura fué el manto espléndido con que trató de velar a sus propios ojos y a los de los demás la desnudez de su desconsuelo natural y nati-

vo. Nació, vivió y murió triste, porque el mundo no es como debe ser. Y ese espléndido manto, todo recamado de regocijos y gracias, se lo quitó al morir. Porque quiso morir con el alma desnuda, como un santo. Y no hablemos más de esto, que me oprime el ánimo la que llamáis victoria.

[*El Sol*, Madrid, 3-III-1918.]

P A R A L O S J O V E N E S

LLEGAR

No cabe, mi joven amigo, que nos entendamos; usted habla un lenguaje y yo otro, y nos empeñamos, no sé bien por qué, en no traducirnos. Emplea usted frases de esas que en puro oír las de labios maquinales han acabado por hacerseme ininteligibles.

Una de ellas es eso de "llegar". Francamente, cada vez lo entiendo menos. ¿Qué quiere decir lo de fulano "ha llegado", "mengano no llegará", "es tan difícil hoy para un joven llegar", y otros dichos de la misma calaña? ¿Qué es eso de llegar? Llegar ¿a dónde? No hay más que una llegada segura e ineludible: la de la muerte. Y ésta es, tal vez, más que llegada, partida.

Contaba Ulises a la hija del rey de los feacios que se encontró en el reino de Ades, entre las sombras de las heroínas muertas, con la de Ifimedia. La cual parió dos hijos Eto y Efialte, que a los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto, siendo los más hermosos que crió la tierra después de Orión. Estos dos jóvenes gigantes amenazaron armar guerra a los inmortales mismos, y para ello intentaron poner el Osa sobre el Olimpo y sobre el Osa el Pellón, a fin de que el cielo fuera accesible. Y lo habrían conseguido, añadió Ulises, de haberseles colmado la medida de la mocedad. Pero Apolo les mató antes que les floreciera el vello sobre la boca y bajo las sienes.

¿Intenta usted, mi joven amigo, escalar el cielo,

montaña sobre montaña, y teme morirse antes de que la medida de la mocedad espiritual se le colme? Si es así, entiendo lo de llegar; si no, no lo entiendo.

Y ¡ay de usted el día que se le cumpla eso de llegar! Le empezará el retorno.

Vea aquí por qué tantas veces le he deseado esperanzas que ni se le ajen, ni se le realicen, esperanzas siempre verdes y sin fruto siempre, esperanzas en eterna flor de esperanza.

Le duele ser discutido y negado. ¡Ay de usted si no lo fuese! El día en que llegue usted a ser un valor reconocido por todos, un valor entendido, el día en que se le rindan reverentes los que hoy le discuten, o sus hijos —si ese día triste llega—, será el de la vejez de su alma. Cuando el Dante reconocía los reinos de los muertos, sorprendíanse éstos al ver que aquél arrojaba sombra, y por ella sacaban que estaba vivo. Si hubiese dejado de arrojlarla, era que había pasado ya el umbral de la muerte, donde toda sombra acaba en las tinieblas. El día en que usted no haga ya sombra, es que tendrá entrada en el reino de los inmortales, es decir, de los muertos.

Ya sé que es a lo que usted aspira, a entrar en este reino de los pálidos ensueños, a la inmortalidad de la muerte. Pero ¿cree usted que la presa vale la caza o la victoria el combate?

Si usted hiere, y el herido grita, es que usted está vivo; si no se inmuta siquiera, es que están o él o usted muertos. Probablemente los dos.

El día en que con voz triunfante digan de usted: "¡ya entiendo a este hombre!", está usted perdido; porque desde entonces no es usted ya suyo, sino de ellos. Desde entonces les dirá usted siempre lo que creían que iba a decirles y lo que querían que les dijese.

En aquellas cortas noches de verano me acostaba en la era, sobre un montón de paja, y llamaba a Ulises a que me conciliase el sueño. El viejo navegante bajaba, obediente a mi conjuro, y me contaba de sus largas peregrinaciones.

—¿Estuviste en Utopía alguna vez, Ulises?

—¿La que luego descubrió el canciller Tomás Moro? Sí, estuve en ella.

—¿Allí vivirá la gente muy feliz?

—No sé bien, Miguel, lo que por felicidad entiendes; pero tal y como yo la siento, no; los utopienses no son felices. Ni cabe serlo en el país de la perfección.

—¿Cómo así?

—Pues que como saben la fama de que su patria goza, no tienen otro cuidado que conformarse a ella. Antes de hacer algo se preguntan: “¿es esto digno de un utopiense?, ¿es digno de Utopía?, ¿qué dirán los bárbaros?” Porque toda la preocupación de los utopienses es la idea que de ellos tengan los bárbaros. Y resulta que allí no hay historia.

—Pues dicen, Ulises, que son felices los pueblos sin historia...

—Los pueblos sin historia, sí, Miguel, pero no los pueblos preocupados de no tenerla, no los pueblos agarrados como lapas a la roca de la tradición. En Utopía se aburre a muerte todo el mundo, lo que es peor que morirse de aburrimiento.

—¿Encontraste algún pueblo verdaderamente feliz, Ulises, fuera del de los feacios?

Encontré un pueblo que me pareció mejor que feliz.

—¿Cuál fué?

—Es un pueblo sin nombre, en una tierra sin nombre. Como no conocen a los demás pueblos, no tienen por qué nombrarse. Ellos son, para sí mismos, los únicos hombres, y así no hablan nunca de sí mismos...

—¡Feliz tierra en que nadie habla de sí mismo!

—No, no he dicho eso. No es que cada uno de ellos no hable de sí mismo, pues no habla de otra cosa; es que no hablan de sí mismos, de la colectividad. Su lengua sólo tiene dos pronombres personales: *yo* y *él*; desconocen los demás.

—Y no le molesta a cada uno...

—¡Pero si son todos sordos!

—¿Pues no dices que hablan?

—Son sordos te he dicho, y no mudos. No son sordomudos.

—¿Y cómo puede ser eso?

—¡Pudiendo! Allí todos hablan, pero nadie oye. Y hablan hasta por los codos. ¡Como que no hacen más que hablar!...

—Pero, y si no se oyen...

—¡Qué más les da! Se desahogan hablando. No se oye ni cada uno a sí mismo. Así es que no se conocen.

—¿Y qué género de sociedad puede haber en tal país?

—Se reúnen para verse hablar; para verse, te digo, y no para oírse. Son como mudas conversaciones de cinematógrafo. Ellos pretenden que se entienden mirándose hablar; por el movimiento de los labios, por los gestos; pero yo sé que ni se en-

tienden unos a otros, ni se entienden cada uno a sí mismo. Ni les importa. Con tal de hablar...

—¿Y qué dicen?

—No dicen nada, hablan tan sólo. Y hablan todos a un tiempo. Y llaman conversar a reunirse varios para hablar sin descanso todos a un tiempo.

—¿Y en la misma lengua?

—En la misma.

—Pues si no se oyen, ¿cómo se acomodan a una lengua misma?

—Es la que exige sus gestos. Y por el gesto conocen cuándo uno cometió un barbarismo o un solecismo. Y entonces protestan. Es de lo único de que protestan: de que uno pronunciara mal una palabra que ninguno alcanza a oír.

—Pues si no oyen, ¿cómo saben que estuvo mal pronunciada?

—Lo deducen por el movimiento de los labios.

—Bueno, ¿y tú te enteraste de qué es lo que quieren decir?

—No quieren decir nada, no quieren más que hablar.

—¿Pudiste resistir su compañía?

—Huí con uno de ellos, que vino, lleno de desesperación, a buscarme para que le dejase embarcar en mi nave. Sospechaba que había otros pueblos y hasta llegó a ponerle nombre al suyo. Al pobre le perseguían todos.

—¿Y por qué?

—Porque oía algo. En cuanto alguno nace con algún oído, por poco que sea, y se entera de lo que dicen los otros, sus compatriotas, dan en perseguirle, declarándole loco. Y el pobrecito que me pidió que le llevase estaba loco de remate. Pretendía entender lo que decían sus hermanos y que éstos no hacían sino quejarse. “Todo eso que les oyes, Ulises —me

decía—, y que ellos no se oyen, no son sino quejidos de dolor, ayes de congoja.”

—¿Y era así?

—No lo sé. Yo les oía, sí; pero oyendo croar a una rana, ¿distinguirías si es que se queja o que se regodea de gusto? Yo creo que aquellos del pueblo sin nombre están más acá del placer y del dolor, de la felicidad y de la desgracia.

—¿Y el fugitivo ése que sacaste de allí?

—Ese tenía la inmensa desgracia de oírse a sí mismo. Yo no creo que oía a los demás, sino que era tan sordo para lo ajeno como los otros; pero se oía a sí mismo...

—¿Y crees, Ulises, que el que se oye a sí mismo no oye a los demás?

—Yo, Miguel, no creo nada; yo me limito a contar lo que he visto y oído.

—Al llegar a esta tierra sin nombre, ¿te habías quitado de los oídos los tapones que para no oír a las sirenas te pusiste?

—No seas malicioso, Miguel. Y aprende a oírte.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 21-VI-1918.]

MAJADEROS QUE NO MAJAN

IDEOLOGÍAS

A.—Desengáñese usted, amigo mío, no hay más que dos partidos, dos verdaderos partidos políticos: el de los ricos y el de los pobres.

B.—¿Pero no ve usted a los más de los pobres siguiendo a los ricos y dejándose manejar de ellos bajo el especioso pretexto de que les dan de comer, cuando es lo contrario, que los pobres dan de comer a los ricos, y no ve usted a algún rico sirviendo intereses de pobres? ¿Cree usted que los Gracos, por ejemplo, eran pobres?

A.—No importa. El pobre es servil, es cierto, y el esclavo acaba por aceptar la esclavitud que le descarga de toda responsabilidad; pero yo doy otra división política que la de ricos y pobres.

B.—En vez de éstos, diría yo más bien pordioseiros, que es muy otra cosa; mendigos.

A.—Eso lo son casi todos los políticos de profesión, ricos o pobres. Y nada hay más terrible que el rico mendigo.

B.—Pues bien, amigo mío; usted sabe que cada vez me aparto más de la llamada concepción materialista de la historia, de la de Carlos Marx y sus secuaces los dogmáticos; de la que no ve en el fondo de los hechos todos sociales más que una cuestión de estómago.

A.—¿Y con qué otra concepción la sustituye usted?

B.—Con la concepción histórica de la historia.

A.—¿Y cuál es ésta?

B.—La historia es pensamiento. Y no digo espíritu por no herir los principios de usted. Y como le sé ateólogo —que no es precisamente ateo, ya que el ateo es el que no cree en Dios y el ateólogo el que cree en el No-Dios—, no añado que la historia es el pensamiento de Dios. La historia es pensamiento, es idea.

A.—Y el hambre, ¿qué papel juega en ella?

B.—¿El hambre? El hambre no juega papel en la historia.

A.—Pero me negará usted...

B.—Sí, se lo niego.

A.—¿Qué lanzó a los bárbaros, a los de antaño, sobre Roma?

B.—La idea del hambre acaso, y más bien la del goce.

A.—¡Aaaaah!

B.—La idea del hambre, no el hambre misma. Y pueden abrigar la idea del hambre hasta los hartos. Y en todo caso la idea del hambre sobrevive al hartazgo. Al avaro la idea del hambre le hace ayunar. Son ideas y sólo ideas lo que produce la historia.

A.—¡Ideólogo! ¡Ideólogo!

B.—Y a mucha honra. Y más ahora, en que sé que en sacristías y en cuartos de bandera ideólogo e intelectual son los dos motes que más descalifican a un hombre. Todo dogmático odia la ideología.

A.—¿Pero es que un dogma no es una idea?

B.—No; un dogma, religioso o nacional, no es una idea, sino un fósil que fué, cuando vivo, una idea. Y el dogmático odia las ideas, es un inisólogo, como los llamaba Platón, un ideófobo. Y los ideófobos forman ya partidos. De modo que le digo que no hay sino dos partidos: el de los que piensan y el

de los que no quieren pensar. Y los que no quieren pensar se oponen a que los demás piensen.

A.—Pero todo hombre inteligente tiene por fuerza que pensar...

B.—¡Quiera o no quiera, claro está!

A.—Entonces...

B.—Entonces, que sólo hay dos partidos: el de los inteligentes y el de los otros. Y este descubrimiento me ha revelado el fondo entero de la fatídica tragedia nacional española de estos cuatro años, de la tremenda lucha de los ideólogos contra los ideófobos, de los escépticos —en el recto y primitivo sentido de la palabra, que no es los que dudan, sino los que investigan y rebuscan— contra los dogmáticos, que son los que afirman; de los del fin de libertad contra los del principio de autoridad.

A.—¿Pero es que sin autoridad puede vivir un pueblo?

B.—Sin autoridad, no; ¡pero sin principio de autoridad, sí! La autoridad es una cosa, y lo que los conservadores, los dogmáticos, los ideófobos y los déspotas llaman principio de autoridad, es otra cosa. La autoridad debe basarse, no en su principio, sino en su fin. Dios mismo no es para mí, ya lo sabe usted, un principio, sino un fin; no un *porqué*, sino un *para qué*. Y la disciplina dogmática, sea eclesiástica, sea militar, es más cosa de principio que de fines. Aunque reconozco que esas dos disciplinas tienen un fin, que es matar la inteligencia, el libre examen.

A.—Ellos pretenden dar otra inteligencia.

B.—Sí, una inteligencia colectiva, un sentido común, un horrible sentido común, una ortodoxia. Y mi lucha es por el sentido propio, por la herejía. Herejía, *hairesis*, significaba entre los compatriotas y coetáneos de Platón partido político. Sólo que entonces, entre los ciudadanos de Atenas, no se cono-

cía el partido de los inisólogos o ideófobos. Para encontrarlo había que ir a Esparta.

A.—Y ahora, ¿qué va usted a hacer, amigo mío?

B.—Pues seguir luchando contra los otros.

A.—Contra los tontos, ¿eh?

B.—Usted lo ha dicho: contra los tontos y los brutos, contra los majaderos. Majaderos que ni para majar, como el majadero del almirez, nos sirven; majaderos que no majan.

[*Nuevo Mundo*, 1-XI-1918.]

EL REGATEO DE LA EXPROPIACION

DIÁLOGOS DE POLÍTICA ELECTORAL

A.—Es una vergüenza, una verdadera vergüenza esta almoneda de votos. ¡Comprar y vender así la conciencia!

B.—¿La conciencia? ¡Por lo trágico te da, amigo Andrés!

A.—Bueno, la conciencia no, si no lo quieres así; pero las convicciones...

B.—Ni las convicciones, sino los votos, que es muy otra cosa. Comprendo el que te sulfure el que vote uno contra sus convicciones políticas, morales y acaso religiosas, por dinero; mas el que no tiene convicciones algunas y tiene voto, no me parece tan nefando que venda éste.

A.—Y si no tiene convicciones políticas, ¿de quién es, amigo Benito, la culpa?

B.—Dejemos ahora esto; pero no sin decirte que más que de quien le compra el voto, es de quien se lo censura y no le da ni dinero ni ideas.

A.—No sólo de pan vive el hombre...

B.—Exacto; pero los que más llevan pendiente de su boca ese aforismo evangélico, no le dan al prójimo pan, es cierto; pero, en cambio, tampoco le dan palabras de vida. A ti te parece, según veo, una cosa proterva eso de comprar votos...

A.—Mucho peor que venderlos. Yo no condeno tanto al que lo vende como al que lo compra. Y recuerdo aquello de la monja mejicana, que pregunta-

ba quién hace peor, si el que peca por la paga, o el que paga por pecar.

B.—No me parece, amigo Andrés, que el clásico pasaje venga ahora aquí muy a pelo, pues no se me alcanza bien en qué pequen ni el que vota ni el que es votado; pero, en todo caso, hay de parte del llamado candidato algo peor, mucho peor que comprar los votos de sus electores.

A.—¡Claro, Benito, claro! Mucho peor que comprar votos es arrancarlos por la fuerza, con amenazas o violencias, o robarlos.

B.—¡No, Andrés, no! Hay algo peor que comprarlos y peor que robarlos.

A.—¿Peor?

B.—Sí, peor; y es mendigarlos. Ya de suyo es algo deprimente, y bajo el autocandidato, el que se declaró a sí mismo candidato; el que con la formularia hoja de parra, aquella acaso de “A ruego de mis amigos...”, u otra martingala de la misma laya, viene a decir: “Aquí estoy yo a que me votéis, que lo merezco”; pero ya que haya quienes se ofrecen a representar generosamente a sus conciudadanos y legislar para ellos, que les comprenden los votos o que se los arranquen, pero que no se los mendiguen. Lo último en la electorería —que no es política— es la mendiguez; lo último es ir pidiendo sufragios.

A.—¿Y qué remedio?

B.—Quedarse sin ellos. Lo primero, no ir a pedirlos.

A.—¿Y si hay un grupo de ciudadanos que quiere cargar sobre él su representación?

B.—Aceptarlo; pero pedirlo, ¡jamás!

A.—Es que hay elector que dice: “Le votaré si me pide el voto, y si no, ¡no!”

B.—Es indigno representar a un botarate así. Por mi parte, jamás he esperado a que nadie me pida el voto. Es más aún: se ha dado caso que habiendo

decidido dar mi sufragio a uno, a aquel don Teodoro que sabes, no se lo di porque cometió la torpeza de venir a pedírmelo.

A.—¿Torpeza?

B.—Torpeza, sí. Yo le creía otro. Me engañó.

A.—Pues con esas teorías, amigo Benito...

B.—¡Y qué le vamos a hacer!... Mientras tú te exaltas contra los que venden, y aún más, contra los que compran votos, yo voy sembrando éstas que llamas teorías. Tú haces elecciones, y yo hago política. Tú te ensañas contra los que decías que venden la conciencia, y yo procuro darles conciencia, hacerles concientes en política para que puedan no vender el voto. Porque cuando éste responda a su conciencia no lo venderán.

A.—¿Lo crees?

B.—¡Y tanto que lo creo! El que se convenza de que al vender su voto por cinco duros contrbuiye a una legislación que le impide ganar cincuenta duros más al año, o que le inflige otro daño material o moral, no lo venderá.

A.—¡Convencerse es! Y además, la necesidad...

B.—Cierto que es mucho convencerse. Y hoy por hoy tiene el lector la oscura conciencia de que la obra de la legislación es independiente de la de las elecciones; y así, el mismo que vende su voto al que sabe que ha de oponerse a una medida de justicia social, se declara luego en huelga para obtener ésta.

A.—Es decir, que le saca primero los cuartos y le saca después aquello por defender lo cual compró el candidato los votos. Si es que no los compró por pura vanidad.

B.—Exacto; ¡así es! Y mira, el poder vender el voto ya es un principio de libertad civil. Tú sabes que aquí hay muchos pueblos de señorío, de un solo señor todo el término municipal, y que los pobres siervos de la gleba no tenían más remedio que votar

a quien el señor les ordenaba; a las veces bajo amenaza de expulsarles de la casa en que nacieron. Vendidos ellos, los electores, y de por vida, no podían vender el voto. pero empiezan a emanciparse. Hay señor que tiene que comprar los votos a sus propios inquilinos, y hay de éstos que se lo venden al adversario de su señor. Es ya un principio de expropiación de los latifundarios. Latifundario de éstos conozco que si quiere, para defender su latifundio, que le voten sus propios renteros, tiene que condonarles la renta o comprarles el voto con el dinero de la renta. Y no dirás que no es un progreso.

A.—Si el hecho es cierto...

B.—Y tan cierto. El que esos señores tengan que ir a comprar actas de diputados es que están ya medio vencidos. Eso no es, en el fondo, más que el regateo de la expropiación. Ya el poder público, el Gobierno, apenas hace elecciones; ya apenas hay encasillado ni cunerismo oficial; hay que comprar los votos de los que carecen de conciencia política. Es el principio del fin de este régimen representativo burgués.

A.—¿Lo cres así?

B.—¡Y tanto que lo creo! Y otro día hablaremos más de esto.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 20-VI-1919.]

Y después de todo, no hay más remedio: ¡hay que pegar la hebra! ¿No más remedio? ¡Claro! Bouvard y Pecuchet recorrieron círculos —peor que del infierno dantesco— de la insondable ramplonería humana; se les desarrolló en el espíritu la lamentable facultad de ver la tontería —la *bêtise*, en francés está mejor— y de no tolerarla ya, y acabaron... ¡copiando como antaño! Como escribientes empezaron y como escribientes acabaron.

Hemos oído de un amanuense jubilado que no necesitando ya del trabajo de su pluma para ganarse la vida, se la pasaba copiando la *Gaceta*. ¡Qué rasgueos, qué primores pendolísticos! ¡Y sin un borrón ni una tachadura! ¡Aquello era estilo! Y este hombre extraordinario no necesitaba para ganarse la vida escribir así. Para ganarse la vida, ¡no!; pero para vivir, sí. Aquello era ya su vida. Y la de un amanuense es tan vida como la de un escritor.

¿Pero es que un escritor es algo más que un amanuense o escribiente? Muchísimas veces, ¡no!; y al cabo de los años, casi siempre. Acaba el escritor público por escribir al dictado. ¿De quién? ¿De su público? A las veces, sí; pero, por lo común, al dictado de uno que fué y de que sólo le queda el fantasma dentro. El autoplagio es lo regular.

“¿Qué hay de nuevo?”, le preguntaban al sastre remendón; y respondía: “¿de nuevo?, de nuevo, ¡ni el hilo!” Y es lo terrible; porque si el hilo es nuevo,

¿qué importa lo demás? Es el hilo lo que importa en la vida. Cada día es como el otro; mañana como ayer; y así nos vamos pasando siempre en espera de un mejor pasado.

“¿Será de un mejor futuro?” No, sino de un mejor pasado, de un mejor ayer, de un mejor recuerdo. Queremos poder recordar pasado mañana, cuando sea hoy un ayer, que es el mañana de hoy, mejor que nuestro ayer de hoy. ¿Está claro?, como dice el otro cuando no dice nada y quiere hacer creer que ha dicho algo.

¿De nuevo? De nuevo, ¡ni el hilo!, como dijo el sastre de marras. El hilo, en la vida es la pasión; y la pasión acaba por consumirse a sí misma, y no queda ni hilo. Y ya no es que no sea nuevo el hilo, sino que no hay tal hilo. Y los retazos y andrajos y flecos y jirones y volantes y embozos y solapas y faldillas de que se compone el traje con que queremos vestir la desnudez de nuestra alma y darnos así una historia, todo eso se despedaza por falta de hilo. Habíamoslo mal hilvanado y peor zurcido, sin pasión, por hacer que hacíamos, por satisfacer el cosquilleo de los dedos, que nos pedían sastrería, ¡y así salió ello!

“¡Qué de cosas no han ocurrido en estos dos años!”, me dijo. “Desde cuándo?”, le pregunté. Y él: “sobre todo, desde el primero de junio de 1917.” “Y esas cosas que nos han ocurrido, ¿dónde están?”, volví a preguntarle. “¡Han pasado!”, me contestó cabizbajo. “¡Y tan han pasado!” —exclamé—, ¡han pasado!; ¡aquí pasa todo, y nada queda!, ¡y eso que pasa no constituye pasado! ¡Y es por falta de hilo! El hilo era viejísimo, viejísimo...; ¡ni era hilo!”

Al cabo de los siglos, el hilo que enlaza las hojas de un antiquísimo, de un secular códice, acaba por perder el agua de vegetación y se hace extremadamente quebradizo y hasta se va en polvo. El hilo enteramente seco por dentro —aunque se le hume-

dezca por fuera— deja de ser hilo, pierde su continuidad, y, al cabo, es como una soga de arena. Ya no es hilo.

Sí, sí, han pasado muchas cosas en estos dos años: pero ha faltado la pasión para enhebrarlas. Y aún hay quienes hablan de pasiones desbordadas. ¡Botarates! A ver: ¿dónde está la pasión?

¿Pasión? ¿Dónde? ¿En el ruido del reñidero de gallos acaso? ¡Quiá! ¡Pero si cantan a compás! ¡Si tienen ensayado el cacareo! ¡Si se atusan la cresta! ¡Si se embotan los espolones!

Y, ¡es claro!, los que tenemos que pegar la hebra de estos escritos comentarios a la vida —*tenemos que*, ¡sí, no hay otro remedio!—, nos encontramos sin hebra, sin hilo, al fin! ¡Se nos ha quemado! La pasión se consume a sí misma. Y con los años...

Moisés vió en el monte Horeb, estando apacentando las ovejas de Jetro, su suegro, una zarza que ardía en fuego sin consumirse. Así, por lo menos, se nos dice al comienzo del capítulo tercero del *Exodo*. Pero ese fuego debía de ser el fuego increado, y no un fuego humano. Porque hay fuego humano, fuego que consume al hombre las entrañas.

Pero, ¡no..., no!: las entrañas se recrecen y renuevan y rehacen al fuego. La fiebre consume; pero también crea cuando encuentra pábulo. Hay hombres de entrañas tan febriles, que alumbran con los ojos cuanto ven. Y éstos son los que tienen historia.

¿Historia? Estamos hoy tan desnudos de ella como hace más de dos años, cuando no habían pasado las cosas que han pasado. Que han pasado sin dejarnos pasado. A lo sumo, nuestros comentarios.

Se nos apaga el fuego, y nos encontramos en el ámbito común, en el hogar comunal. Y tampoco es un témpano de hielo. ¡Ojalá! ¡Ojalá fuese la piedra del hogar un carámbano! Al fin, se puede esculpir en el hielo. Es peor, es mucho peor. Se apagó el

tronco de encina que allí ardía, el que coció nuestros manjares, y queda el rescoldo entre ceniza. ¡Mejor con hielo!

Y el hielo quema también.

¡Si al fin se descubrieran frigoríficos para conservar nuestro pasado! ¡Bonita industria! Pero, ¡no!; ya ni se nos quema: se nos pudre. Y se nos pudre que apesta. Y es el hedor tan espeso, que resulta ya irrespirable esta nuestra civilización nacional. Falsas ruinas; ruinas restauradas, y a las veces ruinas falsificadas y ruinas de bambalina.

¡Etiam ruinas perirere!; ¡hasta las ruinas perecieron”, que dijo el poeta. ¿Qué poeta? No lo recuerdo, y he perdido el hilo de mis citas. Bueno, ¡lo mismo da!; la cosa es acabar como Bouvard y Pécuchet, copiando. ¿Y qué mejor podía uno hacer que poner en limpio el libro de la Naturaleza?; ¿copiar caligráficamente el borrador de las cartas del Sumo Hacedor? ¡Oh, si el Creador le tomase a uno de amanuense!... Y esto después de haber pasado por esa terrible dolencia, que es no poder resistir la tontería, la ramplonería, la vaciedad humana.

¿Tontería? Impasibilidad más bien. Todo tonto es, en el fondo, un impassible. Y el tonto se pasa la vida zurciendo con una aguja desnuda, sin hilo. No se ha dado cuenta de que no tiene hilo su aguja. Lo perdió de puro viejo que el hilo era.

¡Si supiera el lector de este dictado lo terrible que es que un sastre se encuentre sin hilo y con un montón de retazos de paños y telas de todos los tamaños, calañas y colores! Hay escritos que lloran sin lágrimas y en silencio. Y sólo se ve la mueca, una mueca ridícula y cansada.

A.—¡Qué lástima, amigo Benito!

B.—¿Y por qué, amigo Antonio, por qué? No veo la lástima.

A.—Sí, hombre, sí. Pudiendo haber hecho tanto, se va a morir sin hacer nada duradero, nada definitivo; y todo por meterse en esos tremedales en que se mete, que no son su campo y en que nada consigue.

B.—¿Y qué es eso duradero y definitivo que había de hacer en vez de lo que hace, y que tanto parece molestarte?

A.—¡Su obra, Benito, su obra!

B.—¿Y cuál es su obra?

A.—Su obra, la que esperábamos de él sus mejores amigos, y aun todavía algunos, cada vez menos por desgracia, esperamos; ¡su obra, aquella en que ha de dejar su espíritu!

B.—¡Su obra!, ¡su obra! ¡Pura literatura, Antonio, pura literatura!

A.—Figúrate, por ejemplo, que Flaubert se hubiera metido en los tremedales de la cenagosa política de su patria en su tiempo y no nos hubiera dado *Madame Bovary*, ¿qué diríamos?

B.—Nos habría dado otras cosas y, además, *Madame Bovary*. Pero ¿y si te digo que esta portentosa novela, lo mismo que *L'Education Sentimentale*, son obras políticas, profundamente políticas?

A.—¡ Bueno, sí; va de paradoja!

B.—No repitas sandeces, Antonio, ni remedies a los señoritos frívolos. Las supuestas impasibilidad, impersonalidad y objetividad de Flaubert son una leyenda. *Madame Bovary*, *L'Education Sentimentale*, *La tentation de Saint Antoine*, *Bouvard et Pécuchet* son obras autobiográficas, como todas las grandes obras del espíritu humano. La señora Bovary es el alma misma de Flaubert, sedienta y hambrienta de ilusión, y Federico Moreau, y San Antonio, y Bouvard y Pécuchet no son sino Flaubert mismo. Dicen que cuando el maestro escribía el envenenamiento de Emma Bovary sintió síntomas de él. No es eso; es que lo escribió porque tenía el alma envenenada, y escribiéndolo se libertó del tósigo. La obra de Flaubert, como la de cualquiera que pase por un puro literato, por un hombre atento sólo a cumplir su obra, lo que tú llamas su obra, la obra de Flaubert fué un espejo, mejor aún, fué una flor de su vida, y su vida se conoce leyendo su estupenda *Correspondencia*, lo mejor sin duda de él. Y quien no conozca su *Correspondencia*, no conocerá su obra; y quien conozca aquélla, puede pasarse sin ésta. ¡ Hay que ver al hombre!

A.—Conformes: pero su vida le sirvió para hacer su obra.

B.—¿ Es que su vida no era ya una obra?

A.—Pero ¿ cómo la reconoceríamos?

B.—Bueno, sí, Antonio, te entiendo. Pero la vida de ese hombre a quien compadecías, o acaso temes: la vida de ese hombre a quien le pides su obra, una obra hipotética, fantástica, acaso imposible; la vida de ese hombre no trascurre en la soledad de un gabinete como la de Flaubert, ni se vierte tan sólo en una correspondencia privada...

A.—¡ Pues pocas cartas que ha escrito el bendito!...

B.—Sí; pero las más de ellas públicas, o como dice aquel otro que tú sabes, nuestro puro literato...

A.—Sí, Crispín.

B.—Justo, Crispín. Esas cartas son, como decía Crispín, apostólicas, episcopales y aun encíclicas.

A.—¡Vamos, sí, como las de San Pablo!

B.—Y las epístolas de San Pablo, escritas al día, viviendo y según vivía, ¿no son una obra? Esas epístolas que fueron su vida, ¿no son su obra? ¿Qué es eso de prepararse para su obra? La obra de un hombre es su vida; y si su vida es pública, hará y dejará una obra pública con ella. ¿Qué obra nos ha dejado Sócrates? ¿Y sería sacrilegio acaso hablar del Cristo? La obra de Cristo fué su vida.

A.—No, sino su muerte.

B.—Es que su muerte fué la razón y la esencia de su vida.

A.—Sí, con ella debió haber redimido al género humano...

B.—Debió, ¿qué es eso de debió? ¿Es que no lo ha redimido?

A.—Me temo, por lo que veo, que todavía no.

B.—Y yo también me temo que Don Quijote, con su locura, no redimió como debió haber redimido a España.

A.—¡Pero qué locura esa tuya, Benito, de mezclar lo sagrado con lo profano y de remejerlo y revolverlo y confundirlo todo!

B.—No, no es eso. También la vida de Don Quijote fué su obra, y esta obra fué la vida dolorosa de Cervantes. Y si Cervantes no enloqueció, como tenía que haber enloquecido un espíritu como el suyo en aquella España de Felipe II, fué porque, como Flaubert en Emma Bovary, el veneno romántico de su alma desahogó en Don Quijote su locura. Y la locura quijotesca debió haber sido una locura redentora;

Don Quijote enloqueció por los que, debiendo haber enloquecido, no enloquecieron. Porque a las veces es una maldición no poder volverse loco.

A.—¡ Hombre!

B.—Sí, como decía el Autócrata de la mesa redonda —*The autocrat of the breakfast table*— en el admirable libro, así titulado, de Oliver Wendell Holmes, cuando se encontró en un manicomio con locos de monomanía religiosa: “hay que tener mejor idea de ellos que de los que profesando sus mismas creencias se mantienen cuerdos y parecen disfrutar muy bien de la vida fuera del asilo”. Y agrega el Autócrata: “Cualquier persona decente tiene que volverse loca si realmente abriga tales o cuales opiniones.”

A.—De donde se deduce...

B.—De donde se deduce que un español que no acabe hoy por volverse loco, de una u otra locura, o es tonto de remate, o tiene el corazón de corcho, o ha perdido la vergüenza civil.

A.—¿ De modo que tenemos que volvernos locos?

B.—O tratar de volver locos a los demás. O crear un loco redentor, como Cervantes, para librarse de enloquecer de vergüenza y de amargura y de asco, creó el suyo.

A.—¡ Justo! ¡ Y he ahí una obra!

B.—No; no hay más obra que la vida para cada uno. Vivir, cuando es más que vegetar; vivir pública y civilmente, es obrar. Y a lo que hay que aspirar es a la vida duradera y definitiva. Y déjate de querer acotarle su acción a ese hombre, y déjale que se meta en los tremedales en que se mete, y que al sentir que el cieno en que se hunda le llega a la boca, dé alaridos. Un alarido es un canto. El hace su obra, pues que hace su vida y se hace a sí mismo.

A.—Deshaciendo a otros.

B.—Esa es la obra de hoy: deshacer a la alta chusma.

A.—¿Molinos de viento?

B.—¡Sí, molinos de viento!

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 16-V-1919.]

D.—Bueno; pero todo esto, ¿a dónde va a parar?

M.—Bueno; ¿pero qué es *todo esto* y qué es *parar* y qué es *dónde*?

D.—Es que no se ve el fin de estos conflictos.

M.—De ellos nacerán otros, como de la solución de un problema nacen otros problemas, y aquel mismo que parecía resuelto resucita y se renueva, y así, sin fin, que no hace falta.

D.—Pero ¿a dónde vamos a parar?

M.—Tú, por lo que veo, a volverte loco, y es lo que te hace falta. Me parece que eres de los que al ponerse a leer una interesante novela, de esas que algunos llaman novelescas por excelencia, y al sentirse dominada la atención por su argumento, te vas al final de ella, de la novela, a ver cómo acaba, y ya no la lees más.

D.—Algo de eso me pasa.

M.—Y esa novela que así te interesa no tiene interés. Porque si le tuviera, tendríaslo en cada momento de su curso, e irías deteniéndote en ella y deseando que nunca acabase. Y a ti no te interesan ni la vida ni la Historia, cuando así preguntas ¿a dónde va a parar todo esto? ¿Y qué más da? *Ça vous amuse, la vie?* Esto recordaba Henry Adams, aquel bostoniano que se calificó de anarquista conservador cristiano y nos dejó una tan interesante *Autobiografía*. Una autobiografía cuyo fin no desea el lector más que el autor deseó el fin de su vida.

Estás, pues, contaminado de una triste enfermedad. Y como aquel niño que decía: “¡si sé que hay que obedecer a los mayores, no nazco!”, así tú, si llegas a saber *ab aeterno* que no hay donde vaya a parar nada, hubieras sido capaz de no haberte dejado nacer.

D.—Ahora, al oírle estas salidas...

M.—¡No, sino que son entradas o metidos!

D.—Bueno; ahora, al oírle estos metidos, he recordado cuando le oí una noche: ¡naderías de naderías y todo nadería!

M.—Debí haberlo dicho en latín: *nullitas nullitatum et omnia nullitas!* Así tiene más solemnidad. Y cuando dije eso, debí de sentirme solemne, como tú te sientes ahora...

D.—¿Qué?

M.—¡Pues mira, no lo sé!

D.—¿De modo que desapruera mi preocupación por el porvenir?

M.—Es que eso no es porvenir; eso es pasado. Los que estáis acongojados por a dónde hemos de ir a parar, no pensáis más que en el pasado; no sois futuristas —si es que esto es ser algo—, sois preteristas...

D.—¿De qué pretérito?

M.—Tienes razón; pues hay el indefinido, o aoristo, y hay el perfecto. Y diré que sois perfectistas. O, si quieres, perfeccionistas. Ya sabes que, gramaticalmente, hay la acción que empezó, la que dura, y la que termina o acaba, o sea pretérito indefinido, presente y perfecto.

D.—En concreto...

M.—¿En concreto? Pues... *nació, vive y ha muerto*. Y hay que estar en *vive*.

D.—O en *vivirá*...

M.—Eso no es nada. Porque, mira, nuestra vida, o

si quieres, nuestra Historia, no es sino un caleidoscopio cinematográfico...

D.—¿Y por qué no un cinematógrafo caleidoscópico?

M.—¡Porque es igual! Es, pues, digo, un caleidoscopio cinematográfico en que un prisma de espejillos que llevamos dentro nos hace ver cierta consistencia, y al correr de la cinta nos da la sensación de la consecuencia o continuidad. Pero créeme que lo mismo podía ocurrir lo que ocurre que otra cosa cualquiera. Y no cabe sino sonreír cuando exclamáis: “¿y el Gobierno, qué hace?” Como si hubiera Gobierno alguno que pudiera hacer algo. Y eso porque no tenéis el valor de decir: “y a todo esto, Dios, ¿qué hace?”

D.—Pues bien, sí, ¿qué hace, qué hace su Providencia?

M.—¿Te parece que hace poco con hacer que corra la cinta caleidoscópica? ¿Te parece mejor que la pare o que nos deje a oscuras? ¡Eres un conservador formidable!

D.—¿Y qué es ser un conservador?

M.—Pues ser un conservador es ser uno que busca soluciones para ponerlas en conserva. Y las soluciones no hacen sino disolver. Y no hay más positiva solución que la de un estallido de un explosivo. Es como se llega a un estado de equilibrio estable. ¿Conoces la teoría cinética de los gases?

D.—Algo.

M.—Pero dejemos eso, porque ya quedamos en que estas metáforas son peligrosas.

D.—Razón de más, según usted, maestro, para emplearlas...

M.—Pues calla, chico, que tienes razón. Estas metáforas son lo que da consistencia al montoncillo de lentejuelas de todos colores que hacen nuestro

caleidoscopio. Gracias a la metáfora viven, y gracias a la metáfora se mueven, son cinematográficas. Metáfora, después de todo, no quiere decir sino traslación, y el traslado es el movimiento. El metaforismo es, pues, la filosofía del caleidoscopio cinematográfico, y como la Historia, la vida de la conciencia humana, no es más que caleidoscopio cinematográfico, la filosofía humana es el metaforismo. Si quieres, pues, trasladarte, vivir, metaforiza, muchacho, metaforiza. Pero no andes preocupándote de a dónde te trasladas...

D.—Yo no pregunté, maestro, a dónde nos trasladamos...

M.—No, tú preguntaste a dónde vamos a parar, que es peor. ¿Parar, parar? La parada es la quietud, es el acabamiento, es la perfección, si quieres; ¡es la muerte! Preguntar: “todo esto, ¿a dónde va a parar?”, es preguntar: “¿cómo va a acabar esto?”

D.—Y eso es lo que preguntamos: ¿cómo acabará todo esto?

M.—Pues acabará volviendo a empezar, y es lo mejor que puede suceder. Acabar es venir a cabo, o sea a cabeza; es volver a empezar. ¿Qué crees tú, que el gusano acaba en mariposa, o que la mariposa acaba en gusano?

D.—Ya tenemos lo de si fué antes el huevo o la gallina...

M.—Para el que quiere comer huevos, la gallina acaba en ellos; pero para el que quiere comer gallina, el huevo acaba en ella. Y hay quien no se preocupá ni del gusano ni de la mariposa, sino del capullo. Estos son los conservadores del capullo. Como su solución es vestirse de seda, para librarse del rayo en lo posible, no se cuidan de si el gusano acaba en mariposa o ésta en aquél. Y la verdad es que cada uno de ellos acaba y empieza en el otro.

Tal es el caleidoscopio cinematográfico que hace mover la correa sin fin de la Providencia. O sea el Acaso.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 19-IX-1919.]

D.—Pero ¿ve usted ese hombre de ciencia el empeño que pone en hacer ver que es un artista, que su labor artística es labor de arte y que la inspiración que le guía en sus métodos investigativos es de la misma especie que la inspiración de un músico, de un pintor, de un escultor, de un novelista, de un dramaturgo o de un poeta?

M.—Sí que lo veo. Y ese empeño es tan significativo como el fingido desdén que hacia los artistas muestran otros hombres de ciencia menos sinceros que ese a quien te refieres.

D.—¿Y es un artista?

M.—Creo que sí; creo que lo es. Y, en efecto, no pocos descubrimientos científicos se deben a inspiración artística. Y, desde luego, para escribir un libro de historia viva, que es ciencia, hace falta más aliento poético que para escribir una novela. Es más creación, es decir, poesía, resucitar a Julio César, o a Felipe II, o a Napoleón, que no inventar un héroe de ficción, aunque sea Hamlet, o el rey Lear, o Don Quijote, o Don Juan Tenorio, o Fausto, o el Padre Goriot, o madame Bovary o Brand.

D.—¿Y cómo la fama de los grandes creadores, músicos, pintores, escultores, poetas, forjadores de pueblos, caudillos, es más duradera y más extensa que la de los grandes especialistas de ciencia?

M.—El pueblo recuerda a los que han hallado

alguna aplicación útil de la ciencia mejor que a los descubrimientos de verdades. Hoy mismo Edison, con ser más que inventor un empresario de invenciones, es más popular que los físicos verdaderamente originales y descubridores de principios científicos. El que descubre un principio teórico, una nueva verdad fundamental, rara vez se hace popular. Y eso aunque su nombre pase a los manuales didácticos de enseñanza elemental. ¿Es popular Mariotte? ¿Lo es Sadi Carnot? ¿Lo es Avogadro? ¿Lo es ninguno de esos cuyo nombre suele ir unido al de una ley física, de química, de filosofía, a un teorema de matemáticas? ¿Es acaso la fama de Copérnico, la de Newton, de otros genios científicos, más honda y extensa que la de Shakespeare, o Cervantes, o Goethe, o Víctor Hugo?

—D.—¿Y eso...?

M.—¡Ah!, es que el atormentado y tormentoso linaje humano recuerda mejor a los que mejor le sirven...

D.—¿Y quiénes le sirven mejor, entonces?

M.—Los que mejor le consuelan al hombre de haber nacido condenado a muerte.

D.—¿Y es que no nos consuela el que descubre un principio racional nuevo, el que halla una nueva verdad?

M.—No; nos consuela más, nos sirve mejor el que crea una ilusión nueva.

D.—Pero ¿es que una nueva verdad no es una ilusión nueva acaso?

M.—Una verdad nueva suele ser una nueva desilusión. La verdad es casi siempre torturadora, y en todo caso, para nuestro consuelo, indiferente. ¡Si vieras qué consuelo le da a un tísico saber que se conoce el microbio que produce la tisis! ¡Y qué consolador es cuando sólo se tiene tres pesetas saber

que con dos más hacen cinco y no ciento o mil! Y pongo el caso más grosero, así, en caricatura.

D.—¿Y es mejor vivir de engaños?

M.—Lo terrible es que el engaño, cuando se sabe que lo es, no consuela porque no engaña. Pero, a pesar de todo... ¿Qué profundidad en aquello de "creo porque es absurdo!"

D.—Pero, ¿es locura?

M.—¿Y quién te lo niega? Y el mundo quiere a los que lo enloquecen, pero siempre que tengan el supremo arte de hacerle creer que le están dando realidad. Los pueblos se enamoran del que sabe llevarles a la muerte haciéndoles creer que es a la vida adonde les lleva. Y se revuelven contra el que les dice la verdad cuando esa verdad es muy verdadera.

D.—Sin embargo, ahí están Job y el Eclesiastés, y...

M.—Sí, sí, hay un áspero placer en hurgar la herida central del alma; hay una cierta voluptuosidad de la desesperación; hay el goce de la queja, pero...

D.—Hay el goce de conocer la verdad por la verdad misma, por desesperante y desoladora que sea.

M.—Sí, y el de abismarse en la nada, que viene a ser lo mismo.

D.—¿Entonces?

M.—Pero ¿a ver cuántos encuentras que sientan el supremo valor de la contradicción íntima? ¿No has visto la legión de mentecatos que se irritan contra el que refleja en sus obras de arte, como en un espejo, la contradicción íntima de la realidad viva, la realidad que es contradictoria? ¿No has visto cómo todos los majaderos se desesperan al topar con un conservador y revolucionario, anarquista y socialista, creyente e incrédulo, pesimista y optimista, que

sea tal y antital a un tiempo? ¿Que sostenga que la realidad es un tejido de antinomias y que éstas no se resuelven en una ley superior, y que afirma que todo orden, por el mero hecho de serlo, es pasajero?

D.—Es que al pensador, al publicista, hasta al crítico y al historiador, le piden que dé solución a sus problemas...

M.—¡Sus problemas! Pero ¿es que hay problemas? Hay posiciones y basta. Y, en todo caso, eso que llaman sus problemas, los problemas, no tienen resolución. Un problema no se resuelve, se disuelve.

D.—¿Y con qué se disuelve?

M.—En otro problema. Un hombre sincero, amante de la verdad verdadera, de la que ahoga las ilusiones, no puede contestar a una pregunta más que con otra pregunta. Por eso vale más crear ilusiones.

D.—¿Y si el que las crea no cree en ellas?

M.—Se lo conocen y no se lo perdonan. Porque, en realidad, es un creador de desilusiones. Mientras que el hombre de ciencia es un ingenuo, un cándido.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 2-I-1920.]

—Bueno; aquí la instrucción se supedita a la educación —me dijo.

Y yo, al oírlo, torcí el gesto, cosa que no pudo escapársele.

—¿Qué? —añadió—. ¿Es que usted no cree que el fin principal de la escuela, de una escuela siquiera, es educar y no instruir?

—No —le repliqué—; es que creo que lo que educa es la instrucción; que no hay nada más educativo que la verdad, y la verdad por la verdad misma; que la investigación de la verdad pura, y sean cuales fueren las consecuencias de ésta, es lo que educa más y mejor al hombre, lo que le hace más perfecto ciudadano; es que creo que la suprema y más acabada disciplina es la de la verdad. Hay gentes que si estuvieran de veras instruídas, es decir, de veras bien educadas, de veras bien disciplinadas, no torcerían la verdad, no amañarían en un tribunal, pongo por caso, resultados falsos, desechando pruebas o inventándolas, ni aun para salvar cualquier prestigio que fuera, ni aun para salvar, según ellos entienden, la Patria.

—¡Pero hombre! —exclamó.

Y yo agregué:

—Sí, señor mío, sí. Si los energúmenos de la ortodoxia profesional del patriotismo miliciano francés que suscitaron aquella purificadora guerra civil,

que fué en la República francesa el famosísimo *affaire* Dreyfuss; si aquellos energúmenos hubieran sido hombres de ciencia, de verdadera ciencia, hombres de veras instruídos, hombres que pusieran el respeto a la verdad objetiva por encima de todo otro respeto, habrían creído que ni para evitar que Alemania destrozara a Francia y la borrara como nación independiente era lícito sostener mentiras como las sostuvieron. Su falta de instrucción verdadera; su pésima educación y esa monstruosidad que algunos llaman la religión del honor, y que de honor tiene poco y nada, y de religión menos aún, eso fué lo que les llevó a sus bárbaros procedimientos.

—¿Bárbaros?

—Bárbaros, sí. Bárbaros de la barbarie de aquellas hordas militarmente jerarquizadas que invadieron el Imperio Romano: bárbaros con la barbarie de un Teodorico, acaso de un Atila o de un Gengiscán.

—Pero ¿es que no salvaron ellos la civilización?

—No, sino que se salvaron luego civilizándose. Y sobre todo, cuando en el Renacimiento aprendieron el respeto a la ciencia.

—Pero ¿por qué mete usted a la ciencia y a la instrucción en este fregado?

—Las meto porque lo más de lo que está pasando ahora aquí, y a que usted y yo estamos aludiendo, sin mencionarlo expresamente, se debe a falta de instrucción y hasta a deficiencia intelectual —por torpe cultivo de la mente— de los actores del drama. O tragicomedia o sainete si usted quiere. ¿Usted cree, verbigracia, que es educativo, que es disciplinario, enseñar Historia de España para encender el patriotismo ortodoxo y declamar sobre las llamadas glorias nacionales? ¿No cree usted que es más

educativo, mucho más educativo, enseñarla como quien enseña Química? Y al enseñar Química, nadie se indigna contra el ácido prúsico, ni canta las excelencias del platino, ni se pone a comparar los méritos del sodio y del potasio, ni otras mentecatas por el estilo.

—Pues ¿es que al enseñar Historia se hace algo de eso?

—Sí, señor; y al enseñar otras cosas. Se inculca dogmas, no se enseña principios. Y se deforma sistemáticamente la inteligencia. Un discurso patriótico, lo que se llama así, es, de ordinario, un lamentable alegato de abogado. En un tiempo se inventaba hasta milagros y portentos.

—Pero es que hay que obrar sobre el sentimiento...

—Con la razón y la verdad, y no más. Embriagar a los pobres soldados antes de lanzarlos al combate es una villanía, porque un hombre embriagado no es un hombre libre. Y no sólo se le embriaga a un hombre con alcohol. Y si es villanía embriagar a un soldado para lanzarle al combate, es más villanía, es la más perversa bellaquería, trastornarle el juicio a uno que ha de juzgar. Y acaso imbuirle los principios diabólicos con que Caifás, el sacerdote que más se ha cuidado del prestigio de la autoridad, condenó al Cristo. Y que fueron los principios mismos con que luego se condenó a Dreyfuss en Francia y a tantos otros en otras partes. Es el principio bárbaro, inhumano e injusto del *salus populi*, entendida la salud y entendido el pueblo como lo entienden los curanderos del patriotismo a sueldo. Y luego lo de la terrible cuarteta...

—¿Cuál?

—La que dice: "Procure siempre acertarla — el honrado y principal; — pero si la acierta mal, — defenderla y no enmendarla!" Este principio es el

pedestal del prestigio de la autoridad. La autoridad no se equivoca; el Poder público no confiesa jamás sus yerros. Es más; ni es posible siquiera que un agente ejecutivo haya obrado alguna vez en un ataque de epilepsia y haya que ponerle en cura. La infalibilidad del ejecutor de la supuesta justicia se eleva a dogma.

—¿En resumidas cuentas...?

—En resumidas cuentas: que esto todo procede de mala educación social y civil, y que esa mala educación proviene de falta de instrucción. Porque no es instruirse eso que se llama hacer la instrucción, es decir, ejercitarse en prácticas rituales y litúrgicas cuyo contenido espiritual, cuando le tengan, no se ha contrastado en la piedra de toque de la verdad objetiva. Menos *instrucción* de ésa, de la que se hace ritualmente, y más instrucción de verdad. Mientras no se discuta a la Patria, el patriotismo no será más que superstición. Nada más terrible que la fe del carbonero, aplicada al orden civil. Y la obediencia ciega podrá hacer verdugos, pero no puede hacer jueces.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 6-II-1920.]

P.—¿Y usted no cree, señor mío, que cuando cese la lucha de clases dentro de cada pueblo, cesarán las guerras entre los diversos pueblos?

R.—Bueno; pues yo, el de la respuesta, repregunto a mi vez: ¿cuándo cree usted que cesará la lucha de clases dentro de cada pueblo?

P.—Cuando todas ellas se reduzcan a una. ¿No está claro?

R.—No, no lo está; ni medio claro. Porque, o se reducen todas las clases a una sola, por la extinción de todas menos una, y es a lo que tiende la dictadura del proletariado, o se funden todas en una que acoja en sí las cualidades y condiciones de las que hoy están en lucha, aunque sean, en gran parte, contradictorias entre sí.

P.—Pero ¿es que cree usted que cabe una sola clase social que sea a la vez capitalista y obrera, explotadora y explotada... y así lo demás?

R.—¡Claro que lo creo! ¡Claro que creo que un pueblo puede hacerse tirano y a la vez esclavo de sí mismo! Y creo, además, que puede surgir la lucha interna entre las diferentes clases de profesiones; los labradores contra los fabricantes, los comerciantes contra los industriales, los empleados de transportes contra los transportados... Y algo de eso se ve ya. Y no me parece que el ejemplo de la Rusia de hoy autorice a suponer que el fin de la lucha de clases sea el fin de las guerras entre naciones.

P.—Es que si Rusia lucha contra otras naciones, es porque la lucha de clases no se ha resuelto. Lucha contra la burguesía de otras naciones coligadas contra ella.

R.—Eso parece a primera vista. Pero yo le digo a usted que el más desenfrenado imperialismo será el de un Estado comunista...

P.—¿Estado?

R.—Sí, Estado, y no juguemos con los vocablos; Estado. O nación.

P.—Pero es que desaparecerán las naciones...

R.—¡Extraña obstinación de la candidez! La Internacional no borra las diferencias nacionales. Voy más lejos: las agrava. Los franceses, alemanes, rusos, ingleses, italianos, chinos, americanos que, siendo proletarios —o diciéndose tales, aun sin serlo, y haciéndose los proletarios—, se unen para combatir a los explotadores de su trabajo, se combatirán mañana entre sí. Coja usted ese libro.

P.—¿Cuál?, ¿éste? ¿Los *Outspoken Essays*, de William Ralph Inge?

R.—Sí ése; los *Ensayos de franqueza*, del deán ése, anglicano, de la catedral de San Pablo de Londres; de ese dignatario de la alta Iglesia de Inglaterra, a quien, por su franqueza, le llaman *gloomy Dean*, el deán sombrío o lúgubre. Busque su ensayo maltusiano —Tomás Roberto Malthus tenía de predicador protestante y conservador más que de otra cosa— sobre la natalidad, y lea allí... Aquí, aquí está el pasaje. ¡Tradúzcalo!

P. (*Traduciéndolo*).—“Los horrores del presente conflicto serán como si no fuesen nada, comparados con la lucha entre dos socialismos de Estado altamente organizados, cada uno de los cuales sabe que, o ha de colonizar el territorio del otro, o morir de hambre.”

R.—¿Qué dice usted de eso?

P.—Que no sé por qué los socialismos hayan de ser de Estado, ni por qué los Estados hayan de serlo de conquista y guerra...

R.—Fíjese en que los *soviets* son de obreros y soldados; pero sobre todo de soldados, y que el soldado no es precisamente, como tal soldado, un productor. El bolchevismo es una institución marcial, guerrera, militar, no civil. Y hasta incivil y anticivil.

P.—¿Institución?

R.—Acaso enfermedad.

P.—¿Enfermedad?

R.—Sí. Y aunque usted me llame por ello conservador, que es peor que reaccionario, no dejaré de recordarle aquello de Tito Livio cuando, hablando del movimiento social, de la lucha de clases, que se cumplía en Italia mientras Aníbal estaba en ella, después de haber vencido en Canas, nos dice que invadió a todas las ciudades de Italia una como enfermedad —*unus velut morbus*, lo recuerdo bien—: la de que la plebe disintiera de las clases altas —*ut plebs ab optimatibus dissentirent*...

P.—Sí, consecuencias de la democracia...

R.—Pero si las ciudades de Italia no eran democráticas entonces...

P.—Bueno, ¿y qué es democracia?

R.—Por ahí debían ustedes empezar, porque me encuentro con que los más radicales demócratas son hoy los que dan mueras a la democracia, como si ésta fuera una institución burguesa.

P.—Pues defínamela usted.

R.—Es mejor repetir la vieja definición, la que Tucídides pone en boca de Pericles cuando éste pronunció la oración fúnebre en honor de los muertos en la primera campaña de la guerra del Peloponeso. Y dijo, hablando del Gobierno de Atenas, que se le

llamaba democracia porque se regía, no por pocos, sino por los más, o sea por la mayoría. Y así, demócrata significa lo mismo que mayoritario, y parece que lo mismo que bolchevique. Si es que bolchevique es mayoritario y no maximalista. Y la dictadura del proletariado, fundada en que los proletarios son los más y unidos los más fuertes, es, en el sentido antiguo, democracia, y no otra cosa. Lo que no es liberalismo. Y nada más imperialista que una democracia.

P.—Es que habrá una democracia —pues que usted quiere llamarla así— universal o mundial.

R.—Exacto; y las mayorías y minorías, dentro de ella, serán étnicas, nacionales; y en esa democracia universal de productores, abolida la clase capitalista, una nación o grupo de naciones se impondrá a las demás. Y seguirá la lucha de clases de otra forma, acaso más terrible. Y el patriotismo comunista será fiero, implacable, terrible..

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 4-VI-1920]

GUERRA, VIDA Y PENSAMIENTO; PAZ, MUERTE E IDEA

A.—“Nace el hombre al cansancio — y es peligro de muerte el nacimiento. — Prueba, pena y tormento — desde un principio; y en el comienzo mismo — padre y madre se ponen — a consolarle del haber nacido...”

B.—Qué, ¿ya estás otra vez con tu Leopardi?

A.—Sí; estoy ejercitándome a traducir aquel su estupendo *Canto nocturno de un pastor errante del Asia* (1).

B.—¿Es que no hay cosa más adecuada a los tiempos que corremos?

A.—No la hay, en efecto. Y es muy cierto que el tiempo, o, mejor dicho, la Historia, que no es más que tragedia...

B.—Comedia acaso...

A.—Bien; ¡tragicomedia! La tragicomedia de la Historia corre hoy como nunca ha corrido. Es acaso una civilización que se descompone, y hemos de dar gracias al gran Empresario que nos ha hecho nacer a presenciar esta tragicómica descomposición.

B.—Pues yo creía que el pesimismo...

A.—¡Ya salió el motajo, la palabreja! Conque pesimismo, ¿eh? Lo pésimo es el sueño sin ensueños, es la siesta modorrienta, y no el escalofrío de la tragedia. Esto es vivir...

¹ A dicha poesía pertenecen los versos con que se inicia este escrito. (N. del E.)

B.—Y él, Leopardi, ¿se consoló de haber nacido a la fatiga, con riesgo de muerte, y condenado a ésta?

A.—Sí, se consoló. Y se consoló cantando su desconsuelo; llenó de inefables esperanzas su alma cantando su desesperación.

B.—¿Pero Leopardi esperó?

A.—Esperó, sí. Esperó dejar su alma a sus hermanos en desgracia, y la dejó. Y quién sabe...

B.—Ese *quién sabe...* que encetas, le faltó a Leopardi.

A.—Quién sabe...

B.—Pero hoy, dejando ya eso, creo que necesitamos los hombres civiles algo que nos reconforte, que nos vigorece, que nos anime...

A.—Pues nada reconforta, vigoriza ni anima más que eso que llamáis neciamente pesimismo. La lucha por la derrota inmerecida es la que exalta. *Vae victoribus!* ¡Ay de los vencedores! Y ay de ellos, porque se engañan.

B.—Pero ¿y la paz?

A.—Sí, sí; los que os decís cristianos recordáis aquello de “¡paz para vosotros!” cuando el Cristo resucitado se apareció a los suyos, y lo de “¡mi paz os dejo!” y aquella voz del cielo de “¡paz en la tierra!”; pero recordáis menos, no queréis recordar lo de “no penséis que he venido para poner paz en la tierra, sino espada; he venido a indisponer al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra”, que son también palabras de la Palabra, del Cristo.

B.—¡Pero esas expresiones son contradictorias entre sí!...

A.—¡Naturalmente, alma de Dios, naturalmente! ¡O mejor, humanamente! ¡Y hasta divinamente! El Evangelio es un divino tejido de contradicciones.

como todo lo eternamente vivo, como todo lo vivo de verdad, como toda verdad de vida. Lo que no es contradictorio dentro de sí, es muerto. Y esa paz que el Cristo deja a los suyos —“¡mi paz os dejo!”— es guerra, es paz dentro de la guerra, o si queréis, guerra dentro de la paz. Y la tuya, la que tú ansías, ni es paz ni es guerra. “¿Dónde irá uno que no guerree?”, dijo nuestro P. Baltasar Gracián, el jesuíta del conceptismo. Y explicó, a su modo conceptuoso y apasionado, cómo la conciencia de cada hombre, que de veras lo sea, es un campo de batalla.

B.—Y esa guerra, ¿para qué?

A.—Para enseñorearse de todo...

B.—¿Y ser vencido? Que así te explicas.

A.—¡Ah, ya! Entiendo lo que entiendes por señoría, que también tú estás en lo de la concepción materialista de la Historia, y tu paz es una paz materialista, y una guerra materialista tu guerra. No ha mucho que el gran novelista ruso Merejkowski, hablando en Varsovia, donde está prófugo de su patria, con Guido Manacorda, le decía a éste sobre el choque entre el capitalismo angloamericano y el bolchevismo ruso, que uno y otro son adoradores del Becerro de Oro, y le expresaba su esperanza y su fe en una exaltación de los puros valores del espíritu, y más propiamente en un renacimiento cristiano. Nos lo cuenta Manacorda en la *Nuova Antologia* del 16 de mayo de este año, que tienes ahí.

B.—Bueno; pero ¿cómo va a enseñorearse el hombre del universo?

A.—¿Cómo? Oye a nuestro P. Baltasar Gracián. Dame ese cuadernillo de notas. Aquí está; tomado de la Crisi II de la primera parte de su *Criticón*. ¡Oyelo! “Tomó la mano el Soberano Dueño y dixo: Mirad, advertid, sabed que al hombre le he formado yo con mis manos para criado mío y señor vuestro (esto se lo dice a los animales); y como Rey que

es, pretende señorearlo todo. Pero entiende, ¡oh hombre! —aquí hablando con él—, que esto ha de ser con la mente, no con el vientre; como persona, no como bestia.”

B.—Sí; pero tripas llevan corazón y cabeza, y aunque no sólo de pan vive el hombre, sino de palabra de Dios, sin pan no hay palabra.

A.—Di más bien que sin palabra de Dios, que no es una palabra cualquiera, no hay pan.

B.—Y la palabra de Dios, ¿no es la idea?

A.—Más bien el pensamiento, el pensamiento histórico, contradictorio, flúido, vivo; es la corriente que va del manantial de la cumbre al mar, y no del témpano, ni menos del diamante. La idea es muerte. Y recuerda lo que los ángeles que guardaban el sepulcro vacío del Cristo —Pensamiento y no Idea— dijeron a las piadosas mujeres que lo buscaban allí en el sepulcro: “¿Por qué buscáis al vivo entre los cadáveres?”

B.—¿Y ahora...?

A.—¿Ahora? Que esa paz por que suspiráis es paz de cementerio, con ideas por cadáveres, y no es ahí donde encontrarás la vida, que es campaña sobre la tierra.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 2-VII-1920.]

Escribimos estas líneas en medio del campo —aunque de un campo en gran parte civilizado por una colonia de veraneantes ciudadanos—, oyendo el susurro del viento en los pinares de la sierra de Guadarrama, pero de cuando en cuando también el paso de los automóviles por la cercana carretera. No hace un momento que un moscardón zumbaba en el cuarto en que estamos escribiendo, y nos recordó aquel mosquito de que hablaba el yanki Thoreau, uno de los más altos maestros de individualismo y de personalidad. (¿Por qué no se habrá dado a conocer aún Thoreau en España?)

Hace dos días visitamos la que fué Cartuja del Paular; subimos a la laguna de los Pájaros, al pie de la cumbre de Peñalara, y de allí bajamos a la Granja. A la Granja, que guarda recuerdos de nuestra historia política, y de los más sugestivos. Al bajar a ella, entre los pinares, nos detuvimos a ver la obra de una larva de una hormiga-león. Allí estaba, en el fondo del embudo que hace en la tierra, y de ella y donde enterrada, dejando sólo fuera sus dos pinzas bucales, espera a que caiga la presa, una hormiga acaso que rueda por las laderas del embudo, a la que chupa el jugo. Y pensábamos que si eso que se llama historia natural no es propiamente historia, es por lo menos una excelente introducción a ella. Y seguimos bajando hacia la Granja pensando en la

larva de la hormiga-león y en las hormigas y en sus hormigueros.

Con frecuencia nos vienen aquí a las mientes los cuartetos del estupendo soneto de Tassara, los que dicen:

Cumbres del Guadarrama y de Fuenfría,
columnas de la tierra castellana,
que por los hielos y las nieves cana
la frente alzáis con altivez sombría;
campos desnudos como el alma mía,
que ni la flor ni el árbol engalana,
ceñudos al nacer de la mañana,
ceñudos al morir del breve día.

Y he aquí que nos llegan del cercano Madrid —cercano por la distancia material— los diarios. Y con ellos ecos y rumores de otro mundo, de la historia política del día, actual, que a ratos más parece historia natural que no humana o civil. ¡Porque hay por aquí cada embudo de larva de hormiga-león, aunque de leones nada tengan los de las trampas!

¡Lo que es leer en medio de un pinar, tendido sobre la hierba, mientras pasan por el cielo las nubes, el relato de una crisis ministerial! A ratos interrumpe uno la lectura para espantar una mosca o para ver cómo una hormiga arrastra una pequeña semilla o para examinar una chicharra que desviándose se nos vino encima. Y vamos a verle el ala sonora. Porque la chicharra canta con las alas, como los ángeles. (Es decir, suponemos que los ángeles, como las chicharras, cantan con las alas.) Y los ministros ni cantan ni vuelan. Y menos mal si las alas le sirven de abanico. Porque los ministros, como los zánganos de las abejas, suelen tener alas y revolotean.

¿Acontecimientos? No, eso que se llama acontecimientos hay que dejarlo para después del veraneo,

para la entrada del otoño lo más pronto, para la vendimia. Ahora hay que dejar que los hombres públicos —moscardones, abejorros, chicharras, larvas de hormiga-león, zánganos, hormiguitas, saltamontes...— se remojen o cacen codornices. Y vayan haciendo olvido.

Hay quien cree que ahora se está formando la tormenta. Acaso hace ya más de tres años que vamos arrastrados por un torbellino, y hemos concluído por habituarnos a él. Pues es sabido que cuando uno va en un globo empujado por un viento de vendaval no siente el viento, ya que no le ofrece resistencia, y así ahora que la violencia se ha hecho habitual y legal. Y con la violencia de los que mandan, la abyección de los que obedecen.

¡Había que verle allá, en las alturas, al pie de la cresta peñascosa de Peñalara, desnuda como cuello de buitres, al pastor calzado con despojos de automóvil, con caucho de un neumático destrozado en la carretera! ¡Y cómo se reía al oír los camelos de los señoritos, de los hijos de la ciudad! El mastín le miraba a la risa y las cabras y las ovejas, arrodillándose sobre las patas delanteras, se abrevaban en la laguna de los Pájaros. Allá abajo, en el valle, entre la fronda, asomaban los tejados de lo que fué Cartuja del Paular. ¿Hormiguero? ¿Colmena? ¿Avispero?

Queremos buscar en la robusta neutralidad de la sierra, en su olímpica indiferencia frente a las luchas civiles de los hombres, un remanso en que se asienten y posen nuestros agitados sentimientos, en que se clarifiquen nuestras indignaciones. Pero notamos que al asentarse fermentan. Y se nos hinche el desdén. ¡Qué cosa más grotesca y más miserable es una crisis ministerial! ¿Y acordarse, por ejemplo, de que aún existe el Dato ése, encontrándose uno en la cumbre de Peñalara!

El sol desnudo nos ha bruñido y enrojecido la desnuda frente. Y es como si fuese el rubor de una vergüenza. ¡Bajo las canas de más de medio siglo —¡y qué siglo éste!— la frente se nos ha encendido como una amapola. ¡Y al llegar la noche, como silbo triste de una lechuza, se nos mete en el alma el triste presentimiento de que no veremos acaso el alba del día de la justicia vengadora!

[*El Mercantil Valenciano*, Valencia, 22-VIII-1920.]

Me había quedado mirando tan fijamente a lo que tenía delante, al espectáculo habitual de mi cuarto de estudio, que acabé por perderlo de vista.

Buscaba alguna idea sin lograr atraparla en el vacío de la mente. Y la necesitaba con urgencia. Erame preciso escribir algo. *Tenía que* escribir. Y este terrible *tener que* me torturaba. Sintiendo, por otra parte, en el abismo de la cordura fundamental, donde arraiga el silencio prenatal, que si bien no es cierto que esté ya dicho todo, por lo menos nada de lo que nos queda por decir merece la pena de ser dicho.

De pronto sentí sobre los hombros el peso como de dos cuñas de una poderosa prensa hidráulica. La terrible presión me quitaba casi el respiro. Luego me percaté de que eran dos manos, pero dos manos invisibles. Sentí diez dedos y sobre todos los pulgares. Las manos invisibles eran de una persona —¿persona?— invisible también. Y no es que no le viese porque estaba a mis espaldas, detrás mío. Veía que era invisible; veía que no le podría ver aunque me volviese a verle. Era El.

De repente un agudísimo dolor en el cogote, pero un dolor que se podría llamar intelectual, la idea de un dolor. Era más bien un terror punzante y helado.

—“¿Es que me va a dar un ataque de apoplejía?” —pensé. Y tras el dolor ése pensado vino un susu-

ro. Era su voz, su voz como de otro mundo, su voz que brotaba de aquel silencio prenatal que arraiga en la cordura de las entrañas de mi espíritu.

El.—Conque no encuentras nada que escribir, ¿eh?

Me callé. Temía contestarle por no oír mi propia voz. Presentía que habría de sonarme a voz de otro, que yo entonces y ahí era otro.

El.—¿Conque no encuentras nada que decir y están pasando tantas cosas en el mundo?

Yo.—¿En qué mundo?

Después de dicho esto me pareció que lo había dicho otro y seguí asistiendo al diálogo como persona extraña a él.

El.—¿Es que no lees el periódico del día?

Yo.—Todos los días es el mismo. Dice hoy lo mismo que dijo ayer. La historia se ha parado...

El.—¿Y por qué andas entonces repitiendo eso de que hay que vivir en la historia y que la historia es la finalidad de la existencia humana?

Yo.—Es que tengo algo que decir y ¿qué más da eso que otra cosa?

El.—Pero ¿y los que te lean?

Yo.—Los que me lean... los que me lean... En rigor, y aunque otra cosa parezca, cuando escribo no tengo en cuenta que hay quien me haya de leer. Sueño con aquel escultor que se pasó la vida esculpiendo una hermosísima estatua para luego, sin que la hubiese visto nadie, arrojarla por el cráter abajo de un volcán y que luego saliese en torrentes de lava.

El.—O la telaraña.

Yo.—¿Qué telaraña es ésa?

El.—Una hermosísima telaraña de hilos de oro, de tornasolados reflejos metálicos, que la gran araña regia del bosque teje entre dos árboles para cazar moscas y moscardones y hasta abejorros. Y uno se pregunta si teje su tela, su red, para cazar moscardones y sustentarse con su sangre o si los caza y

les chupa la sangre y se alimenta de ellos para tejer su tela. ¿Qué te parece?

Yo.—Eso de las causas finales...

El.—Ya estamos en plena especulación filosófica. Vamos, pues, a ver: la araña se alimenta de sangre de moscas para tejer su tela o teje su tela para cazar moscas y alimentarse con su sangre.

Yo.—Eso equivale, me parece, a preguntar si es la araña el fin de la tela o es la tela el fin de la araña, si es el hombre para su obra o si es la obra para el hombre...

El.—Ya estamos en el *para*.

A todo esto parecíame como si la presión de aquellas férreas manos invisibles, de aquellas tenazas informes y etéreas me hubiesen vaciado por dentro, convirtiéndome en una telaraña. La telaraña era ya yo. No era yo ya más que mi obra. O nada menos.

El.—Saca la araña el hilo con que teje su tela de sí misma, de sus entrañas, y con un goce doloroso, con un dolor gozoso, de creación.

Yo.—Pero no la sacaría si no alimentase esas sus entrañas con la sangre de sus víctimas.

El.—¿Víctimas? ¿Pero sabes tú acaso lo que gozan las moscas contemplando la tela en que caen y de que son presas?

Yo.—Acaso sienten que es su sangre hecha tela de arte.

El.—Yo no sé lo que sienten, porque no he sido nunca mosca presa en telaraña... Ni tú tampoco...

Yo.—¡Yo... sí!

El.—¿Cómo que sí?

Yo.— ¡Sí! Yo me he visto presa de maravillosa tela, de hebras de oro espléndido, como de rayos de sol de amanecer cristalizados, urdida y tramada y tejida con divino arte, en que estaba bordada la leyenda de las eternidades y me he embebido en su visión hasta llegar a sentir, en el escalofrío de la

connoción contemplativa, que los hilos de la tela estaban hilados con sangre espiritual del hombre, de los hombres, de los que fueron yo antes de que yo empezase a ser. Y al sentir esto me revolví aterrado y rompí la tela...

El.—¿Estás seguro de haberla roto?

Yo.—¡Sí! Estoy seguro de haber roto la tela. Y, sobre todo, estoy seguro de tener mi sangre dentro de mis venas...

El.—¿Seguro? Mira que si la mosca tiene su sangre también la tiene la araña; mira que las hebras de la tela son sangre...

Yo.—¿De mosca o de araña?

El.—Es una misma. La sangre de la mosca pasa a ser sangre de araña para poder ser luego hebra de la tela...

Yo.—Para... para... ¡siempre el para!

El.—¿Me conoces?

Yo.—No sé si te conozco.

El.—Pues yo soy el para... tu para... tu finalidad...

Yo.—¿Y tú quién eres?

El.—Yo soy tu araña. Y ahora acabo de tejer este diálogo. Y no te empeñes en descubrir el secreto de su trama y de su urdimbre.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 11-XII-1920.]

LO MAYUSCULO Y LO MINUSCULO

A.—Pero si el Estado es el peor administrador...

B.—Ya le tengo a usted dicho, señor mío, que eso es una especie gratuita.

A.—Pero si lo dicen los mismos administradores del Estado...

B.—No, señor. Eso lo suelen decir aquellos administradores, consejeros o lo que sean, de Empresas o Compañías particulares que a las veces se ponen al aparente servicio del Estado, pero para servir en realidad a estas Empresas o Compañías y hasta contra el Estado...

A.—Pues yo le he oído a...

B.—Sí, ya sé a quién; a su amigo el ex ministro, ¿no es esto? Pues bien, ese sujeto metió a su hijo, que es perfectamente inepto e incapaz, en un muy pingüemente remunerado cargo de una empresa privada y no en cargo público, del Estado.

A.—Es que éste es menos lucrativo...

B.—No es eso solo. Es que en las empresas privadas hay más nepotismo que en el Estado. Hay grandes capitalistas que perjudican los intereses de las empresas en que están metidos, sus propios intereses, por colocar a sus hijos, yernos o sobrinos, en vez de darles para qué vivir y encomendar el negocio al más hábil. Hay una cierta comedia de Bernard Shaw en que se habla de una antigua y acreditada empresa industrial en que es tradición poner al frente de ella a un hospiciano listo y diestro

a quien se le educa para ello. Se le hace capitalista así, y luego sus hijos no heredan el cargo, aunque sí la fortuna, sino que se acude a otro hospiciano. Y es que Shaw, socialista, pero verdadero socialista, esto es, de Estado, ve claro.

A.—¿Pero usted cree de veras que el verdadero socialismo es el de Estado?

B.—¿Qué duda cabe, señor mío? El Estado es la sociedad organizada. ¿O es que prefiere usted a los gremios y a las profesiones sindicadas? ¿Es que prefiere usted lo de que la fábrica sea de los que trabajan en ella, la tierra de los que la labran, los ferrocarriles de los que los conducen y administran? ¡Peor cien veces la lucha de profesiones que la de clases!

A.—Es que cabe syndicar a todos los profesionales en un sindicato único...

B.—Que será el Estado. Cuando sea de veras único.

A.—¿Y no teme usted la tiranía?

B.—¿Cuál? ¿La del Estado? La peor es la otra...

A.—Recuerde usted aquello de Spencer del individuo contra el Estado, recuérdelo.

B.—¡Spenceriadas! La mejor garantía de la libertad individual, de la individual, de la personalidad, nadie puede darla mejor que el Estado, aunque tal o cual Estado histórico y concreto, alguna vez, como sucede hoy con el nuestro, la huelle y deprima. Pero el remedio está en apoderarse los liberales del Estado. ¿Recuerda usted las nociones de lógica formal que aprendió en el Instituto?

A.—Muy poco...

B.—Pues bien, debieron enseñarle que los juicios individuales se asimilan a los universales y no a los particulares. El individuo es universo y no parte de él. El individuo es universal y no particular. Lo particular es un partido, por ejemplo, o un gremio,

o una colectividad dentro de la más amplia. Y no, señor mío, ni el Estado tiraniza más, sino menos, muchísimo menos, que un gremio o una corporación o una profesión o un sindicato, ni se entrega más al favoritismo. Y vuelvo a lo del principio, y es que no está probado que el Estado administre peor que una Empresa privada. Acaso con más rutina, con más timidez —y no siempre—, pero no con más nepotismo que una empresa anónima y por acciones. Y esa leyenda —porque es una leyenda— la fomentan hombres públicos que en el servicio público se dedican a servir intereses particulares. Como ese sujeto a que usted aludía...

A.—Pero es que un Estado como el nuestro...

B.—Y unas Empresas como las de aquí... ¿O es que cree usted, señor mío, que donde se administre mal el Estado se administran mejor las Empresas particulares? ¿Es que cree usted que éstas sacan a sus administradores de otra masa humana que aquél?

A.—Pero el aliciente es distinto...

B.—¡Ni eso! Y yo le digo a usted y se lo sostengo que en las Empresas particulares hay aquí tanta o más rutina, tanta o más imprevisión, tanto o más descuido, que en el Estado y no más moralidad. Y que es más fácil echar tierra a irregularidades de la administración de esas Empresas que no a las de la administración del Estado. Y más, y es que si hay un pundonor de cuerpo, un sentido de responsabilidad colectiva, le hay más, con haberlo poco, en los cuerpos administrativos públicos, del Estado, que en los otros. Y siempre me ha sorprendido ese odio que ciertos sedicentes liberales y otros que se creen socialistas profesan al Estado, no a éste o aquél, sino a la institución política.

B.—Son resabios individualistas...

A.—Todo lo contrario, se lo repito. El individualismo verdadero, el individualismo socialista, es es-

tatista. Y debe serlo más ahora en que esta desenfrenada lucha de egoísmos colectivos —¿podríamos decir *nostrismos*?—, de intereses gremiales, de concurrencias profesionales, amenaza acabar con la ciudadanía y por ende con la civilidad y con la civilización. ¡Déjese de spenceriadas! El Individuo contra el Estado, ¡no!, sino el Individuo con el Estado. Y escribamos Individuo con mayúscula, como Estado y Universo. El gremio, la profesión, la corporación, el sindicato, esto es lo minúsculo.

[*El Liberal*, Madrid, 31-XII-1920.]

EL MENDRUGO Y LA MORDAZA

MONOLOGO —NO DIALOGO, COMO PARECE— DE
ACTUALIDAD

—¿Qué hace ése, qué chilla, qué gruñe?

—No gruñe, aúlla.

—Y ¿qué aúlla?

—Pues proclama la verdad y pide la justicia...

—Y bien dijiste que aúlla, porque el proclamar la verdad, que es pedir justicia, es hoy aullar. ¡A cualquiera se le ocurre!... Con lo que pasa, con lo mal que está todo..., con lo cara que está la vida..., con eso de las subsistencias..., con la guerra civil social..., con los crímenes de los sindicalistas y de los antisindicalistas y de sus agresores..., a cualquiera se le ocurre venir a proclamar la verdad... Verdad..., verdad..., ¡la verdad es una injuria! El proclamar esas verdades que son un peligro para el orden...

—Actual.

—¡Claro, no cabe otro! El proclamar esas verdades, digo, que son un peligro para el orden, es un crimen de lesa patria.

—¡Duro, pues, con ellos!

—Sí, pero con tino. ¿Qué, que aúllan la verdad ésa; que al proclamar la verdad perturbadora del orden piden justicia, o mejor, la exigen? ¡Bocotas! ¡Pero... tino, tino! Lo mejor será taparles la boca...

—¿Cómo?

—Con un mendrugo de pan...

—Pero son capaces de no admitirlo, de echarlo,

y hasta de morder la mano que se lo dé, en vez de besarla...

—Sí, que hay gente tan ingrata... Y luego... esos intelectuales...

—Sí, no se puede con ellos... no hay modo de poner en claro qué es lo que quieren...

—Pues que se les deje decir eso que ellos llaman la verdad. Y ya ves la razón de Estado...

—La verdad..., la verdad... ¿Y qué es eso, con qué se come?

—Así le preguntó Pilatos al Cristo. Es decir, le preguntó: "¿Y qué es la verdad?", no "¿con qué se come?"

—Es menester que con la verdad no se pueda comer.

—¿Y para eso lo del mendrugo?

—¡Para eso!

—¿Y si no cae en ello, si no abre la boca para cogerlo?

—Entonces, una mordaza. Pero esto, en último caso. Lo de la mordaza es peligroso..., muy peligroso...

—¿Para el orden actual?

—Sí, para el orden. Y ya te he dicho que no hay más que el actual. Porque ¿cuál otro va a haber?

—¿Y aquello de lesa patria?...

—¡Ah!, he ahí un delito que no le tenemos todavía definido en nuestro sabio código. Habrá que decirselo a nuestro Caifás...

—¿A nuestro Caifás?

—Sí, al de nuestro Sanedrín. Habrá que decirle que defina y clasifique y etiquete este nuevo delito: el de lesa patria...

—¿Y no llevará eso consigo el que tenga que definir y clasificar y etiquetar también el concepto de patria?...

—¡ Hombre, no! Eso de patria..., eso de patria, lo saben todos...

—¿ Todos?

—Menos los sin patria..., esos desgraciados..., los que nos quitan el sueño... Pero a esos... Se hace que se escapen y... ¡ sanseacabó!

—¿ No estaría mejor lo del mendrugo?...

—Es que no se contentan con mendrugos. ¡ Quieren bollos!

—¡ Insaciables!

—Y encima dicen que se les debe de justicia...

—Justicia..., justicia...

—¿ Justicia? ¡ Ya me tiene harto con esa monserga de la justicia! Quisiera que me explicasen bien qué es eso de la justicia. Ahí hay una secretaria de Gracia y Justicia... Gracia..., gracia...: esto, sí; esto de la gracia sí que lo entiendo: "Olé, tu gracia!", o "¡ viva la gracia!" Es algo así como el salero o la sandunga. Y hasta la otra gracia, la gracia de Dios... Esa que llaman la gracia de Dios, la G. de Dios, la de los duros y pesetas y hasta de las perras chicas; sí, también ésta la comprendo, pero no la justicia. ¿ Qué es eso de la justicia? ¿ Con qué se come?

—Hombre, la justicia no se come.

—¿ Conque no se come, eh? ¿ No se come la justicia? Entonces... ¿ Qué es eso? ¿ Qué es eso, que no se come? Está visto que ni con mendrugos ni con mordazas se puede con éstos...

—¡ Librepensadores!

—Tú lo has dicho, tú: ¡ librepensadores! Y ya se sabe a lo que llaman pensar libremente... ¡ A morder!

—Sí, ¡ pero no el mendrugo!

—Te digo que esto está perdido, ¡ perdido del todo! No hay respeto ninguno...

—Pero aquí, entre nosotros, ahora que nadie nos oye, ¿ le tienes tú?...

—Hombre, yo..., yo..., ¡yo estoy sobre el respeto!
¿O es que voy a mirar a alguien hacia arriba?

—El respeto mirando hacia abajo. El verdadero respeto es el respeto a los menores, a los inferiores...

—Bueno, bueno; ¡déjame de monsergas! ¡Te me vas volviendo también... intelectual, librepensador! Pregúntale a nuestro Caifás sobre eso y verás lo que te dice...

—Caifás te dirá lo que se sepa que quieres que te diga... ¡Ese sí que muerde en el mendrugo!

—Sí, el pobre señor no se tiene mucho respeto a sí mismo...

—Es que tiene que comer...

—Bueno; pues que nos defina el crimen de lesa patria y le daremos doble ración.

[*Nuevo Mundo*, 4-III-1921.]

A.—Hombre, antes de ahora quería llamarte la atención a ti, que andas buceando siempre en los secretos de la lengua y que sostienes que lo más de la filosofía se reduce a filología, sobre la frase tan corriente y popular hoy de: “No tengo tiempo material”. ¿Es que hay tiempo inmaterial o espiritual?

B.—Te diré... En primer lugar esa frase ha debido de producirse por contaminación...

A.—¿Por contaminación? Y eso, ¿qué es?

B.—Mira, coge ese libro, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de Rufino José Cuervo, obra, como sabes, capital para el estudio de nuestra lengua, y lee ahí, en su párrafo 378, esto: “La construcción anómala *hubo grandes fiestas en la ciudad* nació en época remota de la contaminación de *fueron grandes fiestas en la ciudad; la ciudad hubo (tuvo) grandes fiestas.*” Así dice Cuervo. Y yo te añado que el decir: “había muchos caballos en el rodeo” viene de “el rodeo había (tenía) muchos caballos”. Como se dice que un libro no cabe o no coge en el bolsillo cuando es el bolsillo el que no cabe (*capit*) o no coge al libro.

A.—Bueno. ¿Y el tiempo material?

B.—Pues que de decir “no tengo materialmente tiempo”, hemos pasado a decir “no tengo tiempo material”. Y lo de materialmente...

A.—Sí; quiere decir en absoluto. “No seas maté-

rial", le decimos a uno cuando queremos darle a entender que no tome algo al pie de la letra o en absoluto, sin limitaciones o concesiones, o por lo menos sin matices.

B.—Pero una vez producida, sea como fuere, la frase esa del tiempo material, hemos enriquecido nuestro lenguaje con una expresión fecunda y creativa que puede a su vez engendrar algún nuevo matiz del concepto. Y eso del tiempo material, el que marca el reloj y acaso el latir isócrono del corazón, a diferencia del otro, del tiempo espiritual ó íntimo, es cosa que está hoy en estudio. Y si no en estudio, en contemplación e imaginación por lo menos.

A.—Lo sé, lo sé... y lo siento.

B.—¿Que lo sientes?

A.—Lo siento, sí. En estos tiempos que corremos siento la trágica pesadumbre del tiempo espiritual. Diciendo una madre delante de una hija suya: "Esta tiene cuatro años...", la niña preguntó: "¿Dónde los tengo, mamá?" Pero yo sé dónde tengo los que tengo y muchos más: los de mis abuelos. ¡Y cómo me pesan!... Porque el Tiempo en estos tiempos...

B.—No sé si sabrás que eso de tiempos, en plural, dicen que es otra contaminación: que *tiempos* fué primero un singular, del latín *tempus* en acusativo, como... [11] [11]

A.—Sí; te lo he oído otra vez. Pero para mí se puede decir los tiempos como las aguas y los aires y los espacios... Y lo que hoy siento es que con esta carrera loca de la Historia la materialidad del tiempo se nos desvanece. Esto es como ir en automóvil a 120 por hora o como presentarnos una película cinematográfica a gran velocidad. No vemos nada; no nos enteramos de nada. Apenas nos dejan comentar y digerir el crimen de ayer —porque hay que digerir los crímenes— y ya viene el de mañana...

B.—Querrás decir el de hoy...

A.—No, quiero decir el de mañana. Porque es el crimen de mañana, aquel a cuya expectativa estamos a diario y en todo momento, el esperado o temido —más esperado que temido—, es ese crimen de mañana, del eterno mañana, el que no nos deja percartarnos de todo el amargor del de ayer. El crimen de ayer va al hoyo del olvido —o de algo peor que el olvido— y hacemos sitio para el recibimiento del que vendrá. Nos precipitamos al porvenir haciendo un vacío delante nuestro.

B.—Lo que acaso quiere decir que no tenemos porvenir...

A.—Tal vez por no tener tampoco pasado... Pues si Don Quijote, que vivía en el porvenir, así como Don Juan Tenorio, no salió nunca del presente, del hoy, era porque vivía en el pasado. Se echó al campo a renovar los tiempos de la caballería andante, a resucitar el pasado. Y el que quiere resucitar a un abuelo engendra un nieto.

B.—Un nieto que a lo mejor en nada se parece al abuelo, es decir, a su tatarabuelo...

A.—¡Bah! ¡Todo tradicionalista de verdad es un progresista! ¡Un conservador, no! Embalsamar cadáveres no es resucitarlos. Los conservadores de Lázaro, el de Betania, le habían atado las manos y los pies con vendas; le habían envuelto el rostro con un sudario, y habían puesto una piedra sobre donde reposaba en orden; pero Jesús, al resucitarle, hizo que le desataran y le dejasen ir. Y es que Jesús no era conservador, sino resucitador.

B.—¡Cómo nos estamos alejando del tiempo material!...

A.—Es que estamos tejiendo estas... meditaciones en el tiempo espiritual. Y éste nos liberta de aquél. Pero hay que volver, amigo, a la materialidad del tiempo, que cada día trae su afán...

B.—Bien. ¿Y de esto qué se saca?

A.—¡Ah! ¿Pero estás en eso? Si estás en lo que se saca materialmente de algo, ya puedes resignarte a no gozar de tiempo espiritual, ni de verdadero porvenir.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 8-IV-1921.]

—Y bien, Miguel, ¿que si en vez de haber entonces tomado el camino que tomaste hubieses emprendido otro?

—Eso, Miguel, es un problema que no puede plantearse más que un loco, o sea un solitario.

—¿Es acaso lo mismo?

—Lo mismito. El loco es el que no comprueba ni sus impresiones ni sus experiencias con las de los demás, es el que se guía nada más que por su razón individual y no por la general, no por el consenso humano. ¿No recuerdas lo que leímos hace poco en los *Lineamenti di filosofia scettica*, de Giuseppe Rensi, el profesor de la Universidad de Génova? ¿No recuerdas aquello de que “el hombre que está absolutamente solo en su pensamiento debe temblar siempre de hallarse loco y tiembla, en realidad, de estarlo en tanto en cuanto no lo está ya del todo, es decir, en cuanto la locura no le ha procurado definitivamente una fijación maniática” y lo que sigue?

—¿Pero, y eso qué tiene que ver con esto de que tratamos ahora?

—Tiene que ver y mucho. Proponerse un hombre el problema de qué es lo que hubiera sido de él si en tal momento de su pasado hubiera tomado otra determinación que la que tomó es cosa de loco, créemelo, Miguel. El mismo Rensi nos dijo que cada uno de los planes que nos hicimos puede ha-

bernos resultado, pero que si recorremos con el pensamiento el conjunto de ellos, cuya totalidad constituyó nuestra vida, nos percatamos de que forman un todo lejano de todo plan y de toda idea nuestra, “un todo que no habríamos jamás imaginado, temido o esperado, algo de imprevisto por completo”. Y recuerda lo que uno de nosotros dos, no sé si tú o yo, dejó escrito al final de un soneto que hicimos, y fué aquello de

toda vida a la postre es un fracaso (1).

—Para cada uno de nosotros, pero no acaso para los demás. Y ¡qué lectura la del *Memorial* que redactó Napoleón en Santa Elena!

—¡Napoleón... Napoleón!... El que se llamó a sí mismo el hombre del destino, el que a sus treinta y ocho años escribía a su primera mujer, a la pobre Josefina, la viuda de Beauharnais, aquello de “mi amo no tiene entrañas, y este amo es la naturaleza de las cosas”.

—Un discípulo de Rousseau al fin y al cabo, un romántico, un hijo de contradicción.

—Sí, como dijo Job de sí mismo, y como lo somos todos; hijos de contradicción. Y de contradicción íntima, entrañada, de guerra civil, y más que civil, doméstica, y más que doméstica, fraternal, y más que fraternal, con nosotros mismos. No es ya lo de Caín y Abel, los dos primeros hermanos, los fundadores de la fraternidad humana; es lo de Esaú y Jacob, los mellizos, que se pelearon ya en el vientre de Rebeca, su madre.

—Y así tú y yo, Miguel, en lucha más que fraternal...

—Fratricida querrás decir...

¹ *Rosario de sonetos líricos*, núm. XLIV. Fechado el 9-XI-10. (N. del E.)

—No, sino fraternal, como digo, pues que no nos matamos uno a otro como Eteocles y Polinice, los hijos de Edipo, sino que con esa lucha, que es nuestra vida, nos la damos...

—Hasta que nos la quitemos.

—Y de esa lucha vivimos y con su espectáculo animamos las vidas de otros. Y ello es acción, y así somos hombres de acción.

—El hombre de acción es el de los cumplimientos, el hombre de palabra, el orador; el escritor es el de las posibilidades. La acción, el hecho, la hazaña, queda siempre en el pasado, mientras que la palabra queda en el porvenir siempre.

—Tú te acordarás que cuando aquel mi discurso de la Zarzuela, al que asististe, como a todos mis actos, pues acto fué, se nos dijo que si en vez de decir lo que dije hubiera dicho otra cosa, a estas horas sería, después de haber pasado por la cárcel, jefe de un poderoso partido.

—¡Vaya una perspectiva!

—¡Tienes razón, vaya una perspectiva! Porque un jefe de partido es un hombre que ha agotado las posibilidades ideales que encerraba, que había en él, por ser un hombre que ha tenido que ahogar sus contradicciones íntimas. Un jefe de partido no puede mantenerse en perpetua posición escéptica o crítica, tiene que ponerse en posición dogmática, y el que se pone en ésta agota las posibilidades. O tiene que derogar, como le está pasando a Lenin. Como dice Rensi, pues que su lectura nos ha metido en este diálogo, hay contradicciones externas porque las hay internas.

—Los que nos dijeron aquello entonces veían otro proceso, pero no el que nosotros vimos y hasta previmos. Y es que con esto ocurre lo que con los mirones de las partidas de ajedrez, que dicen que desde fuera se ve mejor, y es que se ve otra cosa,

y si el jugador hiciera lo que ellos creen que debe hacer, no haría lo que hace. ¡Y en el ajedrez, y como en el ajedrez en todo juego o lucha, lo que se precisa es unidad de mando, unidad de propósito!

—¿De veras? ¿Pero es que crees que porque mande uno solo hay unidad de mando? ¿Es que crees que una junta, un tribunal, un directorio, no tiene tanta unidad como un hombre solo? ¿Es que la obra política de un monarca absoluto, o de un déspota, es más unitaria y consecuente y coherente que la de una asamblea o convención? No, no...

—Tienes razón, Miguel. E hicimos bien en no ligarnos con declaraciones a un partido, ni siquiera a uno que habríamos forjado nosotros para dirigirlo también nosotros, porque en cuanto llegara una de nuestras frecuentes disensiones, ¿con cuál de nosotros, con el escéptico o con el dogmático, o con el otro, se habían de ir nuestros partidarios, los que no saben irse consigo mismos?

—Es porque también ellos están dentro de sí mismos divididos...

—O así hay que creerlo al menos en honor a ellos. Y nosotros hicimos bien. Miguel amigo, en no poner en peligro nuestra responsabilidad.

—Libertad querrás decir, Miguel.

—Es lo mismo. Libertad no es más que responsabilidad. Es libre el que se siente libre, y se siente libre el que se siente responsable. El que es incapaz de arrepentirse y de sentir remordimiento, ése no es libre. Y un jefe de partido que se arrepiente y que confiesa su error de un momento, su falta de previsión, está perdido. En cambio, el escritor, el escéptico, el crítico, como no da sino posibilidades y éstas están siempre en el futuro, no tiene de qué tener que arrepentirse.

—El que da posibilidades da también imposibilidades...

—Querrás decir utopías...

—Lo mismo da. Y las utopías hacen el porvenir, aunque sólo sea por oponerse los hombres a ellas. La lucha diaria en vela, la lucha por realidades, es una lucha contra ensueños, y si no hubiera ensueños no habría lucha. Si no hubiera surgido el socialismo y el comunismo, el régimen capitalista burgués habría perecido por falta de lucha, por falta de contradicción. Es la lucha de clases lo que mantiene en pie a la burguesía. Y es la revolución, siempre latente, lo que mantiene a eso que llaman orden. Como a falta de errores, de lo que llamamos errores, no habría verdades. ¿O cómo estaríamos seguros que una verdad es verdad, si no hubiera error? ¿O cómo creeríamos que algo que vemos tiene existencia real y objetiva, si no hubiese alucinaciones?

—Es que la alucinación...

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, que la alucinación es, como alucinación, real, que tiene realidad de alucinación.

—Claro, y un error es verdadero...

—Sí, verdadero error. Pero esto es para darnos vértigo. Quedemos, pues, por ahora, en que habiendo renunciado a atarnos a una responsabilidad política...

—Renunciamos a una libertad, según decíamos.

—Sí, para cobrarnos otra. Y esta otra es la libertad del escritor, del crítico, del escéptico, la del que da posibilidades, la del que renuncia a presentar soluciones para dedicarse a plantear problemas.

—Es que en los problemas el plantearlos es resolverlos...

—O declararlos irresolubles.

—Todo problema es irresoluble. O más bien, sólo se resuelve en otro.

—Dejémoslo ya, que otro día concluiremos..

—¿Concluir?

—Concluir... ¡no!

—Tienes razón, nada se concluye, todo se continúa.

—Sí, concluimos con un problema, pero es cuando él concluye con nosotros.

[*La Nación*, Buenos Aires, 9-I-1922.]

EL IDEAL HISTÓRICO

—Y bien —nos dijo el hombre—, ¿qué es eso del ideal histórico?

—El que están cumpliendo momento a momento los pueblos y los hombres que verdaderamente tienen historia —le dijimos—. Pero cumpliendo, ¿eh?, porque ese ideal se cumple; se acaba, se perfecciona, es decir, que se muere a cada momento, pero es para resucitar en seguida. Y ese ideal consiste en vivir, en vivir en la historia, en hacer el drama. Ahora, como usted es un utopista...

—¿Utopista yo? ¿Yo utopista? —exclamó.

—¿No es usted comunista, bolchevique, o algo así?

—¡Pero eso no es utopía!

—Sí, usted propaga una constitución social que estima haya de ser definitiva, una constitución social que acabe con la lucha de clases y sus derivaciones. Y eso sería el fin de la historia, una utopía. Y la muerte definitiva de la sociedad humana, o si usted quiere, de la humanidad social.

—Pero es que también quieren concluir con la lucha de clases, sólo que de otro modo, los otros...

—Es que yo no soy de los otros, señor mío.

—Entonces usted cree...

—Yo creo que la historia es lucha, eterna lucha, y que el día en que esa lucha termine, terminará la historia, y que entonces, para un hombre, para un verdadero hombre, no valdrá la pena de ser vivida.

como para un hombre, para un verdadero hombre, no hubiera valido la pena de vivir en las Reducciones del Imperio jesuítico de Misiones y el Paraguay.

—¡Sin duda habría valido más vivir bajo Solano López!

—Sin duda, que eso fué historia. Y volviendo a lo de la lucha de clases, usted me quiere decir que hay quienes desearían perpetuar la diferencia de clases y que los proletarios, o siervos, si usted quiere, estando tan bien tratados como se le trata a un animal doméstico, se resignaran a su suerte y no luchasen por su emancipación y por suprimir el régimen capitalista. ¿No es eso?

—¡Claro! O se es de esa opinión o se es de la nuestra, es decir, de la de los que sostenemos que hay que acabar, sí, con la lucha de clases, pero es acabando con las clases, y hay que acabar con las clases reduciendo a los hombres todos a una sola clase, la de los que trabajan, y que no pueda vivir el que no trabaje y que no haya ni propiedad privada de los medios de producción, ni herencia económica, ni...

—¡Sí, sí, nos sabemos de coro la canción!

—Pues o se es de la una opinión o de la otra.

—O de la tercera.

—¿Y cuál es ésa?

—La histórica, la de la lucha eterna, la liberal. En un poema hablaba Browning del paso de una vida de fe diversificada por la duda a una vida de duda diversificada por la fe. Y acaso se pasa de un régimen capitalista en lucha con elementos que quieren establecer un comunismo más o menos radical a un régimen comunista en lucha con elementos que quieren restablecer el antiguo capitalismo individual. Y si en Rusia logran implantar el comunismo, la vida histórica rusa consistirá en la lucha del régimen así establecido contra los intentos de volver a lo anti-

guo. Y si no hay esta lucha no habrá historia y no valdrá la pena de vivir allí y volverán a la animalidad. Que así como en nuestras sociedades el proletariado reclama su derecho a emanciparse, así allí, en la Rusia comunista, los que se sientan con ciertas capacidades reclamarán sus derechos a hacerse capitalistas y a emanciparse... del trabajo.

—Y no se les concederá.

—¿Lo ve usted? Absolutista, antiliberal.

—De modo que para usted el liberalismo es...

—La consagración de la eterna lucha, es decir, de la historia. En un pueblo hay, por ejemplo, católicos y protestantes y judíos y mahometanos y racionalistas y ateos, y todos ellos se dividen políticamente en dos bandos. Y estos dos bandos son: el uno, el de los que creen que debe haber completa libertad de cultos y de propaganda y de controversia, y el otro, el de los que sostienen que se debe imponer una doctrina, sea la católica, sea la racionalista, o por lo menos que no se les debe permitir publicidad a las otras. Uno es el bando liberal y el otro el absolutista u ortodoxo. Y todos los ortodoxos, sean de la ortodoxia católica, o de la mahometana, o de la racionalista, se entienden entre sí. Y lo mismo en lo político.

—¿Cómo así?

—Que lo que ha hecho y hace la vida histórica de las Monarquías ha sido y es su lucha contra las tendencias republicanas, y lo que ha hecho y hace la historia de las Repúblicas ha sido y es su lucha contra las tendencias monárquicas, disfrazadas con uno u otro nombre.

—¿Pero, y la solución?

—¿No le decía yo que era usted un utopista? La solución es la utopía. No hay solución y no debe haberla, porque la solución es el fin de la historia, es la muerte. La historia es un eterno problema, un

problema que nunca se resuelve. Usted sueña con el paraíso terrenal y éste no es historia.

—¿Y qué se me da a mí que no sea historia si en él vivimos más felices?

—¡Más felices! ¡No, señor mío, no! Aunque ustedes los de la concepción materialista de la historia crean otra cosa, la humanidad no ha de morir de hambre, sino de hastío, de aburrimiento. Ni sé de quien por hambre se suicide. ¡Más felices! Dios nos libre de una sociedad en que se haya resuelto el problema de la desigualdad económica, en que no haya quienes luchen por emanciparse del salario y quienes luchen por vivir de trabajo ajeno. Que también es trabajar...

—¿Qué es lo que también es trabajar?

—Trabajar por que otros trabajen para mantenernos.

—Paradoja tenemos...

—¡No sea usted mentecato, hombre! Sin esa cultura de que usted renegaba el otro día, sin esa cultura que ha permitido hacer que sean de primera necesidad exigencias que antaño eran de lujo, sin esa cultura, no habríamos salido del hambre mal entretenida.

—Pero usted, en resolución, ¿qué es? ¿Individualista o socialista?

—No le entiendo bien, señor mío, y me figuro que tampoco usted mismo se entiende mejor.

—¿Usted cree que debe desaparecer la propiedad privada de los medios de producción o no?

—Yo creo que ustedes los comunistas lucharán y deben luchar por que esa propiedad desaparezca, y creo que si logran hacerla desaparecer surgirán individuos, clases, colectividades, que lucharán por restablecerla, que en el seno del régimen comunista habrá elementos que trabajen por restaurar la pro-

piedad privada de los medios de producción y la explotación del trabajo ajeno.

—¡Pero lo impediremos!

—¡Impedir la historia! Se morirán ustedes de asco y de hastío, y el día en que no tengan enemigos fuera tendrán que inventarlos dentro.

—Bueno, y con todo eso, ¿a dónde se va?

—¡Aquí está el toque, aquí!, en que usted parece creer que se va a alguna parte, que la humanidad tiene una órbita trazada de antemano, que el progreso es otra cosa que la historia misma. La mejor novela, amigo mío, es la que se puede dejar en cada página. Usted es de los que preguntan por el argumento de la historia de la humanidad. Tanto valdría preguntar por el argumento de una puesta de sol o de una hermosa noche estrellada.

—Bueno, pero un Gobierno debe...

—Un Gobierno debe ser liberal, es decir, abrir cauce a la historia, dejar correr las aguas.

—¿Y si las corta?

—Provoca una revolución, que también es historia. Siempre que haya pueblo. Y aquí no sé si lo hay.

[*La Nación*, Buenos Aires, 15-III-1922.]

EL REPOSO ES SILENCIO

The rest is silence!

(Últimas palabras de Hamlet.)

“¡El reposo es silencio!”, susurró con su último aliento Hamlet, moribundo. Y reanudó el silencio. Y Horacio, su amigo, dejó caer sobre el último silencio de Hamlet estas palabras de despedida eterna: “Ahora revienta un noble corazón. Buenas noches, querido príncipe; y que vientos de ángel te canten a tu reposo. ¿Por qué viene sonando el tambor?” Y se volvió al tambor guerrero y a Fortibrás, el nuevo rey, dejando al príncipe en el reposo del silencio, en el silencio del reposo inacabable.

El reposo es silencio, sí, y el silencio y sólo el silencio es reposo. Pero no ya el silencio ambiente, el que a uno le hacen los demás, sino el silencio íntimo, el que uno hace a los otros. No el silencio pasivo, sino el activo. ¡Poder callarse!

¿Hay algo más congojoso que *tener que* hablar o *tener que* escribir, que es lo mismo? Tener que..., tener que..., ¡terrible tiempo de obligación! No hay modo de que goce de aquel reposo que remonta el corazón quien tiene que hablar o que escribir a diario o casi a diario, el forzado de la palabra o de la pluma.

Allá, en la cima, es donde he gustado el silencio, el silencio de los demás; pero sobre todo el mío propio. Me sentía callar. Y goteaba dulcemente sobre

mi ánimo los instantes silenciosos como una mansa llovizna sobre un lago de cumbre.

Uno de los hombres que más profundamente han sentido la soledad y el silencio, Alfredo de Vigny, el cantor de la soledad augusta de Moisés —“¡Oh, Señor, he vivido poderoso y solitario; déjame dormir el sueño de la tierra!”—, cantando la muerte del lobo nos decía: “Sufre y muere sin hablar”, y otra vez, al concluir su canto de desesperanza y desesperación al Cristo en el huerto de los olivos, oficiaba al Silencio diciendo que el justo “no responderá más que por un frío silencio al silencio eterno de la Divinidad”.

¡Quién pudiera, cartujo de la vida civil, callarse! ¡Pero cuando se vive de hablar, de escribir!... Y se vive —¡aquí está la tragedia!— suele querer decir “¡se come!”

“¿Morir? ¡Dormir..., dormir..., soñar acaso!”, decía Hamlet, él mismo. Pero soñar en silencio, arropado en él. Y soñar callándose.

¡Reposo! ¡Descanso! ¿Cuándo ya? El trabajo de tener que vivir no deja lugar ni tiempo al reposo.

Fray Bernardino de Aguilar, monje jerónimo profeso del convento de la Murta, de Barcelona, se murió como, nos cuenta el P. Fr. José de Sigüenza, cantando. “Dando un suspiro de lo profundo del pecho, puestas las manos en la tecla, pasó de esta vida a la eterna, porque cantase el cantar del Señor en la tierra de los vivientes” (1). Y Hamlet murió diciéndose: “El reposo es silencio...” Y acaso pensara: “Callarse o no callarse: ¡he aquí la cuestión!”

Se ha dicho de Carlyle que empleó largos discursos —discursos por escrito— para recomendar el silencio. Las aves enjauladas son las que cantan a la libertad. Para ellas el canto es vuelo. El más te-

¹ *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Parte II, libro IV, capítulo XXVII. (N. del E.)

rrible destino es el de vocero. Y como además no pueden teparle a uno la boca sino con ignominia y vilipendio...

¡Comprarle a uno el silencio! El silencio, como el alma, no se vende, no se puede vender. Porque el silencio es la paz del alma, es el reposo del alma, y el alma no puede, no debe tener paz ni reposo sino cuando deje al cuerpo.

“¡Descanse en paz!”, suele escribirse sobre la puerta de la última alcoba del hombre. Y a lo mejor se trata de uno que jamás se cansó. El descanso hay que ganarlo y merecerlo fatigándose. Y sobre la tumba de algunos de nosotros, de los forzados de la lengua o de la pluma, podría escribirse: “¡Cállese en paz!”

—¡Bah! ¿A usted qué le cuesta? ¡Diga algo, escriba algo!

¡Ah, sí! ¡Hay gente a la que no le cuesta vivir! ¡Y no saben lo que es pasar los años y no poder callarse, no poder descansar! ¡Enronquece la garganta, la voz se quiebra, balbuce la lengua, se nos escapan las palabras, y hay que hablar!

—¡Que hable! ¡Que hable! A ver, a ver, ¿qué dice?

Porque se ve lo que se dice, se ve la palabra. Y se ve el silencio. Hamlet, tendido en tierra, recién muerto, con los abiertos ojos ya sin vida, miraba al cielo, como queriendo oír el silencio de Dios, oír con los ojos.

Y ahora voy a callarme, pero para rumiar nuevas palabras, las de mañana, las de cada día. Y bajito, muy bajito, casi en silencio, susurraré al oído del Señor: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy.”

“En el principio fué la Palabra”, dice el cuarto Evangelio en su principio. ¡Y al fin fué el silencio!

ACCION Y PASION DRAMATICAS

Drama —me dijo—, usted lo sabe mejor que yo, quiere decir acción, y donde no hay acción no hay drama.

Y yo: “¿Pero qué es eso de acción? Porque en dramaturgia, lo mismo que en política, ese término acción es uno de los equívocos. Los sindicalistas que se llaman apolíticos, no políticos, hablan mucho, demasiado más bien, de la acción directa. La otra, la acción política, es para ellos indirecta. Y hay quien cree que el general Serrano, dirigiendo la batalla de Alcolea, contribuyó al derrumbamiento del trono de doña Isabel II más que Castelar con sus artículos en *La Democracia*.”

—Y ¿quién lo duda? —me replicó.

A lo que contrarreplicó: Yo, yo lo dudo. Es más, lo niego. Y en cuanto a lo de la acción dramática, ¿qué es acción? ¿No más que movimiento? Entonces nada más activo que el “cine”. Vi no hace mucho un drama en que había desafíos, naufragios, sublevaciones, batallas, raptos... y allí no pasaba nada. O mejor, a los personajes que lo eran de papel —eran papeles— no les pasaba nada por dentro. No les quedaba nada. Se interesaban tanto en lo que ocurría a su alrededor como las piezas de boj de un tablero de ajedrez en la marcha del juego. Y además, ¿usted cree que acción y pasión se oponen como se oponen actividad y pasividad?

—Hombre, le diré a usted... Un drama sin pasión no es un verdadero drama, pero la pasión dramática...

—Sí. Es activa.

—¡Exacto!

—Toda pasión es activa, señor mío. Lo que hay es que muchos no saben ver ni sentir su acción...

—Pues ahí está el toque, en hacérsela ver y sentir...

—Es que para eso hay que quitarles ante todo las anteojeras de la lógica vulgar y cotidiana, de la lógica crítica, de la del prejuicio. La preocupación de la consecuencia y el encantamiento de las exterioridades les impide entregarse a la fruición del drama.

—Mire usted. Yo tengo escrito y presentado a representación un drama del que he tenido muy buen cuidado de suprimir todo lo externo, todo lo que vaya por de fuera (1). Al protagonista...

—¿Protagonista o monagonista...?

—¡Protagonista, señor mío! No es ningún monólogo, aunque alguien lo crea así. Al protagonista, un dramaturgo metido a político, lo meten preso. ¿Por qué? Eso no importa nada, o como no importa, me guardo muy mucho de exponerlo. A los que no ven sino el problema de las responsabilidades les podrá preocupar la razón de que a ese sujeto le metan preso, pero eso no importa...

—Es que hay, amigo mío, quien va a ver en esos dramas otra cosa que la obra de arte; quien busca alusiones; quien rebusca la actualidad...

—Pues hace muy mal.

—Y en tratándose de usted no faltará quien se empeñe en ver en el personaje a usted mismo...

—En los personajes, en todos... ¡claro! ¿De dónde, sino de sí mismo, los ha de sacar uno? Todos los personajes de Shakespeare eran Shakespeare.

—Pero eso no es un drama realista...

¹ Se refiere al titulado *Soledad*. (N. del E.)

—No le entiendo a usted, ni usted mismo se entiende a sí propio. Eso del realismo se ha dicho ya cientos de veces —lo que no empece que haya que repetirlo otros cientos de veces más—; es según la realidad. Porque hay la cotidiana, y vulgar, y corriente, y hay la otra. Usted, por ejemplo, me figuro que al presenciar una situación dramática se dice: “¿Qué haría o diría yo en semejante caso?” Y si el personaje hace o dice lo que usted ni haría ni diría, declara que aquello es inverosímil...

—Hombre, le diré a usted: yo voy al teatro...

—A oír lo mismo que oye en la tertulia del café, ¿no es así? ¡Pues yo no! Yo voy a ver si encuentro los hombres que no suelo encontrar en la vida. Porque para oírle a usted me ahorro el teatro.

—Vamos, que yo no soy hombre... ¡Dígalo usted claro!

—Usted, señor mío, lleva un hombre, acaso más de uno, dentro de sí, y el problema está en que usted lo encuentre.

—¿Y si lo encuentro?

—Llévelo usted al teatro; a un teatro. No es menester que sea el que por concreción llamamos así. Y mientras usted no encuentre ese hombre, o esos hombres, que lleva dentro, y no los haga personas. llevándolos a un teatro, usted no será sino lo que nosotros llamamos un particular y los griegos llamaban... No se lo digo a usted.

—¿Por qué no?

—Porque es palabra que entre nosotros ha tomado una significación injuriosa. Otro día.

Hablaban una vez más de la primera materia nacional, de lo que suele denominarse la masa, del pueblo. Aunque pueblo —en griego *demós*— sea más bien esa masa ya organizada. Hablaban una vez más de ella, y como siempre que de ella entre nosotros se habla, unos la diputaban por lo mejor que tiene España, por lo menos maleado, y otros, en cambio, sostenían que es lo peor, y que con ella ni puede hacerse nada de provecho ni se puede llegar a término alguno.

—¿Caciques? —decía uno—. Los caciques los hacen los caciqueados; nuestra masa necesita caciques, los apetece y los busca. “El hombre es lobo para el hombre”, decía el refrán; pero yo diría más bien que el hombre es borrego para el hombre. Con este pueblo no cabe hacer cosa de provecho. ¡Vaya una lechigada! Son, naturalmente, serviles, y lo son por estar adormilados. Para ellos lo más sagrado es la siesta.

—¡Y si no se les ha enseñado otra cosa!... —insinuó otro.

—¡Ya salió la pedagogía! ¿Pero no ves, alma de Dios, que los maestros que habían de enseñarle otra cosa salen de su seno mismo, salen de la masa? ¿O es que los maestros son de otra estofa que la del pueblo?

—El pueblo —indicó un tercero— quiere acordeón. Y como veo que esto os suena como acertijo, os lo

voy a explicar. Hay una región entre el Noroeste de la provincia de León y el Suroeste de Asturias, región montañesa bravía, donde la masa, el pueblo, escoge por sí mismo los maestros que a temporadas han de enseñar a sus hijos. Y hay hasta una feria de maestros, de maestros babianos. Se les llama babianos porque proceden, en general, de Babia, localidad, que se ha hecho proverbial, de la montaña leonesa de ese lado. Cada maestrillo babiliano expone en la feria cuáles son los problemas que sabe o los primores que puede enseñar; pero vence el que sepa tocar el acordeón.

—¿Para que se lo enseñe a los niños?

—No, sino para que a su son bailen mozos y mozas, y acaso para adormecerlos y que se pasen así la siesta de la vida. Porque la vida no es sueño para ellos, como para Calderón de la Barca y sus contemporáneos lo fué; la vida para ellos es siesta, y siesta sin ensueños. Hay que sestear la vida lo más alegremente posible.

—Eso me recuerda —añadió otro, un asturiano— lo que leí en un libro de mi paisano don Aurelio de Llano de Roza de Ampudia, libro *Del folklore asturiano*, en que habla de mitos, supersticiones y costumbres de Asturias. Y es que contándole al autor en Sames, concejo de Amieva, cierta broma macabra que se permitió un anciano en un velorio, abrazando al muerto por los pies y pidiéndole que le buscara un buen sitio en la otra vida, rodando el muerto sobre el bromista y armándose con esto un tole tole, por correr de miedo los vecinos, como don Aurelio dijese que era todo ello poco serio, le contestó el informante: “¡Ah! Pues verá usted lo que pasó aquí en Taranes; aquello sí que tuvo gracia; ¿dice usted que es poco serio? Si no fueran estas cosas, ¿con qué nos íbamos a entretener en estas

montañas?" Lo que como veis es filosofía de acordeón de Babia. O de gaita, o de pito, o de zampona.

—Sí —dijo otro—; los velorios y los entierros son una diversión, un modo de pasar el rato. Y esta España que a nosotros nos suele parecer fúnebre le resulta a ellos un teatro divertido. Porque se divierten con la tragedia. La filosofía popular es filosofía de tamboril y gaita y hasta cuando hay entierro. "Comer, no comeremos; ¡pero lo que nos hemos reído!..."; y es indudable que el reír engorda.

—De todo lo cual se saca —arguyó el primero— que del pueblo, de la materia prima nacional, de la masa nada podemos esperar para nuestra obra.

—¿Y cuál es nuestra obra, se puede saber? Porque nosotros, maestros habíamos también, que le vamos al pueblo con nuestro acordeón regeneracionista o reformista, hemos salido de ese pueblo, de esa materia prima, de esa masa, y la llevamos en las entretelas del corazón. O más bien en las del bandullo. Ahora andamos, por ejemplo, con eso de las responsabilidades; pero ¿no os suena ya a acordeón? ¿Es que lo tomamos en serio?

Todos los demás protestaron contra esta insinuación, sosteniendo que sí, que tomamos en serio y muy en serio lo de las responsabilidades, que es la última forma que ha tomado el regeneracionismo que nació hacia 1898.

—¡Si todo esto nos diese siquiera una obra literaria duradera!... —susurró uno.

Los demás callaron, y hubo entre ellos quien cavilaba un nuevo drama: *La vida es siesta*. Un drama en que figuraran duendes, brujas, saludadores, caciques, concejales, futbolistas, ex-ministros, trasgos, la estantigua y el misterioso chápiro verde que no se sabe si es pez, reptil, pájaro o árbol o piedra preciosa. Un drama de género chico, por supuesto, y hasta de astraçán; una bufonada.

Luego se pusieron a hablar de las próximas elecciones generales a Cortes. Y de nuevo se discutió y se disecó al pueblo, a la masa. Y de nuevo salió a relucir el fatídico círculo vicioso de que el pueblo necesita ser educado, pero los que han de educarle salen de él y con sus mismas taras.

El que cavilaba el nuevo drama *La vida es siesta* hundióse en un escudriño, y era resolver "por pura cavilación, reconcentrándose, qué sea el chápiro verde". Que es todo un problema para coger la siesta.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 13-IV-1923.]

UNA RELIQUIA DE LA VENUS DE MILO

—¿Y este pedrusco? —preguntó al ver sobre aquella especie de ara, presidiendo al vasto gabinete de estudio del arqueólogo, un cacho de mármol que el husmo estético le dijo ser antiguo y clásico.

—¿Ese pedrusco? ¿Sabes qué es? Ese pedrusco es un pedazo de las entrañas de la Venus de Milo. ¡Qué catástrofe! ¿Cuándo aquel bárbaro...?

—¿Bárbaro? Di mejor místico. Porque fué un místico el que arrojó la bomba que la hizo pedazos. Y la bomba misma una obra de arte, y el acto de arrojarla un acto, un gesto, y él, el escultor...

—¿El? ¡Un Eróstrato enano! Quiso inmortalizarse haciendo añicos, añicando, la divina Manca, ya que no lo lograba esculpiendo mujeres con brazos. Parece que el impío había pretendido ponerle brazos a la Diosa. ¡Figúrate, como si se tratase de un mutilado de la guerra! ¡Ponerle brazos a la Diosa! ¡Ponerle brazos a la Diosa! —Y alzaba los suyos, al exclamarlo, como buscando por encima del techo del gabinete la bóveda azul de Zeus el recogenubes.

—¡Y una mochada de la guerra fué la Venus ésa de Milo! En la guerra perdió los brazos. Brazos que parecerán un día ahora que todo lo demás está hecho trizas. ¿Y tú adquiriste esa reliquia?...

—¡Sagrada reliquia! ¡Talismán misterioso! ¡Sé-samo del Olimpo! ¡Llave de la Belleza con la be

mayúscula! ¡Aquí me encierro y contemplándola vuelvo a ver la eterna Forma, la Norma!

—Mucho mejor te habría sido comprar una reproducción en yeso, de las de vaciado. Allí persiste la forma de esa Forma...

—¡Cállate, cállate! ¡Cierra la boca impía! ¡No blasfemes! ¡Anatema! ¡Anatema! ¡Materialista!

—¿Materialista? ¿Materialista yo? ¡El materialista serás tú, tú...! Tú, que crees guardar algo de aquella divina Forma en ese pedrusco...

—¡Pedazo de sus entrañas, te digo! ¡Mármol de su mármol!

Y se fué a besarlo, mas sin osar tocarlo con sus manos. A aquel jirón de la carne de la sin manos, sólo con los labios era lícito rozar.

—Ya sé, ya sé —continuó exaltándose— que a esto le llamáis superstición o superchería y que os compadecéis de nosotros los fieles, los creyentes, los devotos, los que comulgamos en el divino mármol de Afrodita, los que nos hemos repartido los añicos a que se redujo su divino cuerpo cuando aquel bárbaro de la bomba...

—Un futurista discípulo de Marinetti...

—¡Y un eternista yo!

—¿Es decir que la eternidad está en el mármol y no en la forma?...

—Querrás decir en la figura... Porque la figura es ficción, y la figura es de fingir, o heñir, que decimos en castellano...

—¡Ya salieron los pedruscos filológicos! ¡Mala bomba le parta a la etimología y la haga también añicos!

—Y todo eso de las reproducciones en yeso —continuó el arqueólogo, sin oír a su antagonista aliado— es cosa de ficción, de heñimiento, de modelado... La reproducción es el pecado en el arte. La obra santa

es única e irreproductible. ¡Las ediciones! ¡Odio las ediciones!

—¿Es decir que preferirías un poco de papiro con unas letras borrosas de mano de Virgilio, pongo por poeta eterno, a una buena edición moderna de sus poemas?

—¿Y quién lo duda? ¡Tú, que no tienes el sentido de la tradición! En ese que tú llamas pedrusco palpitan para los fieles las entrañas de la Venus de Milo, mientras que en esas reproducciones de museo... ¡Si hasta están huecas! ¡Si hasta están huecas! ¡Si no tienen entrañas!

—Como las estatuas de bronce...

—¡Por eso las rechazo! ¡Bronce... bronce... oquedad!

—Pero es sonoro. Una estatua de bronce puede hacer de campana.

—Más dice el mármol mudo, el mármol con entrañas marmóreas.

—Y sin esqueleto. Porque la Venus de Milo no lo tenía.

—¿Que no? ¡La Venus de Milo tenía esqueleto, le tenía! Le tenía dentro de su mármol compacto. Y del esqueleto le venía su hermosura. ¿No has leído en el *Viaje a Italia* de Goethe el pasaje aquel en que éste nos cuenta cómo antes de abandonar a Roma, en abril de 1788, se fué a la Academia Luca, a ver la calavera de Rafael, el pintor egregio, que allí se conservaba, y cómo se extasió con la contemplación de aquel cráneo perfecto? “No podía separarme de su vista”, dice. E hizo que el consejero palatino Reiffenstein le mandase a Alemania un vaciado en yeso de aquella calavera, cuya contemplación le siguió sugiriendo variadas reflexiones. Goethe era un hombre, como le dijo Napoleón cuando, el 2 de octubre de 1808, se encontraron cara a cara, calavera a calavera, los dos hombres. *Vous êtes un*

homme!, le dijo Napoleón, que tenía treinta y nueve años entonces, a Goethe, que andaba en los cincuenta y nueve. Y este hombre, Goethe, se preocupó de las rocas, de los huesos de la Tierra, y de los huesos, de la roca del cuerpo humano. Geología y osteología eran dos de sus estudios favoritos. Descubrió el hueso intermaxilar en el hombre y forjó la teoría del origen vertebral del cráneo humano. Y se dedicó al estudio de la escultura antigua, que es cosa de roca y de hueso. También el esqueleto es mármol. En mármol se le eterniza al cuerpo humano.

—O en bronce...

—Es más noble el mármol, cuya cal es la cal de los huesos. Y después de todo, ¿qué deja el hombre en la tierra más que un esqueleto? Y por eso el triunfo del arte es la carne hecha mármol, es la carne hecha hueso. ¡Toda la Venus de Milo era esqueleto!

—¿Hasta el traje?

—¡Hasta el traje! Hasta el paño que le cubría las piernas. Era un traje marmóreo, óseo. Y era un cuerpo macizo, no hueco, no como una reproducción en yeso, no como una estatua de bronce.

—Pero el bronce es sonoro...

—Sí, si le hieren o si tiene, como la campana, un badajo, una lengua también de bronce...

—La Venus de Milo no tenía lengua...

—¡Ni la necesitaba! Porque hablaba a los ojos, hablaba con su cuerpo todo macizo, hablaba con sus huesos de mármol revestidos de carne de mármol, hablaba con sus ojos sin pupilas.

—Ojos que no miran...

—¡El divino oficio de la Venus de Milo no era mirar, sino ser mirada! Y al que la sabía mirar le miraba ella; le miraba con todo su cuerpo, con toda

su carne de mármol. Y mirándole infundíale el más alto conocimiento.

Y cogiendo el pedrusco de mármol lo besó reverentemente y con lágrimas en los ojos.

[*Caras y Caretas*. Buenos Aires, 11-VIII-1923.]

Estábamos a orillas de un río. No corría ni el más leve soplo de viento y el cristal de las aguas estaba tan terso y limpio como podría estarlo el de una charca de aguas estancadas y quietas. Los álamos de la otra orilla se reflejaban en el río como en un espejo lo más terso y liso.

—Cualquiera diría —me dijo— que ni un momento es la misma agua la que sustenta esa imagen; que el agua se va y el retrato de la alameda se queda. Es el sueño lo que permanece; es el soñador el que se va.

—Vete a saber —le dije— si es el agua la que sueña esta imagen o si es la imagen la que sueña el agua. Vete a saber cuál es el continente y cuál el contenido...

Nos llamamos los dos un instante y hasta cerramos los ojos para mirarnos hacia dentro, hacia el caudal de nuestra conciencia. Y los volvimos a abrir aterrados y los clavamos en el retrato de la alameda como para salvarnos de la corriente del tiempo. Al poco rato mi amigo dijo:

—Este río, como todos, tiene una personalidad, tiene un carácter. Y tiene una vida desde que nace allá, en la sierra, hasta que va a perderse en el otro río que va a la mar. De niño salta y brinca y juguetea y forma cascadas; luego se sosiega, aunque de vez en cuando se despeña, otras veces se remansa...

—Pero ¿quién le da su personalidad al río? —le

dije o me dije a mí mismo aunque dirigiendo a mi amigo la palabra—. ¡El agua, no! El agua de este río es como la de los otros ríos, unas veces turbia, otras clara. Los ríos no se distinguen en general por la calidad de sus aguas, los ríos se distinguen por su cauce, por sus orillas, por el continente y no por el contenido.

—Como nosotros los hombres —me replicó.

—Es cierto; lo que llamamos la forma es el verdadero fondo; lo que llamamos la forma es lo que queda. El contenido es el que pasa...

—Pero es que el fondo se le llama al lecho del río...

—Sin embargo, el agua es el espíritu. Sin agua no hay río.

—Yo diría más bien que sin cauce, sin lecho, sin orillas, no hay río. El agua es lo de menos. Hay ríos secos. Y una rambla, una torrentera en seco sigue siendo un río...

—Sí, un río muerto...

—Que es a su vez un río posible. Mientras que las aguas de una charca, de un pantano sin desagüe, no son un río, ni muerto ni posible. Y yo no sé qué es mejor, si ser pantano sin desagüe, de poderosas aguas quietas, o ser río en seco, cauce sin corriente de aguas...

—Qué es mejor... No lo entiendo. Además una cosa es mejor o peor según para que... Pero te entiendo. Y no quiero ponerme a pensar en ello...

¿Y esos regatos de nuestros campos que en verano se secan a trechos y quedan en su cauce, acá y allá, separados y rotos, pequeños charcos que son como cuentas de un rosario al que se le ha perdido el hilo que las ensartaba?

—¿Los que aquí llaman caorzos?

—Los mismos. Esos pequeños charcos, esparcidos a lo largo del pedregal del lecho del río muerto me han sugerido siempre inquietantes reflexiones. Y he

pensado que mientras el río vive, o sea mientras sueña, mientras corre por su cauce el caudal de las aguas en esas hondonadas del fondo hay aguas quietas, aguas que permanecen las mismas y sobre las que resbalan las otras, las superficiales.

—También hay caorzos en el alma... —dije.

Estaba muriendo la tarde y la luz del sol, al irse derritiendo, se agarraba a las aguas del río.

—¡Mira, mira esa estrella cómo brilla en el agua! exclamó mi amigo.

—Es el lucero que se refleja en ella... Y acaso esa imagen baja hasta el fondo, hasta unas aguas quietas, aguas de un caorzo, y se diluye allí y allí se queda diluida... ¡Dios sabe lo que guarda el fondo del río!

Nos iba invadiendo una común melancolía. Y la melancolía común es mucho más honda que la que separadamente pueden abrigar dos o más hombres, la que es como un fondo de ambos, como una conciencia de comunidad melancólica, es la que más cala, es la que de veras queda.

—No hay más que un agua —dijo mi amigo, rompiendo el silencio y reanudando la corriente de nuestra meditación mutua.

—Que va a la mar y en la mar es amarga.

—Pero esa amargura le ha sido, durante siglos de siglos, de la tierra. La sal de esa amargura no brotó por entero del lecho del mar, es sal de la tierra, de los lechos de los ríos, de sus cauces...

Cuando nos levantamos del césped de la orilla en que estábamos tendidos era ya de noche. Reinaba sobre el río un silencio nocturno. Sólo mirando a las estrellas —no había luna— y viéndolas parpadear antojábasele a uno que más allá del sonido, en el silencio, cantaba algo.

—¿Y si las estrellas fuesen caorzos? ¿Caorzos de luz? —murmuró mi amigo.

Miramos al Camino de Santiago, a la Vía Láctea. Y pensamos —*copensamos* más bien— ambos en las aguas quietas de la luz del fondo de la vida universal.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 10-V-1924.]

UNA VIDA TRANQUILA¹

—¿Pero si a usted le aseguran una vida tranquila?

—Bueno; pero sepamos primero a qué le llama usted vida, a qué tranquilidad y a qué seguridad.

—¡Hombre! Le diré a usted...

—No; no me diga usted nada; es mejor que no me diga usted nada. Dígaselo a usted mismo, si es que es capaz de hablar consigo mismo. Porque me parece que jamás se ha puesto usted frente a sí mismo. Ni le es hacedero...

—¿Se puede saber por qué?

—Sí; porque usted no tiene sí mismo, porque usted no es nadie, porque usted no existe...

—¡Hombre! Tanto como eso...

—Sí; tanto como eso. Usted no existe, y la prueba es lo que le preocupa la mera existencia, una existencia tranquila. Que no es lo mismo que una vida. Usted sería capaz de repetir todos los días, no ya un error manifiesto y que usted supiera que era un error, sino algo peor: una tontería, una redonda tontería, una sandez de marca mayor, si por repetirla le aseguraban, como usted dice, una existencia tranquila y aun le daban fortuna encima; si le tenían a usted a pan y manteles por proclamar a diario la sandez, por repetir algo que ni tuviera sentido. ¿No es así?

—Y ¿qué duda cabe? Pues si la cosa era sin sen-

¹ Este escrito se publicó con el título de *Comentario* (N. del E.)

tido, si una vaciedad, ¿qué más le da a usted confesarla o no?

—Es que en fuerza de confesar una tontería se vuelve uno tonto, y tonto de capirote.

—¿Y qué más da?

—Sí; ya sabía yo que a usted, con tal que le aseguren una vida tranquila, lo que usted llama una vida tranquila —que para mí no sería ni vida ni tranquila—, se deja entontecer. Aunque no; quien como usted piensa —o mejor no piensa—, no puede ser entontecido, pues que nació ya tonto de remate.

—Bueno; hay que dejarlo...

—Sí; que soy un insolente. ¿No es eso?

—Usted lo ha dicho.

—Es mi deber. Y es la única manera de probar si llega usted a descubrir debajo del tonto que se ha hecho al otro. Y se ha hecho usted tonto por miedo...

—¿Por miedo?

—Sí; por miedo a la verdad, o sea por miedo a la inteligencia. Todo tonto es un cobarde. Como que cobardía no es más que eso: tontería. Y la tontería es cobardía. Usted tiene miedo a la verdad; usted tiene miedo a la inteligencia que le descubre y por eso pide que le aseguren una vida tranquila, por miedo a la verdad.

—¿Y qué es la verdad?

—La pregunta de Pilatos, que no era precisamente un tonto, sino un entontecedor. Y acaso en el fondo un tonto, sí, un tonto, como todos los entontecedores, como todos los que sacrifican la idealidad a la tranquilidad, la justicia al orden.

—¿Es que el orden y la justicia no son lo mismo?

—¿Cuando yo decía que era usted tonto de capirote!... Pero no creí que lo fuera tanto...

—¿Es que he dicho una tontería muy grande?...

—Mayor, mucho mayor. Ha dicho usted la más

grande tontería, o sea la más grande cobardía —porque las cobardías se dicen— que se puede decir. ¿Usted sabe lo que es justicia?

—Dicen que dar a cada uno lo suyo...

—Exacto; y si no fuese porque ahora no hace usted sino repetir como un papagayo algo que ha oído y que dicho por otro sería algo sensato y juicioso, pero dicho por usted no pasa de ser una vaciedad, si no fuera por esto, le diría que se iba usted curando. Sí; justicia es dar a cada uno lo suyo; al César, lo que es del César; a Dios, lo que es de Dios, y a la inteligencia, lo que es de la inteligencia.

—¿Y qué es la inteligencia?

—La libertad, o sea la verdad.

—¿Es que hay verdades?...

—Sí; que impiden la tranquilidad de eso que usted llama vida y que de vida nada tiene.

—¿Adónde iríamos a parar con sus teorías!...

—¿Adónde?

—¿A morirnos-

—¿Usted? ¿Usted a morirse? Usted, señor mío, no se puede morir. ¿Usted es tan inmortal como un átomo! Suponiendo que haya átomos y que haya usted...

—¿Hombre! Esas paradojas...

—Hasta dentro de la tontería es usted tonto. Es usted un tonto elevado a la potencia infinitesimal. Casi un genio de la tontería.

—Ya ve usted cómo le aguanto...

—¿Qué remedio?

—Podía no aguantarle...

—Entonces sufriría usted y perdería su tranquilidad. No. Usted necesita durar —durar, no vivir— tranquilo, y para eso rinde usted acatamiento a la frivolidad y a la cursilería dominantes. Y le parece

a usted que eso es orden. La degradación mental, la degradación sentimental, la degradación estética, la muerte del espíritu, no le importan a usted. Quédese, pues, con su vida.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 1-VIII-1924.]

A.—Pues veo, amigo mío, que no le preocupa a usted mucho ese malestar creciente. ¿No cree que estamos expuestos a grandes conflictos?

B.—No creo que el malestar sea creciente. Y en todo caso lo peor no es un malestar que es un mal-estado, lo peor es el mal-ser. Usted sabe la diferencia que va de ser a estar, de ser malo o ser borracho a estar malo o estar borracho. La esencia es lo grave, no el estado. Y en cuanto a ese malestar, se cura con paciencia, con un “¡alto!”, o sea: “¡tente!”

A.—No, no, no; hay que obrar con energía, con urgencia.

B.—Urgencia no es energía. Hace falta más energía para contempORIZAR que para precipitarse. ¿Es usted padre?

A.—Desgraciadamente, no, señor.

B.—Los niños, sobre todo los niños mimados, suelen despertarse a las veces con una cierta tensión nerviosa a que tienen que dar escape. Necesitan llorar buenamente, porque sí, porque se lo pide el cuerpo, inventan un pretexto. Piden una cosa a sabiendas de que no se la dan, piden otra, y al cabo la luna. Y como no se la dan, rompen a llorar. No arman la llorera porque no se les haya dado la luna, sino porque el cuerpo les pide la llorera. Pero se pasa la rabieta y todo vuelve a su cauce. ¿O cree usted que hay niño que tenga verdaderas ganas de luna?

A.—Como no sea lunático...

B.—O histérico. Que las más de las veces no es sino mimado. O dicho de otro modo, mal educado. Y si sirviera decirle: “¡allí tienes la luna; cógela!” Mas no sirve.

A.—Pero bueno, aparte de esto; ¿no observa usted en éstos y aquéllos, en los de acá y en los de allá, en los de un bando y en los otros bandos una nerviosidad, un malestar, un desasosiego peligrosos?

B.—¿Y no cree usted, amigo mío, que hay quienes juegan al malestar? ¿No cree usted que hay no poco deporte? ¿No cree usted que, sobre todo después de la tragedia de la Gran Guerra, se ha formado en todo el mundo una especie de imaginación catastrófica, y que hay mucha, muchísima gente, que asiste a la historia que vivimos como si fuese una película emocionante? ¿No ha oído usted alguna vez esta frase fatídica: “¡Es un asco! ¡Aquí no pasa nada!”? Piden hule. Y la paz les aburre.

A.—¿Y no le recuerda a usted, amigo mío, esto lo del *panem et circenses* de los romanos, nuestro pan y toros?

B.—¡Y si viera usted lo bien que está poner el toros, el *circenses*, los gladiadores del circo, la diversión, y la diversión trágica, sangrienta, junto al pan! Porque tan de primera necesidad como el comer es para un pueblo divertirse, y divertirse a su manera. Usted sabe los motines que se arman en los villorrios cuando se les prohíbe una capea. La cultura de un pueblo se conoce más que por su modo de producción, por su modo de consumo. Hay un consumo de diversiones también.

A.—¿Quiere usted decirme que un pueblo que consume diversiones trágicas, cruentas, es inculto?

B.—¡Ni mucho menos! La tragedia es una necesidad popular. Y no sólo la tragedia representada, teatral, sino la otra. Y tengo para mí que es esta

hambre de tragedia la que ha llevado a nuestro pueblo tantas veces a la guerra civil, de la que aquel Romero Alpuente —¡qué castizo!— dijo que era un don del cielo. Necesitamos reñir unos con otros. Por lo cual creo que en vez de estar discutiendo ocho, diez, veinte horas, para venirse a las manos sería mejor en muchos casos empezar por la refriega manual y resolver luego el pleito en un cuarto de hora...

A.—Y acaso resultaría que estaban de acuerdo...

B.—¡Pues claro! Y si viera usted, amigo, aparte de la gimnasia, lo que ayuda una refriega así a conocerse...

A.—¿A conocerse... cómo? ¿Cada uno a sí o uno al otro?

B.—Nadie se conoce a sí mismo si no conoce al otro. Sólo a través de los otros se conoce uno a sí. Porque lo de replegarse uno en sí mismo, como un cartujo en la soledad, y vivir en perpetuo examen de conciencia es el modo de olvidarse de sí mismo, de vaciarse de sí mismo, de despegarse del propio ser.

A.—¡Y ésa sí que ha de ser tragedia!...

B.—Hay otra peor, y es la que podríamos llamar autofobia, el temor a sí mismo. El temor a la responsabilidad de sí mismo. ¿Y no cree usted, amigo, que ese malestar de que hablábamos, ese estado de imaginación catastrófica, no obedece en gran parte a anhelo de escaparse de sí mismo, al terror de encararse con el propio vacío? La mayor parte de ese malestar procede de falta de lo que se llama vida interior. Y sobre todo de no saber hacer de la vida exterior vida interior, de no saber apropiarse, ensimismarse, la historia. ¡Qué pocos viven, lo que se llama vivir, la vida pública! ¡Qué pocos viven el papel que en ella les toca llenar! A lo sumo, algún desesperado...

A.—Querrá usted decir algún pesimista...

B.—No hablemos de eso porque ya las gentes llaman pesimista, como llaman escéptico, a cualquier cosa. Hace falta una gran disciplina mental —que no es, ¡claro está!, disciplina de partido— para interiorizarse, mejor, para intimarse la vida pública, para hacerse conciencia propia individual la historia en que nos piensa Dios...

A.—De modo que el mal...

B.—Tiene raíces religiosas. O irreligiosas, que es igual. Y aquí, entre nosotros, lo que llamamos crisis es una crisis de fe, y de fe religiosa. El español medio ya no sabe para qué ha de vivir como español. Y es que no sabe para qué es España. Mas como esto nos llevaría muy lejos, y acaso a abismos tenebrosos, vámonos allá, a ver si hay hule...

[*El Sol*, Madrid, 17-VII-1932.]

B.—¿Qué, viene usted a tirarme de la lengua, verdad? ¿A que volvamos a lo del otro día, de qué es España y para qué?

A.—¡Ni por pienso! La actualidad nos arrastra y hay que estar a ella. ¡Y quién sabe lo que será actual cuando esta nuestra conversación sea conocida!

B.—¡Actualidad! ¡Actualidad! ¡Lo que despierta interés!

A.—Ya sabrá usted que algún parlamentario dice que estamos en un momento muy interesante de la Cámara...

B.—Vamos, sí, que la Cámara está en estado interesante... Pues entonces, aborto en puerta. Como no sea que todo el embarazo resulte hidropesía... Y cosas de verano... Créame, el entretenerse en lo que se llama cuestiones de actualidad, palpitantes, de urgencia, suele ser no querer afrontar las de actualidad permanente. En las graves deliberaciones de familia suelen a las veces interrumpir a los mayores los chiquillos mal criados planteando algún caprichito.

A.—Sí, cada uno se viene con su estribillo o su muletilla.

B.—Estríbillo si es jinete, muletilla si es peatón.

A.—¿Pero puede uno hurtarse a ello?

B.—Debe. Decía no sé quién que las mujeres —¡pobres mujeres, lo que se les cuelga!— no responden a lo que se les pregunta, sino a lo que se

figuran que se les iba a preguntar. Pues yo, por mi parte, suelo contestar, no a lo que se me pregunta, sino a lo que debían haberme preguntado. Y les tengo verdadero horror a las preguntas del día...

A.—Que son algo así como el plato del día...

B.—No está mal. Y siguiendo el símil le diré que debemos estar a lo del padre nuestro: el pan nuestro de cada día, dánosle hoy. Y esto es lo de verdadera actualidad, lo de actualidad eterna, el pan nuestro de cada día; el pan material y el pan espiritual. El pan espiritual en que comulgamos.

A.—Sí, ya le entiendo a usted, pues que lo conozco. El pan espiritual se simboliza en el verbo, en la palabra.

B.—¿Y por qué no? La misma oración dominical dice aquello de: “¡Santificado sea el tu nombre!” Y así venimos a lo que usted, descarriado por una frívola actualidad de estado interesante en la Cámara, o no sé si de la República, a la que algunos creen embarazada de revolución, a lo que usted quería evitar, y es lo de ¿para qué? ¿Para qué es España? ¿Para qué hizo Dios España?

A.—Hombre, esto me recuerda lo del catecismo de “¿Para qué hizo Dios al mundo?”, y la contestación: “Para su gloria.” Y esto, a la vez, me trae a la memoria un caso muy divertido que ocurrió en unas oposiciones a escuelas, en que un maestro opositor, explicando ese pasaje a los niños, les decía que hizo Dios el mundo para hacerse célebre.

B.—Pues no anduvo tan descaminado el maestrillo. La misma Sagrada Escritura dice que los cielos narran, esto es, celebran la gloria del Señor. Y en ello entra lo de santificar su nombre. Y cuando yo decía que puede ser una finalidad de España, como nación de nombre propio, lo que cabe encerrar en este lema: *Sommia Dei per hispanos*, “los sueños de Dios por los españoles”, no quería decir, en el fondo, otra

cosa... Santificar su nombre, que es celebrar su gloria...

A.—Pero eso puede convertirse en un lema jesuítico...

B.—¡Ya salió aquello!

A.—¡Claro! En el de A. M. D. G., *ad maiorem Dei gloriam*, ¡a la mayor gloria de Dios!

B.—¿Y por qué no? Dejándonos de jesuítas al envés o al revés, ¿qué han dejado los pueblos, las naciones, que han entrado en la eternidad histórica, que viven en la historia eterna, cuyas obras están consolando de haber nacido a los pobres mortales que llegan a vivir en conciencia universal? ¿Qué hicieron la India y el Egipto, e Israel y Grecia, y Roma, y todos los demás pueblos que han fraguado civilización, cultura, como usted quiera llamarla, es decir, humanidad; qué hicieron sino narrar, celebrar con sus obras de arte, de ciencia, de legislación, de religión —religión es, en llegando a cierto grado, todo—; celebrar la gloria de Dios, santificar su nombre?

A.—¿Y si eran ateos o politeístas o panteístas?...

B.—Lo mismo da. Cuando un pueblo deja de ser un rebaño de mamíferos verticales, de bípedos implumes —así se les ha llamado—, meramente económicos; cuando como pueblo, como nación, tiene nombre propio, y al cobrar nombre propio cobra patria, entonces siente su finalidad eterna, y ésta es santificar el nombre de Dios, celebrar su gloria, imáginese como se imagine a Dios y aunque no se lo imagine de modo alguno. Humanidad es conciencia universal...

A.—Vamos, sí, cósmica.

B.—¿Y por qué no? Y conductor de pueblos, político en el más noble sentido, que no haya meditado nunca en el primer principio y el fin último de las cosas todas —aunque sea para no hallarlos—, no es

conductor. Ya sabe usted lo de Renan, de que la Historia es una función que dirige el gran Corego del Universo, y el deber de cada uno de nosotros es hacer bien su papel. Pero a conciencia de que lo es.

A.—Pero eso es cosa de escéptico.

B.—De escéptico henchido de pasión. Y de patriotismo. Y todo lo demás es... ¿Sabe usted lo que quiere decir caos?

A.—¿Qué? ¿Algo así como revolución?

B.—No; caos en griego significa propia y primariamente lo que en latín *hiatus*, esto es, bostezo. Y para salir del caos, del bostezo, hay que proponerse una finalidad, y una finalidad humana y no animal. Y esa finalidad para una nación es expresar a su modo el nombre de ese Dios que hay que santificar; es celebrar su gloria...

A.—Vamos, sí, fundar una religión, una religión nacional...

B.—Cabal. Fundar una religión, aunque sea atea, como el budismo; pero una religión. Una civilización, un arte, una ciencia, un derecho, un tenor de vida humana espiritual. Y *ad maiorem Dei gloriam*.

A.—¿Y por qué no *ad maiorem Naturæ gloriam*?

B.—Me es igual. A la mayor gloria del Universo o a la mayor gloria de su gran Arquitecto. Y ya verá usted cómo esto nos ha enjugado un momento de las salpicaduras del estado interesante que decíamos. Que si entra Pérez..., que si cae López..., ¿qué más da? Al fin quedará la obra de los que hayan sabido elevar la conciencia nacional a conciencia universal...

A.—O cósmica...

B.—¡Sea! ¡Y esto sí que es política! Y no esas cábalas...

—Le he oído a usted —me dijo— que lo primero es dar cara a cara a la verdad. O, si se quiere, a la Esfinge devoradora...

—Cabal —respondí—, hay que hacerse a encararla, o darle rostro a rostro, a arrostrarla. ¡Arrostrar la verdad! ¡El supremo empeño!

—Pues bien —añadió—, esto de la República ha sido para mí otro mal necesario...

—¿Otro? Como casi todo lo más de la vida —acoté.

—Algo fatal e inevitable —continuó—. Y no la hemos traído nosotros, los que nos creemos republicanos, sino que ella nos ha traído en cuanto tales. Y apenas si empezamos a pensar lo que pueda llegar a ser. ¿Qué nos han dejado en junto estos tres últimos años? En los cimientos de la conciencia común, pública, quiero decir. ¿Y qué problemas, pero íntimos? Nos hemos arrimado a más estrecho toque con el cauce de la vida común de lo que se suele llamar sociabilidad. Hemos quitado la educación de nuestros hijos a las órdenes bien o mal llamadas religiosas, pero sin saber a ciencia cierta cómo sustituirlas; hemos quitado muchas tierras a sus antiguos dueños para dárselas a campesinos que acaso ni puedan ni

¹ Este artículo le fué devuelto a su autor por la Dirección del diario madrileño *El Sol*, en el que habitualmente colaboraba. Con él se inicia su colaboración en el diario de Madrid *Ahora*, que duraría hasta mediados de julio de 1936, en que fué interrumpida por la guerra de España, ya que don Miguel de Unamuno vivía en Salamanca. (N. del E.)

sepan ni, tal vez, quieran labrarlas... Pero, se lo reitero, ello era y es inevitable, y a ello estamos...

—No hay más remedio —le dije—, pues en esta que hemos denominado candorosa, o mejor, convencionalmente, República democrática de trabajadores de todas clases, nuestro principal cometido es el de trabajar. La vida es trabajo.

—¡Así fuera —me replicó— el trabajo vida! Y para trabajo, créamelo, don Miguel, no mayor ni mejor que el de arrostrar la verdad. Aquello era muy malo, pero ¿y esto? Mas no quiero sino repetir con usted lo de Carducci: “Mejor obrando olvidar, sin indagarlo, este enorme misterio del universo” (1). En nuestro caso particular, el misterio, enorme o no, del destino histórico de nuestra España, misterio que es el fundamento de mi religión nacional y civil y popular.

—¿Qué? ¿También usted —le dije sonriendo— místico del republicanismo?

—¡Jamás! —me replicó—. No he hablado del destino de la República, que es nombre común y aplicable a todas ellas, sino del destino de España, que es nombre propio, pues España es una y única.

—Pero hay quien habla —le dije— de Españas

—Sí, hay politeístas —añadió.

Y yo: —Y panteístas. Y ateos.

—¡Fervor republicano! —murmuró—. ¡Justicia republicana! ¡Virtudes republicanas! ¡Cultura republicana! ¡Monsergas! Y luego la liturgia que es peor que la mística ésa. No daré ni un viva a la

¹ Estos versos:

*meglio oprando obliar, senza indagarlo,
questo enorme mister de l'universo!*

pertencen al poema titulado “Idilio marenmiano” de las *Rime nuove* (1861-1867), y Unamuno los ha citado varias veces en sus obras. (N. del E.)

república, aun deseando que viva, mientras no se pueda dar también un viva al rey, a un rey cualquiera. ¿Y ha visto usted otra cosa, y es la niñería ésa de ir esquivando la denominación por títulos nobiliarios y lo de hablar del ex conde, ex marqués o ex duque? ¿Qué más nos da que conserven sus apodos, motes, alias o pseudónimos si eso no les sirve para nada, ni les da derecho a nada y ni es siquiera sortilegio? ¡Chinchorrerías!

—Sí, ya sé —le dije— que tampoco entra usted con la nueva bandera, la republicana.

—Cabal —me respondió—. Y recuerdo cómo nuestro común amigo Guerra Junqueiro, uno de los que más contribuyeron a la caída de la dinastía brigantina portuguesa, defendió la conservación de la bandera nacional y popular, ya que no monárquica. Por tradicionalismo poético. Y yo, por mi parte, no me hago a ésta, a la tricolor, con un tercer color impuro, mestizo...

—Usted —le dije—, acaso de cambiarla, votaría por uno de los siete colores del arco iris...

—Pero fundidos, federados en uno, que es el blanco —me replicó—. Una bandera blanca y en blanco, de paz y de porvenir. Aunque la mía... formada de infrarrojo y ultravioleta, colores invisibles...

—Que propiamente no lo son —le objeté—, pues que no son colores para el ojo humano, fisiológicos...

—¡Pues por eso! —exclamó—. ¡Símbolos y emblemas invisibles! Y acabar con toda liturgia supersticiosa. Mas todo esto nos ha alejado de nuestro propósito. ¿De qué hablábamos?

—Se desahoga usted, amigo —le dije—, de sus íntimos desengaños...

Y él: —Desengaños, no, pues nunca me engañé. Nunca esperé del tiempo más de lo que él nos puede dar; nunca esperé que lo que los ingenuos llaman revolución nos cambiara sustancialmente de estofa y

de trama el alma colectiva; nunca creí en agüeros de ciertas renovaciones. Y por esto, porque siento la continuidad del destino histórico, me atengo y conformo a lo que vayamos consiguiendo. Y como soy de los que creen que hay que hacer de la necesidad virtud, me someto a los males necesarios y trato de sacar algún bien de ellos, mas sin dejarme engañar ni desengañar. Y vea usted, mi buen amigo, por qué me hace sonreír el engreimiento místico litúrgico de todos los niños que están contemplando los zapatitos nuevos que les ha traído el nuevo régimen. ¡Cuánto echo de menos la sobriedad mental! ¿Concentración de izquierdas? No, sino “concretación” de ellas; y sepamos qué es eso de izquierda. ¡Lo que encocora la vibrante declamación jacobina! Vibrante, ¿no se dice así? Es otro terminacho de moda y sin modo. Conformémonos, sin vibrar, con lo inevitable, y... ¡a trabajar! Que así es la vida...

—De modo que para usted... —le atajé.

—Para mí —añadió atajándome a su vez—, cuando se me llega uno de esos entrevistadores extranjeros con su surtido de vacías preguntas estereotipadas, de encuesta, de cómo hemos cambiado y de cómo hemos sentido el cambio, me siento molesto, como si se nos tomase por cuines o ranas o galápagos de fisiólogos, peor que chiquillos en juego. Esta nuestra España es para ellos un caso, porque el caso es que la eterna y universal España, la de los colores invisibles, fuera de liturgia, no les dice a ellos nada. Con tal de que a nosotros, los españoles, nos diga al oído del corazón algo...

Me callé al oírle esto.

CEROS A LA DERECHA O A LA IZQUIERDA

Este hombre de quien os voy a decir es un gran camelista, de la escuela de aquel don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón de quien di completa noticia en mi *Amor y Pedagogía*. Desempeñó —o mejor, empeñó— un carguillo en el llamado antiguo régimen y se cree muy ducho y machucho en técnica política, pues que se estima profesional de ella. Su preocupación actual es lanzar a su hijo a la carrera política y que pueda lograr en ella puesto que él no logró antaño. Pero oigámosle:

—Yo, ya lo sabe usted, mi querido don Miguel —me dijo—, soy en política perro viejo, y por eso trato de educar a mi hijo, que no es todavía más que un lobo mozo, un lobezno o lobato. Quiero lanzarle, pero dentro del actual régimen republicano, ¡pues no faltaba más! Ambición no le falta; pero hay que encarrilársela. La falta de ambición pierde. Vea usted, nosotros, los que nos sentíamos de segunda fila al entrar en el escalafón político, teníamos a la carrera por algo así como el juego de la treinta y una, y por no pasarnos nos plantábamos antes de que las treinta y una se cumplieran.

—Y usted se plantó en veintiuna —le dije.

—Me plantaron, mi querido don Miguel, me plantaron —me respondió—. Y no estoy dispuesto a que a mi hijo le planten así. Y ahora estudio en qué

partido le conviene ingresar. O, mejor, qué partido le conviene formar. Qué, ¿se sorprende usted? Pues bien, sí, yo aspiro a que mi hijo forme y acaudille un nuevo partido. De eso que llaman de derecha, por supuesto. Que ahí está el porvenir.

—¿El porvenir político a la derecha? —le interrumpí.

—Sí, verá usted —reanudó—. Hay que partir de que los componentes de un partido político, los partidarios o matriculados, los números, las cifras, son todos ceros, ceros a la derecha o de derecha, o ceros a la izquierda o de izquierda. Y verá usted lo que sucede. Si se le ponen a uno los ceros a la derecha, le agrandan, y cuantos más se le ponen así, más le agrandan; mientras que si se le ponen a la izquierda, le achican, y más le achican cuantos más se le ponen así. Seis ceros a la izquierda de uno, 0.000001, le reducen a un millonésimo, y seis ceros a la derecha de uno, 1.000.000, le hacen millonario. Y observe que la unidad que acaudilla un montón de ceros de izquierda está a la derecha de ellos, y la que acaudilla un montón de ceros de derecha está a su izquierda. De modo que, en buena lógica, de aritmética política, se deduce que a un partido de izquierda debe dirigirlo el más derechista del partido, y a uno de derecha, el más izquierdista de él. Esta es la derecha. O, mejor, ésta es la fija. Porque los ceros, no lo olvide usted, siempre son ceros, estén a la derecha o a la izquierda. Si es que saben dónde están...

—¿Y con esos principios camelísticos —le dije— piensa usted encarrilar a su hijo por la República? Me parece que va usted descarrilado.

—Alguna vez —me contestó— lo he sospechado. Hay un agujero fatídico. Toda mi vida racional, de adulto, he acostumbrado dar cuerda al reló al ir a acostarme; pero últimamente he experimentado un

síntoma fatal, y es que alguna mañana, al despertarme, me he encontrado con que el reló...

—Andaba parado —le interrumpí.

—Exacto; no andaba. Que se adelante o que se atrase, me importa poco; lo malo es que se me pare.

—Así es —volví a interrumpirle—. Adelantarse o atrasarse es andar. Tanto vale el progreso como el regreso. El que quiera volvernos al siglo XII nos empujará más hacia el XXII que el que sueñe utopías acrónicas o fuera de tiempo. Toda reacción es acción.

—Eso quiere decir —me contestó alborozado— que, según usted, debe dirigir un partido de izquierda, de acción, un espíritu de derecha, de reacción. Chóquela, don Miguel.

—¡No —le repliqué—, no! Eso quiere decir que todos esos juegos verbales cabalísticos o algebraicos, con la derecha y la izquierda, no son, en usted y en otros, más que galimatías. ¿Cuándo se convencerá usted, señor mío, que hay una derecha y una izquierda objetivas y otras subjetivas y relativas todas? Un tuerto del derecho se ve en el espejo tuerto del izquierdo. Y casi todos los izquierdistas y los derechistas se ven tales en el espejo.

—No lo entiendo bien —y luego más bajito, para el cuello de su camisa, añadió—, no lo quiero entender...

Pensé yo entonces que si no hay peor sordo que el que no quiere oír, tampoco hay peor tonto que el que no quiere entender; mas, a pesar de ello, continué diciéndole:

—Mire usted, señor mío; en este lío de derechas e izquierdas, que no es sino confusión de confusiones y todo confusión, o, si quiere usted, vaciedad de vaciedades y todo vaciedad, lo mejor es atenerse al origen histórico concreto de esas denominaciones que arrancan de la posición que ocupaban los partidos

parlamentarios en la Cámara: los unos, a la derecha del presidente, que es la izquierda de ellos; los otros, a su izquierda, derecha en el reflejo. Es decir, que derecha son los que ocupan y usufructúan el Poder, sean los que fueren los ministeriales —que no es lo mismo que gubernamentales—, y son izquierda los que están en la oposición, sean los que fueren. Y cuando éstos, los de oposición, pasan de ella al disfrute del Poder, se pasan a la derecha, y los otros, los que ocupaban el Poder, se pasan a la izquierda. Y ésta sí que es la fija, o, si usted quiere, la derecha. El que se adueña del Poder, por este mismo hecho, se hace de derecha, y el que resiste, se rebela, se hace, por lo mismo, de izquierda, sean cuales fueren sus respectivos idearios de etiqueta.

—Pero —me replicó— con eso de derechas e izquierdas, tal como lo venimos usando, nos entendemos todos...

—¡No, no y no! —le atajé—. Con eso lo que hacemos es desentendernos. Nadie ha sabido decirme, de los dos extremos, el del individualismo; el anarquismo contra el Estado, y el del socialismo o estatismo; el bolchevismo cuál es el de izquierda y cuál el de derecha. Y si me dicen que los extremos se tocan, pregunto si por la derecha o por la izquierda. Como nadie ha sabido decirme cuál es de derecha y cuál de izquierda entre la absoluta libertad de conciencia y, por lo tanto, de enseñanza, y la religión de estado —no del Estado—, de Estado docente, o sea lo que se llama laicismo, que no es ni puede ni debe ser neutralidad. Pretender entendernos con eso de derechismo e izquierdismo no es sino buscar desentendernos del examen de los problemas. Y eso estará bien para los cerros, de derecha o de izquierda, lo mismo da; pero no está bien para las unidades. Y no sé si sabrá usted lo que decía nuestro Quevedo

del cero, y es “que delante del número no vale nada, como la sombra, que es nada detrás del cuerpo”.

—Pero detrás del número, a su derecha —insistió mi sujeto—, vale mucho, pues sirve para acrecentarle.

Le tuve que dejar con su manía. A él, como a otros, desde que se les paró el reló, ya no saben ni si es de día o es de noche. Ni dónde tienen la mano derecha. No entienden sino el santo y seña. Cómoda almohada para la pereza mental.

[*Ahora*, Madrid, 28-I-1933.]

—Tengo que irme —me dijo con temblor de lágrimas en la voz—, tengo que irme. Pero ¿a dónde? Tengo que emigrar, que huir. ¿Huir? ¿De quién? En verdad, de mí mismo. Me aterro de mí. Me he descubierto una capacidad de odio... Estoy envenenado. Todas las noches me acuesto pesándome de lo que he dicho durante el día, y vuelvo el otro a repetirlo. Me propongo no contestar a lo que se me pregunta, pero es peor, porque traducen mi silencio. ¡Y cómo! Nos han tupidado de rencores el lecho de la patria. Y algo peor que de rencores, de ramplonerías y de vaciedades. Que las adornan con insoportables tonterías litúrgicas de uno y de otro régimen, del clerical y del llamado laico. En aquellos ex-años de la pasada dictadura...

—¿Ex-años? —le interrumpí.

—¿Por qué no? Ese uso del ex- prefijado, exponente del andamio de mentecatez futurista amenaza dejar reducida nuestra patria a una Ex-España. ¿Pero es que no puedo soportar a los demás por no poder soportarme a mí mismo o es al revés? Esto no es vivir. Y es inútil que nos vengán con que el nuevo régimen ha traído un espíritu nuevo, un nuevo sentido de convivencia. Ni lo creen los que nos lo dicen. Ofrecen la paz provocando con su oferta la guerra. Sólo descubro un nuevo sentido de malquerencia. El miedo al miedo y la manía persecutoria hacen el gasto. Tengo que emigrar. Pero ¿a dónde? ¿A dón-

de escapar de mí mismo? ¿Dónde ahogar esta guerra civil intestina, de mí conmigo mismo, que es mi vida?

—¿Y por qué —le dije— no te apartas de toda vida pública de relación, te enclaustras, te acartujas...? ¿Por qué no te entregas a buscar un para qué de vida y de espiritualidad? Aunque ese para qué sea el buscarlo; un vivir para buscar el sentido o el contrasentido de la vida misma. Hacerte no un político —de la ciudad—, sino un cósmico —del mundo—, una individualidad personal. Porque, lo sabes mejor que yo, lo individual es lo universal.

—¡Imposible! —me contestó—. No podría vivir. ¿En claustro?, ¿en cartuja? ¡Allí sí que se envenena el odio! O la envidia, si quieres. Pero... ¿es en el fondo odio? ¿No es más bien amor? ¡Ese sensacionalismo estético!, ¡ese instinto catastrófico! Se queda uno en casa o se aísla a ver si al salir a la calle le dicen: “Sabe, ¿han matado a...?” Y contestar: “¡Era un buen hombre!” ¡y descubrir cuánto se le quería! Necesito hacerme un mundo y en el claustro no podría hacérmelo; necesito soñarme. Necesito sobre todo probarme que no hay tal odio; el que así me parece.

—Sí —le contesté—, odios y amores literarios, estéticos, todo uno y lo mismo. Necesidad de crearse un mundo en que soñar y en que soñarse. Un verdadero poeta, un verdadero creador, ama a todas sus criaturas, aun a las más al parecer odiosas. Y además un soñador es un organista y no un organero...

—¿Y eso qué es? —me preguntó.

—Un organista —le respondí— es el que toca un órgano y le arranca una sinfonía, y un organero es el que construye un órgano...

—Construye... construye... —mormojeó—, ¡cosa mecánica construir!

—En efecto —añadí—, pero porque hay diferencia de organismos, que son de vida, a organizaciones,

que son de artificio. ¡Qué diferencia de una organización a un organismo!

—Es que no veo —me dijo con tristeza— ni organeros que construyan y templen grandes organizaciones, obreras o patronales, laicas o eclesiásticas, ni organistas que toquen en un gran organismo nacional, o siquiera regional o local, que Dios hizo, y le saquen sinfonías eternas; ni organizaciones que se deshagan en luchas de clases ni organismos que se rehagan en luchas de pueblos. No encuentro sino organilleros que le dan al manubrio de algún organillo callejero. Y de aquí esta terrible sensación de vacío, de aburrimiento, que es, como sabes aborrecimiento, esta sensación que nos invade a tantos de que vivimos odiándonos y envidiándonos los unos a los otros. Y esto tan terrible de huir de aquellos con quienes, en el fondo, más querríamos convivir. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto que nos está destrozando mientras los otros, los hombres de fuera —de fuera de sí mismos—, los de una u otra liturgia, los de uno u otro partido, danzan en el torbellino satisfechos de sí mismos? Esos, los... ¡ex-españoles! Esos, los que apenas si piensan más que en la crisis. Si es que piensan. Esos, los de la derecha y los de la izquierda. Y los del centro. Esos, los anti-individuos. Anti-individuos y no anti-individualistas; cachos de muchedumbre. ¿Qué es esto que nos destroza a los que deberíamos formar la conciencia de la patria? ¿Qué es esto que nos pulveriza frente a este embate de inespiritualidad? ¿Qué es lo que así nos hace ahorrarnos? ¿Qué es esto?

—¿Que qué es eso? —le dije—. Eso es... ¡literatura!

—¡Alabado sea Dios! —exclamó—. ¡Ya salió aquello! Literatura, sí, literatura. O sea historia. La que arranca el organista del órgano que es organismo; no la que el organero construya. Y ya sabes

quién es el Gran Organista del Universo, organista y no organero, no Gran Arquitecto, ¡no! No armador de organizaciones.

—Jesús era —le hice notar— armador de casas rústicas, constructor de ellas —*tecton*—, no carpintero de taller...

—Su padre —me replicó—. Pero él dejó ese oficio para ir a tocar en el pueblo, en el corazón del pueblo. Y a pescar. A pescar almas. No organero, sino organista. ¡Música! es lo que queda, sobre todo si es celestial. ¡Literatura! Nada vale lo que se hace sino lo que se sueña que se ha hecho. Hasta la victoria. Sólo se gana la batalla que se cree haber ganado. Y no da la batalla el que la dirige, sino el que luego sabe contarla. Por eso empezamos a ganar batallas que perdimos los españoles en los siglos XVI y XVII. Vivimos más de Cervantes organista, que del Conde Duque de Olivares, organero. Y más cerca, la España de Galdós vivirá más que la de Cánovas del Castillo. ¡Literatura! ¡Palabras! ¡Nombres! ¡Santificado sea el del Gran Organista del Universo!

[*Ahora*, Madrid, 28-IV-1933.]

LA CLASE Y EL FAJO

MATIZACIONES

—Sabe usted —me dijo uno que se empeña, no sé por qué, en decirse mi discípulo—, todo el mal presente de España, en el orden político, viene de la falta de matización. No se matiza; todo es claroscuro violento, contrastes, como dijo usted estudiando el casticismo. Apenas hay más que extremistas...

—Extremosos; que no es lo mismo —le interrumpí.

—Bueno, extremosos o extremados. Y hay que aumentar los grupos, los matices...

—¿Y no traerá eso mayor confusión? —le dije.

—Confusión, efusión, infusión, difusión... —mormojeó; y luego en voz alta—: Hay que confundir, como dice aquel personaje de su novela de usted, *Niebla*.

—Y usted, personaje mío —le repliqué—, confunde, y otros muchos con usted, lo que me oye. Pero vengamos al caso de la matización política; ¿qué es ello?

—Pues es —dijo— que entre un amigo mío y yo nos hemos repartido el trabajo de formar dos nuevos partidos legitimistas dinásticos...

—¿Monárquicos? —le pregunté.

—O monarquizantes o como usted quiera —me contestó—, pues no entiendo de eso.

—Ni los otros —le dije.

—Mi amigo se pronunciará por los herederos de

los Infantes de la Cerda, si los hay y sean quienes fueren, y yo por los de don Amadeo de Saboya. Dos tradiciones, sabe usted, la una de hace siete siglos, me parece, y la otra de hace sesenta años. Hay que matizar la oposición al régimen. Espero que cerdistas y amadeístas consigamos suavizar asperezas extremosas. Y ante todo cerrar el paso a la demagogia.

—Novísimo estilo —le dije—. Pero ya verá usted cómo se echan a buscar, los unos y los otros, lo que hay detrás de ustedes. O dentro más bien.

—¿Dentro? ¡Nada! —mormojeó, y luego en voz alta—: ¿Pero usted, maestro, qué es lo que cree que va a venir?

—¿Qué? Pues que al fin el instinto colectivo de conservación, la necesidad vital de dar una tregua a esta guerra civil agotadora, aunque para volver luego a ella, ¡claro!, hará que el pueblo, rendido, se someta a eso que llaman por ahí nacionalismo, a un régimen en que una exigua minoría se haga casi totalidad, o un régimen totalitario, de Estado antiliberal, que acabe con lo que se llama clasismo, que uniforme a todos y a todos imponga una vida de privaciones materiales, intelectuales y hasta morales. O de otro modo, a un caciquismo, que es acaso todavía el régimen genuinamente español.

—Pero ¿y quién? —me preguntó fingiendo alarma.

—¿Quién? —le contesté—. Cualquiera, un nadie, un desconocido e inconocible. ¿Quién? Cualquiera zascandil, cualquier badulaque, cualquier botarate fotogénico y con facultades histriónicas. Ya se encargará luego el pueblo rendido y encantado de reconocerle genio para que una generación futura se lo regatee y aun niegue y luego otra se lo vuelva a reconocer, y así de seguida. ¿Quién? ¿Qué importa eso? “El mundo quiere ser engañado”, me ha oído usted repetir esta vieja sentencia latina. Pues bien;

el pueblo quiere ser sometido y renuncia a la libertad para ganar seguridad y sosiego.

—Pero es el fascismo, o fajismo, como usted acostumbra decir...

—¿Y qué más da el mote? ¿Es que hay hoy aquí mayores fajistas que esos denunciadores del fajo? ¿Esos a quienes otros llaman clasistas? Clasista y fajismo son una y la misma cosa.

—¿Pero le parece a usted bien eso?—me preguntó.

—¡Ya salió aquello! —estrumpí malhumorado—. Cada vez que emito un juicio o siquiera un supuesto histórico se empeñan en que hago un juicio valorativo. A mí, liberal ante todo, puede parecerme eso mejor o peor; mas mi parecer no tiene que ver con mis pronósticos. No será usted de los que creen que se evita el estallido de una caldera rompiendo el manómetro, o de una tormenta rompiendo los barómetros. Y si me pareciese mal eso que preveo, ¿qué?

—Sí —acotó—, usted se atenderá a lo de que no hay mal que por bien no venga...

—Como no hay —le repliqué— bien que por mal no venga...

—¡Siempre la dialéctica! —mormojeó.

Y yo, en voz alta: —Y lo que ustedes, los cuitados, llaman el pesimismo, y que es apechugar con la verdad por terrible que sea. “La verdad os hará libres”, dice la Escritura cristiana, y la verdad nos hace libres de esta vida.

—¿Hay otra? —me preguntó al oído.

—Dejemos eso —le contesté, dándole un codazo—. Esta guerra civil para renovarse necesita una tregua; a esta sistole, a esta contracción, tiene que suceder una diástole, una distracción.

—¿Distracción llama usted —me dijo— a este régimen caciquil o fajista?

—Distracción en un respecto, contracción en otro.

Pero créame que lo más probable es que vayamos a ello. A que conspiran los que más dicen oponerse a su venida. La lucha de clases acaba ahí. Y ahora puede usted dedicarse a formular el programa, bien matizado, del partido amadeísta y su amigo el del partido cerdista. ¡Y la de apuntados que tendrá el cerdismo! Y prepárense a que los otros, los clasistas, les llamen fascistas...

—¡Pero si esos majaderos no saben lo que es el fascio! —exclamó.

—No, ni ustedes tampoco —le repliqué—. Pero como ellos y ustedes, y clasistas y cerdistas y todos sienten la necesidad de unidad, de sosiego, de reposo y de sumisión, así, de sumisión, acabarán por someterse al grupo que represente cualquier zascandil, badulaque, botarate fotogénico con facultades histriónicas. Y si no aparece, lo inventarán entre todos.

—¿Y usted? —me preguntó.

—¿Yo? —le dije—. Yo me quedaré contemplando la historia y esperando... a la esperanza. Y con el temor de tener que morirme de risa, que es la peor muerte.

—Pero ¿cómo evitarlo? —murmuró.

—¿Cómo? —le dije encogiéndome de hombros—. Eso a ustedes, los actores y accionistas (republicanos, populares y ciudadanos) desde los cavernícolas a los tabernícolas pasando por el medio accionarios o accionistas y reaccionarios o reaccionistas, a ustedes...

—Pero en principio... —insistió.

—En principio (en el principio era el verbo) todo está bien, hasta el cerdismo, pero a la postre... A la postre me temo que acabaréis postrándoos todos a los pies del desconocido botarate fotogénico, todos, tradicionalistas y revolucionarios, los de la L. E. F. y los de la D. P. R. y los de la P. S. T. (¡pst!)

y los de la R. I. P. y los de la Q. Q. y los de todas las demás monsergas iniciales...

—¡ Es la vida! —sentenció bajando la cabeza.

Le di la espalda. Y allí sigue acechándome y enturbiándome con su mirada el porvenir, para hundirme aún más en zozobra malencónica.

[*Ahora*, Madrid, 6-VI-1933.]

DIVAGACIONES AL PIE DE UNA ENCINA

Era en un día de bochorno veraniego. Mi hombre se salió al campo, pero con un libro, y fué a tumbarse a la sombra de un árbol, de una encina, a descabezar una siesta, alternando con la lectura. Para hacer el papel de que se hace un libro hay que abatir un árbol y que ni dé sombra. ¿Qué vale más, el libro, su lectura, o el árbol, la siesta o su sombra? ¿Libro y árbol? Problema de máximos y mínimos.

Empezó mi hombre, medio distraído, a leer —en el libro de papel, no en el de la naturaleza, no en el árbol—, cuando un violero, un mosquito, empezó a molestarle con su zumbido chillón, junto al oído. Se lo sacudió, pero el violero seguía violándole la atención de la lectura. Hasta que no tuvo otro remedio que apachurrarlo de un manotazo. Hecho lo cual volvió al libro. Mas al volver la hoja se encontró con que entre las dos que le seguían quedaba el cadáver, la momia mejor, de otro violero, de otro mosquito. ¿De cuándo? ¿De cuántos años hacía? Porque el libro era de una edición antigua, más que secular. ¿Cómo fué a refugiarse allí, a las páginas de aquel viejo libro, aquel mosquito, cuya momia se conservaba de tal modo? ¿Qué había ido a buscar en ellas? ¿Acaso a desovar? ¿O se metió entre página y página después de haber desovado? ¿Sería un violero erudito?

“¿Y quién sabe —se dijo mi hombre— si este violero que acabo de apachurrar no era un descendiente en vigésima o centésima generación, tataranieto de tataranieto de aquel otro cuya momia aquí se conserva? ¿Y quién sabe si este violero que acabo de apachurrar no me traía al oído la misma sonatina, la misma cantilena, la misma violinada de aquel otro, de este cuya momia aquí calla?” Y empezó a retinirle en el oído el retintín de la violinada del violero que apachurró. Y cerró el libro, dejando dentro de él la momia del antiguo violero. ¿Para qué leer más? Era mejor oír lo que le dirían el campo y sus criaturas.

Y ya no osó atentar contra ninguna de éstas. A una hormiga que empezó a molestarle se la quitó de encima y la puso en el suelo, a que siguiera su ruta. “¡Pobrecilla! ¡Que viva!” —se dijo. Y se puso a pensar en eso de la hormiga y la cigarra. Y en que si ésta canta, o mejor guitarra, no lo hace en ociosidad, sino que guitarra con los élitros, con las alas, mientras chupa la savia del olivo con su trompa clavada en él. “¡Admirable trovador! —se dijo—, que toca y chupa a la vez. Soplar y sorber no puede ser, pero con cierta habilidad cabe mamar y tocar la guitarra a un tiempo mismo.”

Luego le dió en la cara un vilano, una de esas semillas volantes del cardo corredor. La pobre flor presa de la planta, y ésta presa por las raíces del suelo, no puede si no deja caer la semilla, pero he aquí que ha sido darle alas que la lleven, al hilo del viento, a desparramarse a lo lejos. La planta es sedentaria; la semilla, no. El vilano la lleva a extenderse por el suelo. Y olvidado mi hombre de los dos violeros y de la hormiga y de la cigarra se puso a leer en el libro de la naturaleza —el otro cerrado— cosas que había ya leído en libros de papel. Porque son éstos los que nos enseñan a deletrear en el otro.

Y también el arte es naturaleza, que dijo Schiller.

Y empezaba a ganarle la modorra cuando le dió en la cara uno de esos filamentos —hilachas— volantes a que en francés se les llama *fil de la Vierge* —hilos de la Virgen, ¡poético nombre!— y en tierras castellanas “babas de buey”. Que también es nombre poético, aunque a primera oída no lo parezca. Y que son hilos de araña —como las hebras de la telaraña— en que el animalito, hilándolos de sus entrañas, se lanza al aire en busca de nuevo asiento. (En mi obra *La agonía del cristianismo* he tratado, metafóricamente, de ello) (1).

Y mi hombre, aleccionado previamente por los libros, se puso a meditar —a fantasear mejor— sobre la araña y sobre su hilo de la Virgen, sobre su baba de buey. No había tejido tela para esperar en ella a que cayese presa alguna pobre mosca, sino que, navegante aérea, aeronauta errante, se había lanzado a caza en hilo de sus entrañas. Y creyó sentir mi hombre la palpitación de las entrañas de la araña en sus propias entrañas. ¿Pero es que en el zumbido del violero no iba también temblor de entrañas? ¿Y no había temblor de entrañas en las páginas del libro? Y recordó ese precioso dicho de las mujeres del pueblo campesino cuando dice alguna de su marido: “el mío es tan bueno que se le lleva con una baba de buey”... Y aunque a las veces piense, al decirlo, en la baba salival del buey de arado y no en la otra, dice, aun sin saberlo, que al hombre bueno se le lleva con hilo de las entrañas.

Se acordó entonces que de una especie de romadizo que había padecido en un tiempo, una comezón en las fosas nasales, le dijeron —hombres de libros, ¡claro!— que provenía del polen de las flores de unos

¹ Páginas 88-89 de la edición española, Madrid. Espasa-Calpe, 1937. (N. del E.)

árboles. El temblor nupcial de aquellas flores le dió a él aquella molesta comezón. Y todo, violero, hormiga, cigarra, araña, flor, todo le enseñaba lo mismo. Arriba, la encina, la candela, su recatada flor, empezaba a hacerse bellota. Y se acordó de cómo con el corazón de la encina, con el rojizo rollo íntimo de su leño, casi como si dijéramos con su tuétano leñoso, hacen los charros dulzainas en que canta el corazón de la muerta encina.

Y con todo ello sintió mi hombre un profundo asco de aquella otra vida —la política— en que se había visto enredado, como una mosca en telaraña, y de las hormigas, y las cigarras —que cantan y chupan a la vez— y de las babas de buey y de los violeros políticos. Recogió el libro cerrado, mas al recogerlo se cayó de él, de entre sus páginas, ¿la momia del viejo violero?, no, sino un recorte de periódico, que le servía de señal, y en que venía estampado un manifiesto electoral de partido. Cogió el recorte, hizo un hoyo en la tierra, al pie de la encina, y lo enterró allí. “¡Bah! —se dijo—, si un día se hace una dulzaina del corazón de esta encina, no cantará en ella este manifiesto político.” Y se fué. Se fué puesta la mira en otros tiempos y otros lugares que los de hoy y aquí.

[Ahora, Madrid, 1-VIII-1934.]

Entra uno en una recatada, solitaria y oscura iglesita de los arrabales de una villa o ciudad. Va a recoger perdidos alientos religiosos. En un rincón de la iglesita, en penumbra, al pie de un trágico Cristo español, un hombre no viejo, arrodillado, reza sollozando. A alguna distancia, en un banco, otro hombre, tampoco viejo, observa al que rezando solloza. Los dos hombres parecen haber llegado a la iglesita sin común acuerdo. Acaso ni se conocen. ¿Qué piensa o, mejor, qué siente el del banco respecto al otro? ¿Cree acaso que solloza una pérdida familiar —la mujer, un hijo, la madre...— y él, a su vez, siente renovársele un dolor parecido? Y el de al pie del Cristo, ¿se sabe observado, compadecido, acompañado en su dolor? Y si se sabe así, ¿le consuela este acompañamiento? Y ese consuelo, ¿es como el que experimenta el artista que acertó a expresar su sentimiento? ¿Hay, por profunda y sincera que sea la fe del sollozante, algo de teatralidad en su actitud? ¿Por qué no se recogió a rezar y llorar en un rincón de su casa familiar, al pie de un crucifijo de familia?

El uno que entró en la iglesita a recoger impresiones se acuerda de que el Cristo dijo que donde se reúnan unos en su nombre allí estará Él, y piensa en las oraciones comunales; pero se acuerda también de que el mismo Cristo dejó dicho en su Sermón de la Montaña aquello de: “Cuando oréis, no

seáis como los hipócritas, que gustan orar estando en las sinagogas y en los rincones de las plazas”, sino “entra en tu cuarto y cerrando la puerta, reza a tu Padre en lo escondido”. Y al acordarse este uno del texto evangélico se acuerda de que hipócrita no quiere decir sino actor y que el actor puede ser sincero y sentido. Piensa que el que representa un sentimiento lo hace por avivarlo y mantenerlo; piensa que todo hombre de veras conciente se está representando a sí mismo en el escenario de su propia conciencia.

Y siguiendo por este hilo de reflexiones, el que entró en la recatada, solitaria y oscura iglesita del arrabal para pensar y meditar en la presente íntima historia de su pueblo se detiene en eso de si el pueblo español es religioso, si es de veras creyente, si siente la religiosidad y con ella alguna religión, la tradicional acaso. Y piensa en lo que, aplicado al arte y a la literatura, se dice del realismo y del idealismo español, y lo de las novelas picarescas por un lado y el misticismo por otro, y lo de Don Quijote y Sancho Panza. “¿Idealismo, realismo —se dice—, idealidad, realidad?: ¿quién y cómo las distingue? Y luego, ¿espiritualismo y espiritualidad? ¿No estaría mejor pensar en la intimidad? ¿Sería ocioso hablar de ‘intimismo’? Sean las que fueren las cosas y las ideas, las realidades y los ideales que unían a aquellos dos hombres de la iglesita, ¿qué pasaba en lo íntimo de ellos? ¿Qué pasaba en aquella recóndita cámara de sus conciencias —en sus trasciencias, mejor que subconciencias—, más allá de los escenarios de ellas? Mas, ¿es que existe semejante recámara? ¿Es que hay algo, fuera del teatro, en este caso religioso? Ni Juan de la Cruz o Miguel de Molinos habrían sabido decírnoslo.” Y nuestro uno piensa con qué atolondrada ligereza deciden esos hombres que se figuran que la historia se reduce casi a política, o ya que el pueblo español es irreligioso

o ya que los españoles de casta, a sabiendas o no, quiéranlo o no lo quieran, son católicos. Y piensa en lo huera que resulta la llamada interpretación o concepción —mejor sería llamarla “conceptuación”, piensa— materialista de la Historia.

Al llegar a este punto, nuestro uno se acordó de haber leído cómo un pobre hombre, a cabo de recursos de vida, se fué en Madrid a una capilla de un Cristo al que se le piden tres favores y se puso a rezarle, y luego, sacando una pistola, se suicidó. Por desesperación, ¿de qué? ¿O no sería como ese característico suicidio de venganza china, cuando un deudor, reducido por su acreedor a la miseria, va a la puerta de la casa de éste y se suicida allí? Y se acordó de otros casos en que en lugares rústicos se le castiga a una imagen de santo cuando no consigue agua para el pueblo. Y pensó en el fetichismo, concepción religiosa teatral. ¿Y si el suicida ante el madrileño Cristo de Medinaceli —se dijo— fué a rematar con un suicidio teatral la representación escénica de su vida? Porque a la concepción materialista de la Historia, a la de Marx, nuestro uno opone la concepción histórica, esto es, teatral de la vida. Y le cuesta creer, desde luego, que nadie se suicide por hambre, ni aun dando a esta tan abusiva palabra el sentido tan lato que se le suele dar. Por eso que llaman hambre, a lo sumo, se mata a otro; ¿pero matarse? Y por hambre verdadera se deja uno morir. A la fuerza.

Da pena pensar qué fuera de toda intimididad —real e ideal— se suelen mover los que se meten a políticos, a querer marcar curso a la historia y la cultura —material y espiritual— de un pueblo. Da pena ver qué pronto deciden que el pueblo al que quieren gobernar no tiene fe religiosa ninguna o tiene esta o la otra fe dogmática religiosa. Da pena ver cómo recitan el papel que se han adjudicado en la tragico-

media de nuestra historia política, sin zahondar en la esencia del teatro y aun dedicándose tal vez a él. Uno de ellos y de los más capaces y sinceros actores de esta tragicomedia —si es que no el más capaz y sincero de ellos—, entregado al placer de crear —de recrear un pueblo—, le decía al que esto escribe que éstas son contemplaciones que a nada conducen. ¿A nada? A crearse una intimidad histórica, civil y religiosa. Y a disfrutar el más abnegado y desinteresado placer, que es el de comprender lo creado. Bueno es hacer algo, pero es mejor saber lo que se ha hecho.

[*Ahora*, Madrid, 19-IV-1935.]

“Arar en la mar”, certera
frase por “tiempo perdido”;
la hay de más triste sentido:
¡sembrar en la carretera! (1).

Estas cuatro líneas rimadas —una cuarteta— las tejí y enfurtí, matando con ello un rato de hastío, en horas de reflujo espiritual, de represión moral y mental y ello para arrimármelas a la memoria y que me sirviesen de recordatorio. Llevaba unos días sufriendo —así, ¡sufrir!— en cada uno de ellos al leer la prensa, en los diarios cotidianos, la obligada reseña de los mítines políticos del día. Algo desconsolador. Los mismos oradores diciendo las mismas cosas del mismo modo; la abrumadora repetición de los abrumadores tópicos y lugares comunes de cada partido. ¡Y a eso llaman declaraciones! Y me decía a mí mismo: “¡arar en la mar!”

Porque esto, “arar en la mar”, es lo que suelen hacer los agitadores de públicos. Agitadores y no actores. La agitación no es acción. “Agítese antes de usarlo”, se dice. Y luego resulta que cuando se lo va a usar la masa ha vuelto a su propio estado. Pobres agitadores que después de una campaña de propaganda se vuelven diciendo —y acaso creyendo, que es peor— que el pueblo está excitado en contra

¹ Incorporada al *Cancionero*, donde hoy figura, con el número 1.729. (Fecha el 29-III-1935.) (N. del E.)

de esto o de aquello, que vibra —palabra de cajón—, que hay conciencia pública revolucionaria, o contrarrevolucionaria, que ya se verá en el próximo sufragio, que... ¿A qué seguir? Y la mar siempre la misma. “Los siglos han pasado sin dejar una arruga sobre tu frente azul”, que dijo egregiamente Lord Byron. Ni en el pueblo dejan esas aradas políticas surco alguno permanente. Por lo que no es fácil prever lo venidero al respecto. “Todos los ríos van a la mar y la mar no se hincha”, dice la Escritura. Ni el pueblo se hincha, a pesar de sus tormentas, sus galernas y sus agitaciones. ¡Pobres agitadores que se figuran que el pueblo aún espera la revolución o está ya harto de ella! ¡Arar en la mar!

Revolviendo estos pensamientos en mi espíritu agitado —mucho más agitado que el de uno de esos públicos después de un mitin o conferencia—, me recogí luego en mi soledad de publicista y me puse a recoger grano de ideas para irlo vertiendo en mis escritos periódicos. “Esto es más seguro” —me decía mi demonio familiar. Que le tengo como le tenía Sócrates—. Esto es más seguro; ir sembrando ideas, no en una muchedumbre, sino en individuos aislados, en quienes puedan sosegadamente recibirlas y sin que a uno le perturben ni interrupciones ni aplausos ni rechiflas ni protestas en contra.” ¡Sembrar ideas! Mas al punto se me vino a la memoria la consabida parábola de Cristo (Lucas, VII), del sembrador que salió a sembrar su semilla y una parte cayó en el camino y fué pisoteada y las aves del cielo se la comieron, y otra parte cayó en roca y se secó por no tener tierra, y otra cayó en medio de espinas que la ahogaron, y otra en tierra buena y dió ciento por uno. Y pensé en la que cayó en el camino y fué pisoteada. Y le encontré a esto un doble sentido.

Primero, que la mente del lector es un camino,

por el que pasan toda clase de cuidados y de pesares y de preocupaciones. Y que lee para distraerse de ellos. Y lo que le inquieta, o lo deja de lado o lo olvida al punto. “¡Bah —se dice—, camelos!” O “¡paradojas!” O bien dejando el papel de lado: “Bueno, que me deje en paz, que harto tiene cada cual con lo suyo y no me voy a gastar el seso en tales cosas.”

Segundo sentido, y de seguro más acomodado que el primero, que no se trata ya de la mente del lector, sino del camino de la opinión pública. Agitar a un público, a una muchedumbre, puede y suele ser arar en la mar, pero pretender sembrar ideas en un público, en una muchedumbre, ¿no será acaso sembrar en la carretera? Cada uno de los que componen el público, la muchedumbre, tiene sus cuidados, sus aspiraciones, sus ilusiones, sus esperanzas, sus congojas y entre todos pisotean —¿qué van a hacer si no?— el grano que se les eche. ¡Sembrar en la carretera!

Al llegar a este lastimoso punto de mis meditaciones busqué refugio, y como todo ello me había venido de pensar en la acción y en la agitación políticas, me refugié en la contemplación de la poesía. Dejé la política y me fuí a la poética. Y entonces, del fondo de mi depresión me brotó esto:

Camino va de la noche
 que en el horizonte está,
 va cantando en el camino
 para las penas matar.
 Sus cantares por el aire
 hasta el cielo van a dar;
 la noche se va viniendo
 según el día se va.
 “Todo está dicho, se dice,
 ¡y éste es su último cantar!” (1).

¹ Incorporado al *Cancionero*, con alguna leve variante, en el que figura con el número 1.727; fechado en Palencia el 29-III-1935. (N. del E.)

¡ Arar en la mar ! ¡ Sembrar en la carretera ! ¡ Todo está dicho ! Y, lector, perdón por este desahogo. Y considera que cantar es también sembrar. Sembrar al aire y al sol libres.

[Ahora, Madrid, 26-IV-1935.]

RESPIRACION POPULAR

Había que libertarse del confinamiento en la celda doméstica, del respirar lecturas y comentarios espirados —lo que envenena la inspiración—, purgarse de noticias de Prensa y de chácharas de café o de casino. Y para ello ir a respirar aire libre, de campo o de pueblo sencillo e iletrado. Esparcirse, desparramarse en uno o en otro. O mejor en ambos.

Era domingo y me fuí a mezclarme con el pueblo menestral y dominguero. Y a falta de campo más campesino, más rural, a la Alamedilla, muy modesto parquecito de esta ciudad, entre carreteras y una vía férrea. Lo más antiguo de él, unos viejos y venerables negrillos, entre los que, cuando yo llegué acá —hace más de cuarenta años—, mostraban un banco de piedra al que llamaban “del rector”. Luego arboleda reciente, algunos arriates de flores, estanquillos “grutescos” —con adornos de fingidos trozos de grutas— y en que se han ahogado unos cuantos pececillos municipales.

Allí me encontré en medio de un público dominiguero: soldados, de aldeas los más; criadas de servicio —menegildas y no maritornes—, parejas de obreros, proletarios de verdad, es decir, con prole —dos o tres niños—, y niños por allí, corriendo entre las filas de los adultos —tan niños como ellos— o acudiendo a los puestos de helados y golosinas. Una atmósfera, un ámbito de contento. Aquello sí que era juventud, y juventud popular. Sin juramentos,

ni ademanes, ni uniformes, ni maniobras, ni manejos, ni manoteos. A lo más, en algún rincón, a hurtadillas, algún manoseo más o menos riioso v cachondo. ¡Pero es esto tan juvenil, v tan popular, v tan natural v tan humano! Al fondo, hacia el río, la catedral se dibujaba —se esmaltaba más bien— sobre encendidas nubes de ocaso, cual gigantescos nétales de una gran rosa celestial que se deshojaba. La media luna se marcaba va, hoz celeste para segar ensueños. Todo ello, inspirador de frescura si no lo chafara una horrible gramola con sus aullidos de remedo humano. ¡Cuánto mejor los viejos organillos va arrinconados! Mas aun así me remonté v me refresqué. ¡Vava un lavado de la porquería de la actual historia política!

Y ahora se me llega —¡es inevitable!— el interruptor v me pregunta: “Y bien, ¿qué sacaste de todo eso? ¿Qué me traes?” Pues... no saqué nada, sino que metí. Metí allí mi alma a que se restaurase de cavilaciones sociológicas v pedagógicas. (Sociología y pedagogía, dos cocos.) Y no te traigo, interruptor, más que esto: que te libres tú de ellas. Pues era aquello de la Alamedilla un paisaje y paisanaje —los dos de consuno, ya que un país es la comunión entre ellos dos— humanos y naturales. Que ni discuten ni replican, sino se están. Y se bastan y nos bastan. Es como cuando uno se va a oír hablar a la gente y no para corregirle el habla ni aprenderla ni registrarla, mas para recrearse en ella y olvidar otras. Y mecerse en recuerdos de niñez y de mocedad. Como cuando hace cincuenta y cinco años me iba en las afueras de Madrid a ver los bailes populares de mis paisanos.

Y vuelve el interruptor, que está a lo suyo, a su tema, y añade: “¿Pero cuál es tu posición ante eso?” Pues... que no me pongo, sino que me dejo estar. Ni razono lo que no es ni razonado ni razonable.

¿Para qué? Además, allí me perdí para hallarme. Porque no estaba solo, sino más acompañado que nunca. ¿Solo? Solo se está ante un público de conferencias, que le mira a uno y no le escucha, antes sólo a sí se "define". (¡Peste!) ¡Aquí sí que solo y perdido en la soledad! ¿Mas allí? Todo aquel pedazo de pueblo me parecía proyección de mi alma. "El mundo es mi representación", decía Schopenhauer. Y yo sentía allí —sin comprenderlo ni razonarlo— que aquel pedazo de mi mundo español era mi representación y parte de mi íntima voluntad. (Y sigo con Schopenhauer.) ¿Realidad? ¿Ilusión? ¿Psé! Palabras ociosas. Como Reforma y Contra-Reforma; tradición y progreso; revolución y reacción; cultura y barbarie... Y lo peor que con ello están enturbiando la más pura y clara fuente de consuelo humano: la poesía; con esas horribidas investigaciones de la historia de las ideas poéticas. Enturbiando la respiración popular.

Porque aquellos hombres y mujeres, ¿qué pensarían de esas cosas en que nos ocupamos los desocupados de las suyas? Estoy seguro de que los más de ellos no cuentan entre los que creen, como unos brutos, en otra vida, ni entre esos otros que, como otros brutos, dejan de creer en ella o la reniegan. Así como ni en la sociedad futura. Para la amartelada pareja obrera que se miraba en sus tres hijitos, la sociedad, no ya futura, sino eterna, eran ellos. Sí que han oído de otra vida y de otra sociedad, pero como los niños que viven la hora que pasa y se alimentan espiritualmente de cuentos, sin pararse en pedantescas y antiestéticas ociosidades de si reflejan o no—y cómo— las costumbres de tal tiempo y lugar, ni de si tienen o no base de realidad histórica documentable. Mejor idealidad indocumentada como la del cuento de nunca acabar o de la buena pipa. Por desgracia a las veces le llegan al pueblo rebotes de estas ociosidades. ¡Y

ay del pobre niño que llorara al enterarse de que el cuento no había sucedido como se lo contaron! ;Y más ay de aquel otro pobre niño —;terrible tragedia!— que a sus seis años lloraba porque se aburría!

Sali convencido de que mi pueblo —el que es mi representación y, ¡claro!, yo la suya— pone su referendo —referéndum dan en llamarle los sociólogos— en este mi sentimiento de España. Y respiré aire de cielo de siglos. Y fuime, reconfortado y respirando —e inspirado por lo tanto—, a acostarme a mi celda doméstica, la de mis rumias solitarias, para quedarme durmiente y no dormido. Durmiente (participio activo) es el que duerme su sueño —el sueño es vida—; y dormido (participio pasivo) el que no duerme, sino se duerme y no sueña. Y por lo tanto no se sueña, ni se vive a sí mismo. Los durmientes —y no dormidos— soñamos cuentos de nunca acabar, de la buena pipa; ni menos de concluir y sacar de ellos consecuencias de enseñanza pública. Dejemos a los dormidos que analicen los cuentos y su desarrollo secular y les saquen... ¿que? Ellos lo dirán al fijar y definir su posición frente al destino. El mío es éste. El del poeta, crear cuentos, ensueños, y no definir doctrinas. Y hasta al exponer doctrinas, crear ensueños, cuentos, con base real o sin ella.

Y al llegar aquí me interrumpe, no el consabido interruptor, sino una maldita gramola de un salón de baile vecino a mi celda doméstica.

[Ahora, Madrid, 1-IX-1935.]

Vamos despacio. ¡Qué triste tarea la de tener que hablar —¡es el oficio— a un público donde tanto abundan los puntillosos y recelosos y los resentidos! Enfermedades éstas —el puntillo o quisquilla, el recelo y el resentimiento— tan esparcidas por nuestro pueblo español y que producen el otro morbo espiritual nacional, aquel de que tanto trató Quevedo y que no me place volver ahora a nombrarlo. Traería su nombre mala sombra. El más ligero roce levanta roncha. Son enfermedades mentales que me meten miedo. Se da el caso de que reciba cartas de sujetos —¡y tan sujetos!— a quienes no conozco, dándose aludidos personalmente en algo de lo que escribo. O de algún joven escritor cuyos escritos no conozco —ni por el forro—, y que se me pone a defender lo que no he tenido en cuenta. Y si cayera yo en la flaqueza de decirles que los desconozco, ¡Dios me ayude a sentir! ¿No habéis observado la mirada recelosa de quien al mirarle vosotros —¡triste cruce de ojeadas!— siente como si se les estuviese oyendo lo que piensa, lo que se dice callandito a sí mismo? Porque hay miradas que desnudan al mirado.

Agréguese otra fatalidad, y es la de que con la mayor extensión —aunque no mayor intensidad— que alcanza el analfabetismo, la instrucción primaria, aumenta el número de los que en Francia llaman “primarios”, y aquí podríamos llamar bachilleres, los de

vagas nociones dispersas. Los que apenas si han digerido lo elemental, que es lo fundamental. Los que le piden a uno que les explique lo que ha sido mil veces explicado y hartas muy bien. Los que le preguntan a uno lo que pueden encontrar en cualquier manualete o en cualquier enciclopedia popular. ¡Las cosas que le preguntarían a aquel benemérito Sbarbi, el de *El averiguador universal!*

Cuando he leído estudios dirigidos a probar que si se distribuyese por igual la riqueza pública, poca o mucha, todos resultaríamos más pobres —en analogía a lo que en energética física se llama la entropía (véase un manual cualquiera)—, he pensado en cuánto se extiende y se reparte más la ilustración media —que no es de por sí cultura—, las gentes se hacen no ya sólo más ignorantes, sino más incomprendidas y menos entendidas e inteligentes. ¿Quién duda que las obras de vulgarización contribuyen, por lo general, al avulgamiento del saber y a su degeneración?

Decía el doctor Simarro que España es acaso la nación en que en las Academias científicas se reciben más memorias sobre el movimiento continuo, la cuadratura del círculo y cosas así. No sé si ello sea verdad, pero sí he de agregar que me espanta —así, me espanta— el número de sujetos que se ponen aquí a descubrir mediterráneos y a andar propagando nociones o noticias que casi todo el mundo —incluso aquí— conoce, aunque, como es natural, no se esté a cada paso intentando dárselos a conocer a los otros. “Cada maestrillo su librillo”, reza el refrán, y luego resulta que todos los maestrillos tienen un solo y mismo librillo. O cartilla. “Yo en esto tengo una opinión propia”, os dice alguien que presume de herije, y os sale con la opinión de casi todo el mundo. ¡Y si al menos se la apropiara de verdad...!

Ese fantástico fantaseador mejicano (sin x) que es Vasconcelos, el de la raza cósmica, salió una vez criticando el Diccionario oficial de la Lengua Castellana por estar lleno de palabras arcaicas —que por lo común no lo son sino en ciertas regiones— y castizas, en vez de estar abarrotado y atiborrado de términos técnicos, de neologismos científicos de física, química, biología, zoología, sociología y demás -logías. Neologismos que además cambian y se renuevan a cada paso. ¡Aviados habríamos de quedar si se hiciesen con tal criterio los diccionarios!

El aumento del caudal de nociones y conocimientos científicos, de descubrimientos tales y de sus cambios, es tal, que las gentes no tienen tiempo de digerirlo. Mucho del desequilibrio mental de hoy, de la neurastenia colectiva —que a veces llega a locura—, se debe a que el ritmo del progreso técnico y científico va mucho más de prisa que el ritmo de nuestro espíritu. Apenas si la inmensa mayoría del pueblo de las naciones que tenemos por cultas ha digerido la revolución copernicana, se ha dado cuenta de la posición de la Tierra en nuestro sistema estelar, y luego otras revoluciones, como la darwiniana, y ya empiezan a sacudirnos los fundamentos de la razón —que consiste en creer lo que vemos— nuevas revoluciones. Añádase que la Prensa, la radio, el “cine”, la aviación y todo lo demás por el estilo nos están atosigando el asiento de la balumba de nuestros nuevos conocimientos. Y hasta hay quien se devana los sesos para entender las teorías de la relatividad de Einstein y otros.

Y menos mal que todavía en algún remoto y recóndito villorrio serrano, por donde apenas si pasa un auto, se puede encontrar algún pensador rural que conserve una visión juiciosa, serena y honda de la historia. De la historia que le rodea, en la que vive

y de la que vive, y que es para él una verdadera historia universal. En ella, en la de su lugar, ve y siente la de todos los lugares y todos los tiempos. Hay quien hablando de estos hombres dice que no conoce sus males, cuando los que no los conocen suelen ser los que van a descubrírseles. Y menos conocen sus bienes: Es que no cogen el buen camino para llegar a ellos.

Pensadores rurales que piensan la historia íntima de su pueblo a través del lenguaje, del hablar, que es para ellos algo vivo. Su filosofía es la de Sancho Panza, una filosofía de refranero, sentenciosa. El valor de los refranes estriba, no en su contenido, sino en su continente, en su forma, que es su verdadero fondo. ¿Qué hicieron los famosos y legendarios siete sabios de Grecia sino acuñar cada uno de ellos una sentencia, dar forma, expresión eterna a un pensamiento que empezó siendo acaso una paradoja para convertirse en un lugar común? ¿Qué es una palabra viva hablada sino una metáfora a presión de siglos históricos? ¿Y cómo se enriquece un idioma sino con nuevas metáforas, con nuevas relaciones entre imágenes vivas? De donde para desentrañar la sabiduría popular estribada en el lenguaje no hay sino llegar al tuétano de él.

Romancear los nuevos descubrimientos, acuñarlos en romance, es hacer carne la sabiduría. Cuando el lenguaje corriente de los bachilleres, de los primarios, abunda en latín indigesto, en vocablos cultos no bien digeridos, no romanceados, ese lenguaje resulta reumático. Y reumático el pensamiento de los que piensan. Una lengua enferma y un pensamiento, por lo mismo, enfermo. El habla de Don Quijote era más enferma que el habla de Sancho, y cuando aquél le corregía los vocablos a éste, era éste, Sancho, el que iba mejor encaminado.

Hic venido a parar a esto del lenguaje por ser mi preocupación. Por creer que muchas de nuestras molestias mentales, entre ellas el puntillo, el recelo, el resentimiento y la otra, se curarán en gran parte cuando aprendamos a pensar y sentir en el romance vivo de nuestros filósofos rurales. Y al mirarlos, vestirlos de nuestra admiración.

[*Ahora*, Madrid 6-III-1936.]

PRÓLOGO	9
Los relatos novelescos	10
Una novela convertida más tarde en drama	20
Las novelas ejemplares y su prólogo ...	23
La figura maternal de la tía Tula	31
El monodíálogo, creación unamuniana.	37

BIBLIOGRAFÍA:

1. Ediciones	43
2. Traducciones	46
3. Reseñas y estudios	49
Bibliografía sobre la novela de Unamuno en general. (Adiciones.)	53

OTRAS LECTURAS (final del tomo anterior):

X.—VARIA:

* Rebeca	59
Heráclito, Demócrito y Jeremías	64
Otra vez Brand	70
El contra-mismo	76
Fecundidad del aislamiento... ..	81
¡Hila tus entrañas!	86
El heroísmo de España	90
Una vida sin historia: Amiel	95
“... tiende las orejas...”... ..	101
Las lágrimas de Väinämöinen... ..	105
La alegría del vientre	109

I.—RELATOS NOVELESCOS (1882-1923).

Ver con los ojos	115
Nerón tiple o el calvario de un inglés...	124
El dios pavor... ..	130
El gran Duque-pastor. (Narraciones siderianas.)	136
Sueño	142
El lego Juan	146
Caridad bien ordenada	150
La venta	154
Don Martín o de la gloria	160
De águila a pato. (Apólogo.)	166
* La redención del suicidio	169
Abuelo y nieto... ..	175
El maestro de Carrasqueda	182
* El derecho del primer ocupante. (Cuento para niños.)	188
El que se enterró	194
En manos de la cocinera	202
Redondo, el contertulio	208
El secreto de un sino. (Apólogo.)	214
Mecanópolis... ..	218
* El redondismo	223
Don Catalino, hombre sabio... ..	229
El padrino Antonio	234
* El hacha mística	242
Don Bernardino y doña Etelvina	246
Los hijos espirituales... ..	254
Un caso de longevidad	261
Batracófilos y batracófobos	267
Don Silvestre Carrasco, hombre efectivo. (Semblanza en arabesco.)... ..	273
La revolución en la biblioteca de Ciudadmuerta... ..	279
Artemio, heautontimoróumenos... ..	284
Robleda, el actor... ..	289

Las peregrinaciones de Turismundo:

	I. La ciudad de Espeja	293
*	III. Tunicoba, gupimboda y fafloria	298
	La sombra sin cuerpo. (Fragmento de una novela en preparación)... ..	305
	El alcade de Orbajosa. (Etopeya)... ..	309
*	García, mártir de la ortografía fonética.	312
	La manchita de la uña	315
	Una tragedia	319

APÉNDICE (Nueve cuentos inéditos sin fecha):

*	Juan-María	325
*	La promesa	331
*	Principio y fin	335
*	La carta del difunto	340

* La razón de ser:

	I. En el que se da principio con un monólogo... ..	346
	II. Sigue con un diálogo... ..	347
	III. Angustias y amarguras	349
	IV.	352
	V. <i>Finis coronat opus</i>	352
*	Querer vivir... ..	355
*	Un cuentecillo sin argumento	363
*	¡Carbón! ¡Carbón!	367
*	El fin de unos amores	370
*	J. W. y F	376

* II.—TULIO MONTALBÁN Y JULIO MACEDO. (Novela.) (1920):

	I	381
	II	386
	III	389
	IV	393

V	398
VI	400
VII	405

III.—TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO. (1920):

Prólogo	413
---------	-----

Dos madres:

I	424
II	429
III	432
IV	435
V	438
VI	441
VII	444
VIII	446
IX	448
X	450
XI	453
El marqués de Lumbría	456
Nada menos que todo un hombre	472

IV.—LA TÍA TULA. (Novela.) (1921):

Prólogo. (Que puede saltar el lector de novelas)	521
I	528
II	535
III	539
IV	542
V	546
VI	549
VII	554
VIII	561
IX	566
X	570
XI	573

XII	577
XIII	583
XIV	588
XV	591
XVI	595
XVII	599
XVIII	602
XIX	607
XX	611
XXI	614
XXII	619
XXIII	623
XXIV	625
XXV	630

SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR, y TRES HISTORIAS MÁS. (1933). (Irá en otro tomo de estas *Obras Completas*.)

V.—MONODIÁLOGOS. (1892-1936):

Elecciones y convicciones	637
Hay que hacerse niño	642
De la vocación. (Diálogo.)	650
Estética montesina...	657
* Un paraíso terrenal	663
Desde la soledad	670
* La señora ministra	675
Un diálogo miserable...	679

Diálogos del escritor y el político:

I. Palabras y actos...	687
II. El guía que perdió el camino...	691
III. El juego de las ideas	695
IV. Poeta y abogado...	699
V. La paradoja	703
* Calor de ideas...	709
* La idea y el palo...	715

La viuda de Demetrio. (Ensayo de filosofía moral.)... ..	719
Crisis y mixis. (Diálogo esotérico.) ...	724
Cuestiones de momento. Intermedio lírico	732
Del dolor, de la soledad y de la lógica, con otras cosas. (Monólogo divagatorio.)	737
Conversación	743
El árbol y el libro	752
Cuestiones de momento. Cobrar conciencia.	758
Credo optimista	764
* El consabido viajecito a Madrid	769
Al borde	773
* ¡ <i>Vae victoribus!</i>	780
Divagación sobre el canto del arroyo ...	786
* Breve diálogo sobre la ambición	791
* Los profesionales de la política	797
* El aprovechamiento del listo	802
* ¿Bárbaros? ¿Pedantes?	806
* El mejor público... ..	811
* El ajedrez y el tresillo	817
* Sobre el gran Roque Guinart y su imperio	822
* Una conversación con don Fulgencio... ..	827
* La santidad inconciente. (Conversación con don Fulgencio.)	832
¡Ensimímate! Una vez más	837
* Hacer política	843
Sobre la necesidad de pensar	848
* El que se vendió	852
En la paz de la guerra	860
Oración	866
Arte y naturaleza. (Diálogo divagatorio.)	870
* Estética política	876

	Vida, guerra, alma e ideas. (Coloquio con Augusto Pérez.)... ..	881
	Angeles y microbios	887
	El talento de hacer artículos... ..	893
	Nuestro yo y el de los demás	898
	Conversación	903
	Daoíz y Velarde	907
	Con el alma desnuda	912
	Para los jóvenes. Llegar... ..	917
	En el país sin nombre	919
*	Majaderos que no majan	923
*	El regateo de la expropiación... ..	927
*	¿De nuevo? ; Ni el hilo!	931
	La vida y la obra... ..	935
	Caleidoscopio cinematográfico	940
	Disolución de problemas... ..	945
	Educación e instrucción	949
	De la democracia bolchevista	953
	Guerra, vida y pensamiento; paz, muerte e ideas... ..	957
	Divagaciones veraniegas	961
	La telaraña... ..	965
	Lo mayúsculo y lo minúsculo	969
*	El mendrugo y la mordaza	973
	Tiempo espiritual	977
	Monodílogo... ..	981
	El ideal histórico	987
	El reposo es silencio	992
	Acción y pasión dramáticas	995
*	La vida es siesta	998
	Una reliquia de la Venus de Milo	1002
*	Caorzos	1007
	Una vida tranquila	1011
	Pan y toros	1015
	A. M. D. G.	1019
	Y va otra vez de monodílogo	1023
*	Ceros a la derecha o a la izquierda	1027

* Organeros y organistas	1032
La clase y el fajo. (Matizaciones)... ..	1036
Divagaciones al pie de una encina... ..	1041
Nuevas contemplaciones	1045
Cantar es sembrar	1049
Respiración popular	1053
* Salud mental del pueblo... ..	1057

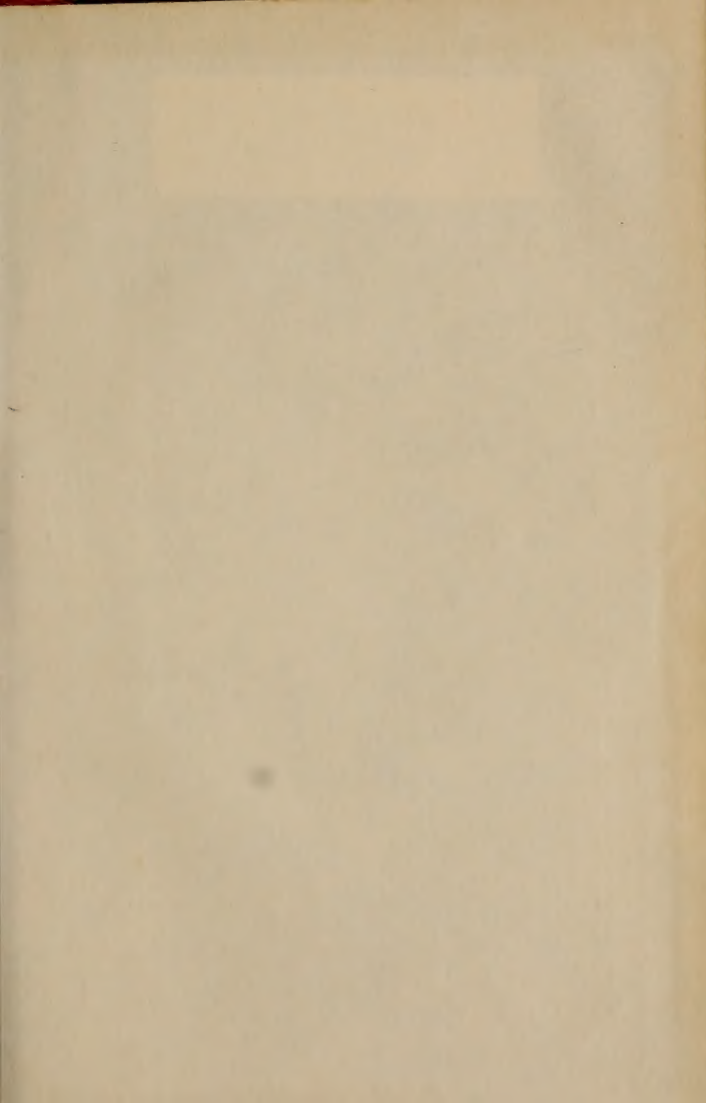
NOTA.—Para orientación de los lectores que tengan el volumen II de la edición titulada *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951, en que por vez primera fueron reunidos en volumen los “Relatos novelescos”, incorporados también al tomo V de la edición anterior de *Obras Completas*, Madrid, Aguado, 1951; o el tomo IV de la edición argentina antes citada, 1954, en que también por vez primera y bajo el epígrafe “Meditaciones, soliloquios, diálogos y monodialogos”, se dieron a conocer en volumen los ahora titulados simplemente “Monodialogos”, se señalan con un asterisco ante el título de cada uno aquellos escritos que no figuran en anteriores ediciones y son una novedad de la presente. En cambio, los titulados “A diferenciarse tocan” y “En un lugar...” que aquí no figuran, los encontrará el lector en el tomo VI de esta colección.

Por la misma razón se inserta dicho signo ante la novela titulada *Tulio Montalbán y Julio Macedo*, que no figura tampoco en el tomo II de la edición anterior de *Obras Completas*.

Señalemos, por último, que el escrito titulado “El libro de un poeta griego sobre España” que cerraba el epígrafe X. VARIA, de la serie OTRAS LECTURAS, iniciado en el tomo anterior, pasa a otro de esta nueva edición.

ESTA NUEVA EDICIÓN DE LAS
OBRAS COMPLETAS DE DON MI-
GUEL DE UNAMUNO LA EDITA
VERGARA EDITORIAL
POR CONCESIÓN ESPECIAL DE
AFRODISIO AGUADO, S. A.

EL PRESENTE TOMO NOVENO SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
NUEVE DE AGOSTO DE MIL
NOVECIENTOS SESENTA Y UNO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
ESCELICER, S. A., DE MADRID.



Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01359 2516

